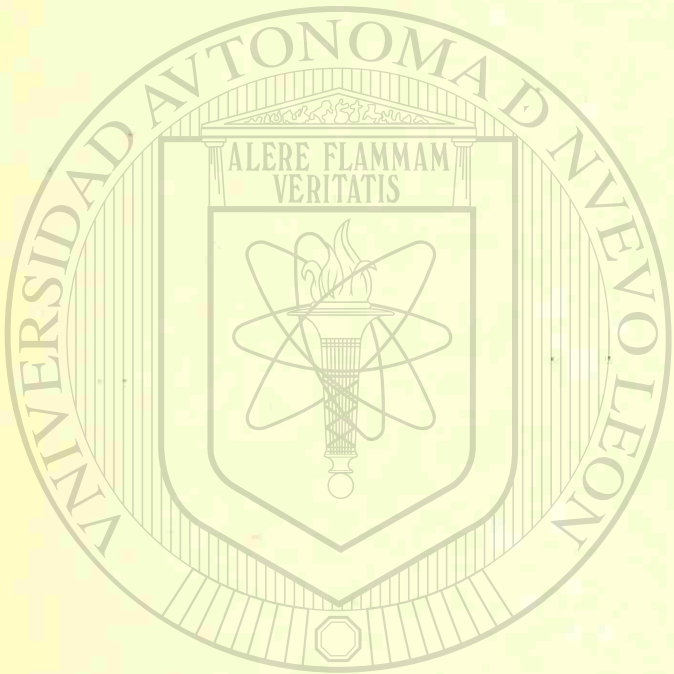
SUZANNE DESTERNES
Y
HENRIETTE CHANDET

Maximiliano y Carlota

F1233
.M395
D379

104544

1020002756



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



104544

MAXIMILIANO
Y
CARLOTA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SUZANNE DESTERNES
HENRIETTE CHANDET

MAXIMILIANO Y CARLOTA

PRIMERA EDICIÓN, 1967

EDITORIAL DIANA, S. A.
Tlacoquemécatl y Roberto Gayol
México 12, D. F.

F1233
.M39S
D379

Título original
MAXIMILIEN ET CHARLOTTE

Traductor:
Adolfo A. de Alba

DERECHOS RESERVADOS
©

COPYRIGHT © 1964 BY LIBRAIRE ACADEMIQUE PERRIN

EDICIÓN ORIGINAL EN FRANCÉS POR
LIBRAIRE ACADEMIQUE PERRIN, PARIS

EDITORIAL DIANA, S. A.

Impreso en México *Printed in Mexico*

"Dios quiera que se nos recuerde con tristeza, pero sin odio..."

(Últimas palabras de la emperatriz Carlota)

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Contenido

		Pág.
	Prólogo	11
I	Maximiliano	15
II	Carlota	55
III	En Italia	69
IV	Miramar	93
V	El engranaje mexicano	105
VI	El emperador de los franceses le abre el camino al emperador de México	121
VII	Hacia México	179
VIII	México	197
IX	Los grandes problemas	217
X	La pareja imperial	239
XI	La ruptura con Francia	255
XII	Carlota interviene	279
XIII	La derrota de Carlota	291
XIV	Maximiliano cambia de rumbo	307
XV	Carlota vencida por segunda vez	317
XVI	¿Abdicará Maximiliano?	339
XVII	El camino de Querétaro	353
XVIII	En Querétaro	365
XIX	"Eso es todo"	385
XX	El retorno del emperador de México	419
XXI	"Todavía vive la loca"	427
	Epílogo en forma de interrogación	443
	Apéndice: El caso de la emperatriz Carlota, por el doctor Pierre Loo	451
	Fuentes y bibliografía	457

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es para nosotras un agradable deber expresarles nuestro agradecimiento a aquellos que, en el curso de nuestras investigaciones, nos prestaron un apoyo cuyo valor íntegro reconocemos. Y, en primer lugar, al capitán Jean Castaing, cuya erudición sólo se compara con su extremada servicialidad. Quiso con mucho gusto explorar en nuestro provecho los archivos de México, consultar obras que no se encuentran en Europa, traducir del español gran número de documentos, interrogar a historiadores y a algunas personalidades mexicanas que poseían, por tradición familiar, recuerdos relativos al imperio de Maximiliano. Autor (con el general Penette) de una obra recientemente coronada por el Primer Congreso Nacional Mexicano de Historia para el Estudio de la Intervención, *La legión extranjera en la Guerra de Intervención,* puso a nuestra disposición todos los recursos de su vasta cultura histórica y su profundo conocimiento de la época 1862-1867.

En Bélgica recibimos la más amable acogida. Gracias a S. E. el señor Doorman, ministro plenipotenciario, y a M. C. Desneux, conservador de los archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros, pudimos consultar la correspondencia diplomática. El señor Albert Duchesne, conservador del Real Museo del Ejército, autor de una tesis acerca de la Intervención belga en México, que le valió el Gran Premio Bienal de Historia, nos mostró conmovedores recuerdos. El capitán Ch. Fouvez nos abrió generosamente sus legajos, fruto de veinte años de trabajo. Y ha sido preciosa para nosotras la colaboración de Pierre d'Harville.

En Italia, el R. P. Joullia (miembro de la Congregación de los Religiosos) tuvo la bondad de prestarnos un apoyo muy activo. En Inglaterra, Joan Saunders, una vez más, nos prestó su eficaz ayuda. En los Estados Unidos de Norte América, Nancy Nichols Barker, profesora de historia en la Universidad de Austin (Texas), a quien se le deben muchos estudios muy documentados sobre la emperatriz Eugenia y la política extranjera, nos facilitó nuestro trabajo en diversas ocasiones.

Finalmente, debemos manifestar nuestra gratitud al doctor Pierre Loo, médico de los hospitales siquiátricos, autor de un penetrante estudio acerca de *Un mauvais garçon, Francois Villon,* y de una notable obra sobre *Les Névroses,* el cual, no obstante una pesada labor profesional, estudió el caso de la emperatriz Carlota a petición nuestra. Estas páginas iluminan con nueva luz el comportamiento de la desdichada soberana.

PRÓLOGO

Todas las mujeres, en Viena, están enamoradas de Franz, duque de Reichstadt. Cuando pasa a caballo en las calles, en el Prater, no tienen ojos sino para este caballero esbelto, tan bien proporcionado en su uniforme. También las damas de la corte se sienten conmovidas por este joven de rizos rubios, heredero de un nombre prestigioso, un nombre que no se pronuncia pero que continúa obsesionando los espíritus. Y las archiduquesas adolescentes sueñan con este hermoso primo cuyo retrato ocultan en su misal. Cierta condesa polaca, muy hermosa, apasionada del duque, "su aguilucho", como ella lo llama, le encuentra todas las cualidades "del héroe de novela, espíritu, sentimientos nobles, gracias exteriores".

Es cierto que el hijo de Napoleón "irradia juventud y belleza" como escribe uno de sus amigos. "La palidez de su semblante, la curva melancólica de sus labios, su mirada penetrante llena de fuego, la armonía y el equilibrio de sus movimientos, le dan un encanto irresistible". Cuando aparece en su uniforme blanco con los adornos verde y plata de coronel de los granaderos húngaros, causa sensación.

Sin embargo, no se le conoce amante. Ciertamente, es sensible a la belleza de la condesa Pisani, a la petulancia de la condesa Karolyi. Lo rodean jóvenes muy disipados y lo arrastran con mujeres de mundo y a casas de actrices como la encantadora Thérèse Pêche. Franz se divierte sin llevar lejos sus ventajas. Al decir de Prokesch, su confidente, si experimenta los deseos naturales de su edad, no se deja arrebatar por ellos, porque es "fundamentalmente moral" y "jamás ha tocado a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una mujer". Pero allí está Sofía a quien el duque "ama excesivamente", según nota, no sin celos, el barón Sturmfeder. Sofía es la esposa del archiduque Francisco Carlos, su tía, pero una tía sólo seis años mayor que él, hermosa, viva, jovial, inteligente. Y mal casada. Es la hija de Maximiliano, rey de Baviera. Cuando su padre le anunció cuál marido se le destinaba, ella se arrojó a sus pies exclamando: "¡Semejante imbécil! ¡Jamás!" Pero el matrimonio, decidido por el Congreso de Viena, tuvo lugar en 1824. ¿Puede una princesita oponerse a las decisiones de los diplomáticos? Entonces Sofía les declaró a sus padres: "He decidido ser feliz, ¡y lo seré!" Con tono de desafío.

Es la más brillante de las hijas del rey de Baviera y desentona en la corte afectada de los Habsburgo. Sus gestos espontáneos, su franqueza, sus palabras mordaces, escandalizan. Sin embargo, se la deja hacer y se la deja decir, porque los soberanos son indulgentes con ella: el emperador Francisco, porque la quiere más que a sus propias hijas, según dicen, y porque lo divierte; la emperatriz Carolina porque es su media hermana. Únicamente Sofía osa evocar las esperanzas políticas de Franz, tema que nadie se atrevería a abordar.

Nació una gran amistad entre ella y Reichstadt. Sofía, que admira a Napoleón, se ha sentido conmovida por el aislamiento de Franz en esta corte extranjera donde tiene implacables enemigos. Osadamente, ostenta públicamente su cariño por él, a riesgo de exponerse a los rayos de Metternich. Para ella, Franz representa al héroe a la moda del día, joven, hermoso, triste. ¿Es ella para él más que una amiga? "Tuvo un apego romántico por Reichstadt. Hizo todo por darle alegría", dirá más tarde la princesa Radziwill.

En el castillo, Franz pasa horas en el apartamiento de Sofía. Ambos sostienen largas conversaciones. Apasionada de la política, la archiduquesa ha oído hablar mucho de Napoleón al rey de Baviera que sigue siendo uno de los más fieles aliados del emperador. Y Richstadt no se cansa nunca de oir evocar el recuerdo de su padre. Le confía sus sueños a la joven, que lo alienta, porque detesta a Luis Felipe. "Me entregaría, dice él, al llamado de la Francia imperial, pero no de la anarquía".

Con frecuencia, para distraerlo, ella se sienta al pianoforte y le toca aires italianos. Y salen juntos a caballo, o bien en coche. Todos conocen su intimidad. No parece que la corte se ofusque por ello.

En 1831, la salud de Franz se altera de manera alarmante. Enflaca, tose, escupe sangre. Ya no cabe duda. Está enfermo del pecho y él lo sabe. Lo cual no le impide continuar entregándose a ejercicios violentos. Al contrario, pone en ellos una especie de frenesí. Un año más tarde, su estado es más que alarmante. Se le lleva a Schoenbrumm el 22 de mayo. Hace tiempo habitaba el apartamiento que quedaba justamente sobre el de Sofía. Esta vez, Sofía le cede una parte del suyo. Estará más confortablemente instalado, pero, sobre todo, se sentirá más contento en esas habitaciones ocupadas antaño por Napoleón después de Austerlitz, después de Wagram. Esos lugares están llenos de recuerdos. Aquí durmió el emperador. Y como él, Franz, rechazando el gran lecho de gala, quiso que se le preparara un simple catre de campaña.

Cada día ve a Sofía. Ésta lo instala, cuando sale, en su jardín privado en donde se tiene la impresión de estar fuera del mundo. Franz juega con el pequeño Francisco José, el primogénito de Sofía, porque le gustan mucho los niños. En los últimos meses de su vida, se extenderá en una *chaise longue* vestido con su bata listada de rojo y blanco, puesta sobre su pantalón blanco, y un gorro griego colocado sobre sus cabellos rubios y rizados. Escucha el canto de los pájaros, el murmullo de las fuentes y la voz de Sofía que lee para él.

En esa primavera de 1832, empeora el estado de Franz. A lo largo de los días, Sofía lo cuida tiernamente. ¿Presiente ella el fin que se acerca? Toda esperanza parece perdida, y es necesario pensar, dice el capellán, monseñor Wagner, en los últimos sacramentos. La joven no quiere turbar a Franz que parece tener todavía esperanza. Para evitar que se crea perdido, imagina un medio que podrá satisfacer al prelado sin inquietar al enfermo. Como ella está en los últimos días de un segundo embarazo, le propone a Franz recibir la comunión al mismo tiempo que ella. Así, dice, "ambos reunirán sus oraciones para obtener, él, su curación, y ella, un feliz alumbramiento". Comulgan solos con el sacerdote.

El 5 de julio Sofía no viene como de costumbre a la cabecera de "su bueno y querido viejo camarada". ¿Por qué? Reichstadt, moribundo ahora, se inquieta. Se le responde que ella ya tiene los dolores del parto. Hora tras hora, él manda pedir noticias. Al día siguiente se le anuncia el nacimiento de un niño que llevará los nombres de Fernando Maximiliano.

Todavía no se levantaba de la cama la archiduquesa cuando Reichstadt recibe la extremaunción. El marido de Sofía, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

archiduque Francisco Carlos, se mantiene al pie del lecho y, detrás de él, los demás miembros de la familia imperial. María Luisa, un poco apartada, se apoya en una silla. Todos se arrodillan mientras el sacerdote da el sacramento.

Franz murió el 22 de julio de 1832, sin haber visto de nuevo a Sofía.

I

MAXIMILIANO

Cuando Sofía, todavía encamada, tiene noticia de la muerte de Franz, se siente trastornada. Durante muchas horas queda sin conocimiento. Bajo el golpe de la emoción, su leche se agota, lo que le provoca intensa calentura. Su vida está en peligro. Después, lentamente, se recupera. Pero cuando se levanta, ya no es la misma. Ya no se reconoce a aquella joven graciosa, encantadora, que alegraba a la corte. Se hará severa, dura, seca. Poco a poco toma la máscara de una mujer enérgica, autoritaria, incluso tiránica; la de la "terrible archiduquesa" temida de todos.

Al presente, tiene dos hijos que educar e ideas muy personales acerca de la educación. Para aplicarlas, encontró una colaboradora capaz de comprenderla, la baronesa Sturmfeder. Esta muchacha célibe que pertenece a la aristocracia de Suabia, nació en una familia rica en hijos pero pobre en dinero, y perdió a su novio en el curso de las guerras napoleónicas; gracias a su madrina, la condesa Stadion, obtuvo el puesto de *oberstrofmeisterin* que le vale el título de Excelencia, la dirección de un regimiento de amas de llaves y de camareras y, cosa más importante, la de los hijos del archiduque Francisco Carlos.

La llaman *Aga*, de una palabra portuguesa que significa "tía, tiíta". Esta mujer, de tendencias autocráticas, está por lo demás perfecta en el papel que se le ha asignado. Si tiene autoridad, posee también cualidades de bondad y de inteligencia. Tiene principios de educación muy diferentes en algunos puntos de los de su tiempo, muy avanzados a su época. Así,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

archiduque Francisco Carlos, se mantiene al pie del lecho y, detrás de él, los demás miembros de la familia imperial. María Luisa, un poco apartada, se apoya en una silla. Todos se arrodillan mientras el sacerdote da el sacramento.

Franz murió el 22 de julio de 1832, sin haber visto de nuevo a Sofía.

I

MAXIMILIANO

Cuando Sofía, todavía encamada, tiene noticia de la muerte de Franz, se siente trastornada. Durante muchas horas queda sin conocimiento. Bajo el golpe de la emoción, su leche se agota, lo que le provoca intensa calentura. Su vida está en peligro. Después, lentamente, se recupera. Pero cuando se levanta, ya no es la misma. Ya no se reconoce a aquella joven graciosa, encantadora, que alegraba a la corte. Se hará severa, dura, seca. Poco a poco toma la máscara de una mujer enérgica, autoritaria, incluso tiránica; la de la "terrible archiduquesa" temida de todos.

Al presente, tiene dos hijos que educar e ideas muy personales acerca de la educación. Para aplicarlas, encontró una colaboradora capaz de comprenderla, la baronesa Sturmfeder. Esta muchacha célibe que pertenece a la aristocracia de Suabia, nació en una familia rica en hijos pero pobre en dinero, y perdió a su novio en el curso de las guerras napoleónicas; gracias a su madrina, la condesa Stadion, obtuvo el puesto de *oberstrofmeisterin* que le vale el título de Excelencia, la dirección de un regimiento de amas de llaves y de camareras y, cosa más importante, la de los hijos del archiduque Francisco Carlos.

La llaman *Aga*, de una palabra portuguesa que significa "tía, tiíta". Esta mujer, de tendencias autocráticas, está por lo demás perfecta en el papel que se le ha asignado. Si tiene autoridad, posee también cualidades de bondad y de inteligencia. Tiene principios de educación muy diferentes en algunos puntos de los de su tiempo, muy avanzados a su época. Así,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en contra de la opinión de sus contemporáneos, no cree que "las enfermedades del pecho", tan temidas, sean provocadas por el frío, y ensalza los beneficios del aire libre, de los ejercicios físicos. Les tiene horror a los vestidos calientes superpuestos y desconfía de los médicos.

Para ella, un archiduque debe ser educado como no importa cuál otro muchacho. Debe saber arreglárselas solo. Si cosecha algunos golpes, tanto mejor; esto le enseñará a vivir. En lo cual comparte los puntos de vista de Sofía, la cual juzga ridículo mantener en los hijos imperiales una alta idea de su importancia, e impedirles tener contactos con la realidad que pueden formar su juicio.

Aga ha tomado en sus manos al pequeño Francisco José, a quien educa rudamente al mismo tiempo que lo adora. Lo considera como su *own boy,* su propio muchacho. También acoge a Maximiliano muy mal: a la verdad, como a un intruso. Y tanto más mal, cuanto que se da cuenta pronto que Max es mucho más hermoso que su "Franzi". Instintivamente, el muchacho siente esta preferencia. Naturaleza sensible, melancólica, se siente lastimado por ello. "Si Aga me quisiera tanto como a Franzi", murmura. A los tres años, en una explosión de ternura celosa, le dice un día a la baronesa: "Aga, te quiero tanto como quieres tú a Franzi". Estupefacta, casi conmovida, la aya se suaviza. Max la ha conquistado. Como conquista a todo el mundo en la corte, de la que es el ídolo. Este muchachito pálido, de cabellos rubios y rizados, de ojos azules muy dulces, de rasgos finos, es, dice la princesa Radziwill, "encantador, amable, fascinante". Y nadie se resiste al atractivo que ejerce.

Adora a su hermano mayor; sin embargo, sufre por ser el segundo. Las bromas, para él, toman forma de humillaciones. Si acarician a Franzi, cree que a él lo descuidan. Poco a poco se afirma en él el deseo de probar que es superior a su hermano. "Debo ser mejor y más grande que Franzi, y lo seré", declara.

A medida que crecen, los dos niños toman un rostro muy diferente. Franzi se muestra ordenado, metódico; rehúsa irse a la cama sin antes haber puesto de nuevo en orden sus juguetes; insensible a todas las formas del arte, no aspira sino al oficio militar, en tanto que Max revela un temperamento soñador, apasionado por la lectura, la música, la pintura. Un día visitando una exposición, admira un cuadro de Dillingen. "Nadie lo comprará, observa Aga. Trescientos florines es muy caro".

—Yo lo compraré —declara Max, que tiene siete años.

—¿Usted? ¿Cómo? No tiene dinero.

—Sí. Tengo ciento veinte florines; pagaré el resto poco a poco. Le pediré a mamá un árbol de Navidad con un billete de diez florines pegado a cada rama.

—¿Qué conoces tú de pintura? —pregunta Francisco José, burlón.

—Tanto como tú.

El mayor mira con desdén a su hermano menor. A él no le interesa el arte.

—Esos cuentos... —dice con tono de desprecio.

Por lo demás, los dos hermanos se entienden muy bien. Cuando Max, a los cinco años, tiene los orejones, se le aísla en una recámara, y todos los días Franzi le envía un dibujo acompañado de una carta para distraerlo, "mientras espera la dicha de estar juntos". Le cuenta los acontecimientos de su vida infantil, por ejemplo, el regalo que le hizo su abuela de una fortaleza con soldados de cartón que se puede bombardear y demoler con un pequeño cañón. Y también los cuentos que le han leído: piratas, babuinos, orangutanes, ilustrados con sus propios dibujos, caballos, coroneles y niñeras inglesas, que son otros tantos temas del más vivo interés tanto para Max como para él.

Cuando los niños están en Schoenbrumm, ambos se dan un atracón. Hay allí una casa de fieras, un jardín botánico que contiene plantas raras, y sobre todo una escuela de equitación. Max y Franzi se convertirán ambos en apasionados del caballo. Aquí son felices, aun cuando sometidos a un régimen de una sencillez espartana. Durante todo el día permanecen fuera, incluso se come en el parque. Poco les importa que reine un frío glacial incluso en verano en este inmenso castillo de mil cuatrocientas habitaciones. Poco les importa el desorden, la suciedad, los olores nauseabundos de su apartamiento. Para ellos, es el paraíso.

*
* *

A los seis años, los archiduques pasan a la dirección de los hombres. Maximiliano tiene su preceptor particular: Timoteo Ledochowsky. Pero fue el conde de Bombelles quien, en 1836, fue designado para dirigir desde arriba la educación de los príncipes imperiales. Este conde Heinrich Bombelles, nacido en Francia, ha hecho carrera en el ejército austriaco. Metternich fue quien lo propuso. ¿Por qué? Lo dirá él mismo más tarde:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

"Pongo al conde de Bombelles en el número de aquellos pocos hombres que, según sus inclinaciones innatas, pensaban como yo, veían como yo y querían lo que yo quería". Sabía el canciller, pues, que Bombelles educaría a los niños como él lo esperaba. Sofía desaprobó esta elección pero debió inclinarse, ella, que, con frecuencia, osó desafiar al terrible Metternich. ¿No se murmura que éste sabe a qué atenerse respecto del nacimiento de Maximiliano?

El empleo del tiempo dictado por Bombelles, es cargado. El régimen es severo: levantarse a las seis de la mañana, invierno o verano. Desde la edad de siete años, Maximiliano tiene treinta y dos horas de cursos por semana, y poco después cincuenta y cinco: escritura, geografía, historia, dibujo, cálculo; a la enseñanza del alemán se añade la de las lenguas clásicas, base de toda cultura, la de las lenguas vivas, francés e inglés que debe conocer todo aristócrata, y finalmente la de las lenguas de la monarquía: italiano, húngaro, polaco, indispensables a un archiduque. A medida que el niño crece, otros asuntos se introducen en el programa: derecho, matemáticas, diplomacia. Pero el valor de la enseñanza es de los más mediocres. Se contentan con una enumeración de hechos. "Es una mescolanza insípida y vulgar". Ninguna idea de conjunto, ningún esfuerzo para suscitar, en el alumno, un juicio personal. Únicamente la instrucción militar tiene calidad. Maximiliano, al decir de sus maestros, está bien dotado. Absorbe todo con facilidad.

Por lo que atañe a la educación religiosa, Bombelles tiene ideas precisas: prohíbe, por ejemplo, el uso del rosario, porque según dice, "tales prácticas conducen fácilmente a un fetichismo supersticioso y a la oración maquinal sin alma ni comprensión". Aparta resueltamente la superstición "porque es el límite del miedo y de la debilidad".

Las cosas serias no excluyen la práctica de la danza, de la esgrima, de la natación, de la gimnasia, de la equitación. Bombelles les da gran importancia a los ejercicios físicos.

De todos los deportes, Maximiliano prefiere la equitación. Muy pronto se convierte en un caballero intrépido e incluso temerario. Galopa en los bosques, en el campo en derredor de Schoenbrunn con una especie de embriaguez. "Ir al paso, dirá, es la muerte; al trote, es la vida; al galope, la felicidad". Cuando, adolescente, es llevado por su caballo, tiene una idea de lo que sería "la delicia de volar", la sensación, "de ya no pertenecer a esta pobre tierra". Lo que lo lleva a la convicción de que un día el hombre vencerá al espacio. Su imaginación

lo arrastra hacia el porvenir. "Auguro cosas maravillosas de los ensayos de vuelo, y si alguna vez la teoría de los globos se convierte en realidad, me consagraré a viajar por los aires y estoy seguro de que allí alcanzaré el más alto grado de gozo", escribirá más tarde.

Por el momento, este niño soñador y ya poeta, se apasiona por la geografía que le enseña el buen abate Mislin. Los hermosos libros que figuran en la imponente biblioteca del castillo, llenos de imágenes, ilustran las lecciones del profesor. Imágenes que suscitan en Maximiliano el deseo de ir a visitar países lejanos que crean en él una tendencia al exotismo.

Cuando cumple sus nueve años se le hace el regalo de un pequeño pabellón cubierto de rastrojo. Lo decora con armas y con ramaje, a la manera de las tribus salvajes. Lo ha colocado en el jardín privado de la archiduquesa, no lejos del sitio para jugar a los bolos donde Reichstadt, en la declinación de su vida, pasó tantas horas rodeado de la ternura de Sofía, circundado de los fantasmas de su infancia y de las aspiraciones de su juventud. Por las tardes, Maximiliano enciende allí fuego. Una piedra sirve de ídolo, y una piel de boa, suspendida de las ramas de un árbol, evoca los bosques vírgenes. Pasa horas en ensoñación tendido en una hamaca, imaginando las comarcas fabulosas descritas en los libros. Un papagayo verde, regalo de su tía María Luisa, la viuda de Napoleón, completa la ilusión.

En el año de 1845, cuando cumplió trece años, hizo su primer viaje. Bajo la vigilancia de los preceptores, Francisco José, Maximiliano y Carlos Luis, tercer hijo de Sofía, nacido en 1836, parten para Venecia de donde se dirigen a Trieste en barco. Este primer contacto con el mar encanta a Maximiliano que decide convertirse en marino.

* * *

1848: la revolución sacude a Europa. En el seno del imperio de los Habsburgo, las nacionalidades, despiertas, están listas para la rebelión. En Hungría, Széchenyi, Deak, Kossuth, reivindican la autonomía. En Bohemia, Kollar, el poeta, proclama la unión de los eslavos de la monarquía contra la opresión germana. En Viena, otro poeta, Grün, reclama "la libertad bajo la protección de las leyes". Los estudiantes, los libreros y los comerciantes redactan una petición que exige la abolición de la censura, una constitución que comporte la repre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

sentación nacional y la libertad de prensa. Los estudiantes llevarán esta petición el 13 de marzo al Hofburg, lo que provoca un conflicto con la policía. Reina un clima de motín. Los concejales le van a decir a Metternich: "No tenemos nada contra vuestra persona, príncipe, pero todo contra vuestro sistema". Bajo la presión de la revuelta, el canciller debe inclinarse. Su casa ha sido incendiada, y el 15 de marzo huye escondido en un carro de lavandera.

El emperador Fernando cede en primer lugar. La situación es grave. A la revuelta checa y húngara se une la de la Lombardía Véneta sostenida por el rey de Cerdeña Carlos Alberto que entra en campaña contra Austria. Invadido, Fernando les concede a los húngaros y a los checos ministros particulares; y a los austriacos, una constitución, el sufragio universal y el nombramiento de un Reichstag constituyente. Después va a refugiarse a Innsbruck. Sofía y sus hijos lo acompañan. La archiduquesa está indignada por la debilidad de Fernando. En cuanto a ella, "soportaría mejor, dice, la pérdida de uno de sus hijos que la vergüenza de someterse a la masa de estudiantes".

En agosto la familia imperial regresa a Viena. ¿Se ha encontrado de nuevo la paz? Podría creerse por las aclamaciones que los acogen. Pero empiezan de nuevo muy pronto los disturbios, porque los estudiantes y los liberales juzgan insuficientes las concesiones que les fueron concedidas. Cuando, el 6 de octubre, se propaga la noticia en Viena de que los regimientos austriacos partirán para reprimir los disturbios en Hungría, los amotinados invaden el hotel del ministro de la guerra, general Latour, y después de matarlo a golpes lo cuelgan de un farol.

Ante la gravedad de los acontecimientos, Fernando y su gobierno abandonan la capital y se dirigen a Olmutz, ciudad fortificada de Moravia. Sofía y sus hijos siguen de nuevo al emperador.

Fernando, ahora, está decidido a emplear el puño fuerte, con gran satisfacción de la archiduquesa. Comisiona al general Windischgraetz para que termine con la revuelta. Viena es bombardeada y luego sometida. El príncipe Schwarzenberg, cuñado de Windischgraetz, llegará en noviembre a las funciones de primer ministro y terminará la represión con medios enérgicos.

Maximiliano, que tiene dieciséis años, está impresionado por todo lo que sucede. Al galope, en caballos de relevo, a la portezuela de la carroza que conduce al emperador, observa y reflexiona. Archiduque, sí, pero también contemporáneo de

esos jóvenes de ideas liberales que le son simpáticos. Cuando se tiene la carga del poder, se dice, es necesario evitar, dejar que la incomprensión se instale, entre el pueblo y sus jefes.

En cuanto a Sofía, maniobra con Windischgraetz para llevar a Fernando a abdicar, a ese Fernando absolutamente incapaz de enfrentarse a la situación. Ambiciosa, inteligente, apasionada por la política, Sofía ve lejos: si el emperador abdica, la corona deberá pasar a su hermano, el archiduque Francisco Carlos. Sofía sabrá muy bien impedirle a "semejante imbécil", a su marido, aceptarla. Entonces, el camino estará libre y abierto para su hijo, Francisco José, que tiene dieciocho años.

Si no es muy difícil obtener la abdicación de Fernando, poco inclinado a conservar un poder que lo abruma, sucede de muy otra manera respecto de Francisco Carlos. ¿No tiene la ocurrencia de resistirse, pretendiendo que su padre no hubiera aprobado que se sustrajera a una tarea impuesta por Dios? Como se empecina, Sofía recurre a los grandes medios. Puesto que Francisco Carlos invoca la voluntad paterna, ella le hará conocer cuál es ésta. Un cortesano acepta desempeñar el papel del fantasma del emperador Francisco. Se aparece una noche en la habitación de Francisco Carlos ordenándole que se retire y que le deje el trono a su hijo Francisco José. Ante este mensaje del más allá, no queda más que obedecer.

Entonces Sofía prepara a Francisco José. En presencia de su marido y del príncipe Schwarzenberg, le anuncia al joven el papel que le espera. "Adiós, juventud mía", suspira éste. Pero no es hora de lamentos. Sofía les hace jurar el secreto a los tres hombres. Y la vida continuará como de costumbre hasta el 2 de diciembre. Únicamente Max tiene la intuición de que se trama algo. Se imagina que Franzi será nombrado gobernador de Bohemia.

*
* *

El 2 de diciembre de 1848, a las ocho de la mañana, por invitación del emperador Fernando, la familia imperial, la corte, los miembros del gobierno, los altos funcionarios y los oficiales superiores en uniforme de gala, se dirigieron al palacio del arzobispo de Viena. Han sido convocados para escuchar "una noticia importante". ¿De qué se trata? De algo extraordinario, seguramente. Pero nada se ha divulgado. La sala del trono está llena a reventar y la curiosidad en su colmo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pronto aparecen, tras el primer ayuda de campo, el emperador Fernando que le da el brazo a la emperatriz María Ana. Los sigue el gran mariscal de la corte, luego el archiduque Francisco Carlos, la archiduquesa Sofía y su hijo Francisco José. Vienen en seguida los demás archiduques.

Fernando, de levita como siempre, toma lugar en el asiento episcopal. Reina silencio absoluto cuando se pone en pie para leer una declaración. Su voz es sorda, vacilante. "Razones imperiosas nos han conducido a la resolución irrevocable de renunciar a la corona imperial..." Se detiene un momento. Levanta los ojos, mira a la asamblea. "...Y esto en favor de nuestro bienamado sobrino, S. A. el archiduque Francisco José al cual hemos declarado mayor... después que nuestro bienamado hermano, S. A. el archiduque Francisco Carlos, padre de S. A. el archiduque Francisco José, ha declarado renunciar definitivamente en favor de S. A. su hijo al derecho de sucesión que le toca según las leyes en curso de la dinastía y del Estado".

El primer ministro, Schwarzenberg, da entonces lectura a documentos oficiales, declaración de mayoría de Francisco José, renuncia de Francisco Carlos, abdicación de Fernando.

Entonces, Francisco José avanza. Se arrodilla ante Fernando. "Dios te bendiga", le dice éste con una voz que la emoción hace temblar. "Sé bueno. Dios te protegerá. Me siento feliz de actuar así. En cuanto a mí, me voy de buena gana". Con su mano acaricia lentamente los cabellos del joven.

Así se convirtió Francisco José en jefe de la Casa de Austria. Sofía muestra gran alegría. Alcanzó su objetivo. Ahora ella mandará en los asuntos. Este muchacho, todavía tan joven, tendrá necesidad de ella, de su experiencia, de su energía.

En cuanto a Maximiliano, que acaba de saber la verdad, será de allí en adelante "el segundo". Hasta el momento actual, su hermano mayor y él habían compartido la misma vida, habían trabajado juntos, ligados por la ternura fraternal. Pero ahora se ha abierto un foso entre ellos. Maximiliano no tardará en sentir que ya no es sino el hermano menor del soberano.

* * *

Maximiliano es seductor: alto, delgado, de porte elegante. Si no es hermoso —el labio austriaco pendiente y el mentón huidizo menoscaban su rostro—, su mirada azul, una mirada unas veces viva, otras soñadora, fascina a las mujeres y encanta al interlocutor. Finalmente, tiene la risa fácil, la réplica pronta

y es amable con naturalidad. En suma, tiene el don de atraerse la simpatía.

Por placer, continúa sus estudios. Al presente estudia filosofía, diplomacia, política. Lo que no disminuye su amor por las artes: pinta, modela, y sobre todo escribe poemas.

Naturaleza de artista, sensible, impresionable, se complace en el ensueño, en la visión poética del mundo. Como los demás jóvenes de su generación, es presa de la fiebre romántica alimentada por una imaginación que lo lleva muy lejos, muy alto, y tanto más cuanto que se opone a la familia, congelada en actitudes pasadas de moda. Su inteligencia abierta, pronta, pero superficial y sujeta a arrebatos, se arrulla con quimeras.

Nobleza de alma, elevación de espíritu, carácter leal, corazón bueno y generoso, todo esto aparece en las reglas de la vida que se ha dado a sí mismo y que se esfuerza en poner en práctica. Las ha escrito en un cartón que lleva y que llevará siempre consigo: se lo encontrará después de su muerte en su bolsa, manchado, usado.

"El espíritu debe dominar al cuerpo, mantenerlo en la justa medida y en los límites de la moral.

"Jamás mentir, ni siquiera por necesidad o vanidad.

"Justicia en todo y para todos.

"Jamás quejarse; es signo de debilidad.

"Pensar en las propias faltas al juzgar las del prójimo".

Reglas de conducta moral, pero también de disciplina física: dos horas de ejercicio cada día y, en caso de enfermedad, aislamiento total.

Finalmente, código de comportamiento respecto de los que lo rodean: tener delicadezas y atenciones con éste, pero nada de chanzas con los subalternos. Mostrarse amable con todo el mundo.

Este joven príncipe está lleno de energía; arde por el deseo de consagrarse a una obra, a una obra útil. Para él "no hay felicidad sino en la actividad". Y éste es su sufrimiento secreto. Es el segundo, el segundo a quien su hermano Francisco José, receloso, aparta, temiendo su inteligencia, su ardor, su seducción, su ambición. Cuando niños, se amaban tiernamente. Pero Franzi se ha convertido en emperador. Ha tomado sus distancias. ¿Y probablemente también habrá adquirido certeza respecto del nacimiento de Max?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante la campaña de Hungría —porque Francisco José debió emprender una verdadera guerra para triunfar de los magiares que no han querido reconocerlo—, Maximiliano acompaña a su hermano. Ambos entraron en Raab después del general Schlick (27 de junio de 1849). Ambos tomaron parte en los combates entre Raab y Kmorn. Una vez caída Budapest, la represión es brutal. Los que desempeñaron un papel importante en la rebelión, son ejecutados. El primer ministro es fusilado con trece generales y son ahorcados cien notables. Además, son aprisionadas dos mil personas por orden del comandante en jefe austriaco, el barón Hayman, que hace azotar en público a cierto número de mujeres.

Francisco José aprueba estas medidas. Pero Max está indignado. En su *Diario,* único confidente de sus pensamientos íntimos, escribe: "Llamamos a nuestra época tiempo de luz, pero también se hablará de sombras. En muchas ciudades de Europa, la posteridad considerará con estupor y horror a los tribunales que, sin base legal y por la sola fuerza, condenaron, por influencia de la venganza rencorosa, a personas a una muerte a corto plazo, probablemente porque querían otra cosa que aquello que deseaba el poder que se coloca por encima de la ley..." Y, evidentemente, se abre un abismo entre los dos hermanos. Abismo tanto más profundo, cuanto que se acentúan las diferencias de carácter. La sequedad de corazón de Francisco José hace contraste con la bondad de Max. Hablando de este último, su cuñada Isabel dirá: "Hubiera descubierto una partícula de bondad incluso en un criminal y hubiera hecho todo por ayudarlo."

* * *

En 1850 Maximiliano tiene dieciocho años. Aspira a alejarse, a ver países nuevos, a escapar de la tutela familiar, a apartarse del presente que, sin cesar, hiere sus ideas, sus sentimientos. Se arroja al mar que puede colmar, así lo cree, su deseo infinito.

Se organiza un viaje para él y para su joven hermano Carlos Luis a bordo de la corbeta imperial *Vulcain*. El príncipe Jablonowski, uno de sus amigos, el viejo profesor Kolkenbeck, el maestro de dibujo, Geiger y el médico de la corte, doctor Fritsch, acompañan a los príncipes. Bajo el mando del almirante Julius Wissiak, salen de Trieste con destino a Grecia y a Asia Menor.

Grecia, independiente desde 1829, está gobernada por el Príncipe bábaro Otón. No es éste un país seguro. Maximiliano lo observa todo y anota sus impresiones en su *Diario*. El bandolerismo es aquí una institución, escribe. "Teniendo derecho a poseer armas todos los hombres que combatieron en la guerra de Independencia, les es fácil el robo. Con frecuencia es atacada una casa en plena ciudad..." La moralidad de los griegos no está a un nivel muy elevado, y éste no ha sido levantado por la idea de monarquía, de patria, de amor fraterno. "Lo que los guía, es su interés personal; incluso los matrimonios no se efectúan por amor; en la mayor parte de los casos, son tratos; el sentimiento de causar perjuicios a otro por el placer de llenar la bolsa".

Los viajeros desembarcaron en Patras. Desde allí irán a caballo hasta Nauplia en donde encontrarán de nuevo su embarcación. El cónsul austriaco fue encargado de organizar la expedición. Singular cónsul que recibe a los príncipes en vestido de casa de la mañana, y les presenta, para recorrer los doscientos kilómetros que separan Patras de Nauplia, unos pobres rocines terriblemente flacos y cuyo arnés consiste en "un conjunto de cadenas, de cuerdas y de cabos de cuero". Por toda escolta ha previsto dos gendarmes bávaros vestidos de griegos. Sin embargo, no surge ninguna dificultad. Se escapa por poco de los bandidos, y finalmente llegan sanos y salvos a Nauplia donde espera el *Vulcain* que pronto hace rumbo al Pireo.

Allí, los príncipes son acogidos por el encargado de asuntos austriacos y por el general Griva, chambelán del rey, que los invita a hospedarse en el palacio real. Es un verdadero griego este general en quien el rey tiene toda confianza. Sin duda su pasado es un tanto oscuro, y las malas lenguas aseguran que tiene cierta propensión al robo. Su aspecto, por otra parte, recuerda al de un bandido: color y cabellos extraordinariamente negros, aire sombrío, expresión amenazadora. Felizmente el encantador traje del país endulza esta severidad.

En el palacio, Maximiliano y Carlos Luis son recibidos por la reina Amalia, hija del gran duque de Oldenburgo. Es una hermosa dama en todo el resplandor de sus treinta y dos años. Maximiliano, ya sensible al encanto femenino, se siente tocado por su "dignidad y su amabilidad". Y más todavía cuando la ve sobre su caballo turco. Con su hermano acompañó a la soberana. "Espectáculo verdaderamente admirable tanto como agradable. Monta magníficamente en silla y conduce su caballo a gran galope por lugares donde nuestros más célebres caballistas apenas osarían pasar al paso..."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En compañía de la reina ambos jóvenes visitan los lugares más pintorescos. Max experimenta un respeto más y más grande por Amalia. Esta hermosa mujer, esta amazona emérita, es también una soberana cabal. "Bien se ve que es ella quien sostiene el trono nuevamente establecido en Grecia por su influencia personal en el afecto de su pueblo". Un trono por lo demás no muy sólido porque este pueblo es duro de manejar. Hace algunos años amenazó deponer al rey si éste no le concedía una constitución. Maximiliano que, en el aniversario de la revolución de 1843, acompaña a Amalia a la catedral, observa que ella "conserva los labios apretados en vez de abrirlos para orar". Siente que no existe un acuerdo perfecto entre la monarquía y los griegos. En efecto, de aquí a poco, el experimento terminará mal. Once años más tarde ocurrirá un atentado contra la vida de la reina, y unos meses después los soberanos serán arrojados por la revolución.

De Atenas, el *Vulcain* lleva a sus pasajeros a Esmirna. En Maximiliano, se maravilla el poeta. "La primera mañana en Asia Menor, la primera en el imperio otomano, nos sonríe jubilosamente. Ante nosotros se extendía el Oriente con sus riquezas, su vegetación, sus mil deslumbramientos que cautivan los sentidos. Las flores de Asia se abrían ante nuestros ojos; se realizaban nuestros sueños largamente acariciados..."

En estos lugares encantadores se paladean todos los placeres; la vida es una fiesta perpetua. En el bazar se compran "regalados" tapices persas. Van al baño turco, fuman en narguile, saborean sorbetes. En honor de los jóvenes visitantes, el gobernador Alí Pachá ofrece una suntuosa comida en el transcurso de la cual "con la mayor cortesía, arranca del trozo de carne un hueso que presenta a su huésped distinguido con una amable sonrisa, exactamente como si fuese una flor".

Pero Maximiliano experimenta la impresión más viva, la más profunda, en el mercado de esclavos, en Esmirna. Ha sido difícil llegar hasta allí porque, presas de una vergüenza confusa, los turcos les afirman a los cristianos que ya no existe. Sin embargo, todavía existe, y Maximiliano le sugiere al maestro de dibujo, Johann Geiger, que fije la escena. Una emoción nueva turba al joven ante este espectáculo que no olvidará jamás. "Me asusta la vista de una mujer desnuda; creo que el pecado es irresistiblemente atractivo" El archiduque se ha convertido en un hombre.

*
* *

Decididamente, el mar seduce a Maximiliano. En octubre de 1850 entra en la marina con el grado de teniente. Pobre marina apenas conocida de los austriacos. Potencia esencialmente continental, Austria ha descuidado su flota que para ella no tiene prestigio. En sus pocos barcos, la mayor parte de la tripulación, hombres y oficiales, son en su mayor parte italianos. No quieren recibir órdenes sino en su idioma y se rehúsan a entender el alemán. Casi todos pertenecen al movimiento *Joven Italia*. Durante una revuelta en 1844, un teniente y un alférez, los Bandieras, hijos de un almirante, fueron ejecutados. En 1848, cuando Venecia se levanta contra la dominación austriaca, los oficiales de origen italiano se adhieren a la causa revolucionaria, y los barcos, privados de sus cuadros, son inmovilizados, lo que les permite a los sardos convertirse en dueños del Adriático. Cuando éstos, aplastados en Novara (marzo de 1849), se vean obligados a soltar dondequiera la presa, los austriacos, liberados, harán un esfuerzo por renovar su flota. Llaman a un danés, el almirante Dahlerup y a marineros alemanes y daneses. Después, el ejemplo de Maximiliano incita a cierto número de jóvenes austriacos a hacerse marinos.

Desde su llegada a Trieste, el archiduque se presentó a Dahlerup que queda favorablemente impresionado por su inteligencia y ardor. Inmediatamente trata de informarse, de instruirse. Y mide la amplitud de la tarea: construir barcos y darle espíritu de cuerpo a sus dotaciones.

Pero la mayor parte de los oficiales, los mayores sobre todo, desconfían del celo de Maximiliano que no encuentra entre ellos ni comprensión ni apoyo. Únicamente un joven alférez, Wilhelm Tegetthoff, le testimonia calurosa simpatía. Apasionado él mismo por su oficio, espera que el príncipe sabrá interesar a su hermano el emperador por la suerte de la marina. Este muchacho tranquilo, de ademanes reservados, oculta, bajo su apariencia modesta, una voluntad de hierro, una resolución inquebrantable.

En adelante Maximiliano y él tendrán largas conversaciones a propósito de los problemas que interesan a la flota. También discusiones, en las que cada uno defiende su punto de vista con tanto calor que se llega a la disputa. Tegetthoff, que no desiste de sus opiniones, no es un carácter que ceda ante el rango de su interlocutor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Max es feliz, él, que quiere dedicar su vida a una causa útil, él, que escribe: "No hay felicidad sino en la actividad". En esta nueva existencia, lejos de la corte, lejos de su hermano mayor, tiene la impresión de ser él mismo. Ha alquilado una quinta en Trieste en donde pasa al presente casi todo su tiempo en estudiar, en el lugar mismo, todas las cuestiones técnicas. También las estudia en los libros, porque se rodea de numerosas obras especializadas. Aporta a esta tarea un ardor que satisface a Francisco José. "Por lo que oigo decir por todas partes, Max está floreciente, fuerte como un oso, tan alegre como de costumbre, siempre a bordo de un barco y trabajando de firme".

Un marino no puede quedarse en el puerto y Maximiliano aspira a un viaje de larga ruta. Se realizará su deseo. Una fragata imperial deberá llevarlo a América. A principios de 1851 están terminados todos los preparativos. Desgraciadamente, en el momento de partir, el día mismo en que debe embarcarse, se declara una fiebre tifoidea. Es tan violenta, que llaman a su madre. Su vida está en peligro. Sin embargo, se repone, pero muy lentamente. Y será hasta mediados del verano cuando volverá a su puesto.

Entonces visita los puertos principales de Italia y de España. Viaje de tres meses a bordo del *Novara*. "Nombre de buen augurio para todo austriaco", dice. Esta fragata lleva el nombre de la aplastante victoria obtenida en 1849 por Austria sobre el Piamonte, es el orgullo de la marina imperial: mil quinientas toneladas, dos puentes, cincuenta cañones. El archiduque aprende su oficio. Son sus primeras armas. El 3 de agosto estalla una fuerte tempestad. Cae al mar un marinero. Se logra salvarlo. En esas horas agitadas Maximiliano da pruebas de sus cualidades de marino.

Dos días después, visión de Mesina, del Etna. La *Novara* pasa entre Caribdis y Escila, lo que evoca los recuerdos clásicos, la Odisea. Y Maximiliano se admira de encontrar la realidad inferior a las descripciones de Homero.

Luego, la entrada en el golfo de Nápoles.

* * *

"Padecí la suerte de todos los alemanes que van al Sur: se asombran, se admiran, y de golpe quedan asidos y fascinados por el poderoso encanto de Italia..."

Maximiliano queda conquistado, él, que hasta el momento actual ha rehusado creer en el sortilegio italiano. El barco ha virado en la punta del castillo del Oeuf y aparece el palacio real; surgen cúpulas y se destacan sobre el cielo. Espectáculo inolvidable belleza, de color. Desde el momento en que pone el pie en tierra, el príncipe entra en contacto con una multitud bulliciosa, chillona. Empieza a darle vueltas la cabeza. "Un oído alemán no está acostumbrado a este ruido". Se admira del movimiento de la calle. "Entre nosotros este torbellino hubiera pasado por un levantamiento popular, o a lo menos por un fuerte carnaval; aquí, es el tren de vida de todos los días". Descubre, sorprendido, un modo nuevo de vida. "Este pueblo vive, no está muerto y retirado en sí mismo como en otras ciudades. Todo lo que hace, lo hace en público..." Distracción sin cesar renovada para el viajero. Todas esas tiendas a pleno aire ofrecen, espectáculo colorado, maravilloso, las más bellas frutas del mundo. Al través de este mercado permanente circulan carros de cajas abigarradas, "corren y juegan cerdos, ovejas y niños". *Bambini* a veces completamente desnudos. ¡Verdaderos Murillos! Las calles estrechas están bordeadas por altas casas apretadas las unas contra las otras, cada una con un pequeño balcón de hierro. "Qué no se cuelga de estos balcones... Son condición esencial de la vida meridional. De ellos cuelgan sábanas, abanicos de flores y cobertores, toda mescolanza con la frescura italiana..." Maximiliano está encantado. Aquí, la suciedad misma parece "poética y pintoresca, dorada por los rayos del sol".

Naturalmente, lleva a cabo la excursión al Vesubio. No es cosa fácil, y le ofrecen llevarlo para izarlo al cráter. Rehúsa, prefiriendo "darle todo el cansancio a sus pies cualquiera que pueda ser. Se ve aquí, explica, todo lo que el hombre es capaz de hacer cuando se le propone un gran objetivo. Si no se tuviera constantemente este cráter inflamado ante los ojos, se escalaría probablemente con menos perseverancia el terrible camino". Terrible en efecto: muy escarpado, cubierto de ceniza fina que se desliza bajo el pie. "Es necesario dar dos pasos atrás por cada tres hacia adelante", y esto con un calor sofocante. A pesar de ello, se avanza alegremente, "con los misterios del cráter ante los ojos del espíritu". Aquí el aire no es el mismo que en todas partes, unas veces rudo y frío, otras caliente y sulfuroso, y se descubren colores "nunca vistos". El cielo está oscurecido por un velo de humo, de niebla. "Todo habla de muerte y de ruina. Se sienten bajo los pies fuerzas poderosas y desconocidas... Se cree uno lejos de la tierra lujuriante, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el caos, entre los elementos primitivos de que Dios ha hecho al mundo, en medio de los vapores venenosos que llenan el espacio antes que el aire y el agua fuesen separados, antes que el sol hubiese secado y animado a la tierra".

Bruscamente aparece una garganta humeante, una extraordinaria fantasmagoría colorada con la que no se cuenta. "Vastos campos de azufre ardiente, de los más vivos colores, más destacados, más chillones, cubren, en el interior, las partes de ceniza y las rocas de lava dentada... el amarillo ordinario del azufre y al más resplandeciente bermellón... En los lugares que dan paso al vapor, el azufre afecta tonos que van del rojo al azul por el violeta; o bien tiene el color del cardenillo". Y sin embargo, cosa extraña, "el conjunto es frío y triste".

Se siente la respiración del volcán que se manifiesta por leves nubes. Cerca del cráter se tiene la impresión de una garganta de dragón, un dragón fabuloso donde "el azufre brilla como las escamas pulidas e invulnerables del monstruo". En este paisaje, como jamás había visto otro igual, ni incluso lo había imaginado, Maximiliano experimenta la sensación de estar "como perdido en los confines de otro planeta", de estar rodeado "de temblores de mundos legendarios". La impresión es tan fuerte que, sin la presencia de sus amigos, hubiera huido "ante la fuerza primordial, muda, latente, de la naturaleza". Lo consigna sin falsa vergüenza. Pero, añade, "desde el momento en que los hombres se encuentran juntos, el sentimiento de debilidad se desvanece con el del aislamiento. Se siente uno enardecido y se avanza deliberadamente en el camino de los terrores..."

El descenso, después de estas visiones aterradoras, es feliz. Se dejan deslizar por la ceniza, sensación agradable porque "se acerca uno al límite del vuelo y se supone cuál debe ser el júbilo orgulloso del ave de presa que, desde lo alto de los aires, cae como una flecha en los valles profundos".

* * *

Maximiliano se embelesa con estas visiones napolitanas. Pero un príncipe tiene deberes a los que no podría sustraerse y, aun cuado esto casi no le agrade, le fue preciso ir a visitar al rey de Nápoles, Fernando II, el famoso rey Bomba, bienquisto en Viena por haber domeñado la revolución en sus Estados y restablecido el absolutismo.

Fernando habita en Gaeta, en dos casas pequeñas unidas en el hueco de un nido de rocas, el *Retiro*. Allí fue donde, en noviembre de 1848, le dio asilo al papa Pío IX, el cual, después de una sangrienta revuelta, había huido secretamente de Roma. Personaje truculento y pintoresco este Fernando, que, vestido de pescador, va a vender su pescado lanzando en dialecto popular, *lazzi*, invectivas a las cuales sus súbditos no dejan de contestar. "Creía que me había casado con un rey de Nápoles y no con un *lazzarone*", suspiraba la primera esposa de Fernando, María Cristina de Saboya.

En el *Retiro* la vida es sencilla. Nueve hijos, seis niñas y tres niños, todos con los cabellos cortados a ras según la voluntad paterna, se amontonan con sus padres en habitaciones pequeñas con muebles comunes, y tapices usados. Un interior de funcionario medio. La comida apenas es mejor. El rey y la reina son tan parcos el uno como el otro. En el menú, sopa de pescado frito, bacalao, pizza, guisote de berenjena, mozzarella, queso barato. "Únicamente los macarrones le dan esplendor a la mesa", observa Maximiliano, burlón. Se pregunta, *in petto*, si, en este bello reino, se sustituye con la palabra macarrones la de pan.

El servicio es casi inexistente. Un día, impaciente, Fernando exclama: "Teté (se dirige a su esposa María Teresa), poco a poco llegaremos a servirnos nosotros mismos". En cuanto a las maneras que reinan en esta corte, si puede emplearse esta palabra, el archiduque está escandalizado de ellas. Después de la comida se fuman cigarros en presencia de la reina, lo que para él es el colmo de la grosería.

Fernando lleva a su huésped a hacer un paseo. Toda la familia toma parte y, cada vez que el carro pasa ante una capilla o ante la imagen de un santo, el rey hace que se detenga: seguido de todos los suyos, va a arrodillarse. Se llega finalmente a la roca hendida según la tradición en el momento del gran temblor de tierra que acompañó a la muerte de Cristo. Una capilla conmemora este acontecimiento. No lejos, la casa pequeña donde, vestido de simple sacerdote, el Sumo Pontífice se presentó a desembarcar en territorio de Nápoles, y a donde vino Fernando, desde el momento en que tuvo conocimiento de la presencia del Padre Santo, con sus hijos a arrojarse a los pies de éste.

En el camino, Maximiliano ha visto a hombres con ropajes rojos que trabajan con una cadena en el pie. Prisioneros militares que expían crímenes importantes, se le explica. De hecho, hay en las prisiones reales veinte mil detenidos políticos arro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jados en mescolanza con ladrones y asesinos. Durante el invierno precedente, el ministro inglés Gladstone, entró en las prisiones y publicó cartas acerca de este asunto, que le dirigió a lord Aberdeen, ministro de asuntos extranjeros. "Es, dijo, la negación de Dios erigida en sistema de gobierno". Cuarenta mil nombres de sospechosos figuran también en los expedientes de la policía. Sin embargo, Fernando se ocupa, por lo demás, en acrecentar la prosperidad de su pueblo: reduce los impuestos, reorganiza la administración, le da nuevo impulso a la industria y al comercio, mejora los caminos, crea líneas de ferrocarriles y astilleros navales, sanea las rentas públicas.

Curiosa experiencia esta visita para un archiduque acostumbrado a la etiqueta vienesa. Para él, el contacto con Italia está lleno de enseñanzas porque sabe observar.

Antes de abandonar Nápoles, visita el museo Borbónico, Pompeya, Capri, Caserta. Admira la vista del palacio de Tiberio, el espectáculo del golfo incomparable, el Vesubio con su misteriosa columna de humo. En Caserta, la escalera del palacio, digna de la majestad real, lo hace soñar. ¿Qué cosa más bella que imaginarse a un soberano en lo alto de esos peldaños? "Que aparezcan allí un Carlos Quinto, una María Teresa, y quisiera ver al que no inclinara la cabeza ante la majestad a quien Dios le ha dado el poder. Y el fundador de Caserta ha indicado bien que todo poder viene de lo alto, porque el vestíbulo octogonal conduce inmediatamente a la capilla, santuario del inmenso edificio... Yo también, pobre efímero, sentía remontar en mí el orgullo ya experimentado en el palacio de los Dogos de Venecia, y pensaba cuán agradable debería ser en ciertos momentos... estar en lo alto de tal escalera, poder dejar caer la mirada sobre todos los demás y sentir que se es el primero, como el sol en el firmamento..." La grandeza de Caserta es hermana de la de Schoenbrunn. "Con cuánta pompa, con qué esplendor los cortesanos de María Teresa y de los Borbón de aquel tiempo avanzarían por estos corredores..." El espíritu de grandeza "ha sometido a la naturaleza a su poder: estas escaleras, estas acequias, estas fuentes, estas estatuas, estos árboles podados, lo testimonian".

¡Con qué fuerza este archiduque de ideas liberales se siente nieto de Carlos Quinto! Y cuánto atractivo ejerce sobre él la corona, la corona que no tendrá.

Después de Nápoles, Florencia. Aquí es donde Maximiliano descubrirá la belleza intelectual después de la belleza voluptuosa dle Sur. Ante *El nacimiento de Venus*, de Boticelli, experimenta un choque. "De pronto, me hallaba ante la diosa, y

solamente entonces el verdadero sentimiento del arte se despertó en mí, el entusiasmo estético para el cual nada hay indecente y que no ve sino la belleza suprema y transfigurada. Afrodita nació de la blanca espuma del mar; las olas doradas danzaban al soplo del céfiro bajo el sol de mediodía; las perlas brillantes de las ondas se unieron, se fijaron y, del seno del mar murmurante y de las brisas embalsamadas, salió, como una flor húmeda de rocío, una mujer demasiado bella para haber nacido de la carne y de la sangre..."

El poeta que hay en él está conmovido hasta lo más íntimo del ser. Comprende el sueño del artista. "La hija de las olas, la diosa del amor, nacida perfecta, está delante de nosotros... Está desnuda, pero la armonía de su belleza, salida del más puro elemento, permanece inviolable". Cuando Maximiliano abandona Florencia, con pesar, tiene la impresión de dejar a "una mujer bella, de alma elevada, llena de inteligencia".

* * *

¡Italia lo ha encantado! España lo cautivará, lo fascinará. España es su patria, la tierra de sus antepasados de los que encontrará huellas dondequiera. Se embriaga con los recuerdos de la historia. Ante la tumba del rey Fernando, en Sevilla, experimenta una violenta emoción cuando un guardia le dice que aquí reposan los huesos de quien él lleva el nombre: Fernando Maximiliano. Oye misa cerca del sarcófago de su abuelo. Simple viajero en un país hoy extraño, desciende, sin embargo, de este santo rey y, arrodillado cerca de éste en las gradas del altar, siente elevarse sobre él los siglos. Evoca los tiempos en que España, "bajo las alas del águila bicéfala, estaba en la cumbre de su poderío y era el más grande imperio del mundo. Un imperio donde el sol no se ponía jamás".

En Granada, dos sarcófagos dobles en los que reposan las estatuas de dos parejas: Fernando e Isabel, Felipe el Hermoso y Juana la Loca. Maximiliano mira "rectamente en los rostros de piedra, muertos y mudos". Estos grandes reyes han modelado la historia, engendraron una poderosa descendencia de soberanos. Al presente, "reposan solos en una capilla solitaria. *¡Vanitas vanitatum!* En vez de la brillante corte que los rodeaba antaño, un sacristán pobremente vestido toma una antorcha, abre una pequeña puerta de hierro y me conduce por estrechos escalones a una cripta baja y húmeda, sin el menor ornato, en donde aparece severa la verdad desnuda. Sobre ellos no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arroja la mirada el heredero olvidadizo, y el mundo no adorna lo que no ve. Aquí, estas orgullosas parejas reales reposan en sus pequeños y estrechos féretros, horribles y desnudos". Grandeza de los reyes, miseria del hombre.

Ante este espectáculo, Maximiliano siente vivo en él, el genio de la familia. La emoción, una emoción extraordinaria, le oprime el alma. "En toda España, piensa, yo era el más cercano pariente legítimo de estos pobres muertos... Experimenté allí cómo los lazos del parentesco os afianzan todavía después de siglos". Cuando el sacristán le trae las insignias reales de Fernando, el *Libro de Horas* de Isabel, toca, conmovido, el círculo de oro y la espada antaño tan poderosa, con un sentimiento donde se mezclan el orgullo, la codicia y la melancolía. ¡Qué bello, qué brillante sueño para el descendiente de los Habsburgo de España blandir la espada de Fernando para conquistar la corona!..."

Una vez más, ante estas huellas del pasado, se forma un sueño en el espíritu del archiduque. ¡Asir el poder, conquistar la corona! Una nostalgia de poder, latente en él, toma cuerpo, se precisa.

España, sin embargo, le ofrece otras imágenes que, no por ser menos exaltantes, son menos fuertemente agradables. En Sevilla, "jóvenes delgadas de ojos centelleantes" bailan frente a él. "Como un sultán voluptuoso me instalé en un sofá fumando cigarrillos mientras gozaba del atrayente espectáculo". Una hermosa bailarina de diecisiete años tiene gestos un tanto equívocos que no lo dejan indiferente.

En este país todo lo conquista. Las mujeres más bellas que en otras partes saben unir la gracia a la seriedad. Pero también Maximiliano está encantado por "el romanticismo" de los monumentos. En el Alcázar de Sevilla se siente atraído por "el pabellón de estilo morisco rodeado de enormes naranjos". Es cierto que fue construido por Carlos Quinto, aquel príncipe de su casa, "tan querido a su corazón", y que, sobre las paredes, se destaca en relieve el águila de dos cabezas. En Granada, Carlos Quinto destruyó una parte de la Alhambra para construir un palacio de su gusto. Sin duda, el artista, en Maximiliano, reconoce que el emperador, al demoler el palacio de invierno de los reyes moros para edificar una residencia sobre las "ruinas del mundo de las hadas", cometió un "horrible atentado contra el arte". Sin embargo, le encuentra excusas: "Su palacio de grandes piedras talladas realiza... una idea del soberano poder, mientras que lo que subsiste de los palacios moriscos nos ofrece un encanto amable y romántico.

Es la morada de los elfos tejida al claro de luna; se puede allí soñar, pero no reinar". Y Maximiliano, siempre deslumbrado por el resplandor del reino, declara: "Si yo reinara y me fuera necesario escoger entre los dos, tomaría sin vacilar el palacio macizo de Carlos Quinto".

¿Y las corridas de toros? ¿Será el alemán refractario al espectáculo? Así lo teme. Admirado, comprueba que, al contrario, se siente poderosamente atraído por esa lucha que encuentra apasionante. En el momento supremo, todo el mundo se levanta con un solo movimiento, como por magia, para esperar el golpe mortal. Ese movimiento general, "eléctrico", esas miradas embriagadas: he allí un cuadro de lo más grandioso que pueda impresionar a un extranjero. En él, de pronto, la sangre española sumerge todo. "Me siento arrastrado, una embriaguez salvaje, indescriptible, se ha apoderado de mí; la escena sangrienta me transporta, mis manos le envían al bravo *espada* los aplausos merecidos. ¿Cómo el corto espacio de un cuarto de hora puede a tal punto cambiar los sentimientos de un hombre?... Una idea profunda, idea de fuerza, de glorificación del valor, anima a estos juegos antiguos". Maximiliano declara: "Ya sentía mi alma española". Cuando el torero se presenta ante su palco y, en breve arenga, le anuncia que dará el golpe mortal en su honor, el archiduque se conmueve violentamente. "Ese homenaje nacional me lisonjeó y mi pensamiento se remontó a los bellos días en que los Habsburgo reinaban sobre este noble pueblo. Mi embriaguez estaba en su colmo..."

España lo ha conquistado.

*
* *

En Gibraltar el príncipe se presentó al gobernador, sir Robert Gardiner, "hombre delgado en traje oscuro y pantuflas blancas de gotoso", de setenta años, viejo soldado de Wellington. Fue muy bien recibido. En el curso de una gran comida ofrecida en su honor, sir Robert ofreció un brindis, en alemán, al emperador de Austria. Y Maximiliano apreció mucho la costumbre británica que coloca ante cada comensal una botella de jerez a fin de que se pueda fácilmente beber a la salud de los unos y de los otros. Esos ingleses son muy amables y sus maneras perfectas, cuando quieren. Maximiliano que, marino, los admira como marinos, aprecia también sus costumbres. También, y muy particularmente, la costumbre que ordena que al fin de la comida se despide a las damas, a fin de charlar y

beber tranquilamente entre hombres. "Es necesario que las damas aprendan que deben obedecer, y la inmoralidad francesa muestra bien a dónde conduce la exageración de una galantería insulsa y absurda hacia el sexo".

Este hermoso viaje terminará con una nota fúnebre. Está enfermo un marinero. El archiduque va cerca de él y, de acuerdo con sus órdenes, la tripulación se agrupa en torno del moribundo. Luego corre a su camarote de donde trae un fragmento de la verdadera Cruz y un libro de misa. Hace que pongan la sagrada reliquia en la hamaca del hombre y en torno de éste se eleva un coro de oraciones. A la puesta del sol expira el marinero. Maximiliano está muy impresionado. "No había hasta entonces visto morir a nadie, y tuve necesidad de hacerme gran violencia sobre mí mismo para permanecer hasta el último momento... Todo eso fue horrible para mí, y sin embargo me pareció mucho más fácil morir de lo que me había figurado".

*
* *

El invierno de 1851 es muy alegre. La archiduquesa Sofía, para distraer a su hijo, da muchos bailes. Bailes cuya orquesta es dirigida por el maestro Johann Strauss. El joven emperador, excelente bailarín y "el más infatigable", brilla allí. También se encuentran ahí sus jóvenes hermanos. Y las jóvenes solicitan todas el honor de bailar con ellos. Con el emperador, evidentemente, pero también con Maximiliano, cuya mirada azul, clara y acariciadora, las atrae irresistiblemente.

Sofía, armada con sus gemelos de oro, vigila a las parejas que bailan; no acaba de gustarle ver que Francisco José invite con mucha frecuencia a la condesa Ugarte. Esta muchacha de veintinueve años podría hacerse peligrosa; ella pondrá orden ahí. Le parece también que Maximiliano se muestra un poco demasiado asiduo con la condesa Paula von Linden, hija del ministro de Wurtemberg, cuyos diecinueve años tienen un resplandor de flor, pero afortunadamente Maximiliano mariposea mucho y probablemente no hay nada serio entre Paula y él.

El martes de carnaval deberá tener lugar el último baile del Hofburg. El sarao se terminará a medianoche. Al día siguiente es Miércoles de Ceniza y la cuaresma interrumpirá todas las diversiones. Por la tarde, el príncipe Auersperg convidó a algunos amigos a un baile íntimo. Antes de dirigirse a él, Paula von Linden recibe un ramo de violetas blancas al que no acompaña ningún billete. Inmediatamente adivina de

dónde viene: es el archiduque Max que se las envía para que se las ponga esa tarde. Eso es una declaración. Pero, ¿cómo podrá ella ostentar esas flores anónimas? Ya la madre de la joven frunce las cejas. ¿Quién puede ser el desconocido que se permite semejante gesto? Vivamente, Paula inventa una mentira. Se acuerda de pronto de que este envío proviene de una vieja dama amiga suya. Y, una vez calmadas las suposiciones maternales, parte, con su ramo en las manos, para dirigirse a casa de Auersperg.

Llega allí Maximiliano para representar a su hermano el emperador. Papel oficial. Paula no espera ser invitada de inmediato. El archiduque debe sacar a bailar en primer lugar a la dueña de la casa. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando ve que se acerca a ella! Le da las gracias por llevar consigo las flores que le envió y la arrastra vivamente.

Por la tarde la joven está a punto de partir al Hofburg cuando se le entrega un nuevo ramo completamente fresco. Decididamente, el archiduque está muy apasionado. Baila mucho con Paula. Llevados por el ritmo de los valses, los jóvenes, fuera del mundo, no sospechan que Sofía, con las cejas fruncidas, los vigila. Bruscamente la música se detiene. Suena la primera campanada de medianoche. Empieza la Cuaresma.

Cuando Paula y Maximiliano se separan, tienen la esperanza de volver a verse pronto. Pero la archiduquesa y Francisco José han decidido de otra manera respecto de ello. Al día siguiente, Maximiliano recibe la orden de volver a Trieste. Sofía ha descubierto algunos poemas donde su hijo canta su amor por la joven alemana. Conviene ponerle fin a esa peligrosa niñería. Poco después el ministro de Wurtemberg deberá llegar a su nuevo puesto, en Berlín. Se ha acabado con el idilio.*

*
* *

Francisco José decidió acompañar a su hermano para juzgar, en el lugar mismo, del estado de su marina. Irá primero a Venecia donde se hallan cinco fragatas que conducirá a Trieste. En el momento de abandonar Venecia se anuncia el tiempo tan malo, que el almirante cree que debe prevenir al emperador de que no podrá responder por su seguridad. Entonces Francisco José hace venir a los comandantes y les plantea esta

* En 1870, Sofía, endulzada por la edad y las pruebas, le confesará a Paula: "Nuestro Max nos había causado tanta inquietud por causa vuestra... Estaba tan enamorado de vos..."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pregunta: "Si yo no estuviera a bordo, ¿partirían ustedes en estas desfavorables condiciones?" Todos responden que obedecerán a las órdenes que se les den. Francisco José les ordena ignorar su presencia. Partirá con la flota. Maximiliano sube, con él, al barco almirante. Viaje rudo: se desencadena espantosa tempestad. Uno de los navíos se va a pique. Los demás, dañados, logran llegar a puerto.

Para distraer a Maximiliano de sus amores con Paula, la archiduquesa ha decidido que viaje. Visitará Sicilia, las Baleares, España, Portugal, Madera, África del Norte. Programa bien hecho para agradarle a un joven siempre ávido de ver cosas nuevas y feliz de navegar. Al indicar Sofía las grandes líneas de este itinerario, espera que su hijo, en las cortes que tendrá ocasión de visitar, encontrará probablemente a una novia digna de él.

Maximiliano no piensa sino en aumentar sus conocimientos y su experiencia de marino. En Mesina visita al *Carlomagno,* magnífico buque de guerra de ochenta cañones y excelente instalación. Reina gran limpieza a bordo, "cosa rara entre los franceses", nota el archiduque, siempre pronto a criticar lo que es francés. Sin embargo, examina con vivo interés de arriba abajo el navío. Admira el almacén de la pólvora "parecido a una biblioteca". Se siente intrigado por una extraña máquina: movida por vapor, deberá hacer potable el agua del mar. No se logra el resultado esperado, pero esta tentativa abre interesantes perspectivas.

En Menorca, donde se halla anclada la flota inglesa del Mediterráneo, nueva ocasión de instruirse. Allí está el *Britannia,* "imagen de la grandeza y de la fuerza de la marina británica". Todo le agrada a Maximiliano; la comodidad, la limpieza, el orden que reina por doquiera, la caoba de las cabinas, la hermosa cristalería lista, la fina porcelana, la unión de lo práctico y de lo confortable. "Los ingleses, inteligentes, saben que mientras más agradable sea la vida de los oficiales y de los aspirantes a bordo, más querrán a su barco, y soportarán con más facilidad la ausencia del hogar. El inglés está como en su casa en su navío y no le pide nada a otro porque sería difícil encontrarlo mejor dondequiera que sea".

Fielmente, Maximiliano anota cada día sus impresiones en su *Diario.* Pasa algunos días en Argel, en donde todo es nuevo para él. Observa con ojo crítico, agudo. "Argel es una especie de válvula de seguridad para Francia; desembaraza a ésta de los malos elementos, pero también le quita a algunos de los buenos. Hasta el momento actual, su posesión ha sido incierta;

sin embargo, es un campo de acción para la valentía francesa y para las teorías nuevas".

Su visita al *Atlas,* donde es recibido por el general Yusuf, un árabe convertido en oficial superior, casado con una parisiense y convertido al catolicismo, causa en él gran impresión. "El ser más caballeroso de toda Argel... Bravo como un león y prudente como la serpiente, dos cualidades que los franceses adoran. No da la impresión jamás de ser un advenedizo, porque siempre habla él mismo de su pasado; se experimenta la sensación de que sus servicios son un favor para los franceses y que permanece libre e independiente por su propia voluntad". El archiduque es sensible al encanto de esta personalidad un tanto misteriosa. Y goza sin remordimientos de la hospitalidad verdaderamente oriental que le ofrece Yusuf que no escatima ni el champaña helado ni las bailarinas árabes. "Por una sola vez, cuando se viaja, pueden sacrificarse las conveniencias, porque esto es necesario para daros una idea cabal". Así es cómo, según la sabiduría de las naciones, los viajes forman a la juventud. Y, en estas circunstancias, de una manera muy agradable a los ojos de Maximiliano.

El 6 de julio de 1852 llega a Madera. Hoy es su cumpleaños. Tiene veinte años. Es feliz. "Había llegado a una época importante de mi vida; a pesar de mi juventud, un gran número de pensamientos graves y austeros colmaban mi espíritu aquella mañana. Juzgándolo por lo exterior, el hecho de alcanzar la edad de mi mayoría, no causaría sino poco cambio en mi existencia; como antes, yo sería mi propio dueño tanto como mi situación me lo permitiese... Si existe alguna advertencia profética respecto de la manera como pasamos nuestro aniversario, entonces el año que viene será feliz, sin preocupación, porque jamás he tenido un cumpleaños tan alegre y también tan encantador".

* * *

Con frecuencia son engañosos los presentimientos. En los meses que vienen, Maximiliano encontrará de nuevo al amor y a la muerte.

Deberá hacer escala en Lisboa para hacerle una visita a su prima hermana, la reina María de Braganza. Ésta, llamada al trono a la edad de quince años con el nombre de María II, reina desde hace veinte años en Portugal. Un reinado que empezó con un largo periodo de guerra civil. Ha seguido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estando muy agitado el país, porque se disputan el poder dos partidos: los reaccionarios con el duque de Terceira, y los liberales con el duque de Soldanha.

En el momento en que llega el archiduque, es Soldanha el que gobierna, a la vez primer ministro, comandante en jefe y ministro de guerra. Es todopoderoso. Es un hombre grueso de cabellos blancos rizados, bigote y barba, tinte moreno de portugués, anteojos con aros de acero. Desde el primer encuentro, el archiduque lo detesta. "Para la reina y el joven príncipe, es el más odioso de los aduladores".

Maximiliano espera con impaciencia el encuentro con la soberana. María lo recibe en compañía de su marido y de sus tres hijos mayores. "Es alta, mantiene erguida la cabeza, sus rasgos son móviles y expresivos, ojos azules de los Habsburgo, manos finas, pero desgraciadamente la corpulencia de una portuguesa a un grado tal, que jamás había visto yo cosa parecida". Esto explica sin duda la falta de energía y de perseverancia de que ella da pruebas. Sin embargo, el archiduque tiene indulgencia respecto de ella, porque, "ofrece un raro ejemplo de las virtudes familiares en el corrompido Portugal..." y "en su actitud, en sus maneras, en su manera de gobernar el palacio, sigue de cerca el estilo alemán". He aquí lo que puede hacer perdonar muchas cosas.

La reina le testimonia mucho afecto a su joven pariente. Lo presenta a su suegra, la segunda esposa de su padre, la emperatriz viuda Amelia, que vive con su hija en una pequeña quinta en Benfica, no lejos de la capital. Amelia se casó con don Pedro, emperador del Brasil y rey de Portugal, viudo de Leopoldina de Habsburgo, madre de María. Amelia es una Leuchtenberg, hija de Eugenio de Beauharnais y nieta de Josefina. De su unión con Pedro tuvo una hija, María Amelia de Braganza, nacida en París después que Pedro fue destronado y poco antes de la muerte de éste.

María Amelia tiene veinte años. Es de rara belleza, notable y, además, inteligente, cultivada. Para Maximiliano es como un cañonazo. "Una perfecta princesa, tal y como raras veces se la encuentra". Una tarde, los jóvenes se pasean en el parque del castillo de Lumiar, propiedad del duque de Palmella. En los admirables jardines en terraza, en donde las flores arrojan mil perfumes diversos, el archiduque se declara. La joven corresponde a su amor. Ambos deciden desposarse secretamente. Sin embargo, sobre esta dicha se cierne una especie de indefinible melancolía, una melancolía de la que

Maximiliano experimenta la rara sensación con su alma de poeta.

La emperatriz viuda da su consentimiento para esta unión. Únicamente ella está en el secreto. Antes que a ninguna otra persona, es necesario prevenir a Francisco José y obtener su autorización. Desde su regreso a Viena, Maximiliano solicita el permiso de su hermano. Le es concedido. Si este matrimonio no es muy brillante a los ojos de la familia imperial, a lo menos María Amelia es una princesa auténtica, hija del emperador de Brasil. Maximiliano se casará en el curso del año próximo. Es feliz.

En Navidad se le invita con Francisco José a pasar las fiestas en Berlín. Se da un gran baile en honor de los austriacos. Entre las damas presentes, se encuentran la condesa von Linden y su hija. Francisco José, que las reconoce, se acerca a ellas para saludarlas. Maximiliano se mantiene aparte. No invita a Paula. Luego se esquiva y va a ocultarse en un salón contiguo a la sala de baile. La imagen de María Amelia ha remplazado a la de Paula.

Había vuelto hacía poco el archiduque a Trieste, cuando le llega una terrible noticia: María Amelia ha muerto. Murió de la terrible enfermedad que se llevó a su padre. Murió "del pecho", como se dice. Con la esperanza de aliviarla la habían llevado a Madera para que allí pasara el invierno. Se extinguió allí el 14 de febrero de 1853.

La pena abruma a Maximiliano. "Partió, ángel puro y perfecto, para ir a su verdadera patria..."

* * *

Al presente, Maximiliano se cree refractario al amor. ¿Quién, pues, podría hacerle olvidar a María Amelia? No existe sino un refugio: el mar. Su oficio le gusta cada vez más. También acoge con alegría una misión en Albania que le encarga su hermano el emperador; éste, que de lo único que trata es de alejarlo, le da el mando de la corbeta *Minerva* y lo envía a las aguas albanesas para que observe lo que allí ocurre.

En estos momentos, y después de muchos años, Turquía intenta un esfuerzo de regeneración. Pero protestan todos los pueblos que se encuentran bajo su yugo. Los cristianos, hostiles a las reformas, quieren la autonomía. En Montenegro la situación es particularmente grave. En dondequiera las poblaciones cristianas llaman a las potencias europeas: los ortodoxos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a Rusia; los católicos, a Francia, y sobre todo a Austria, más próxima. El zar le acaba de decir al embajador inglés, sir Hamilton Seymour, hablando de los turcos: "El hombre está muy enfermo, sería una desgracia si llegara a escapársenos antes que fuesen tomadas las disposiciones necesarias". Y cada quien sueña con los despojos del "hombre enfermo". Nicolás I aprovecha la ocasión para reclamarle al sultán que reconozca oficialmente su protectorado sobre sus súbditos ortodoxos. El sultán rehúsa. Entonces el ejército ruso ocupa los principados del Danubio.

Francisco José no puede, ni quiere, permanecer inactivo cuando todas las potencias se mezclan en el asunto. Decide, pues, enviar un navío a las costas de Albania, para vigilar lo que acontece.

Este país está bajo la dominación de los turcos desde la Edad Media, y son numerosos sus habitantes que se han convertido a la religión musulmana. Los cristianos, aquí, son más o menos atormentados. Fiel a su costumbre, Maximiliano anota sus impresiones en su *Diario:* "En las fronteras de la civilización se encuentra un país salvaje que lleva el nombre eufórico de Albania. En esta región de bosques, los turcos los osos y muchos católicos viven en perpetua lucha, se persiguen los unos y los otros en feroz combate como en tiempos de Diocleciano, la misa se celebra en una atmósfera de terror ansioso, y son los cirios del altar los que sirven, como entonces, para iluminar el sombrío lugar de reunión de los fieles".

Maximiliano está encargado de llevarles "un aliento moral" a estos católicos perseguidos. Después deberá informar al emperador respecto de sus condiciones de vida. Pero antes de su partida ha sido aleccionado en debida forma: que se guarde bien de traerle a Austria complicaciones con los turcos. En suma, se trata, no de hacer algo, sino de afectar el aire de interesarse en la cuestión. Por otra parte, el gobierno del sultán no les permitirá a los austriacos penetrar muy profundamente en el país. Y éstos no insistirán.

La misión ofrece algunos buenos momentos y también algunas emociones. Al llegar, la *Minerva* arrojó el ancla ante la costa, cerca del cabo Rodoni. El archiduque y sus oficiales bajan a tierra, y el jefe de la aldea les propone una partida de caza de osos en el bosque que bordea la orilla. Pero le ha sido señalada a la policía la presencia de los intrusos; aquélla llega y se informa de la identidad de los cazadores y de su barco.

Maximiliano, vestido con un albornoz blanco —recuerdo de Argel— sentado bajo un dosel de verdura, recibe a los oficiales de la policía, los invita a sentarse en derredor de él en semicírculo, y les ofrece pipas que ellos aceptan gustosamente. Luego dice su nombre y muestra la bandera austriaca. La desgracia está en que estas personas sencillas no conocen sus colores. El archiduque les afirma que está en excelentes términos con su gobierno. ¿Lo que viene a hacer aquí? Cazar, sencillamente. Y señala a un jabalí muerto. No se necesita más para convencer a los policías, los cuales, muy a su gusto ahora, fuman tranquilamente y no parecen nada decididos a retirarse. ¿Cómo incitarlos para que se vayan? Maximiliano tiene una idea: anuncia que ya es hora, para él y sus amigos, de ir al mar a hacer sus abluciones. Razón perentoria para los buenos musulmanes. Antes de partir, sin embargo, expresan éstos un deseo: quisieran ver de cerca al *Minerva*. El archiduque les entrega una orden para su segundo. Que se reciba amablemente a estos huéspedes y que se les ofrezcan largamente vino y café. Luego llevando la farsa hasta el final, entra en el agua con sus compañeros, haciendo *salam aleiks* al Este y al Oeste, al Norte y al Sur, con tal convicción que sus visitantes, edificados, les dirigen con la mano un gesto de despedida muy amigable.

Estaba a punto el *Minerva* de levar el ancla, cuando el jefe de la aldea surgió a bordo y, sollozando, se arrojó a los pies del comandante. Entre dos hipos explica que el Pachá de Tirana acaba de llegar con doscientos hombres. Tomó a su hijo como rehén y amenazó con cortarle la cabeza si el gran navío se va antes que tenga tiempo de ir a visitarlo. Inmediatamente Maximiliano envía a tierra a uno de sus oficiales para calmar al irascible Pachá. Al regresar, cuenta el emisario que se ha exagerado un poco la cosa, pero que es cierto que el Pachá ha expresado su deseo, en tono categórico, tono que por lo demás se ha suavizado mucho en el curso de la charla. Uno de los botes trae poco después a Bimbashi el Terrible, ya en estos momentos completamente amansado. "Como todos los aristócratas turcos, el león de Tirana es un pequeño tronco de hombre gordo de piernas torcidas, de vientre temblequeante, cuya actitud es la de un pequeño dios de pagoda. Traía un fez sobre su cabeza redonda afeitada, una bata sobre su cuerpo jadeante, y le cubrían las piernas pantalones sucios".

Maximiliano se divierte mucho a la vista de este fantoche. Con un movimiento negligente de cabeza, le hace seña de que se siente. Luego hace que sirvan sandías y champaña para alegrarlo. Finalmente pronunció algunas palabras huecas

y una amonestación muy severa a propósito de los cristianos, al mismo tiempo que reía so capa de los gruñidos ininteligibles de su interlocutor. "Cuando Su Altitud se hubo refrescado, lo despedí con algunas botellas de champaña oreada y se le honró con una salva de nuestros cañones de 32 que lo conmovieron seriamente".

En Durazzo, el puerto más importante del país, Maximiliano tiene noticia de que el arzobispo católico está prisionero en su propia casa desde hace un año. Envía de inmediato un destacamento armado con orden "de libertar al desdichado apóstol", de volverlo a su diócesis, y de acompañarlo a bordo del *Minerva*. Don Ambrosio, el prelado, llega en el momento en que la tripulación se prepara para celebrar el cumpleaños del emperador, el 18 de agosto. También se encuentran allí numerosos cristianos, invitados a participar en la fiesta. Ondean las banderas. Ha sido levantado un altar bajo un dosel de seda roja ante el palo de mesana. El arzobispo celebra la misa y los grumetes, coro improvisado, cantan el *Te Deum* muy bien, según opina el mismo Maximiliano.

Después de la ceremonia religiosa tiene lugar un banquete en el puente. Don Ambrosio, sentado a la derecha del archiduque, goza plenamente "de los dones de Dios". Habiéndose llenado de champaña todos los vasos, Maximiliano se levanta y brinda por el emperador. Retumba una salva de cañón, y la tripulación entona a pleno pulmón el himno nacional en alemán y luego en italiano. "Momento lleno de solemnidad y de emoción. Al venir este canto de tantos jóvenes pechos y vibrando con un sentimiento que partía del corazón, causó gran impresión en nuestros invitados".

Última etapa, Aulona, al sur de Albania. Los austriacos son muy bien recibidos por el joven rey, el cual, generoso decide regalarle un rebaño de bueyes al comandante. Pero éste no quiere aceptar nada de él, y hace levantar el ancla antes que el ganado llegue a la orilla.

Evidentemente este viaje no ha tenido alcances políticos. Pero ha sido de gran provecho para Maximiliano que ha salido muy bien de su primer mando. Está muy contento de sí mismo. "Hice lo mejor que pude para hacerles agradable la vida a mis subordinados. Un comandante que tiene el sentido de su oficio y que se considera como un verdadero marino, ama a aquellos que están bajo sus órdenes y no se siente como en su casa, sino entre marinos formados por él. Al cabo de cierto tiempo, un lazo une a toda la tripulación. Juntos sortean los peligros, se comparten las alegrías, se recorren los mares en

agradable compañía, y cada uno siente que, sobre el vasto océano, pertenece a un pequeño universo unido por todos los acontecimientos de la vida cotidiana".

Maximiliano se ha convertido en un verdadero marino. Verá oficialmente consagrada su vocación. El 10 de septiembre de 1854 se le nombra, por decreto imperial, comandante en jefe de la flota con el grado de contralmirante.

* * *

En adelante conoce su oficio. Ha navegado durante tres años. Al presente, podrá pasar a las realizaciones. Cuando entró a la marina, la flota de guerra contaba con tres fragatas: la *Novara,* la *Belona* y la *Venus,* tres corbetas y dos acorazados. Bajo la dirección de Dahlerup, aumenta con otras dos fragatas, la *Schwarzenberg* y la *María Ana,* una corbeta, un crucero de vapor y doce navíos armados. Pero este progreso fue detenido por el sucesor de Dahlerup, el general de artillería Wimpfen, personaje absolutamente ignorante de los asuntos navales. También el nombramiento de Maximiliano ha sido acogido con entusiasmo por Tegetthoff, apasionado por la obra de renovación de la marina y que tiene absoluta confianza en el archiduque: ha visto a éste en el trabajo, lo ha juzgado lleno de celo y energía, capaz de consagrarse a los intereses del servicio "que lleva metido en el corazón". "Da pruebas, dice, de la más grande actividad y suscita las esperanzas más alentadoras. Se ocupa de los menores detalles y, por amor de su oficio y su firme resolución, estoy seguro que logrará al final realizar una completa reorganización de nuestros servicios que Dahlerup y Wimpfen han trastornado por su política superficial".

En efecto, Maximiliano, enérgicamente sostenido por Tegetthoff, va a darle un impulso serio. Es preciso aumentar y modernizar la flota. Se le comprará al gobierno inglés una fragata a vapor que será bautizada *Radetski,* nombre del mariscal vencedor del Piamonte, en Custozza, a quien Austria considera como su gran guerrero. Se construirán barcos de guerra, el *Kaiser,* el *Don Juan de Austria.* La *Novara* será blindada según los nuevos procedimientos. El archiduque se esfuerza por otra parte en darle a la marina un carácter verdaderamente nacional. Ahora el reclutamiento de los marineros se intensifica en Dalmacia y en adelante las órdenes se dan a la vez en alemán y en italiano. Se refuerzan las prácticas y la disciplina. Finalmente empieza la ejecución del plan de reorganización

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ha sometido a la consideración del emperador, plan que comporta la construcción de un nuevo puerto, Pola, para remplazar a la vieja base de Trieste; de un arsenal y de un astillero de construcción marítima; la fundación de un museo de la marina y de un instituto de hidrografía.

Bastante fríamente acogido al principio, el almirante Fernando Maximiliano se tornó muy pronto popular. Ahora se le llama Max a secas, con una familiaridad matizada de afecto. La marina austriaca empieza a adquirir cierto orgullo. Por primera vez, Max toma bajo su mando una escuadra de catorce barcos de guerra para efectuar maniobras en el Mediterráneo. Dondequiera que aborda, ya sea en Alejandría o en Tolón, produce buena impresión.

En el curso de estas maniobras, Maximiliano atraviesa el Istmo de Suez y visita al Alto Egipto. ¿Piensa en la posibilidad de un canal? Sin duda, porque dos años más tarde, enviará a aquel lugar a Tegetthoff y a un sabio, el doctor Heuglin, en misión de información a fin de reunir todos los datos acerca de este proyecto eventual.

Va en seguida a Tierra Santa, donde Jerusalén produce en él una impresión profunda. En su honor, una procesión pasea la Cruz por diversas calles, cosa que no se había visto desde hacía siglos. Maximiliano no puede separarse del Santo Sepulcro. "El consuelo que me daba me atraía sin cesar hacia él. Esta religión que es toda amor tiene su cerebro en Roma y su corazón en Jerusalén".

Durante este mismo viaje, un poco más tarde, pasa tres días en Roma. Para su gusto son demasiado cortos los días para admirar tantas maravillas acumuladas: los museos, los monumentos, las iglesias, los preciosos libros de la incomparable biblioteca Vaticana y todas aquellas obras maestras de la pintura y la escultura.

Dos veces lo recibe el papa Pío IX, comulga de manos del pontífice, acompañó a éste a misa, toma su pequeño desayuno con él, asiste a un oficio en la Capilla Sixtina. Invitado dondequiera, se prodiga en las comidas y en las veladas. Recibe también visitas oficiales. Sus "trabajos", dice, empiezan a las cinco de la mañana, y gracias a la luna llena duran hasta más allá de medianoche.

A pesar de estas diversiones, no pierde de vista su objetivo. La guerra de Crimea hace que se efectúen progresos técnicos considerables en la construcción naval. Se ponen a prueba navíos blindados en los cuales resbalan las balas rusas. Maximiliano comprende que en lo porvenir el acero remplazará a la madera

como el vapor a las velas. Tiene el sentido del porvenir. Pero no es hombre de acción. Vacilará en servirse en 1859 de este útil que él ha perfeccionado con tanta inteligencia, cuando se desate la guerra entre Francia y Austria. Los franceses bloquean a Venecia. Los marinos austriacos, llenos de ardor, humillados por este bloqueo, quisieran forzarlo. Tegetthoff es el más impaciente de todos. Pero está reducido a la impotencia. "El archiduque no quiere arriesgar su flota", dice el almirante Jurieu de la Gravière que manda las fuerzas francesas. Prefiere seguir el ejemplo de los defensores de Sebastopol e impedir que los franceses se aproximen. El nuevo buque, el *Kaiser,* recientemente botado en Pola, es anclado en medio de la laguna principal. En caso de necesidad, se le echará a pique inmediatamente para impedirle el paso al enemigo.

La flota de Maximiliano probará su valor algunos años más tarde: en 1866 quedará victoriosa en Italia, en Lissa, primera batalla donde se enfrentarán navíos acorazados de una y otra parte.

* * *

Este marino tiene una sensibilidad de poeta. De poeta romántico y muy alemán. "Se despierta en mí un gran deseo: escuchar a la naturaleza en su gran silencio, sentirse uno mismo con una pena muy dulce, solo en el gran todo". Su poeta predilecto es Nicolás Lenan, atormentado y melancólico. Ha leído mucho a Byron cuya sed de libertad y espíritu de rebelión halla en él profundas resonancias. Pero también le gusta mucho Walter Scott, la caballería, la Edad Media.

Siempre ávido de impresiones nuevas, nunca se cansa de descubrir, de admirar. Se maravilla ante los esplendores de la naturaleza tanto como ante la obra de los artistas. España, Italia, Grecia, le arrancan gritos de alegría. En Sevilla, después de su visita al Alcázar, escribe: "Shakespeare soñó el *Sueño. de una Noche de Verano;* Mendelssohn lo oyó cantar: yo lo he visto".

Pero, para él, el viaje es algo más que el descubrimiento de paisajes o de obras desconocidas. "La expresión de los pensadores, la materialización de las ideas superiores, esto es lo que debe buscar en primer lugar el viajero en un país extranjero". El primer minarete, la mezquita, evocan para él los milagros de Asia; la primera caravana de camellos le recuerdan el Oriente de las Mil y una Noches. En Sicilia, en Siracusa,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se inclina ante la tumba de Platón. Conmovido, contempla la losa sepulcral abandonada. Le sube a los labios un poema:

...Quisiera, en este país lejano,
Para adornar tu tumba, ofrecerte flores.
Pero bajo el sol quemante
Se han marchitado entre mis manos.

Sus poemas son, dice, "gritos de su corazón". Canta su felicidad ante los países bellos de extraño encanto; grita su indignación ante las injusticias y el mal que quisiera poder borrar; desahoga sus íntimas emociones, sus amores, sus tristezas, sus esperanzas.

...Jamás soy poeta para agradar,
Lo soy en las alegrías y en los pesares.
Retumban los ecos de mis gritos de felicidad y mis lágrimas.

* * *

La guerra de Crimea terminó en 1856. Austria no desempeña sino un papel borroso en el concierto europeo en el que Francia ha desempeñado el primer lugar. En el Congreso de París se muestran las simpatías italianas de Napoleón III. El Piamonte, hábilmente, ha marcado puntos, visiblemente sostenido por el emperador de los franceses. Francisco José está inquieto. ¿Cuáles serán las repercusiones de ese golpe teatral, la cuestión italiana planteada por Cavour ante la asamblea de los diplomáticos? Hübner, embajador de Austria en Francia, no oculta sus aprensiones. Francisco José decide enviar a su hermano a París para que lo ilustre acerca del estado de espíritu de Napoleón III y para mejorar las relaciones entre ambos países.

El archiduque llega el 15 de mayo. Primera impresión, muy desfavorable. Es recibido en la estación del Este por el príncipe Jerónimo Napoleón, primo del emperador, quien, haciendo ostentación de las opiniones republicanas y pro-italianas, execra a la vieja Austria, tirano de Italia, y personificación de tradiciones desusadas. El príncipe se muestra frío, seco. Helado por esta acogida, Maximiliano adopta la misma actitud. Los hombres que deben conducir a éste a Saint-Cloud no están allí y es preciso esperarlos durante largo rato, lo que refuerza todavía más la mala impresión. Ésta no se disipará en el primer contacto con Napoleón III. El archiduque juzga "vulgar" a este

hombrecito de manos grasosas y peludas, de ojos tiernos, de mirada astuta, de piernas torcidas, que recuerda la imagen de un director de circo armado de una fusta, más bien que la de un soberano. Es verdad que el emperador que, sin embargo, sabe encantar a sus invitados cuando quiere, no hace grandes esfuerzos por Austria. Tampoco quiere a ese país. Viejo rencor familiar. Maximiliano cree a Napoleón paralizado por la timidez. Evidentemente, ese advenedizo de Bonaparte tiene conciencia de su inferioridad ante un Habsburgo.

La emperatriz, enferma, mal recobrada de un parto penoso, está en tal estado de debilidad que no le permite abandonar su habitación. Maximiliano es introducido en ella. Reconoce "su indiscutible gran belleza", pero, dice, "le falta la dignidad imperial a todo su ser". La comparación con la deslumbrante Elisabeth, su cuñada, mujer de Francisco José no es en ventaja de Eugenia. Sin embargo, ésta, contrariamente a los Bonaparte, profesa un gran respeto por Austria, guardiana de las tradiciones conservadoras, y se esfuerza en ser amable. El archiduque le está agradecido.

Al día siguiente por la mañana, desciende a pasearse al parque, tan hermoso en esa primavera. Napoleón se le une y lleva a su huésped al famoso naranjal, teatro del 18 Brumario, lo que le permite recordar su golpe de Estado. Lo hace, anota el archiduque, con "mucha malicia". Sin duda, Napoleón que se jacta de ser "un advenedizo por el sufragio de un gran pueblo" experimenta un cierto placer en publicar sus orígenes democráticos ante ese hijo de la última monarquía por derecho divino. Pero, como es de naturaleza amable, habla de Francisco José en términos muy afables, admirando, dice, todo lo que ha llevado a cabo a pesar de su juventud. Sin embargo, lanza críticas respecto de Boul, el canciller austriaco, a quien acusa de haberle impedido actuar a Austria en la guerra de Crimea.

La conversación, ahora, está libre de todo constreñimiento. Y el archiduque se admira de la franqueza de la conversación del emperador. Éste no teme decir que más hubiera valido repartir a Turquía que sostenerla. Se felicita del descenso de la potencia rusa. Lo que le permite al archiduque insistir sobre la posibilidad de una alianza entre Francia y Austria, completamente compatible con la alianza inglesa considerada por Napoleón como indispensable. Ambos están perfectamente acordes respecto de Prusia, a quien ambos desprecian grandemente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la noche, cena en Saint-Cloud. El emperador, acompañado del viejo rey Jerónimo y del príncipe Napoleón, va en busca del archiduque a sus apartamientos y le presenta a las damas y a los hombres reunidos en los salones. Maximiliano hace buena impresión. "No le falta verdaderamente más que tener mentón para ser un gentilhombre cabal", observa el ministro Fortoul. "Recibió una buena educación de príncipe que le sirve de talento y lo vuelve agradable. Le dice a cada uno una palabra con complacencia, con mucha frecuencia la misma y un poco alargada. Entonces el emperador lo toma de nuevo y se lo lleva..."

La cena, que tiene lugar en la bella decoración de la gran galería, podrá dar lugar a las burlas de Maximiliano. Al decir de Fortoul, hay gran confusión, pues se dieron mal los lugares. Cena mal servida, por otra parte, y "por debajo de lo mediocre", medio escasa, medio pingüe. "El que no hubiese comido sino de un solo platillo, estaría muerto de hambre". Luego, mientras que Maximiliano "sostiene su círculo y le hace la corte a cada uno", Napoleón se encierra con Hübner en la biblioteca.

Durante su permanencia, Maximiliano se mostrará encantador. Adula a Napoleón. Un día en que la conversación versó sobre Napoleón I, dispara estas palabras: "Napoleón I tenía genio, Napoleón III tiene talento. El genio arrastra, pero el talento reina". Lo que no le impide criticar, y con qué mordacidad, a la familia imperial y a la corte, en cartas confidenciales enviadas con hombres de confianza. Hombres de su confianza, porque no se fía del barón Hübner, embajador de Austria en París, que lo irrita prodigiosamente porque "ve todo en rosa, todo lo que concierne a Francia".

En cuanto al archiduque, el viejo rey Jerónimo, tío de Napoleón, "se parece a un viejo dentista italiano". Su hija, la princesa Matilde, carece totalmente de distinción; y su hijo, el príncipe Napoleón, tiene el físico "de un bajo de voz cascada en una ópera italiana de decimoquinto orden". En cuanto a la corte, se pone mucha buena voluntad para darle un aire distinguido, "pero el mecanismo no quiere todavía funcionar bien. Se tiene la impresión de una corte de *dilettantes* cuyos diversos cargos son desempeñados por aficionados, no siempre a la altura de su tarea. Es difícil hablar de buen o mal tono, porque le falta completamente a esta corte..." Cuando se ofreció un baile en su honor, declara "de un cómico acabado el desfile de los invitados ante los soberanos. Una sociedad mezclada a más no poder, horribles atavíos, maneras que carecen de tacto, un hatajo de aventureros, entre otros una condesa de Castiglione... la amante del emperador como todos lo saben". Por lo demás, Napoleón tiene una manera muy desagradable de mirar con el rabo del ojo a las mujeres bonitas, lo que daña mucho a su dignidad de soberano.

Hay aquí más damas de honor, más ayudas de campo, más chambelanes que en Viena, pero Napoleón tutea a Eugenia en público y, durante las comidas, hace en presencia de los criados "las más extraordinarias observaciones, lo que me parece la característica del advenedizo al que le falta ese espíritu de cuerpo que le impide comprometer a las personas de su clase ante los subalternos".

Todo se presta a las reflexiones malévolas del archiduque. ¿París? Una gran capital sin sello nacional particular. Evidentemente, Napoleón ha traído muchos cambios. Gastando mucho dinero. No es menos cierto que París no es ciudad imperial, sino ciudad de *imperatores*. Todo es brillante allí, pero hecho para el instante mismo. Por lo demás, los famosos embellecimientos tienen un objetivo estratégico; los espacios libres, las plazas, hacen posible un ataque de caballería; el macadam ha suprimido al antiguo material de las barricadas.

Cuando el archiduque asiste a una revista militar en Satory, declara: "Una de las más bellas que yo haya visto jamás. Había alrededor de treinta mil hombres. El uniforme y la disposición de las tropas eran soberbias. Pero..." Siempre hay un *pero*. "Pero las maniobras dejaron mucho que desear, y el desfile, que duró tres horas, todavía más".

Sin embargo, al cabo de algunos días, Maximiliano no puede resistir a una especie de simpatía que lo arrastra hacia Napoleón. "Es un hombre cuya personalidad no tiene nada de atractiva al primer momento, pero que produce, a la larga, una impresión favorable por la gran calma y la dignidad distinguida de su carácter..." Aprecia también su "bonhomía y su franqueza". Y encuentra cierto encanto "en la alegría, en la vivacidad ingenua" de la emperatriz. Debiendo vivir en la intimidad de los soberanos, da muestra, aun permaneciendo desdeñosamente Habsburgo, de un poco más de indulgencia. Incluso se declara "conmovido" por su amabilidad.

Durante esos doce días se esfuerza en desempeñar bien su misión: sondear las intenciones del emperador respecto de Italia. ¡Difícil misión! ¿Qué diplomático experimentado podría jactarse de conocer los sentimientos de Napoleón III? Maximiliano discierne que éste cree deberle reconocimiento al Piamonte

a causa de su actitud durante la Guerra de Crimea. Hará "todo lo que le sea posible, dice, para que los piamonteses no hagan tonterías". Todo esto es muy vago. "Ninguna indicación precisa sobre la actitud que observará". Maximiliano se da muy bien cuenta de que no obtendrá del emperador ningún compromiso. Entonces le planteará "muy ingenuamente" la pregunta que le interesa. En el curso de la tarde que precede a su partida, mientras que Roberto Houdin ejecuta sus mejores trucos de prestidigitación, aprovecha la ocasión. Napoleón se lo ha llevado a un pequeño salón. "¿Puedo asegurarle al emperador, mi hermano, pregunta el archiduque, que Vuestra Majestad actuará completamente de acuerdo con él en la cuestión italiana, como en todas las demás cuestiones?" Respuesta favorable. "El emperador me dio la seguridad de querer marchar siempre de concierto con Austria; que deseaba, con mejor buena voluntad, ir por dondequiera con nosotros, mano sobre mano. Le ha dado órdenes a su embajador en Turín de hacer amonestaciones muy enérgicas a propósito de la concentración de las tropas que allí se efectuaba, y otras equivocaciones. Añadió que le debía atenciones al Piamonte por los servicios prestados últimamente, pero que no permitiría jamás que esta cuestión se convirtiese en objeto de discordia entre los gabinetes de Viena y de París".

Declaraciones tranquilizadoras, y Maximiliano puede mostrarse satisfecho. "Tanto como puede uno fiarse de una palabra del ser humano, dice, su voz tenía el timbre de la más grande verdad".

Los adioses son "de una cordialidad muy recalcada". En testimonio de estima, Napoleón condecoró a todos los miembros del séquito del archiduque. "Somos viejos amigos", declara al acompañar a Maximiliano hasta su carro y, en muchas ocasiones, expresa la esperanza de verlo pronto de nuevo. En suma, Maximiliano tiene todas las razones para creer en el éxito de su visita. Deja a París con la sensación del deber cumplido. Experimenta "poco pesar y bendice el día en que puede volverle la espalda al centro de la civilización".

En el Consejo, aquel 28 de mayo, el emperador hace el elogio del archiduque, "tan bien educado y que sabe tantas cosas". Los ministros piensan lo mismo. Únicamente la Casa, dicen, no está contenta. "Sin embargo, ha dejado veinte mil francos", escribe Fortoul en su *Diario*.

*
* *

De París, Maximiliano se dirige a Bruselas. Toma la vía marítima, porque Napoleón puso a su disposición su yate *La Reine Hortense*. Lo acoge, al desembarcar en suelo belga, el duque de Brabante, heredero del trono, que lo conduce hasta la capital. Leopoldo I, un Coburgo, reina en Bélgica desde 1830, y ha sabido crearse en Europa una situación excepcional. Tío de la reina Victoria que tiene en él plena confianza, la hizo casarse con su sobrino, Alberto de Saxo-Coburgo. Él mismo se casó en segundas nupcias con una de las hijas de Luis Felipe, la princesa Luisa. Matrimonio político destinado a consolidar el trono belga. Además, Leopoldo ha casado con Coburgos a un hijo y a otra hija del rey de los franceses. Cayó éste, pero la corona del rey de los belgas está ahora segura.

En Bélgica, "en comparación con París", Maximiliano experimenta la "reconfortante" impresión de encontrarse en su mundo. Tiene la sensación "que le faltó en Francia" "de estar en su casa", "entre personas bien educadas". También le place el país, "un país que posee todos los elementos de la prosperidad y de la abundancia, un suelo fértil, ricas ciudades muy próximas las unas a las otras, puertos, el mar, una red bien concebida de vías férreas, comercio y fábricas. Por todas partes un sentimiento de bienestar que el viajero comparte involuntariamente; por todas partes rostros felices, amigables; todo está bien cultivado; bosques de chimeneas de fábricas en número tal como jamás he visto cubren extensiones enteras del país. Bélgica merece completamente el nombre que se ha dado de nación modelo; esto sin duda alguna se debe en primer lugar a la política prudente del rey..."

Maximiliano admira mucho a Leopoldo I, juzgándolo, de acuerdo con la costumbre, un poco fastidioso. En la tarde de su llegada, el rey lo acorrala en el alféizar de una ventana y le inflige un curso de política europea. Este "Néstor" entre los monarcas, como él se ha bautizado a sí mismo, toma su papel en serio. Todos los soberanos, dice, tienen mucho que aprender de él. No termina la conferencia, y pasan las horas. Entonces Leopoldo le anuncia al archiduque que irá a la mañana siguiente a visitarlo para continuarla, lo que hace bostezar por adelantado —interiormente, por supuesto—, a un joven que, sin duda, preferiría una conversación menos austera.

El rey mantiene su promesa. A la mañana siguiente, muy temprano, va con Maximiliano, y aborda los asuntos de Italia.

¿Quiere "asustar" a su huésped con los proyectos italianos de Napoleón III? Pretende que dentro de algunos años el emperador de los franceses emprenderá "una gran guerra" para ayudar a la satisfacción de los deseos nacionalistas y territoriales de Víctor Manuel, al que hará esperar con promesas. Maximiliano permanece escéptico. "Es posible que haya alguna verdad en eso, pero no olvidemos que no es necesario fiarse mucho de las palabras del rey..." En cuanto a él, está convencido de que Leopoldo tiene la ambición "de ejercer una especie de autoridad paternal, si puedo permitirme esta expresión, le escribe a su hermano; ciertamente quisiera desempeñar el papel de papa político ante quien se inclinarían todos los soberanos de Europa..."

Evidentemente, Leopoldo, "el viejo zorro", le parece muy fastidioso a su interlocutor que no presta demasiada atención a sus predicciones. Erróneamente por lo demás, pero es corta la experiencia política de Maximiliano. Sin duda hubiese preferido, más que oir discurrir al padre, charlar con la hija, Carlota, una princesa de dieciséis años que tiene hermosos ojos, hermoso cabello, un talle esbelto de amazona, y que, por añadidura, resplandece de inteligencia. Como todo vienés, es sensible al encanto femenino, y esta joven Carlota tiene una gracia de flor apenas abierta.

II

CARLOTA

Cuando en 1832, se decide el matrimonio de Luisa de Orleáns, hija de Luis Felipe, con el rey de los belgas, Leopoldo I la suerte del reino de Bélgica está todavía mal asegurada y el apoyo del rey de los franceses muy útil. Guillermo de Holanda no ha renunciado a sus pretensiones y se prepara para una reconquista. La conferencia de Londres, reunida para imponer su mediación, se halla frente a dificultades tales, que piensa atribuirle una parte de Bélgica a Francia, y la otra a Prusia. "Mi matrimonio corta los proyectos de reparto", dice Leopoldo. Para él, aquél es un acto esencialmente político.

Para Luisa, es un drama. Desde el momento en que se sabe destinada a ser la esposa de este príncipe de cuarenta y dos años, viudo, luterano, cuyo rostro duro y frío refleja una inteligencia seca, vierte torrentes de lágrimas, y su padre, que la ama tiernamente, llora con ella reprochándose sacrificar a su hija a las exigencias de la política. En la firma del contrato, en Compiègne, el 9 de agosto de 1832, Luisa, cubierta de brillantes y de flores, parece abrumada. El día 10, día del matrimonio, tiene una palidez mortal, pero su expresión es dulce, resignada, porque sabe bien que "el amor no gobierna la suerte de una princesa". Su última mirada, desde el coche que la lleva en compañía de su esposo, está empañada de llanto. Y en su primera carta a su madre, fechada en Cambrai, escribe: "Nunca olvidaré el triste día en que me he separado de vos con todo lo que me es más querido en el mundo, teniendo como toda compensación para mi doloroso sacrificio la esperanza de una felicidad que aún no comprendo".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quiere "asustar" a su huésped con los proyectos italianos de Napoleón III? Pretende que dentro de algunos años el emperador de los franceses emprenderá "una gran guerra" para ayudar a la satisfacción de los deseos nacionalistas y territoriales de Víctor Manuel, al que hará esperar con promesas. Maximiliano permanece escéptico. "Es posible que haya alguna verdad en eso, pero no olvidemos que no es necesario fiarse mucho de las palabras del rey..." En cuanto a él, está convencido de que Leopoldo tiene la ambición "de ejercer una especie de autoridad paternal, si puedo permitirme esta expresión, le escribe a su hermano; ciertamente quisiera desempeñar el papel de papa político ante quien se inclinarían todos los soberanos de Europa..."

Evidentemente, Leopoldo, "el viejo zorro", le parece muy fastidioso a su interlocutor que no presta demasiada atención a sus predicciones. Erróneamente por lo demás, pero es corta la experiencia política de Maximiliano. Sin duda hubiese preferido, más que oir discurrir al padre, charlar con la hija, Carlota, una princesa de dieciséis años que tiene hermosos ojos, hermoso cabello, un talle esbelto de amazona, y que, por añadidura, resplandece de inteligencia. Como todo vienés, es sensible al encanto femenino, y esta joven Carlota tiene una gracia de flor apenas abierta.

II

CARLOTA

Cuando en 1832, se decide el matrimonio de Luisa de Orleáns, hija de Luis Felipe, con el rey de los belgas, Leopoldo I la suerte del reino de Bélgica está todavía mal asegurada y el apoyo del rey de los franceses muy útil. Guillermo de Holanda no ha renunciado a sus pretensiones y se prepara para una reconquista. La conferencia de Londres, reunida para imponer su mediación, se halla frente a dificultades tales, que piensa atribuirle una parte de Bélgica a Francia, y la otra a Prusia. "Mi matrimonio corta los proyectos de reparto", dice Leopoldo. Para él, aquél es un acto esencialmente político.

Para Luisa, es un drama. Desde el momento en que se sabe destinada a ser la esposa de este príncipe de cuarenta y dos años, viudo, luterano, cuyo rostro duro y frío refleja una inteligencia seca, vierte torrentes de lágrimas, y su padre, que la ama tiernamente, llora con ella reprochándose sacrificar a su hija a las exigencias de la política. En la firma del contrato, en Compiègne, el 9 de agosto de 1832, Luisa, cubierta de brillantes y de flores, parece abrumada. El día 10, día del matrimonio, tiene una palidez mortal, pero su expresión es dulce, resignada, porque sabe bien que "el amor no gobierna la suerte de una princesa". Su última mirada, desde el coche que la lleva en compañía de su esposo, está empañada de llanto. Y en su primera carta a su madre, fechada en Cambrai, escribe: "Nunca olvidaré el triste día en que me he separado de vos con todo lo que me es más querido en el mundo, teniendo como toda compensación para mi doloroso sacrificio la esperanza de una felicidad que aún no comprendo".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, el matrimonio saldrá mejor de lo que este principio dejaba esperar. Una semana más tarde, Luisa cambia ya el tono. Leopoldo se muestra muy bueno con ella. Cuando pasan la frontera, cuando los oficiales belgas remplazan a los oficiales franceses, la princesa, violentamente conmovida, no puede retener las lágrimas. "El rey se ha contristado por la aflicción que experimentaba yo, y cuando entramos en nuestra casa, lloró también. No podría decir cuánto me ha conmovido esto". Y un mes después: "Mi corazón hubiera escogido que no hubiese escogido de otra manera".

Leopoldo no ha olvidado a su primera esposa, a aquella princesa Carlota de Inglaterra, "apasionada y magnífica", de la que estuvo muy enamorado y que dejó en él un romántico recuerdo. Por la segunda, "su mujercita buena", tan hermosa con sus cabellos rubios, sus ojos de un azul límpido, su boca *mignonne*, experimenta un afecto donde entra mucha estima. Aprecia en ella las cualidades de su alma, su bondad, su dulzura, la pureza y elevación de sentimientos. "Mi angélica Luisa", decía de ella la reina María Amelia. El epíteto es justo. Además bajo su gracioso exterior, Luisa oculta una inteligencia y un espíritu sólidos. Ha leído mucho, y cosas serias. ¿No había tenido de maestros a Michelet y al padre Dupanloup? Luis Felipe, que se ve en ella, declara "que ella se da cuenta de lo que pocos estadistas comprenderían". Se convertirá para su marido en una colaboradora discreta, confidente de sus pensamientos.

Luisa sale poco. Le complace la soledad porque tiene una vida interior intensa. Lee mucho, escribe, ayuda al rey para el cual vuelve a copiar los informes, pinta. Le consagra mucho tiempo a la caridad, visita a los pobres, se endeuda para socorrerlos. Mucho tiempo también para la meditación y la oración. Muy piadosa, tiene inclinación al misticismo.

En 1833 da a luz un hijo que muere a los diez meses. Siguen otros, el duque de Brabante, Leopoldo; y el conde de Flandes, Felipe. Éstos tienen cinco y tres años cuando nace una hija que se llamará Carlota –delicada atención de la reina– en recuerdo de la primera esposa tan amada del rey. Lo que no impide que Leopoldo esté muy descontento y que le diga que hubiera preferido un tercer hijo. Pero su frialdad con la recién venida no durará mucho tiempo. La princesita conquista al padre reticente. "Graciosa como una pequeña sílfide de cuento de hadas", parlanchina, ladina, caprichosa también, bonita con su rostro redondo y fresco, su boca en cereza y sus grandes ojos. Y muy despierta. A los dos años quiere aprender a leer, al

ver que su madre siempre está leyendo. Conservará el gusto apasionado por los libros.

Personita demasiado pronto seria, tiene conciencia de su dignidad. Cuando a los cinco años la llevan a un *Te Deum* celebrado en Santa Gúdula, "se porta admirablemente bien, escribe su madre. Leyó todo el tiempo con gran atención en su libro de oraciones, como una persona mayor". Desde su más tierna edad, lo hace todo con celo, con ardor. Ya aparecían los rasgos dominantes de su carácter, lo serio, lo enérgico. Se afirma el parecido con el padre, se juraría que es "la miniatura de Leopoldo", dice la madre.

*
* *

Cuando muere a los treinta y ocho años la reina Luisa, Carlota tiene diez años. Es una niña sensible, alegre, expansiva. Su carácter cambia bruscamente cuando desaparece la tierna influencia materna. Se torna pensativa, de espíritu con frecuencia desazonado. Leopoldo la marcará con un distintivo que nunca se borrará, tanto menos cuanto que Carlota se le parece mucho.

Este segundo duelo ha amurallado a Leopoldo en una soledad que, más tarde, lo llevará a la misantropía. Ésta es por lo demás la propensión de su carácter. Con verlo de lejos solamente una vez, una joven inglesa ha penetrado en el secreto de esta naturaleza. Es cierto que se llama Charlotte Brontë y que está dotada de una intuición que le permite excavar en las almas. En este hombre de apariencia impasible, ella ha notado "los profundos jeroglíficos grabados como con un estilete de hierro en su frente, en derredor de sus ojos, en los dos lados de su boca... Supe el significado de esos caracteres... Estaba allí una víctima silenciosa, un nervioso, un melancólico..." Muy ambicioso, Leopoldo había tenido grandiosas esperanzas al casarse con la heredera del trono de Inglaterra. Esperanzas fallidas. Juzgaba también muy modesta la corona con la que debió contentarse. Y su rostro expresa sus pesares, su disgusto. Sin embargo, tiene una alta idea de su misión y está resuelto a ejercer en conciencia su oficio de rey. Tendrá éxito en convertir a la joven Bélgica en un Estado que cuente. "Somos un pequeño país, es cierto, pero de ninguna manera somos pequeños en política", dirá con razón.

Por lo demás, ha sabido adquirir un prestigio incontestable en Europa, en donde se siente a gusto en todas partes, aliado

de todos los príncipes reinantes y hablando en cada país la lengua nacional. También admira a los diplomáticos, como en aquella velada en las Tullerías durante la cual charla en inglés con lord Cowley, en ruso con el embajador Kisselef, en sueco con el señor de Lowenstein, en griego con el general Coletti, en francés o en alemán con los demás.

Este hombre solitario, encerrado, experimenta una gran ternura por su hija, su favorita. "Mi pequeña Carlota es la flor de mi corazón". Viéndola inteligente, seria, hace que le den una instrucción parecida a la de sus hermanos. Y una educación viril que se aplica más a fortificar la voluntad que a cultivar la sensibilidad. Leopoldo insiste en la virtud de la reflexión y del examen de conciencia. Juzga necesario que el carácter sea templado de manera que no sea "ni deslumbrado por la grandeza y el éxito, ni abatido por la desdicha". Para él, el estudio que debe ser antes que nada cuando se trata de príncipes, es el de la historia que los enseña a conocer las costumbres de la humanidad, estudio del que pueden sacar enseñanzas para el gobierno de los pueblos.

Carlota estudiará, pues, historia y leerá a Plutarco que se convierte en su autor favorito. Estudia también cálculo y se aplicará en los problemas "nada fáciles"; aprende idiomas, inglés, alemán, italiano, español, pasando del uno al otro, como su padre, con soltura. También como su padre, es fervorosa de la lectura. Y medita a los filósofos cristianos, a San Alfonso María de Ligorio con su *Camino de la salvación* a Frayssinous, ese sulpiciano adversario de Napoleón que, hace poco tiempo, influenció tanto con su palabra a los espíritus jóvenes y que continúa actuando con su obra *Defensa del cristianismo.*

¿Revivirá en ella la piedad exaltada de su madre? Su instrucción religiosa está dirigida por el padre Deschamps que llegará a ser primado de Bélgica. Pero en ella, ni la menor huella de esa religiosidad vaga en que se complacen la mayor parte de las jóvenes. Para ella la religión es una regla moral rígida integrada en la vida cotidiana. Y también una actitud conveniente para una princesa, actitud que por lo demás no le impedirá conservar su libertad de juicio. No hay ninguna huella de misticismo en ella.

En su lecho de muerte, la reina Luisa le hizo prometer a su amiga de infancia, la condesa de Hulst, que velaría por su hija. La condesa mantendrá su palabra: vigila los estudios de Carlota, hace que le den informes acerca de su trabajo, dirige sus lecturas. La adolescente le escribe largas cartas en las que nada oculta de sus sentimientos íntimos: "Me siento tibia. No

tengo ganas de rezar. Me gustan demasiado poco mis deberes; no me causan ninguna impresión mis razonamientos y verdaderamente es un pecado no estarle más reconocida a Dios, en medio de todos los bienes espirituales y temporales de que me colma... no puedo vencer mi pereza... caiga tan fácilmente... tomo resoluciones para no mantenerlas; si no me vigilo continuamente, ya no me conozco... en vano me esfuerzo, me cuesta mucho trabajo cambiarme y experimento algunas veces una verdadera fatiga cuando me aplico a actuar mejor... Es terrible sentirse descorazonada con tanta frecuencia: por momentos, es como una calentura, un delirio que se apodera de mí. Y cuando pasa, no sé cómo pudo venir; creo que es el demonio el que viene a turbarme..."

Líneas reveladoras en esta niña de trece años que se analiza con tanta lucidez. Dan testimonio de una exigencia espiritual elevada, de un deseo ardiente de llegar a ello, pero también de un arrebato de pasión muy inquietante. Esa "calentura", ese "delirio" tan violentos que les atribuye un origen diabólico. van más allá de las perturbaciones de la adolescencia.

En esta educación demasiado austera, un rayo luminoso: la música. Carlota tiene dones musicales que constituyen el asombro de sus maestros y la admiración de los que la rodean. Se convertirá en una pianista de talento.

Después de la muerte de su madre, se le ve con frecuencia cerca del rey en las ceremonias oficiales. Se interesa también por las obras de beneficencia, como si se considerase la remplazante de la reina desaparecida. Hace, con toda la seriedad de su carácter, esa seriedad que se refleja en su joven rostro, el aprendizaje del oficio real.

Sería ésa una existencia un tanto austera si Carlota no tuviera por compañero a su hermano, el conde de Flandes, su preferido, su "gordo Felipe", tan tierno, tan gracioso, tan cortés, tan activo, tan alegre. Muy popular en la sociedad bruselense, anima todas las reuniones desde que llega a ellas. La princesa quiere menos al hermano mayor, el duque de Brabante, Leopoldo, fantástico, violento, orgulloso y duro, pero admira en él su inteligencia. Y también se complace en las narraciones de viajes imaginarios que le hace. Describe continentes perdidos, islas misteriosas; le lee capítulos de *La vuelta al mundo,* de los *Naufragios célebres.* Lo cual exalta la imaginación muy viva de Carlota. A ambos les encantan esas aventuras y no se cansan de ellas.

Es un verdadero placer las vacaciones que pasan cada año en Inglaterra con la reina María Amelia, en medio de la familia

de Orleáns. Carlota se complace con sus jóvenes primos; Chiquita, tan hermosa, hija del príncipe de Joinville; Minette y Gastón, hijos del duque de Nemours; Condé, tan petulante; y Guisa, un bebé tan hermoso "una verdadera alhaja", hijos del duque de Aumale. Y experimenta vivo afecto por sus tíos Nemours y Joinville.

María Amelia, que encuentra de nuevo en ella tantos rasgos de su "angélica Luisa" la rodea de particular ternura. Allí, a Carlota se le dilata el corazón, feliz. "Qué felicidad estar con esta querida abuela. ¡Parece que haré tantos progresos a su lado! Esta dulzura, esta abnegación, hacen que uno entre muy pronto dentro de sí mismo. ¿Y qué se encuentra allí? Todo lo contrario, probablemente..."

*
* *

La dulzura no es en ella el rasgo dominante. Tiene verdaderos dones de inteligencia y de voluntad, que, cultivados por la educación, se han desarrollado y afirmado. Moralmente, se ha fijado un ideal muy alto al que trata sinceramente de alcanzar. No tiene complacencia por sus debilidades, por sus fracasos. Tampoco tiene complacencia por los que la rodean, porque de ellos como de sí misma espera más de lo que pueden dar. También se reprocha de "juzgar al prójimo con malevolencia".

Así, su cuñada, María Enriqueta, esposa de Leopoldo y archiduquesa de Austria, que sin embargo ha sido "tan buena con ella", será pronto objeto de sus críticas. "Tiene un excelente corazón, pero tan poco elevado, tan poco gusto por las cosas serias... Me rompen la cabeza con tantos conciertos... Esto me fastidia a reventar... Me parece terrible no tener sino música hasta la médula de los huesos..." Es cierto que la música preferida de María Enriqueta es la de los valses y de las zardas. Cuando la joven, llena de animación, trata de convertirla en su aliada para alegrar un poco el palacio de Laeken, para ponerlo a la moda de París y vencer las resistencias del rey, Carlota se hurta, desdeñosa de esos proyectos frívolos.

Esta muchacha de dieciséis años, de carácter ya tan fuertemente marcado, es bella. "La más hermosa princesa de Europa", declara el rey Leopoldo con orgullo, pero no sin un poco de exageración. Esbelta, parece alta, cuando no es sino de talla mediana. La práctica de los ejercicios físicos, sobre todo la equitación que ama apasionadamente, y la natación en la que

sobresale, han desarrollado en ella la soltura, la armonía, la precisión de los movimientos. Sus ojos de un azul verde tienen una mirada melancólica, un poco fija y, brillante con un resplandor altivo, se torna negra cuando es presa de una emoción violenta. La mandíbula un poco fuerte, el mentón sólido, la boca pequeña de labios bien cincelados, indican un carácter decidido, voluntarioso. La nariz larga descubre la ascendencia borbónica. La frente alta, ligeramente combada, bajo la pesada masa de la cabellera oscura. El conjunto no carece de acento. Y la expresión del rostro, orgullosa, inteligente, enérgica, y los hombros echados hacia atrás, le dan a Carlota un porte verdaderamente soberano.

*
* *

Leopoldo I, casamentero infatigable, piensa en colocar bien a su hija en la que él se ve de nuevo. ¿No es su réplica viviente? Igual máscara grave y bella, igual voluntad, igual ambición, igual orgullo. Desde el momento en que tiene dieciséis años, se presentan dos pretendientes: el príncipe Jorge de Sajonia, y el rey de Portugal, Pedro V, hijo de la reina Doña María II y de un Coburgo. Este parentesco le vale ser muy apoyado por la reina de Inglaterra y por el príncipe Alberto. De creerle a Victoria, "es el príncipe más distinguido que se pueda encontrar. Además, es bueno, excelente y serio". En suma, hay todo lo que se pueda desear "para una hija única y bienamada". Y para Portugal sería una bendición, una reina amable y bien educada, porque "ese país nunca ha tenido una así". Victoria defiende calurosamente su causa con su querido tío Leopoldo. "Pedro, afirma, aseguraría la felicidad de Carlota mucho mejor de lo que haría uno de esos innumerables archiduques o el príncipe Jorge de Sajonia".

El mismo rey se inclinaría de buena gana por Pedro. Éste se encuentra en Bruselas, pero Carlota no ha dicho nada todavía. Su vieja amiga, Mme. de Hulst, no es favorable a este proyecto. Para ella, "los portugueses no son más que orangutanes". Este juicio puede influenciar mucho a Carlota, a quien por lo demás no le sonríe mucho la perspectiva de ese trono portugués. Leopoldo ama demasiado a su hija para forzarla a una decisión. Carlota misma será la que tome una decisión.

Maximiliano está en Bruselas. Y la princesa, inmediatamente, ha decidido que él será su esposo. Leopoldo lo ha adivinado; vio la impresión hecha sobre Carlota por este grande Habs-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

burgo de barba rubia. Personalmente, él hubiese preferido a Pedro. Ese archiduque tiene un mentón huidizo que no augura nada de bueno respecto de la energía del carácter. Pero no contrariará a su hija.

Sin embargo, Victoria insiste. Espera todavía que Carlota no haya tomado una resolución definitiva. Ella y Alberto están de tal modo convencidos de la superioridad de Pedro sobre cualquier otro joven príncipe, "incluso en las relaciones periódicas". Y luego, "la posición es con mucho preferible. La sociedad austriaca es maldiciente, depravada, sin interés, y las posesiones italianas más que bamboleantes". Mientras que Pedro "está lleno de recursos, ama la música, el dibujo, las lenguas, la historia natural, la literatura". He aquí al que convendría perfectamente con los gustos de Carlota. "...si me pidiera *mi* consejo, no lo dudaría ni un minuto, porque le daría una de mis hijas a Pedro si no fuera católico..."

La defensa de "Vicky" es inútil. Carlota no le pide su consejo. Sabe lo que quiere. ¿Está de acuerdo el archiduque? Leopoldo le ha encargado a su sobrino, el conde de Mensdorff-Pouilly, que se encuentra en Viena, que empiece las negociaciones. Negociaciones delicadas, porque Maximiliano teme que el rey de los belgas quiera servirse de él como de un instrumento diplomático, con fines políticos. Desconfía. Por otra parte, Leopoldo quisiera que Francisco José le confiara a Maximiliano un puesto importante. "Si la cosa se hace, el emperador deberá darle el gobierno de Venecia; está completamente indicado para eso".

Carlota sabe, al presente, que será la esposa de Maximiliano. No le ha revelado este secreto sino a su confesor, que ha recibido con ello, dice ella, "la mayor felicidad. El dedo de Dios se ha mostrado allí..."

¡El archiduque no ha experimentado, como ella, el cañonazo! Ciertamente ha guardado un recuerdo encantador de la joven princesa, pero nada más. Se ha guardado mucho de dejar entrever un posible matrimonio. No obstante, esta unión les parece conveniente a Sofía y a Francisco José, y al decir de Isabel, se la van a "imponer". Por lo demás, él no ofrecerá resistencia. Entonces se presenta la petición en debida forma. Se le recibe con cordialidad. "Habéis conquistado, sin ningunos designios políticos, toda mi confianza y mi benevolencia, le responde Leopoldo. Puedo anunciaros que mi hija consiente en el matrimonio, que lo prefiere a todos los demás partidos que se le han propuesto y que yo apruebo con placer su elección"...

En diciembre de 1856 Maximiliano vuelve a Bruselas para los esponsales. ¿Está muy apasionado? Parece más bien que el amor está del lado de Carlota. Renunció a un trono para casarse con un archiduque cuyas oportunidades de reinar son tenues. Ella no oculta su felicidad. "El archiduque es encantador bajo todos aspectos... Físicamente me parece hermoso y moralmente no puede desearse más. Viene a desayunarse todos los días y permanece aquí hasta las tres o las cuatro, y charlamos juntos, muy felices".

Los dos jóvenes hacen proyectos para el porvenir. Maximiliano le confía a Carlota que tiene la intención de hacer construir un palacio al borde del mar, en Trieste, que se llamará Miramar. Le muestra los planos; ella se entusiasma con la idea de la terraza, del pabellón moro que amueblará a la oriental, con el jardín de invierno poblado de todas las especies de pájaros. Deseoso de complacer en todo a su prometida, el archiduque promete hacer construir una capilla donde, cada día, se celebrará una misa.

Maximiliano habla también de las funciones de virrey de Lombardía que le serán sin duda otorgadas. Carlota juzga el proyecto "atractivo". Pero, dice, será "una empresa difícil". Lo que no es para descorazonarla. Al contrario. "Es una misión bienhechora que debemos cumplir. Siento ya las espinas pero preveo también la satisfacción que se puede obtener de hacer así el bien".

Durante esos pocos días, Maximiliano conoce más a Bélgica. En compañía de la princesa visita a Amberes y sus muelles; se la ve en la primera representación de una nueva ópera de Verdi, las *Vísperas sicilianas*. Asiste a la recepción de año nuevo donde se aburre "mortalmente". Durante cinco horas le es preciso "tragar" las palabras del rey a los cuerpos constituidos, y recíprocamente. Se repite en todos los tonos que la prosperidad de Bélgica y su sólida posición en Europa se deben a la sabia constitución belga, a la sabia administración del país por el sabio soberano. Estos discursos que provocan en la duquesa de Brabante una risa que disimula tras su gran ramillete de flores, importuna al futuro yerno que experimenta "un profundo disgusto por esas hipocresías constitucionales".

Poco después, el baile de la corte dará lugar a las críticas del Habsburgo. Bailando con Carlota, deliciosa de frescura en su vestido blanco muy sencillo, considera desdeñoso a esta compañía muy mezclada, en donde el alta nobleza se roza con su sastre y su zapatero, sin contar a todos los tenderos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Londres retirados en Bruselas. Se está lejos, evidentemente, de la corte de Viena.

En cuanto a Carlota, es completamente feliz. "La visita de Max, escribirá algunos días más tarde, ha confirmado la buena impresión que tenía de él y me ha inspirado la más grande estimación por sus cualidades. Ha sido encantador conmigo, muy atento, muy obsequioso". Todo en él la encanta: sus cualidades de corazón, su amplia piedad, la conciencia muy viva que tiene de sus deberes, y también su cultura intelectual. Ella leyó su *Diario de viaje* y algunas de sus poesías donde se revela su alma de artista. "Veo, pues, con alegría que nuestros corazones se comprenden siempre cada vez más y veo que esta semejanza de vista y de sentimientos tienden a un mismo objetivo como la verdadera felicidad del matrimonio..."

Toda la familia comparte esta alegría. "Incluso Leopoldo", el hermano mayor, "que denigra tan fácilmente a todo el mundo y que juzga sobre todo a los príncipes con tan celosa sinceridad". Para gran sorpresa de Carlota, ha declarado: "El archiduque es un ser superior en todos los aspectos; si supiera yo alguna cosa en su disfavor, la hubiera dicho, pero no hay nada, puedes estar convencida de ello". Carlota se siente tan sobrecogida que duda en darles crédito a sus oídos.

La reina María Amelia, abuela de Carlota y tía abuela de Maximiliano, se alegra de esta alianza. "Desde hace mucho tiempo, le escribirá a su sobrino, apreciaba vuestras sólidas y nobles cualidades del corazón y del espíritu, y hacía votos por veros unido a mi bienamada nieta". En cuanto a Victoria, ha cambiado de opinión. Maximiliano se trasladó a Inglaterra para el bautizo de Beatriz, último hijo de la reina, y conquistó a ésta. "No puedo decir hasta qué punto amamos al archiduque. Es encantador, tan inteligente, tan natural, tan bueno, tan amable". Y además, posee la virtud suprema. "Es de tal manera *inglés* en sus sentimientos y en sus gustos". Hermoso muchacho, por otra parte, aparte de su mentón y de su boca. En suma, completamente digno de Carlota.

Por el lado Habsburgo, la archiduquesa Sofía le escribe a su futura nuera una carta "completamente maternal", que termina con "vuestra tierna madre".

Sin embargo, el archiduque se ocupa mucho de las cuestiones de interés. Está evidentemente mucho menos enamorado de Carlota, que Carlota de él. Discute la dote con aspereza. Leopoldo juzga suficiente dejarle a su hija la herencia materna y subraya que renuncia al usufructo de esta herencia que, según

la ley, debería conservar hasta la mayoría de aquélla. Añade a esto una dote de cien mil florines votada por la Cámara. No dará nada más. Pero Maximiliano que quiere más se exaspera con esta "rapacidad invencible". Las parejas principescas, dice, deben tener un tren digno de ellas, y esto causará muy mal efecto en Austria, si se sabe que el rey rehúsa dar personalmente algo a Carlota. La lucha es apretada porque Leopoldo no quiere "poner la mano en el bolsillo". Sin embargo, terminará por ceder, pero sin querer indicar la cantidad. Y se opone a que esta cantidad, cuando se conozca, figure en las actas del matrimonio. Maximiliano, a pesar de todo, está "muy orgulloso de haber al fin obligado al viejo avaro a separarse de una parte de lo que le es más querido en el mundo". Será necesario, por otra parte, volver a la carga para obtener precisiones. El archiduque envía entonces a Bruselas al barón de Gagern, encargado de esta misión poco agradable. Pero felizmente, Leopoldo no se formaliza. Tiene experiencia en estos asuntos, dice riendo, habiendo sido el yerno del rey de Inglaterra que no le ha "dejado sino deudas", y del rey de Francia, Luis Felipe, que no pasaba por generoso. A fuerza de instancias, la princesa, finalmente, recibirá de su padre veinte mil florines por año, además de su ajuar de novia, sus alhajas y la platería.

Pero, dando y dando. Según los deseos de Leopoldo, el archiduque Maximiliano tendrá una situación oficial brillante. El 28 de febrero de 1857, el emperador Francisco José designa a su hermano como gobernador de la provincia lombardo-veneciana. También le ha otorgado cien mil florines a Carlota, más un regalo de bodas de treinta mil florines en el que figura un brillante famoso, único en el mundo, "el corazón sangrante", llamado así porque tiene forma de corazón y está bordeado de una línea de rubíes tallados en *baguettes* estrechos.

* * *

El matrimonio tiene lugar el 27 de julio. Carlota está muy hermosa en su vestido de raso blanco briscado de plata, y bajo su velo, obra maestra de los encajeros belgas que cae en pliegues sobre sus espaldas y recubre una diadema de azahares entremezclados de diamantes. Maximiliano viste el gran uniforme de almirante de la marina austriaca. Ambos forman una pareja radiante de juventud y de belleza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El matrimonio civil tiene lugar en el salón azul del palacio real de Bruselas. Lo celebra el burgomaestre, el señor de Brouckère, en presencia de la reina Amelia, que representa hoy a su hija Luisa, madre de la princesa; del príncipe Alberto, esposo de Victoria; del archiduque Carlos Luis, y de un conjunto de príncipes y princesas. Leopoldo parece muy conmovido cuando lleva a su hija del brazo. Se dirigen en seguida a la capilla donde el cardenal arzobispo de Malinas da la bendición nupcial y pronuncia un pequeño sermón acerca del santo estado del matrimonio.

Cuando Carlota sale, ahora del brazo de su esposo, ve "alineadas a su paso a todas las personas de la casa real que siempre ha visto a sus lados durante su infancia". Experimenta entonces un momento de ternura que no trata de reprimir. Las lágrimas le suben a los ojos por la emoción, y su mirada, que va de los unos a los otros, busca a aquéllos a quienes conoce particularmente "con una mirada que, para ellos, era casi un adiós".

Ocupan todo el día el desayuno, la recepción diplomática, el gran banquete y el baile popular. "Bruselas estaba muy excitada, y el sentimiento público excelente. El tío estaba muy conmovido y entristecido por la separación inminente de su hija. Jamás lo he visto manifestar tal emoción. Ambos esposos estaban muy felices", le cuenta el príncipe Alberto a Victoria. Ésta, el mismo día, le escribe al tío: "En este *mismo* momento se celebra el matrimonio. Se ata el nudo que liga a vuestra adorable hija a un marido realmente digno de ella. Tengo la impresión de estar yo misma con vos, puesto que mi muy querida mitad allí está..." Y la reina anuncia que toda la casa real y la marina beberán a la salud de los recién casados, los unos con vino —lujo excepcional que subraya— y los otros con grog.

A la mañana siguiente, el burgomaestre, a su vez, le ofrece una gran comida al rey y a la pareja principesca, comida seguida de una fiesta veneciana a la que asisten sesenta mil espectadores. Por la tarde, Maximiliano y Carlota dieron en carro un paseo al través de la ciudad, aclamados por una multitud en delirio.

El 30, víspera de la partida, la joven ha querido visitar la tumba de su madre. Por la mañana, a las ocho y media, va acompañada de su marido a la iglesia de Laeken, y se arrodillada en la capilla donde descansa la reina Luisa. Ora con el rostro en las manos. La asedian los recuerdos, corren las lágrimas. Perdida en su meditación, pierde la noción del tiempo. Dulcemente, Maximiliano se la lleva. Pero en el momento de salir de la capilla, Carlota vuelve de nuevo. Irresistiblemente atraída, cae una segunda vez de rodillas cerca de la tumba. Se necesita toda la insistencia de Maximiliano para arrancarla de esta fúnebre conversación.

Unas horas más tarde, la juventud vuelve por sus derechos. Los dos esposos salen de Bruselas a las diez de la mañana en un vagón especial que rueda en dirección a Alemania.

* * *

Llegan a Bonn al final de la tarde. Viaje tranquilo y sin protocolo porque aquí casi no se les conoce. Se embarcan en el *Stadt Elberfeld* donde los atiende el capitán. El navío remonta el Rin hasta Maguncia y Carlota admira el paisaje. Luego, vuelven al tren. Por Wurtzbourg, Nuremberg, llegan a Ratisbona donde, por el Danubio, descenderán hasta Viena a bordo de un navío empavesado con los colores imperiales y belgas.

Al presente, a lo largo del río, las aldeas saludan al paso de la joven pareja. Se escuchan gritos de júbilo y aclamaciones. Se han levantado arcos de triunfo, y flotan alegremente banderolas y banderas. A Linz, primera ciudad austriaca, vino la archiduquesa Sofía a esperar a sus hijos. Ella, que detesta a su nuera Isabel, esposa de Francisco José, se inclina a testimoniarle afecto a Carlota. De manera que ésta se encuentra "fascinada" por su buena suegra que se muestra "muy maternal".

En la misma tarde, el 8 de agosto, los tres llegan a Viena en donde el pueblo festeja a los recién casados, los cuales poco después parten para Schoenbrunn donde deberán pasar la noche. Están allí el emperador y la emperatriz para recibirlos y la velada se pasa en familia. Francisco José, muy distante, se muestra sin embargo amable. Isabel, deslumbrante de juventud, de belleza, se muestra según su costumbre, sencilla y natural. Se charla familiarmente, se le hacen los honores del castillo a la nueva archiduquesa, la cual, de inmediato, se declara conquistada. "El emperador y la emperatriz han estado encantadores a su vez lo mismo que toda la familia, y me siento ya archiduquesa por la sangre porque a todos los quiero mucho, y desde el primer día me encontré *at home* en medio de ellos", le confiará pronto a la condesa de Hulst.

Durante su corta estancia en Schoenbrunn, Carlota, completamente entregada a su nueva felicidad, no se da cuenta de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las disensiones, incluso de los odios, que desgarran a la familia imperial. Ignora todavía hasta qué punto puede ser cruel la tiranía de Sofía; ignora los conflictos que, desde hace cuatro años, desde al día siguiente del matrimonio, se han multiplicado entre la archiduquesa, suegra abusiva, y la joven emperatriz. No ha visto aún más que la fachada Habsburgo.

Por su parte, Maximiliano sabe a qué atenerse, y lleva a su esposa a Trieste, a una quinta que hace las delicias de Carlota. "Una verdadera alhaja, exclama, engastada en un país magnífico de clima meridional, frente a uno de los más bellos golfos del mundo. En el Norte no se tiene ninguna idea de lo que puede ser un mar verdaderamente azul..." Este mar azul, espectáculo nuevo, la encanta. "Cuando lo vi por vez primera, me sentí presa de un verdadero entusiasmo..."

El hechizo continúa en Venecia, a pesar de una travesía de las más rudas. "No hay visión más admirable que la entrada en las lagunas". Esta ciudad, todavía hoy llena de poesía, esta ciudad con un pasado lleno de recuerdos, de carácter semioriental, de calma majestuosa, estos canales, estas iglesias, estos palacios, todo la transporta de admiración. "Hay algo que atrae, seduce, fascina a tal punto, que se imagina uno haber vivido allí siempre, que se quisiera vivir allí siempre". Se embriaga de sol, no se cansa de admirar el cielo, corre a ver todos los monumentos, las iglesias "que son otras tantas galerías de cuadros, de colecciones de mármol y de mosaicos..."

Pero llega el momento de pensar en las cosas serias. Carlota está preparada para ello. Bien formada en su oficio de princesa nada de lo que es ceremonia oficial la aburre. Ve en eso el cumplimiento de sus más altos deberes, deberes de que ella tiene plena conciencia y que está ávida de llevar a cabo. Lo dice con toda franqueza, la perspectiva de la vicerrealeza lombardo-veneciana le "sonríe". Sin embargo, no lo ignora, es ésa una misión difícil. Pero para ella es "una especie de apostolado del bien que hay que emprender". Ciertamente, "siente sus espinas", pero ve allí "grandes satisfacciones y muchas buenas cosas que hacer". Asegura: "No sé si es una gracia de estado que le debo al buen Dios, pero las recepciones me divierten, y también los círculos y las comidas sin jamás abrumarme..." Esta mujer que aspira a los cargos y al boato del trono, está hecha, evidentemente, para reinar.

III

EN ITALIA

Desde Napoleón I germina la idea de la independencia. Les ha hecho entrever a los liberales italianos las posibilidad de la unidad de la península. Si, en 1815, el congreso de Viena borró la obra iniciada por el emperador, imponiendo, en el Norte, la dominación austriaca, sin embargo, no ha tenido éxito en pacificar los espíritus. Se han efectuado levantamientos en Nápoles, en el Piamonte, luego en Parma, en Módena, en los Estados de la Iglesia. Los escritores, historiadores y poetas románticos no han cesado de exaltar el sentimiento nacional que cultivan también las sociedades secretas de las que la más activa es la de los *Carbonari;* toma cuerpo un gran movimiento, el *Risorgimento,* la Resurrección.

En 1831, el genovés Mazzini lanzó la idea de la "joven Italia", cuyo programa es "Italia republicana y unitaria". En 1843, Gioberti, sacerdote filósofo y patriota ardiente, glorifica al genio italiano en su libro *La primacía civil y moral de los italianos.* Al año siguiente, el piamontés Balbo publica *Las esperanzas de Italia:* Austria debe ser arrojada más allá de los Alpes, y el Piamonte, con el apoyo de todo el pueblo italiano, llevará a cabo la obra de liberación. Finalmente, en 1846, Massimo d'Azeglio, un poeta, se convierte en caballero errante de la causa italiana, el campeón del derecho nacional y va por dondequiera buscando apoyo.

Es el Piamonte el que, de manera concreta, centraliza esos esfuerzos, esas aspiraciones. El rey Carlos Alberto se acerca a los hombres del *Risorgimento:* "Cuando la ocasión se presente, mi vida, la vida de mis hijos, mis fuerzas, mis tesoros, mi ejér-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las disensiones, incluso de los odios, que desgarran a la familia imperial. Ignora todavía hasta qué punto puede ser cruel la tiranía de Sofía; ignora los conflictos que, desde hace cuatro años, desde al día siguiente del matrimonio, se han multiplicado entre la archiduquesa, suegra abusiva, y la joven emperatriz. No ha visto aún más que la fachada Habsburgo.

Por su parte, Maximiliano sabe a qué atenerse, y lleva a su esposa a Trieste, a una quinta que hace las delicias de Carlota. "Una verdadera alhaja, exclama, engastada en un país magnífico de clima meridional, frente a uno de los más bellos golfos del mundo. En el Norte no se tiene ninguna idea de lo que puede ser un mar verdaderamente azul..." Este mar azul, espectáculo nuevo, la encanta. "Cuando lo vi por vez primera, me sentí presa de un verdadero entusiasmo..."

El hechizo continúa en Venecia, a pesar de una travesía de las más rudas. "No hay visión más admirable que la entrada en las lagunas". Esta ciudad, todavía hoy llena de poesía, esta ciudad con un pasado lleno de recuerdos, de carácter semioriental, de calma majestuosa, estos canales, estas iglesias, estos palacios, todo la transporta de admiración. "Hay algo que atrae, seduce, fascina a tal punto, que se imagina uno haber vivido allí siempre, que se quisiera vivir allí siempre". Se embriaga de sol, no se cansa de admirar el cielo, corre a ver todos los monumentos, las iglesias "que son otras tantas galerías de cuadros, de colecciones de mármol y de mosaicos..."

Pero llega el momento de pensar en las cosas serias. Carlota está preparada para ello. Bien formada en su oficio de princesa nada de lo que es ceremonia oficial la aburre. Ve en eso el cumplimiento de sus más altos deberes, deberes de que ella tiene plena conciencia y que está ávida de llevar a cabo. Lo dice con toda franqueza, la perspectiva de la vicerrealeza lombardo-veneciana le "sonríe". Sin embargo, no lo ignora, es ésa una misión difícil. Pero para ella es "una especie de apostolado del bien que hay que emprender". Ciertamente, "siente sus espinas", pero ve allí "grandes satisfacciones y muchas buenas cosas que hacer". Asegura: "No sé si es una gracia de estado que le debo al buen Dios, pero las recepciones me divierten, y también los círculos y las comidas sin jamás abrumarme..." Esta mujer que aspira a los cargos y al boato del trono, está hecha, evidentemente, para reinar.

III

EN ITALIA

Desde Napoleón I germina la idea de la independencia. Les ha hecho entrever a los liberales italianos las posibilidad de la unidad de la península. Si, en 1815, el congreso de Viena borró la obra iniciada por el emperador, imponiendo, en el Norte, la dominación austriaca, sin embargo, no ha tenido éxito en pacificar los espíritus. Se han efectuado levantamientos en Nápoles, en el Piamonte, luego en Parma, en Módena, en los Estados de la Iglesia. Los escritores, historiadores y poetas románticos no han cesado de exaltar el sentimiento nacional que cultivan también las sociedades secretas de las que la más activa es la de los *Carbonari;* toma cuerpo un gran movimiento, el *Risorgimento,* la Resurrección.

En 1831, el genovés Mazzini lanzó la idea de la "joven Italia", cuyo programa es "Italia republicana y unitaria". En 1843, Gioberti, sacerdote filósofo y patriota ardiente, glorifica al genio italiano en su libro *La primacía civil y moral de los italianos.* Al año siguiente, el piamontés Balbo publica *Las esperanzas de Italia:* Austria debe ser arrojada más allá de los Alpes, y el Piamonte, con el apoyo de todo el pueblo italiano, llevará a cabo la obra de liberación. Finalmente, en 1846, Massimo d'Azeglio, un poeta, se convierte en caballero errante de la causa italiana, el campeón del derecho nacional y va por dondequiera buscando apoyo.

Es el Piamonte el que, de manera concreta, centraliza esos esfuerzos, esas aspiraciones. El rey Carlos Alberto se acerca a los hombres del *Risorgimento:* "Cuando la ocasión se presente, mi vida, la vida de mis hijos, mis fuerzas, mis tesoros, mi ejér-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cito, todo será consagrado a la causa italiana", le declara un día a d'Azeglio. Será él quien proclamará *Italia fara da se*.

1848 es testigo de una explosión del liberalismo. En Venecia, en Milán, en Módena, en Parma, en los Estados de la Iglesia, en Sicilia, surgen gobiernos provisionales. El Piamonte entra en guerra contra Austria. ¿Ha sonado la hora de la unidad? Por primera vez, las tropas italianas reciben de Carlos Alberto la bandera verde, blanca y roja, que es su símbolo. Pero Piamonte es aplastado en Custozza, y luego en Novara. Austria restablece el dominio, más riguroso que nunca.

Los hombres de "la Italia" son vencidos. Pero no lo es la idea que representan. Piamonte, en donde Víctor Manuel II ha sucedido a su padre, sigue siendo la ciudadela de "la italianidad". Con Cavour, estadista de genio, hábil, osado, lúcido, va a esforzarse en realizar la unidad. Durante la guerra de Crimea, Cavour aprovecha la ocasión para introducirse entre las grandes naciones europeas: Piamonte declara la guerra a Rusia y combate al lado de Francia y de Inglaterra. Lo que le permite en el Congreso de París, en 1856, plantear la cuestión italiana con el consentimiento de Napoleón III, ante los diplomáticos enropeos reunidos. Cavour encauza el principio de la manumisión austriaca sobre la península.

Durante este tiempo, Austria, acumulando torpezas, les proporciona sin cesar a los italianos nuevos motivos de odio. Se empecina en querer arreglarlo todo por medios únicamente militares y en reinar por el terror. Sin embargo, el papa Pío IX le ha sugerido a Francisco José una política que daría mejores resultados. La guerra, dice, no puede reconquistarle al imperio el alma de los lombardos y de los venecianos, y acarrea "la funesta serie de calamidades que la acompaña habitualmente... que no le disguste a la generosa nación alemana que la invitemos a deponer los odios y a convertir en útiles relaciones de amigable vecindad una dominación que, reposando únicamente en el hierro, no sería ni noble ni feliz". Pero estos consejos siguieron siendo letra muerta.

No obstante, Francisco José espera desarmar la irritación que gruñe, yendo él mismo a Italia acompañado de Isabel. Venecia, sensible a la belleza, al encanto de la emperatriz, no manifiesta demasiado abiertamente su hostilidad. Pero Milán le infligirá a la pareja imperial dolorosas afrentas. El emperador creyó conciliarse las simpatías ofreciendo bailes y recepciones. Para esto, hizo que le enviaran de Viena la platería. No tarda en darse cuenta de su error. La víspera de una velada, se le presenta un requerimiento: que tenga a bien prohibirles a los

oficiales austriacos que inviten a bailar a las damas de la sociedad italiana. Una noche da una representación de gala en la *Scala*. Isabel, adornada de zafiros y perlas, está resplandeciente en su vestido de terciopelo azul. La sala está llena. ¿Están contentos los milaneses? Pronto el emperador frunce el ceño y la emperatriz, con sus gemelos, examina las filas del público. Comprende. Todas las mujeres visten de medio luto. En los palcos que pertenecen a la aristocracia desde que en tiempos de María Teresa las familias nobles hicieron construir la *Scala*, ninguna mujer lleva una sola alhaja, ni un brillante resplandece. Allí también, hay vestidos grises, malva, violeta y guantes negros. No se han olvidado el puño de hierro de Radetzki, las prisiones, los patíbulos.

Francisco José, sin embargo, se ha decidido a una amnistía. A pesar del ejército y a pesar de la policía que ven en ello una debilidad. Pero lo vencen las lágrimas de Isabel: trastornada por este odio que la hiere, le suplica al emperador que haga un gesto de perdón. Termina por triunfar, y las puertas de las cárceles de Milán, de Como, de Mantua, de Pavía, se abren. Francisco José se gana con ello algunas aclamaciones cuyo grado de ardor está regulado según el número de gracias publicadas cada mañana. De nuevo, por insistencia de Isabel, toma la determinación de remplazar a Radetski, el alto comandante odiado por toda Italia, por Maximiliano. La emperatriz, que aprecia mucho las cualidades de este último, está convencida de que la dulzura vencerá a Italia mejor que los medios violentos y vejatorios empleados hasta el presente.

*
* *

Poco después de la visita de los soberanos, en abril de 1857, el nuevo gobernador entra en Milán. Su persona, que se opone a la de su hermano, es simpática, pero ¿qué puede hacer contra la ola que revienta de la pasión italiana? Únicamente el general Mollinary ha visto claro en la situación. "La desgracia, dice, es que aquellos que gobiernan carecen del sentido real del poder de las ideas". Ahora bien, el poder de las ideas es irresistible cuando lo sostiene todo un pueblo. Hubiera sido preciso actuar más pronto. Pero como ya lo decía Napoleón I, "los Habsburgo siempre se hallan retrasados ya sea con respecto a un ejército o a una idea". Han permanecido en los conceptos del siglo precedente. Sin comprender nada de los movimientos que agitan a las poblaciones de su imperio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Maximiliano, por su parte, ha comprendido que existen problemas nuevos, problemas que uno no puede ignorar. Tiene incluso puntos de vista muy precisos: "Es preciso saber adivinar los deseos de las mujeres y de los pueblos, y ofrecerles su cumplimiento como una sorpresa, antes de que los hayan expresado; actuando de esta manera, les es uno agradable y se da pruebas de superioridad". Es ésta la última palabra de la sabiduría política, en teoría. Que se la ponga en práctica y se evitará toda resolución. ¿Pero quién lo ha hecho jamás? Son raros los ejemplos. Y el mismo Maximiliano será incapaz de trasponer a la realidad este principio. En primer lugar, a causa de su misma naturaleza. Liberal, está no obstante persuadido de ser príncipe por la voluntad de Dios. Con frecuencia estas dos tendencias chocan en él, lo que lo torna indeciso, defecto capital en un hombre de gobierno. Por otra parte, de temperamento soñador, es un poeta capaz de visiones de lo porvenir, pero a quien le falta el sentido de la realidad presente.

También siente que no está a sus anchas. Ciertamente, ama a Italia; quisiera actuar para calmar a los italianos sin que hubiese ruptura violenta con Austria. Pero se siente refrenado. Francisco José teme a su hermano de quien sabe que es más popular que él, y sobre todo a las ideas de su hermano a las que juzga mucho más liberales. Sin duda ha encargado a Maximiliano "que se informe de las necesidades del país, por lo que toca a su desarrollo intelectual y material, y que tome, oportunamente con firmeza, todas las disposiciones que satisfagan las aspiraciones y los deseos de la población". Pero cuando Maximiliano preconice, para la Lombardía Véneta, un régimen autónomo, dos Cámaras, un ejército, reformas fiscales, municipales y escolares, Francisco José verá en ello medidas peligrosamente revolucionarias.

Finalmente, Maximiliano casi no se siente alentado por los italianos. Su sueño sería el de reconciliar a éstos con la monarquía austriaca. Pero la nobleza rehúsa responder a sus avances. ¿Da un baile? Sólo ocho damas italianas responden a su invitación. Una noche, en el teatro, como la hija de un general austriaco casada con un aristócrata italiano, ostentara un adorno en el peinado de plumas amarillas, negras, colores de Austria, se dejan escuchar silbidos e injurias. Y tan violentos que fue preciso evacuar la sala.

Sin embargo, el nuevo gobernador se dedica a desarmar esta hostilidad. Algunos elementos entre los intelectuales aceptan no obstante colaborar con él. Así, César Cantú, el escritor revolucionario, que será encargado de la reforma de la enseñanza a la que es muy favorable Maximiliano. Cantú quiere "poner en práctica en este dominio las ideas de libertad que siempre ha defendido". Quiere, ante todo, sustraer la educación de la ingerencia del Consejo Escolar de Viena e insuflarle un espíritu nuevo. Las universidades deben, según su plan, sufrir modificaciones conformes con el progreso moderno. Las escuelas primarias adoptarán métodos menos rutinarios. Se crearán escuelas profesionales. Se fundará una escuela politécnica en Milán y una escuela naval en Venecia. Se modificará el sistema de exámenes a fin de hacerlo más eficaz. Cada año se reunirán en ciudades diferentes, en congresos científicos, delegados de las instituciones y de las universidades donde serán valorados los futuros maestros de la juventud. Todo este conjunto será coordinado por una asamblea de sabios, de artistas, de obispos. Además, una dirección de la enseñanza de las Bellas Artes ayudará "a hacer revivir las antiguas glorias de Italia".

El gobernador, que se interesa mucho en la urbanización, prevé nuevas construcciones en Milán, creación de un jardín público, agrandamiento de la Plaza del Domo. Se preocupa por la restauración de los monumentos antiguos: entre otros el de la basílica ambrosiana que se confía a Federico Schmidt. arquitecto de la catedral de Colonia. Un informe confeccionado por peritos señalará los edificios dignos de ser preservados. Entre éstos figuran la basílica de San Marcos, la cúpula de Murano, la capilla de la Arena, en Padua, etc.

Se elabora todo un plan de reformas políticas, económicas y sociales cuyos encargos se confieren a hombres eminentes: Gori estudia un programa financiero; Valentino Posini se ocupa de la justa repartición del impuesto; Lanfranco, de un nuevo procedimiento judiciario; Sampietro, de la revisión del sistema comunal; Pasati, de la regularización del curso del Ledro y del desecamiento de los valles veroneses. Finalmente, se mejorarán los puertos de Venecia y de Como y se abolirán algunas servidumbres feudales.

No olvidá nada Maximiliano para conciliarse las simpatías italianas. Cuando el gran escritor Manzoni cae enfermo, envía por noticias con toda regularidad. Por su parte, no hay allí un procedimiento puramente político. "A la cabeza del reino lombardo-veneciano, dice, me acuerdo de la sangre italiana que corre por mis venas, y quiero tomar en mis manos los intereses de un pueblo que mi célebre bisabuelo* amaba tanto".

* Leopoldo II, emperador de Alemania y gran duque de Toscana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Está justificando las inquietudes de Cavour? "El archiduque Maximiliano es el único adversario que yo temo; es el único que podría hacer abortar la unidad italiana". El piamontés teme, en efecto, que cesen como no se ha visto jamás bajo el impulso de este gobernador, las medidas vejatorias, las sanciones rigurosas y la tiranía política de Austria, que le servían tan bien para su política.

* * *

El 6 de septiembre de 1857, Maximiliano y Carlota hacen su entrada oficial en Milán, acompañados del conde Giulay, gobernador militar de la provincia. Pero se ha evitado un despliegue demasiado aparente de tropas austriacas. El servicio de orden, muy discreto, apenas se echa de ver. En la puerta oriental, el podestá, conde de Sebregondi, acoge en nombre del Consejo Municipal al archiduque y a su joven esposa. El estruendo de las salvas de artillería saluda a éstos. Las bandas militares tocan el himno nacional austriaco y la Brabanzona... Luego, las autoridades escoltan el carro de gala del Corso al palacio real. En el público, nada de entusiasmo, pero tampoco nada de hostilidad. Cierto interés: Carlota luce muy bella con su vestido de seda cereza adornado de encajes blancos, bajo su corona de rosas entremezcladas de diamantes. Y Maximiliano tiene gran porte con su uniforme de almirante. La multitud es siempre sensible al espectáculo de la juventud, del amor y de la belleza reunidos.

En el palacio, en el momento de la presentación de las damas, de los chambelanes, de la magistratura y de los principales dignatarios, Carlota causa excelente impresión porque se expresa con facilidad en italiano. Por la noche toda la ciudad está iluminada. La archiduquesa, que no ha advertido algunas ausencias —la mayor parte de las mujeres de la nobleza se han abstenido de aparecer—, no ve sino el aspecto brillante de las ceremonias oficiales o los actos cívicos, la decoración grandiosa del palacio y de la ciudad.

Durante diez días se conocerá esa existencia de aparato que halaga a su amor propio, a su gusto por el trono. "Me siento feliz a más no poder, escribe el 15 de septiembre. Max es una perfección en todos los aspectos, tan excelente, tan piadoso, tan tierno. Disfruto de la dicha más perfecta y podéis pensar que no añoro mi vida anterior. Ésta tiene todo lo que se necesita para alimentar al espíritu y al corazón". Está, dice, "encantada". Encantada de todo, de su marido de quien está muy enamorada, de los viajes que la hacen que descubra al mundo, de su posición casi real que responde a sus deseos.

Terminadas las festividades, la joven pareja se va a vivir, tranquilamente, a Monza, cuyo castillo, a una docena de kilómetros de Milán, se ha convertido en la residencia del gobernador. A Carlota, que ahora se complace en que la llamen Carlota, le gusta mucho esta morada. Halla confortable esta "encantadora mansión" y aprecia mucho a su pequeña corte: al gran maestro, conde Andrea Bartholomeo Citadella-Vigodazzere, a las damas de honor, sobre todo a la princesa Auersperg que es de un carácter amable y sólido al mismo tiempo que se muestra muy jovial.

Aun cuando se complace en su papel oficial del que le gusta a la vez el aparato y los deberes, no descuida su cultura intelectual. Empieza de nuevo sus lecturas "sagradas y profanas" y pide maestros de dibujo y de música. Fuera del "torbellino" de la vida oficial, "organiza" su tiempo. No que lo haya "despilfarrado" en el curso de estos últimos meses, pero se regocija de encontrar de nuevo aquellos momentos de meditación interior, durante los cuales, frente a frente consigo misma, puede reflexionar en todo lo que ha leído, visto o sentido.

En este año su cumpleaños no se celebrará con gran pompa en la catedral de Milán, por las inundaciones que han desolado Pavía y Lodi. En estas circunstancias, las iluminaciones y los regocijos públicos serían una criminal prodigalidad. Pero ese día, pasado en familia, será delicioso. Max ha colmado a su esposa de regalos. Todos sus parientes han enviado sus mejores deseos por telégrafo. Está presente la archiduquesa Sofía, "mi buena y querida madre política que me ama tiernamente". Y, colmo de felicidad, Felipe, el hermano predilecto ha venido a pasar algunos días a Monza.

Carlota está inundada de felicidad. "Dichosa en mi interior tanto como es posible serlo; dichosa de vivir en este bello país donde todo me simpatiza, en donde todo se dirige al corazón. No sé cómo darle gracias a Dios porque me lo ha dado *todo*". ¡Incluso experimenta una especie de temor ante tal felicidad! "Sé bien que la vida de aquí abajo no puede continuar siempre así color de rosa. Pero estos años que ahora transcurren quedarán siempre como dulces y queridos recuerdos de goce perfecto".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

Desde ese momento la joven aspira a ayudar a su marido "que tiene tantos asuntos en sus manos". Asuntos dfíciles. El gobernador, a pesar de su buena voluntad, no ha logrado conciliarse con la nobleza. Los Dandolo, los Borromeo, los Adda, los Maffei, los Casati, los Litta, afectan ignorarlo. No obstante, ha tenido éxito en ablandar —a lo menos en apariencia— a la burguesía comerciante invitándola a las recepciones de la corte, pero sobre todo gastando mucho, según la teoría que le es tan querida: para él, la avaricia en los príncipes es un crimen porque las personas "tienen siempre conciencia de que su tesoro está alimentado por la bolsa de cada uno". También los grandes deben ser "máquinas que hagan circular el dinero". Poner en práctica tal principio, es cosa muy apreciada por los mercaderes de algodón, de cintas, de sederías, muy halagados, por otra parte, de presentarse en palacio.

No obstante, Maximiliano lo hará en vano y sus esfuerzos serán vanos. En primer lugar, porque tropiezan con la incomprensión de Francisco José, que, sin cesar, los contrarresta. Cuando el gobernador sostiene las reivindicaciones italianas, cuando cree poder calmar ciertas oposiciones mediante una amistad actuante, el emperador responde exigiendo los expedientes de policía de los agitadores. ¿Envía largos informes? Se le reprocha que sea verboso. ¿Cortos? Se le acusa de enfadarse. ¿Insiste respecto de la oportunidad de medidas de autonomía? Francisco José lo critica con severidad. "No se podría encarar una administración independiente de las provincias italianas, o libertada del control central de Viena... Actualmente, una separación completa de las provincias italianas y de la monarquía —esto, además, en un momento en que todos los malos elementos están ligados estrechamente—, significaría un debilitamiento del poder de resistencia del gobierno contra la revolución y contra los que son partidarios y simpatizantes de ella..."

Por lo demás, Francisco José, siempre receloso, hace vigilar a su hermano por espías personales. La policía, al presente, depende únicamente de el. Se ocupa él mismo de esa "importante administración" cuyas ventajas no cesan de ponderarle a Maximiliano, al mismo tiempo que lo compromete a reforzar los cuerpos locales. "Estamos en una época de grandes disturbios dondequiera. Os aconsejo, pues, recurrir a la severidad, incluso cuando se trate de la más pequeña revuelta".

Así, en Venecia, cuando se les silba en el teatro a los colores austriacos, las autoridades dan muestras de mucha indulgencia, lo que alienta a los perturbadores. ¿Manifestación de estudiantes en Padua? Hubieran debido prevenirlos, porque es imposible que trescientos jóvenes organicen una demostración de ese género sin que las autoridades lo sepan. Que se efectúe una investigación. "Hazme conocer el resultado de ella, gruñe el emperador, y asegúrate de que los líderes de ella no escapen del justo castigo".

El general Giulay que manda las tropas austriacas, y los oficiales que lo rodean, consideran deplorable la actitud de Maximiliano. Y éste debe luchar también aquí, porque no puede tolerar, ni admitir, que Giulay limite su autoridad. A fines de 1858, reclamará el supremo mando de las tropas en caso de levantamiento. Este dualismo de la autoridad lo considera él como dañoso para su posición de gobernador-general, y siente como una afrenta estar subordinado al gobierno militar de Verona. Pero Francisco José, que tiene gran confianza en Giulay, rehúsa darle satisfacción.

En Viena se acusa a Maximiliano de debilidad con los italianos. Se le reprocha resistir a la autoridad militar. Incluso se insinúa que bien podría alimentar ambiciones personales, lo que Francisco José teme más que a nada porque sabe hasta qué punto es popular su hermano por dondequiera que pasa. Se le trata de revolucionario que no sabe otro método de gobierno que ceder a la presión de la multitud. Maximiliano repite en vano que ya no tiene vigencia el viejo sistema de represión, que los métodos de Metternich ya terminaron; que los hombres que han asumido la misión de dirigir a Italia no son fanáticos, sino políticos prudentes y hábiles que han estudiado largamente los efectos de la libertad en Inglaterra y en Francia; que Italia tiene un suelo, una raza, una lengua, una historia, sin ser una nación; finalmente, que Italia cuenta con la opinión europea. Lo que, evidentemente, es el lenguaje de la razón.

Pero, sin cesar atacado por los suyos, ¿qué puede por otra parte Maximiliano expuesto a la animosidad italiana? No le queda sino un solo dominio, el de la beneficencia personal. Multiplica los actos de generosidad, de gentileza. Que se le señale una miseria: pronto se la socorre. Va, de improviso, a visitar una ciudad, una fábrica. Así, en Lecco, en donde charla con los notables, el alcalde, el cura, el comisario, hace que le expongan la situación de las instituciones públicas tales como el hospital, el asilo de ancianos; entra en las casas de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habitantes y se informa de sus necesidades, deja limosnas para socorrer a los indigentes, para comprar un órgano para la iglesia. Espontáneamente se congrega la multitud y lo aclama para darle las gracias. Va personalmente a la Valtelina, en donde la población, se le ha dicho, vive en condiciones miserables. Habiendo visto con sus ojos, le encarga a Stefano Jacini que efectúe una profunda investigación. Pedirá él mismo subsidios especiales para acudir en ayuda de esta desdichada región.

Carlota lo secunda todo lo que puede. Visita los establecimientos de caridad, las escuelas, patrocina las obras de beneficencia, organiza un árbol de Navidad para los niños en la corte. Trata de alentar a los artistas, incluso aceptando posar para una pintura con vestido de campesina lombarda.

Pero Maximiliano y Carlota trabajan en vano. Se les juzga personalmente simpáticos y encantadores. Se les admira en las ceremonias públicas: cuando Carlota, en Venecia, durante la procesión de Pascua de 1858 aparece al lado de su marido con vestido de muaré blanco bajo un amplio manto de terciopelo escarlata recamado de oro, bajo una diadema de brillantes, el pueblo, sensible a la belleza, se queda boquiabierto ante esta visión. No se responde a su buena fe ni a su buena voluntad. Sin embargo, el odio contra Austria hunde todo otro sentimiento. Todos sus esfuerzos serán vanos. "No exigimos que Austria se torne más humana; exigimos que se marche", declara el republicano Manin.

* * *

La política de Napoleón III alienta a los italianos. La bomba de Orsini ha conmovido mucho al emperador de los franceses que sintió revivir en él los sentimientos apasionados de su juventud. Y Cavour explota con habilidad la situación. Francisco José ve el peligro de la situación. Pero, para él; no existe ningún otro medio de lucha que la represión brutal. "Debemos mantener un ojo más atento sobre todas las artimañas revolucionarias y ahogar en el huevo la primera tentativa de rebelión. Por dondequiera existe actualmente un momento de malestar y, en Italia, de excitación nerviosa. Te recomiendo, pues, una gran vigilancia y una firme severidad incluso en el caso de una rebelión parcial", le escribe a su hermano en una carta confidencial. Que Maximiliano someta un proyecto "absolutamente a punto" acerca de la organización

de la policía. Es con ello, solamente, con lo que cuenta Francisco José para triunfar en Italia.

En abril de 1858, Maximiliano va a visitar Viena con Carlota. ¿Va a dimitir de sus funciones? Es el rumor que corre por Milán. En Viena se le recibe muy mal, y es grande su rencor. Lo dejará desbordarse en una carta a su madre: "Sobre lo que me decís de vuestro punto de vista religioso, comparto plenamente vuestra opinión. Si no existiera un deber religioso, ya hace mucho tiempo que hubiera abandonado a este país de sufrimiento en donde se experimenta doblemente la humillación de deber representar a un gobierno inactivo y sin ideas, que la inteligencia intenta en vano defender. Con verdadero sentimiento de vergüenza he vuelto últimamente a Milán, y este sentimiento me ha humillado y pesado doblemente a causa de la manera benévola con la que se nos recibe personalmente, un poco como personas privadas muy respetables..." Esta cortesía, dice, le ha mostrado "mejor que todo, la situación y su propia impotencia". Le ha mostrado también "hasta qué punto ha actuado mal el gobierno con la buena voluntad de las masas". Gracias a esta política se ha obtenido un hermoso resultado: todo el mundo, al presente, forma parte de la oposición. "No hay sino una voz por todo el país, la de la indignación y de la desaprobación contra la cual estoy solo y soy impotente. No estoy espantado, porque no es una actitud de Habsburgo tener miedo, pero siento vergüenza y enmudezco..." Vive en medio de un caos completo, todos han perdido la cabeza, y él solo, Maximiliano, con sus veintiséis años "afecta calma y sostiene todavía al todo bien o mal". Pero se pregunta si "su conciencia le permitirá obedecer ciegamente las órdenes de Viena". Órdenes que reprueba. Piensa en Radetski que desobedeció por fidelidad, y a quien, como consecuencia, se le han levantado monumentos en señal de reconocimiento. "Hay allí una verdad profunda que cuadra perfectamente con la religión". ¿Desobedecerá Maximiliano?

De retorno en Italia, comprueba que la agitación ha empeorado. Cavour ha obtenido finalmente de Napoleón III, en el curso de una entrevista secreta en Plombières, seguridades formales, y pone movimiento a todas las fuerzas revolucionarias para agitar a la península y sacudir a la monarquía austriaca en Hungría. Ahora, Carlota y Maximiliano no pueden incluso aparecer en lugares públicos: son abucheados e incluso injuriados. Cuando visita Venecia, Carlota es acogida con injurias. Maximiliano se siente herido moralmente. Desahoga su amargura en una carta a su suegro: "Es espantoso ver des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

truidas en su germen, empresas que han costado tanto trabajo, y no saber jamás cómo terminará el día; estar rodeado de partidos hostiles y de no estar jamás seguro de ser aprobado por una autoridad vacilante (Viena); de ser constantemente presa del temor de saber que vuestra inocente esposa ha sido insultada o herida; de no estar jamás seguro de no ser silbado en el teatro o de volver vivo de un paseo..."

Se está en eso. Y las cosas no harán más que empeorar. Cuando la recepción de los diplomáticos en las Tullerías, el 1 de enero de 1859, Napoleón pronunció palabras cargadas de amenazas. "Las relaciones entre nuestros dos imperios ya no son tan buenas como en el pasado", le dijo a Hübner, embajador de Austria en París. El 10 de enero, Víctor Manuel, que se sabe sostenido por el emperador de los franceses, abre el Parlamento con un discurso en que alienta el patriotismo italiano: "No somos insensibles a los gritos de dolor que, de tantas partes de Italia, se elevan hasta nosotros". Estas palabras hacen estremecerse a la península con una inmensa esperanza que se traduce en incesantes manifestaciones de odio contra Austria.

Maximiliano decide entonces enviar a su esposa a Bruselas y luego a Trieste. Se sentirá tranquilo sabiendo que está segura. Él permanecerá en su puesto "a pesar de las burlas y de la calumnia". Tratará de limitar por los dos lados y tanto como sus medios se lo permitan, las locas medidas "nacidas del pavor y de la nerviosidad". Pero ya casi no alienta ilusiones. Sabe bien que no puede luchar victoriosamente contra la irresistible fuerza del nacionalismo italiano. Sabe también que no podrá nada contra la voluntad de represión de Francisco José. Sabe, finalmente, que será "el profeta escarnecido", que se le acusará "a golpes de tambor", de haber provocado el desastre por "su falsa comprensión o su peligrosa bondad".

En el vasto palacio de Milán, permanece "sin poder moverse y solitario como un ermitaño". Le llegan de fuera los ecos bulliciosos del carnaval, pero en su casa reina un silencio de cuaresma, le escribe a su madre. En las comidas, tiene frente a sí, en vez de la joven dueña de la casa, a la vieja condesa Lutzow. ¿Qué hacer al presente, excepto rumiar la amargura de su situación? En suma, él es el chivo expiatorio. Cualquier cosa que haga, se le reprende. Ayer, si alababa a alguno, se apartaba al alabado. Si alejaba a alguno, a éste se le favorecía. Si proponía un plan de acción, se le desechaba. Hoy, en Viena, en donde todos son presa de "un mortal terror", se olvidan de que él suplicó que se tomaran medidas que actualmente

estarían prestos a adoptar. Pero es demasiado tarde. Hubiera sido preciso actuar cuando la situación estaba calmada, cuando él mismo quería presentar un conjunto de reformas capaces de retener a la Lombardía Véneta.

Maximiliano siente que dentro de poco será preciso dejar esos lugares; y quizá apresuradamente. Prudente, hace empacar su platería y sus objetos preciosos. Sin embargo, no abandonará su puesto aun cuando ya no pueda hacer ningún servicio ni de un lado ni del otro. "En el peligro, no me regreso... En donde hay furioso incendio, allí me prodigo hasta el último momento, aunque debiese estar en medio de las llamas..." El gobernador permanecerá allí hasta el fin; un Habsburgo no retrocede. Pero ha perdido la fe en su misión. "Después de todo, dice, Austria puede vivir sin la Lombardía".

Francisco José, viendo que Napoleón III "juega con fuego", refuerza sus efectivos en Italia. Ante las hábiles provocaciones italianas que se multiplican, pierde la paciencia. Su actitud se tensa. Buol, su ministro de asuntos extranjeros, le dirige, el 19 de abril de 1859, un ultimátum al Piamonte exigiendo que éste se desarme en el transcurso de tres días. Y en este mismo 19 de abril, el emperador le anuncia a Maximiliano que le quita el gobierno de las provincias italianas. "Habiéndome forzado las circunstancias a tomar medidas extraordinarias para la defensa de mi corona y para el mantenimiento del orden y de la seguridad interior, me veo obligado a reunir en una sola mano la autoridad civil y militar del reino lombardo-véneto. En consecuencia, he decidido relevaros de vuestras funciones de gobernador general que habéis desempeñado con la más grande dedicación y la mayor sabiduría, y confiarle la administración civil al general conde Giulay como jefe del mando general del país".

Esta bofetada será seguida de otra. Habiendo abandonado Milán de inmediato, Maximiliano se dirige a Venecia para tomar allí el mando en jefe de la flota austriaca, según cree. Pero se la ha puesto a las órdenes del general Alemann, que comanda la plaza, oficial de grado inferior al suyo.

Al saber la partida del archiduque, Cavour se siente aliviado. "Esto me vuelve la vida", dice. Es él, el enemigo, quien le rendirá el más hermoso homenaje al gobernador. "¿Sabéis, le dirá más tarde al barón de Talleyrand, quién era en Lombardía nuestro enemigo más terrible, al que temíamos más y cuyos progresos seguimos día a día? El archiduque Maximiliano, joven, activo, emprendedor, que se entregaba todo entero a la difícil tarea de ganarse a los milaneses y que iba a tener éxito. Ya su perseverancia, su manera de actuar, su espíritu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

justo y liberal, nos había quitado muchos partidarios; jamás las provincias lombardas habían estado tan prósperas, tan bien administradas. Gracias a Dios, intervino el buen gobierno de Viena y, según su costumbre, aprovechó al vuelo la ocasión para hacer una tontería, un acto impolítico, el más funesto para Austria, el más ventajoso para el Piamonte. Las muy sabias reformas del archiduque, le habían hecho sombra al viejo partido de la *Gazette* de Verona, y el emperador Francisco José llamó a su hermano. Respiré con esta noticia: la Lombardía ya no podía escapársenos".

*
* *

El Piamonte, por voz de Víctor Manuel, le respondió a Austria con tres proclamas, a su ejército, a su pueblo y a los pueblos de Italia. Les declara a estos últimos: "Austria asedia al Piamonte porque he defendido la causa de la patria como en los consejos de Europa... porque no fui insensible a vuestros gritos de dolor..." Las tropas austriacas pasan el Tesino (29 de abril), y como lo esperaba Cavour, Austria cayó en el lazo. El 30, los "pantalones rojos" entran en escena. "Debéis un buen cirio a Nuestro Señor por no haberle impedido al emperador de Austria pasar el Tesino", le dirá Napoleón III a su amigo el italiano Arese. "Si no lo hubiese hecho, ¿cómo podría yo estar aquí?"

Maximiliano, bloqueado en Venecia por la flota francesa, tiene noticia de las derrotas austriacas, Magenta, Solferino. Y luego, bruscamente, la noticia de la paz de Villafranca. Ambos emperadores han hablado enteramente a solas. Se cede la Lombardía a Napoleón III que la entregará al Piamonte, pero Venecia queda bajo la soberanía austriaca. Maximiliano ignora que el emperador de los franceses, que cree posible una confederación italiana, ha propuesto que fuese creado un reino veneciano independiente bajo el gobierno del archiduque; Francisco José rechazó secamente esta solución. Más que aceptarla, respondió, preferiría continuar el combate. Le había opuesto hacía poco la misma intransigencia a lord Russell que proponía nombrar a Maximiliano rey de Hungría. Evidentemente, teme a este hermano que es demasiado popular.

Maximiliano se siente afligido por este desastre que acaba de sufrir Austria. "Es desesperante ver a nuestra bella y ayer poderosa monarquía ensombrecerse cada vez más por causa de una incompetencia, de una incomprensión y de una conducta

difíciles de explicar", le escribe a su suegro. Presa de una rebelión interior que lo desgarra, se desahoga en sus poemas:

...Despierta, casa de Austria,
Toma de nuevo el camino de la gloria
Como en la época de tus orgullosos antepasados.
Casa de Austria, sacude el ultraje...
¿Qué se ha hecho del poderío de los Habsburgo?

Grito brotado del alma del príncipe herido en su orgullo, en su amor a la patria, en su veneración por sus antepasados.

Los horrores de la guerra –que habían trastornado violentamente a Napoleón III en Solferino y lo habían impulsado a hacer cesar las hostilidades– son muy dolorosas para Maximiliano, él también muy humano y apasionado de la concordia:

...La justicia se ahoga en sangre
Mientras los hermanos se matan entre ellos...
Por la noche, roto el corazón,
Me paseo por la verde campiña.
Pienso en los millares de sufrimientos
Que deja la huella sangrienta de la guerra...

*
* *

Durante la guerra, Carlota se consume esperando en Trieste. Tiembla "por el hombre a quien pertenece tan completamente, exagerándose los peligros que corre". Lo ve "en su barco rodeado de enemigos"... "Toda separación de su querido archiduque" le es penosa, pero más todavía en las actuales circunstancias. Felizmente, hasta ese día, no ha entrado en la refriega.

Terminada la guerra, Max vuelve a ella. Va a encontrarla a su casa "rústica" de Trieste, situada en un paisaje admirable que cautivó a Maximiliano en 1854 cuando hacía un paseo en bote. "Una casa tapizada de madreselva y enguirnaldada de vid silvestre, rodeada de bosquecillos de camelias y de laureles-rosas". En este cuadro hecho para enamorados, tratarán de olvidar que la corte de Viena les tuerce el gesto. A decir verdad, Maximiliano está en desgracia. Se le acusa de haber favorecido, en Italia, los designios de Cavour y de los revolucionarios. Tampoco se le ha perdonado haber publicado, a la luz de los hechos y de la experiencia, folletos en donde expuso la necesidad de reorganizar la marina: *De la marina austriaca*

por un marino austriaco; Presupuesto extraordinario de la marina. Es también autor de un estudio acerca de la flota francesa cuyos navíos blindados —una innovación— habían hecho sus pruebas durante la guerra de Crimea, lo que la coloca en la primera fila de las potencias marítimas europeas.

Sin embargo, Carlota espera que "vendrá el día en que el archiduque será de nuevo colocado en una elevada posición", en que "tendrá que gobernar, porque fue creado para esto y dotado por la Providencia de todo lo que hace dichosos a los pueblos". Le parece "imposible que estos dones permanezcan escondidos para siempre después de haber brillado apenas durante tres años". Ella misma le ha tomado gusto al papel de soberana que por lo demás le sienta muy bien, y sufre por estar privada de él.

En cuanto a Maximiliano, se dedica a la filosofía. "Me digo que el viejo y sabio Diocleciano tenía razón. Tuvo la grandeza de alma de renunciar al renombre y no se arrepintió jamás de ello. Él, príncipe sabio de pensamientos profundos, que había bebido hasta las heces todas las pasiones humanas, prefirió llevar en el retiro la existencia de un filósofo bastándose a sí mismo, lejos de las perfidias, de las bajezas y de los engaños. Había probado todo eso. Para él, no había nada nuevo bajo el sol. De esta manera, ¿qué podía existir de más precioso para él que el alejamiento de la odiosa multitud de los hombres, un clima sereno y bienhechor, el estudio de las artes y de las ciencias —esas fuentes inagotables de consuelo—, y las plantas que nacían y crecían por sus cuidados?"

Desilusionado, se entregará a la organización de su castillo de Miramar, en el Adriático. Ésa es "su propia creación". Los jardines serán, dice Carlota, "de notable belleza. No creo que pueda encontrarse algo parecido dondequiera que sea, y sobre todo en un lugar tan pintoresco, tan bien escogido". En octubre de 1859, la joven se siente cautivada por la belleza de la minúscula isla de Lacrona, en la costa dálmata. No puede resistir al deseo de comprar esta isla de cuento de hadas, de apenas dos kilómetros de largo y cincuenta metros de ancho, donde crecen con profusión pinos, mirtos y laureles-rosas. Hay allí un viejo monasterio abandonado, de los fantasmas históricos: al regreso de la cruzada, Ricardo Corazón de León naufragó aquí. Nada falta para encantar los ojos del espíritu. Al explorar, los dos jóvenes descubren bóvedas subterráneas y una tumba que todavía contiene osamentas. Max ordena trabajos, hace abrir las ventanas, demoler muros. "Las sombras de los monjes desaparecidos han debido estremecerse al escuchar de nuevo todos esos ruidos de la vida, esos golpes de martillo que

resonaban en las salas abandonadas. Qué alegría ver, a medida que los trabajos avanzan, al cielo cálido y al sol dorado entrar por las ventanas nuevamente abiertas..." Ambos ignoran seguramente que la voz popular le atribuye a esta isla un papel funesto. Todos los que la poseen, dicen, mueren de muerte violenta.*

Lacrona inspira al poeta y Maximiliano canta a su isla "rodeada de la espuma salvaje de las olas". Actualmente, rodeado de las maravillas de la naturaleza, es más feliz en su soledad que ayer, cuando pasaba el tiempo.

...En dorados palacios
En los terciopelos y los mármoles,
Abrumado de halagos e insípidas fiestas...

Ahora, dice,

...Nada puede herirme en mi celda,
No el mundo malo, adornado de desvergonzadas mentiras,
Y saboreo aquí a grandes tragos la libertad...

Desprecia la púrpura, "los necios oropeles". Y sin embargo... no puede olvidar su regencia en Italia donde tuvo el poder, en donde fracasó en una misión a la que se había entregado con alma y corazón.

*
* *

Para olvidar su rencor que tratan uno y otro de disimular, Maximiliano y Carlota se embarcarán, a fines de 1859, para un crucero por el Mediterráneo y las Canarias a bordo del vapor *Emperatriz Isabel*, que manda Wilhelm Tegetthoff. Para Max, éste es el remedio para toda tristeza.

...Vayamos a donde no haya sino cielo y olas,
A donde jamás mi corazón se siente pesado ni inquieto;
Vayamos al bienamado mar...
Allí se curan los males de la tiranía y los sufrimientos
[del corazón;
Allí, la tempestad nos trae la embriaguez de la paz.

* Después de Maximiliano, pasará a poder de Rodolfo, su sobrino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De paso visitan Istria y Dalmacia y luego se hacen rumbo a España.

Al llegar a Málaga, Carlota, que lleva un *Diario* exacto, anota el "inexpresable placer" que experimenta ante el aspecto de una ciudad española. Nada aquí del "estrépito bullicioso de Sicilia y del mediodía de Italia: dondequiera dignidad, grandeza..." Todo lo cautiva: los hombres que, hasta el último mendigo, son caballeros; lo pintoresco de las calles, las hermosas mujeres con mantilla que juegan con el abanico, la lengua tan coloreada. Está conquistada. Max vuelve a descubrir con felicidad a este país.

Sin embargo, en Algeciras se siente "herido en el corazón". Por causa del estado de guerra entre España y Marruecos, está ahí la flota británica anclada, y asimismo navíos portugueses y una escuadra francesa. Esta última le recuerda al archiduque los acontecimientos recientes. "Conocía muy bien una parte de estos barcos por haberlos visto en el bloqueo de Venecia". Recuerdo doloroso de la derrota austriaca y de su propia impotencia. Observa, irónico: "Las flotas tienen como misión observar las maquinaciones de España contra Marruecos y, llegado el caso, como de costumbre en el alta política, ampliar la confusión".

Una de las consecuencias trágicas de este conflicto, es el éxodo de los judíos arrojados de Marruecos. Maximiliano se rebela ante el espectáculo de un campo de refugiados. "¡Estos pobres judíos! Esta gran familia viaja y viaja eternamente sin paz, sin descanso, sin abrigo seguro..." Esta visión suscita en él, al lado de los sentimientos de piedad humana, una emoción de artista. "Vimos a un judío leyendo bajo su tienda con atención apasionada el *Talmud*, sentado ante un pupitre que sostenía el grueso libro. Era un cuadro que Rembrandt hubiera podido pintar..."

En Gibraltar, Maximiliano lamenta no hallar de nuevo la amable atmósfera de su viaje precedente. En casa de lady Codrington, esposa del gobernador, todos los invitados parecen estar "helados" y se divierte al verlos sentados en semicírculo bebiendo té, graves como "los senadores romanos recibiendo a los galos". Lo que más aprecia en esta ciudad británica, es poder comprar incomparables productos ingleses, "confituras de todas las frutas imaginables, salmón de Escocia en cajas de hierro blanco, todas las salsas posibles más especiadas..." Lo que permite trasformar al más pequeño desayuno en un "banquete gastronómico".

Después de haber salido de España, el *Emperatriz Isabel* boga hacia Madera. En Navidad, Maximiliano y Carlota asisten

a un servicio religioso en la iglesia del seminario. Lo que le da al archiduque, espíritu libre de beatería, ocasión de emitir severas críticas acerca de "esas fábricas donde los eclesiásticos son hechos sobre medida". Esto "le repugna a su alma", y juzga funestas para la religión a estas instituciones. Los niños no pueden adquirir en esos lugares una idea del sacerdocio serio que los aguarda. Se les coloca en falsa dirección. "No aprenden por experiencia a conocer el mundo, y son invadidos de un espíritu de casta inicuo, amargo y repugnante. Los grandes santos y los maestros convincentes de la cristiandad han escogido todos libremente su posición, su misión". Llega hasta a tratar a los seminarios de "presidios", Todas esas "fábricas de hombres", ya sean militares, artísticas o espirituales, producen, según él, resultados miserables. "Las rígidas academias militares, sólo son útiles para preparar a las tropas para los desfiles; ¿nos han dado jamás grandes artistas las modernas academias de arte? Maestros de dibujo, sí, pero el genio nace fuera de los edificios industriales; y los grandes genios de la Iglesia no han salido de seminarios. Quien no ha visto el mundo, no puede comprenderlo y todavía menos, instruirlo". En estas líneas estalla la rebelión del archiduque liberal contra el conformismo de su educación.

* * *

La estancia en Funchal ha ensombrecido a Maximiliano. Le ha recordado "los momentos tan dulces" vividos en estos lugares siete años antes, y "a aquel ángel de luz" que murió aquí mismo, aquel ángel a quien Carlota, joven, bella, enamorada, no le ha hecho olvidar. Siete años "fecundos en pruebas y en desilusiones penosas". Vuelve a vivir esos años y una "melancolía profunda" se apodera de él. Compara las dos épocas. "Hace siete años me despertaba a la vida y caminaba alegremente hacia el porvenir; hoy, siento ya la fatiga; mis espaldas ya no están libres ni son ligeras; deben cargar el fardo de un pasado cruel..."

Cuando va al hospital fundado por la emperatriz de Brasil en recuerdo de su hija, y luego a la casa "en donde el ángel amargamente llorado dejó esta tierra", permanece largo tiempo "abismado en pensamientos de tristeza y de duelo". En estos lugares donde celebró tan jubilosamente sus veinte años, es ahora "el peregrino sin reposo, el moderno Ashavero, el único sobreviviente de aquel grupo hace poco tiempo alegre y feliz". La tristeza pesa sobre él cuando compara aquel tiempo con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el presente. "Entonces me despertaba a la vida y marchaba hacia el porvenir con el corazón lleno de alegría. Hoy, me siento abrumado..."

¿Es éste el lenguaje de un joven recientemente casado con una joven colmada de todos los dones? ¿Es impotente el amor para curar las heridas del amor propio y para hacer olvidar las decepciones políticas? Triste, inquieto, Maximiliano decide ir a buscar "sobre las olas del océano un reposo que la Europa vacilante ya no puede darle a su alma agitada". Partirá para Brasil. Carlota, que se siente enferma, pasará el invierno en Madera.

Desde que se ve en el mar, aquel mes de enero de 1860, vuelve a encontrar su alegría. Durante la travesía se mostrará "feliz como un niño". Cuando, al pasar la Línea, el capitán le administra el bautismo, *al primo arciduca de traversa regni de Nettuno il batesimo del marinado*, lanza gritos de alegría, arrebatado por el júbilo que manifiestan los marineros. Ha hallado de nuevo su elemento, y la dicha. Se regocija también de ser "el primer hombre de su casa que se dirige hacia el hemisferio Sur". Esto es, para él, la realización de un sueño. "El hombre se interesa por todo lo que está lejos y es desconocido. Si sabe que hay vida en lejanas riberas, es atraído hacia allá. Es un cuento de hadas que yo sea el primero de la descendencia de Fernando e Isabel que pondrá el pie en el suelo del Nuevo Mundo, destinado a hacerlo desde mis primeros años".

Al desembarcar en Bahía, se siente inundado de una felicidad "raramente experimentada". Qué embriaguez de poner el pie en este suelo: "Con un golpe de varita mágica, me encontraba en el Nuevo Mundo. En torno mío todo respiraba vida y belleza... El aire cálido y deliciosamente perfumado de un otoño lujuriante, lo inunda. La atmósfera tiene esa elasticidad, ese perfume de vegetación, esa dulzura embalsamada que los europeos no conocen sino en pleno estío". Aquí, todo es encanto para él.

Se entregará a calaveradas de colegial. De incógnito, va con sus compañeros a una posada, en donde comen. Después va a un hotel más decente donde fuma tranquilamente su cigarro en la sala de billar cuando lo descubre el cónsul austriaco y no puede ocultar su estupefacción al verlo tan mal vestido. "¿Qué debió pensar el cónsul, un republicano nacido en Hamburgo, del príncipe rococó europeo?", se pregunta Maximiliano, divertido.

El alcalde de la ciudad, que oyó contar la llegada de un huésped ilustre, va a bordo acompañado de la guardia local para presentarle sus respetos. Para esto, ha aprendido cierto

número de frases en francés. ¡Qué decepción para él al comprobar que el pájaro había volado! El archiduque, por otra parte, no se conmueve por ello. "Estas buenas personas, dice, deberían sentirse halagadas de que mi deseo de saltar a sus costas haya sido tan violento". No siente ningún remordimiento. Le pesa el yugo oficial y, en esta nueva tierra, aspira a la independencia. "Cuando se tiene la desventaja de estar siempre, por causa del nacimiento, rodeado de servidores y de la protección oficial; cuando, desde la cuna, todo nos fue masticado; cuando los rieles de hierro de la etiqueta nos han trazado el camino matemático en el que debemos rodar, entonces, refresca el alma estar en una situación en donde debe contarse con las propias fuerzas y donde no se puede contar más que con la propia voluntad; una situación en que no hay servidores prestos para levantar para vosotros las lianas con sus finas manos, y a dejarse morder con respeto por las serpientes venenosas..."

Pasión por la aventura, se dirá sin duda con desprecio en "los salones perfumados" de Viena. Poco le importa a Maximiliano, convencido de que esta pasión por la aventura es excelente para la formación del carácter y se convierte en una necesidad para las naturalezas fuertes que quieren evadirse de una vida debilitante".

Abandonado en este continente donde casi no se conocen todavía las construcciones europeas, Maximiliano saboreará las delicias de la libertad. Va a conocer la selva virgen, vestido con un traje blanco de lana, cubierto con un inmenso sombrero de paja "como los de los ingleses en Egipto". Se embriaga con la belleza de los cielos tropicales, de noches más bellas que los días; se maravilla de esta naturaleza exuberante, de estas plantas, de estos animales, de estos pájaros de colores crudos, y de este minúsculo colibrí, "ese punto del Paraíso olvidado por azar en las selvas brasileñas".

En la jungla, recibe hospitalidad en el campamento de un italiano noble que, cansado del viejo mundo, vino a refugiarse aquí. Cuando escucha su nombre, Maximiliano, bruscamente, siente "que le duele el corazón". Creyó que había olvidado todo. Creyó poder empezar de nuevo a vivir. Pues bien: no. "La hermosa Milán, el lago de Como, la nostalgia de la bella Lombardía, los pensamientos de destierro, de abandono; todo esto surgió en mi espíritu, se abren de nuevo las heridas apenas cicatrizadas, y la tristeza inunda mi corazón..."

Efectuará su descubrimiento de América. Es, dirá, un asilo admirable sobre todo para aquellos que han tomado la resolución de romper con un pasado borrascoso y de hacerse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un porvenir sin mácula, porque el océano es ancho, muy ancho, lago de olvido, y quien lo atraviesa puede, como por un segundo bautismo, lavar de sus manos incluso las manchas de sangre. Como en un monasterio, en América nadie le pregunta al recién llegado de dónde viene y por qué; aun cuando haya sido un disoluto en Europa, puede, por el trabajo y la perseverancia, convertirse aquí en un hombre absolutamente respetable.

Evidentemente, allí como en todas partes, el mundo de los hombres ofrece algunos espectáculos irritantes. La esclavitud, sobre todo. "Su abolición sería el acta de nacimiento de Brasil, exclama Maximiliano. Los negros son seres humanos y cristianos nacidos libres por la ley de Dios. Que se los considera como tales, está probado, puesto que se los bautiza... Los propietarios tienen con frecuencia hijos con las negras, que venden en el mercado. ¡Qué burla de la lógica y de la moral! ¿Por qué los periódicos ultraliberales y los intrépidos profetas del derecho no escriben nada sobre estos hechos?" Un ciudadano del reino constitucional de Brasil puede, si hereda uno o dos esclavos negros, permanecer ocioso, ser respetado y hablar de los derechos del hombre, porque es claro que "el brasileño hace distinción entre los derechos de los blancos y de las personas de color". Maximiliano se indigna. "¿Qué indignantes razones dan los sofistas de corazón frío para el mantenimiento de la esclavitud sancionada por el Estado? Pretenden que si es abolida por la ley, gran número de propietarios quedarán arruinados porque no podrían cultivar sus inmensos dominios sin estas máquinas humanas..." No puede llevarse a cabo sin dolor esta reforma, pero "toda fuerza natural empieza en el dolor". A los ojos de Maximiliano, una nación moderna no puede tolerar semejante institución que envilece a los que se benefician con ella.

Visita las plantaciones de caña de azúcar, bien organizadas, donde los esclavos no son lo que se llama aquí maltratados. El propietario vive "en un estado de inquietud, siempre sobre el quién-vive, siempre espiando el más débil síntoma de rebelión"; le es preciso manejar el "chicote", fuete largo de dos tiras de piel de buey que se ve al alcance de la mano en todas las casas, "único cetro de la aristocracia brasileña".

Un día en que Maximiliano ha invitado a bordo a un rico plantador, observa a éste que, con aire preocupado, mira la azucarera, y luego, a escondidas, toma una cucharada de azúcar y la come, y luego otra que pone apresuradamente en un pedazo de papel. Intrigado, interroga al cónsul austriaco, el cual le explica que el plantador acaba "por primera vez de

encontrar a su enemigo mortal, el azúcar de remolacha cultivado libremente".

Será muy difícil, piensa el archiduque, triunfar de los intereses coligados, pues todos los grandes propietarios tienen "potreros de negros". Sin embargo, el emperador es un hombre ilustrado que aceptó una constitución demasiado liberal, y ha hecho prohibir por una ley, en 1850, la práctica de la esclavitud. Pero son tales las resistencias, que la ley sigue siendo letra muerta.

Don Pedro, espíritu cultivado, es muy versado en el estudio de las ciencias, de la astronomía, de las matemáticas, de la geometría. Gracias a él se ha adoptado el sistema métrico en Brasil. Maximiliano va a visitarlo a Petrópolis donde vive modestamente con su familia. Una de sus hijas, Isabel, tiene catorce años. ¿Por qué no casarla con Luis Víctor, el joven hermano de Maximiliano? Los Habsburgo podrían así fundar una dinastía en este Nuevo Mundo, al cual los atan tantos recuerdos históricos. El archiduque comunica esta idea a Francisco José.

Durante este tiempo, Carlota, solitaria, escribe sus impresiones de viaje. Espera el retorno de su esposo. Lo esperará tres meses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

MIRAMAR

UNOS AÑOS ANTES, Maximiliano había descubierto en el Adriático un lugar admirable. Una tarde en que el bora —el temible viento— amenazaba, se encontraba, joven oficial de marina, con algunos camaradas a bordo de un barco de pesca. Habiendo empezado el viento a soplar con violencia, los jóvenes exploraron la costa y sus pequeñas ensenadas para encontrar un abrigo. Habían entrado en una bahía protegida por el lado norte por una inmensa roca, una bahía donde el mar permanecía calmado en tanto que la tempestad, un poco más lejos, levantaba altas olas blancas de espuma. Felices de tener un refugio, habían echado pie a tierra y encendido lumbre. Iban a poder secarse y comer tranquilamente. El archiduque se había alejado para explorar un poco esos lugares. Al cabo de media hora, ya de regreso, anunció que acababa de descubrir un lugar maravilloso en donde podría construirse una cabaña de pescador.

Era un promontorio rocoso rodeado del mar por tres lados desde donde se descubría el golfo de Trieste. Maximiliano, entusiasmado, decidió levantar allí, no una cabaña, sino un castillo que se llamaría Miramar, nombre traído de España. Miramar será la realización de su sueño de poeta, pero también, sin duda, la expresión de un deseo ambicioso. Desde allí, Maximiliano podría contemplar lo que consideraba como su dominio, el mar, donde podría ver evolucionar los navíos de la marina austriaca, su creación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante sus esponsales, le describió a Carlota lo que sería Miramar, le manifestó sus proyectos, le mostró los croquis hechos por él. Colocado en el borde mismo del promontorio, el castillo es una vasta construcción de granito de Tirol, maciza, del mismo estilo que los grandes edificios venecianos de la Edad Media, torres cuadradas, almenadas, terrazas, garitas, balcones. Se llega allí por escaleras de mármol. En el segundo plano, colinas donde crecen la vid y el olivo. La joven princesa, acostumbrada a los paisajes del Norte, se siente deslumbrada con las descripciones de Max, con las fantasías que proyecta. "Tendrá una terraza con una fuente y, en el parque, un quiosco morisco, amueblado a la oriental. También es necesario hacer un jardín de invierno con pájaros de todas especies".

El parque ocupa mucho a Maximiliano. Quiere parterres de flores violentamente coloradas, prados, fuentes de aguas tranquilas como espejos, alamedas llenas de sombra que desemboquen en el mar resplandeciente, cuyo azul varía de hora en hora. Quiere cultivar también raras esencias, plantar espalderas en todos los rincones abrigados del viento. Finalmente, quiere una nota de vegetación exótica que darán los tamariscos, los baobabes, los cactos, los cocoteros y todas las plantas tropicales que traerá de sus viajes. En dondequiera que esté, toma notas sobre la flora, colecciona plantas, arbustos. que tratará de aclimatar.

Miramar se ha convertido en una realidad. Maximiliano ha reunido allí todo lo que le gusta: cuadros que ha escogido él mismo durante su estancia en Italia; bustos de poetas que admira, Dante, Shakespeare, Goethe; libros en todas las lenguas que forman una rica biblioteca, obras científicas, históricas, literarias, y también numerosos tratados sobre construcción, instalación y armamento de navíos, porque el archiduque no olvida jamás que ante todo, es marino. Por eso es por lo que ha querido que su escritorio sea la reproducción exacta de su camarote a bordo del *Novara*. Y ha decidido que el gran salón esté tapizado de damasco azul en donde se verían bordadas las armas del castillo: entre los brazos de una cruz negra, una granada y una ancla alternadas.

Es grande el lujo del mobiliario. La inmensa escalera de estilo gótico alemán, es toda de madera tallada. Dondequiera dorados, pinturas; dondequiera trofeos indios, cabezas de ciervo, estatuas, objetos raros traídos por Maximiliano de sus viajes. En todas las habitaciones, muebles raros que son otros tantos recuerdos históricos: así, una silla con incrustaciones venecianas que le sirvió a Radetsky en su vejez; y en la recámara de Carlota, un escritorio que perteneció a María Antonieta.

La riqueza y el confort de los apartamientos, la belleza del parque, el esplendor del paraje, hacen de Miramar una mansión de ensueño, una mansión encantadora para una pareja de enamorados. Eso es lo que piensan los extranjeros que vienen a visitarla, y el público que, cada domingo, es admitido a los jardines en donde se puede escuchar el concierto que dan los músicos instalados en el prado ante el castillo. Reverso de la medalla: para construir y embellecer su residencia, Maximiliano se endeuda. El castillo está gravado de hipotecas y, a medida que los años transcurren, los acreedores se tornan más y más amenazantes. Francisco José le rehúsa a su hermano toda ayuda financiera. Esta suntuosa residencia suscita por otra parte sus celos siempre en alerta.

*
* *

Maximiliano y Carlota llevan allí una existencia muy retirada. "Vivimos una vida tranquila y tratamos de hacernos olvidar, escribe Carlota. Hemos relegado a los grandes pasados al fondo de nuestros recuerdos y gozamos con calma de lo que el presente pueda ofrecernos. Ha hecho tanto la Providencia por nosotros que, aun retirándonos algunos de sus dones, nos ha dejado bastante para ser felices de otra manera y probablemente de manera más durable..." ¿No revelan estas líneas una decepción que no quiere decir su nombre? En sus habitaciones, desde donde Carlota escucha el murmullo del mar, desde donde ve pasar, surcando las azules aguas, las barcas de los pescadores, la joven, según su propia confesión, "no goza de la vida que había previsto". En vano repite "que se felicita por ello", que para los tiempos que se viven se está mejor "lejos del mundo", que cuando "se posee menos, se tiene menos que perder". ¿Es completamente sincera? ¿No se siente aflorar el pesar que rehúsa expresarse? "La vida que llevo ahora, no es la que había previsto..."

Por el momento, escribe, lee, pinta, borda, toca música y canta romanzas italianas. Y luego, allí están los jardines: se ocupa de las plantaciones, estudia tratados de botánica y discute de horticultura, recoge de los árboles las naranjas, los limones, los higos, las granadas. Ha hecho construir una inmensa pajarera en donde se han reunido los pájaros más raros del mundo, desde el pavo real gigante hasta el minúsculo ruiseñor árabe, y la muestra con orgullo a sus invitados. Durante los meses de verano va con frecuencia a Lacrona, "la isla de Robinson", en donde se siente a gusto. Allí se bañan, hacen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paseos en barca, pasean por los bosques. Hay allí, "mil maneras de gozar de la naturaleza y del hermoso clima".

En cuanto a Max, en su retiro, toca el órgano, vigila el parque, ocupaciones que lo hacen descansar de los estudios de aeronáutica por los que se apasiona. Se aplica en descifrar manuscritos italianos escritos por discípulos de Leonardo da Vinci que describen los experimentos del maestro. Su ambición sería crear una máquina volante. Pero también, inspirado por la belleza de los lugares, le da libre curso a sus inclinaciones poéticas. En este admirable paisaje, halla eco a sus propias emociones. El tema fundamental de sus ensoñaciones, es él mismo. Perdidamente romántico, lo refiere todo a sus estados de alma.

...Cuando escribo versos, me salen del corazón,
Jamás escribo por agradar.
En el goce y en la pena los escribo;
Resuenan por doquier mis gritos de alegría y mis lloros...

Sus poemas reflejan la amargura de sus decepciones. Así el pesar de Italia: el vuelo de un pájaro que atraviesa el cielo de Miramar lo transporta a ese país que no puede olvidar y al cual hubiera querido hacer feliz. Y siente inquina por los que han mentido "descaradamente" para engañar al pueblo. Otros, son gritos de rebelión.

...Cuando tu alma resplandece de fuerza
Y la juventud tiende tus nervios,
Y tu corazón desafía las tempestades,
Y tus pensamientos se extienden lejos,
Se te destierra,
Se te desconoce...

Sin embargo, intenta despreciar los honores y preferir su soledad:

...Es más rica mi corte que en tiempos idos
En que la púrpura ceñía mi talle,
Cuando marchar debía sobre pulido mármol
Distribuyendo saludos aquí y allá...

No obstante, no puede ahogar en él la inquietud que lo devora:

...Busco en las olas mi destino
Y el apaciguamiento del ardor salvaje del corazón.
Es para mí parecido el mundo a este páramo
Tan vasto, tan vasto, tan inculto, tan vacío;
Sopla fuerte el viento, estoy solo,
Y titubeo aquí y allá en la tempestad...

Más allá de la belleza estática de Miramar, aspira a paisajes más violentos, y a veces el porvenir se despeja y se le aparece en una luz deslumbrante:

...No me siento bien sino allí donde las
[palmeras ondulan
En el profundo azul y en el aire puro...
Allá lejos donde, en el Sur alto en colores,
El sol esparce sus ardientes rayos...

Una visión conmovedora se presenta:

...No me gustaría corromperme en el valle;
Quisiera morir sobre una montaña
En una puesta de sol dorada...

La obra del poeta es el espejo de los tormentos, de los pesares, de las angustias de Maximiliano. En su correspondencia aparece la preocupación constante, a pesar de todo, de las cosas de la política, cualquier cosa que sea lo que diga. Es que de la política depende la suerte de su país, de su casa a la que ama con amor ferviente, amor que con frecuencia ha exaltado en sus versos. Ve a Austria asirse desesperadamente a los principios de Metternich. Ha permanecido en ellos en el Congreso de Viena, sin ver, sin querer ver, que los tiempos han cambiado, que será fatal el estancamiento para la monarquía y para la nación. Las transformaciones que han tenido lugar en Europa, no han empañado nada la certeza que tiene Francisco José de su derecho al poder absoluto. Ha podido comprobarlo en el curso de una visita a Viena: "Como lo esperaba, encontré a nuestro pobre país en una situación confusa y muy sombría. Corrupción por un lado, fermentación por el otro, que crecen día a día y que se vuelven cada vez más inquietantes. Como en tiempos de Luis XVI, dominan la irresolución y la inacción. No comprenden esta situación y no quieren comprenderla. Por todas partes se atropella, se agita,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero se cierran los ojos y las orejas", le escribe a su suegro Leopoldo.

Lúcido, Maximiliano, que ha observado los acontecimientos y ha extraído de ellos sus enseñanzas, ve que el edificio cruje por todos lados. Entonces es presa de una especie de pánico. Prevé lo peor y lo teme. Así, piensa en vender los terrenos húngaros que constituyen una gran parte de su fortuna. Llega hasta pedirle a Leopoldo que se convierta en el comprador nominal de Miramar y de Lacrona porque está convencido de que la costa del Adriático será pronto unida a Italia. Problema que no tendrá consecuencias pero que atestigua el estado de espíritu del archiduque preparándose "para una crisis".

* * *

En el tiempo de sus esponsales, Maximiliano le dijo a Carlota que Miramar era "una mansión de hadas, pero que el hada que debía animarlo todo, aún se encontraba ausente". Vino la hada. ¿Ha hallado la pareja la felicidad en este paraíso? Aparentemente, sí. El archiduque y su mujer se muestran con frecuencia juntos, toman sus alimentos en común, pero los criados saben que sus noches son solitarias. El valet de cámara de confianza, Antonio Grill, pretende que esto sucede así desde cierta visita de Maximiliano a Viena. Desde entonces, los dos jóvenes que, hasta ese momento, parecían muy apasionados el uno del otro, vivieron como extraños. Grill cree en una infidelidad que habría herido profundamente a Carlota, a la vez en su amor de esposa y en su amor propio de mujer hermosa. Maximiliano, seductor y vienés, tiene la costumbre de las aventuras fáciles y de los éxitos galantes en todos los medios. Para él, esos caprichos sin mañana no tienen casi importancia. Pero la tienen para Carlota. Cosa más grave, algunos murmuran que Maximiliano contrajo en Brasil una enfermedad venérea y que contagió a su mujer.

Carlota calla. Su educación muy estricta de princesa educada en las gradas del trono, y por ello mismo encadenada a una rigurosa disciplina, sus principios morales muy severos, la muy alta conciencia que tiene de su rango y de sus obligaciones, todo le prohíbe dejar que aparezca el menor indicio de desunión. Jamás se le escapará una palabra de queja o de crítica. Del drama íntimo, nadie sabrá nada. En adelante se fijará una actitud de esposa amante. "Mi tesoro bienamado", escribirá en las cartas dirigidas a su marido. Pero ahora Miramar le parece vacío, y esta vida retirada, insoportable. Aspira

a salir de este callejón sin salida. Pronto declarará "que prefiere una posición que ofrezca actividad y deberes e incluso dificultades, que contemplar al mar sobre una roca hasta la edad de setenta años".

Decepcionada por Maximiliano, lo ha sido también por la familia imperial, una vez pasados los primeros meses del matrimonio. En Viena, son choques constantes bajo la cortesía glacial de las maneras. Sofía, que detesta a Isabel, no estima mayormente a Carlota. Y ésta, por su parte, se irrita por la mezquindad de las miras del círculo familiar, y de su posición subalterna en la corte. Y también, oscuramente, está celosa por la admiración no disimulada de Max hacia su cuñada la emperatriz Isabel. Ciertamente, Carlota es bella con su fino perfil, su óvalo puro, su hermosa cabellera sedosa, sus extraños ojos, pero es eclipsada, como las demás mujeres por otra parte, por la gracia espontánea de Isabel, por su belleza conmovedora, a la vez pensativa y radiante. Entre ella y la emperatriz no existe ninguna simpatía, sólo relaciones protocolarias. Más tarde, Isabel hablará, con dureza y sin justicia, de "esa oca belga", a quien juzga "ignorante, arrogante, vanidosa, sedienta de poder". Ignorante, no: Carlota es mucho más instruida que Isabel, la cual, por confesión propia, jamás aprendió más que a montar a caballo, a nadar y a correr en el parque del castillo de su padre. Pero Sissi, como la llamaban en su casa, en Baviera, educada en la libertad de la naturaleza, posee una intuición poética de las cosas, que, en ella, suple al saber. ¿Arrogante? La palabra es fuerte, pero es cierto que Carlota es altanera en su porte, autoritaria en su comportamiento y que no soporta la contradicción. Finalmente, agravio supremo, Isabel supone que tiene miras sobre el trono imperial. La acusará de haber acariciado la idea de ser emperatriz de Austria cuando Rodolfo, heredero del trono, no era más que un niño enfermizo.

Carlota, aislada, humillada, ha adquirido la certeza de que Maximiliano no desempeñará jamás ningún papel en Austria. La actitud de Francisco José lo aprueba demasiado. ¿No ha protestado a grandes voces cuando la reina Victoria, que tiene mucha amistad con Maximiliano, ha sugerido que éste podría ser coronado rey de Hungría? La verdad es que Francisco José, muy celoso de su hermano, ya no le confiará ninguna función importante. Entre ellos la situación se agriará hasta el punto de volverse "intolerable", dirá la princesa Radziwill. Y pronto se prevé que en muy corto plazo, Maximiliano será desterrado de la corte.

¿Está la joven pareja condenada a vivir eternamente en su roca, en su castillo de ensueño, donde la soledad y la inacción

se vuelven pesadas? Sin confesarlo, Maximiliano y Carlota aspiran a salir de Miramar, en donde están encerrados con su drama íntimo.

*
* *

El 4 de octubre de 1861, el conde Rechberg, ministro de Asuntos Extranjeros, visita Miramar. Está encargado de una misión secreta. Viene a inquirir, de parte de los gobiernos austriaco y francés, si el archiduque Maximiliano aceptaría reinar en México.

Se recibe esta proposición con un interés apasionado. Entonces Maximiliano que, en Granada, soñó en la gloria de los Habsburgo, y que se juró a sí mismo que "la fama de sus antepasados no degeneraría en él", se acordó de que Cortés, conquistador del imperio azteca de Moctezuma, le regaló este país rico y poderoso al rey de España, Carlos V. Sin duda recuerda también haber escrito: "Siento que mi impulso hereditario de gobernar vive, incluso después de siglos, y un pesar melancólico conmueve a mi alma, al ver las grandes acciones de los fundadores de los reinos del Nuevo Mundo olvidados por sus pueblos y por la nueva dinastía".

Reflexiona en la proposición que se le hace. Escribe una memoria en la que examina las razones para aceptar. "Se me encontrará siempre y en todas las circunstancias pronto para hacer no importa qué sacrificio, por penoso que sea, por Austria y la grandeza de mi casa. En el caso presente, el sacrificio sería doblemente grande para mi esposa y para mí, porque implica nuestra separación definitiva de Europa y de sus condiciones de vida. No desconozco la ventaja que sacaría de esto Austria, porque haría revivir el brillo de mi casa..." Ve allí un medio de servir a su país. Las grandes dinastías tienen la costumbre "útil y secular" de colocar a los príncipes menores en posiciones donde puedan servir a sus intereses en el triple punto de vista político, diplomático y comercial. ¡Actualmente ha estado oscurecida la gloria primitiva de los Habsburgo! "En tanto que los Coburgo ocupan un trono tras otro y extienden su poder sin cesar acrecentado por toda la tierra, nuestra familia ha perdido recientemente dos tronos". Maximiliano alude aquí al gran ducado de Toscana y al ducado de Módena. Nadie ve más claramente que él, dice, "el deber de borrar estas manchas". Y siente bien la impresión que haría "en el mundo y particularmente en una Austria debilitada, la realización de ese proyecto".

Al mismo tiempo, el jefe de los emigrados mexicanos en Europa, Gutiérrez de Estrada, antiguo ministro de los Asuntos Extranjeros de México en 1840, le escribió al archiduque dos cartas llenas de alabanzas, cuya exageración ve muy bien éste, pero que, no obstante, actúan sobre él. Se siente muy halagado de que se haya pensado en él. Sin embargo, recomendado por Rechberg, quiere, antes de dar una respuesta, consultar a su suegro, el consejero "sabio y querido". "Ha deliberado maduramente con Carlota", le escribe. Ambos están "enteramente de acuerdo", pero solicita el consejo ilustrado de Leopoldo en este "momento crítico". El rey de los belgas es partidario de la prudencia. Evidentemente hay allí posibilidades interesantes, "pero todo depende de lo que aquel mismo país decida, porque solamente entonces se podrá discutir sobre un terreno firme". Está de acuerdo en esperar y no comprometerse, "sin embargo, rechazar la proposición. Podría ser aquél un Estado muy hermoso si le pluguiera al cielo conducirlo todo de la mejor manera", añade.

El duque de Brabante, hermano mayor de Carlota, alienta a su hermana. "Es un país soberbio donde podría hacerse mucho bien. Si tuviera un hijo mayor, trataría de hacer de él un rey de México. Todo corazón valeroso que exista en la tierra, debe amar, consagrarse al bien". En cuanto a él, desea que los Coburgo emprendan esa tarea.

Maximiliano está de acuerdo con su suegro: México debe, en primer lugar, pronunciarse. No aceptará la corona, más que en caso de que le sea ofrecida por el país entero, y no sólo por un grupo de emigrados. Éstos, para lograr sus fines, redoblan sus esfuerzos. Gutiérrez, que conoce la virtud del "incienso", escribe de nuevo los días 20, 25 y 28 de noviembre. Aun cuando su lirismo parezca un poco demasiado desbordante, Maximiliano le responde sin embargo en términos evasivos, es verdad. "Esperamos que con la ayuda de Dios, esta empresa, que es digna de mi interés, sea finalmente coronada por el éxito".

La idea progresa en el espíritu del archiduque. Envía a Gutiérrez con Leopoldo a fin de que éste haga hablar al mexicano acerca de diversos puntos importantes. Después le escribe al papa Pío IX para solicitar su apoyo, porque en "este momento muy importante y probablemente crítico" de su vida, no quiere tomar una decisión antes de tener el ilustrado consejo del Padre Santo. "...En ese desdichado país, le responde el sumo pontífice, todas las almas cristianas, y hay muchas de ellas, suspiran por el momento en que vuelva la paz, una paz que le permita a la Iglesia de Jesucristo y a la nación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mexicana prosperar. Esperamos que el señor favorezca con sus bendiciones vuestra empresa". ¿No es esto un estímulo? Sin embargo, el cardenal Antonelli se ha mostrado reticente cuando Gutiérrez sugirió que los obispos arrojados de México y refugiados en Roma podrían volver a sus diócesis "en la estela del cuerpo expedicionario europeo", a fin de ganar al clero para la causa monárquica. Tampoco aprobó la idea de un mensaje enviado a Maximiliano por los emigrados. Un acto de esta naturaleza sería prematuro en tanto que no fueran precisas las intenciones de Austria, y en tantó que las potencias aliadas no hubiesen descubierto su plan.

Todas estas gestiones se llevan a cabo en el mayor secreto. Maximiliano emplea en ellas a Sebastián Schertzenlechner, quien acumula las funciones de valet de cámara y de secretario, porque, por su celo y su inteligencia, ha sabido hacerse notar de su señor e imponérsele. Ha adquirido una gran influencia sobre el espíritu de Maximiliano y ganado su entera confianza. Es él quien llevó la carta a Roma. Será él quien irá a París para ver a Gutiérrez porque éste se torna cada vez más apremiante y quisiera tener una plática personal con el archiduque. Tiene una aliada en Miramar: su suegra, la condesa Lutzow, gran maestra, que lo informa del carácter de Maximiliano, de sus costumbres, de la manera de hacerse de su confianza.

En París Schertzenlechner ve a Gutiérrez, quien le aseguran tener numerosos partidarios. El secretario juzga a su interlocutor "animado de un radiante patriotismo y de una actividad incansable... pero muy charlatán". Durante su estancia en París, ve también al general Almonte, completamente entregado a Maximiliano, "muy decente y cultivado"; y a Hidalgo, "noble carácter y capacidad excepcional". Regresa con un informe escrito y un mensaje para Maximiliano remitido por Gutiérrez y firmado por Almonte, Hidalgo, Facio, Andrade, Murphy, todos antiguos enviados diplomáticos del precedente gobierno conservador.

En diciembre de 1861, Gutiérrez Estrada es designado agente de confianza de Maximiliano en París, y está en relaciones epistolares cotidianas con Miramar. Sin embargo, Maximiliano se opone a su venida. Teme los comentarios de los periódicos que hablan ya de la expedición mexicana. El "sobre-celo" de Gutiérrez ya no tiene límites. Invitado por Rechberg va a Viena donde tiene muchas conversaciones con el ministro. También lo recibe Francisco José, quien le aconseja "la más atenta discreción".

A fuerza de maniobras, el mexicano logra sus fines: en Navidad es invitado a Miramar en donde permanecerá del 24

al 29 de diciembre. Les pinta a sus huéspedes un cuadro maravilloso de lo que podría ser el papel de un soberano en México. Hace reverberar las riquezas fabulosas del país, oro, plata, piedras preciosas, riquezas que piden que se las explote. La resurrección del imperio de Moctezuma, la restauración del culto católico, la curación de las desgracias de un pueblo presa de la guerra civil, introducir la civilización dondequiera, tal será, dice, la tarea admirable y fecunda que podrían llevar a cabo soberanos tales como Maximiliano y Carlota. Éstos se sienten seducidos con esta perspectiva. El archiduque promete aceptar la corona de México, a condición, sin embargo, de que el pueblo lo llame.

Unos días más tarde, Maximiliano se dirige a Viena para ver allí a Francisco José a fin de poner a punto algunas cuestiones. El emperador ya ha dado su consentimiento. ¿No ve allí una oportunidad para desembarazarse de un hermano cuya persona e ideas le parecen un poco demasiado molestas? ¿Acaso no ha alentado desde el principio las discusiones que respondían a su secreto deseo? Se muestra complacido. Le adelantará a su hermano doscientos mil florines para los primeros gastos, y está de acuerdo en principio sobre un préstamo de veinticinco millones de dólares que se efectuará por la banca Rothschild. Desde el punto de vista militar, autorizará la formación de un cuerpo de voluntarios, y promete cañones y oficiales de artillería. El viaje de Maximiliano se hará a bordo de un navío austriaco. Ambos discuten la organización de la regencia provisional de México y del protocolo de la nueva corte. Y también de la suerte eventual de Miramar y de Lacrona de los cuales nada le importa al emperador de México. En suma, se han arreglado gran número de cosas, pero no la cuestión capital: los derechos de Maximiliano al trono de los Habsburgo en caso de aceptación del trono de México. Sin embargo, esta cuestión ha sido abordada, puesto que, desde principios de enero, las cancillerías harán alusión a ello. "En primer lugar, se creyó que la negociación sería rota, porque S. A. I. hubiera debido renunciar a sus derechos eventuales de sucesión al trono de Austria, escribe el barón de Anethan, ministro belga en Viena, el 12 de enero de 1862. Y el 15: "La negociación está a punto de concluir... El archiduque Maximiliano conservará, pues, sus derechos al imperio al subir al trono de México. Se me asegura que la intervención de la embajada de Francia no ha sido extraña a la adopción de este compromiso".

Por el momento, se mantendrán las cosas en ese estado. Es preciso alentar a Maximiliano a partir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

EL ENGRANAJE MEXICANO

Desde 1821 México se había liberado de la tutela española, pero no había logrado encontrar un equilibrio. Había intentado un imperio, eligiendo, bajo el nombre de Agustín I, a un oficial español, Iturbide,* que había tomado partido por la causa de la independencia. Dos años más tarde era derribado y fusilado, y había sido proclamada la república, estableciendo el sufragio universal y la nacionalización de los bienes del clero. Desde ese momento no había cesado el país de ser desgarrado: de 1821 a 1857 se vieron allí seis formas de gobierno, cincuenta y cinco gabinetes y doscientos cuarenta pronunciamientos.

Este desorden que, en el interior, favorecía los tráficos deshonestos, les permitía a los gobiernos extranjeros formular odiosas exigencias. Después de cada revolución generadora de pillajes, se presentaban peticiones de indemnización, siempre abusivas. Por otra parte se veían navíos ingleses que favorecían el contrabando de los metales preciosos, contribuyendo así a arruinar las finanzas mexicanas. Y los Estados Unidos de Norteamérica, aprovechándose de la ocasión, se había hecho ceder Nuevo México, Texas y California. México, entregado por todas partes a los apetitos desencadenados, y donde ningún jefe había logrado imponerse, zozobraba en el caos.

Hacia 1840, y habiendo producido sinsabores la forma republicana, algunos mexicanos pensaron llamar a un soberano.

* En primer lugar, Iturbide le había propuesto la corona al archiduque Carlos, hermano del emperador Francisco, tío abuelo de Maximiliano, que la había rechazado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José María Gutiérrez de Estrada, primero diplomático y luego ministro de Asuntos Extranjeros, le propuso públicamente al presidente en funciones, Bustamante, el retorno a la monarquía. Esta iniciativa de un ministro que pertenecía a un gobierno republicano, fue muy mal acogida y su autor obligado a renunciar. Éste tomó el barco para Europa donde se convirtió en el peregrino de la restauración monárquica en México. Un peregrino a tal punto iluminado por su fe, que se le tomaba por loco en los ministerios de Francia, de España, de Inglaterra, de Austria, a donde había ido a exponer sus ideas con una verbosidad que les causaba perjuicio. Muy rico y muy generoso, ponía su fortuna al servicio de sus convicciones.

En 1853, el presidente Santa Anna se mostró favorable a sus consideraciones. Le encargó efectuar trabajos de acercamiento respecto de este asunto, en Europa. Personalmente, se inclinaba por un Borbón de España. Como no se fiaba enteramente de Gutiérrez, le pidió también al joven José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, secretario de la embajada en Madrid y muy admitido en la alta sociedad, tantear el terreno. Don José había frecuentado hacía poco el salón muy brillante de la condesa de Montijo y formaba parte de los admiradores de la bella Eugenia, convertida, hacía poco tiempo, en emperatriz de los franceses.

Pero habiendo sido depuesto Santa Anna, Hidalgo fue relevado de sus funciones oficiales. Sin embargo, al seguir debatiéndose el país en luchas intestinas, la idea monárquica ganaba terreno. En Europa, sus partidarios, por otra parte dispersos, trataban de hacerse entender, sobre todo por Napoleón III cuyo prestigio era grande. Pero el ministro de Asuntos Extranjeros, Walewski, muy desconfiado e incluso hostil respecto de las tentativas mexicanas, no informaba incluso de ellas al emperador. Y éste, comprometido en la guerra de Crimea, tenía otros problemas en la cabeza. No obstante, un francés establecido en México, el marqués de Radepont, fue encargado por los monárquicos de ir a París. A fuerza de instancias, logró, en noviembre de 1856, obtener una audiencia con Napoleón III. Describió la anarquía en que se debatía México, invocó las ventajas de un régimen estable en México, ventajas de las que se beneficiaría igualmente Europa. Debía sondear, para una candidatura al trono, a un príncipe de Orleáns, el duque de Aumale. Napoleón escuchó sin responder nada. Detestaba a los Orleáns y este asunto no le interesaba.

*
* *

Gracias a un nuevo cambio de gobierno, en favor de los conservadores esta vez, José Hidalgo había tomado de nuevo su puesto de secretario de embajada. En el otoño de 1857, fue nombrado para París. Dirigiéndose hacia allá, pasó por Biarritz. Era la época en que el emperador y la emperatriz de los franceses permanecían allí. Durante algunas semanas vivían allí como simples particulares, fuera de las constricciones de la etiqueta, rodeados de sus amigos personales. Eugenia encontraba de nuevo sus recuerdos de infancia y juventud. Le gustaba sentirse muy cerca de España, de la que podía ver las costas y había convencido a Napoleón de que construyera una quinta muy sencilla, burguesa, a donde invitaban a quienes les parecía.

Un día, al dirigirse a una corrida de toros a Bayona –había conservado el gusto apasionado por ellas–, reconoció en el camino a un hombre que iba a pie. Era don José Manuel Hidalgo, uno de los jóvenes de su corte en Madrid. Con gran escándalo del cochero y de su dama de honor, hizo detener el coche e invitó al joven a subir. ¡Qué alegría para ella, actualmente "en jaula", como decía, encontrar de nuevo a uno de los amigos de antaño, de hablar español! Hidalgo aprovechó la ocasión que se le presentaba. Le contó que en México se pensaba en una restauración monárquica para volver al orden. Eugenia pareció interesada. Le empezaba a tomar gusto a la política. La reina Victoria la había alentado a ello. Y luego, las infidelidades de Napoleón III, numerosas, evidentes, que la herían en su amor propio de mujer y en su concepción muy rígida del deber, y finalmente el nacimiento de su hijo que hacía posible la eventualidad de una regencia, todo la empujaba a iniciarse en los asuntos públicos.

Las desdichas de México y la perspectiva de un retorno de la monarquía, no podían dejarla indiferente, porque seguía siendo muy española de corazón. Además, fervientte católica, veía la posibilidad de regenerar allá lejos un catolicismo bastardeado, y así hacerle contrapeso en el nuevo continente al protestantismo de los Estados Unidos de Norteamérica. Poco acostumbrada a la prudencia diplomática, y de naturaleza muy impulsiva, se inflamó con la narración de Hidalgo, sin pensar que el actual gobierno mexicano, el del general Zuloaga, estaba reconocido por Francia. Entusiasmada por todo lo que la había hecho entrever don José, invitó a éste a tomar parte, a la mañana siguiente, en un paseo por mar a bordo del yate imperial. El emperador estaría presente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Napoleón escuchó a don José Hidalgo. ¿Se acordó de que, prisionero en Ham, había madurado un plan de canal oceánico que permitiría valorar a esos ricos países de América Central reducidos a la pobreza por crisis políticas incesantes que le ponían obstáculos a todo desarrollo económico? Incluso en 1845 había publicado un folleto en Londres, en donde deseaba "la constitución de un Estado floreciente cuya organización establecería el equilibrio del poder, creando, en América española, un nuevo centro de actividad industrial lo suficientemente poderoso para que hiciese nacer un gran sentido de nacionalidad y para impedir, sosteniendo a México en su lucha contra los Estados Unidos de Norteamérica, nuevas usurpaciones, de las que la invasión de Texas era la más reciente".

Por el momento tenía en la cabeza otras preocupaciones. Italia lo hostigaba. Sería preciso que hiciera algo por aquel lado. Se mostró benévolo sin darle, no obstante, a Hidalgo el menor aliento.

México continuaba moviéndose en un círculo de anarquía. Al presente, dos gobiernos se disputaban el poder, y dos presidentes, Zuloaga el conservador, y Juárez el radical. El primero tenía en París un representante acreditado, el general Almonte, quien, sin ser todavía partidario de la monarquía, juzgaba que México, para salir de sus dificultades, debía reclamar una ayuda extranjera, la de Francia. Le presentó a Napoleón III un plan en este sentido, de acuerdo con su presidente. Una vez más, Napoleón escuchó pero no prometió nada.

Sin embargo, algo quedó de estas charlas en su espíritu. En el otoño de 1858, en el momento de una "serie" de Compiègne a donde había sido invitado Hidalgo, la primera noche, después de la cena, el emperador se dirigió al mexicano. ¿Qué noticias tenía de su país?, le preguntó. Malas noticias, respondió el diplomático. "Si Vuestra Majestad no va en su socorro, México está perdido", añadió.

El emperador llevó al mexicano al alféizar de una ventana —gesto habitual en él cuando quería charlar confidencialmente con alguien—, y lo retuvo allí por espacio de una media hora. Esa noche no se contentó con escuchar. Presentó objeciones. No quería hacer nada sin Inglaterra. Y luego, para actuar en México, dijo, hacían falta "un ejército, millones y un príncipe". Se había pensado en el duque de Aumale, añadió. Admirado pero encantado, Hidalgo descubrió que el emperador no había perdido

de vista el asunto. Lo cual lo alentó para insistir. Ahora cargaba el acento en el peligro que corría México entregado a la anarquía, frente a un vecino tan poderoso como los Estados Unidos de Norteamérica, vecino que acechaba el momento de intervenir a fin de dominar al país, de explotar sus riquezas y de enriquecerse a sus expensas. Cuando Napoleón le respondió: "Estoy completamente de acuerdo con vos y os invito a hablar de ese asunto con el conde Walewski", Hidalgo creyó haber obtenido la victoria.

Pero se dio cuenta muy pronto de que era completamente platónica. Sin embargo, no se descorazonó. Publicó (1859) un folleto que contenía "indicaciones sobre una intervención europea en México". Como se había convertido en uno de los familiares de la emperatriz, tenía con mucha frecuencia oportunidad de hablarles a los soberanos de los asuntos mexicanos. Pero el emperador, cada vez que abordaba el asunto, respondía: "Yo bien quisiera, pero, ¿cómo hacerlo?" Llegará, sin embargo, un día en que los acontecimientos tomarán un nuevo camino.

* * *

A fines de 1860, Juárez, después de tres años de lucha encarnizada, había triunfado de Miramón, jefe de los conservadores, que había huido a la Habana. Entró en México el 10 de enero de 1861. Pero persistían el robo, el pillaje y el desorden. Los comerciantes extranjeros instalados en México sufrían desde hacía años con esta anarquía. Eran sobre todo españoles, ingleses y algunos franceses, y los representantes de sus respectivos países le dirigían al gobierno mexicano, cualquiera que fuese, nota sobre nota, protestando contra este estado de cosas que les causaba serios perjuicios. Sin gran efecto, por lo demás. Sin embargo, Juárez, deseoso de hacer reconocer a su gobierno por las potencias europeas, hizo un gesto, un tanto forzado por las circunstancias: el nuevo ministro de Francia en México, el señor Dubois de Saligny había hábilmente subordinado el envío de sus cartas credenciales a una promesa de indemnizaciones en provecho de los franceses que habían sufrido daños en el curso de los años precedentes. El 10 de marzo fueron redactados nuevos convenios y enviados a París para su examen.

Juárez se había comprometido frente a Francia, luego frente a Inglaterra y España. Por el lado francés, estaba en juego un asunto de mucha monta. El gobierno de Miramón había obtenido de la banca dirigida por el suizo Jecker un préstamo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quince millones de pesos. Merced a esta suma, Jecker debería, como rembolso, recibir quince veces más, aproximadamente. La mayor parte de los bonos habían sido colocados en Francia y muchos franceses habían resultado perjudicados; Dubois de Saligny se ocupó en obtener un acuerdo a propósito del crédito Jecker. Era su papel. Actuó cerca de Juárez y cerca de la banca para limitar las pretensiones de ésta. Las cosas parecían arregladas. Thouvenel, ministro de Asuntos Extranjeros, aprobaba en general la actitud de Saligny. ¿Le había éste remitido a Juárez cartas credenciales destinadas a Miramón? Bueno. El uso quería que se reconociese como legal al gobierno dueño de México. En cuanto a las indemnizaciones, el ministro aprobaba la acción del representante de Francia (respecto de los abonos Jecker, no tenía todavía en sus manos el proyecto de acuerdo). Saligny hacía saber que Juárez deseaba un tratado de amistad con Francia. Thouvenel se declaró pronto a estudiarlo. Si formulaba algunas críticas contra Saligny, era por haber tomado parte en los asuntos estrictamente mexicanos; por ejemplo, su protesta a propósito del saqueo de un convento, su intervención cerca de las autoridades mexicanas cuando éstas quisieron arrojar a los representantes de la República Dominicana, del Sumo Pontífice y de España. En resumen, París se atenía a la defensa de los intereses estrictamente franceses, y censuraba a su agente demasiado celoso cuando se mezclaba en asuntos que no le concernían a Francia.

Esta política no complacía a los monárquicos mexicanos. Cuando Juárez llegó al poder, el general Almonte, ministro plenipotenciario en París, e Hidalgo, secretario de embajada, fueron removidos. Almonte, ya libre, se acercó a Hidalgo y a Gutiérrez. Los tres tuvieron la idea de formar un *Comité* uniendo a él a algunos otros emigrados. Así la oposición a Juárez ya no sería cosa de individuos aislados, y por tanto impotentes, sino que, encarnada en un organismo que representaría las aspiraciones de un partido, se convertiría en una fuerza capaz de actuar.

Ahora bien, era preciso actuar. Napoleón III se contentaba con afirmar su simpatía, pero sin moverse. Y sus ministros buscaban fórmulas de conciliación con Juárez. El partido mexicano no tenía más que un solo aliado, pero muy actuante: la emperatriz. Instaurar una monarquía en México, se había convertido en ella en una idea fija. Un día, riendo, Napoleón le había dicho: "Eugenia, no eres tú la que tienes una idea; es una idea la que te tiene a ti". En las circunstancias, nada más cierto. Hidalgo había tenido éxito en hacerle creer que México aclamaría a los franceses que trajesen a un soberano.

Éste debería ser el archiduque Maximiliano. Esta selección tenía la aprobación de Eugenia. Como seguía siendo muy española, soñaba con imponerle a aquel pueblo que se había rebelado contra España, a un monarca de vieja raza capaz de restablecer la supremacía europea. Y como tenía mucha amistad con Austria cuyo pasado estaba tan íntimamente ligado con el de España, veía allí un medio de compensarle a este país la pérdida de sus provincias italianas.

Muy ligada a la princesa Metternich cuyo marido representaba a Austria en París, le habló de los proyectos mexicanos. Muy pronto este asunto fue llevado, al decir de algunos observadores, poco benévolos pero lúcidos, "como una novela por muchas mujeres que mantenían conciliábulos secretos a los que la emperatriz asistía, decían, velada y disimulada bajo un gran manto negro".

Cuando, por primera vez, Eugenia abordó el asunto con el príncipe Ricardo de Metternich, cuyo apoyo deseaba, éste se mostró muy reservado. A pesar de su gran admiración por la emperatriz y su deseo de agradarla, esta historia le parecía insensata, y rehusó asociarse "al primer plan de campaña". Pero Eugenia, testaruda, le había hablado largamente de este proyecto en el curso de una recepción dada en julio por Walewski en su castillo de Etioles, a donde había ido sola, estando el emperador en aquellos momentos en Vichy. El embajador debió dejarse conmover y hacer alusión al asunto en su correspondencia, puesto que una nota de su ministro, Rechberg, lo había declarado ridículo.

En septiembre de 1861, uno de los conspiradores volvió a la carga. Le escribió a Metternich que se encontraba entonces con licencia en Viena. En su respuesta, éste se mostró reservado. Había, dijo, expuesto el asunto y se proponía "volver sobre este capítulo" con "su augusto señor". Pero, concluía, "estamos demasiado preocupados con nuestros asuntos interiores para dejarnos ir a sueños californianos..."

En efecto, Francisco José luchaba contra Hungría, la cual, guiada por su jefe, Deak, exigía el restablecimiento de la constitución húngara y la formación de un gobierno parlamentario. El conflicto era agudo, y el emperador estaba inquieto. ¿No temía, si había ruptura, que Hungría se volviera hacia Maximiliano? Añadía Metternich: "Dignaos decir a quien vos sabéis que me parece que la cuestión entra en una fase más práctica". El "sueño californiano" debió ser considerado como realizable, puesto que, a principios de octubre, el ministro Rechberg había ido a sondear al archiduque.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

El príncipe de Metternich hablaba de "sueños californianos". Napoleón III hablará del "sueño" de que el general Prim le dio parte en el curso de la primavera de 1861. Juan Prim, militar, grande de España, diputado y luego senador, era un personaje muy conocido en la corte de Isabel II. Pero en 1861, cuando su rival O'Donnell ocupaba el poder, se hallaba de vacaciones políticas y se aprovechaba de ellas para hacer una cura en Vichy al mismo tiempo que el emperador de los franceses. Éste lo invitó, con algunos íntimos a "una comida campestre". En seguida Prim visitó a Napoleón, al cual le gustaba conversar con personajes de nota.* El general le confió que "soñaba" ver al ejército español batirse lado a lado con el ejército francés. ¿Habló de México? El asunto era de actualidad. Santo Domingo acababa de solicitar su reanexión a España, lo que hacía esperar otras peticiones en el mismo sentido. Por otra parte, Juárez había arrojado al embajador de España, lo que podría justificar una intervención en México, intervención de la que España sacaría provecho. No obstante, no osaba aventurarse sin estar seguro de ser respaldado por Francia y por Inglaterra.

Prim tenía algunas razones personales para interesarse por México: su esposa, una Agüero, era sobrina de uno de los ministros de Juárez, González Echevarría. En ese país que se hallaba en pleno caos, podía esperar, gracias a sus relaciones, a su renombre, a sus talentos, desempeñar un papel de primer orden. ¿Pensaba con una dictadura? La situación autorizaba todas las esperanzas.

Esta conversación con Napoleón III le permitía tantear el terreno. Evidentemente, el emperador se interesaba en la cuestión mexicana, pero, ¿hasta qué punto? Eso era lo que no se sabía. Prim no obtuvo ningún compromiso, ninguna palabra precisa que pudiese alentarlo.

Poco tiempo después, el 10 de agosto, Napoleón recibió en Saint-Cloud al nuevo ministro mexicano, La Fuente, que debía remplazar en París al general Almonte. Lo acogió tan amablemente, que el representante de Juárez lo dejó encantado.

* En 1860, en Saint-Sauveur, en los Pirineos, había habido otra entrevista Napoleón-Prim. El pretexto del traslado del emperador era la construcción del puente Napoleón. Prim tomaba las aguas en Panticosa (Pirineos españoles). Por Cauterets, vino secretamente a verse con Napoleón en una granja arriba de Sazos (comunicación del capitán Jean Castaingt).

Pero sobre esto, llegaron noticias de México. Se supo que el día 17 de julio, Juárez había denunciado los "convenios extranjeros", es decir, los acuerdos concluidos con las potencias europeas, Inglaterra, Francia y España, para indemnizar a sus nacionales de los daños sufridos. En México, protestaron los ministros inglés y francés. En vano. Apelaron a sus respectivos gobiernos. La situación se agravaba. En París, el ministro de los Asuntos Extranjeros, Thouvenel, tuvo con el representante de México "un lenguaje extremadamente severo". La Fuente respondió con la ruptura de relaciones diplomáticas. Entre España y México esas relaciones ya habían sido rotas.

Francia e Inglaterra decidieron entonces una operación común, operación de objetivo estrechamente limitado: obtener reparaciones del gobierno de Juárez. No sería la primera vez que tuviese lugar una manifestación de ese género: ya en 1838 el príncipe de Joinville había bombardeado el fuerte de San Juan de Ulúa, ante Veracruz, para vengar a los franceses maltratados en México. Muy pronto España estuvo lista para unirse a las demás potencias. Pero ella quería una cosa diferente de lo que éstas querían. Quería restablecer en México "un orden regular y estable". Lo que implicaba una acción de gran envergadura, mucho más importante que la que había sido prevista.

El gobierno de Napoleón III dio entonces a conocer su adhesión a estos designios. El embajador de Francia en Madrid fue encargado de asegurarle a O'Donnell que también el emperador de los franceses deseaba ver en México un régimen nuevo capaz de asegurar la paz interna.

Hidalgo explotaría esta situación.

* * *

En septiembre de 1861 había sabido por su correo particular lo que había pasado en México. Era entonces en Biarritz el invitado de los soberanos franceses. Después de la cena, vino a sentarse cerca de la emperatriz, familiaridad autorizada por el favor que se le testimoniaba. Al oído, le anunció que acababa de recibir noticias importantes. "Los acontecimientos nos son propicios, dijo, y creo que la idea de una intervención y la de la monarquía se realizarán. Quisiera poner esto en conocimiento del emperador".

Eugenia se levantó, salió, y luego regresó. Hizo entrar a Hidalgo en el gabinete de Napoleón. "Cuéntele al emperador lo que acaba usted de decirme". El mexicano narró de nuevo lo que sabía, y luego evocó la acción posible. "Había perdido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda esperanza de ver la realización de las ideas de que he tenido ya el honor de hablarle a Vuestra Majestad desde hace cuatro años". Ahora su esperanza se realizaba. ¿Cuáles condiciones podrían ser nunca más favorables? Inglaterra, cansada como Francia de las provocaciones de Juárez, iba a unirse a ésta para ocupar los puertos mexicanos. España estaba lista desde hacía mucho tiempo. "Hay en la Habana seis mil hombres listos para desembarcar". Pero el gobierno español "prefería actuar de acuerdo con Francia e Inglaterra". Podría, pues, enviarse a Veracruz una escuadra anglo-franco-española. "Al ver México a estas tres banderas unidas, sentiría la fuerza de esta alianza, y la inmensa mayoría del país, apoyándose en estas tres potencias, podría desembarazarse de los demagogos y proclamar la monarquía que es la única que puede salvar al país". Hidalgo litigaba con todos sus argumentos. Los Estados Unidos de Norteamérica estaban comprometidos en una guerra civil que se anunciaba larga y dura. Ni podrían ni osarían oponerse a los tres países unidos. "Mostrad la bandera aliada, *sire,* y responde de que la población se levantará en masa para sostener esta feliz intervención".

Napoleón escuchaba. Estaba al corriente de lo que le decía Hidalgo, pero, como siempre, permanecía impenetrable. Dio una respuesta prudente. Si Inglaterra y España estaban listas a intervenir, y si los intereses de Francia lo exigían, se uniría a ellas. Pero enviaría una escuadra, y no tropas de desembarco. En cuanto a la reorganización política, si el país declaraba quererla apoyándose en las potencias europeas, entonces él "le daría la mano".

Abordaron luego la cuestión del futuro soberano. Napoleón declaró no tener ningún candidato, aun cuando hubiese indicado al archiduque al comité monárquico. En cuanto a Eugenia, sabía muy bien que desde hacía muchos meses ella había maniobrado cerca de Metternich en favor de Maximiliano. Pero, como, en suma, se ignoraba lo que pudiese resultar de todas aquellas conferencias secretas, lanzó ella en forma dubitativa: "El archiduque Maximiliano no aceptaría. «No, no aceptaría»" repitió Hidalgo. Y el emperador fue del mismo parecer.

Después de un momento de silencio, declaró la emperatriz: "Un presentimiento me dice que aceptaría". Hidalgo hizo una proposición: ¿por qué no enviar a Gutiérrez cerca del archiduque para sondear sus intenciones? Fue autorizado a servirse del telégrafo del ministerio para poner a Gutiérrez al corriente de la situación.

Eugenia pudo convencer al conde Walewski, antiguo ministro que aspiraba a volver a serlo, también él huésped de

Biarritz. El 16 de septiembre, Walewski le dirigía al príncipe de Metternich una carta personal muy apremiante: "La emperatriz se ha empeñado de nuevo en el asunto de que os ha hablado en Etioles y más que nunca le parece deseable una situación... Aquí estarían completamente dispuestos a sostener, moralmente por supuesto, la candidatura del archiduque Maximiliano si esto conviniere a Viena..." Estarían dispuestos también, dice, "a tomar la iniciativa en el momento oportuno con Inglaterra, España y otros". Pide una respuesta a fin de poder "instruir a la emperatriz". Metternich, siempre escéptico en cuanto a él respecto de este asunto, se admiraba de esta insistencia.

Sin embargo, poco a poco, las cosas tomaron cuerpo. Rechberg, ministro de Asuntos Extranjeros de Francisco José, había ido a Miramar, para conocer las disposiciones del archiduque. El 19 de octubre de 1861 Thouvenel e Hidalgo fueron a Compiègne para darle parte a Napoleón III de la aceptación de Maximiliano.

* * *

Esa misma noche, Napoleón le escribió al general conde Augusto Carlos de Flahaut de la Billarderie, embajador de Francia en Londres, una carta donde le exponía su pensamiento, en la que se encontraban de nuevo las ideas del prisionero de Ham que soñaba ver cavar el canal que atravesaría la América Central y pondría en comunicación el Atlántico con el Pacífico. Así, en la confluencia de los dos océanos, se crearía "una nueva Constantinopla abierta al comercio de todas las naciones del mundo". Jamás había cesado de acariciar estas ideas. Alentaba al francés Belly, quien, en 1858, había pensado después de tantos otros en cavar el canal, y había obtenido la concesión necesaria de Honduras y Nicaragua. ¿No había ya pensado en negociar con el Ecuador el establecimiento de una base naval francesa en el archipiélago de las Galápagos, que hubiera sido un bastión avanzado que defendería la salida de este mismo canal en el Pacífico?*

América Central, repetía Napoleón, "debe convertirse en un Estado floreciente y considerable que restablecerá el equilibrio del poder creando en América española un nuevo centro de actividad industrial lo suficientemente poderoso para hacer nacer un gran sentido de nacionalidad, y para impedir, res-

* Idea que tomaron de nuevo los norteamericanos una semana después de Pearl Harbor.

paldando a México, nuevas usurpaciones del lado del Norte". Sería tiempo de contrabalancear el poderío de los Estados Unidos de Norteamérica, que tendía a tornarse excesivo,* mediante la creación de un bloque latino y católico. Por otra parte, México, "dotado de todas las ventajas de la naturaleza", ofrecería una salida importante para el comercio al explotar sus propias riquezas y "prestaría grandes servicios a nuestras fábricas al extender sus cultivos de algodón". Napoleón no perseguía un objetivo egoísta. "No busco sino el bien, convencido de que, tratar de convertir en próspero a un pueblo, es trabajar por la prosperidad de todos". Era ésa su doctrina de sansimoniano que, por lo demás, intentaba aplicar dondequiera.

Le exponía a Flahaut cuál había sido hasta ese momento su actitud respecto de México. "Desde hace muchos años, personas importantes de ese país habían venido a verme para pintarme su desdichado estado y pedirme mi apoyo, diciendo que sólo una monarquía podría restablecer el orden en un país desgarrado por las facciones. A pesar de mi simpatía, les respondía que no tenía yo ningún pretexto para intervenir en México... que nos arriesgaríamos a malquistarnos con los Estados Unidos de Norteamérica. Actualmente, acontecimientos imprevistos han venido a cambiar la faz de las cosas..."

Dos acontecimientos imprevistos: primero, la guerra civil de los Estados Unidos de Norteamérica. Así, pues, los gobiernos del Norte y del Sur, ocupados en el interior, le prestarían menos atención a lo que sucediera fuera de sus fronteras. Y el Sur, que intenta alianzas en Europa, ¿no se inclinaría a dejar actuar en México a un país que lo sostendría?

Y luego, "los ultrajes del gobierno mexicano" que le vinieron a dar a Inglaterra, a España y a Francia "razones legítimas" para una intervención. Ya no se trataba, ahora, de una simple expedición para obtener reparación de daños materiales causados a algunos comerciantes. Napoleón III veía allí una vasta operación política que debía emprenderse. Pero, ignorando sin duda las palabras de Maquiavelo: "No hay que fiarse de las promesas de los emigrados", le daba crédito a lo que le decían los mexicanos de París: "Desde el momento en que aparecieran las escuadras en Veracruz, afirmaban, un partido considerable estaba listo para apoderarse del poder, para convocar una Asamblea Nacional y para proclamar la monarquía". Muy respetuoso de la soberanía popular, pensaba que ésta,

* ¿No es el mismo móvil que empujó a la U.R.S.S. al asunto de Cuba?

en primer lugar, debía pronunciarse. Después, ya se vería. ¿El candidato del pueblo mexicano? Por el momento no lo había. Sería preciso escoger y proponer "a un príncipe animado del espíritu del tiempo, dotado de suficiente inteligencia y firmeza para fundar un orden de cosas duradero en un país conmovido por tantas revoluciones". Además, sería necesario que este príncipe "no hiriera las susceptibilidades de las grandes potencias marítimas". En suma, Napoleón adelantó, "confidencialmente", el nombre del archiduque Maximiliano. Esta idea, dijo, ha sido aceptada "con alegría" por el pequeño comité de los mexicanos residentes en Francia. "Las cualidades del príncipe, su alianza, por su mujer, con el rey de los belgas, lazo natural entre Francia e Inglaterra, y el hecho de pertenecer a una gran potencia no marítima, todo esto me ha parecido que responde a todas las condiciones deseables". A todas estas razones muy valederas, el emperador añadía la última: "Por mi parte, he creído que era de buen gusto de parte mía proponer como candidato eventual a un príncipe que pertenece a una dinastía con la cual estuve recientemente en guerra..." Este gesto que presentaba bajo un aspecto caballeresco, ocultaba una segunda intención. Pensaba perfeccionar la unidad italiana porque, allende las montañas, se le reprochaba violentamente haber faltado a su palabra: "Italia libre de los Alpes en el Adriático". Del asunto de México podría sacarse algún medio para arrancar a Venecia del dominio austriaco.

Los agentes italianos habían adivinado el juego del emperador. Uno de ellos, Vimercati, le escribirá pronto a su gobierno: "El trono de México ofrecido a Maximiliano de Austria es una concesión de la que Su Majestad cuenta con prevalerse para proponerle cuando sea tiempo al gabinete austriaco la cesión de Venecia". Y Nigra, embajador del Piamonte en París, amigo de la pareja imperial: "El espectro de Venecia yerra por las salas de las Tullerías. Es este espectro el que tomó la mano de Napoleón III y le hizo firmar la orden de derrocar a Juárez para hacerle lugar al archiduque Maximiliano".

El ministro Thouvenel juzgaba posible la combinación. "Austria posee suficientes archiduques para darle uno a los mexicanos, y por lo que toca a nosotros, no tendríamos ninguna objeción que hacer respecto de ello. ¡Quién sabe si una combinación de esta clase ayudaría al arreglo de la cuestión de Italia!" (26 de septiembre de 1861, a Flahaut).

Al mismo tiempo que Flahaut, Napoleón le escribió al rey de los belgas, Leopoldo, consejero escuchado de la reina

de Inglaterra y suegro de Maximiliano, que podría actuar doblemente. Le pedía en primer lugar apoyar a Flahaut cerca de la reina Victoria.

* * *

Napoleón expresaba consideraciones todavía lejanas a sus ojos. Pero los emigrados se agitaban para convertirlas en realidad. Gutiérrez continuaba sus gestiones: Metternich continuaba de vacaciones, así pues, aquél hostigaba a su suplente, el conde de Mulinen. La emperatriz lo sostenía con tal ardor, que él la comparaba con Isabel la Católica. "Si una mujer española había llevado a cabo la conquista de América, otra mujer, igualmente española, mandaría hacer el descubrimiento moral de una de las más bellas partes del continente". La comparación era de aquellas que podían halagar de la mejor manera a Eugenia. ¿Fue gracias a ella, a su influencia, por lo que Napoleón consintió en que se comunicara a Viena su carta a Flahaut? El 19 de octubre de 1861 el embajador de Francia era "autorizado para entregarle confidencialmente al conde de Rechberg" una copia de este documento.

Este acto comprometía a Napoleón, y mucho más allá del punto a donde deseaban llegar los gobiernos inglés y español. Por el momento, las tres potencias estaban de acuerdo respecto de la necesidad de intervenir en México con un objetivo estrictamente limitado. El 30 de octubre de 1861, firmaron, después de muchas dificultades, un convenio que fijaba la acción común: demostración naval en las costas de México con ocupación de algunos puntos del litoral con miras al control de las aduanas. Una cláusula autorizaba a los comandantes de los cuerpos expedicionarios "a llevar a cabo las demás operaciones que se juzgasen en aquellos mismos lugares propias para llevar a efecto el objetivo especificado o para asegurar la seguridad de los europeos".

Después los tres aliados firmaron un tratado en Londres, ya que desconfiaban los unos de los otros. Los ingleses, que no deseaban oir hablar de un cambio de régimen en México, se limitaban a exigir reparación por los daños sufridos. Los españoles juzgaban que en caso de restauración monárquica, se imponía una candidatura española. Pensaban en el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe y marido de la infanta Luisa Fernanda, lo que disgustaba a Napoleón, enemigo de los Orleáns. En cuanto a él, ya se sabía en toda Europa que había

tomado partido por el archiduque. Así, ya se perfilaban los antagonismos, dejando prever la política futura de las tres potencias.

* * *

Desde ese instante, todo se puso en movimiento. Pero, contrariamente a los acuerdos tomados en común, y mientras que nadie se lo esperaba, el contingente español (seis mil hombres) desembarcó el 17 de diciembre de 1861. Lo que produjo cierta preocupación en Francia cuando llegó allí la noticia. El cuerpo expedicionario francés (dos mil quinientos hombres) bajo las órdenes del almirante Jurien de la Gravière llegó hasta el 2 de febrero de 1862. Los ingleses se contentaron con enviar una escuadra reducida con un cuerpo de setecientos hombres de infantería de marina. Los jefes militares deberían, una vez en tierra, entenderse con los encargados de asuntos a fin de determinar la cifra de las indemnizaciones y de redactar la nota que debería ser remitida al gobierno mexicano.

Mientras que las tropas aliadas hacían rumbo a México, el archiduque Maximiliano había aceptado la corona ofrecida por los emigrados, y tomado, con su hermano, disposiciones en vista de la partida. Le había escrito el 2 de enero de 1862 una carta personal a Napoleón III, en donde le expresaba, en cálidos términos, su gratitud hacia el emperador y la emperatriz, quienes, después de haber suscitado su candidatura, la habían sostenido con tanto ardor. Una vez terminadas las efusiones, abordaba tres cuestiones que Napoleón había planteado en el curso de una conversación con el príncipe de Metternich: en primer lugar, la de un préstamo de veinticinco millones de pesos fuertes para el que solicitaba el apoyo del emperador. Luego, la del transporte del nuevo emperador de México. Francisco José había prometido que éste partiría a bordo de un navío de guerra austriaco. Finalmente la del ejército mexicano. Maximiliano juzgaba necesario estar rodeado "de una fuerza armada de él" a fin de no encontrarse "a merced de los generales mexicanos, acostumbrados a la anarquía". Deseaba, pues, hacerse acompañar de un pequeño cuerpo compuesto de hombres alistados en Europa, que "llevarían la escarapela y la bandera mexicanas, cuyos vacíos serían poco a poco llenados por mexicanos, y que formarían de esta manera el núcleo de un ejército nacional". Al terminar, el archiduque insistía sobre este punto: aceptaba la corona, pero a condición de que la nación mexicana manifestara claramente su deseo de tenerle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por soberano. Esperaba, decía, que su manera de ver las cosas sería "conforme a las miras sabias y elevadas de aquél de quien me glorío de ser discípulo".

En las Tullerías, en Viena, en Miramar, se daba la cosa como hecha. No obstante, Metternich, en una carta a Rechberg, se mostraba reservado. "¿Cuántos cañonazos serán necesarios para darle un emperador a México y cuántos para sostenerlo allí?" Pero la suerte estaba echada.

VI

EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES LE ABRE EL CAMINO AL EMPERADOR DE MÉXICO

Cuando los representantes de las tres potencias aliadas se encuentran en Veracruz para fijar el monto de las reparaciones que le exigirán al gobierno de Juárez, inmediatamente surgen dificultades. Inglaterra reclama ochenta y cinco millones, España cuarenta y Francia ciento treinta y cinco, comprendiendo esta última cifra sesenta millones por los daños causados en lo que respecta a los franceses (hay veintitrés), y setenta y cinco millones que es el monto de las exigencias del banquero Jecker. Protestan los ingleses y los españoles: se juzga exagerada la primera suma y rechazan la segunda, argumentando que allí se trata de un crédito usurario declarado "vergonzoso" por el representante británico, y que por lo demás no era francés, ya que Jecker era suizo y todavía no se naturalizaba.

Mal se anuncian las discusiones y el acuerdo parece lejano. Sin embargo, es necesario proceder de prisa. El clima de Veracruz es malsano. De los pantanos se exhala una humedad que provoca fiebres y de allí a poco hará estragos el temible *vómito negro*. Ya el estado sanitario de los contingentes empieza a causar inquietud. Los plenipotenciarios logran entenderse a lo menos sobre un punto: Intentar obtener de Juárez campamentos en una región más salubre, es decir, elevada y alejada de la costa. Se le encarga a Prim la negociación.

Impresionado por el desembarco de los aliados, Juárez se muestra conciliador. Admite el principio de la discusión acerca de la reparación de daños, acepta la demanda presentada por Prim, y luego señala algunos campamentos: Orizaba, Tehuacán,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por soberano. Esperaba, decía, que su manera de ver las cosas sería "conforme a las miras sabias y elevadas de aquél de quien me glorío de ser discípulo".

En las Tullerías, en Viena, en Miramar, se daba la cosa como hecha. No obstante, Metternich, en una carta a Rechberg, se mostraba reservado. "¿Cuántos cañonazos serán necesarios para darle un emperador a México y cuántos para sostenerlo allí?" Pero la suerte estaba echada.

VI

EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES LE ABRE EL CAMINO AL EMPERADOR DE MÉXICO

Cuando los representantes de las tres potencias aliadas se encuentran en Veracruz para fijar el monto de las reparaciones que le exigirán al gobierno de Juárez, inmediatamente surgen dificultades. Inglaterra reclama ochenta y cinco millones, España cuarenta y Francia ciento treinta y cinco, comprendiendo esta última cifra sesenta millones por los daños causados en lo que respecta a los franceses (hay veintitrés), y setenta y cinco millones que es el monto de las exigencias del banquero Jecker. Protestan los ingleses y los españoles: se juzga exagerada la primera suma y rechazan la segunda, argumentando que allí se trata de un crédito usurario declarado "vergonzoso" por el representante británico, y que por lo demás no era francés, ya que Jecker era suizo y todavía no se naturalizaba.

Mal se anuncian las discusiones y el acuerdo parece lejano. Sin embargo, es necesario proceder de prisa. El clima de Veracruz es malsano. De los pantanos se exhala una humedad que provoca fiebres y de allí a poco hará estragos el temible *vómito negro*. Ya el estado sanitario de los contingentes empieza a causar inquietud. Los plenipotenciarios logran entenderse a lo menos sobre un punto: Intentar obtener de Juárez campamentos en una región más salubre, es decir, elevada y alejada de la costa. Se le encarga a Prim la negociación.

Impresionado por el desembarco de los aliados, Juárez se muestra conciliador. Admite el principio de la discusión acerca de la reparación de daños, acepta la demanda presentada por Prim, y luego señala algunos campamentos: Orizaba, Tehuacán,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Córdoba. Su portavoz, el general Doblado, se entiende muy bien con su colega español. Ambos hablan la misma lengua, lo que facilita las cosas, y llegan a un acuerdo. Aun cuando se toma una decisión. No se emprenderán las hostilidades antes del 15 de abril, a fin de darles a los gobiernos de las tres potencias tiempo para impartir sus instrucciones. Hasta esa fecha, la bandera mexicana flotará al lado de las banderas aliadas, tanto en Veracruz, como en los nuevos campamentos militares. Este convenio, llamado de *La Soledad*, fue firmado el 19 de febrero de 1862.

En París se conoce hasta el 18 de marzo, porque las relaciones entre América y Europa son lentas. Y es acogido muy mal. Ése es un acto que implica el reconocimiento del gobierno de Juárez. Ahora bien, desde la llegada a México del almirante Jurien de la Gravière, las instrucciones oficiales prescriben la marcha sobre México (D. F.), la reunión de una asamblea de notables, la proclamación de la monarquía y la elección de Maximiliano. En uno de sus despachos, el ministro de Asuntos Extranjeros, Thouvenel, indica que el cobro de los créditos y las reparaciones son el objetivo "aparente" de la expedición, en tanto que el ministro de Marina precisa que el "objetivo" real es la instauración de un régimen nuevo y estable.

Habiendo sabido que el contingente español, seis mil hombres, era muy superior en número al contingente francés, Napoleón decidió enviar un refuerzo de tres mil quinientos hombres que mandará el general de Lorencez. Teme que Prim vuelva en su provecho el éxito de la empresa. En los periódicos de la Habana, se le califica ya de "nuevo Hernán Cortés", lo que inquieta al emperador el cual no ignora las miras orleanistas de los ministros españoles O'Donnell y Calderón Collantes que ven allí un medio de reconquistar a México.

Con los refuerzos franceses había partido Almonte, uno de los más activos entre los emigrados, uno de los que tomaron parte en las conferencias con Maximiliano, y de los que empujaban al emperador a una intervención, de la que aseguraba que resultaría victoriosa.

Llegado mientras tanto el anuncio de la intervención, suscita en Napoleón una irritación muy viva. Sin esperar los despachos oficiales, sin esperar a tener en la mano el texto auténtico de ese documento, toma medidas rigurosas: se desautoriza al almirante Jurien de la Gravière. No conserva sino su mando naval y, por otra parte, se le autoriza volver a Francia. Dubois de Saligny, ministro francés en México, se convierte en el único plenipotenciario. Lorencez, promovido

a general de división, es nombrado comandante en jefe de las fuerzas militares. Se envían nuevas tropas. Una nota en el *Moniteur*, periódico oficial del gobierno, indica que el convenio de *La Soledad* queda "desaprobado".

*
* *

En la apertura de la sesión parlamentaria, el 27 de enero de 1862, el emperador, en su discurso al cuerpo legislativo, anunció que se había emprendido una expedición a México de acuerdo con Inglaterra y con España para obtener reparación de los daños causados a los residentes franceses. Estando en sus principios el asunto, le pareció a la opinión parecido a otras demostraciones emprendidas en las mismas condiciones y a las que no se les había concedido sino una distraída atención. Se recordaba apenas la intervención de 1838 que había arreglado el altercado entre Francia y México.

Sin embargo, se hicieron escuchar dos voces desde ese momento, dos voces que expresaban inquietudes: la de un miembro de la mayoría, Aquiles Jubinal. "Si vamos a México colocándonos entre los vulgares conspiradores... para derrocar allí a un gobierno libre, e imponerle a una nación que no depende sino de ella misma una forma de gobierno cualquiera, me permitiría preguntarle al gobierno en qué se convertiría ese gran principio de la no intervención que ha proclamado y defendido dondequiera. ¿Le reprocháis a México sus revoluciones? Dicho sea sin burla en nuestros setenta últimos años, ¿no hemos visto sucederse una docena de regímenes? ¿A título de qué iríamos a atacar a un pequeño y pobre pueblo arrojado más allá de los mares, hasta el cual se extienden como un eco lejano los principios que han fundado nuestra gran nacionalidad? El gobierno actual es un gobierno regular; Juárez es el amo incontestable; ninguna ciudad protesta, no hay rebelión. Dadle tiempo para que se afirme y os pague". Si Jubinal se expresa en un francés mediocre, tiene sin embargo el lenguaje del buen sentido y de la prudencia. Lenguaje siempre molesto para el que quiere lanzarse a la "gran" política.

El representante de la oposición, Julio Favre, formula a su vez críticas no menos razonables: "El objetivo de la expedición no es el cobro de deudas cuyo pago se rehúsa. No se le hace la guerra a un Estado para obligarlo a pagar sus deudas". Por lo demás, dice, las costas, en este caso serían mayores que los créditos reclamados. "Juárez no se rehúsa a pagar; sólo pide tiempo. Bastaría para obligarlo, si esto fuere

necesario, adueñarse de las aduanas de Veracruz y Tampico. No váis, pues, a México como acreedores; váis como invasores para entronizar por la fuerza y contra el derecho de gentes a un archiduque austriaco..."

Así, la mayoría y la oposición están de acuerdo. Ante esta coalición, el ministro Billault, en la sesión del 13 de marzo de 1862, declara que Francia va a México para imponer el respeto de sus nacionales y la ejecución de compromisos aceptados y no mantenidos. Nada más va a esto. De ninguna manera se trata de poner sobre el trono a un archiduque austriaco. Los oradores quieren hacer creer en una guerra ilegítima, quieren hacer pasar a nuestros soldados por "instrumentos de una intriga". Nuestras tropas, afirma, se dirigen a México (D. F.). Ya deben estar allí.

* * *

La emperatriz continúa apasionándose por el asunto mexicano. Cerca de ella, Hidalgo monta guardia, apartando a todos aquellos que pudieran darle consejos de prudencia.

Eugenia estudia, y resuelve, todas las cuestiones financieras que se le plantean al nuevo imperio, las garantías que deberá obtener. Es ella quien empuja a Napoleón, a fines de diciembre de 1861, a entrar en relaciones directas con Maximiliano. Una correspondencia personal permitirá, según cree ella, allanar las dificultades y alcanzar más pronto el objetivo. Ella misma va a entablar relaciones epistolares seguidas con Carlota. A partir del 14 de enero de 1862, Napoleón se compromete en su primera carta a Maximiliano, a hacer "todo lo que de él dependa para facilitar la realización" del proyecto mexicano. Aprueba "las ideas" que Maximiliano ha tenido a bien comunicarle; se declara "impaciente" por saber cómo irán las cosas en México; "envió de nuevo seiscientos zuavos allá". Se felicita de ver al archiduque a la cabeza "de una noble y gran empresa" cuyo éxito está asegurado por las cualidades personales de éste y por la consideración de que goza la ilustre casa a la que pertenece. "Jamás una obra será más grande en sus resultados. Porque se trata de arrancar todo un continente de la anarquía y de la miseria, de darle ejemplo a toda América de un buen gobierno, y finalmente de levantar, frente a utopías peligrosas y sangrientos desórdenes, la bandera monárquica, símbolo de sabia libertad y de amor sincero al progreso". Tal es la visión mexicana de Napoleón, en todo semejante a la del joven Luis Napoleón, cautivo.

El emperador le encargó al general Almonte entregar su carta al archiduque. El mexicano residirá unos días en Miramar y a poner a punto, con Maximiliano, un proyecto del gobierno sobre el modelo del gobierno francés, que comportaría un Senado, una Cámara de los representantes y un Consejo de Estado. Se crearía un ejército de diez mil hombres; entre tanto, las tropas francesas permanecerían en México. En cuanto a los problemas religiosos (se contaba con hacer un préstamo de cinco millones de dólares sobre los bienes todavía no vendidos del clero), monseñor Labastida, arzobispo de Puebla, invitado él también a Miramar, hablaría de ello directamente con el Papa. Arrojado de México, vivía en Roma, y era de los que preveían grandes dificultades para establecer un nuevo régimen. Sin embargo, arrastrado por su amigo Gutiérrez, y muy deseoso de ver restaurar la religión católica en su país y el retorno de los obispos expulsados por Juárez, aceptó encargarse de las negociaciones con la Santa Sede.

Maximiliano, al presente, se rehúsa ya a escuchar las voces hostiles al proyecto mexicano. Metternich, siempre escéptico, ha prodigado las advertencias, y Rechberg ha puesto ante los ojos del archiduque toda la correspondencia relativa al asunto. Pero en vano. Las voces de Napoleón y de Gutiérrez son más fuertes.

Por su parte, Carlota, en una carta del 22 de junio de 1862, carta que Almonte debe enviarle a Eugenia, le da las gracias a la emperatriz por interesarse en la causa de la religión católica perseguida. Desde ese momento no cesarán los dos soberanos de mantener correspondencia, abordando de una y otra parte todos los asuntos políticos, económicos, financieros, militares y religiosos.

* * *

Se inició el asunto. Provoca remolinos más y más violentos a medida que se precisa, a medida que entra en la fase de las realidades. Suscita celos, desconfianzas, aversiones. Los principales interesados, los mexicanos, están divididos. El general Almonte se ha ganado el favor y la estimación de Napoleón III. Muy justamente, porque es un hombre leal, íntegro, dedicado, y además, sensato. El emperador decidió enviarlo a México con el general de Lorencez, para preparar el advenimiento de Maximiliano. Éste, después de haber visto a Almonte, después de haber conversado con él acerca de la futura cons-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

titución mexicana, lo designa con Santa Anna antiguo presidente de la república y monseñor Labastida, como miembro de la regencia provisional. Lo que suscita el furor de Gutiérrez de Estrada.

Para éste, México es cosa suya, su propiedad. No soporta que otros se mezclen en este asunto. Le escribe, pues, a Maximiliano para ponerlo en guardia contra Almonte a quien acusa, simplemente, de querer tomar el lugar del archiduque. Para limitar la acción de Almonte y para reforzar su posición personal, se dirigirá directamente a Napoleón III. Solicita una audiencia que obtiene con dificultad para el 16 de enero. Su esperanza secreta es substituir a Hidalgo del que está muy celoso, en la intimidad de la corte imperial. Desconfiando Hidalgo, lo ha mantenido siempre aparte, deseando conservar para él solo el privilegio de acercarse y de mantener informado al emperador por medio de la emperatriz. Pero Gutiérrez se verá frustrado en sus esperanzas. Les expone a los soberanos franceses ideas a tal punto reaccionarias, que Eugenia le declara en seguida a Hidalgo que México se creería vuelto a los tiempos de la Inquisición si se aplicara allí ese programa. Encantado, Hidalgo se apresura a hacerle conocer a su compatriota la impresión producida en la emperatriz. Gutiérrez experimenta vivo rencor por su fracaso: "Parece haber una conspiración contra mí", le escribe a Maximiliano.

Miramón, antiguo presidente conservador, representa una tercera tendencia. Para él, la monarquía no tiene ninguna probabilidad en México, y teme más que todo "a los salvadores" que, en Europa, testimonian una actividad juzgada peligrosa por él. Eugenia, que no lo quiere, teme que Napoleón escuche esa voz igualmente autorizada. El emperador no recibirá a Miramón.

Pero las desconfianzas no se encuentran solamente del lado mexicano. Maximiliano, subyugado por Gutiérrez, sentía inquina por todos los que no le otorgaban a éste una confianza absoluta. Y sobre todo por Metternich y por Rechberg, culpables a sus ojos de incitarlo a la prudencia. Para apartarlos, trató de obtener de Francisco José la autorización de tener un agente especial para los asuntos de México, a fin de no pasar ya por Metternich.

Sin embargo, Europa empieza a conmoverse. El embajador de Prusia en Hamburgo, antiguo ministro de Prusia en México (D. F.), gran conocedor de las cosas mexicanas, afirma que Europa no tiene por qué mezclarse en los asuntos de aquel país. Desde Madrid, el conde Crivelli subraya los peligros de

tal expedición. El gobierno inglés guarda gran reserva. En sus cartas al embajador inglés en Viena y en sus conversaciones con el embajador de Austria en Londres, lord John Russell no tiene reparos en decir crudamente su manera de pensar. Se admira de que Austria pueda considerar seriamente un proyecto de este género. Para él, nada de bueno podrá salir de una intervención de gran envergadura. Un gobierno constitucional y monárquico no podría contar sino con el apoyo de las tropas francesas. Si el apoyo extranjero llegara a faltar, "el soberano podría muy bien ser arrojado por los republicanos". Este proyecto "quimérico" le parece haber nacido de las ilusiones mantenidas por los mexicanos de París "reputados de tener cálculos no fundados sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de sostén" (25 de septiembre de 1861). Inglaterra "dejará ir las cosas y mantendrá el principio de no intervención". No es hostil a la candidatura del archiduque, y no pondrá obstáculos si el pueblo mexicano expresa el deseo de tener a éste por soberano. Pero lord John Russell duda "firmemente" de la existencia de ese deseo.

* * *

La guerra civil de los Estados Unidos de Norteamérica empezada en abril de 1861, alentó a Napoleón III a intervenir en México. América está en esos momentos muy absorbida por la lucha interior, para ocuparse por lo que sucede fuera de sus fronteras, le escribió a Flahaut. Los españoles opinan lo mismo. Urón, el ministro de España en París, piensa que el debilitamiento de los Estados Unidos de Norteamérica da ocasión de establecer una monarquía en México. La reina Isabel sueña en conquistar nueva gloria en América. Collantes está de acuerdo, pero ve sobre el trono a un príncipe de la casa de Borbón, lo que estaría conforme, dice, con las tradiciones históricas y con los lazos existentes entre México y España.

Pero a partir de septiembre de 1861, Seward, secretario de Estado de los Asuntos Extranjeros de la Unión,* hace saber que su gobierno actuará en México, si es preciso. Prueba de esto, es una carta de Juárez a su ministro en Washington, Matías Romero: "Las palabras de Mr. Seward que me transcribís son extremadamente agradables para México, y puesto que existen

* La Unión: los Estados del Norte. La Confederación: los Estados del Sur.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan buenas disposiciones, a vos os toca estimularlas a fin de que, en caso de apertura de hostilidades, los Estados Unidos de Norteamérica tomen la parte que les incumbe, en razón del interés continental que tienen en este asunto..."

Y desde principios de 1862, el embajador de Austria en Washington discierne el riesgo que correrán las potencias si se lanzan a una intervención. La Unión observa con ojo vigilante lo que sucede en México. Corwin, su representante en México (D. F.) tiene al corriente de todo al secretario de Asuntos Extranjeros Seward. En febrero se declara aún incapaz de decir con certeza si las tres potencias emplearán la guerra para obtener satisfacción. En marzo, Seward juzga necesario declararle sin rodeos al embajador de Prusia que ciertamente surgirán conflictos entre los Estados Unidos de Norteamérica y las potencias que sostuviesen una monarquía en México. Desde que sabe que Maximiliano ha aceptado la corona, envía una nota a los representantes de los Estados Unidos en Europa. En esa nota, indica la posición de Washington: un soberano extranjero en el país y establecido en México por fuerzas militares extranjeras, no tiene ninguna oportunidad de durar. Habiendo adoptado el continente americano la forma republicana después de haber luchado por liberarse de la tutela europea, rechazaría la instauración de una monarquía bajo un príncipe venido de Europa. Ya en 1847, cuando la anexión de Texas, el general Scott había prevenido a los mexicanos "Hay entre vosotros un partido monarquista. Si toma cuerpo, lo aniquilaré".

Cuestión de principios, pero también de interés. Los Estados Unidos de Norteamérica no pueden soportar un gobierno fuerte y estable en México. Las disensiones internas y las luchas que desgarran a éste y lo debilitan, le sirven muy bien a un vecino poderoso y ávido que ya ha absorbido una buena parte del territorio mexicano, Texas en 1845 y California en 1848. Un vecino que juzga ventajoso dominar a un país de extrema riqueza, pero demasiado dividido para explotar él mismo todos sus recursos.

* * *

El archiduque permanece sordo a las advertencias. No ignora la actitud de Europa, ni la de los Estados Unidos de Norteamérica. Rechberg lo tiene al corriente. No les concede el menor crédito a las noticias desfavorables, como las dadas por

un periodista inglés que, habiendo ido al lugar de los hechos, había publicado en el *Times* el resultado de su encuesta sobre México: una nación podrida donde reinan el robo y la corrupción entre los funcionarios desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala; en donde no existe incluso ni la sombra de una idea liberal; en donde la ignorancia es general. A sus ojos, Maximiliano y Carlota están "mucho muy bien" para tal país.

Pero Maximiliano no escucha más que a Carlota y a Gutiérrez de Estrada. Uno y otra lo empujan apasionadamente: Carlota, que se aburre en Miramar, aspira a reinar, a desempeñar un gran papel, a salir de aquel medio austriaco al que siente hostil, desdeñoso, desconfiado. En cuanto al mexicano, ejerce sobre él una influencia "casi hipnótica". Él mismo ha llegado a colocarse tan bien en el papel de su personaje, que al presente, no sin alguna impaciencia, sospecha las intenciones de Napoleón III. "Según creo, el emperador Napoleón quiere dominar en México sin aparentarlo, y en Europa quiere hacerlo directamente. Para este fin, ha propuesto a un príncipe con cuya absoluta abnegación cree poder contar, y a quien siempre podrá tener bajo su influencia, puesto que verá en Francia al único sostén de su trono", le escribe a Rechberg (28 de febrero de 1862).

Ya se rebela contra lo que considera una tutela de Napoleón III. Cree poder hallar un apoyo seguro en el clero, muy poderoso. Le ha hecho un llamado al Padre Santo. Monseñor Labastida lleva a Roma una carta donde Maximiliano pide autorización para tomar una hipoteca de cien millones de francos sobre los bienes del clero, el retorno a su país de los obispos mexicanos, el envío de un nuncio a México y la ayuda de la Santa Sede para reformar las costumbres corrompidas de cierto número de sacerdotes. Se le da una respuesta en conjunto favorable, casi dictada por otra parte por monseñor Labastida, porque Pío IX ignora todo acerca de la situación que priva en México y se atiene al obispo.

* * *

El 4 de marzo de 1862 llega a París el primer informe del general Lorencez. Éste expone la situación con seguridad. Estima que las conferencias no llegarán a nada. Únicamente el ejército es capaz de imponer una solución. "Marcharemos hacia adelante, llegaremos a México (D. F.) y el príncipe Maximi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

liano será proclamado soberano de México, donde su gobierno firme y prudente se mantendrá fácilmente para la felicidad y la regeneración del más desmoralizado de los pueblos". El emperador y el archiduque que no piden más que creerle, juzgan autorizadas todas las esperanzas.

A su llegada, Lorencez, que acompaña a Almonte, supo lo del convenio de La Soledad, y viendo a la bandera mexicana al lado de las banderas aliadas, experimentó sorpresa mezclada de irritación. Critica en términos demasiado vivos el tratado, lo que los ingleses y los españoles toman muy a mal. Éstos por otra parte tienen otras quejas: Almonte se jacta de ser el enviado de Napoleón III y encargado por él de preparar el establecimiento de Maximiliano. Sir Charles Wyke, representante de Inglaterra, y Prim, representante de España, se oponen a la partida del general Almonte para México, temiendo que tome el mando del gobierno. Por otra parte, Juárez les pide a los aliados que le sea enviado el "traidor" Almonte que ya negocia con algunos generales enemigos de Juárez.

Reina el desacuerdo más completo entre las tres potencias. Para intentar ponerle fin, tendrá lugar una conferencia el 9 de abril; así se ha decidido. Tendrá lugar en Orizaba algunos días antes de las conferencias con Juárez, fijadas para el día 15.

Entonces estallan las divergencias abiertamente entre los aliados. Las acusaciones fueron de tres lados. Inglaterra y España acusan a Francia de proteger en suelo mexicano a ciertos elementos que le sirven a su política. No tiene ese derecho, afirman. Tampoco tiene derecho a cambiar el régimen de México. Un altercado enfrenta a Dubois de Saligny con Prim, reprochándole el primero al segundo querer tomar para sí mismo el poder. En cuanto a Charles Wyke, que, por debajo de la mano, negocia con Juárez, declara que la monarquía no tiene ninguna oportunidad de éxito, y que el pueblo, en su mayor parte, sigue al presidente.

Se desvanece toda esperanza de entendimiento. La noche misma es cosa hecha la ruptura de la conferencia. Puesto que ha sido imposible fijar sobre cualquier punto una política común, cada uno tomará de nuevo su libertad de acción y actuará a su guisa. El 24 de abril ya no hay un solo soldado español en México, excepto los numerosos desertores que se enrolarán primero en la contra-guerrilla de Stocklin y luego en la de Dupin. Francia permanece sola. "Gracias a Dios, exclamará la emperatriz al oir la noticia. Ahora estamos sin aliados". La empresa mexicana se convierte en un asunto exclusivamente francés.

Sin embargo, incluso en el seno del gobierno imperial, suscita inquietudes esta aventura. El mariscal Randon, ministro de Guerra, ve en ella "una tarea difícil y de extremada imprudencia a tal distancia de nuestras fronteras". Se cree obedecer a los intereses más serios de Francia, detener la expansión anglo-sajona, abrirle mercados nuevos al comercio. Todo esto es hermoso y bueno, y estas ideas son grandes. Pero no tienen más que un defecto: son impracticables.*

* * *

Desde Orizaba, en marzo de 1862, el general Prim, inquieto por el giro que tomaban las cosas, le había escrito a Napoleón para advertirle de los peligros de una política de intervención. Para él, su convicción profunda es que no hay sentimientos monarquistas en México. La vecindad de los Estados Unidos de Norteamérica y la severidad rigurosa de esos republicanos contra las instituciones monárquicas han contribuido grandemente a crear contra éstas un verdadero odio. Además, los jefes del partido conservador que acababan de desembarcar en Veracruz, al declarar que bastaría consultar a las clases acomodadas, excitaron aprensiones y temores. "Le será fácil a Vuestra Majestad conducir al archiduque Maximiliano a México (D. F.) y hacerle coronar —concluye Prim—. Pero el

* Luis Felipe, ya lo hemos dicho, se había hallado ante una situación casi parecida en 1838. Había tenido lugar una demostración ante Veracruz. Pero el almirante Baudin había limitado el asunto prudentemente. "Sólo una gran expedición, le escribía a Dupin, podría poner bajo el yugo a una nación de nueve millones de hombres cuya capital no es una ciudad marítima y cuyo comercio íntegro se efectúa por medio de navíos extranjeros; y como juzgué que la prolongación del bloqueo, que es casi ilusorio, no haría más que aumentar fuera de toda medida los gastos e irritar cada vez más contra nosotros a las naciones que sufrieran por este estado de cosas, y a los mismos mexicanos, sin traer ninguna solución, escogí la ocasión para llevar a cabo una paz *ventajosa y honorable* para Francia. Únicamente la hice evitándoles humillaciones a los mexicanos, humillaciones que su orgullo nacional hubiera rechazado con una obstinación y una energía completamente castellanas. En los asuntos, *es necesario no querer sino lo que es posible*. Tengo conciencia de haberle hecho un servicio al país terminando su querella".

Baudin añade: "Estaba autorizado para hacer todo lo que hice, pero de todas maneras lo hubiera hecho aun cuando no hubiese sido autorizado para ello".

(Carta del almirante Baudin a Dupin, 24 de agosto de 1839). Pertenece a las autoras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día en que les falte el apoyo de Vuestra Majestad, ese monarca no podrá mantenerse..."

Advertencia inútil. Napoleón III mantenido en sus ilusiones por los mexicanos y también por su representante en México, Dubois de Saligny, lo está al presente por el general De Lorencez: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad, que ruego a Vuestra Excelencia (el mariscal Randon) decirle al emperador que desde este momento a la cabeza de sus seis mil soldados, soy el amo de México... Estoy cada vez más convencido de que la monarquía es el único gobierno que le conviene a México, y estoy seguro de que en muy pocos años este país bien gobernado gozará de una prosperidad inaudita..."

Con tales consejeros, ¿cómo no persistiría Napoleón en sus designios, en lo que uno de sus ministros, Rouher, llamará "el gran pensamiento del reino"? Poco antes le había escrito a Maximiliano para asegurarle su constancia en el esfuerzo, cualesquiera que pudiesen ser las circunstancias. Espera mucho, dice, del efecto moral que habrá producido la llegada del general de Lorencez, porque, "según todos los informes que recibo, tanto se detesta a los españoles cuanto se ama a los franceses..." Hará todo lo que esté en su poder "para el éxito del plan que hemos concebido". Pero, al presente, Maximiliano duda.

* * *

Maximiliano se siente un tanto conmovido. Rechberg no falla nunca en darle parte de las dificultades que presenta el proyecto mexicano. Tuvo una conversación en febrero con Motley, el representante de la Unión en Viena. ¿Cuál sería vuestra actitud en caso de que se instalase en México un gobierno monárquico?, preguntó. La respuesta fue neta, brutal. "Una oposición general e intensa".

No obstante, el archiduque sigue afirmándole a Gutiérrez de Estrada que, a pesar de las disensiones de los aliados, no retrocederá. Pero no obstante decide partir para Bruselas con Carlota a fin de consultar a su suegro. Entre tantos informes contradictorios, ¿quién podría aconsejarlo mejor que el viejo rey, tan prudente, tan lleno de experiencia? Leopoldo recomienda prudencia. Es necesario, dice, esforzarse en conocer la verdad y, en todo caso, mantenerse en la reserva. Para sus adentros piensa que sería algo magnífico si la empresa tuviese éxito. Un Coburgo no renuncia fácilmente a un trono.

Sintiéndose seguro con este consejo, Maximiliano piensa que más vale no ir a París por el momento. Esto lo comprometería mucho. Renunciará, pues, aunque desolado, al "deseo de su corazón" y se abstendrá de visitar a Napoleón III. Pero hace votos "porque los negocios, tomando un giro más claro", le permitan realizar su deseo.

Sin embargo, la situación se complica. Se sabe en Europa el fracaso de las conversaciones de Orizaba y la ruptura de la convención de Londres, lo que provoca cierta emoción. Por otra parte, el presidente Lincoln ha hecho una declaración categórica: los Estados Unidos de Norteamérica no soportarán ninguna violación de la doctrina Monroe. Queda hecha la advertencia. ¿Pero se conocen bien en Europa los términos del mensaje que en 1823 el presidente James Monroe le dirigió al Congreso de los Estados Unidos? "Dadas las condiciones de libertad e independencia que los continentes americanos han conquistado y mantenido, no deben ya ser considerados como susceptibles de ser colonizados en lo porvenir por ninguna potencia extranjera. En lo porvenir, toda tentativa de parte de las potencias europeas para aplicar su sistema político en cualquier parte que sea del hemisferio occidental, será considerada como peligrosa para la tranquilidad y la seguridad de los Estados Unidos. Ninguna expansión de esa clase será considerada con indiferencia..." Parece que no se le concede casi ninguna importancia a esa declaración.

Maximiliano, a pesar de las circunstancias favorables para un retiro de su candidatura, no se decide, como lo quisiera Rechberg, a volverle a Napoleón su libertad de acción. No se decide a rechazar esa perspectiva de imperio que, a pesar de todo, ejerce sobre su espíritu una especie de fascinación. Se resigna, sin embargo, a instancias de Rechberg, a escribir una carta que le transmitirá Metternich al emperador de los franceses. Una carta que le cuesta mucho trabajo (18 de mayo de 1862), con tachaduras, sobrecargada de correcciones. Es cierto que es difícil de escribir tal carta, porque Napoleón III es susceptible. Expresa sus inquietudes a propósito de la ruptura de la convención de Londres. ¿Cuál será la conducta de Inglaterra, el comportamiento de los Estados Unidos de Norteamérica? ¿Qué medidas cuenta con tomar el emperador para la protección de la futura monarquía? ¿Cómo enfrentarse con el porvenir si una de las dos potencias catalogadas marítimas se retira?

Continúa, pues, considerando al imperio mexicano como un hecho adquirido. Sin embargo, con Rechberg tiene un lenguaje mucho más reticente. Para complacerlo llega hasta

sobrentender que hace del respaldo de Inglaterra la condición *sine qua non* de su aceptación.

Napoleón persiste en su designio. Los ministros en vano suspiran como Thouvenel: "¡Desdichados asuntos de México, cuántas molestias financieras u otras!" Desea que "el emperador pueda salirse a tiempo del mal negocio". Pero el emperador ni piensa en ello. Le escribe a Maximiliano (7 de junio de 1862) que "las noticias de México son muy buenas". Se han desembarazado de las intrigas de Prim que ponía todo por obra para hacer fracasar "nuestros proyectos". En cuanto a él, su conducta es muy sencilla, muy leal, dice. No se trata de ninguna manera "de imponerles a los mexicanos un gobierno, sino de apoyar a la monarquía si tiene partidarios en el país y probabilidades de estabilidad". Eso es todo, pero se ha querido "desnaturalizar el carácter de la intervención". En cuanto a los ingleses, si el plan tiene éxito, se sentirán "muy satisfechos", pero no quieren "ayudar a sacar las castañas del fuego".

Por su parte, Eugenia le escribe a Carlota. También ella se siente optimista. Llegan todos los días adhesiones de los generales y de las ciudades; el país, cansado de discordias, "sueña en un gobierno estable que le dé fuerza para desarrollarse y pone toda su esperanza en la monarquía". Desde que los franceses están solos, el país expresa sus votos, se agrupa en torno de Almonte. Por el próximo correo se espera saber la llegada a México (D. F.) de las tropas francesas. "Jamás he dudado del éxito de la empresa", concluye.

*
* *

El 5 de mayo de 1862, seis mil franceses dieron el asalto a la ciudad de Puebla que domina la ruta de México. Debieron retroceder, y renunciar a tomar la plaza defendida por el general Zaragoza que manda a cuatro mil voluntarios. Lorencez está sorprendido: creyó —como se cree en las Tullerías por la fe que les prestan a los informes falsos— que Puebla, ciudadela del catolicismo, odiaba a Juárez, expoliador de la Iglesia, y que acogería a los franceses con los brazos abiertos como a salvadores. Los mexicanos de París, decían que Puebla no haría sino un simulacro de resistencia. Ahora bien, las tropas francesas se dan cuenta de que se trata de una resistencia encarnizada. El *Moniteur* da la noticia el 15 de junio. Es grande el asombro en Europa; en Francia, la emoción es considerable.

¿Los victoriosos soldados de Crimea y de Italia lanzados al fracaso por las bandas de Juárez?

El emperador le dirige una hermosa carta al general de Lorencez. "Es cosa de las guerras ver que algunos fracasos oscurecen brillantes éxitos". Pero no hay que descorazonarse. El honor del país está comprometido. Se enviarán refuerzos. "Aprobé vuestra conducta aun cuando parezca que no ha sido comprendida por todo el mundo". En cuanto a la política, ningún cambio. Napoleón continuará siguiendo la que ha adoptado, es decir, que el pueblo mexicano escogería él mismo su régimen. "Está contra mis intereses, mis orígenes y mis principios imponer uno. Que escoja, pues, con toda libertad la forma que le convenga. No deseo sino una cosa, y es la felicidad y la independencia de ese hermoso país bajo un gobierno estable y regular".

Éstas son las palabras oficiales. La verdad es que Napoleón está muy descontento. Le encarga al mariscal Randon, ministro de Guerra, que se lo diga a Lorencez. Las operaciones militares y políticas han sido conducidas de una manera deplorable. El ataque ha sido inoportuno y la artillería estuvo mal colocada. El emperador le reprocha también a Lorencez su desconfianza respecto de Dubois de Saligny. Randon hace todo lo que puede que el comandante en jefe se resentirá cruelmente de una censura, que reposa en los juicios de un agente diplomático extranjero en el ejército. Las críticas de este último, dice, se prestan a sonreir. Y un jefe militar no puede aceptar cerca de él a alguien que espíe, escrute y denuncie sus actos". Pero en vano lo hará el ministro. Le será preciso escribirle a Lorencez.

Napoleón decidió que el general Forey tome el mando general de la expedición. Mientras espera su llegada, Lorencez se contentará con organizar la resistencia y proveer los aprovisionamientos. Partirán tropas frescas. El Cuerpo Legislativo ha votado créditos suplementarios y la expedición tomará proporciones cada vez más importantes. El día 31 de diciembre de 1862 habrá veintiocho mil hombres en México.

El emperador le da órdenes a Forey que prueban su decisión de proseguir la empresa mexicana. Pone los puntos sobre las íes. "Único responsable de sus actos", dice, debe exigirles a los que le sirven "conformarse con su política o decir francamente si sus convicciones se oponen al cumplimiento concienzudo de sus instrucciones". Aprueba "sin restricciones" la política seguida en México por el señor de Saligny. Es, pues, indispensable que el general comandante se aproveche de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

experiencia. Ya no más desacuerdos ni querellas de amor propio. "No quiero más de eso; dañan mucho el logro de los más grandes proyectos".

Una vez seguros de estos dos puntos, Forey deberá dar pruebas de prudencia: deberá mostrar "gran deferencia por la religión" y, al mismo tiempo, "tranquilizar a los detentadores de bienes nacionales", es decir, a los que han comprado las propiedades arrebatadas al clero. Deberá de nuevo afirmar que todo es provisional mientras el pueblo se pronuncia, mientras expresa su voluntad. Si escoge la monarquía, entonces Forey indicará al archiduque Maximiliano. Y luego Napoleón descubre su pensamiento íntimo. "En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no le es indiferente a Europa, porque es ella la que alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de los Estados Unidos de Norteamérica sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México, domine del otro lado de las Antillas y América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México y por consiguiente de América Central y del paso entre los dos mares, ya no habría en adelante otra potencia en América que la de los Estados Unidos". Si, al contrario, México conquista su independencia y sabe mantener la integridad de su territorio, si "un gobierno estable se constituye allí mediante las armas de Francia", entonces, afirma Napoleón, "le habremos puesto un dique infranqueable a los avances de los Estados Unidos de Norteamérica, habremos mantenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y las de la ingrata España, habremos extendido nuestra influencia bienhechora hasta el centro de América, y esta influencia irradiará al norte tanto como al mediodía, creará inmensos mercados a nuestro comercio y nos procurará las materias indispensables para nuestra industria..."

En este cuadro grandioso, ni una palabra acerca de esos hechos prosaicos que son los créditos y las reparaciones. A decir verdad, esas consideraciones jamás estuvieron en el espíritu del emperador.* E incluso la instauración de Maximiliano aparece como una cosa secundaria. Ahora se trata de defender intereses superiores, más europeos que nacionales, por otra parte. Se trata de limitar el poder de los Estados Unidos de Norteamérica que se ha tornado amenazante para el viejo continente. Y, como el emperador lo declaró hace poco a lord

* Emile Ollivier lo afirmará más tarde.

Cowley, es ya tiempo de ponerle término a la insoportable insolencia del gobierno americano y de darle una lección.

El pensamiento de Napoleón, como ya lo ha hecho, se pone al servicio de los sueños del joven que él fue. Renace el príncipe Luis que se acuerda de haber abordado la cuestión del canal de Nicaragua. Partiendo de este proyecto, la imaginación del emperador ha esbozado uno de esos planes de envergadura internacional capaces de asegurar el bienestar de los pueblos. Para él, todos los países son solidarios, y nada hay que más le repugne que el egoísmo nacional.

Napoleón III casi no conoce México. Hizo que viniera recientemente para platicar con él al sabio químico J. B. Boussingault, que ha vivido en América del Sur. Éste se quedó sorprendido al comprobar la ignorancia del emperador respecto de las cosas mexicanas. Pero, qué importa. Napoleón no se detiene por cosa de detalles. No ve sino las grandes líneas, alentado por Michel Chevalier, uno de los más distinguidos panegiristas de la intervención francesa. Economista y sansimoniano, tiene mucho crédito, en cuanto tal, cerca del "sansimoniano coronado" que es el emperador. En la *Revue des Deux Mondes* cuyos artículos son autoridad, Michel Chevalier ha publicado estudios donde se describen las riquezas mexicanas. Riquezas que pueden explotarse en beneficio de todos. Que Francia envíe allá una expedición que le permitiera establecerse a un gobierno monárquico estable. ¿La oposición americana? No cree en ella. La doctrina Monroe le parece inaplicable. Después de todo, los Estados Unidos de Norteamérica reconoció muy bien a don Pedro del Brasil.

Por otra parte, los acontecimientos que se desarrollan en América del Norte, incitan a Napoleón a proseguir su política mexicana, tanto más cuanto que Lee, que manda el ejército de los confederados, reporta éxitos importantes en junio y julio de 1862. El emperador le testimonia gran benevolencia al representante del Sur en París, a tal punto que éste lo cree dispuesto a reconocer la Confederación. Maximiliano parece haber pasado a segundo plano. Para Napoleón, lo importante al presente es el éxito de la expedición francesa, la ocupación de México y la posibilidad de un acuerdo con los Estados del Sur.

* * *

El archiduque se inquieta. Rechberg no cesa de ponerlo en guardia. Le comunica una conversación con un ingeniero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y un oficial del paquebote que hace el servicio entre Veracruz y Saint-Nazaire. "Ambos están persuadidos, como todos los que conocen la situación, de que la expedición de México sería una aventura desdichada, incalculable e interminable, incluso después de la toma de la capital". Pero Maximiliano no les concede mucho crédito a estas advertencias. Le ruega a su suegro que lo mantenga al corriente "de todos los matices de la cuestión" y que le comunique los informes diplomáticos de que pueda tener conocimiento. Leopoldo, por lo demás, ahora se muestra desconfiado. "Cualquiera que conoce a las personas de allá, tiene, desgraciadamente, la más mala opinión de ellas". No obstante, el encargado de asuntos belga en México, T'Kint de Roodenbeke le traerá muy pronto favorables argumentos al archiduque, al mismo tiempo que halaga los secretos deseos de Leopoldo: ver emperatriz a su hija.

Metternich intenta insinuar que el archiduque debería retirarse de esta aventura. Inglaterra es hostil a ella. Francia sufrió un fracaso de mal augurio. Y el pretendido partido monárquico es absolutamente incapaz de imponerle un soberano a México. Pero Maximiliano no quiere escuchar nada. Sigue concediéndole toda su confianza a Gutiérrez de Estrada, que lo hace tomar medidas más o menos oportunas. Por ejemplo, nombrar arzobispo de México al obispo Labastida. A petición de Maximiliano consintió el Papa recomendando al mismo tiempo gran reserva a los obispos mexicanos. Por su parte, Almonte alienta al archiduque. Como está en el lugar mismo, sus palabras pesan. El ejército francés, dice, llegaría a México en enero, y el país se mostraría cada vez más dispuesto a acoger un cambio de régimen.

El espejismo mexicano es tal, que Maximiliano rechazará casi con cólera el ofrecimiento que se le hace de la corona de Grecia. Lord John Russell tuvo la idea de proponerle al archiduque la sucesión del rey Othón, para apartarlo de una empresa que juzga "erizada de dificultades". Palmerston insiste cerca de Leopoldo I para que decida a su yerno a aceptar. La reina y lord Russell le escriben a su vez. Este proyecto no le disgusta al rey de los belgas. Después de todo, México dependería durante largo tiempo del ejército francés, situación que podría tornarse incómoda, y desde el momento en que se ceñía una corona, más valía, en suma, permanecer en Europa.

Maximiliano considera esta proposición como "casi ofensiva"; en todo caso como "una falta de tacto". Ese trono, dice, le ha sido propuesto sin éxito a una media docena de príncipes. "Además, declara, conozco demasiado la Hélade actual y su

estado de corrupción como para no estar convencido desde hace largo tiempo de que ese pueblo artero y moralmente degenerado sea incapaz de ofrecer una base sólida para un Estado independiente". Cree sin duda que México no tiene esos defectos ni esos inconvenientes.

México atrae también mucho a Carlota, que arde por el deseo de ser emperatriz. Es ambiciosa y Maximiliano la ha decepcionado. También se le ha tornado insoportable la soledad de Miramar y trata de evadirse de ella. Pero, acostumbrada desde temprano a la política, inteligente, instruida, quiere informarse de manera exacta acerca de aquel país a donde, probablemente, será llamada. Los mexicanos, así lo siente ella, impulsados por sus pasiones, no pueden dar una visión objetiva de cómo está la situación en su país. ¿Quién podría dársela? Carlota piensa en un corresponsal del *Times*, el gran periódico inglés reputado por la seriedad de sus informaciones. Ese periodista, Bourdillon, ha publicado artículos sobre México. Y razón de más para tenerle confianza, el rey de los belgas lo conoce y lo estima. Carlota le pide a su padre para que intervenga con objeto de que Bourdillon venga a informar a Maximiliano y a ella misma.

En marzo de 1863, el periodista va a pasar tres días en Miramar, y Carlota anota los detalles de estas conversaciones. Bourdillon, a quien Rechberg ha recibido cuando llegó a Viena, pinta un cuadro que debería hacer reflexionar a sus auditores. ¿Las ideas liberales en México? No hay traza de ellas; no existen sino en el papel. ¿El poder dominante? El dinero. Con él puede obtenerse todo, y las personas más corrompidas son las que están colocadas más en alto. ¿El pueblo? Ignorante y pervertido. ¿El ejército? Mal dirigido por oficiales en general ruines y brutales. En ese país no existe ninguna idea de lo que es la libertad, y es casi imposible obtener un voto que exprese realmente los deseos de las poblaciones. ¿Es posible la monarquía? Probablemente, porque los grandes propietarios verían en ella la salvaguarda de sus intereses. En suma, según él, la instauración de un régimen estable sería posible sólo en el caso de que México fuese ocupado militarmente por Francia. Ruda tarea y, a sus ojos, indigna de la pareja archiducal.

Pero el efecto de esta evocación más bien descorazonadora será borrado por las últimas palabras que pronuncia Bourdillon. México, concluye, está llamado a un floreciente destino. Esto borra aquello. Y Maximiliano continuará intercambiando abundante correspondencia con Gutiérrez e Hidalgo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

El general Forey empieza, el 22 de febrero de 1863, la marcha sobre Puebla. El 2 de marzo, Juárez viene a la ciudad y lanza una proclama a sus defensores. La batalla, dice, es inminente. El emperador de los franceses aspira a humillar al pueblo mexicano y a destruir a una república popular e independiente. "México, el continente americano y los hombres libres de todas las naciones, esperan en vosotros porque váis a defender su causa, la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilización..." Hace fijar carteles con los discursos de Jules Favre y de Ernest Picard en el Cuerpo Legislativo.

El día 16, las primeras tropas francesas llegan ante Puebla. Empieza el asedio de la plaza. Está defendida por veintidós mil hombres mandados por el general Ortega, uno de los mejores oficiales mexicanos. La población civil que será evacuada después, vive en el terror, refugiada en los sótanos. Mujeres, niños, sacerdotes, monjas, enloquecidos salen para buscar alimentos y las balas silban en las calles. "Pobres conejos de Puebla", dicen los zuavos.

Sitio difícil. Los mexicanos se defienden con encarnizamiento. Ciertamente, los franceses han cercado la ciudad de una manera perfecta. Pero su línea de comunicación con la base única de Veracruz es sin cesar hostigada por las guerrillas. No obstante, esta línea nunca estará en peligro de ser cortada: a la legión extranjera se le ha confiado la tarea de protegerla, y como siempre, se muestra a la altura de esta difícil tarea; las luchas son violentas. Los franceses avanzan casa por casa. Cada progreso se paga muy caro: "Horrorosas matanzas", "espantosas escenas", dirá el zuavo Louis Noir. De una y otra parte se pelea con la misma furia.

En Puebla se publica un periódico en francés y en español que llega con frecuencia a manos de los soldados del cuerpo expedicionario. Cada uno de los números contiene, en la parte superior, una cita de *Napoleón el Pequeño;* Víctor Hugo, habiéndolo sabido, dirige una proclama a los sitiados: "Hombres de Puebla, tenéis razón al creer que estoy con vosotros. No es Francia la que os hace la guerra, es el imperio... Estamos de pie contra el imperio, vosotros de vuestro lado, y yo del mío; vosotros en vuestra patria, y yo en el destierro. Combatid, luchad, sed terribles, y si creéis que mi nombre es bueno para algo, servíos de él. Apuntadle a ese hombre a la cabeza, y que la libertad sea el proyectil..."

El representante de los Estados Unidos de Norteamérica en México, Corwin, vigila el desarrollo de las operaciones para informarle de ellas al ministro. Y se encuentran presentes también algunos oficiales superiores prusianos adscritos al E. M. de Forey. Los franceses esperan los refuerzos que acaban de desembarcar en Veracruz para tomar Puebla. La última y la más segura esperanza de los mexicanos, escribe Corwin, está en el apoyo de los Estados Unidos que impedirá en ese país el establecimiento de un monarca venido de Europa.

El sitio se eterniza. Al cabo de siete semanas, el general Ortega le pide al general Forey que les permita salir de la ciudad a los no combatientes, lo que le es concedido. Un largo desfile de seres harapientos, descarnados y demacrados, pasa ante los soldados franceses, los cuales, conmovidos, les ofrecen sus bolsas de pan sobre las cuales se arrojan los hambrientos. "¡Ah, esto no es alegre!, exclama el capitán Laurent. Esto es el lado vil de la guerra". Un poco más tarde, Ortega obtiene un día de armisticio para enterrar a sus muertos.

Finalmente, suena la hora del desenlace, apresurada por la rapidez de movimientos y la energía del general Bazaine, el cual, en San Lorenzo, en dos horas, le tomó al cuerpo del ejército de Comonfort tres banderas, ocho cañones, la mayor parte de su convoy e hizo mil prisioneros entre los cuales había setenta y dos oficiales. El 17 de mayo, después de dos meses de sitio, la ciudad se rinde; ya no existe ejército. El día 19 los franceses hacen su entrada solemne en Puebla que se halla en ruinas. Se canta un *Te Deum* en la catedral. La noticia tiene inmensa resonancia en México y en Europa. En París es grande la alegría. Napoleón y Eugenia parecen libres de un peso. El emperador llora de alegría, él, en general impasible.

En Miramar, Maximiliano se alegra. En la carta que le escribe a Napoleón, alaba "la firmeza y el genio del emperador" que quebraron una enérgica resistencia. Finalmente, el emperador triunfará de todas las dificultades que todavía se oponen para la salvación de México. Entonces Inglaterra, probablemente, saldrá de su "letargo" y reconocerá que es interés suyo secundar una obra que pondrá fin a los ataques de su vecina ambiciosa, la Unión.

Sin embargo, el archiduque experimenta un temor: después de este brillante éxito, Napoleón podría muy bien retirarse y renunciar a su plan primitivo, porque subsisten las dificultades. En Francia, la expedición se torna muy impopular, y se afirma la oposición de los ministros. El mariscal Randon echa pestes: "¿Hasta dónde se nos arrastrará a enviar tropas a México?" Drouyn de Lhuys hace la misma reflexión, y los miem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bros del Consejo, en mayoría, comparten esta manera de pensar. Pero Napoleón no renuncia a su idea. Le responde a Maximiliano que "ahora el partido del orden de México podrá levantar de nuevo la cabeza y nuestros proyectos podrán finalmente realizarse". Y Eugenia le escribe a Carlota: "La toma de Puebla es de buen augurio para la realización de nuestros deseos".

Todo esto es alentador. Maximiliano, al mismo tiempo que protesta cerca de Metternich de que se mostrará paciente, les presta un oído complaciente a los mexicanos. Desde México, Almonte lo apremia a que llegue. ¿No podría el archiduque estar aquí en octubre? Por otra parte, Gutiérrez le manda decir por medio de Schertzenlechner que el número de sus partidarios crece día a día; que un joven general, Roléas, recientemente desembarcado, cuenta que en México (D. F.) entre la sociedad, no se habla más que de Maximiliano.

¿Cómo resistiría éste el deseo de conversar con Gutiérrez que tiene tantas cosas interesantes que decirle? Sin querer escuchar al prudente Rechberg, se encuentra con el mexicano en Meran, en el mayor secreto. Se discute el voto próximo de la nación mexicana. Evidentemente, no se trata de obtener los sufragios de un pueblo entero, pero igualmente, un número de votos muy imponente debe testimoniar que una parte importante de la población llama al trono al archiduque, porque un Habsburgo no podría aceptar la corona sino con esta condición. Lo exige su dignidad.

* * *

En México ha provocado temores la caída Puebla. ¿Qué hará Juárez? ¿Defender la capital? En este caso era necesario contar con que se tendrían que soportar muchos males. Pero Juárez decidió salir de la capital, transferir los poderes a San Luis Potosí, cuatrocientos kilómetros al norte de la capital, y continuar la guerra. Entonces surge una nueva inquietud. ¿Las bandas de saqueadores, aprovechándose del desorden y de la ausencia de las autoridades, saquearán la ciudad? Los extranjeros temen esto. Por tanto, ven con alivio la llegada de los franceses.

El 10 de junio, Forey hace una entrada triunfal al son de todas las campanas al vuelo y bajo una lluvia de flores, gardenias, rosas, claveles. Dondequiera arcos de triunfo, banderolas, guirnaldas. Todo pagado por el tesorero pagador del cuerpo expedicionario. Los conservadores han puesto todo por

obra para herir la imaginación de los habitantes. Los soldados franceses que han desfilado en orden impecable, son "literalmente aplastados bajo las coronas y los ramilletes que, desde los balcones, les lanzan las mujeres de deslumbrantes rebozos. Este día, lleno de música, de color, de flores, de aclamaciones, podría compararse, escribe Forey, con el del retorno de Italia. Recepción sin igual en la historia".

En las Tullerías, la emperatriz exulta. Ahora ya no hay dudas sobre el resultado del asunto mexicano, cree ella. Maximiliano y Carlota reinarán para felicidad de México y la soberbia de los Estados Unidos de Norteamérica será rebajada en beneficio de Europa. ¡Qué respuesta para los que ya hablaban del "avispero mexicano"! Pero Napoleón ha conversado con el almirante Jurien de la Gravière, con Lorencez, con oficiales que han vuelto a Francia. Y ha perdido algunas de sus ilusiones acerca de la posibilidad de instalar a un emperador en México. Siente crecer en torno suyo la resistencia de los ministros. ¿No iniciará desde ese momento una nueva política? Fue en junio de 1863 cuando Drouyn de Lhuys –que remplazó a Thouvenel– le envió a Forey nuevas instrucciones en las que no se pronuncia el nombre de Maximiliano, y donde especifica que "los compromisos de Francia no van más lejos que la pretensión de nuestros justos derechos..." Francia no objetaría "entrar en relaciones con un nuevo régimen que tuviese la adhesión del país y que estuviese pronto para tratar sobre la base de las indemnizaciones y de las garantías de interés general que tenemos el derecho de exigir..." El ministro considera el asunto de buscar entre los notables mexicanos "un hombre capaz de reunir a los partidos opuestos... incluso si es necesario llamar a uno de los jefes que, engañados por su patriotismo, estuviese actualmente en las filas de nuestros adversarios..."

Pero son difíciles las relaciones entre Francia y México y los correos tardan mucho. Para que un despacho llegue a París, se necesitan quince días. El paquebote más rápido, *La Louisiane*, puesto en servicio recientemente, hace cinco semanas de Saint-Nazaire a Veracruz. Antes de que les lleguen las nuevas instrucciones a Forey, éste ya ha favorecido la constitución de un gobierno. Designó a una junta de notables que eligió a una regencia compuesta de tres miembros "los tres caciques", Almonte, monseñor Labastida y el general Salas.

Inmediatamente Almonte se adjudicó el papel principal (26 de junio). Le escribe a Napoleón y expresa su deseo de ver a Bazaine nombrado general en jefe y a Saligny nombrado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA "BENITO JUÁREZ" DE OAXACA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

senador conservando la dirección de los asuntos de México. Al mismo tiempo, le previene al archiduque que partirá una delegación para ir a ofrecerle la corona. Si la acepta, podría embarcarse a principios de noviembre.

Después la junta designa a la asamblea nacional: doscientos quince miembros, todos conservadores dóciles, aun cuando Almonte pudo, antes de la reunión de ésta, indicar las resoluciones que aquélla tomaría. Entre otras, la de restablecer la monarquía y ofrecerle la corona a Maximiliano. Este deseo no puede evidentemente pasar por ser el del país entero. "Un voto falsificado no puede traer consigo más que un fantasma de monarquía", le objeta De Pont, secretario del archiduque, a Hidalgo. Y Maximiliano se da muy bien cuenta de lo que hay de exacto en estas palabras. Pero el 12 de junio recibe una carta que proviene de las juntas, rogándole que acepte el trono. Una delegación de la que Gutiérrez de Estrada será jefe, irá a Miramar a trasmitirle oficialmente este ofrecimiento al archiduque. Desde el momento en que Napoleón sabe la noticia, le telegrafía a éste para felicitarlo. "Espero que muy pronto todo México seguirá el ejemplo de la capital y llamará a Vuestra Alteza imperial para regenerarlo".

Maximiliano le da las gracias al emperador con una carta llena de efusión. Sí, está de acuerdo con él en todos los puntos. Tiene por otra parte conciencia de las dificultades que habrá que vencer. Parece que la más seria vendrá de América del Norte.* "Noticias recientes hacen presagiar la reconstitución de la Unión, tan ávida de engrandecimiento como hostil al principio monárquico en el otro hemisferio..." No hay duda de que sobre este punto la Unión, "enemiga encarnizada" no espera sino "afirmarse en el interior" para "ir a derribar el trono erigido a sus puertas". El archiduque ve claro, pero tiene la certeza de que el apoyo del ejército de Francia le permitirá resistir a los ataques americanos. Sabe que, hablar así, es halagar las miras secretas de Napoleón.

Si él se alegra, Francisco José se inquieta, porque Rechberg le ha comunicado sus reflexiones. Llama a su hermano a Schoenbrunn para conversar con él acerca del asunto. Carlota acompaña a su marido. Probablemente teme que se deje conmover. Francisco José insiste en el hecho de que está decidido a guardar, como en el pasado, una actitud muy reservada. Le aconseja a Maximiliano ir a Bruselas. Que Leopoldo se comprometa seriamente en favor de la causa mexicana. En cuanto a la visita de la delegación anunciada por Almonte, el emperador subraya que aquélla no tiene carácter legal, puesto que emana de una asamblea todavía no reconocida por el gobierno imperial. Si Maximiliano quiere recibirla, será a título privado, y se examina punto por punto la respuesta que dará. Acepta, pues, el compromiso de decir que no aceptará la corona sino después de un voto emitido por la nación entera y después de haber recibido el consentimiento de su hermano el emperador. Hará saber que está resuelto a gobernar sobre una base constitucional. Y le recomendará a la delegación que apremie al gobierno inglés para que consienta en prestar un apoyo real. Finalmente, el archiduque mostrará el borrador de sus respuestas a Francisco José y a Rechberg.

* Quiere decir, de los Estados Unidos de Norteamérica. (N. del T.)

Leopoldo, consultado, usa de un lenguaje de tal manera ambiguo, que no se puede discernir si es favorable o no a la empresa mexicana. Hay que mostrarse prudente, dice, no habiendo sido abatido todavía completamente "el partido de la anarquía". "Cree" que Inglaterra "vería con placer" a un México consolidado. Palabras un tanto inconsideradas por su parte, porque si hay un punto sobre el que no pueda engañarse, es ciertamente el de la actitud inglesa. El embajador de Austria en Londres, Apponyi, lo ve claramente y advierte a Viena. Para él, "el gobierno británico se felicita todos los días de haber retirado sus cartas del juego. No hará absolutamente nada para ayudar a la fundación o al mantenimiento del nuevo trono y le dejará a Francia todas las incomodidades y toda la responsabilidad de la empresa, así como le ha dejado con placer toda la gloria". Aun se equivocarían, añade el diplomático, si contaran incluso con la simpatía de Inglaterra. "Mientras menos activa sea nuestra parte en el asunto, más estará satisfecho por ello el gabinete".

No puede decirse mejor ni más netamente. Este lenguaje impresiona a Maximiliano. Pero casi al mismo tiempo, Almonte, en una carta del 12 de julio le suplica adelantar su partida para acabar con las intrigas que se multiplican. Con habilidad usa de las palabras de *Sire* y de *Vuestra Majestad*, lo que halaga el amor propio del archiduque y su secreto deseo. Por su parte, Gutiérrez apremia a Maximiliano para que acepte la corona que le será ofrecida. E Hidalgo se le presenta trayéndole una carta de Napoleón, el cual también le ha remitido un informe de la asamblea de los notables de México y de Veracruz. El emperador se alegra de los progresos de la causa de Maximiliano. No obstante, quisiera "que el pueblo entero fuese llamado a ratificar con sus votos la elección de los "notables". Así quedaría más manifiesta la voluntad de los mexicanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El archiduque le confía su respuesta a Hidalgo. Está de acuerdo con Napoleón. Pero para sostener la fuerza moral que le dará "el voto nacional, será necesario un tratado de alianza entre Francia y México, para que este último tenga la certeza de ser defendido contra todo ataque armado" durante quince o veinte años. Entonces podría la monarquía trabajar en una obra "cuyo mérito íntegro recaería sobre el ilustre soberano que, por generosa iniciativa, puso la espada de Francia al servicio de la causa del orden y de la humanidad". Napoleón no responde a esta petición, lo que desilusiona a Maximiliano.

Pero por el lado mexicano se siente reconfortado con las cartas de Almonte que da por hecho al imperio. Traza ya las grandes líneas de un programa: que Maximiliano traiga tropas alemanas porque los franceses cuestan caros; que negocie un empréstito; que dé los pasos necesarios cerca del Papa para el envío de un nuncio a México; finalmente, que entre en pláticas con los signatarios del tratado de Londres, a fin de obtener una garantía para la independencia mexicana.

En el mismo momento llega a Miramar una carta del cónsul de los Estados Unidos de Norteamérica en Trieste, Richard Hildreth. Según él, los mexicanos odian a los reyes y a los aristócratas. El americano dice crudamente las cosas: los Estados Unidos de Norteamérica están resueltos a enviar un ejército de veteranos para sostener al pueblo mexicano en su lucha, si el emperador Napoleón no retira sus tropas. Se bloqueará el golfo de México; se impedirán todas las comunicaciones con Francia. "Si alguien aspira al trono de México, y si llega a él verdaderamente, deberá sentirse feliz de salir de él sano y salvo".

Sin embargo, Maximiliano no se asusta. Le afirma a Almonte su voluntad de proseguir la aventura. "Si las voces de todo el país confirman el deseo de la capital, dice, y si las demás circunstancias de las cuales depende la realización del deseo, se convierten en realidad, no retrocederé ante las dificultades de esta grande y bella empresa" (4 de septiembre de 1863). Se esforzará en actuar, por interpósitas personas, sobre Inglaterra para llegar a un cambio de actitud: por leve que pudiera ser éste, tal cosa podría considerarse como un estímulo. Envía a Carlota a Bruselas para que tenga una conversación con su padre que deberá ir a Londres. Por otra parte, envía a uno de sus antiguos oficiales, Stefan Herzfeld, cerca de Charles Wyke, antiguo encargado de los asuntos ingleses en México, para invitarlo a que venga a conversar con él a Miramar. Pero sir Charles Wyke está convencido de que la empresa está destinada al fracaso. "Es una obra de romanos", dice; ¿una monarquía constitucional en México? Ciertamente esto sería muy hermoso. Lo malo es que la cosa es imposible. Y tanto más lo es ahora, cuanto que se puede ver a Almonte y a sus amigos en el asunto. Un verdadero nido de avispas. Para el diplomático, sólo hay una actitud razonable: mantenerse alejado. No; no irá a Miramar. Pero va a Viena donde conversa con Rechberg. Le enseña a éste cartas que ha recibido: en México crece la agitación y se soporta difícilmente la presencia del ejército francés. Una ocupación extranjera es siempre irritante. Y los métodos reaccionarios del gobierno provisional suscitan la indignación. En cuanto a Juárez, lejos de abandonar la partida, prepara una acción de guerrillas. Para dominar al país los franceses necesitarían a lo menos sesenta mil hombres. Por el momento no ocupan sino una sola región.

Rechberg, que siempre se ha opuesto a la partida de Maximiliano, le envía a éste un informe que contiene los detalles de su conversación con sir Charles Wyke. Por otra parte, los periódicos se han adueñado de la cuestión y, con gran descontento del archiduque, recuerdan con inquietud el proyecto mexicano. Un diputado, Kuranda, declara que el asunto debe ser llevado a la cámara; que los representantes del país se sienten contrariados al constatar que Maximiliano le tiene muy poco apego a sus derechos de príncipe austriaco, puesto que les antepone un trono incierto.

En el seno mismo de la familia imperial, la archiduquesa Sofía le ha comunicado sus temores a Maximiliano. La huida de Othón, arrojado de Grecia, lo ha conmovido mucho. ¿Si fuera a suceder lo mismo con Maximiliano? Y probablemente peor, pues México está mucho menos civilizado que Grecia. Para mantener allá el orden, serían necesarias fuerzas armadas en número muy superior.

Llegarán pronto otras advertencias como la de Jesús Terán, antiguo ministro de Juárez, enviado extraordinario de éste a fines de 1863 cerca de las reinas de Inglaterra y de España para "renovar los lazos de entendimiento y de cordial armonía que jamás debieran haber sido rotos". Hombre de buena voluntad y probablemente a instigación de Juárez, Terán le hizo llegar al archiduque, por conducto del embajador de Austria en Madrid, una carta donde lo pone en guardia. La situación de México, dice, no es exactamente como la pintan. ¿La intervención armada? Que no cuente mucho con ella. No tendrá mayor éxito que la intervención en Francia durante la primera revolución.

Por todas partes se le previene a Maximiliano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

No obstante, cerca de él, Carlota mantiene la llama de la ambición. Es ella la que se encarga de responderle a Sofía, por temor de que Maximiliano, demasiado buen hijo, demasiado dulce de carácter, no se atreva a chocar con su madre. Segura de sí misma, muy al corriente de la política, se siente con talla suficiente para enfrentarse a su suegra, y reduce a nada las aprensiones que ésta manifiesta. La situación en México está lejos de ser menos favorable ahora que al principio. Al contrario, tiende "hacia una solución digna y feliz". No existe comparación entre Grecia y México. Austria, afirma ella, tiene "un derecho histórico al trono mexicano" y la corona será "ofrecida por la voluntad nacional". ¿Grecia? Un país miserable de raza pervertida, en tanto que México, inmenso y rico, posee "elementos españoles e indios excelentes", lo que permite emprender el desarrollo del país desde el momento en que la paz quede asegurada y la unión restablecida. ¿Fuerzas armadas demasiado débiles? Pero el amor del pueblo será suficiente para proteger al trono. E incluso si, contra todas las previsiones, el archiduque fracasara en esta tarea, no tendría por qué sentirse avergonzado, porque sabría mantener la tradición de la familia a pesar de cualquier cosa que sucediese.

Carlota conjura a su suegra que no los aflija, a ella y a Maximiliano, poniendo objeciones que por otra parte nada cambiarían de la decisión de Maximiliano.

Es ella también quien, del 12 al 19 de septiembre de 1863, tendrá en Bruselas conversaciones cotidianas con su padre el rey de los belgas. Insiste sobre el punto capital: la garantía de Inglaterra. Francisco José se atiene a ello y Napoleón también. La garantía, es decir, una renovación del convenio de Londres al que se adherirían Austria y Bélgica. Leopoldo se muestra escéptico. Casi no cree posible que pueda obtenerse esa garantía. Pero probablemente un apoyo moral, la escolta de una fragata inglesa. Esto será suficiente para Maximiliano, afirma Carlota.

El padre y la hija abordan luego el capítulo del préstamo. Un préstamo de quinientos millones de pesos fuertes para hacerles frente a los primeros gastos y para rembolsarle a Francia los gastos de la expedición. Leopoldo aprueba "la forma de un rembolso periódico", porque así "Francia se encontrará atada". Es absolutamente necesario tener su garantía.

Pasan a la constitución. Carlota lee algunos párrafos de ella. "La nación mexicana es libre, soberana e independiente. Todos

los ciudadanos son iguales ante la ley..." Leopoldo aprueba. Pequeña discusión a propósito de la libertad de prensa. Ambos quedan de acuerdo: prensa libre pero con leyes represivas. "Esto no es una contradicción, explica Leopoldo, se reconoce la libertad del bien, pero no la del mal". Luego se examina la cuestión de las cámaras. Leopoldo, en cuanto a él, prefiere el bicamarismo, con un senado de estilo americano. Recomienda la creación de organizaciones comunales, provinciales, de una corte de las cuentas para controlar a los ministros. ¿Religión de Estado? Sí, pero a condición de asegurar la tolerancia de los demás cultos.

Carlota le confía a su "querido papá" que teme un poco las dificultades suscitadas por la candidatura de Maximiliano. Respecto de este punto, Leopoldo se siente optimista. Él también conoció, en 1830, esta clase de obstáculos. "Se triunfa de ellos observando fielmente la constitución, no sólo en general y según su espíritu, sino textualmente". Por ello es por lo que, muy prudente, aconsejó una constitución "muy clásica" que debe pasar en silencio las cosas sujetas a cambios o mejoramientos.

Al presente, y ya decidido Leopoldo, "intentará trabajar a Inglaterra". Formula, dice, los más calurosos votos por el éxito de la empresa que cree "noble y meritoria". Pero sobre todo recomienda "buena administración y justicia. Son dos cosas a las que están menos acostumbrados los mexicanos y que más estiman". Estas palabras transportan de júbilo a Carlota. Le telegrafía a Maximiliano. "Encantada; todo va de la mejor manera posible".

Cuando le preguntó a su padre: "¿Debo ir a México con Maximiliano?", el rey le respondió: "Es tu deber". Incluso añadió que, para los franceses "caballerosos", defender a una mujer haría aumentar su ardor, tanto más "cuanto que esa mujer lleva un nombre que, en el corazón de muchos oficiales superiores, despertará recuerdos todavía vivos porque les recordará su juventud". ¡Qué estímulo para la archiduquesa que venera a su padre!

* * *

¿Qué sucede en México? El general Bazaine remplazó a Forey, Bazaine, investido por Napoleón III "de la doble autoridad militar y diplomática". En una carta confidencial (30 de julio de 1863), el emperador revela su verdadero pensamiento:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quiere que se les haga un llamado a los hombres honorables de todos los partidos, que se establezca un gobierno provisional que consultaría a la nación acerca de la forma del régimen que quiere adoptar y que protegería el establecimiento de una monarquía, si tales eran los deseos del mayor número. Sobre todo, e insiste en ello, "nada de reacción, no volver sobre la venta de los bienes del clero; pacificar al país empleando el mayor número posible de tropas mexicanas". Expresa sus temores. "Deploré las órdenes de Forey a propósito de la confiscación de los bienes que pertenecían a los hombres hostiles, y tengo miedo de que sean reaccionarios los del triunvirato nombrado en México".

Temores justificados. Forey, en un informe, había indicado qué espíritu animaba a la regencia dominada por el clero. Si el gobierno adversario había ido demasiado lejos en su brutalidad respecto de la Iglesia, podría temerse que el gobierno actual "no fuera más lejos en el sentido inverso". Las noticias recibidas de México confirmaban las inquietudes de Napoleón. Hace también llamar a Hidalgo a quien recibe en compañía de Eugenia. La conversación dura dos horas. Hidalgo, reprendido en debida forma, reunirá a los mexicanos de París, y éstos deberán hacerles saber a sus amigos de México que el emperador exige que sean aplicadas medidas liberales.

Por otra parte, Napoleón le envía al archiduque el informe de Forey. Habla claramente: debe hacerse una declaración muy neta a propósito de los bienes nacionales. No debe subsistir ningún equívoco. De lo contrario, será imposible establecer la monarquía en México.

Finalmente le escribe de nuevo confidencialmente a Bazaine para "repetir" lo que decía en su última carta. Que se esfuerce en "pacificar al país procurando llamar a sí a todas las personalidades de los diversos partidos"; que se le cierre el paso al camino de la reacción haciendo sentir bien que "siempre es la espada de Francia la que manda..." Prevé un empréstito y, para disminuir los gastos, piensa en "prestarle" a México durante diez años la legión extranjera.

Le envía a Bazaine copia de una carta recibida de allá y que lo ha sorprendido, porque, al testificar las torpezas de la reacción, refleja muy bien el espíritu del ejército: el clero anima a los locatarios a no pagar el alquiler a los actuales propietarios, afirmando que se volvería sobre sus ventas "hechas bajo la inspiración de Satán", y que se les obligaría a pagar por segunda vez al clero, único verdadero propietario. "Estamos en plena reacción...; con la composición del gobierno

provisional, no podría ser de otra manera. El señor Almonte es un reaccionario de poco valor, se dice. El general Salas es una vieja momia. Queda el obispo representante del arzobispo. Es un hombre vigoroso que en seguida ha puesto los pies sobre los otros dos y que dirige todo... En cuanto a los liberales, nos hacen responsables de todo..." En suma, "se chapotea en el lodazal". Los asuntos de México "están más embrollados de lo que estaban antes de nuestra llegada, comprueba el autor de la carta... No podemos abandonar a México en el estado en que lo hemos puesto... Nos echamos todo el mundo a las espaldas... Si continuamos, ¡qué triste tarea le damos a ese pobre de Maximiliano y qué desilusión le preparamos! Cuando desembarque en Veracruz y vea que todo su imperio se compone del camino de Veracruz a México, ruta en la que deberá hacerse escoltar fuertemente para no ser raptado; cuando no encuentre en la capital ni finanzas, ni justicia, ni ejército, sino bandidaje organizado y a los partidos tirando en sentido contrario y desgarrándose, ¿a qué santo podría encomendarse?"

El que escribe estas líneas es el capitán Loizillon, espíritu independiente, lúcido, que mantiene correspondencia con Hortense Cornu, ahijada de Napoleón III, única mujer que, con la emperatriz, ejerce —pero en sentido opuesto— influencia sobre el emperador. Espera que sus cartas serán puestas ante los ojos del soberano, porque considera "como un deber de hombre honorable instruir a la opinión pública en Francia acerca de todas las indignidades y estupideces" de que es testigo impotente.

Denunciará las faltas del representante de Francia, Dubois de Saligny, en quien Napoleón y Eugenia tienen total confianza, y las de Forey. Para él, sólo un hombre, Bazaine, puede restablecer la situación y orientar a Maximiliano hacia el camino liberal. Si éste está pronto para ello. Entonces podrá "en diez años, hacer de México un país rico" capaz de rembolsarles a los franceses las costas de la guerra y abstenerse de su ayuda. Incluso podrá resistirles a los norteamericanos y, además, absorber a vecinos como Guatemala que no dudarían, "viendo los beneficios de un gobierno fuerte, sólido, honorable y progresista", en cambiar su "libertad anárquica" para gozar de un régimen estable.

Según este testimonio que tiene todas las apariencias de la sinceridad y de la franqueza, Napoleón está autorizado a creer que un cambio de hombres podría trasformar la situación. Forey y Dubois de Saligny alejados, y Bazaine nombrado jefe del ejército, Maximiliano podría llegar a un país empe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñado en el buen camino y donde el soberano no tendría más que guiarlo.

En una carta a Maximiliano (2 de octubre de 1863) carga el acento sobre la necesidad de una dictadura liberal que impondrá la igualdad ante la ley y la libertad civil y religiosa, que garantizará la honorabilidad de la administración y la integridad de la justicia, condiciones indispensables para reunir en torno del nuevo régimen a los mejores elementos del país.

* * *

La diputación de los notables debía partir el 18 de agosto de México para ir oficialmente a proponerle la corona a Maximiliano. Muy preocupado por esta recepción, el archiduque va a Schoenbrunn a ver a su hermano para conversar con él acerca de los problemas que plantea. Se decide que se la recibirá "a título privado". En su respuesta, Maximiliano pondrá algunas reservas para su aceptación. En primer lugar, el deseo de la nación mexicana deberá ser claramente expresado. Luego, las dificultades suscitadas en Europa y particularmente en Inglaterra deberán ser allanadas. Finalmente, deberá contarse con la aprobación total del emperador de Austria.

Sobre estas bases, Maximiliano prepara un proyecto de respuesta. Proyecto que Viena no aprueba. Rechberg, siempre reticente, siempre prudente, juzga que el consentimiento del archiduque debe darse "de una manera menos absoluta". Y el nombre del emperador no debe asociarse al de su hermano. En suma, el gobierno austriaco quiere mantenerse, tanto como sea posible, aparte de este asunto. Da pruebas de ello cuando, el 22 de septiembre, Maximiliano pide que Austria esté representada en la recepción de los mexicanos. Rechberg se opone a ello. "Vuestra Majestad ha decidido no permitirle al gobierno de Vuestra Majestad intervenir en la cuestión mexicana —le escribe a Francisco José—; luego es imposible que el gobierno imperial esté representado porque, a los ojos de Europa, Austria parecería asociada a la empresa mexicana, lo que rechaza categóricamente".

La delegación llega el 3 de octubre. Únicamente el archiduque —Carlota no está presente— la recibe en el gran hall. Maximiliano viste ropas civiles. No hay ningún uniforme en derredor de él. Gutiérrez de Estrada está acompañado de otros nueve mexicanos de nota, entre los cuales se hallan Hidalgo, Miranda, Thomas Murphy. En su estilo ampuloso y declamatorio, se dirige a Maximiliano en francés. "La nación mexicana nos ha enviado hacia Vuestra Alteza Imperial, objeto actualmente de sus más puros deseos, así como también de sus más caras esperanzas... Intérpretes de las aspiraciones y de los íntimos deseos de la patria, venimos, en su nombre, a ofreceros, monseñor, la corona de México que un decreto solemne de la Asamblea de los Notables, ya consagrado por la adhesión de tantas provincias, y que lo será pronto, según todo lo anuncia, por la nación entera, os concede libre y espontáneamente..." De hecho, la delegación trae el proceso verbal de la sesión tenida el 10 de julio por la asamblea de notables, y las actas de adhesión de las ciudades de Puebla, Orizaba, Córdoba, Veracruz y treinta y siete aldeas.

Maximiliano responde también en francés, pero de una manera muy breve. Formula sus condiciones. De acuerdo con el emperador Napoleón, dice, declara que la monarquía no podrá ser restablecida sobre "una base legítima y perfectamente sólida" sino a condición de que la nación entera, expresando "libremente" su voluntad, ratifique el voto de la capital. "Del resultado de los votos de la generalidad del país, debo hacer que depende en primer lugar la aceptación del trono que se me ofrece..."

Debe, por otra parte, exigir en favor de su futuro imperio, "las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad y su independencia". Finalmente, declara querer instaurar un régimen constitucional desde el momento en que sea cosa lograda la pacificación del territorio. Sólo entonces podrá ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional "en la que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para darle a México el lugar eminente que parece estarle destinado entre los pueblos, bajo un gobierno que tenga como principio, hacer prevalecer la equidad y la justicia".

Este lenguaje desilusiona a los delegados. En suma, el archiduque no acepta sino con la reserva de muchas condiciones que aún no se han cumplido. Espera manifestaciones masivas en favor del imperio; espera que los franceses terminen la "pacificación", única que puede permitirle expresarse a la voluntad popular.

En las conversaciones siguientes, con Gutiérrez e Hidalgo, Maximiliano insiste en las reservas que ha indicado: la mayoría de los mexicanos no se ha producido, Juárez continúa su resistencia, y el ejército francés no ocupa sino una parte de México. Pero Gutiérrez, con su palabra dorada y con su habi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lidad, hace que cedan poco a poco las resistencias de su interlocutor, resistencias probablemente más aparentes que reales.

Si no ha complacido el discurso de Maximiliano a los mexicanos, provoca una agria reprimenda de parte de Francisco José. "Veo, según tu respuesta a la diputación, que no te atienes en lo absoluto a la garantía de las tres potencias marítimas, y sobre todo de Inglaterra. Debo recordarte esta condición rigurosa formulada al principio. No puedes ponerte bajo la sola tutela de Francia".

Irritación también del lado francés. Un alto funcionario del muelle de Orsay le hace saber a Gutiérrez que la alocución del archiduque no se publicará en el *Moniteur*. El ministro, señor Drouyn de Lhuys, quiere conocer el parecer del emperador antes de dejar publicar la frase: "Exijo garantías capaces de proteger al futuro imperio de las amenazas que podrían hacérsele a su integridad y a su independencia". Sin embargo, unos días más tarde, se hace saber que el discurso aparecerá con una modificación. Drouyn de Lhuys lo censuró. El "exijo", se convirtió en "pido", expresión más conveniente desde todos los puntos de vista, precisan en el muelle de Orsay. "Carta de increíble impertinencia", anota Maximiliano en la carta comunicada por Gutiérrez. Todo el mundo está descontento.

* * *

Aunque desgarrados por la guerra civil, los Estados Unidos de Norteamérica observan lo que sucede en México. Desde el principio no ha cesado la Unión de manifestar su hostilidad contra el proyecto de monarquía mexicana. Seward, secretario de Estado, no ha invocado jamás, en su correspondencia diplomática, en términos formales, la doctrina Monroe, y sin embargo este principio se halla implícito en todas sus cartas. Pero los políticos y los periódicos invocan a ésta con tanta insistencia, que la idea termina por imponerse.

En Washington, el ministro de Juárez, Matías Romero, joven, activo, casado con una americana de Nueva York, no cesa de hostigar a Seward, insinuando que las maniobras y los actos de los franceses y de Maximiliano van contra el espíritu y los términos de la doctrina. "No es posible que el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, olviden el principio legado por el presidente Monroe. Esto sería un peligro para América entera. Está en juego el porvenir del continente", repite incansablemente.

Muy pronto se mezcla en este asunto la opinión pública. Cuando el senador Geritt Smith declara, en un discurso pronunciado en la Institution Smithson, que el pueblo norteamericano no tolerará jamás el advenimiento de una monarquía en México, se le aplaude calurosamente. Se publican muchos libros y opúsculos acerca de este asunto y se le reparten al público. El más leído es el de Joshua Leavitt, personaje conocido en los círculos radicales, en el que la Francia "papista" es acusada de querer destruir la fe protestante.

Seward, sin embargo, opta por la paciencia. Sin duda, los confederados retroceden y la supremacía militar de la Unión se afirma. Pero la preocupación capital es la guerra interior. No reacciona casi exteriormente cuando recibe de México el pliego oficial que anuncia que la Asamblea de los Notables ha escogido "una monarquía con un príncipe católico hereditario por soberano, un príncipe que tomará el título de emperador de México. Se le ofrecerá el trono a Su Alteza Imperial el archiduque Fernando Maximiliano, para él y sus descendientes". Si el archiduque se rehúsa, la nación le pedirá a S. M. Napoleón III que designe a otro príncipe católico. El secretario de Estado le envía instrucciones a su ministro en París. Éste deberá abstenerse de aparecer en todas las ceremonias oficiales donde Maximiliano pudiera presentarse con el título de emperador de México.

Por su parte, la Confederación de los Estados del Sur no pierde de vista lo que sucede en México. Ve allí una posibilidad de entendimiento con un vecino que podría restablecer el orden y beneficiarse con el apoyo francés. En 1863, el general James Williams, entonces en Europa, se encuentra con Rechberg. Está pronto, dice, a apoyar al archiduque. Se inicia una correspondencia entre el barón de Pont, secretario de Maximiliano y el general confederado. Se le encarga a éste un mensaje para el presidente Jefferson. "La causa del Sur y la causa de México están, de hecho, tan íntimamente asociadas, que puede decirse que es única. Ambos tienen ante ellos a un enemigo común y poderoso, y ambos deben reivindicar el derecho de las naciones libres de escoger su propia forma de gobierno".

Toda la simpatía de Maximiliano es para el Sur. Para dar pruebas de ella, invita a fines de noviembre a Miramar al general Williams. Este último muestra una carta del señor Mason, diplomático de la Confederación que, con el señor Slidel, representa en Europa a los Estados del Sur. Es de la mayor importancia para éstos, escribe Mason, que se establezca en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México un régimen estable y durable. Para él, la suerte de México está ligada a la de la Confederación. Si los yanquis triunfan, "no hay necesidad de ser profeta para predecir que los días del nuevo imperio están contados" (21 de diciembre de 1863).

Muchos sudistas son cálidos partidarios de una alianza íntima con México. Como el doctor Gwyn que tiene un plan de inmigración para este país a fin de hacerlo valer: treinta mil pioneros podrían ser implantados en el norte de México.

Este plan parece por otra parte inquietante a los ojos de Maximiliano.

* * *

En estos finales de 1863, se ve acosado por todas partes. Desde Compiègne, Hidalgo, que ve diariamente a Napoleón III y a Eugenia, escribe que "aquí todo el mundo tiene el vivo deseo de ver al archiduque sentado en el trono... Todo el mundo en París y todo el mundo en México también están de tal manera seguros de que la llegada de Su Alteza Imperial estabilizaría la situación, que todos consideran su partida de Europa como la cuestión más urgente de todas las que conciernen al futuro imperio".

Desde México, Almonte, presidente del Consejo de regencia no cesa de repetir que la presencia de Maximiliano se ha tornado indispensable. Ninguno de los problemas que se plantean al gobierno provisional puede ser resuelto en ausencia del soberano. Considera como "capital" la partida de Maximiliano.

En cuanto a Gutiérrez, se "arroja a los pies" de Su Alteza Imperial para suplicarle que actúe.

Maximiliano, que aún no ha obtenido el apoyo británico que con frecuencia declaró esencial, empieza a juzgarlo menos necesario. El informe de uno de sus agentes, el capitán Herzfeld, que ha tomado contacto con sir Charles Wyke, hace poco ministro inglés en México, influirá fuertemente en él. Desde Londres, en diciembre, Herzfeld hace precisiones que obligan a reflexionar. En una conversación secreta, sir Charles le ha informado de los propósitos que recientemente le ha comunicado Napoleón a propósito de los asuntos de México. "Napoleón sabe que ha sido *engañado* respecto de los verdaderos sentimientos del país, pero conserva la convicción de que existe un partido monárquico poderoso que se espantó por el carácter reaccionario de Almonte y de los demás". "Me he colocado

en situación difícil *(tight place)*, dijo, pero es necesario liquidar el asunto". Cree que todo se arreglará con la llegada del archiduque, y que podrá retirar a sus tropas dejando un pequeño núcleo en derredor del cual se organizará el ejército mexicano.

Sir Charles había dicho otras muchas cosas. Entre otras, que Napoleón tenía confianza en las capacidades del archiduque que sabría conciliar los partidos y crear un imperio aliado de Francia. Pero cuando sir Charles sugirió que sería necesario disolver la regencia, organizar elecciones libres y formar una asamblea verdaderamente representativa, el emperador respondió: "Eso sería reconocer una culpa, y en Francia no me está permitido cometerla". Así, pues, continuará la política emprendida. Si el archiduque plantea condiciones inaceptables, Napoleón se volverá a España que conserva en México a muchos fieles. Incluso se ha pensado en un príncipe de recambio: "Monseñor el príncipe de Joinville es el candidato que debe remplazar a Vuestra Alteza Imperial en caso de necesidad". En una comida íntima a la que asistía sir Charles, el ministro francés de las finanzas, Fould, declaró que esta candidatura ofrecería muchas ventajas: Haría posible colocar en España una parte del empréstito mexicano, siendo el príncipe cuñado de la infanta Luisa Fernanda, hermana de la reina, y también reclutar tropas españolas, lo que permitiría llamar más pronto al cuerpo expedicionario francés. Desde el punto de vista interior, paralizaría la oposición orleanista, tenaz, en el cuerpo legislativo. Fould añadió que era preciso sin más tardanza pedirle a Su Alteza Imperial una franca explicación de sus intenciones y ponerlo "entre la espada y la pared".

Hay suficiente en todo esto para hacer reflexionar al archiduque. Maximiliano se ase de esa corona y Carlota se ase a ella todavía más que él. Actúa la amenaza de un contrincante. Por otra parte, siente muy bien que no puede prolongarse su resistencia. "Se ejerce presión por dos lados para llevarme a apresurar mi aceptación final y mi partida para México". Presión ejercida por Drouyn de Lhuys: cuando Maximiliano haya asumido la dirección del gobierno mexicano, el gobierno francés, actualmente muy molesto, se sentirá grandemente aliviado. Por los monárquicos y los clericales de México: tienen necesidad de la presencia de Maximiliano para sostenerlos contra los liberales. El archiduque sabe todo esto y ve claramente la situación. Además, ha entendido que todos los esfuerzos intentados para obtener la garantía inglesa, son inútiles.

El día de Navidad de 1863, Maximiliano y Carlota toman su decisión. El día 26, T'Kint de Roodenbeke, el diplomático

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

belga de confianza, deja Miramar para volverse a Viena y a París. Lleva la respuesta del archiduque. Este último le escribe a su hermano: "Es imposible tener durante más tiempo en suspenso a los mexicanos. Ya no puedo continuar queriendo imponer condiciones que ahora sé que son irrealizables". Le hace saber a Napoleón III que asumirá todas sus responsabilidades desde el momento en que las ciudades de Morelia, Querétaro, Guanajuato y Guadalajara se pronuncien, porque podrá considerar que un número suficiente de mexicanos lo ha llamado a reinar. Pide algunas "garantías esenciales": la presencia en México durante seis años de a lo menos diez mil hombres; la seguridad de que estas tropas permanecerán hasta que un cuerpo de la misma importancia, reclutado en Europa, esté listo para tomar el relevo del anterior. Ya no se discute la garantía inglesa.

"¡Pobre joven!, anota Motley, ministro de la Unión en Viena... Cree firmemente que va a México a establecer allí un imperio americano, y que es instrumento de una misión divina que consiste en aniquilar al dragón de la democracia, y a restablecer a la verdadera Iglesia, el derecho divino y todo el trémolo..." Considera por lo demás a este asunto como "muy grave y amenazador para la Unión".

* * *

Durante las recepciones de Año Nuevo, en enero de 1864, el ministro de la Unión en París, Dayton, le declara a la emperatriz Eugenia al interrogarlo ésta sobre los problemas políticos mexicanos: "Señora, la guerra de secesión toca a su fin y el Norte obtendrá la victoria. Francia será obligada a renunciar a su proyecto de México, si no, el archiduque austriaco sufrirá graves disgustos". Estas palabras, si excitan la cólera de la emperatriz (hasta el punto de que Dayton y sus hijas ya no son invitadas a sus "lunes"), no atenúan en nada su entusiasmo. No sucede lo mismo con Napoleón, el cual, desilusionado, ya no procura sino limitar los riesgos.

Se han hecho advertencias serias que son ataques contra la policía mexicana del régimen. En *Le Mexique et les Etats-Unis* (México y los Estados Unidos de Norteamérica), obra de tono muy moderado, Mercier de la Combe ha sacado a luz los peligros y las dificultades de la expedición. Y Forcade, en la *Revue des deux mondes*, ha predicho que, una vez terminada la guerra civil, el sentimiento popular americano apremiará

al gobierno para que imponga la doctrina Monroe por la fuerza de las armas.

En la apertura de la sesión del cuerpo legislativo, en noviembre de 1863, el emperador reconoció, en su discurso, que había habido en México una "resistencia inesperada", pero que los soldados franceses habían sido acogidos como libertadores. "Nuestros esfuerzos no habrán sido vanos y seremos recompensados por nuestros sacrificios cuando los destinos del país hayan sido confiados a un príncipe a quien talentos y virtudes hacen digno de una tan noble misión..." Intenta justificar su política añadiendo: "¿Cómo desarrollar nuestro comercio si abdicamos de toda influencia en América y en Asia?"

Pero ya no es sólo la oposición la que actualmente lo censura. A Picard y a Jules Favre que condenan, les hacen eco partidarios del régimen como Jérôme David quien comprueba que el sesgo de los acontecimientos ha causado "una emoción profunda en el país" y se pronuncia en favor de un retorno rápido de las tropas francesas. En su informe, el ministro de finanzas dice netamente que Francia desea el final de esta guerra. En cuanto al senado, en su respuesta al discurso del trono, declara que "la empresa gloriosamente empezada debe recibir tan pronto como sea posible una solución digna del emperador y de los intereses franceses".

Napoleón tiene "el oído demasiado fino" —según su propia expresión— para no sentir el estado de espíritu del país. Intenta frenar. Trata de aumentar el número de los hombres de la legión extranjera y le recomienda a Bazaine (16 de diciembre de 1863) llevarla "a una cifra muy elevada tomando indios como soldados". Al mismo tiempo, piensa en obtener la concesión de las minas de Sonora, lo que permitiría un acuerdo para las costas de guerra. Así podría responder a las críticas que se le hacen de despilfarrar a la vez la sangre y el dinero de los franceses en una empresa loca.

En el convenio militar que le propone a Maximiliano, indica las garantías que Francia puede dar: las tropas francesas se retirarán a medida que puedan ser remplazadas por tropas nacionales. Dejarán tras ellas a la legión extranjera —seis mil hombres a lo menos— que permanecerá durante seis años bajo la bandera mexicana.

No es ciertamente lo que ha pedido Maximiliano, el cual solicita el consejo de su suegro. Leopoldo responde inmediatamente. Es política demasiado fina para no ver en ella las intenciones de Napoleón. "El emperador tiene un deseo: retirar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su ejército de México. Si el asunto fracasa, entonces se lava las manos respecto de él. Es, pues, necesario un documento escrito, lo mismo que sobre la gradación según la cual deberán ser retiradas las tropas francesas". Punto de capital importancia. "Mientras más largo tiempo se queden los franceses, será preferible, porque ése será tu principal apoyo". Debe haber ahí, "algo oficial firmado en nombre del emperador por sus ministros y tu encargado de asuntos, ratificado por ti y el emperador..." Así pues, necesidad de obtener un compromiso solemne, y también dinero. "Sin un préstamo y sin un convenio militar, yo no me iría". En suma, es necesario mostrarse exigente, dice, puesto que "tú sacas las castañas del fuego para el emperador Napoleón".

Tal es el consejo de Leopoldo. Maximiliano lo sigue. Le escribe a Napoleón para pedirle una ayuda financiera y militar.

* * *

El 31 de enero de 1864, Carlota, al escribirle a su abuela, la reina Amelia, le dice que Maximiliano no ha aceptado todavía oficialmente el trono de México, pero que está muy decidido a hacerlo sin renunciar por lo demás a sus derechos de príncipe austriaco. La empresa será difícil, pero no imposible, "sobre todo para Max". Si por desgracia no tuviese éxito, "el archiduque sigue siendo el primero de la Casa de Austria y no cede ni una pulgada de los derechos de su nacimiento... No ha, pues, cambiado nada en su posición, nada se ha modificado en las más lejanas eventualidades de la fortuna..." Es decir, que si Francisco José no deja heredero varón, es Maximiliano quien debe sucederle. Ahora bien, Francisco José tiene un hijo, Rodolfo, muchacho enclenque...

En suma, Maximiliano puede sin riesgo, cree Carlota, intentar la aventura. Pronto irá la joven pareja a París, a donde Napoleón invitó al archiduque a que viniera porque el tiempo apremia. "Después del discurso de Rouher que produjo gran efecto en Francia, la opinión es muy favorable para negociar un empréstito y todo lo que pueda ser útil a vuestro gobierno". La opinión: es decir, la banca, que cuenta mucho, en esta época en que los grandes trabajos se multiplican, con explotar ese dominio nuevo de México donde hay tanto quehacer. A decir verdad, Napoleón tiene una prisa: saber que Maximiliano ya ha partido. "Ahora es asunto suyo imponerse a México", le dirá muy pronto al general Du Barrail.

Es necesaria evidentemente la presencia de Maximiliano para arreglar las cuestiones de empréstito, de garantías militares, primordiales para el nuevo régimen. Y luego, con esta visita el archiduque se verá comprometido. Así, Napoleón, ha decidido que se le recibirá con los honores imperiales. Maximiliano, que ve bien el juego del emperador de los franceses, preferiría el incógnito, la intimidad de una recepción amigable. Pero, ¿cómo resistir a las voluntades de Napoleón?

La víspera de la partida, el 4 de marzo de 1864, lo espera una desagradable sorpresa. Francisco José le remite un memorándum intitulado *Anotaciones sobre la cuestión de la dinastía*. Le encargó al historiador Von Arneth estudiar la ley de la sucesión de los Habsburgo, y la conclusión es tal como la desea Francisco José. En caso de que éste muriese, Maximiliano sería de derecho regente durante la minoría de Rodolfo. Ahora bien, convertido en soberano de México, ¿cómo podría ejercer estas funciones? Sería extraño, por el hecho de su ausencia, a las cosas austriacas. ¿Volver a Europa? Pero entonces le causaría un perjuicio a México, su país de adopción. Más vale, pues, para el archiduque, que renuncie a sus derechos.

El golpe es rudo. Francisco José quiso preparar a su hermano para esta idea. Ahora el asunto mexicano ha avanzado demasiado para que el archiduque, según parece, ni pueda ni quiera retroceder. Maximiliano, unos días más tarde, responderá que se reserva examinar de cerca este documento. Cuenta con refutar, con argumentos históricos, los argumentos históricos que se le oponen.

En París se ha preparado un recibimiento fastuoso. La acogida que se reserva para los soberanos reinantes. En las Tullerías, Napoleón, que descendió seis escalones de la gran escalera, abraza al archiduque y toma a Carlota de la mano para conducirla al salón donde la espera la emperatriz. Se suceden las comidas y las veladas a las que asiste el cuerpo diplomático completo, a excepción del ministro de los Estados Unidos de Norteamérica. Caza en Versalles; gran velada en la ópera. Y dondequiera, aclamaciones populares. Esta joven pareja, elegante, simpática, suscita amistoso interés. En las calles, cuando pasa el carruaje de Carlota, gritan: "¡Buena suerte, señora archiduquesa!" Y, cosa que Maximiliano juzga de buen augurio, el general González de Mendoza, segundo del general Ortega en la defensa de Puebla, y actualmente prisionero de guerra en Francia, pide serle presentado. Este republicano se adhiere al emperador.

Sin embargo, entre el alta sociedad corre una palabra por los salones: se le llama a Maximiliano *l'archidupe*, el archi-

primo, el architonto. Y una tarde después de una comida en la que Carlota se ha mostrado festiva, Napoleón, pensativo, le confió al duque de Sajonia-Coburgo: "Es un asunto muy malo. Yo, en su lugar, jamás habría aceptado". Busca el modo de zafarse de la mejor manera posible de este "mal asunto". Maximiliano no ha venido a gozar de las mundanidades parisienses, sino para estudiar los términos de un convenio que debe garantizar los intereses franceses. Es objeto de numerosas conversaciones que tienen lugar en el gabinete del emperador.

Cuestión del dinero: el gobierno de Maximiliano reconoce una deuda de doscientos setenta millones hacia Francia —cifra monstruosa, aplastante, para un Estado desorganizado y arruinado— que cubre los gastos de expedición hasta 1864. Luego, el gobierno mexicano se compromete a pagar mil francos por año y por soldado francés. Maximiliano duda. ¿Conoce los cálculos de Thiers que precisan que si todo va bien, el presupuesto del Estado mexicano será apenas, durante largo tiempo, de cien millones al año? Suma irrisoria respecto de las necesidades de México. Éste deberá remitir inmediatamente a Francia sesenta y seis millones en títulos del empréstito a la tasa de la emisión. "Cargas enormes, he aquí el reverso de la medalla", dice Metternich. Se encargarán de esta operación financiera muchos grandes bancos de París y de Londres, Hottinguer, Fould, Niollet y Glyn. "Hay gran intriga entre los capitalistas franceses, anota Cowley, embajador de Inglaterra. Quieren tener a su merced la banca nacional de México".

Cuestión militar: veinticinco mil soldados franceses permanecerán en México hasta el momento en que puedan ser remplazados por tropas que reclutará el emperador de México. La legión extranjera, cinco mil hombres, permanecerá durante lo menos ocho años. Artículo secreto: la promesa hecha por Napoleón de que los efectivos franceses serían reducidos gradualmente, de suerte que veinte mil hombres estarían todavía presentes a fines de 1866. El emperador da su palabra de que "cualesquiera que sean los acontecimientos que pudieran producirse en Europa, no le faltará jamás la ayuda de Francia al nuevo imperio". Maximiliano puede estar satisfecho de estas cláusulas. Ha tenido éxito —y esto lo subraya Cowley en una carta a lord Russell— "en hacerle compartir sus dificultades a su imperial protector".

Pero Napoleón ha delineado un plan según el cual, la provincia de Sonora, reputada por sus minas de plata, permaneciendo bajo la soberanía de México, estaría durante un periodo de quince años "bajo la protección directa y soberana

de Francia", teniendo únicamente los franceses derecho de prospección y de extracción mediante un derecho de diez por ciento al tesoro mexicano. Maximiliano rehúsa. Considera con justo título que este privilegio otorgado a una potencia extranjera sería mal visto por los mexicanos. Napoleón no insiste: para él, lo esencial, es que parta Maximiliano. En este momento le parecen favorables las condiciones: está "muy contento con las noticias recibidas de México". Bazaine informa de numerosos éxitos. La única cosa que lo inquieta, "es el voto por el archiduque". ¿Será unánime y se podrá tener un sufragio que, a los ojos de Europa, tenga ciertamente la apariencia de un deseo nacional? "Esforzaos en arreglar eso lo mejor posible", le escribió a Bazaine el 15 de febrero.

El convenio de Miramar que será firmado el 10 de abril quedará, pues, fijado de ahora en adelante. Pueden ahora separarse. Napoleón se siente aliviado. Maximiliano, ahora, ya no puede retroceder. Los adioses son muy amistosos. Eugenia le entrega a Maximiliano un medallón de oro. "Para que os dé suerte", dice. Unos días más tarde, intercambio de cartas: "La graciosa acogida que Vuestras Majestades se sirvieron hacernos no se borrará nunca de mi memoria, y me atrevo a suplicarles que estén persuadidos de que, en cualquier circunstancia, hallaréis en mí un corazón que está sinceramente ligado a vosotros..." Y Napoleón responde en el mismo tono: "Os ruego contar siempre con mi amistad... Podéis estar seguros de que no os faltará mi apoyo en el cumplimiento de la tarea que emprendéis con tanto valor..."

De París, Maximiliano y Carlota van a Inglaterra, acompañados hasta Calais por la condesa de la Poëze y por el almirante Jurien de la Gravière. Quizá con la secreta esperanza de obtener un testimonio de simpatía del gabinete británico. Si la reina les expresa sentimientos afectuosos, el gobierno no modifica en nada su postura de desconfianza, incluso de hostilidad. No obstante, Palmerston da a entender que el día en que el imperio sea un hecho cumplido, Inglaterra podría reconsiderar la cuestión. No tiene ninguna confianza en la empresa. Para él, Maximiliano sucumbirá en la tarea, siendo, el pueblo mexicano, degenerado, sin porvenir y llamado a desaparecer "como los pieles rojas ante los blancos".

Para Carlota, esta visita a Inglaterra era sobre todo una visita a su abuela la reina María Amelia, que habita en Claremont. La joven siempre ha sentido un tierno respeto por la abuela que encuentra de nuevo en ella la imagen de una querida hija demasiado pronto desaparecida. María Amelia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bendice a sus nietos, pero en el momento de la partida, violentamente agitada, se derrumba gritando: "¡Serán asesinados! ¡Serán asesinados!" Carlota tiene "el corazón muy destrozado", pero, enérgica, no manifiesta nada, en tanto que Maximiliano, naturaleza muy sensible, no puede disimular su emoción y se deshace en lágrimas. Lo que hace decir a la pequeña Blanca, de seis años, hija del duque de Nemours, y estas palabras resuenan en el silencio: "Generalmente son las mujeres las que lloran, pero ahora, es un hombre".

* * *

El 19 de marzo, Maximiliano y Carlota están en Viena. Los reciben los soberanos. Visita oficial al emperador y a la emperatriz quienes, protocolariamente, la corresponden una hora después. Homenaje de los archiduques y del cuerpo diplomático y gran comida de corte.

En la intimidad tiene lugar una discusión muy áspera a propósito de los derechos sucesorios de Maximiliano. Francisco José ha decidido exigir de su hermano una renuncia total. Es buena la ocasión para desembarazarse de él: se torna peligroso con sus ideas liberales, y tanto más cuanto que los pueblos de la monarquía están descontentos. Al presente está demasiado comprometido para retroceder y es preciso forzarlo a aceptar las condiciones que lo apartarán para siempre del trono austriaco. Mucho más tarde, Isabel evocará estas horas dramáticas: "Jamás olvidaré la terrible escena que hubo con el emperador, aquí mismo en la Hofburg. Finalmente, dejó escapar, sintiéndose al cabo de sus fuerzas: «Oh, Dios mío, dadme fuerzas para cumplir con mi deber». Tenía el rostro descompuesto. Yo sentía ganas de gritar. Y aquella Carlota, sonreía, ¡oh!, tan innoblemente..." Y, cruel, Isabel llama a Carlota "el ángel de muerte de Maximiliano".

Sin embargo, el archiduque no ha cedido todavía. Se recobra al día siguiente cuando Rechberg viene a ponerle ante los ojos de parte de Francisco José un documento que le pide que firme. Es el pacto de familia. Maximiliano debe renunciar solemnemente para sí y para sus herederos a todos sus derechos de sucesión mientras esté vivo un representante masculino de la casa imperial de Habsburgo. Debe renunciar a todos los derechos que le da su nacimiento y, en particular, a los derechos financieros, a toda parte de herencia, a todo derecho de tutela sobre un príncipe austriaco. Firmar ese papel es romper todos los lazos que lo ligan con su familia.

Indignado, Maximiliano rehúsa. Entonces, dice Rechberg, el emperador no lo autorizará a aceptar el trono de México. Después de tener conocimiento de la respuesta de su hermano, Francisco José le envía a éste una carta oficial: está obligado a exigir una renuncia de Maximiliano en los términos estipulados por el pacto de familia, antes de dar su asentimiento al proyecto mexicano. "En el caso de que Vuestra Alteza no pudiera resolverse a ello y, yéndose, prefiriese renunciar a la corona que se le ofrece, yo me encargaría de explicar vuestro rechazo ante el extranjero y sobre todo ante la corte imperial francesa".

Maximiliano va a casa de su madre, la archiduquesa Sofía, con la esperanza de que ella lo respaldará. En efecto. Ambos van juntos ante el emperador, el cual permanece inflexible. Sofía, irritada, sale del palacio imperial para ir al castillo de Laxenbourg, en donde se le unen Maximiliano y Carlota. Solos, sin escolta, salen de Laxenbourg el día 24 por el expreso de Trieste que se detiene, para recogerlos, en la pequeña estación de Baden. El archiduque, resentido, exhala su rencor.

Le escribirá a Francisco José. "El 3 de octubre del año pasado y con la aprobación de Vuestra Majestad, le di con toda lealtad mi palabra... a un pueblo que se volvía hacia mí, confiando en un porvenir mejor... Como lo hice sin conocer entonces la condición que ahora se me impone... actué de buena fe... y me vería reducido a la triste necesidad de decirle al pueblo mexicano las causas de mi rechazo..."

Ante esta actitud, Francisco José envía a su primo, el archiduque Leopoldo, a Trieste, para que lleve una orden: exige la firma de Maximiliano. Éste se obstina. ¿Qué hacer? Leopoldo, molesto, le telegrafía al emperador, el cual sostiene su orden. ¿Qué hacer sino trasmitirla al interesado? E irse, una vez terminada su misión.

La diputación mexicana espera, en Trieste, presentarse en Miramar para la ceremonia oficial de la aceptación de la corona. Jornada febril el 27 de marzo. Exasperado, Maximiliano redacta una carta para su hermano, una carta que no será enviada, en donde le anuncia que irá a Roma a fin de exponerle el conflicto al Padre Santo. Y por su parte, Francisco José, alarmado, se inquieta por el discurso que deberá dirigirles Maximiliano a los mexicanos. Quiere conocer sus términos. Que se aplace la recepción hasta el momento en que pueda estar de acuerdo con su hermano. Pero ante la obstinación de éste, le ruega al embajador de Francia, el duque de Gramont, que le telegrafíe a Napoleón III para que intervenga en persona.

*
* *

Al recibo de este telegrama, hay consternación en las Tullerías. Todos los planes del emperador se vienen abajo. ¿Y aquel empréstito mexicano que acaba de ser concluido gracias a su garantía moral? Ya se ha inscrito en el presupuesto, para calmar a la opinión, una primera indemnización de cincuenta y cuatro millones para los gastos de la expedición. En cuanto a Eugenia, está aterrada. Por su parte, ha recibido un despacho de Hidalgo, el cual le anuncia que el archiduque estaba decidido a darle las gracias a la diputación mexicana, a partir para Roma y a abandonar Austria. A toda prisa se le envía a Metternich un suboficial que lleva una carta donde la emperatriz expresa su cólera. "No os hablo del espantoso escándalo que habrá para la Casa de Austria. Pero, frente a nosotros, concebís que no hay excusa... no es el momento en que el empréstito está hecho y las estipulaciones firmadas, cuando venís a presentaros vuestro ultimátum con un asunto de familia sin consecuencias, en comparación con el barullo en que arrojáis a tantas personas..."

Muy temprano, el 28 de marzo, Metternich va a las Tullerías. Se le recibe mal. "¡Verdaderamente, no tengo suerte con Austria!", exclama Napoleón, él, que de ordinario es impasible. "Se diría que a propósito se me quiere poner en dificultades en el último momento". El embajador intenta explicar que un Habsburgo, según las leyes de su casa, debe renunciar a sus derechos en la sucesión si quiere reinar en un país extranjero. Pero, objeta Napoleón no sin razón, el archiduque debería haber sabido esto. Metternich no puede más que "gemir" por este escándalo que es la desavenencia entre los dos hermanos.

El emperador telegrafía, apelando a los sentimientos que pueden mejor conmover a Maximiliano. "Vuestra Alteza Imperial está comprometido por honor conmigo, con México; con los suscriptores del empréstito... Me parece imposible una negativa".

Envía a Miramar a su ayuda de campo, el general Frossard, militar enérgico, encargado de entregarle una carta personal al archiduque y de hablarle francamente. Una carta "un poco severa". Maximiliano se ha comprometido ante el emperador, ante México, ante los suscriptores del empréstito. Las circunstancias son graves. Cómo decirle al mundo que "esos intereses de familia os obligan a burlaros de todas las esperanzas que Francia y México han puesto en vos". Es preciso que las cosas se arreglen, insiste Napoleón, el cual termina cargando el acento sobre el argumento supremo, "porque ahí está en juego el

honor de la Casa de Habsburgo". Estas palabras herirán a Maximiliano en el punto más sensible. En el último momento se le envía a Frossard un segundo pliego que contiene detalles más técnicos tocante al empréstito. Éste ha recibido también la misión de volver sobre la cuestión de las minas de Sonora para obtener su concesión, rehusada por Maximiliano.

Frossard llega a Viena el 30 de marzo. Durante los días precedentes, los mexicanos presionaron a Maximiliano para que aceptara lo que su hermano le pedía. Después de todo, ¿qué importa, puesto que tendrá el trono de México? Pero el archiduque no está todavía pronto para acceder. ¿Le parece el trono mexicano demasiado frágil para renunciar a sus derechos en Austria? Sin embargo, le responde por telegrama a Napoleón: la recepción de la diputación queda aplazada, dice, y está en marcha una negociación. "Por afecto personal" hacia el emperador de los franceses, llegará "hasta los extremos límites de lo que le puede permitir su honor"; le fue remitido la víspera de su partida para Miramar un documento "inaceptable", sin que "jamás se le hubiera mostrado previamente".

El 29 de marzo, no sin esfuerzo, le escribió a Francisco José para hacerle saber que renunciará a su derecho de sucesión a condición de que su heredad vitalicia le sea continuada y de que se sostengan las promesas a propósito del reclutamiento de los voluntarios. Además, reclama una cláusula confidencial, que es testimonio de una falta de confianza en "la gran empresa": en caso de que renunciara o fuese obligado a renunciar en México, pide que se le reintegre a sus derechos primitivos; asimismo, su viuda y sus hijos serán reintegrados a los derechos de los archiduques austriacos, si debieran renunciar a su posición en México.

Desde su llegada, Frossard ve a Rechberg y luego a Francisco José, el cual lo escucha pero no promete nada. Sin embargo, le escribirá tres cartas a Maximiliano de su puño y letra, el 31 de marzo y el 1 de abril. Para animar a su hermano a fundar un nuevo imperio en México, decide continuar el pago anual del patrimonio, ciento cincuenta mil florines, y hacer reclutar seis mil voluntarios. Por otra parte, si Maximiliano se viese forzado a salir de México, "su amor fraternal" haría por él y los suyos todo "lo que fuese compatible con los intereses de su imperio". Promesa demasiado vaga. ¿Bastará para hacer que Maximiliano firme la renuncia?

1 de abril: discusión apretada entre Frossard y el archiduque. El general se apoya pesadamente en los términos de la carta de Napoleón. Los sentimientos personales de Maximiliano deben pasar después de sus compromisos hacia Francia. Carlota,

presente en la conversación, se encoleriza. "General, sabemos muy bien que le haremos un servicio al emperador Napoleón si vamos a México". Repite lo que su padre, el rey Leopoldo, ha dicho tantas veces. Brutalmente, Frossard responde que el servicio es recíproco.

Al día siguiente llegan a Miramar los tres billetes de Francisco José. Maximiliano y Carlota pesan los términos de ellos. No los satisface este examen minucioso. El archiduque le escribe a Francisco José y se declara muy conmovido por sus palabras de amor fraternal, pero vuelve a la carga para obtener seguridades más formales. Carlota misma llevará esta carta. Y parte de prisa al día siguiente, 3 de abril.

El emperador en persona la recibe en la estación. Se hospeda en el palacio imperial. Pero estas muestras de respeto no modifican en nada las intenciones de Francisco José. Sus actos, dice, son dictados por la razón de Estado, puesto que se trata de la sucesión a la corona austriaca. Desde el día 4 de abril, Carlota entabla la lucha, una lucha difícil. Se bate y se debate. Recurre a su padre a quien consulta por telégrafo. "¿Es preciso preferir porvenir, renuncia o compromiso? Ruego tu consejo. Las cosas están demasiado embrolladas..." Discute palmo a palmo, durante horas, refutando todos los argumentos de su cuñado. Por lo menos, eso cree ella. Pero no tiene éxito en conmoverlo. Francisco José le promete una sola cosa: restablecerá en provecho de Maximiliano el derecho a las donaciones y disposiciones testamentarias y, en caso de retorno de México, éste tendrá a su disposición su patrimonio de ciento cincuenta mil florines.

Y hace un gesto de cortesía: irá, le dice a Carlota, a Miramar en donde se firmará el acta. "El emperador de Austria será el huésped del emperador de México". Consultado, Maximiliano acepta. La visita tendrá lugar el 9 de abril.

En el curso de su estancia en Viena, Carlota recibe dos cartas de su padre. En la del 5 de abril, Leopoldo afirma "que no es preciso renunciar a nada de lo qué le pertenece a Maximiliano por derecho de nacimiento". Hay, dice, príncipes austriacos que muchas veces reinaron en Estados extranjeros sin renunciar a sus derechos. "No es preciso renunciar a nada", repite. Pero tampoco hay que defraudar a los mexicanos. "Ya no es posible retroceder; las cosas han ido demasiado lejos... En resumen, no renunciéis a nada. No abandonéis sin embargo la empresa, porque esto suscitaría grandes problemas".

El 6 de abril, Carlota está a punto de partir. Tiene una idea que le comunica a su padre. "¿Qué pensáis acerca de partir a bordo de la fragata francesa que está en Trieste y

de una aceptación en Roma o Argel? Sería, creo yo, la única manera de conciliar el mantenimiento de los derechos y México". El mismo día le llega un telegrama enviado por Leopoldo, sobre el deseo de Napoleón III que ha movido todo para pesar en la voluntad de Maximiliano. "Es casi imposible romper con los mexicanos. Esta ruptura provocaría una confusión sin nombre. Debemos tratar, por todos los medios posibles, de llegar a una transacción".

Carlota decide intentar un último esfuerzo. Pero ha agotado todos los argumentos. Queda una esperanza: la intervención de la archiduquesa Sofía. Pero ésta rehúsa. Entonces la joven, desalentada, le telegrafía a su padre antes de abandonar Viena. "Obtenido nada. Max no puede, sin deserción, salir de Austria sin haber renunciado..." El 7 de abril está de retorno en Miramar.

* * *

Durante su ausencia, Maximiliano se dejó llevar por sombríos pensamientos. Rumia las dificultades, los obstáculos que se levantan ante él. ¿Piensa verdaderamente en renunciar al trono? Ante un amigo pronuncia unas palabras que pudieran hacerlo creer así. "Por mi parte, si alguien viniese a anunciarme que todo había terminado, me encerraría en mi recámara y saltaría de alegría. Pero, ¿Carlota?..."

En su soledad, medita acerca de aquel poema escrito ayer que expresa su estado de alma, de su alma descuartizada entre el deseo de la gloria y la tentación de las ensoñaciones poéticas.

¿Es, pues, necesario dejar por siempre mi querida patria
dejar por siempre el país de mis primeras alegrías?
¡Queréis que abandone mi dorada cuna
y que rompa el lazo sagrado que a ella me une!

...Queréis seducirme con el atractivo de una corona,
queréis deslumbrarme con locas quimeras.
¿Debo prestarle oído al dulce canto de las sirenas?

...Me habláis de cetros, de palacios y de poder.

...¿Será preciso que os siga hasta lejanas riberas
más allá de las olas del vasto océano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...Queréis tejer de oro y diamantes
la frágil trama de mi vida;
¿pero podréis también darme la paz del alma
o acaso es la riqueza, ante vuestros ojos, felicidad?
¡Oh! Dejadme seguir en paz mi tranquilo camino.

...Creedme, el trabajo de la ciencia y el culto a las musas son más dulces que el brillo del oro y de la diadema.

Cuando vuelve Carlota, lo encuentra presa de la desesperación. Pero, enérgica, ella le expone la situación. No hay compromiso posible. Es preciso escoger: renunciar a los derechos de príncipe austriaco, o al trono de México. En cuanto a ella, su elección está hecha. Habiendo tomado una decisión, Maximiliano, en la noche del 8 de abril, le escribe a Francisco José que está pronto a firmar el pacto. Y a Napoleón: "Mantuve mi palabra según la cual me he comprometido, por sincero apego a vuestra persona, a hacer todos los sacrificios compatibles con mi honor. Mi conducta, en todo este asunto, siempre ha sido recta y leal".

* * *

Ya no es hora de quejas ni de tergiversaciones. Al presente, Maximiliano está comprometido. Y de manera definitiva.

El 9 de abril a las ocho de la mañana, Francisco José desciende del tren especial que lo ha conducido de Viena a la pequeña estación que asegura el transporte a Miramar, donde lo espera Maximiliano. Al bajar del vehículo, ambos se encierran solos en la biblioteca. La conversación dura largo tiempo. Los oficiales de cuarto de la *Novara* y de la *Themis* que están anclados ante el castillo, observan que el archiduque, durante un momento, sobre la terraza, camina "afiebradamente". Luego, uno de sus oficiales viene a buscarlo y lo hace entrar de nuevo. Cuando, hacia las once horas, aparecen Francisco José y Maximiliano en el gran hall, la emoción es visible en sus rostros crispados.

Allí los esperan los miembros de la familia imperial y los grandes personajes de la monarquía: los archiduques Carlos Luis y Luis Víctor, hermanos menores; luego José Leopoldo, Carlos Salvador, Rainer, Guillermo; los ministros de Schmerling y Rechberg y los cancilleres de Hungría, de Croacia y de Transilvania.

Ante esta asamblea firmará Maximiliano lo que ha exigido Francisco José, y renunciará, en acto solemne e irreversible, para sí mismo y para los suyos, a los derechos que le pertenecen por nacimiento. Todo está previsto en los cinco artículos del pacto de familia. Maximiliano es apartado para siempre del trono de los Habsburgo, y de la "tutela de un príncipe hereditario menor". Evidentemente se ha previsto la posibilidad de la muerte de Francisco José, cuyo único hijo tiene seis años. Para siempre, porque el único caso en que Maximiliano podría hacer valer sus derechos a la sucesión, sería en caso de que *todos* los demás archiduques y sus descendientes hubiesen desaparecido. Renuncia también a sus derechos sobre el patrimonio de "la ilustrísima Casa de Austria".

Francisco José pone su firma abajo del pacto, y después de él, Maximiliano. Luego firman los cancilleres. Ya no existe el archiduque Maximiliano. Le ha dejado el lugar al emperador de México. Cuando todo ha terminado, aparece Carlota. Ha ganado la partida. Piensa, quizá, en ese momento, en las palabras de su hermano Leopoldo: "Cuando los Habsburgo se unen a los Coburgo, encuentran siempre nuevas ocasiones de ejercer su legítima pasión del bien, en beneficio de los más diversos pueblos".

Una hora después, parte Francisco José. Cuando sale de Miramar, saluda militarmente a su hermano. Lleva puesto el uniforme, y así lo ordena la etiqueta. Pero cuando, en la estación, está a punto de subir al vagón, se vuelve bruscamente y abre los brazos. "¡Max!", exclama, como antaño. Durante un momento sube de nuevo a los labios la ternura de otros tiempos. Ambos hermanos se abrazan llorando.

* * *

La diputación mexicana pudo creer que se desvanecerían sus esperanzas. Reunida en Trieste, vivió penosos días. Finalmente, sabe que está invitada para que vaya el domingo 10 de abril a Miramar para ofrecerle, de manera oficial, la corona de México a Maximiliano.

Llega a las once horas en las carrozas de gala del archiduque. Los aclama una multitud jubilosa en el parque abierto al público. Luego son introducidos por el conde Zichy, nuevo gran maestre de la casa de la emperatriz, en la sala de honor en donde se hallan, bajo un dosel bordado de oro, Maximiliano y Carlota. Él, en gran uniforme de almirante, azul y oro, y lleva las insignias del Toisón de oro y la gran cruz de San

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esteban, las famosas órdenes austriacas. Ella, con vestido de terciopelo rojo adornado de punto de Bruselas al que enmarca la cinta negra de la Orden de Malta, diadema en la cabeza y collar y brazaletes de diamantes. Ambos causan gran impresión.

En torno de ellos, muchos de los futuros miembros de la casa imperial, la condesa Kollonitz, el conde Karl de Bombelles, amigos personales de Maximiliano, antiguos gobernadores y profesores, compañeros de la marina, notables de Trieste, el general Frossard y el diplomático d'Herbet, representantes de Napoleón III, el ministro de Bélgica en Austria, Monier, y el comandante de la fragata francesa *Themis*.

Gutiérrez está acompañado de Hidalgo y de muchas personalidades mexicanas, entre ellas dos abogados de mucha reputación, Pablo Martínez del Río y Francisco de Paula Aragoiz y Berzábal. Los tres, con arrebatadora elocuencia, le hacen creer a Maximiliano que la nación mexicana, unánime, le ofrece la corona. Como siempre, Gutiérrez multiplica las promesas: el pueblo, dice, le consagra a su soberano "un amor sin fin y una fidelidad inquebrantable". Y, en retorno, el nuevo emperador hará realidad la divisa de sus antepasados: "La justicia es el fundamento de los imperios".

Maximiliano está extremadamente pálido. Sus ojos brillan con un resplandor afiebrado. Parece nervioso. Se leen en su rostro, de rasgos cansados, las preocupaciones y las angustias de los días precedentes. De pie, cerca de una mesa cubierta con los procesos verbales de adhesión al imperio enviados por el comandante en jefe del cuerpo expedicionario francés, responde en español al discurso de los mexicanos. Puede, declara, considerarse como "el elegido legítimo" del pueblo mexicano, y gracias a las garantías dadas por el emperador de los franceses, gracias también al consentimiento del augusto jefe de su familia, puede ahora cumplir la promesa eventual hecha seis meses antes. "Con la ayuda del Todopoderoso, acepto la corona de las manos de la nación mexicana que me la entrega... Ha usado ésta de su derecho de darse un gobierno en armonía con sus deseos y sus necesidades, y ha puesto su confianza en un descendiente de esta casa de Habsburgo, la cual, hace tres siglos, implantó en su suelo la monarquía cristiana". Él no traicionará esta confianza. Una vez asegurado el orden, pondrá a la monarquía "bajo la égida de las leyes constitucionales". Finalmente, anuncia su intención "al partir para su nueva patria", de detenerse en Roma para recibir allí "de manos del Padre Santo sus bendiciones tan preciosas para todos los soberanos" y que lo son doblemente para él, llamado a fundar un nuevo imperio.

Gutiérrez de Estrada toma con sus dos manos la mano de Maximiliano y lo proclama emperador de México, y luego, doblando la rodilla ante él, exclama: "¡Dios salve a Maximiliano, emperador de México!"

Estallan gritos de "¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!" Entonces, el sacerdote de Lacrona, limosnero de Miramar, monseñor George Rachich, seguido de cuatro sacerdotes, de los cuales uno, que es mexicano, lleva el libro de los Evangelios, se adelanta con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano. Ante él, Fernando Maximiliano, con la mano extendida sobre el libro sagrado, pronuncia el juramento con voz donde vibra su profunda convicción: "Yo, Maximiliano, juro ante Dios por los santos Evangelios asegurar por todos los medios que estén en mi mano el bienestar y la prosperidad de la nación, de defender su independencia y de conservar la integridad de su territorio". Después de él, Carlota, repite en español la fórmula que pronuncia el padre Tomás Gomez, de la orden de San Francisco.

En el castillo se iza la bandera mexicana. Se escucha una salva de veintiún cañonazos. Es la fragata austriaca *Bellone*, anclada en el puerto, que saluda a los nuevos soberanos.

Responde la *Themis*. Y también los cañones de la ciudadela de Trieste. Se elevan gritos de todas partes. "¡Viva el emperador Maximiliano! ¡Viva la emperatriz Carlota!" Entre tanto, todos los que han tomado parte en la ceremonia se dirigen a la capilla para asistir al *Te Deum*. Luego el clero conduce de nuevo al emperador a la sala de honor.

Y Maximiliano I llevará a cabo sus primeros actos de soberano. En primer lugar, firmar el convenio elaborado en París unas semanas antes que se convierte en el *convenio de Miramar;* luego, los decretos relativos al empréstito de doscientos millones y los que conciernen al reclutamiento de un cuerpo de dos mil quinientos hombres en Austria y de una legión de dos mil voluntarios belgas, "la guardia de la emperatriz".

Recibe al señor Joaquín Velázquez de León a quien nombra ministro de Estado encargado de formar el gabinete, y al general Woll a quien designa como primer ayuda de campo. Selecciona a sus primeros embajadores, Hidalgo, Arrangoiz, Aguilar, Murphy, los cuales deberán a la mayor brevedad posible trasladarse a sus puestos en París, Bruselas, Roma y Viena. Herzfeld, confidente de Maximiliano, será consejero general y especialmente encargado de velar por la salvaguarda de los derechos dinásticos del nuevo emperador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Visiblemente conmovido, Maximiliano se dirige al ministro de Bélgica, O'Sullivan: "Decidle al rey que, al empezar mi reinado, formulo un voto, que es el de gobernar como él". Y por la tarde, Carlota le telegrafía a su padre: "Aceptó Maximiliano. Dadnos vuestra bendición".

Se había preparado un gran banquete para clausurar este gran día. Pero el emperador tan pronto como terminaron las recepciones, se refugió en su escritorio. Su médico, el doctor Jilek, lo encontró desplomado en la mesa con la cabeza descansando en los brazos. Está agotado. Sus nervios, tensos hasta el extremo por las emociones de los últimos días, cedieron. Sin embargo, quiere hacer un último esfuerzo y presidir esta comida oficial, en donde se reunirán todos los que han tomado parte en las ceremonias de la jornada. Jilek se opone a ello. Maximiliano, presa de fuerte calentura, no puede, en el estado en que se encuentra, mostrarse en público. Que repose; que se cuide. La emperatriz lo remplazará. Y el médico lo conduce al *gartenhaus*, un pabellón aislado en el parque, en donde podrá distenderse, recuperar su equilibrio.

Carlota preside el banquete. Se preparó la mesa en uno de los grandes salones del primer piso. La joven, que tiene a su derecha al cardenal-patriarca de Venecia y a su izquierda al general Frossard, parece radiante. No se notan en ella huellas de fatiga ni de nerviosidad. Continuará en los días siguientes recibiendo ella sola a las personalidades, a las delegaciones que vienen a presentar sus cumplidos, y también, a hacer presente su pena por la partida del archiduque, tan popular. Parece perfectamente a gusto en su nuevo papel y se esfuerza en cumplirlo lo mejor posible. Infatigable, vigila también los preparativos de la partida.

Ha sido preciso demorar esta partida por causa del estado de Maximiliano que permanece en el *gartenhaus*, sin ver a nadie más que a Jilek y sin pronunciar una sola palabra. Cuando Carlota, el 11 de abril, le lleva un telegrama de felicitación de Napoleón III, la despide. "¡No quiero oir hablar de México en este momento!" Sin embargo, consintió en escribir un borrador en el que alude a un malestar "consecutivo a la emoción causada por la llegada de Su Majestad, el emperador de Austria, mi hermano". Carlota se retira, descontenta. Escribe de nuevo ella misma la carta. "Confiando, en efecto, en los sentimientos que siempre me habéis testimoniado, es como espero conducir a buen fin la noble misión de que el pueblo mexicano acaba de investirme. Vuestra bandera y su obra civilizadora me ayudarán en esta obra, en tanto que, por mi parte, me sentiré feliz al ver que se estrechan los lazos

de mutua amistad que nos unen el uno al otro y que unirán a nuestros dos imperios..."

Se fija la partida para el 14 de abril. Ya en París corría el rumor de que Maximiliano no partiría. Ya no puede tardarse más tiempo. Maximiliano, siempre triste, vaga por el castillo y por las calzadas del parque en la mañana de ese día. Todo esto es su obra, una obra construida con amor. Y es necesario que la abandone. Francisco José, celoso siempre de ella, lo ha forzado a ello. No tendrá nada que hacer con ese castillo el emperador de México, dijo, para apoderarse de él. Es cierto que este dominio está gravado con pesadas hipotecas. Para crear esta obra maestra de belleza se ha endeudado Maximiliano, esto ya se sabe, y no hubiera podido hacerles frente a sus obligaciones.

Le dijo adiós a Miramar y a sus servidores. Éstos, reunidos, lo rodean llorando, besando sus manos, los faldones de su traje. Se sintió desgarrado con estas muestras de afecto. Y en el último momento, una hora antes de embarcar, la ciudad de Trieste le envía un rico álbum de marfil que contiene un mensaje firmado por doce mil nombres. ¡Cuánto se le quería en este lugar! ¡Y cuánto ama a esta "querida y bella ciudad" a la que permanecerá ligado por tantos recuerdos "que lo seguirán a lo lejos y serán un consuelo para él!" Cuando llega el podestá a expresarle el pesar de la población, estalla en sollozos. Y llora todo el mundo.

Llega la hora de embarcarse en la *Novara*, la fragata austriaca que deberá conducirlo a su nueva patria. En el muelle se ha reunido una multitud que afluye por todos los caminos. A las dos de la tarde Maximiliano se muestra en la escalinata del castillo con Carlota del brazo y su joven hermano, Luis Victor, a su lado. Descienden lentamente las gradas de mármol mientras que se escuchan las salvas del cañón. La multitud se inmoviliza; se descubren los hombres. Luego, estalla un gran grito en todos los pechos. Y una música militar entona el himno austriaco,

Dios guarde, Dios proteja
a nuestro emperador y a nuestro Imperio.

que todos cantan a coro. Inmediatamente después se escuchan las primeras notas del himno nacional mexicano, compuesto en París, que todos escuchan en silencio.

Cuando enmudece la música, se difunden los gritos de: "¡Hasta la vista!" Se arrojan flores y la multitud se aprieta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para acercarse a Maximiliano. Tiene el rostro descompuesto, los ojos empañados. Se ve que tiene necesidad de toda su energía para contenerse. Cerca de él, resplandece Carlota.

La *Novara,* que durante muchos días ha permanecido ante Miramar, tiene izada en la popa la bandera mexicana. Se destaca sobre un cielo sin nubes, inundado de sol. Un bote con colgaduras en rojo y oro espera a la pareja imperial para conducirla a bordo.

En el momento en que ésta va a embarcar, se le entrega a Maximiliano un telegrama de su madre. "Adiós, nuestra bendición de papá y mía, nuestras oraciones y nuestras lágrimas, te acompañan. Que Dios te proteja y te guíe. Por última vez, adiós en la tierra natal en donde desgraciadamente no deberemos verte más. Te acompaña nuestra bendición y nuestro corazón profundamente entristecido". Ni una palabra para Carlota. Sofía, que siempre se mostró hostil al proyecto mexicano, ¿le guarda rencor por haber arrastrado a Maximiliano a esta aventura?

Maximiliano se contiene. Aprieta las manos que todavía se le tienden. Luego le ayuda a Carlota a tomar lugar en el bote. La sigue, y entonces se deja llevar de su emoción. Carlota le dice a la condesa Zichy-Metternich: "¡Mirad cómo llora el pobre Maximiliano!"

Repercuten en ecos las vivas de la multitud que continua arrojando flores. Se agitan centenares de pañuelos. Saludan los fuertes con todos sus cañones. El emperador y la emperatriz suben a bordo de la *Novara* que inmediatamente leva anclas. El *Bellone,* el yate imperial *Fantaisie* y seis vapores de Lloyd, todos con las oriflamas al viento, la seguirán hasta el cabo de Istria. Innumerables barcas de pescadores llegadas de Istria, la escoltan. La corbeta francesa *Themis,* la acompañará hasta Veracruz.

En la *Novara,* Maximiliano corre a encerrarse en su cabina. Lentamente se esfuma Miramar y luego desaparece en la lejanía. De pronto se levanta un viento nordeste, fuerte, frío.

* * *

Unos días antes, el *attaché* norteamericano John Lothrop Motley, le escribía desde Viena a una amiga inglesa, lady William Russell: "Respecto de mí mismo, jamás he sido gran admirador de la sagacidad tan alabada de Luis Napoleón. Pero en esta ocasión, me siento obligado a reconocerla. La manera como ha dirigido a este pobre joven, es una de las más bellas

jugarretas que jamás se haya visto. El partido clerical que apeló a la ayuda de los franceses, los rechaza furiosamente ahora, jurando que ha sido más furiosamente despojado por ellos que por Juárez y sus amigos... El pobre Maximiliano, desde su llegada a aquellas tierras, pondrá el pie en un avispero. Se dice que no tiene ni un céntimo. Luis Napoleón sacará de él todo lo que pueda..."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

HACIA MÉXICO

MAXIMILIANO ES UN MARINO. En las horas difíciles, el mar le era benéfico. También en esta ocasión va a calmar su confusión, su tristeza. Al día siguiente de la partida, aparece, sonriente, en el puente de la *Novara* charlando con los miembros de su séquito y de la tripulación. Se siente completamente feliz cuando, pasando cerca de la isla de Brioni, en el punto extremo de Istria, ve reunida, para festejarlo, a la flotilla de los pescadores del Adriático.

El mar está tranquilo. Únicamente un leve balanceo apenas perceptible. Y bello también, unas veces de un azul de lapislázuli, y otras de un verde esmeralda. Los pasajeros que, en este navío tan cómodo disponen de cabinas lujosamente amuebladas, pueden con toda calma admirar la belleza de los paisajes. El día 16 están frente a Otranto y saludan de lejos a Corfú. Luego se rodea el talón de Italia. Sicilia: ven el monasterio benedictino de San Plácido que, encaramado en una roca, domina el estrecho; Mesina, apoyada en sus montañas; flota en el aire el perfume de los naranjales. Cree uno vivir un sueño de poeta, dice Carlota. Pasando a lo largo de las islas de Lípari se ve, emergiendo del mar, el Estrómboli humeante, que, en la noche, parece un faro.

El 18 de abril, la *Novara* llega a Civita Vecchia. Maximiliano ha querido que su primera visita fuera para el Padre Santo. Cree que es emperador por voluntad de un pueblo, pero tiene que serlo, como todos los soberanos de su raza, por la voluntad de Dios y tiene necesidad de la bendición del Papa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el momento en que la *Novara* echó el ancla ante Civita Vecchia, llega a bordo el conde de Montebello acompañado del señor de Sartiges, ministro de Francia. Se presentan en seguida los representantes de Bélgica y de Austria ante la Santa Sede. Finalmente llega un cardenal enviado por el Papa. A todos se les recibe con los honores debidos a su rango. Se ven sobre el puente toda clase de uniformes. En torno del navío izan sus banderas barcos de muchos países y los marineros agitan sus gorras. Truena el cañón y resuenan aclamaciones.

Se conduce a tierra a los soberanos. Desde el momento en que ponen el pie en suelo italiano, se dejan escuchar músicas militares francesas y la música pontifical. La condesa Kollonitz, dama de honor de la emperatriz, nota que "todo tiene lugar aquí por gracia del emperador de los franceses". Hacen valla tropas francesas, saludan sables y bayonetas francesas y son carrozas francesas las que transportan a la estación a Maximiliano y a Carlota. Éstos suben a un tren especial que los conducirá a Roma.

En Roma, una vez más, "pantalones rojos y bigotes". Pero son prelados, el cardenal Antonelli, secretario de Estado, y monseñor de Mérode, belga de nacimiento, ministro de las armas pontificales, los cuales reciben, a nombre del Padre Santo, al emperador y a la emperatriz. La guardia pontificia les rinde honores y, desde el momento en que salen de la estación, una multitud que se amontona a su paso los aclama hasta el palacio Marescotti en donde se hospedarán. Este palacio fue puesto a su disposición por Gutiérrez de Estrada, su propietario. Es "encantador", declara entusiasmada Carlota. Maximiliano parece "radiante, lleno de gracia y animación", observa monseñor de Mérode.

Por orden de Napoleón III, las tropas francesas rodean el barrio y vigilan los alrededores. "Saben bien los franceses por qué lo protegen tan bien, porque no hallarían fácilmente a otro hombre dispuesto a aceptar la corona de México", anota Muller, un alemán malévolo pero lúcido.

En la noche misma de su llegada, los soberanos, ambos siempre apasionados de las nuevas visiones que ofrecen los viajes, quieren ir al Coliseo. Van allá a las once, con su séquito. La luna está clara, brillante. El espectáculo es "abrumador" de esplendor, al decir de Paula Kollonitz. Y luego, poco a poco, se levanta la neblina, lo invade todo y borra la grandeza romana. Ya no se ve nada.

Al día siguiente se celebra una misa matinal a las siete y media en las catacumbas, y luego, conducidos por monseñor de Hohenlohe y monseñor Nardi, Maximiliano y Carlota van

a recogerse a San Pedro, sobre la tumba de los apóstoles. Finalmente llega la hora de la audiencia pontificia. La emperatriz y las damas de su séquito visten el uniforme de uso: vestido negro de mangas largas y velo negro en la cabeza. Guardias de uniforme, cardenales y arzobispos preceden a la pareja imperial y a su séquito hasta el salón donde el Papa se presentará. Aparece y todos se arrodillan para recibir su bendición. Inmediatamente después, conduce a Maximiliano y a Carlota a su gabinete. Visita en la que no se tocan las cuestiones esenciales para las relaciones futuras de la Iglesia y del Estado mexicano. Cuestiones de las cuales, una, es muy espinosa: la de los bienes eclesiásticos. Por otra parte, Napoleón le recomendó a Maximiliano no abordarla por el momento.

Por la tarde, después de una visita a la familia real de Nápoles, gran comida y recepción en el palacio Marescotti. Una comida de cuarenta cubiertos. Está presente todo el cuerpo diplomático y asimismo los grandes dignatarios pontificios. Está allí el cardenal Antonelli, rostro agudo, inteligente, de aspecto muy joven; y también monseñor de Mérode, antiguo oficial a quien, según declara su vecino de mesa, le va mejor el uniforme que la sotana. La emperatriz lleva una corona de diamantes que realza su belleza. Está feliz. "Todo el mundo ha estado muy amable con nosotros, y la abnegación de que Max da pruebas no retrocediendo ante una tarea tan difícil, parece llegar al corazón de todos", dirá unos días más tarde.

En San Pedro, a la mañana siguiente, temprano, celebra el Papa una misa especial por la pareja imperial. Maximiliano y Carlota reciben la comunión de su mano. Elevando la hostia por encima de sus frentes inclinadas, les dirige algunas palabras: "He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por él reinan y gobiernan los reyes... Os recomiendo en Su nombre la felicidad de los pueblos católicos que os han sido confiados. Grandes son los derechos de los pueblos y es necesario satisfacerlos, pero más grandes y más sagrados son los derechos de la Iglesia... Respetaréis, pues, los derechos de vuestros pueblos y los derechos de la Iglesia, lo que significa que trabajaréis por la felicidad temporal y por la dicha espiritual de esos pueblos..." Estas palabras llevan en sí una advertencia. ¿La entendió Maximiliano? Después de la misa tiene lugar un desayuno íntimo en la biblioteca. Luego se retira la pareja imperial después de haber donado, como dinero de San Pedro, una suma de cuarenta mil francos.

Al mediodía llega Pío IX con gran pompa al palacio Marescotti para devolver oficialmente la visita que se le hizo. Los soberanos lo reciben de rodillas en lo alto de la gran escalera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viejo Gutiérrez llora de alegría. ¡Qué honor para su casa! ¡El Sumo Pontífice viene en persona a su casa para testimoniarle su benevolencia al emperador y a la emperatriz de México! El pueblo, que, siempre curioso por ver a los grandes personajes, se ha amontonado en derredor del palacio, empieza, sin embargo, a murmurar la letra de un pasquín que circula en la ciudad:

Desconfía, Maximiliano,
vuelve pronto a Miramar.
El frágil trono de Moctezuma
es una trampa francesa,
una copa de espuma.
Quien olvida el *Timeo Danaos,*
encontrará, en vez de la púrpura,
la cuerda para colgarlo.

Cuando se retira el Papa, Maximiliano lo acompaña hasta su carroza y, ante los papanatas reunidos, permanece de rodillas en la calle hasta que se aleja el séquito.

Se fija la partida para las cuatro horas. Carlota se aprovecha de las horas que quedan para dar un último paseo en Roma: los jardines del Pincio, la villa Borghese, la fuente de Trevi. Luego vuelen a tomar el tren para Civita Vecchia. En la estación, la multitud aclama una vez más a esta joven pareja, con un entusiasmo en el que se mezcla un poco de aprensión. ¿Qué encontrará en aquel país lejano? ¿La púrpura o la cuerda?

Carlota se lleva un recuerdo deslumbrante de esta corta estancia. Roma la ha "transportado". Esperaba ciertamente que esto fuera bello, conmovedor, pero todo ha estado "por encima de lo que esperaba". La han encantado el arte y la naturaleza, aun cuando todo lo haya visto "corriendo". Pero ésas son vistas que no pueden olvidarse. También ha sido profunda la impresión espiritual. Ha sentido que se exaltaba su fe. "En San Pedro, cuando se ven las palabras inscritas en la cúpula: *Tu es Petrus . . .;* cuando se está ahí donde se encuentra el cuerpo mismo del apóstol, no puede uno privarse de exclamar: "¡Dios mío, creo!" Porque el dedo de Dios y la cadena de la tradición al través de los siglos, son demasiado visibles para no herir al alma con una luz doblemente viva. . ."

Maximiliano no saca nada de su visita, excepto las bendiciones del Padre Santo. No aprovechó la oportunidad de discutir, frente a frente y a fondo, la cuestión religiosa con el jefe de la Iglesia. No "entabló, al decir del cardenal

Antonelli, ninguna negociación relativa a los asuntos de México", y si el Papa, "no firmó ningún concordato, es que no se le pidió que lo hiciera". No fue abordado el problema de las tierras y de los bienes confiscados a la Iglesia. Se decidió solamente que pronto sería nombrado un nuncio, el cual, en México, negociaría con el emperador un concordato. Falta grave, porque los poseedores de bienes eclesiásticos están impacientes por ver regulada la situación y quieren tener la certeza de no ser molestados.

* * *

En tanto que Maximiliano y Carlota, llenos de esperanzas, están a punto de abandonar Europa, el conde Rechberg recibió noticias inquietantes del embajador de Austria en Washington. El 4 de abril, la Cámara de Representantes votó por unanimidad una resolución oponiéndose al reconocimiento de una monarquía en México. Esta resolución, dijo el secretario de Estado, Seward, expresa exactamente "el sentimiento del pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica respecto de México".

Evidentemente, los Estados Unidos, impedidos en estos momentos por la guerra, no pueden actuar; pero la amenaza es grave. Tanto más grave cuanto que los acontecimientos giran en favor del Norte. El presidente Lincoln, tenaz, enérgico, no vacila en tomar todas las medidas capaces de asegurar la victoria final, y el general Grant afirma su superioridad. Muy pronto, un millón de hombres, admirablemente equipados, serán lanzados a la lucha. La Confederación sucumbirá bajo sus pies.

Y la opinión pública manifiesta un interés creciente por lo que sucede en México. La trabaja hábilmente Romero, representante de Juárez cerca de la Unión. Fundó en Nueva York un *dinner group,* en el que se discute la cuestión mexicana. Este grupo reúne a personas importantes, políticos, banqueros, juristas, periodistas, escritores, propietarios de bienes raíces, todos ellos capaces de ejercer eficaz influencia en sus respectivos medios. En marzo de 1864 tiene lugar un banquete en Delmonico, el más elegante restaurante de todos. Se reunieron en ese día "para testimoniar su simpatía por esa república en peligro que resiste desesperadamente la invasión". Está ahí un gran hombre de negocios, William Aspinwall, constructor del ferrocarril de Panamá y fundador de la Compañía de Navegación; George Bancroft, historiador y diplomá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tico; Charles King, presidente de la Universidad de Columbia: William Cullen Bryant, director del *New York Evening Post*. En la mesa de honor, las banderas de México y de los Estados Unidos. Una enorme pieza montada representa las armas de la República Mexicana: un águila sobre un nopal y éste sobre una roca que emerge de las aguas. En el momento de los brindis, Romero levanta su copa por Abraham Lincoln y luego por don Benito Juárez. Estallan los aplausos. Y Charles King, el universitario, bebe por "Juárez, ese hombre de raza indígena que lucha por ver libre a su país, libre política y espiritualmente". El último orador es joven, el más joven de todos los comensales. Habla, dice, en nombre de la joven América: "Os aseguro que la invasión francesa contra este continente es un insulto directo a la juventud. Cuando haya terminado nuestra propia guerra, no habrá una ciudad ni una aldea que no quieran poner en pie una compañía de soldados para volar en socorro de la república hermana que actualmente libra tan glorioso combate. Propongo un brindis que seguramente irá derecho al corazón de cada uno de vosotros: ¡Por la doctrina de Monroe!"

Otra iniciativa mexicana: la creación en Nueva Orleáns, en el invierno de 1864, de un club, *Los Defensores de la Doctrina de Monroe,* D.M.D., que reúne a oficiales americanos y refugiados mexicanos. Allí se declara que el Norte y el Sur deberían asociarse para arrojar a los franceses de México. Se funda un premio que le será entregado a quien escriba el mejor ensayo sobre la doctrina de Monroe.

Habiendo permanecido hasta estos momentos en el dominio de la teoría, la doctrina de Monroe toma ahora cuerpo. Bajo el impacto de los acontecimientos de México, se desarrolla en la conciencia americana poco a poco el sentimiento de que todo el continente debe ser solidario contra los "invasores". En algunos círculos se llega hasta considerar una coalición del Norte y del Sur reconciliados para arrojar de México a los franceses.

No obstante, el gabinete de Washington permanece prudente. Seward, sin cesar de advertirle a París que el establecimiento de una monarquía en México no sería "ni fácil ni deseable", evita sin embargo los gestos y las palabras que pudiesen llevar demasiado lejos. Sabe bien que lo que quiere Napoleón "es salir de México". ¿No se lo ha dicho él mismo a Bigelow, el diplomático americano? Basta, pues, esperar. Pero todo esto lo ignora Maximiliano.

* * *

La *Novara* entra el 24 de abril en la bahía de Algeciras. Allí, una sorpresa agradable. Aun cuando el gobierno imperial no sea reconocido por Inglaterra, se le rinden al emperador de México los honores soberanos, tanto por los cañones españoles como por los cañones ingleses. El gabinete británico, a ruegos de la reina y por simpatía hacia Maximiliano, le dio órdenes al general Codrington, gobernador de Gibraltar. Maximiliano está encantado con estas deferencias. Y Carlota observa: "He aquí lo que nos pone en relaciones oficiales con estas potencias".

Los ingleses se muestran muy solícitos con sus huéspedes. Les sirve de cicerone un oficial, y para ellos manda abrir las verjas del fuerte. Suben por bellas galerías talladas en la roca hasta la cumbre de la Roca desde donde se descubre una vista admirable. Al regreso pasan por bellos jardines llenos de cactos gigantes, de flores deslumbrantes y se recogen naranjas. Todo crece aquí con lozanía. Admiran en seguida la ciudad inglesa, limpia a pesar de los moros, los españoles y los judíos. Por la tarde se le ofrece un banquete al general Codrington a bordo de la *Novara*, en la cabina del emperador. Al día siguiente, después de haber asistido a carreras de caballos, el emperador y la emperatriz vuelven a bordo. Y por la tarde se leva el ancla.

El 29 de abril, Madera está a la vista. El barco entra en el puerto de Funchal. Corta detención de un día, suficiente tiempo para un paseo a caballo al través de la isla. ¿Encuentra aquí Maximiliano el fantasma de la joven princesa muerta tan prematuramente que encarnó, para él, a la felicidad? ¿Y se acuerda Carlota de su soledad de joven desposada decepcionada cuando Maximiliano la abandonó para ir a Brasil?

Y luego es la gran partida. El océano está plomizo, agitado, las nubes están bajas, pero el viento es favorable. Poco a poco, Madera se desvanece y desaparece. No se volverá a ver tierra sino en Martinica. Maximiliano señaló esta escala, porque sabe que fueron internados allí prisioneros mexicanos, después de la batalla de Puebla.

Los soberanos trajeron consigo a algunos de los personajes que formarán parte del círculo inmediato que los rodeará: el ministro de Estado, Velázquez de León, un anciano muy feo, cortés, sencillo, de espíritu sutil y de maneras distinguidas; su colaborador, Ángel Iglesias, que tiene el título de subsecretario de Estado, es joven y de aspecto agradable; hizo estudios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

en París y cultiva ferviente culto por su patria. El general Woll, primer ayuda de campo, ascendencia alemana y educación francesa, hizo su servicio en México. El conde de Bombelles y el consejero de Estado, Schertzenlechner, son personas del trato usual con Maximiliano; el señor Eloin, un belga de espíritu demasiado limitado que detesta a los franceses; el conde Zichy, gran maestre de la casa Imperial, y el marqués de Coria, gentilhombre de la emperatriz. El señor de Kuhachevich, un húngaro dedicado enteramente al emperador, que ejerce las funciones de tesorero de la corona; la condesa Paula Kollonitz y la condesa Zichy, damas de honor.

Maximiliano y Carlota aparecen raramente en el puente. La emperatriz da un corto paseo, siempre el mismo. Presta poca atención a los esplendores de la naturaleza, a las puestas del sol, por ejemplo, que maravillan a su séquito. Encerrada en su cabina, lee y escribe. Perfecciona su conocimiento del español y pasa el tiempo preparando su vida futura, lo que la absorbe completamente. En cuanto a Maximiliano, reúne todos los días a sus compañeros para consultarlos y trabajar con ellos en la organización de la corte.

Durante esta larga travesía que inclina a la meditación, si los nuevos soberanos piensan mucho en el porvenir, tienen sin embargo todo el ocio necesario para reflexionar en todo lo que dejan tras ellos. Se acuerdan de los consejos de Leopoldo. Y Maximiliano deplora haber consentido en firmar aquella acta de renuncia impuesta por Francisco José. Ambos piensan en ello, y Carlota redacta una protesta formal. "Se nos ha hecho firmar esa acta sin que la hubiésemos leído antes, y ejerciendo sobre nosotros la más notoria presión moral y por todos los medios, presión que fue comprobada por numerosas personalidades de Austria, de Francia, de Bélgica y de México, y en un momento que se supo explotar, a saber, la situación que existía entre Francia, Austria y nosotros. Declaramos, bajo fe de juramento, jamás haber leído u oído leer tal documento... He aquí por qué protestamos contra esa tentativa de usurpación..." Tentativa ilegal, puesto que las dietas de las provincias reunidas bajo la corona de los Habsburgo no fueron consultadas respecto de este asunto, y sólo esas dietas pueden efectuar cambios en las leyes de la Pragmática Sanción.*

Este documento, del que se hicieron tres ejemplares, fue firmado por el emperador y la emperatriz y luego por los consejeros Schertzenlechner y Eloin, los cuales declaran haber sido testigos de la presión ejercida sobre Maximiliano para obtener su firma. Uno de los ejemplares se depositará en los archivos de México, y los otros dos le serán confiados a la embajada mexicana de Viena. En caso de necesidad podrán servir, bien cerca de las potencias europeas, o bien cerca de la cámara austriaca.

* Ley sucesoria promulgada por el emperador Carlos VI en 1713 que le permitió a la archiduquesa María Teresa convertirse en emperatriz.

El acto es grave. En primer lugar, da pruebas de una evidente mala fe. El texto de la renuncia le fue remitido a Maximiliano, y sus términos le fueron comunicados por Rechberg y por el mismo Francisco José. Por otra parte, este llamado a los pueblos de la monarquía contra su soberano, es un gesto de hostilidad, si no de rebelión, que podría, si alguna vez fuese conocido, agravar todavía más las relaciones entre los dos hermanos.

Si en el fondo subsiste en Maximiliano y Carlota la amargura de haber sido "frustrados", dan pruebas durante la travesía de una especie de ligereza, de indiferencia, que se manifiestan en preocupaciones con frecuencia pueriles. Así, las pragmáticas de la corte. Se preparan decretos para la precedencia en las ceremonias públicas. Se crea un decorado nuevo, una guardia palatina, funciones bien retribuidas para el séquito del emperador; se estudian con gran seriedad los bordados de los trajes. Y Maximiliano en persona escribe un tratado del ceremonial, que consta de seiscientas páginas, con planos y dibujos.

* * *

La *Novara* pasó la línea con los regocijos de costumbre. Desde ese momento, todo cambia de aspecto, las estrellas, la luna, los pájaros que anuncian tierra. Después de diecisiete días de navegación, llegan a Fort-de-France. Barquichuelos donde se hallan negras con turbantes y vestidas de telas de colores crudos, y las cuales ofrecen frutas, rodean al barco anclado cerca de la costa.

Estancia encantadora en la Martinica, donde acoge a la pareja imperial el gobernador, almirante Maussion de Candé, viejo gentilhombre de muy antiguo régimen, y su esposa, y ambos se muestran muy corteses. Los viajeros hacen una excursión al Piton de Vauquelin, en donde se disfruta de un espectáculo magnífico y salvaje de la naturaleza tropical, espectáculo que exalta a Maximiliano sensible siempre a la belleza de los paisajes. Por la noche, en la ciudad iluminada,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las negras bailan la bambula alrededor de la estatua de Josefina. El pueblo canta, grita y ovaciona a sus huéspedes: "¡Viva el emperador! ¡Viva la flor perfumada!", lo cual halaga a la emperatriz.

Si Maximiliano ha querido detenerse aquí, no es, ya lo hemos dicho, para admirar lo pintoresco de la isla. Es para tomar contacto con mexicanos, para hacer un primer gesto de clemencia. Hay allí prisioneros de guerra enviados por los franceses, y algunos de ellos han dado su adhesión al régimen imperial. El emperador los recibe. Algunas literas están libres a bordo de la *Themis*, les dice; que saquen a la suerte los que las ocuparán. Otros ocho prisioneros se embarcarán con los gastos por cuenta del emperador, en el primer barco que navegue rumbo a Veracruz.

El 17 de mayo, la *Novara* leva el ancla, y después de una corta detención en Jamaica, entra en el golfo de México. Al través de las rocas de coral, el mar está claro como un espejo. La emperatriz está encantada del viaje "de ninguna manera fatigoso y, lo que es más, interesante y agradable". Le encantan los trópicos. Piensa en mariposas y colibríes. "Es inexpresable la belleza de esta naturaleza tan rica, tan variada. No se sabría pintarla con ninguna descripción y mi corazón empieza a apegarse mucho a ella sin que lo físico sufra por ello. Jamás hubiese creído que, por lo que toca a las regiones donde viviremos, mis deseos fuesen tan completamente colmados..." En cuanto a Maximiliano, "tranquilo y feliz", no cesa de mirar a lo lejos.

Finalmente, Veracruz. Primera vista de su imperio para los soberanos. Vista demasiado melancólica. Costa plana, arenosa, sin vegetación; casas sin techo, y las calles rectilíneas, uniformes, producen "una impresión de cementerio", observa Paula Kollonitz. Y todavía se añaden a la melancolía del conjunto los restos de un barco francés encallado en un arrecife madrepórico. Se ven tumbas en una isla cercana. Son las de los franceses muertos por el *vómito negro* durante el bloqueo de 1838. *El jardín de aclimatación*, dicen los soldados.

Se escuchan los cañones del fuerte de San Juan de Ulúa: salva reglamentaria para saludar a la pareja imperial. Al pasar, Carlota piensa en "el tío Joinville" que tomó parte, en 1838, en las operaciones navales contra la plaza. El aspecto de Veracruz "le agrada infinitamente" a la emperatriz. "Es Cádiz, dice, un poco más a la oriental".

En el puerto están anclados numerosos barcos de guerra franceses. Maximiliano lanza una orden. Que no se mezcle la *Novara* con éstos. Es preciso evitar sobre todo que nazca, en

el espíritu de la población, la idea de que el nuevo emperador se identifica con la potencia ocupante. La *Novara* echa, pues, el ancla, en lugar bastante apartado, lo cual suscita la cólera del almirante Bosse, comandante de las fuerzas francesas. Se presenta, el primero, a bordo de la *Novara,* muy descontento y sin ocultarlo. Con "una falta de respeto incomparable y con desprecio de todas las conveniencias", anota la condesa Kollonitz, exhala su malhumor. ¿Por qué el barco austriaco se colocó fuera de los barcos franceses? El lugar que escogió es el rincón más malsano del puerto. Permanecer allí durante la noche, equivale a correr el riesgo de contraer inmediatamente la fiebre amarilla. Pinta en seguida, en términos muy vivos, un cuadro alarmante del viaje que emprenderá el emperador para dirigirse a México. Bandas juaristas tratarán de capturarlo. No ha tenido el tiempo necesario el general Bazaine para organizar la seguridad del recorrido. Maximiliano lo escucha con "una calma sarcástica". El almirante, por lo demás, está mal informado. Han sido tomadas todas las precauciones de seguridad.

Nadie se presenta. ¿Qué hace, pues, Almonte? Se le espera, porque es él, el teniente general del imperio, quien debe devolverle al soberano sus poderes. Solamente después de él podrán venir el prefecto, la municipalidad y los funcionarios.

Finalmente, por la tarde, en el momento en que el sol se pone, se anuncia el general Almonte. Su retardo se debe al hecho de que la llegada del emperador estaba prevista para el 30 de mayo. Al venir de México, el general se había detenido en Puebla, en Orizaba y en Córdoba para inspeccionar los lugares por donde deberán pasar los soberanos. Y se había quedado hasta el último momento en las montañas, lejos de las pestilencias de la costa. Es esto lo que explica con muchos detalles. Es un hombre simpático, que "parece bueno, amigable, cortés y refinado".

El emperador le expresa su gratitud por los servicios que le ha prestado y lo nombra gran mariscal de la corte y ministro de la casa imperial. Título honorífico, pero que pone fin a su papel en el gobierno. En adelante, Maximiliano tratará de liberarse de los elementos conservadores, a fin de gobernar, según sus principios liberales, con todos los partidos.

En la noche, la ciudad se ilumina. También la flota francesa. Brillan luces en lo alto de todos los palos. Se ha fijado una proclama en los muros de Veracruz. "Mexicanos, vosotros me deseasteis... respondo con alegría a vuestro llamado... os prometo respetar vuestras leyes y hacerlas respetar... Ya conocéis mi divisa: equidad en la justicia... mantendré el cetro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con confianza y la espada del honor con firmeza. Pertenece a la emperatriz la envidiable tarea de consagrarle al país todos los nobles sentimientos de una alma cristiana y toda la dulzura de una tierna madre. Unámonos para alcanzar el objetivo común, olvidemos las sombras del pasado, sepultemos los odios de partido, y la aurora de la paz y de una felicidad merecida se levantará radiosa sobre el nuevo imperio..."

¿Convencerán estas nobles palabras a los ciudadanos de Veracruz, hostiles a la intervención y de opiniones liberales? Mañana se verá.

* * *

Aquella noche nadie pudo dormir en la *Novara*. A las cuatro y media se celebra una misa en el puente del navío. Luego, los botes transportan a tierra a los pasajeros. A medida que se acercan, se torna más y más persistente un olor mefítico. Es el olor de Veracruz. Desembarcan en una ciudad apenas despierta y poco simpática. Riachuelos fangosos pasan en medio de las calles obstruidas por montones de porquerías en donde hormiguean los zopilotes, buitres negros, únicos agentes de la administración de las vías públicas. Casas deterioradas, mendigos en andrajos. Apenas algunos peatones, algunos comerciantes arreglando sus canastas de mimbre, tomates, plátanos, sandías, pimientos, melones de vivos colores. Están allí algunos oficiales, pero ninguna escolta militar francesa o mexicana, y tampoco las damas de honor, que deberían haber tomado su lugar cerca de la emperatriz desde la llegada de ésta. El viento derribó dos arcos de triunfo levantados en la plaza de armas. No fueron levantados de nuevo, lo que se añade a la impresión de tristeza que experimentan todos los que se encuentran en ese lugar. Ni un grito, ni una aclamación. Algunas salvas de artillería resuenan en el vacío. Se experimenta la sensación física de hostilidad. "Una recepción glacial", anota la condesa Kollonitz. Carlota tiene los ojos llenos de lágrimas.

Es triste el recorrido hasta la pequeña estación construida recientemente por los franceses. Los soberanos y su séquito —ochenta y cinco personas— se amontonan en vagones con sillas de paja trenzada. Material comprado a los Estados Unidos de Norteamérica para el transporte de las tropas. El tren, que atraviesa las tierras calientes, avanza por una especie de selva virgen en donde suben emanaciones pestilentes. Al cabo de cuarenta kilómetros se detiene en La Soledad, pequeña ciudad

aislada, para permitirles a los viajeros restaurarse. Se sirve un desayuno suntuoso en un abrigo empavesado. Ha acudido una multitud curiosa, entre la que los indios son numerosos, para ver a los nuevos soberanos. Una música, llamada por Almonte, calienta un poco la acogida más bien reservada. Maximiliano se esfuerza en deshelar la atmósfera. Se dirige en español a sus nuevos súbditos. Les dedica cumplidos a los franceses: felicita al ingeniero de Sansac que construyó un hermoso puente sobre el Jamapa, y al comandante Marézal que creó una aldea francesa al lado, aldea que en adelante llevará su nombre, le anuncia.

Todavía treinta kilómetros y la vía férrea termina en Loma Alta. Se encuentra allí el coronel Miguel López con el general Gálvez y cien lanceros para darle escolta al emperador. Los viajeros se instalan en las diligencias, pesados y antiguos vehículos arrastrados por mulas en un camino abrupto que rodea al macizo del Chiquihuite, cuya parte más difícil se llama *Salsipuedes*.

Carlota se siente aplastada por esa naturaleza salvaje donde las cosas toman un aspecto terrorífico. No le hubiera sorprendido, asegurará, si hubiera visto aparecer a Juárez en persona rodeado de unos centenares de guerrilleros. Felizmente se siente protegida por los soldados franceses en "muchos lugares más que sospechosos, en donde se ocultaban millares de partidarios" Unos días más tarde, escribirá: "Este viaje ha dejado una impresión extraña en mi espíritu. Habíamos atravesado una media docena de gargantas y los mexicanos se excusaban sin cesar por el camino; pero nosotros les repetíamos que eso no nos incomodaba, aunque a decir verdad, todo aquello sobrepasaba la imaginación y teníamos necesidad de toda nuestra juventud y de todo nuestro buen humor para evitar la tortura de los calambres o para no rompernos una costilla".

Cerca del río, al pie del Chiquihuite, durante la travesía de un espeso bosque, estalla una tempestad: lluvia torrencial, viento de terrible violencia; se apagan las antorchas. La noche había llegado y se avanzaba con grandes trabajos en las tinieblas. Para colmo de desdichas, se rompe un eje del vehículo imperial. Entre la tempestad, deben subir Maximiliano y Carlota a la diligencia del general de Maussion de Favières, comandante superior del círculo de Orizaba que había venido al encuentro de ellos. Uno de los vehículos del séquito se vuelca con sus seis ocupantes. Uno de éstos, Velázquez de León, nuevo presidente del gabinete, sale por la ventanilla.

De pronto, en esa noche lúgubre, un rayo luminoso e inesperado pondrá un poco de alegría en el corazón de los sobe-

ranos. Antes de la entrada en Córdoba, llegan muchos indios que llevan antorchas y exhalan gritos de alegría. Rodean al séquito y lo acompañan hasta la ciudad en donde todos entran a las dos de la mañana. Allí, una feliz sorpresa: los habitantes han esperado al cortejo imperial, las calles están todavía iluminadas, se escuchan dondequiera aclamaciones. Reconfortados, Maximiliano y Carlota asisten a la cena preparada en su honor y soportan discursos y más discursos. Pero poco importa. México, hasta estos momentos con el ceño fruncido, ¿cambiará al fin de cara?

* * *

Pudiera creerse. Al presente los indios acuden en masa para ver de cerca al *emperador*. ¿No sería éste, según la antigua creencia transmitida de siglo en siglo, la reencarnación de Quetzalcóatl, el prestigioso soberano, el misterioso salvador que desaparece y reaparece? En esta ocasión, muy bien podría el dios aparecer bajo la forma de este príncipe de noble raza, rubio que viene del Oriente como está predicho, que viene a libertar a los pobres indios, para darles una vida mejor después de siglos de servidumbre.

En el recorrido entre Córdoba y Orizaba se levantan arcos de triunfo monumentales, adornados con flores y banderas. Los indios llevan prendida en su sombrero una insignia de fiesta. Sin embargo, no espera Maximiliano una recepción entusiasta de Orizaba. Es una de las ciudades más republicanas de México, según se le ha dicho. Montan allí a caballo para recorrer un camino escarpado. Paisaje maravilloso que le recuerda a Carlota el Tirol meridional. Para su gran asombro, los soberanos encuentran una multitud delirante reunida en la capital: diez mil indios gritan su esperanza; se cuelgan de las ruedas de la carroza imperial como para retenerla, como para conservar al Libertador. No se dudaría que el general juarista Porfirio Díaz anduviese por los alrededores, esperando prender en una emboscada al emperador y a su séquito.

El *Te Deum* celebrado en la catedral se añade a la impresión causada por la presencia de Maximiliano. Se desborda el entusiasmo cuando éste, con Carlota del brazo, sale de la iglesia para dirigirse a pie a la casa que deberán ocupar.

En el curso de los días pasados en Orizaba, recibe a muchas delegaciones, entre otras a la de la tribu azteca del Naranjal, cuyo jefe le ofrece a la emperatriz una sortija adornada de gruesos diamantes, reliquia, explica, de Moctezuma,

de quien pretende ser descendiente. Todos aquellos indios fueron invitados a la mesa imperial. Maximiliano se alegra de esos contactos con su pueblo. Ve en ello un buen presagio para el porvenir. Sin duda se le mostró este poema, en el que un comerciante francés profetiza:

...Sire, es bueno este pueblo. Sire, estad contento.
Marchad, él os seguirá. Ordenad, él espera.

...El indio, ese soñador, ese hombre de apacible frente...
Ese rudo trabajador, pobre desheredado...
Vos lo habéis levantado de nuevo; vuestra soberana mano
Lo ha vuelto con un solo gesto a la familia humana.
Regocijaos, Sire, de este primer beneficio:
El indio hará de vos Maximiliano el Grande.

Para dirigirse a Puebla (ciento cuarenta kilómetros) es necesario cambiar ocho veces de caballos. Es necesario, por un camino de muchas revueltas, rasando precipicios y casi en línea vertical, alcanzar las cimas de las famosas cumbres de Acultzingo, uno de los lugares más terroríficos del mundo.

Puebla de los Ángeles, con sus setenta y cinco iglesias de cúpulas bicolores, azul y amarillo, en azulejos, con sus conventos y sus torres cuadradas señoriales, su catedral majestuosa y clásica, su magnífica capilla del Rosario, con su cielo casi siempre azul, es una ciudad resplandeciente, llena de animación. Una ovación acoge a los emperadores. El ayuntamiento le ofrece a Maximiliano las llaves de la ciudad sobre una bandeja de plata. El emperador le da las gracias por este testimonio de confianza. Tiene un gesto feliz: "Seguro de vuestra fidelidad, dijo, os devuelvo estas llaves, ya que tengo una sola aspiración, poseer vuestros corazones". Estallan las aclamaciones al escucharse estas palabras.

Por la noche los soldados encienden fuegos de artificio, los que, delicada atención, representan el castillo de Miramar. Y al día siguiente, desfile de tropas. Este día, 7 de junio, es el cumpleaños de la emperatriz. Las damas vienen a presentarle un magnífico ramo de flores, y ella también encuentra las palabras apropiadas: "Un día como éste, está lleno de recuerdos para todos, y muy doloroso sería para mí si los agasajos, las atenciones y las pruebas de simpatía de que aquí he sido objeto, no me recordasen que estoy en mi nueva patria, en medio de los míos... Le doy gracias a Dios que me ha conducido hasta vosotros y le dirijo ardientes votos por la felicidad de un país que es el mío". Desea, dice, que los po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres "compartan el placer que experimenta de encontrarse en medio de los habitantes de Puebla", y le remite al prefecto siete mil pesos fuertes a título de regalo personal para la restauración del hospicio.

Después de Puebla, Cholula, ciudad que fue la primera, en 1863, en aceptar el imperio. Recepción espontánea, entusiasta, de millares de indios que agitan ramos de hierba. Se celebra la misa en la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, construida sobre la pirámide de esta "Meca" nahua, cuya superficie de base sobrepasa a la de la pirámide de Keops. Y Carlota se conmueve con la idea de que esta pequeña iglesia fue construida en el emplazamiento donde antaño se hacían sacrificios humanos.

Antes de entrar en México, quiere detenerse la emperatriz en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. En 1531 se efectuó, en el mismo lugar donde se eleva el santuario, una aparición milagrosa de la Virgen. Desde entonces, toda la América católica afluye aquí en peregrinación. A los ojos de Carlota, esta visita, "es un homenaje que se le rinde a la protectora de los indios por un descendiente de Carlos Quinto, que está próximo a sentarse en el trono de Moctezuma".

Feliz sorpresa les espera a los soberanos. La recepción sobrepasará a todo lo que han podido ver hasta este momento. Es "la efusión de la entrega, dice Carlota, y como una especie de delirio" que se apodera de muchos millares de personas. La gran plaza rebosa de gente. No indios solamente, sino también quinientos caballeros en traje negro con guantes blancos y damas en gran atavío descienden de doscientos coches. Se agitan banderas tricolores y ramos de vivos colores. Toda esta gente, en su impaciencia por ver a los nuevos soberanos, acudió desde la capital. Se hunden tras éstos en la iglesia, donde, de improviso, por primera vez, va a resonar el *Domine, salve fac Imperatorem Maximilianum* que todos entonarán con una sola voz.

Después de misa, las más altas personalidades se reunieron en la Sala del Capítulo para saludar a Maximiliano y a Carlota. El general Bazaine, comandante en jefe del cuerpo expedicionario en México, vino a caballo con algunos oficiales, entre ellos el coronel Blanchot. Se le introduce antes que a nadie y se le acoge calurosamente. Después de él, el conde Zichy, gran maestro de ceremonias, presenta al marqués de Montholon, ministro de Francia; luego al arzobispo de México, monseñor Labastida, al clero, a la asamblea municipal. "Momento conmovedor, observa Blachot, momento en que podía esperarse todo del porvenir". Maximiliano le responde al prefecto con una voz que la emoción hace temblar: "...Os saludo con la efusión de un corazón que os ama y que ha identificado su suerte con la vuestra". Sin embargo, Blanchot juzga este discurso un poco chato, "sin grandeza, sin nobleza, sin inspiración finalmente".

En cuanto a Carlota, está deslumbrante "de alegría y de orgullo". Está satisfecha. Se desarrolla en la plaza una demostración que es una explosión de amor. Se exige la presencia de los soberanos en el balcón. Aparecen allí; se les aclama. Entran de nuevo, y se les reclama con grandes gritos: "¡Que vuelva nuestro emperador!" Se muestran nuevamente: "Hubo tales aplausos que ya sólo se escuchaba un ruido confuso e inarticulado", escribirá la emperatriz, encantada. Tales momentos la hacen olvidar las horas amargas de los primeros días. Al presente, se muestra llena de confianza. Está "encantada de todo". Se acomoda a todo, incluso a las pequeñas habitaciones sórdidas en las aldeas donde descansan, porque cree en el amor y en la fidelidad de este pueblo. "Está en un estado de entusiasmo del que nunca la creí capaz en una persona tan reservada", anota Paula Kollonitz, admirada.

Ha observado mucho durante el viaje, y tiene la convicción de que México aspira a la monarquía. "Esto responde al deseo general del país". Sin embargo, lo confiesa: "sigue siendo ésta una gigantesca experiencia, porque debe lucharse contra el desierto, la distancia, los caminos y el más completo caos... Es una tarea prodigiosa porque, cuando un país se ha divertido durante cuarenta años de su existencia en destruir todo lo que tenía de fuentes y de gobierno, no se rectifica todo eso en un día..."

Comprende la amplitud de la tarea, lo que por lo demás no la desanima. Al contrario. Ya se interesa en su pueblo, ese pueblo de ocho millones de habitantes, de los que cinco son indios, dos son de negros o de mestizos, y uno de blancos. Ya siente ella una preferencia por los indios: "pueblo soberanamente inteligente". Incluso ha notado la insuficiencia del clero, incapaz de educar a los niños. Inmediatamente juzgó que uno de los problemas esenciales en este país era mejorar la condición de los indios.

Buena alumna de su padre, Carlota tiene el golpe de vista político.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

MÉXICO

Doce de junio de 1864: las calles de la capital parecen vestíbulos de un inmenso palacio. Dondequiera, arcos de triunfo con flores, con guirnaldas, con banderas, con largas banderolas que ostentan las palabras "Bienvenidos Maximiliano y Carlota". De trecho en trecho, descansos, como para la fiesta del *Corpus*. Una multitud innumerable, abigarrada, llegada de todas partes, a pie y a caballo o en mula, espera, paciente, pronta para agitar ramos verdes y para lanzar flores en señal de alegría.

Llega el cortejo imperial. Adelante, el regimiento de los lanceros de la emperatriz bajo el mando del coronel López, hermoso oficial de rasgos finos, de cabellos castaño claro, de brillante dentadura y como siempre, de impecable elegancia, que causa siempre impresión aun cuando no se haya distinguido jamás en ninguna parte. Ya Maximiliano lo ha observado.

Siguen los regimientos franceses, cazadores de África y húsares. Inmediatamente detrás de ellos, encuadrada por los generales Bazaine y Neigre que cabalgan con la espada desenvainada, la carroza imperial arrastrada por doce mulas de color blanco inmaculado con arneses de tafilete, adornadas con cascabeles, borlas y penachos. Luego, el estado mayor de los generales a quienes siguen sesenta vehículos ocupados por los dignatarios del imperio y la corte, todos en traje de gala. Atrás, un regimiento de jinetes mexicanos cierra la marcha.

El cortejo avanza lentamente bajo las aclamaciones de la multitud, aclamaciones entusiastas, incluso frenéticas, "como para ensordeceros". Aclamaciones que suben del pueblo amontonado en las calles, sobre los techos, en los balcones adornados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con ricos tapices en donde se ven mujeres con vestidos de seda negra y mantillas, que agitan abanicos; niños que arrojan sobre la carroza una lluvia de pétalos de rosas y de serpentinas de papeles multicolores en donde se hallan impresos versos en honor de los emperadores. Pueden verse éstos directamente cuando pasan. Causa gran impresión la barba larga y dorada de Maximiliano, partida con una raya en medio. Le da "tal aire de majestad, que era imposible no sentirse en seguida atraído y fascinado", declara Blasio, joven mexicano que ve por primera vez al emperador y se siente conquistado por la dulzura de su expresión.

Llegados al atrio de la catedral, descienden los soberanos. Asistirán al *Te Deum*. Bazaine, los oficiales, la corte, los dignatarios, toman lugar detrás de ellos. Bajo el pórtico, el arzobispo espera a la pareja imperial, a la que precederá hasta el pie del altar.

Desde la iglesia, Maximiliano y Carlota, siempre aclamados, se dirigen a pie al palacio imperial bajo palio, y a sus pies se extiende una alfombra roja. Dos grandes retratos de sus majestades, encuadrados por banderas y flores, están colocados en la entrada del palacio, larga y vasta construcción de dos pisos, con aspecto de caserna y con sus ciento once ventanas, construcción más bien deteriorada porque durante los años en que México se debatía en la guerra civil, nadie pensó en conservarla. Al anuncio de la llegada del emperador, se le hicieron de prisa algunas reparaciones. Se han colocado alfombras en el piso enladrillado. A pesar de eso, todo parece aquí desolado, lúgubre. Pero pronto se borra esta impresión. En la sala del trono, restaurada, todos los partidarios del nuevo emperador, reunidos, acogen a éste con un estruendo de aplausos.

Y al lado de Carlota, radiante, Maximiliano pronuncia su primer gran discurso. Saluda a los altos dignatarios del Estado, a las corporaciones, a la municipalidad. Señala las grandes líneas de su programa. "Mexicanos, Dios os ha dado la fuerza y todos los elementos que pueden ayudar a alcanzar este objetivo; sepamos sacarles provecho con celo y perseverancia para la felicidad y el progreso de nuestro bello país".

La jornada ha sido hermosa. "Nosotros somos los que pagamos todo esto", dice burlonamente el teniente de Keratry. No opina lo mismo, el teniente coronel Brissonnet. "Con muy pocas excepciones, la ciudad entera tomó parte en la fiesta. Clericales, reaccionarios y liberales se encontraban de nuevo en un pensamiento común: acoger dignamente a esta noble familia que, abandonando su patria, venía con tanta abnegación a dedicarse a una causa en el fondo tan difícil, tan

ingrata". Tampoco opinaba lo mismo otro testigo hostil a la nueva monarquía, Charles de Barrès, director de la *Estafette*, órgano francés que se publicaba en México: "Lo que ha singularizado a la jornada del día 12, mucho más que las demostraciones oficiales, es la emoción de los habitantes de la capital ante la vista de los jóvenes príncipes y el cuidado minucioso que pusieron para recibirlos dignamente. Hemos asistido a cinco o seis entradas triunfales en esta ciudad de México; hemos visto otras más bulliciosas y tumultuosas en que las pasiones victoriosas estallaban en vociferaciones de odio contra los vencidos, en locas exigencias y en groseras amenazas. Eran fiestas donde la insolencia de los partidos triunfantes tomaba libre curso". Admirado, el periodista comprueba que, el 12 de junio, "no se escuchó ni un solo grito de odio. No se lanzaban clamores, sino que todos los vivas partían del alma y llegaban hasta el cortejo como el eco de una viva emoción interior". E incluso en las calles aisladas, en los barrios alejados del cortejo, "había pocos lugares donde no se observaba un signo exterior de alegría: coronas de verdura, de palmas, de telas, flotaban al viento. Humildes demostraciones, pero tan significativas como las de las casas opulentas".

En la tarde de ese día en el que todas las esperanzas parecen permitidas, Maximiliano se confiesa satisfecho. "Aquí como en cualquier otra parte, nuestra recepción ha sido cordial y sincera, desprovista de toda pretensión, de ese descorazonador servilismo oficial que con tanta frecuencia se encuentra en Europa en tales ocasiones". La condesa Kollonitz escribe en su *Diario:* "Todo se veía en su mejor luz y las cosas se anunciaban mejor de lo que hubiese podido esperarse... los hombres y la naturaleza se habían unido para cortejar al recién venido y, probablemente, para cegarlo".

* * *

Maximiliano y Carlota aspiran al reposo después de las emociones de la jornada. Se retiran a sus apartamientos reparados apresuradamente y decorados sin gusto. Las habitaciones son pequeñas y apenas amuebladas. El salón de la emperatriz se parece al de un hotel europeo. En la recámara, no obstante, hay una nota de elegancia: una hermosa peluquera de plata, ofrecida por las señoras de la ciudad.

Apenas dormidos, los soberanos son despertados por una extraña sensación. Estupefactos, comprueban que los asedian legiones de chinches. No cabe duda. La entomología es uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los estudios favoritos de Maximiliano y reconoce en seguida la naturaleza de esos insectos. El emperador se refugia sobre una mesa de billar y la emperatriz pasará la noche en un sillón. Toman rápidamente una resolución: desde el momento en que sea posible, se establecerán en Chapultepec, residencia imperial próxima a la capital.

El día siguiente se verá ensombrecido por un incidente de otra especie. Tendrá lugar la presentación de las damas del alta sociedad de México a la emperatriz. Presentación que deberá llevarse a cabo en las formas rigurosas de la etiqueta austriaca. La gran maestra de ceremonias, la señora Almonte, nombra individualmente a cada una de las damas. La señora Salas, esposa del regente, en su entusiasmo y con una sencillez cordial y completamente española, avanza y, para probar su adhesión a la soberana, estrecha a ésta en un caluroso abrazo, con la mano derecha alrededor de su talle en tanto que con la izquierda le da en la espalda afectuosas palmaditas. Carlota, que no está acostumbrada a este género de manifestaciones desconocidas en las cortes europeas, retrocede y se yergue con aire ofendido. Lo que las damas, a su vez, consideran como un ultraje. Tienen lágrimas en los ojos, lágrimas de cólera, de humillación, porque en fin, ellas son de noble nacimiento y se osa tratarlas con ese desprecio. Felizmente, el tacto de la señora Almonte calma las susceptibilidades. Sin embargo, el gesto de la emperatriz ha enfriado el ambiente. Otra tarea imprevista: educar a la corte imperial.

*
* *

México piensa divertirse y las fiestas se multiplican. Se olvidan los males del pasado. Se cree en una era nueva, en un porvenir que traerá el orden y la estabilidad.

La municipalidad ofrece un baile, un gran baile al que se invita a muchas personas, personas un poco mezcladas sin duda, pero lo importante es crear un movimiento en torno de los soberanos. Luego tiene lugar un desfile militar, tropas francesas y mexicanas reunidas en el Paseo —los Campos Elíseos de México, como dice Carlota—. Bazaine las presenta al emperador, el cual les pasa revista. Truenan los cañones, desfilan los regimientos, aclama la multitud al mismo tiempo a los soldados y a los soberanos. Éstos, jóvenes, hermosos, distinguidos, causan impresión. Maximiliano tiene noble porte. Carlota es bella, y su sonrisa borra lo que su rostro tiene de un poco duro. Ambos resplandecen de alegría. Con dignidad de gran

señor, el emperador saluda la bandera del III de zuavos, desgarrada en Palestro por los cañones austriacos.

Se suceden las diversiones. El teatro Imperial da representaciones de gala en donde se exhiben, en un exceso de lujo, los vestidos femeninos, las alhajas, los diamantes, los uniformes galoneados. En el curso de una de estas representaciones, Concha Méndez, a quien se la llama el ruiseñor cubano, canta una nueva habanera, *La Paloma:*

Si por azar a tu ventana
Llega una paloma,
Trátala con cariño
Que es mi persona.
Háblale de tu amor,
Bien de mi vida...

La canta con tanto arte, con tanta emoción, que la emperatriz, transportada, le envía uno de sus brazaletes. Con frecuencia, en el futuro, se la escuchará tararear:

Si a tu ventana llega
Ay, una paloma...

Se organiza un regocijo de carácter especial: una corrida de toros en la que tomarán parte, no profesionales, sino toreros gentileshombres. La *cuadrilla* se compone de jóvenes que pertenecen a las mejores familias de la ciudad, los cuales, adiestrados desde la infancia, sobresalen en todos los ejercicios de destreza, de agilidad, de fuerza y de audacia. Vestidos con trajes magníficos, montados en soberbios caballos ricamente enjaezados, "llenan todas las funciones del drama con un brío, una destreza, una agilidad y un valor notables", anota el capitán Blanchot, espectador experto. En el anfiteatro, diez mil personas, personas del pueblo y patricios, multitud excitada que sigue con pasión las peripecias del combate. El emperador y la emperatriz se encuentran en un palco con colgaduras escarlata, enguirnaldadas con todas las flores del país. En torno de ellos, la corte se siente ganada por el delirio que agita a las gradas. Resuenan gritos. Unas veces "¡bravo toro!", y otras "¡muerte al toro!". Y luego, cuando el entusiasmo está en su colmo: "¡Viva el emperador!"

El baile ofrecido por el general en jefe, lo corona todo. Un baile como jamás ningún mexicano recordaba haber visto

otro igual. A las diez horas, sale del palacio imperial "un torbellino bullicioso y luminoso que recorre la gran arteria que conduce al barrio general francés". Un escuadrón de cazadores de África conduce "en Francia" a los soberanos seguidos de su corte. Cada jinete lleva una antorcha encendida y todos galopan sobre las baldosas sonoras de la ciudad, un pelotón a la cabeza, una doble fila a lo largo de las carrozas, y otro pelotón atrás. "Esta cabalgata rápida de antorchas que atraviesa a una multitud compacta, estupefacta y entusiasta, era sobrecogedora". Las carrozas entran en el parque cuya avenida principal, brillantemente iluminada, está bordeada de una valla de zuavos que portan, cada uno de ellos, una antorcha encendida. Llegada espléndida. Los soberanos descienden bajo un dosel, recibidos por el general Bazaine, rodeado de su estado mayor, que los conduce a la gran sala, el patio, entablado para este acto, en donde se ha levantado una especie de galería. Frente a ésta se levanta un arco de triunfo de ocho metros de alto, inmenso pórtico cuyos elementos son cañones o armas blancas. En lo alto de él, dos oriflamas con las armas imperiales de Francia y de México.

Precede al cortejo un oficial de ordenanza. Anuncia: "¡Señores, el emperador!" A estas palabras, estalla una explosión de vivas. Vivas que ya no terminan. El momento es impresionante.

Allí están todos los invitados en traje de noche, las damas alhajadas del brazo de los oficiales franceses en uniforme de gala. Dondequiera, en las entradas, en las escaleras de la alta galería, en las puertas de los salones, se mantienen inmóviles como cariátides soldados de todas las armas. Las bandas militares tocan marchas briosas. Atmósfera embalsamada del perfume de todas las flores, luces deslumbrantes de millares de bujías y linternas de colores. La multitud, cautivada, admira. "Todo aquello eran festones, astrágalos y guirnaldas; el brillo de los cobres y de los aceros de combate, se reflejaba en los terciopelos carmesí de randas de oro de las colgaduras franjadas con hierbas florecidas. Dondequiera, en las paredes ricamente tapizadas, haces de armas y de banderas, espejos que animaban los cuadros vivos, espejismos de bellezas femeninas tristes o reidoras, a la búsqueda de sonrisas o de ojeadas elocuentes". En estos términos líricos, el general Blanchot manifiesta sus impresiones. Una joven norteamericana, Sarah Yorke, también ella deslumbrada por esta decoración, lo es más aún por la visión de los soberanos a quienes encuadran el conde Zichy en traje magiar, con la espada ancestral enriquecida de diamantes al costado, y su esposa, tan distinguida

en su vestido de tul blanco adornado con flores naturales en el cual caen en cascada los diamantes.

Abre el baile una cuadrilla de honor. Maximiliano con la hija del prefecto municipal, Carlota con Bazaine, los Montholon y los Almonte. Pero tan pronto como los soberanos vuelven al trono bajo el dosel de terciopelo rojo, los bailarines, desencadenados, atropellan un poco el protocolo.

El baile se torna endiablado. La habanera, "danza sabrosa y elocuente", al decir de un oficial francés, tiene mucho éxito. Se desarrolla "a los acentos deliciosamente rítmicos y lánguidos con sus pasos amorosos y pianísimos". El joven capitán cree "notar en el rostro despejado" de la bella emperatriz una impresión de pesar "por verse encadenada por su grandeza, y por no poder, también ella, suspirar en brazos de un joven y apasionado caballero las dulces emociones de esta danza ardiente. Después de todo, se es hija de Eva, por muy coronada que se esté..." Este joven que no sabe nada de Carlota, da pruebas de una curiosa intuición. Nota el aire "despejado" de la soberana. Esa noche, en efecto, Carlota siente verdaderamente que es la emperatriz. Reina; ha alcanzado su objetivo. Pero nota también la expresión de "pesar" en su rostro. Si la ambición está satisfecha, esta mujer de veinticuatro años se ve frustrada en su amor. Ella amó a Maximiliano, él la engañó, ella no lo ha perdonado. En la intimidad, ambos viven separados. Su papel oficial es el único lazo que los reúne. Lo desempeñan muy bien. Pero Carlota es una mujer lastimada.

En el curso del baile, la pareja imperial recorre los salones. Al paso le son presentados la mayor parte de los oficiales y muchos notables. Ambos tienen palabras amables y benévolas para cada uno de ellos. Ella tiene la soltura que da el uso de las cortes. Él tiene una afabilidad natural que, dondequiera que esté, conquista a sus interlocutores. A la una de la madrugada, después de una cena exquisita en la que pudieron apreciar la perfección gastronómica del menú y la selección de vinos franceses, los soberanos se retiraron después de haber expresado su gratitud.

Durante dos días la multitud viene a admirar la decoración del palacio San Cosme, y habiendo un fotógrafo tomado algunas fotografías, el público se arrebata esos recuerdos.

La cuenta de la fiesta monta a cincuenta y dos mil francos. Napoleón III paga la mitad de ella con su dinero personal. Gastos del prestigio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Es necesario abordar los asuntos serios. Y, en primer lugar, poner orden en el interior, porque ya no hay administración ni servicios públicos. El ejército cuenta con demasiados oficiales ignorantes, cobardes, deshonestos. La magistratura, con demasiados jueces venales. La corrupción existe dondequiera. Reina en el país el bandidaje. Nada entra en las cajas del Estado, ni impuestos, ni aduanas, ya que la anarquía interior impide todo comercio. Y no recibiendo los funcionarios ningún sueldo, usan de medios muy poco lícitos para subvenir a sus necesidades. Todo sentido de moralidad ha desaparecido.

En este país desorganizado, es necesario también "importar la civilización", como dice la emperatriz. Ha observado que ésta "ha empezado por muchas puntas, pero le faltan los jalones intermedios y la continuación". Así los ferrocarriles: es necesario igualar los durmientes en desorden. Así los caminos. Así la educación "que debe emprenderse en las más pequeñas cosas" a fin de hacer de los indios "un pueblo instruido". Así la explotación de las riquezas naturales: "En México cuesta mucho trabajo proveerse de hierro al lado de los más ricos filones. En las hilanderías de algodón, se quema carbón de leña porque no se sabe cómo transportar la hulla que se encuentra también en el país". En suma, todo está por hacerse.

La población está dividida, resultado de las disensiones mantenidas por las facciones políticas desde la proclamación de la independencia. Carlota ve muy claro cuando le escribe a Eugenia, el 22 de junio: "Los gobiernos efímeros que se han sucedido desde hace cuarenta años, han sido minorías suplantadas por otras, porque nunca han tenido raíces en la población india, la única que trabaja y que hace vivir al Estado... El pueblo está hastiado de todos esos generales galoneados que saben únicamente montar a caballo y hacerse la guerra". Añade estas palabras que aprueban la rectitud de su juicio: "El sistema Juárez era ya una sensible mejoría, pero tendía a obtener la civilización por los Estados Unidos de Norteamérica, lo que era una gran anomalía..."

El sistema Juárez tenía, en efecto, el mérito de ser legal, puesto que era conforme a la Constitución de 1857, en tanto que los gobiernos inestables de Zuloaga y de Miramón habían nacido de aquellos pronunciamientos plaga de México con los que mantenían el desorden. También era verdad que los Estados Unidos habían reconocido en seguida a Juárez como al

único presidente legítimo de la República Mexicana, dándole un apoyo que, en política, raramente es gratuito.

"Francia llegó justamente a tiempo para detener esa corriente y substituirla con otra hacia ella". Estas palabras de la emperatriz indican lo que había querido Napoleón III. En el momento en que las escribe, ya no lo quiere. Lo que quiere, es "salir de México". Teme dificultades con los Estados Unidos de Norteamérica. La Unión ha ganado virtualmente la guerra. Y la Unión no tolerará la presencia francesa en México. Napoleón III, como por lo demás Inglaterra, jugó al principio de la guerra la carta del Sur, pero no fue empujada a fondo esa política que hubiera sido la única que hubiese podido permitir la solución monárquica en México. Actualmente, los yanquis alientan a Juárez en su resistencia. El presidente acorralado tiene puesta su esperanza en ellos. Se refugió en el norte del país con su ministro Lerdo de Tejada, en Chihuahua, cerca de la frontera, y luego en Paso del Norte, aldea en la ribera del Río Grande; del otro lado del río está el territorio de los Estados Unidos, de la Unión, que tiene como único gobierno regular el de Juárez y se rehúsa a reconocer el régimen de Maximiliano. Lo que le permite proporcionarle armas a Juárez, y dinero, e incluso hombres, gracias a las asociaciones, en Nueva Orleáns, los D.M.D. (Defensores de la doctrina de Monroe), y en Nueva York los Patriotas Mexicanos, que colectan dinero e incluso reclutan voluntarios.

En el interior como en el exterior, Maximiliano tiene ante él rudas tareas.

* * *

¿Está armado para la lucha? Los que lo conocen están de acuerdo: es bueno, amable, benévolo, deseoso de complacer. Pero es de humor inestable, unas veces presa de la melancolía, encerrándose para fumar y soñar; y otras alegre y mirándolo todo color de rosa. También versátil: con él, el último que habla está casi seguro de tener razón. Vacilante, indeciso, se inclina por las medias medidas.

Se proclama liberal. "Pero no hay nada cerca de la emperatriz que sea rojo", dice. Ambos llegan por lo demás con ideas europeas, aplicables a pueblos que tienen ya una cierta madurez política, y llegados a un estado de evolución mucho más avanzada que la de México. Y tienen ideas sin haber tenido jamás las responsabilidades. En Italia, Maximiliano, en su gobierno, estuvo siempre encerrado en el marco austriaco. Su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

liberalismo completamente abstracto, que no reposa en ninguna base práctica, es el de los poetas románticos.

Además, ambos ignoran casi todo lo referente a México, o más todavía, lo que es peor, no tienen de ello sino nociones teóricas según las cuales se hacen muchas ilusiones. Cuentan, ciertamente, con aplicar allí teorías que les placen a su imaginación, generosas en verdad, pero sin apoyo en la realidad. Maximiliano trajo consigo esos "estatutos", bagaje de leyes determinadas de antemano, imbuidas de ideas preconcebidas. Preside comisiones, pero sin proseguir la realización de los proyectos que han adoptado. Encara las cuestiones en el ángulo teórico, sin cuidarse de llevarlas a la realidad. Olvida el temperamento de sus súbditos (o más bien, no lo tiene en cuenta), creyendo habérselas con funcionarios europeos. En una palabra, no comprende que aquí él debe ser "la cabeza y el brazo".

Lo que lo lleva a cometer desde el principio de su reinado errores cargados de consecuencias. Se halla ante tres partidos, o más bien, ante tres tendencias políticas: los conservadores, masa importante donde figuran el clero, los clericales, los grandes propietarios y los indios; los liberales de buen tinte que agrupan a los descontentos, a los anticlericales, a los partidarios de la república juarista; y finalmente los moderados, descrédito de los otros, no muy firmes en sus opiniones y que sirven a todos los gobiernos.

Maximiliano fue llamado al trono por los conservadores. Pero no quiere gobernar solamente con ellos, porque teme pasar por reaccionario y parecer un instrumento en manos de ese partido. Sin duda tiene razón y su papel es colocarse por encima de las facciones. Sólo que lo hace con una torpeza que disgustará a todo el mundo. Desde su llegada apartó a Almonte, espíritu fino, carácter honorable, leal —cosa rarísima aquí— conoce bien los problemas de su país, los males y los remedios. Entre los conservadores inspira cierta desconfianza, porque no es retrógrada y no le repugnan las reformas necesarias. Durante la regencia dio muestras de habilidad e incluso de cierto liberalismo, lo que le sirvió muy bien a la causa monárquica. Ahora bien, el emperador, sin consideración por los servicios prestados, ni siquiera pronuncia su nombre en su manifiesto del 28 de mayo, y si le otorgó los títulos honoríficos de gran mariscal de la corte y de ministro de la casa imperial, es que son sinecuras que los mantendrán lejos de los asuntos, lejos del consejo, donde ya no puede hacerse oir.

Se apresura a nombrar liberales para puestos importantes, en la administración, en las prefecturas, donde podrán tranquilamente perseguir a los indios antijuaristas. Para el puesto de Asuntos Extranjeros, llama a Ramírez para remplazar a Arroyo, sospechoso de complacencia con Napoleón III: colaborador de Almonte, firmó un convenio que les concedía a los franceses el derecho de efectuar excavaciones y sondeos en la provincia de Sonora. El nuevo ministro, Ramírez, rehusó en 1862 formar parte de la junta reunida para la elección de Maximiliano. Se hizo mucho rogar para aceptar el ofrecimiento que se le hacía, y cedió finalmente a instancias de Carlota. Este hombre muy hábil es peligroso, porque actúa con suavidad. Gran amigo de Juárez, ha sabido captarse la confianza de Maximiliano. Sin embargo, hecho significativo y que se presta para muchas reflexiones, se opone a que el retrato del emperador se imprima en la moneda, y ésta conserva la efigie de la república. Ramírez personifica la hostilidad contra Francia. Cuando exprese sus sentimientos de manera muy clara, Maximiliano le quitará el ministerio de Asuntos Extranjeros, pero para nombrarlo ministro de Estado, lo que reforzará su autoridad.

En el interior se nombran a Cortés y Esparza, "el rojo", uno de los más violentos entre los liberales. Por otra parte, algunos jefes militares son brutalmente eliminados. Por ejemplo, los coroneles La Peña, Gálvez y Argüelles, que, sin embargo, lucharon por la bandera imperial.

Todas estas medidas producen descontento entre los conservadores, sin que, sin embargo, se les adhieran los liberales, por parecerles sospechosa esta actitud del emperador. Tales medidas desconciertan a la masa de la nación que nada comprende. También se murmura que Benito Juárez reina en México. En estas condiciones, ¿por qué haber ido tan lejos a buscar a un príncipe extranjero?

Muy pronto, en la corte misma, entre los altos dignatarios, son muchos los que escandalizan a un diplomático belga, Blondeel de Cuelenbrock por "su extraña libertad de lenguaje". Parece que nadie toma en serio a este régimen.

Ministros y funcionarios echan mano de la fuerza de la inercia. La lentitud en lo tocante a la expedición y aplicación de las órdenes es tal, que equivale a hostilidad. Y engañan a Maximiliano a porfía dirigiéndole informes contrarios a la verdad. En cuanto a las autoridades provinciales, como no reciben instrucciones, no cambian nada en sus costumbres.

"Es un utopista", dice de Maximiliano el padre Miranda, uno de los mejores espíritus del partido conservador. Poco antes de su muerte (mayo de 1864) comunicó sus desilusiones a sus amigos políticos. Este ensayo de monarquía democrática

y liberal que quiere intentar el emperador, está destinado al fracaso. Se han engañado. Maximiliano no tendrá éxito en importar ni en imponer ese sistema en México.

*
* *

Dos hombres, dos europeos, ejercen sobre el emperador fuerte influencia. En primer lugar, Schertzenlechner, su antiguo valet de cámara, a quien ha convertido en secretario y a quien, muchas veces, le ha confiado misiones secretas cerca de Gutiérrez, de Almonte e incluso del Papa. Este muchacho hábil, lleno de celo, no tiene ninguna educación, ninguna experiencia y no entiende nada de negocios. Pero, muy ambicioso, busca sobre todo su provecho personal. Se sintió herido cuando Maximiliano nombró jefe de su gabinete civil, puesto que él ambicionaba, al belga Eloin que adquirió extraordinario ascendiente sobre el emperador. Eloin, muy vanidoso, ¿no les ha dicho a los que lo critican: "Queréis hacer tabla rasa de los que rodean al emperador? Entonces, *¿quién* dará el impulso y la dirección?" El sobrentendido es claro: Maximiliano reina, pero es Eloin el que gobierna.

Los que están cerca del emperador se admiran de la confianza ilimitada que le concede a este capataz de minas que jamás ha logrado llegar a ingeniero, a este hombre arrogante que, absolutamente ignorante de las cosas de México, opina osadamente, sin embargo, en todas las cuestiones. Y el clero se escandaliza del crédito de que goza este francmasón. Pero a los ojos de Maximiliano, Eloin tiene un mérito: le fue recomendado por Leopoldo.

Un diplomático belga juzga, como muchos otros, que son nefastos los consejos de Eloin: "Comer cura en el desayuno y francés en la comida cuando uno ha sido llamado al trono por el clero y Francia es vuestro único sostén, puede ser considerado como una política peligrosa". Eloin es, en efecto, el alma de la política antifrancesa. Es el único punto en que está de acuerdo con Schertzenlechner.

Esto no le disgusta a Maximiliano, el cual, desde su juventud, siempre ha testimoniado antipatía por todo lo que era francés. Felicitó a Francisco José por haber proscrito de la corte a la lengua francesa, y a los españoles por no haber adoptado las modas francesas. La política y las ideas francesas le inspiran desprecio. Por otra parte, su madre, la archiduquesa Sofía, siempre lo ha alentado en esta manera de pensar.

¿Pero cómo conciliar estos sentimientos con la necesidad de la alianza francesa? El ejército francés le ha abierto el camino al emperador de México. Es él el que mantiene el orden dondequiera que se encuentra, y el que asegura la tranquilidad de las personas. El testimonio del mismo adversario proporciona las pruebas de esto. En una carta "muy secreta" dirigida el 16 de junio de 1964 a Juárez, su ministro Zamacona escribe: "...las olas de la invasión avanzan sin hallar dique ni resistencia. No puede uno menos de sentirse impresionado al ver que se convierten en realidad los planes y las esperanzas de la intervención, que, hace un año, provocaban nuestras risas y las llamábamos quimeras. ¿Cómo se ha extendido el invasor en el país, estableciendo inmensas líneas militares ininterrumpidas? ¿Cómo tuvo la tranquilidad necesaria para ocuparse en trabajos propios eminentemente pacíficos? ¿Cómo pudo establecer de nuevo la línea telegráfica desde Querétaro hasta Veracruz, uniéndola a Chalchicomula con otra línea? ¿Cómo pudo hacer llegar los trabajos del ferrocarril hasta Paso Ancho? ¿Cómo ha podido regularizar el servicio de postas? ¿Cómo restableció la seguridad en los caminos principales? ¿Cómo pudo seducir a algunas poblaciones? ¿Cómo se captó la confianza del público que pone en sus manos convoyes de plata como no se había visto desde hace mucho tiempo? ¿Cómo atrae hacia él a miembros del partido independiente? ¿Cómo gana terreno, hasta el punto... de que los banqueros de Londres y de París le abrirán sus cofres al nuevo imperio para la realización de un empréstito?"

Este cuadro, pintado por el enemigo, es muy halagador para el ejército francés. Demuestra que éste ha hecho obra útil, y esto en beneficio de un nuevo régimen, que lo único que tendrá por hacer es seguir el impulso dado. El ministro juarista, añade: "Hemos perdido a casi todos los grandes centros de población, y lo peor de todo, es que el enemigo haya efectuado la conquista material de todas estas localidades sin que esto les haya impedido a los espíritus facilitarle la conquista moral a la que aspira, y que haya logrado, mediante un sabio sistema, si no cautivar las simpatías de los mexicanos, a lo menos entibiarlos en la defensa nacional... En presencia de los increíbles progresos que han llevado a cabo en lo que va del año, es de temerse que los invasores y sus aliados lleguen, por falta de obstáculos levantados por nosotros, a sobrepasar todas las dificultades y a realizar los proyectos más insensatos..."

Así, por confesión misma del enemigo, es, gracias a los franceses, como Maximiliano puede esperar asentar su gobier-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no. A condición de que sepa aprovecharse del impulso dado por ellos.

* * *

Carlota, que tiene el gusto por la política, toma parte en los asuntos con una seriedad apasionada. Mantiene correspondencia con la emperatriz Eugenia que la alienta en este camino. Tiene la ventaja, le dice, "de que los mexicanos se ven tan bien gobernados por vos, como por el emperador". Maximiliano le confiará la regencia, como Napoleón a Eugenia, durante los viajes que emprenderá al interior del país para conocer a sus súbditos. "Desea que, como Vuestra Majestad, yo presida el consejo de los ministros. El domingo, además, doy en nombre del emperador audiencias públicas. Gran número de oficiales de Juárez se han presentado ya en ellas. Después visito tantas escuelas y establecimientos como me es posible..."

Se sentirá muy orgullosa el día en que obtendrá una decisión del consejo de ministros en favor de un proyecto de ley relativo a los indios. "Acabo de obtener un triunfo en toda la línea... Confiada en el éxito, desarrollé ante ellos teorías sociales sobre las causas de las revoluciones en México, las cuales han procedido de minorías turbulentas, apoyándose en una gran masa inerte; sobre la necesidad de volver a la humanidad a millares de hombres y de hacer cesar una plaga a la que la independencia le ha traído un remedio ineficaz, puesto que, ciudadanos de hecho, los indios han permanecido en una abyección desastrosa". Admirada, comprueba que sus palabras "prendieron", y "empieza a creer" que hizo "un gesto histórico".

Su método es muy diferente al de Maximiliano. Va derecho al objetivo. No somete su juicio a discusión del gabinete, lo que culminaría, después de haber perdido horas, en diferirlo todo hasta las calendas griegas. Llega "provista de todos los documentos por medio de los cuales estudió la cuestión del modo más profundo, más minucioso, y ya asesorada por hombres competentes..." Luego, rotundamente, se dirige a los ministros: "Señores, he aquí la cuestión; después de un serio examen, creo que debe ser resuelta en este sentido. ¿Qué opináis vosotros?" Los ministros, sorprendidos, responden que sí, por convicción o por cortesía. Entonces la emperatriz: "Habiendo sido aceptada la ley, será enviada al *Diario Oficial* esta tarde y puesta en vigor mañana". Conducidas así las cosas, los asuntos marchan con rapidez y raramente abandona el consejo con un proyecto rechazado.

Toma parte activa en los problemas que se les plantean a los nuevos soberanos y cuyo alcance mide con espíritu mucho más lúcido, mucho más realista, que Maximiliano. Cuando Bazaine, desde el mes de junio de 1864, habla de reducir las fuerzas militares, se inquieta por las partidas posibles, porque ve las cosas tales como son. No la ha cegado el entusiasmo de las multitudes, particularmente de los indios. Todavía no pueden pasarse sin el apoyo de las tropas francesas. "Las poblaciones son, a pesar de sus buenas disposiciones, de tal manera apáticas, un poco por naturaleza, y mucho como consecuencia de sus desdichas, que, si los efectivos del ejército francés fuesen de pronto disminuidos, esto daría lugar al más grave desaliento de parte de aquellos que desean el porvenir del país, y a una inseguridad muy grande para los habitantes... Estas magníficas personas reclaman la presencia del ejército francés... que es, por el momento, su único refugio". En sus cartas a Eugenia, Carlota no cesa de insistir sobre este punto. Comprende muy bien la situación.

* * *

Aun dándose cuenta de las dificultades de su tarea, los soberanos son, sin embargo, resueltamente optimistas. Carlota "está encantada de todo", dice su dama de honor. En cartas a su familia, Maximiliano se declara encantado. Está, escribe, sobrecargado de trabajos de todas clases, "pero se trabaja con gusto cuando se tiene un objetivo, cuando se comprueba que hay agradecimiento, y cuando se tiene la esperanza de ser útil a su prójimo". Este país es, por otra parte, "mucho mejor" de lo que esperaban. "Ambos nos encontramos ya muy bien en nuestra nueva situación. Tenemos plena confianza en Dios y estamos muy contentos. Se nos ayuda de todos lados con un amor conmovedor. Ni Carlota ni yo sentimos la nostalgia del retorno".

Por su parte, Carlota le asegura a su abuela que los mexicanos "tienen gran confianza en Max y lo esperan todo de él". Inteligentes, anhelan progresar, pero hasta el momento actual habían sido engañados. Ciertamente, la obra emprendida es difícil, "pero hacedera con perseverancia y valor, y ni lo uno ni lo otro faltarán a nuestro lado... Estad tranquila respecto de nosotros; no corremos ningún peligro. Ya empiezan a amarnos y tenemos oportunidad de tener éxito. La regeneración y la felicidad de una nación valían bien la pena de hacer este viaje..." y poco después: "Lo que aquí sorprende,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es que el gobierno toma en serio su trabajo por primera vez; ya no se lanzan proclamas en todas las encrucijadas con grandes palabras sonoras, sino que trabajamos y nos ocupamos asiduamente del mejoramiento del país. La población comprende esto, y como jamás estuvo acostumbrada a la buena voluntad de nadie, su entusiasmo va siempre en aumento y degenera casi en idolatría... Max, estimado y respetado desde el primer día, es ahora adorado. Los miembros del partido republicano dicen que, cuando aún no son monárquicos, son "maximilianistas". Cuando pienso que estamos aquí apenas desde el 28 de mayo, veo que no hemos perdido nuestro tiempo... Podéis perfectamente creer todo lo bueno que los periódicos dicen de México, porque nada se acerca a la confianza y al entusiasmo con que Max es recibido dondequiera... Me siento perfectamente feliz aquí, y también Max. Nos conviene la actividad" (10 de julio de 1864).

Unos días más tarde: "Seguimos estando bien, y asimismo marcha bien todo lo demás. Max gobierna con prudencia... La misión que debemos llevar a cabo en este país es de interés siempre creciente, y no nos arrepentimos de haberla emprendido. Con un poco de paciencia, el progreso será rápido".

Ambos, es verdad, se entregan al trabajo con ardor. "Éramos demasiado jóvenes para no hacer nada", dice Carlota. Ahora, colmados sus deseos, están prontos para ejercer su oficio en conciencia.

* * *

A partir del 11 de agosto de 1864, Maximiliano empieza a viajar, a fin de ver las cosas en el lugar mismo y por sí mismo. Quiere formarse una opinión personal.

Durante su ausencia, Carlota lo remplaza en las ceremonias oficiales. Da comidas "esmaltadas" de mexicanos y franceses. Una de estas comidas se ofrecerá en honor de Bazaine promovido a mariscal. Pero, sobre todo, hace celebrar con gran solemnidad la fiesta de la Independencia, el 16 de septiembre. Con la gran capa imperial de terciopelo carmesí bordado de oro, diadema en la cabeza y cascada de diamantes al cuello, asiste al *Te Deum* en la catedral, rodeada de un cortejo imponente. Luego se dirige a la Plaza de Armas para poner allí la primera piedra del monumento que deberá erigirse en ese lugar para conmemorar el recuerdo de ese gran acontecimiento nacional.

Se debe este monumento a la iniciativa de los soberanos. Algunos mexicanos habían tenido la idea de elevar un arco de triunfo en homenaje a la soberana. El emperador había expresado la emoción sentida por Carlota y por él mismo, pero ambos preferían, dijo, que fuese construido en ese lugar un monumento dedicado "a la independencia de la patria, ante el cual se colocarían las estatuas de los principales héroes de la liberación, Hidalgo, Morelos, Iturbide, y se escribirían en él con letras de oro los nombres de todos los jefes de esa gloriosa época. Todo el monumento estaría rematado con una gran estatua que representara dignamente a la nación". Había reclamado el honor de poner la primera piedra y le había pedido los planos al arquitecto Rodríguez.

El mismo día, en Dolores, aldea donde el cura Hidalgo había levantado el estandarte de la revuelta el 16 de septiembre de 1810, Maximiliano evocaba este recuerdo. A la cabeza de un cortejo que portaba antorchas, se dirigió, a las once de la noche —hora del levantamiento— al través de la ciudad hacia la casa de Hidalgo. Y desde una de las ventanas se dirigió en español a la multitud. Alocución vibrante que levanta aclamaciones frenéticas: "Más de medio siglo tempestuoso ha transcurrido desde que, de esta humilde casa, salió del pecho de un humilde sacerdote aquella gran palabra de independencia que resonó como un trueno de un océano al otro, y ante la cual cayeron la esclavitud y el despotismo de muchos centenares de años. Esa palabra, que brilla en medio de la noche como un relámpago, despertó a toda una nación dormida desde largo tiempo para lograr conducirla a la libertad y a la emancipación...

El germen sembrado por Hidalgo debe, al presente, crecer y desarrollarse. "Nuestra águila se lanza a los aires y estrangula entre sus garras a la serpiente de la discordia..." "Entusiasmo indescriptible", le escribe Maximiliano a Carlota.

* * *

En el curso de este viaje, el emperador es dondequiera bien recibido. Las tropas francesas han alejado al enemigo en un radio de ciento cincuenta leguas alrededor de México, y Maximiliano tiene una corta escolta. En Morelia, la ciudad más difícil, la más peligrosa desde el punto de vista político, se le recibe "con un entusiasmo tal, como jamás lo ha visto en su vida". Apenas puede avanzar su caballo. "Cuando caminaba yo a pie, la multitud me estrechaba hasta sofocarme".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La muchedumbre quiere llevarlo a hombros, las señoras de la ciudad quieren a viva fuerza darle el abrazo.

Solemne entra en su "buena ciudad" de Querétaro, en la que admira el acueducto. Rodeado de indios que lo aclaman, sube al cerro por un sendero sinuoso, rocoso, guiado por el coronel López, aquel apuesto oficial que tiene, según se dice, el regimiento mejor puesto de todo el ejército mexicano. Aun cuando parece ya completamente consagrado al emperador, éste experimenta, a su lado, una impresión poco favorable. "¿Puedo tener confianza en él?", le pregunta al oficial francés que lo acompaña. "No más que en los demás", le responde.

Durante el viaje, Maximiliano encuentra de nuevo al hijo del general Uraga, juarista recientemente unido al partido de Maximiliano; lo invita a comer. "Olvidemos las sombras pasadas", le dice cordialmente.

Recorre la región unas veces en carroza inglesa, otras a caballo, descubriendo a este país tan diverso, unas veces rico y alegre, y otras áspero, pobre, montañoso, y a esas ciudades como Morelia, opulentas con ricos palacios de piedra tallada y una bella catedral de torres esbeltas. No le importa cansarse y los que lo siguen echan pestes. "Estar a caballo durante ocho horas seguidas y más de diez o doce horas por día, es demasiado. Y después de esto, era necesario con frecuencia, durante cinco o seis horas, pasar por valles donde los caballos se hundían hasta el vientre en el agua y el barro, y con frecuencia trepar por montañas que eran verdaderos bloques de piedra".

Maximiliano declara que está encantado. Sin embargo, aflora una nota de pesar en una de sus cartas a Karl Ludwig, su hermano menor. "A pesar de toda mi satisfacción, deseo con frecuencia volver a ver mi bella isla de Lacrona. Ciertamente es para mí el rincón de la tierra que he amado más, donde he vivido las horas más felices de mi vida, donde conocí la paz y la alegría y jamás la tristeza".

En Toluca, última etapa, Carlota vino a su encuentro con madame Almonte y el conde de Bombelles, una Carlota vestida con un traje gris de amazona, cubierta con un sombrerito de fieltro blanco guarnecido de galón de oro, y encantada de esta pequeña fuga. Había partido a las seis de la mañana con un tiempo radiante. No lejos de México, en Santa Fe, dejó la carroza y montó a caballo. Allí la esperaba Bazaine con su estado mayor. Atravesó las aldeas donde los indios, agitando pañuelos de color en la punta de largas varas, aclamaban a la emperatriz y a los franceses.

Se detuvo en un campamento francés. El joven capitán Blanchot lo organizó todo, escogió el lugar cerca de un torrente

fresco, hizo levantar una tienda duplicada con una persiana de tela salpicada de ramos Luis XV y cuyo suelo estaba cubierto con una suave alfombra. En torno de la tienda, para atenuar los rayos del sol y evitar miradas indiscretas, hizo plantar un pequeño bosque de abetos.

El desayuno se efectuó en la tienda del mariscal Bazaine. Blanchot "echó mano de la mayor coquetería para hacer creer en un almuerzo ofrecido bajo los artesonados dorados de un palacio". Nada falta. Decoran a la mesa suntuosa guirnaldas de begonias y de orquídeas. El menú es digno de Brillat-Savarin. Incluso se pensó en los entremeses azucarados que le gustan muy especialmente a la emperatriz. El almuerzo estuvo muy alegre, porque Carlota hizo a un lado el exceso de etiqueta que hubiera podido volverlo afectado. Luego, se retiró a reposar. Durante esas cuantas horas, escribió la narración de aquella jornada que hará unir a las armas imperiales para ofrecerla al mariscal. Les enviará ejemplares impresos a algunos oficiales para testimoniarles su gratitud.

Con alegría volvieron a encontrarse ambos esposos, según parece. Carlota saltó de la carroza para ir a encontrar a Maximiliano. Al hacer esto, deja ver hasta muy arriba una pierna sin calzón. "Este pequeño espectáculo me ha indemnizado por todo el polvo que acababa de cegarme", anota Blanchot un poco licencioso como conviene a un joven oficial francés. Enorme multitud asiste al encuentro del emperador y de la emperatriz que se abrazan con tierna efusión.

El 30 de octubre, entran de nuevo en la capital, donde el recibimiento es tan entusiasta como el del 12 de junio.

* *
*

Maximiliano trae consigo impresiones personales de esta primera gira por la provincia. Ha podido juzgar las costumbres y los hábitos de los funcionarios y del clero. Supo que, en algunas aldeas, ya no bautizaban a los niños indios porque sus padres no podían pagar nada. En un pueblo un cura vino a excusarse con él por haber estado ausente en el momento de su llegada. ¿La causa? Había llevado a su hijo a la confirmación que estaba dando el obispo.

Si Maximiliano se siente feliz por el recibimiento que se le hizo, se ha visto obligado en muchas ocasiones a dar pruebas de severidad a título de ejemplo, y a revocar a funcionarios, porque descubrió la plaga de este país. "Lo peor de todo lo que he encontrado hasta el momento actual, son los emplea-

dos de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. No conocen absolutamente su deber y viven únicamente más que para el dinero. Los jueces son corruptibles. Los oficiales no tienen honor. Al clero le falta el amor cristiano y moralidad..." En suma, acaba de descubrir un México muy diferente del que le pintaban los desterrados mexicanos.

IX

LOS GRANDES PROBLEMAS

Se planean, imperiosos, los grandes problemas. Se trata de gobernar. Ya no bastarán los buenos sentimientos, la buena voluntad ni las bellas teorías. Se trata de fundar un imperio capaz de mantenerse solo cuando el ejército francés cese de sostenerlo.

¿Qué pueblo es éste en el que debe reinar Maximiliano? Un diplomático francés, el señor De Gabriac, decía hace poco: "Un pueblo de imbéciles gobernado por ladrones". Juicio sumario que contenía, sin embargo, una parte de verdad. En ocho millones de habitantes, México cuenta con cinco millones de indios, descendientes de los aztecas, clase miserable explotada desde hacía siglos; masa inerte, ignorante. Indolente, el indio se contenta generalmente con trabajar la tierra, con criar y vender aves. Tiene dos pasiones: el juego y los licores fuertes. De temperamento melancólico, ríe cuando está embriagado. Pacífico, dulce, está entregado a una casi esclavitud por hipócritas disposiciones legales. El *peón*, dedicado al cultivo de vastas haciendas es teóricamente libre de irse. Sí, pero con una condición: debe rembolsarle al propietario, antes de marcharse, sus deudas personales, y también las de su padre. Ahora bien, el salario es de tal manera reducido que jamás llega a liberarse. Al contrario, se endeuda más y más, porque, para retenerlo mejor, el amo le abre crédito en la tienda de menudeo del dominio. Puede adquirir allí aguardiente, ropa, utensilios para la casa, y no resiste la tentación.

Inteligente, no hace sin embargo casi ningún esfuerzo para salir de su condición. Raros son los que, como Juárez, logran ocupar un rango elevado en la escala social.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. No conocen absolutamente su deber y viven únicamente más que para el dinero. Los jueces son corruptibles. Los oficiales no tienen honor. Al clero le falta el amor cristiano y moralidad..." En suma, acaba de descubrir un México muy diferente del que le pintaban los desterrados mexicanos.

IX

LOS GRANDES PROBLEMAS

Se planean, imperiosos, los grandes problemas. Se trata de gobernar. Ya no bastarán los buenos sentimientos, la buena voluntad ni las bellas teorías. Se trata de fundar un imperio capaz de mantenerse solo cuando el ejército francés cese de sostenerlo.

¿Qué pueblo es éste en el que debe reinar Maximiliano? Un diplomático francés, el señor De Gabriac, decía hace poco: "Un pueblo de imbéciles gobernado por ladrones". Juicio sumario que contenía, sin embargo, una parte de verdad. En ocho millones de habitantes, México cuenta con cinco millones de indios, descendientes de los aztecas, clase miserable explotada desde hacía siglos; masa inerte, ignorante. Indolente, el indio se contenta generalmente con trabajar la tierra, con criar y vender aves. Tiene dos pasiones: el juego y los licores fuertes. De temperamento melancólico, ríe cuando está embriagado. Pacífico, dulce, está entregado a una casi esclavitud por hipócritas disposiciones legales. El *peón*, dedicado al cultivo de vastas haciendas es teóricamente libre de irse. Sí, pero con una condición: debe rembolsarle al propietario, antes de marcharse, sus deudas personales, y también las de su padre. Ahora bien, el salario es de tal manera reducido que jamás llega a liberarse. Al contrario, se endeuda más y más, porque, para retenerlo mejor, el amo le abre crédito en la tienda de menudeo del dominio. Puede adquirir allí aguardiente, ropa, utensilios para la casa, y no resiste la tentación.

Inteligente, no hace sin embargo casi ningún esfuerzo para salir de su condición. Raros son los que, como Juárez, logran ocupar un rango elevado en la escala social.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al lado de los indios, los mestizos que heredaron, de las diversas razas de que descienden, todas las malas pasiones sin ninguna de sus cualidades. Son, en su mayor parte, poltrones, perezosos, ladrones. Sus necesidades son limitadas. "Dadles un plátano, un vaso de pulque, una guitarra, un petate para dormir, y su vida física queda satisfecha. Ponedles un cirio en la mano, dadles una procesión cada semana, eximidlos de las obligaciones de la justicia; su vida moral no exige más", comprueba el sacerdote Piérard que los conoce bien.

Finalmente, un millón de blancos criollos, descendientes de los españoles que han conservado de sus orígenes un orgullo de caballeros, el desprecio de la muerte, la indiferencia por el mañana y poco gusto por el trabajo. Con frecuencia cultos, buenos charlistas, pasan raramente a la acción.

El clero ejerce fuerte autoridad sobre esta población. El respeto de las cosas religiosas es, exteriormente, profundo. Cuando pasa el Santísimo en una carroza dorada enganchada a dos mulas ricamente enjaezadas, precedida de un mendigo que lleva la mesa cubierta de lienzo blanco, en una mano, en tanto que con la otra agita una campanilla, se interrumpe la circulación y los transeúntes se descubren y se arrodillan. Lo mismo se hace en las casas. Cuando tocan el *Angelus*, todo el mundo se detiene en la calle y reza el *Pater* y el *Ave María*.

La desgracia es que, entre ese clero, son numerosos los sacerdotes a quienes les faltan todas las virtudes cristianas, y moralidad tanto como instrucción. Ignoran las leyes canónicas y los decretos de los concilios. Cosa más grave todavía, dan el espectáculo de costumbres disolutas. Los oficiales y los soldados franceses se quedan estupefactos de verlos rodeados de muchas mujeres jóvenes, sobrinas o primas, con frecuencia padres de familia, y a veces oficialmente casados, como en el Estado de Oaxaca, "para no escandalizar". Además, trafican con los sacramentos, sin saber, por lo demás, que se hacen culpables de simonía. Así, para el matrimonio, el precio es de tal modo elevado, que las clases pobres viven en concubinato.

Los sacerdotes europeos, entre otros el padre Domenech que conoce bien a México, juzga que éste no es un país católico. Es cierto que la mayor parte de la población ha conservado las prácticas idólatras que coexisten con los gestos exteriores de la religión cristiana. La religión mexicana es un conjunto extraño de supersticiones, de creencias tomadas de diversos cultos, y los sacerdotes, tan ignorantes como los fieles, son perfectamente incapaces de educar a éstos. A las iglesias, donde vuelan los pájaros que allí hicieron su nido, los indios acuden con sus canastas de aves. Perros y gatos circulan allí

con toda libertad. En ciertos casos se sacrifican tórtolas sobre el altar, y a veces todavía niños o ancianos. Hay fiestas religiosas durante las cuales danzan en la iglesia veinticuatro muchachos y veinticuatro muchachas, dirigidos por un indio que lleva una máscara de diablo. Con frecuencia, en este mismo lugar, es tema de un espectáculo muy realista el parto de la Virgen. El clero tolera fácilmente estas supervivencias paganas.

Desde el momento en que la emperatriz ha visto las cosas de cerca, dice: "Trabajamos para volver católico a este país, porque no lo era y nunca lo había sido".

* * *

"Pueblo de ladrones", según Gabriac. El padre Domenech: "El robo es en él una segunda naturaleza". El mexicano coge todo lo que le cae en las manos. Tanto la bola de la escalera en la casa donde entra, como la linterna de la entrada. En las iglesias, las capillas están cerradas con sólidas cadenas que protegen los candelabros y los vasos preciosos. En las gradas del altar, la campanilla de la misa está atada al suelo con una cadena de hierro.

A su llegada, los oficiales franceses, sorprendidos, comprueban que se les roban sus charreteras, sus dragonas, sus cruces, sus caballos. En una gran velada ofrecida por el estado mayor, los invitados cortan las franjas de oro de las cortinas. Porque el robo hace estragos incluso en las clases altas, y en todas sus formas, desde el portero hasta el ministro: la única diferencia está en el valor de la suma o del objeto robados. Maximiliano tenía sobre su escritorio un revólver damasquinado con culata de marfil. Desaparece después de las audiencias en las cuales el personaje de menos categoría era un general mexicano. El coronel Miguel López le ofrece un día al emperador robarle de encima de su mesa, en menos de dos horas, cualquier objeto que designe, sin que él se dé cuenta.

Son numerosos los que sacan ganancias ilícitas de su puesto, de su profesión. Robarle al Estado no suscita censuras, sino admiración. Se dice que los que lo hacen son pillos astutos, que son unos "vivos". Todos trafican: generales, coroneles, prefectos, ministros, magistrados, funcionarios. Las revoluciones sin cesar renovadas han facilitado las operaciones deshonestas; ya se ha hecho costumbre. Por otra parte, no existen sanciones. Dicen los franceses que en este país es difícil percibir los impuestos, pero mucho más difícil lograr que los agentes del Estado viertan el dinero en el tesoro. Al lado de cada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

uno de ellos, escribe Bazaine, sería necesario colocar uno de nuestros soldados para vigilarlo.

Todos los pretextos son buenos para enriquecerse. Se ve a coroneles del ejército mexicano fundar montes de piedad en las ciudades donde están de guarnición, lo que les produce sustanciosos recursos. En los caminos reina el bandolerismo. Las diligencias son atacadas, saqueadas, y los viajeros despojados de sus vestidos que les son revendidos a las víctimas al día siguiente. El robo es la industria nacional.

* * *

De lejos, las ciudades mexicanas parecen deslumbradoras, con sus casas blancas, sus cúpulas refulgentes. De cerca es menos pintoresca la realidad. En las calles, las aguas estancadas, fangosas, despiden un olor infecto. Ante las puertas, las porquerías, que sólo los perros y los zopilotes harán desaparecer en parte. Las pulgas y los piojos hormiguean sobre un pueblo en andrajos.

Ahora bien, este pueblo miserable vive en un territorio de excepcional riqueza y se beneficia de una incomparable ubicación entre los dos océanos. La diversidad de los productos es grande, porque el clima, tropical en las tierras calientes, templado en las tierras frías, permite cultivos muy variados, naranjas y plátanos, tanto como el trigo, maíz, alubias. El suelo puede alimentar boyadas y proporcionar oro y plata. Todas estas riquezas piden ser explotadas por el trabajo humano. Por poco que se ayude a este país, y que él se ayude a sí mismo, puede gozar de la prosperidad. Lo que le hace falta es una política capaz de imponer la paz civil y la estabilidad gubernamental, condiciones necesarias para depurar las costumbres, restaurar la confianza, reanimar el espíritu de empresa, alentar las cualidades de la raza, para reparar los daños causados por cuarenta y ocho revoluciones en menos de cuarenta años.

Esta acción política es lo que se espera del nuevo régimen. Las circunstancias son favorables. El gobierno juarista pende de un hilo, de lo que da fe una carta de Jesús Terán dirigida al mismo don Benito Juárez (febrero de 1864): "Me hallo en la más grande inquietud al leer la noticia publicada en los periódicos (españoles) según la cual habéis renunciado... Para personas como Ortega, Doblado y Vidaurri que se quejan y que se sienten disgustados (de proseguir la guerra), lo más fácil es que ellas os coloquen en la obligación de renunciar..." Y recuerda el encarnizamiento de algunos para meter discordia

en el gabinete, el hastío de los ministros, el descorazonamiento de todos ante una situación desesperada.

En el país todo el mundo aspira a la tranquilidad y renace la esperanza. El ejército francés ha cumplido una labor importante; además de la acción militar, ha desarrollado, ya lo hemos visto, la maquinaria económica, mejorando los caminos, activando la construcción de la vía férrea entre Veracruz y la capital, estableciendo líneas telegráficas. Además, ha vuelto a poner orden en las aduanas y se esfuerza en reorganizar al ejército en torno de los generales Mejía y Márquez, adictos al imperio. El impulso está dado. No hay más que continuarlo.

Un periódico, *Ere Nouvelle,* que dirige un publicista francés, Emile Masseras, muy al corriente de los asuntos del Nuevo Mundo y de los de México en particular, está pronto a sostener al imperio.

Que Maximiliano dé pruebas de inteligencia y de energía, y él podrá, afirma el comandante Loizillon, "hacer de México en diez años un país rico y próspero". Por el momento, él es el único amo. Los ministros que escogió dependen de él. Ve muy claramente lo que debe hacer. "El pleno poder de la autoridad debe estar en manos del gobierno hasta en tanto que el país esté pacificado. Estas buenas personas deben en primer lugar aprender a obedecer. En México, son necesarias una calma fría, una gran cortesía y una firmeza inquebrantable", le escribe a su suegro Leopoldo, el 1 de julio de 1864.

Se siente lleno de celo por su tarea —un poco embriagado por las aclamaciones que lo acompañaron en el curso de su reciente viaje—. Para él, lo primero que debe hacerse, es destruir lo que queda de la resistencia de los guerrilleros, y desde el 3 de noviembre de 1864, le comunica su voluntad a su ministro de Estado. "Mis deberes de soberano me obligan a proteger al pueblo con brazo de hierro, y para responder a las necesidades altamente expresadas en todos lugares, declaramos, como jefe de la nación, con pleno conocimiento de nuestra misión sagrada y del deber que se nos ha impuesto, que todas las bandas armadas que recorren todavía algunos puntos de nuestra bella patria y extienden la desolación, los disturbios y las amenazas contra la libertad y el trabajo de los ciudadanos trabajadores, deben ser consideradas como grupos de bandidos y caer en consecuencia bajo los rigores inflexibles e inexorables de la ley... Si nuestro gobierno respeta toda opinión política, no puede tolerar a los criminales que violan la primera de las libertades que está llamado a garantizar: la de las personas y la de las propiedades..."

Se envían estas instrucciones a los prefectos. Pero el emperador quiere ir demasiado aprisa. En vez de atenerse a recomendaciones precisas sobre un punto preciso, añade otras instrucciones sobre los temas más diversos: el mantenimiento de los caminos, la salubridad pública, el desarrollo de la instrucción y de la agricultura, la crianza de animales, el mejoramiento de la raza caballar, la búsqueda de minas de carbón, de mercurio, de cobre, el estado de los terrenos abandonados. Otras tantas cuestiones interesantes, ciertamente, para la economía nacional, pero que no puede esperarse que se resuelvan de un solo golpe en un país trastornado y completamente desorganizado.

Para que observen en el lugar mismo la ejecución de sus medidas, crea un cuerpo de inspectores encargados de hacer informes detallados. Luego promulga leyes —siete volúmenes— sobre los asuntos más variados; divide a la República en cincuenta departamentos que tengan cada uno a la cabeza un prefecto. Ve las cosas desde arriba; así, no piensa que la primer reforma, para poner las bases administrativas de la nación, es organizar seriamente el estado civil. En vez de confiarlo a los prefectos, lo deja en manos del clero ignorante y negligente.

Instituye una comisión de las finanzas con la misión de ocuparse del crédito público, de los impuestos, de la deuda interior y exterior, y un Consejo de Estado que tiene como tarea redactar los proyectos de ley y de juzgar las desavenencias administrativas y a los altos funcionarios en los casos presentados por el emperador.

Estos nuevos mecanismos exigen la creación de numerosos puestos de funcionarios. "Todo, esto confortablemente retribuido y contado con una autoridad muy extensa de la que cada uno usa a su gusto y según su capricho, recibiendo las entradas y no rindiendo cuentas ni dinero", nota Bazaine. Hubiese sido necesario, ante todo, imponer una severa disciplina para que estas medidas fueran eficaces. Dado el estado actual de las cosas, harán agravar la situación. Así, por ejemplo, se crea a expensas del tesoro una guardia de doscientos a trescientos hombres para obviar un peligro poco importante. "En realidad, se reclutan cincuenta, pero se meten en la bolsa los haberes y los víveres del resto". Con tales métodos, ¿qué resultados pueden esperarse?

Carlota aplaude esta actividad reformadora. "Max acaba de publicar muchos decretos de rara sabiduría, así como una circular a los prefectos que es un modelo de todo lo que puede decirse liberal, noble y justo". Casi todo el partido liberal,

añade, está de parte del gobierno y acaba de proporcionar las más grandes inteligencias del país para los puestos ministeriales.

Los soberanos se arrullan con ilusiones. Maximiliano ya decepcionó a los conservadores apartándolos, y contrariamente a lo que cree, no se ha ganado a los liberales. Éstos, al verle tomar medidas que van en el sentido de sus ideas, se preguntan cuál será su juego. Por otra parte, pueden difícilmente aceptar a un soberano escogido por una potencia extranjera que les hace la guerra. Y luego, descubrieron muy pronto que el emperador es un débil y tratarán de aprovecharse de ello. Muy pronto, Bazaine, que también lo ha juzgado, escribirá: "Ningún partido tiene confianza en su política versátil ni en su carácter que es el de un soñador alemán".

No obstante, nadie puede discutir la evidente sinceridad de Maximiliano. Su deseo más ardiente es "poner los intereses de su pueblo antes que todo en el mundo", y se entrega entero a esta tarea. "Los asuntos se amontonan a medida que el gobierno se robustece y me tienen en jaque desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche..." Está muy orgulloso de sí mismo: "Siento gran satisfacción al pensar que sirvo a la humanidad y que puedo trazar mi surco en el campo de la civilización. Soy feliz de que me sea concedido contribuir al progreso para el que trabajan los hombres desde hace millares de años", le confía al doctor Jilek en una de sus cartas.

Saldrá de la teoría para afrontar los problemas en su realidad.

* * *

El primero, es el problema religioso. En 1861, Juárez hizo vender en provecho del tesoro, las propiedades de la Iglesia; hizo expulsar al clero regular y decretó que el clero secular fuese retribuido por los fieles. El nuevo régimen debe, como siempre en casos parecidos, tranquilizar a los que adquirieron los bienes eclesiásticos y darle sosiego al clero. Delicada cuestión. Los adquiridores están considerados por la Iglesia en estado de pecado mortal, y se les rehúsa la absolución incluso a la hora de la muerte, a menos que renuncien a esos bienes en su nombre y a nombre de sus descendientes.

En una proclama, el general Forey había afirmado en octubre de 1863 "que los propietarios de bienes nacionales adquiridos regularmente y conforme a la ley", no serían inquietados en nada. Únicamente las ventas fraudulentas podrían ser objeto de una revisión. Le dejaba al futuro soberano el cuidado de encontrar y de imponer una solución. Como se tra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba únicamente de intereses materiales, parecía que sería muy fácil esa solución. Napoleón III había aconsejado medidas capaces de satisfacer a los dos partidos: darles firmes seguridades a los adquiridores afirmando la validez de las ventas y, por otra parte, tranquilizar a los sacerdotes concediéndoles un sueldo que les permitiese vivir con dignidad.

Apremiado por Napoleón, y consciente, por otra parte, de la importancia de los intereses en juego, Maximiliano solicitó del Papa el envío de un nuncio con quien negociar. El clero había esperado que Maximiliano, con un simple decreto, le restituiría todos los bienes vendidos. Empieza a murmurar y el arzobispo se queja a Roma. El emperador elabora un proyecto de concordato donde el catolicismo es reconocido como la religión del Estado, pero se afirma la libertad de conciencia y se ratifica la nacionalización de los bienes de la Iglesia. Si tarda demasiado la Santa Sede, él solo arreglará las cosas. Ante esta amenaza, Roma anuncia que monseñor Meglia, arzobispo de Damasco, que ha sido secretario de la nunciatura en París, se pondrá en camino para México. La emperatriz Eugenia le confía a Carlota que es "de carácter poco conciliador y que no ha hecho muchos amigos entre el clero francés".

El nuncio llega el 7 de diciembre de 1864. Se le recibe con las más grandes deferencias. El día 10, cuando la fiesta nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, oficia la misa donde están presentes los soberanos, la corte, los grandes cuerpos del Estado. En el curso del pequeño desayuno que sigue a la ceremonia, Maximiliano hace un brindis por el Padre Santo y por el nuncio. Después le hace llegar a éste un regalo de veinticinco mil francos.

En los días siguientes empieza la discusión. En el curso de "una entrevista muy franca", dice Carlota, Maximiliano le comunica al prelado su proyecto de concordato. Por las respuestas de monseñor Meglia deduce que "en tres o cuatro puntos no habrá dificultades, y que respecto de los demás se informaría de ellos a Roma". Este optimismo será pronto frustrado. Dos días después, el nuncio declara que no hay ninguna instrucción, así pues, que no hará nada. "Un rayo para todo el ministerio, para el emperador y para mí", exclama Carlota, indignada. No quiere, dice, "calificar la actitud del nuncio". Réplica del emperador. El consejo de ministros, reunido, decide que se publicará una carta ratificando las leyes de Juárez si el nuncio no se doblega. Pero el nuncio persiste en declarar que sus instrucciones se limitan a aceptar la abolición de las leyes de reforma, la no validez de las ventas de bienes eclesiásticos y la restitución de estos bienes a la Iglesia, con

indemnización en caso de necesidad. Exasperado, Maximiliano no quiere ver más a monseñor Meglia.

Será Carlota quien intentará obtener algunas concesiones. El 24 de diciembre tiene una conversación de dos horas con el prelado. "Nada me ha dado una idea más justa del infierno que esta conversación, porque el infierno no es otra cosa que un callejón sin salida". Bajo el golpe de la exasperación le escribe a Eugenia: "Querer convencer a alguien y saber que es tiempo perdido, que es como si se le hablase en griego porque él ve negro y vos véis blanco, es una obra digna de un réprobo. Todo resbalaba sobre el nuncio como sobre un mármol pulido..." Carlota hace valer todos los argumentos razonables, y "en todos los tonos, serio, jovial, grave y casi profético, porque la coyuntura me parecía que debía traer complicaciones, incluso probablemente una ruptura con la Santa Sede". En vano. "Nada cuajó, sacudió mis argumentos como se sacude el polvo, nada puso en su lugar, sino que pareció complacerse en la nada que creaba en torno de él y en la negación universal de la luz..."

Al dejar al nuncio, ella le advirtió sin rodeos: "No seremos responsables de las consecuencias; lo hemos hecho todo por evitar lo que acontecerá; pero si la Iglesia no quiere ayudarnos, la serviremos a pesar de ella". La emperatriz no obtuvo nada. Y el nuncio, en una carta al ministro de Justicia, le confirma todo lo que le dijo a ella. Su misión no tiene más que un objetivo y no se desdice: la revocación de las leyes llamadas de reforma, al mismo tiempo que todas aquellas que atenten contra los derechos sagrados de la Iglesia, y la promesa de leyes reparadoras: indemnizaciones por todos los males causados al clero, restablecimiento de las órdenes religiosas, restitución de los bienes que pertenecen a las iglesias y a los conventos, libertad total de la Iglesia y derecho para ésta de adquirir, de poseer y de administrar, como en el pasado, su patrimonio. El nuncio desaprueba el proyecto tocante a la tolerancia de los cultos y el sueldo pagado por el Estado al clero. Si el Padre Santo, dice, no ha dado instrucciones sobre este punto, es que no podía suponer que el "gobierno imperial le propondría y consumaría así la obra empezada por Juárez". Se contentará con trasmitirlo a Roma, la cual decidirá.

El mismo día, Maximiliano, ante los ministros y el arzobispo de México al cual hizo llamar, y en presencia de la emperatriz, expone la cuestión punto por punto desde el principio. Ha sido paciente, muy paciente —ocho meses de espera— pero ahora se impone una solución a cualquier precio. Última prueba de buena voluntad, el ultimátum planteado al nuncio se retro-

cede hasta el 1 de enero. Después, el emperador actuará. Monseñor Labastida y el ministro Lares "temblando de ver revivir la ley de Juárez", prometen hacer lo imposible por doblegar a monseñor Meglia.

Esfuerzos inútiles. Entonces Maximiliano le dirige al ministro de Justicia, Escudero, una carta que publican los periódicos. Carta tranquilizadora para todos. Para los adquiridores de bienes eclesiásticos: se garantizan sus derechos. Únicamente los adquiridores fraudulentos serán revisados. Para los fieles: el Estado proveerá al mantenimiento del culto, asegurará la protección de los intereses religiosos y vigilará porque los sacramentos sean administrados gratuitamente.

Evidentemente el emperador hubiera preferido entenderse con el nuncio, pero "no podía, dice Carlota, dejar que se planteara ninguna duda sobre sus intenciones'. Y en febrero de 1865, habiendo podido comprobar que el clero "con una tenacidad sorda y maniobrera pone todo en obra para ponerle obstáculos", confirma los términos de su carta mediante dos decretos. Se declara al catolicismo religión del Estado y se asegura la tolerancia de otros cultos. El nuncio y los obispos se indignan por este gesto. El emperador les responde con un tono demasiado cortante: "Decís que jamás la Iglesia mexicana tomó parte en las revoluciones políticas. Plugiera a Dios que hubiese sido así. Pero convenid, mis estimables prelados, en que la Iglesia mexicana, por lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de bienes temporales, descuidando por ello la instrucción católica de sus ovejas. Sí, el pueblo mexicano es piadoso y bueno, pero no es todavía en su mayor parte católico en el verdadero sentido del santo Evangelio, y no es de él la culpa. Tiene necesidad de que se le instruya, de que se le administren los sacramentos como lo quiere el Evangelio, gratuitamente..."

Si causa cierta emoción este lenguaje, no modifica en nada la posición del nuncio que, en mayo, saldrá de México sin haber cedido ni un centímetro. Ante esta intransigencia, Maximiliano envió a Roma, en misión, al ministro Velázquez de León para ofrecer algunas concesiones, pero colocando al Papa "ante el hecho consumado". Éste es, piensa, el único medio de llegar a un acuerdo. Se engaña. El Papa, hasta hace poco tiempo favorable a Maximiliano, ha sido engañado por el clero mexicano. El cardenal Antonelli, a quien un diplomático belga le pregunta la causa de la hostilidad romana, responde: "Es la libertad de cultos proclamada. Podría tolerársela, pero proclamarla era demasiado fuerte en un país como México". No se firmará el concordato. Pío IX, enemigo del

liberalismo, no puede admitir la actitud tomada por Maximiliano de quien desconfiará en adelante tanto como de Juárez.

Carlota tomó parte activa en todas las discusiones. Hace valer la acción emprendida en favor del catolicismo. "Encontramos a la Iglesia despojada de todo, errante y excluida de la sociedad, incluso los sacerdotes no eran ciudadanos. Llamamos de nuevo a los obispos; volvieron de nuevo al seno de sus diócesis; la religión católica fue declarada religión del Estado al día siguiente de su divorcio con éste; dotaremos convenientemente al clero a cambio de los bienes que otro les ha quitado mediante leyes no revocadas y en vigor todavía en la época de nuestra llegada..." ¿No es todo esto suficiente para merecer un concordato? ¿Y no debería Roma proponerlo espontáneamente después de tantos servicios prestados? Por lo que toca al asunto de los bienes eclesiásticos, imposible volver sobre eso. Por lo demás, el clero no tiene por qué quejarse, puesto que se ha encontrado una solución equitativa. "El principio de justicia está a salvo desde el momento en que la propiedad se ha restituido bajo otra forma: la de la dotación". La emperatriz carga el acento sobre un argumento de orden diferente: "Estamos en el continente donde se agita el coloso (los Estados Unidos de Norteamérica)... El coloso está a nuestras puertas; sale victorioso de una lucha de gigantes. No piensa en una anexión material, sino en una conquista moral. Que en Roma piensen en esto..." Estas líneas están destinadas a que se las ponga ante los ojos de un prelado belga, monseñor de Mérode, que tiene influencias.

Esta disputa con el nuncio inquieta a Leopoldo: "Cuidaos de medidas radicales, escribe. Los negros pueden tornarse peligrosos". En efecto, las medidas tomadas por Maximiliano y los altercados con monseñor Meglia engendran movimientos en sentido inverso. Suscitan la hostilidad del clero que se manifiesta por una campaña contra el emperador y el descontento de los conservadores: este régimen a quien ellos llamaron y al que sostienen, ¿vino a confirmar las leyes de Juárez? Empiezan a murmurar: "Si ambos gobiernos actúan de la misma manera, entonces preferimos un gobierno nacional a la dominación extranjera".

Sin duda, Maximiliano ha tenido teóricamente razón al actuar de esta manera. Pero no tuvo razón al resolver la cuestión a la europea sin tener en cuenta hechos particulares propios de México. Aquí, la cuestión de los bienes de la Iglesia no es únicamente religiosa. Desde hace siglos, es el clero el que organiza el crédito, agrícola y mobiliario. Su enorme capital —ciento ochenta millones de pesos fuertes— se emplea no sólo en gastos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del culto y de la educación, sino para ayuda de los agricultores, de los comerciantes y de los industriales. La nacionalización decretada por Juárez perturbó la vida económica, y la solución decretada por Maximiliano no fue hecha para restablecer el equilibrio. Ni la calma. Están en juego demasiados intereses.

En cuanto a los liberales, siempre desconfiados, la medida les parece sospechosa. No quieren ver sino una de sus cláusulas: el examen de las ventas con el propósito de juzgar las que son lícitas o ilícitas, ¿no es un medio disfrazado para encausar de nuevo todo el asunto?

¿Ha tenido éxito Maximiliano en levantar contra él una oposición casi unánime, una oposición que paralizará su acción en otros dominios? Corre una frase en México: *Ce n'est pas un empereur, c'est un empireur* (No es un emperador, es un empeorador). En una carta a Eugenia, después del fracaso de las negociaciones con el nuncio, se siente que se traduce la inquietud de Carlota que entiende la gravedad del problema. "Desde hace un mes, nos encontramos en una grave crisis. Si la soportamos victoriosamente, el imperio mexicano tendrá un porvenir. Si no, no sabría lo que sea necesario augurar..." (26 de enero de 1865).

* * *

A los soberanos les preocupa la suerte de los indios. Maximiliano, imbuido de las ideas humanitarias que profesan los jóvenes de la época, quiere mejorar su condición, protegerlos y, sobre todo, libertarlos. A esos hombres que lo recibieron con entusiasmo tan espontáneo, tan conmovedor, quiere testimoniarles su solicitud emancipándolos. Se hace instruir acerca de este punto por un ingeniero francés, Burnouf, el cual, en algunas haciendas, ha sido testigo del trato inhumano que se les inflige. Ha visto a familias conducidas al trabajo bajo el látigo del mayordomo, a hombres azotados con fuetes hasta hacerles sangre y que morían de agotamiento; ha podido comprobar que es ínfimo el salario por catorce horas de trabajo, y que el desdichado indio, forzosamente endeudado, era al final de cuentas arruinado por la usura.

En julio de 1865, Maximiliano formó una comisión encargada de estudiar los medios de elevar el nivel de vida de los indios; aquélla le envía en octubre un proyecto de ley "notable, muy liberal, justa y necesaria". Lo que levanta en seguida objeciones y en primer lugar las del ministro del interior, Silicio. "Los indios permanecen únicamente tranquilos por

causa de su rebajamiento social, pero con carácter y espíritu de raza tan pronto como se los excite y que se les proporcione el medio de colocarse frente a frente de los blancos, se verá aparecer el momento de la insurrección y de las venganzas. Entonces, ¡desgracia para México!"

Maximiliano redarguye, obstinado, que los indios, hasta este momento sacados de sus casas, arrancados por la fuerza a su familia para servir en el ejército, jamás se han vengado de sus opresores ni de sus tiranos. ¿Por qué lo harían si se tomara esta medida en su favor? Invoca el ejemplo de los rusos que les dieron la libertad a los siervos "a pesar de todas las profecías de calamidades y de revoluciones". Se alcanzó el objetivo sin que nada sucediese. Finalmente, si por casualidad hubiese algunos movimientos parciales, no serían peligrosos, y en todo caso no justificarían el derecho de hacer tiranizar a siete millones de indios por un millón de blancos.

La oposición de los ministros es tal, que el emperador se muestra, sin embargo, inclinado a aplazar el asunto. Pero no lo entiende así Carlota. Y será ella quien hará que se acepte la reforma durante una ausencia de Maximiliano. El 31 de agosto, le envía a éste un boletín de victoria: "Han sido adoptados todos mis proyectos. El de los indios, después de haber provocado un estremecimiento en el momento de su presentación, fue aceptado con una especie de entusiasmo. Hubo un solo voto en contra..."

La emperatriz se engaña. Se cree en Europa y se imagina que un decreto cambiará la faz de las cosas. Promulgado el 1 de noviembre de 1865, estipula que los propietarios no podrán prestar más de treinta francos y que los hijos no serán considerados responsables de las deudas de su padre; garantiza el pago de los salarios, limita las horas de trabajo, ordena que queden abolidos los castigos corporales; todo esto son otras tantas medidas excelentes, pero que se volverán contra los peones. Como nadie se preocupará por hacer respetar la ley, los grandes propietarios se rehusarán a emplear a quienes invoquen el beneficio de esta ley. Privados de trabajo, sin recursos, los indios se verán obligados a regresar, sin condiciones, a casa de sus antiguos amos.

Pero el decreto levanta, contra el emperador, la hostilidad de los grandes propietarios de tierras, cualesquiera que sean sus opiniones políticas. Las ideas como ésta lesionan demasiado gravemente sus intereses como para que sostengan a un régimen capaz de concebirlas y de querer aplicarlas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

La cuestión financiera es angustiosa. Deuda pública de mil seiscientos millones (empréstitos inglés, español, francés, créditos de residentes extranjeros) gravados con un interés anual de cien millones. Éste es el resultado de las revoluciones. Las entradas del Estado ascienden a sesenta y cinco millones, lo que no permite pagarles a los funcionarios. Éstos, muchos de ellos inútiles, se retribuyen a sí mismos, del más modesto hasta el más elevado, robando a porfía. Este pillaje, favorecido por la guerra civil en estado permanente, se ha convertido en una costumbre.

Cuando llega Maximiliano, la caja está vacía. La casa imperial se halla de tal manera desprovista de medios de existencia, que no hay con qué echar la gallina al puchero, comprueba el capitán Blanchot. Situación humillante para todo el mundo. No hay nada en la caja imperial. Y se lamenta Kuhachevich, el tesorero. Volaron ya los doscientos mil florines traídos de Miramar. Bazaine toma a su cargo emplear los grandes remedios. El tesoro francés debe rehusarse a un adelanto de fondos que no se pueda autorizar a ningún título regular. Fuerza es, entonces, recurrir al único expediente posible, el forzamiento de la caja por vía de fuerza mayor. Así pueden ponerse quinientos mil francos a disposición del emperador.

Éste no parece medir la gravedad de los hechos. Aun cuando ya haya gastado lo que era de él, aun cuando esté abrumado por la pesada deuda reconocida por el convenio de Miramar, piensa ya en construir y en embellecer, con gran descontento de Napoleón III. "En vez de construir teatros y palacios, es esencial poner orden en las finanzas y en los grandes caminos", dice.

Esto es evidente por sí mismo. Pero como es inútil esperar que un ministro mexicano sea capaz de restablecer el orden en las finanzas, Napoleón envió de inmediato a un perito hábil en los métodos de la administración francesa. Maximiliano aceptó esta idea, porque, desde su llegada, se declaró encantado por los buenos resultados obtenidos por la intervención francesa, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista administrativo.

A fines de 1864, el señor Bonnefonds desembarca en México, pero, muy resentido por el clima, muere antes de haber podido ponerse al trabajo. Lo remplaza el señor Langlais, consejero de Estado, reputado especialista en cuestiones de finanzas públicas y hombre de perfecta integridad. Sabe las dificultades

de su tarea y está resuelto a vencerlas. Su objetivo es hacer que México sea tan independiente cuanto sea posible. Para esto, en primer lugar, un presupuesto regular, equilibrado. ¿Es esto realizable? Sí, porque los recursos del país permiten adoptar un sistema de impuestos ya en uso en otros países civilizados. Luego, un banco nacional. Es necesario apresurar su creación. Quienes recibieron la concesión para ello, no han hecho nada hasta el presente.

Se convino en que Langlais tendría poderes suficientemente extensos para sanear y restablecer la situación es decir, los de un ministro de Finanzas. Pero desde que se supo tal cosa en la capital, empezó una violenta campaña dirigida por todos aquellos que, de cerca o de lejos, tienen interés en el desorden financiero. Los ministros le niegan a Francia el derecho de mezclarse en los asuntos mexicanos, y lo dicen en una nota muy impertinente. Randon se indigna de "el recibimiento casi injurioso tributado a un delegado de nuestro gobierno que se consagra a la ingrata tarea de intentar poner orden en esa caverna de dilapidación de la fortuna pública..."

Maximiliano, no atreviéndose a hacerles frente a los ministros, toma disposiciones para "paralizar" la acción de Langlais. Se le pedirá únicamente su opinión sobre las medidas ya tomadas. Por decreto del 30 de septiembre de 1865, reduce a un papel puramente consultivo las atribuciones del perito financiero, el cual "semejante" a un ministro sin cartera, asistirá al consejo cuando el emperador lo ordene y dará su opinión cuando se la pidan. Lo que, en la práctica, reduce a la nada toda acción de parte suya.

Trabajador encarnizado, Langlais se pone a la obra. Establece un presupuesto. Los gastos, cuarenta y cinco millones en 1865, se limitan a treinta y dos millones de pesos fuertes mediante la supresión de tres mil empleos y la reducción de un tercio de los emolumentos de todos, comprendida aquí la lista civil del emperador. Se aumentan los ingresos: reforma de las aduanas, represión del fraude, aumento de los impuestos interiores. Gracias a estos enérgicos medios, el déficit se reduce a cinco millones de pesos fuertes. Se cubrirá con un adelanto del Banco del Estado. El emperador aprueba: comprende la sabiduría del plan. Pero, entre los que rodean, hay rumores de desaprobación. Ante esta coalición de intereses personales, todo esfuerzo es inútil.

Langlais morirá súbitamente. ¿Muerte natural? Se emiten dudas respecto de ello. Siempre es peligroso echarles la culpa a los abusos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Para cubrir el déficit, México recurre a los prestamistas. Fórmula que no puede tener éxito sino a condición de que una gran potencia dé la garantía, porque no tienen ningún crédito en el mundo. ¿Quién pues, pensaría arriesgar su dinero en un país sin cesar desgarrado por las luchas interiores? En 1864, Francia, para facilitar el advenimiento de Maximiliano, consintió en ser garante de un empréstito de doscientos millones. París logró interesar a Londres en el asunto. Una comisión, llamada de las Finanzas Mexicanas que representa a los portadores de títulos, compuesta por tres miembros, inglés, francés y mexicano, que preside el señor De Germiny, antiguo gobernador del Banco de Francia, es encargado de vigilar los empréstitos y su empleo. El primero de éstos no fue cubierto. Asimismo, no le queda al gobierno de México, una vez que a Francia se le han rembolsado sus gastos, según el convenio de Miramar, más que la suma de diez millones.

Desde 1865, México, en las últimas, debe de nuevo recurrir al extranjero. Pero el público francés es reticente. Es, pues, preciso atraerlo mediante ventajas sustanciales, interés elevado, premios, prima de rembolso. Napoleón III lo mueve todo para asegurar el éxito de este segundo empréstito, porque tiene prisa de ver consolidado el imperio de Maximiliano, y capaz de mantenerse por sus propias fuerzas. Envió a México al diputado Corta para que viese las cosas de cerca. Éste pronuncia un gran discurso ante el cuerpo legislativo (10-11 de abril de 1965). México, afirma, es un país muy rico, arruinado por la anarquía. Por lo que concierne a él mismo, su convicción es que no le falta para encumbrarse más que un gobierno regular y tiempo. Ya tiene un gobierno regular. El emperador Maximiliano es "el hombre más liberal de México. Ha invitado a la prensa a que se exprese libremente, y ha formado un congreso de notables de todos los partidos y de los delegados de las asambleas municipales. Ha creado tres comisiones, de finanzas, del ejército, de la instrucción y de la justicia. Ha ido a explorar el interior del imperio..." Corta despierta el interés. Viene de lugares de Europa. Puede creérsele. Su discurso es interrumpido por "¡Muy bien! ¡Siga hablando!" Pasa a la cuestión financiera. Enumera los recursos del país. El conjunto de las entradas por concepto de aduanas podría alcanzar a los cien millones. Desde que los franceses tomaron en sus manos algunos de los puertos, los ingresos se han doblado e incluso triplicado. El impuesto por bienes raíces, organizado, puede re-

portar cincuenta millones. Otras fuentes de ingresos: el tabaco, en un país donde fuma todo el mundo, incluso los niños, y las minas que exportan metales preciosos. En suma, todo esto es muy tranquilizador. En cuanto a la deuda mexicana, la renta anual será de cinco millones de francos. Nada de inquietudes por este lado. "El gobierno mexicano presenta una probabilidad de solidez para el porvenir, con tal de que se apresure a fecundar los numerosos recursos que existen en el país". Ya "los capitales extranjeros y los emigrantes que tienen olfato político" se vuelven a México. Está establecido un banco sólido; se han concedido ferrocarriles, paquebotes, minas. La pacificación se lleva a cabo a condición de que un ejército disciplinado sostenga las instituciones y la seguridad en el país.

Se ha colocado una enmienda ante el cuerpo legislativo, dice el señor Corta, que exige el retiro inmediato del ejército francés. "Retirar nuestro ejército sería comprometer la obra empezada, y en caso de una caída de esta obra, sería esto convertir en irrisión de Europa a nuestra política..." ¿Y qué sucedería con los que se adhirieron al imperio? "En vez de nuestra bandera demasiado apresuradamente plegada, Francia dejaría abandonado su honor. Puede pedírsele a Francia un sacrificio de dinero, pero el sacrificio de su honor, jamás". (¡Muy bien! ¡Muy bien!) En suma, concluye el orador, "nuestra bandera no debe plegarse hasta que los intereses que Francia sostiene en México estén garantizados y salvaguardados".

Hábil abogado, Rouher, ministro de Estado, reforzará el efecto del discurso de Corta, refutando las acusaciones de la oposición. Ésta, en su enmienda, deplora "más que nunca" la sangre vertida por un príncipe extranjero, la soberanía nacional desconocida, el porvenir mal comprometido de nuestra política, y espera el llamado de nuestras tropas. Rouher barre las objeciones. Que no se tenga ninguna inquietud. El gobierno del emperador Maximiliano "asegurará la prosperidad de las finanzas del imperio e incontestables garantías a quienes le confíen su dinero". Y a pesar de algunas interrupciones de Favre y de Picard, Rouher termina con un aire de victoria: "La expedición francesa a México ha sido una gran cosa... ¿qué importa que la estancia se prolongue todavía durante algunos meses? Debe alcanzarse el objetivo, la pacificación debe ser completa. Así lo quieren igualmente la dignidad de Francia y la del emperador. El ejército francés deberá volver a sus riberas una vez cumplida su obra y triunfante de las resistencias con que haya topado".

Se rechaza la enmienda por doscientos veinticinco votos contra dieciséis. Se reanima la confianza del público y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bancos. El empréstito será un éxito. Pero de doscientos cincuenta millones, entrarán más de cien al tesoro, porque los cargos son numerosos. Sin embargo, estos cien millones deberán permitirle a México partir, "fecundar los recursos de los servicios administrativos y financieros", dice Carlota.

La emperatriz sabe que en lo porvenir ya no habrá que contar con el dinero francés. Fould, ministro de Finanzas, lo ha dicho. Este esfuerzo no podrá renovarse durante mucho tiempo. Eugenia regaña a Carlota a propósito de los métodos financieros de México que "le causa perjuicios al crédito de vuestro gobierno". Nada más grave para un país que una mala gestión de los fondos públicos. Es éste un peligro mucho más grave "que el de las bandas que circulan en ese vasto territorio".

Por su parte, Napoleón le hace a maximiliano una severa advertencia. "La cuestión financiera es la primera de todas y merece toda vuestra atención... Deberá gastarse en suma con la mayor economía, porque durante mucho tiempo no podrá hacerse en Europa un empréstito para México".

* * *

Para poner de nuevo en pie a este país, son necesarios mucho trabajo y trabajadores. Se necesitan sobre todo hombres capaces de introducir y de imponer procedimientos modernos en la agricultura y en la industria. En el verano de 1865, Maximiliano firma un decreto de inmigración que podrá traer a México, insuficientemente poblado, elementos nuevos y activos.

Antaño, en tiempos en que era almirante de la flota austrica, Maximiliano estaba en relaciones con un oficial de la marina norteamericana, el comodoro Maury, reputado sabio, tenido en alta estima por todas las potencias marítimas de Europa que lo habían colmado de honores. Cuando estalló la Guerra de Secesión, Maury era director del observatorio naval de Washington. Pero había nacido en Virginia, de una familia de refugiados que se había ido a instalar allí después de la revocación del edificio de Nantes. Se batirá en las filas de los confederados. Terminado el conflicto, piensa buscar refugio en México. ¿Por qué no reconstituir en ese país inmensamente rico otra Virginia? La gente del Sur hallaría allí un asilo y un campo de acción después del gran desastre que acaban de padecer. Su inteligencia y su actividad le aprovecharían a México. Ya entrevé fructuosas empresas el cerebro fértil de Maury. Podría introducir en este país la crianza de la llama

y de la alpaca, cuya lana sería una nueva riqueza. Estos animales, que viven en los Andes, se aclimatarían pronto en las montañas mexicanas. Podría también cultivarse en grande, en este clima parecido al del Perú, el conchaco, árbol productor de quinina.

Maury se dirigió a México en donde quiso convertirse en abogado de la inmigración de los sudistas. Su habitación en el hotel Carlos se convirtió en el cuartel general de los confederados. Encuentra de nuevo algunos amigos, los generales Magruber, antiguo alumno de West Point, y Terrel, hace poco juez en Texas, decididos todos como él a rehacer sus vidas en México, tierra libre, fuera de la tutela yanqui. Y le pide audiencia al emperador.

Maximiliano se acuerda muy bien del comodoro Maury con quien compartía la pasión de la astronomía, y admira en él al navegante emérito. Tendrá también para él consideraciones excepcionales. Maury será el único que podrá entrar en Chapultepec por la entrada llamada "cancel de honor" sin ser anunciado. Cuando llega acompañado de Magruber y de Terrell, los soldados de la guardia imperial, que forman valla a su paso, le rinden honores.

En una sala recientemente decorada, el emperador los recibe en simple traje gris. Maximiliano conversa con ellos en inglés. Escucha, con aire satisfecho, las ofertas de servicios de los dos oficiales. Todavía el país está trastornado, dice, pero les proporcionará una escolta a los americanos deseosos de buscar yacimientos minerales e incluso les proporcionará dinero porque se siente muy feliz de que éstos se interesen por México. Se hará todo lo posible por facilitar su exploración.

Poco después, Maximiliano, que entendió el interés de estas proposiciones y de los proyectos de Maury, nombró a éste comisario imperial de la colonización, y a Magruber inspector de los dominios en depósito judicial. Decide el establecimiento de una colonia confederada cerca de la ciudad de Cordoba, donde vastas extensiones que pertenecen al Estado podrán ser concedidas. El camino de Veracruz las atravesará; y asimismo la línea del ferrocarril que dista actualmente cincuenta kilómetros, pero en la cual se trabaja activamente. El suelo es rico, el clima favorable: pueden cultivarse allí caña de azúcar, algodón, frutas tropicales. "Es la mejor región agrícola que jamás he visto", dice uno de los confederados. Las tierras serán cedidas a un dólar el acre (cuatro mil metros cuadrados). Se les otorgarán seiscientos cuarenta acres a los padres de familia, y trescientos cincuenta a los célibes. Será gratuito el transporte para quienes no puedan pagar el viaje. Se prevén otras ventajas: exención

de impuestos y exención del servicio militar. Finalmente, se garantiza la libertad de conciencia.

Se bautiza a la futura colonia con el nombre de Carlota, en honor de la emperatriz.

Desde que tiene noticia de su existencia, Romero se apresura a enviarle una copia a Seward de la "pretendida ley", por la cual "el archiduque, pretendido emperador de México" intenta atraer a su territorio ciudadanos norteamericanos. Lo que le proporcionará un nuevo motivo de agravio al gobierno de Washington.

No agradará casi este plan en el mismo México. Hiere el orgullo nacional. ¿Por qué cederles también tierras fértiles a los extranjeros? Los liberales explotan este sentimiento. Se indignan. ¿Con qué derecho osa ese archiduque usurpador distribuir el suelo de México? Los indios acampados en esas tierras abandonadas no quieren irse.

No obstante, los colonos se ponen a la obra, llenos de esperanza. Si todo va bien, dicen, harán venir a sus familias. El viejo general Price es uno de los más entusiastas. Cultiva tabaco según los métodos del Sur. Y este tabaco mexicano será el mejor del mundo.

* * *

Está previsto, según los convenios de Miramar, que las tropas francesas abandonarán progresivamente a México hasta el año de 1867. Serán remplazados por un ejército nacional, sostén del nuevo régimen, que es necesario organizar lo más rápidamente posible. El comandante Loysel, jefe de gabinete de Maximiliano, insiste sobre este punto: "Es una base indispensable. Si no tenéis un buen ejército indígena que os permita desembarazaros de todas las milicias extranjeras, no fundaréis nada en México".

Algunos generales mexicanos, Márquez, Mejía, tomaron partido por el imperio. En junio de 1864 disponen de un núcleo de catorce mil hombres, jinetes e infantería. Es posible desarrollarlos poco a poco. Es lo que aconseja Bazaine. Pero Maximiliano tiene su idea: espera crear un ejército de todas las armas. Y licencia a la antigua. Error grave. Los soldados y los oficiales licenciados, forman bandas armadas que requisan por la fuerza al país. Se apoderan del ganado de las haciendas, asaltan diligencias para apoderarse de las personas ricas por las que piden rescate, y luego llegan a fusionarse con otras bandas.

A Eugenia, que ha criticado la supresión del ejército existente, le responde Carlota que es "completamente imposible mantener un ejército con los elementos que han hecho todas las revoluciones. *Con el tiempo,* añade, se podrá quizá organizar regimientos de indios con oficiales extranjeros..."

Maximiliano elaboró un plan detallado de reorganización militar que envía a Bazaine el 5 de julio de 1864. Plan ambicioso que lo prevé todo, desde el sistema de reclutamiento hasta la caja de seguros para las viudas y los huérfanos. En suma, una refundición total para hacer del ejército mexicano un ejército a la europea. Lo que descontenta a los oficiales partidarios del imperio, inquietos por su suerte.

Una comisión que preside Bazaine a petición del emperador, es la encargada de estudiar los medios de poner por obra este programa. El comandante francés se consagra a esta tarea y cada uno de los jefes de armas estudia y propone proyectos. El 26 de enero de 1865, Maximiliano firma la ley orgánica del ejército; dos meses más tarde, le da las gràcias a Bazaine. La comisión será disuelta y en adelante el ministro de Guerra resolverá cuestiones todavía en suspenso.

Si se promulga la ley, las cosas sin embargo marchan lentamente. "Con una lentitud desesperante", declara el mariscal Randon, el cual pierde la paciencia y no lo oculta.

En el dominio militar, el emperador ha tomado otras medidas, muy torpes. En vez de formar una legión extranjera cuyos elementos se hubieran fundido en un solo cuerpo que reconociese a la bandera mexicana, aprobó la creación de una legión belga. Luego dio órdenes a Trieste de reclutar una legión austriaca que estará a su servicio personal. Dos formaciones compuestas de extranjeros, con su comandante particular. Así les proporciona otro argumento a quienes lo tratan de príncipe europeo. Están en excelentes condiciones para pretender que este emperador importado, al no tener confianza en su propio ejército, llama a extranjeros. Lo que hiere al amor propio mexicano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

LA PAREJA IMPERIAL

MAXIMILIANO SE PROCLAMA mexicano de corazón. "Es más mexicano que los mexicanos", dice Bazaine. Es cierto que su adhesión a su nueva patria es sincera. Toma de tal manera en serio sus deberes, que, para hablarles a los indios, aprende su lengua que ignoran la mayor parte de los mexicanos. Si adopta el traje nacional, el sombrero e incluso... la cocina mexicana, no es eso tan sólo una manifestación exterior, sino un deseo de identificarse con el país que debe gobernar.

No obstante, en el fondo de sí mismo, ¿no lamenta haber firmado el "pacto" que lo separa para siempre del trono austriaco? Ya en el barco, antes de desembarcar en México, redactó, según se recordará, con Carlota, una protesta contra la manera empleada para arrancarle su firma. Cuando el 18 de noviembre de 1864, Francisco José, en su discurso del trono, le comunica a *Reichsrat* —la dieta austriaca— el texto del pacto de familia, Maximiliano, que no ha sido prevenido, se siente herido.

Le encarga a Hidalgo que vea al general Frossard y al embajador d'Herbet: éstos, presentes en Miramar en la época de la firma, han sido testigos de la presión que se ejerció sobre el archiduque. Que haga "levantar proceso verbal contra este deplorable procedimiento".

Luego protesta con vehemencia en una nota que reproduce el periódico oficial la *Era Nueva*. El trono de México, dice, le fue ofrecido por iniciativa del emperador de Austria y, en el curso de las negociaciones, "no se hizo ninguna petición ni alusión de ninguna especie relativamente a la alienación de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los derechos de la fortuna privada del archiduque Maximiliano". Fue únicamente en el último momento, cuando se le hicieron promesas al emperador Napoleón III y a los delegados mexicanos, "en momentos en que un rechazo hubiera acarreado las más grandes complicaciones políticas en Europa y comprometido sobre todo la situación de Austria", cuando el emperador Francisco José vino "precipitadamente" a Miramar a pedirle a su hermano "la renuncia completa y general de todos sus derechos de cualquier naturaleza que fuesen". Que él, Maximiliano, haya suscrito este "incalificable" convenio, es ciertamente la prueba más evidente de que nada podía detenerlo cuando había dado su palabra.

Los juristas expertos y los diplomáticos más eminentes que han estudiado este pacto de familia están contestes en declarar "que debe ser considerado como nulo e irrisorio". Y Maximiliano amenaza: "Sin querer extenderlos sobre la legitimidad y la validez de los medios empleados para arrancar una firma bajo la influencia de acontecimientos cuya gravedad podemos poner de manifiesto *en tiempo oportuno,* nos bastará hacer notar por el momento que las dietas, después de haber obtenido el consentimiento de los dos emperadores, son las únicas competentes para regular los derechos de agnación que modifican un acto de la Pragmática Sanción, y esto cuando son convocadas para este objeto y de acuerdo con los príncipes interesados, los cuales, en el caso actual, no fueron consultados".

Al mismo tiempo dirige una protesta en el mismo tono y que contiene los mismos errores a las cortes de París, de Bruselas, de Londres, de Viena, de Roma. "Una gestión inaudita", dirá Metternich, embajador de Austria en París. Las cortes, muy turbadas, guardan silencio. Napoleón III le avisa a Metternich que sus ministros han recibido consigna de ignorar el gesto de Maximiliano. En cuanto al ministro de México en Viena, Murphy, juzga prudente guardar para sí la nota: Rechberg le ha hecho saber que, si recibía comunicación de ella, le enviaría sus pasaportes al diplomático mexicano por toda respuesta. Éste le dirige a Maximiliano un informe respecto del asunto: no ha querido exponerse a romper todos los lazos entre el emperador y su familia. Si no se aprueba su conducta, presentará su renuncia.

En Viena la indignación está en su colmo. Tanto más cuanto que en la *Era Nueva,* una "Carta Veneciana" subraya la tiranía que hace pesar el gobierno austriaco sobre Venecia. Viena gruñe y podría temerse una ruptura entre los dos hermanos. Sin embargo, los espíritus se calman poco a poco. Pero los enemigos de Maximiliano aprovechan la ocasión para clamar que éste no ha renunciado a la esperanza de reinar un día en Europa. En suma, dicen, para él, México es un peor-es-nada, más bien una situación de espera.

* * *

Este torpe gesto revela uno de los rasgos dominantes del carácter de Maximiliano que disciernen muy rápidamente los que se acercan a él. Bazaine critica su "política versátil". En pocos meses, por falta de firmeza, ha acumulado las faltas. Lleno de buenos sentimientos, animado de sincero celo, es fácilmente influenciable y, rebelde a todo esfuerzo continuo, es incapaz de atenerse firmemente a un partido una vez tomado. Es lo que un observador puede leer fácilmente en este rostro noble, de finos rasgos, de mentón huidizo que descubre la debilidad de la voluntad, la indecisión del carácter. Su imaginación lo arrastra sin cesar a ilusiones que toma por realidades. No ve las cosas tal como son, sino tal como él quisiera que fuesen. "¡Ah, el austriaco!, exclama el general Jeaningros. Más un sabio que un soberano, bueno en botánica, a veces poeta... decente, serio, tierno corazón... pero nada sabe de política".

En su ardiente deseo de pacificar a México, de unir todos sus hilos bajo su dirección, acaricia la esperanza de convertir en partidarios suyos a los liberales y al mismo Juárez. Está convencido de que si pudiera tener una conversación frente a frente con el jefe indio, podría conquistarlo. Lo convertiría en uno de sus ministros. Y entre los dos, ¡qué cosa no harían! En primer lugar, se librarían de los franceses cuya presencia soportaba Maximiliano con creciente impaciencia. Y, bajo el impulso conjugado del emperador y de Juárez, México entraría finalmente en el camino de la paz y de la prosperidad.

Tiene completamente razón en contar con su encanto personal. Según una joven americana, Sarah Yorke, que no le es favorable, tiene él un cierto "magnetismo". Sus maneras son atractivas y sabe poner a las personas a sus anchas. Dotado de excelente memoria, recuerda nombres y rostros, y su amabilidad natural le inspira una palabra amable para cada uno. De humor igual, jamás manifiesta cólera contra nadie, dice su secretario Blasio, que lo ve todos los días. En ciertos momentos se puede adivinar su descontento por la expresión de su rostro, pero jamás dice una palabra de reproche, jamás hace un gesto de violencia.

Ya le ha sucedido que conquista a sus adversarios. Así, al doctor Rafael Lucio, gran especialista en el tratamiento de las

fiebres. Cuando Maximiliano empieza a sufrir por el clima, pide la visita del médico por medio de su secretario. Éste, liberal empedernido y enemigo declarado del régimen imperial, se elude. Hay, dice, muchos otros médicos; en cuanto a él, le sería desagradable cuidar del emperador. Al día siguiente, Blasio vuelve a la carga. Insiste. El emperador, dice, no quiere ver a ninguna otra persona. Suplica; habla del hombre que es Maximiliano. Y habla tan bien, que finalmente Lucio cede. Por la noche va a palacio. Cuando sale, Blasio le pregunta su impresión. Lucio responde que jamás ha visto a nadie más distinguido, más sencillo, más amable y que posea hasta tal punto el don de ganarse los corazones. Cuidará del emperador.

En cuanto a las mujeres, Maximiliano ejerce sobre ellas una verdadera fascinación. Y, como vienés acostumbrado a la buena suerte y a las aventuras sin mañana, no desdeña recibir las que le salen al paso. Su valet de cámara, Grill, afirma que son numerosas las damas de la corte que, deslizándose secretamente al palacio, han pasado por la recámara del emperador. "¡Cuántas de ésas a quienes jamás se hubiera creído capaces de ceder!"

* * *

Carlota es bella, imponente, la imagen misma de la emperatriz. Este papel le conviene a maravilla y se complace en él. Muy sencilla en la vida diaria, experimenta "una alegría de niño" cuando puede mostrarse en público, con su diadema en la cabeza, vestido bordado de oro, capa escarlata de larga cola. Maximiliano le deja de buena gana su lugar en las ceremonias oficiales, porque les tiene horror a estas cosas. El menor pretexto es bueno para él, para escaparse de ellas.

El rostro de Carlota refleja sus cualidades de espíritu y de carácter. Su expresión resuelta forma un contraste impresionante con la de Maximiliano. De los dos, observa Sarah Yorke, es ella ciertamente la que está mejor dotada para afrontar con éxito las dificultades de la vida práctica. Bazaine opina lo mismo: si estuviese sola, podría, mucho mejor que Maximiliano, resolver los problemas. Durante su breve regencia dio pruebas, en asuntos delicados, de firmeza y de juicio.

Le falta ese "magnetismo" que posee Maximiliano. La mirada de sus ojos oscuros es con frecuencia dura. Y también tiene "una cierta altivez de maneras, una dignidad demasiado consciente de ella misma, que aleja al primer encuentro a quienes estaban mejor dispuestos hacia ella". Tiene una excesiva reserva y, en ciertos casos, una falta de tacto que hiere. Así, cuando su primera entrevista con la esposa de un ministro, ésta le dio un abrazo y luego le ofreció cigarrillos: "¿Gusta usted?" El gesto era amistoso, si no protocolario. Pero las damas de México ignoran la etiqueta austriaca. La emperatriz respondió secamente que su médico le prohibía fumar. Y su visitante se va, sintiéndose lastimada.

Tiene cualidades de que carece Maximiliano, cualidades desarrolladas en ella por el ejemplo y las lecciones de su padre: energía, tenacidad, visión muy clara de las cuestiones políticas. De espíritu serio, estudia metódicamente las necesidades de México. Su escritorio de trabajo está siempre cubierto de libros que tratan de economía política y social. Cada día pasa horas estudiando el *Diccionario del Derecho de las Naciones*.

Halla descanso de estos trabajos en su taller donde modela medallones con barro y en otras ocasiones pinta acuarelas. O bien en largos paseos a caballo. Amazona excelente, monta un pequeño bayo, vestida de traje gris y cubierta con un sombrero.

* * *

La pareja imperial lleva una vida simple. El emperador, levantado a las cuatro de la mañana, se pone ante su escritorio. A las nueve, frugal desayuno. Luego reanuda su labor, lecturas, audiencias, consejo de ministros. La comida, a las tres de la tarde, se sirve con sencillez burguesa. El emperador y la emperatriz se sientan uno al lado del otro. En general, tres o cuatro invitados que se sientan a su vera a menos que los soberanos los llamen cerca de ellos. Tres criados para el servicio; a veces dos solamente.

En suma, una existencia sin aparato. Maximiliano siempre viste de gris, de pies a cabeza. Carlota usa vestidos que suben, lisos, oscuros, alegrados únicamente por el cuello y los puños de encaje blanco. Todo el lujo imperial está concentrado en Chapultepec, la residencia de los soberanos fuera de la capital. Maximiliano no ha podido resistirse a su demonio: quiere hacer de Chapultepec un Miramar mexicano.

Este lugar, estas piedras, exaltan su alma de poeta y de constructor. Fijó aquí su morada porque no está a gusto en el palacio de México a donde va para las audiencias y las ceremonias oficiales. Trepado sobre una eminencia rocosa, el deteriorado castillo de Chapultepec domina una de las más bellas vistas del mundo. En el primer plano, la ciudad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México con sus iglesias, sus jardines llenos de árboles. Más allá, el valle de México, vasta planicie fértil en donde corren mil riachuelos, con la verdura espesa de sus bosques, agujereada por lagos resplandecientes, entre los cuales se ve el Tacubaya que cintila como un zafiro. En el lejano horizonte, la cumbre nevada del Popocatépetl, el más alto de la cadena de volcanes. Desde las terrazas de Chapultepec se observa todo México, frondoso, inmenso, magnífico, misterioso, temible.

Maximiliano era sensible al esplendor del lugar. "Se goza de una vista que rivaliza con la belleza de la de Sorrento. El clima es delicioso. Durante el día hace un tiempo soberbio; el cielo es límpido y el sol resplandeciente. Por la tarde cae regularmente una lluvia refrescante que renueva las fuerzas de la vegetación, de un verde soberbio". Con frecuencia se interrumpe en su trabajo para contemplar el admirable paisaje. "¿No creéis, le dice a su secretario, que podría bautizarse a este lugar con el nombre de Miraval, como llamé Miramar (vista del mar) a mi castilol de Trieste? Ante este esplendor en que se unen la dulzura y la magnificencia en armonía única, se siente reconfortado en los momentos difíciles: eleva y calma el espíritu, dice.

Desde hace siglos, Chapultepec ha albergado a reyes, conquistadores, emperadores, generales, presidentes con su corte. En el principio, en el siglo xv, los aztecas habían construido allí un templo fortificado, plantado de árboles, sobre todo un bosque de cipreses. Uno de éstos data del tiempo de Moctezuma, según se dice. Algunos troncos tienen cinco metros de diámetro y sus ramas barren el suelo; de abajo arriba están vestidos de plantas trepadoras que caen de nuevo en rizos. Han sido testigos de sacrificios humanos, de carnicerías que los antiguos mexicanos dedicaban en honor de sus crueles dioses. No lejos, las lianas entremezcladas forman un techo vegetal que jamás es traspasado por los rayos del sol.

Mejorados sin cesar por lo altos personajes que se han sucedido en este lugar, los jardines se han convertido en una especie de paraíso. Los aztecas hicieron que allí brotaran fuentes, cavaron piscinas, construyeron terrazas, jardines colgantes, prepararon estanques para peces exóticos y para cocodrilos, fosos para las víboras. Habían corrido arroyos de sangre en este lugar edénico donde volaban los más maravillosos pájaros.

Llegaron los conquistadores españoles. Cortés se sintió cautivado por este conjunto de maravillas. Su amante, doña Marina, viene a vivir aquí. Después de él, todos los virreyes hicieron aquí su residencia de verano. Se invita a este lugar a los personajes de nota y se lleva una vida fastuosa. Todo esto

cuesta caro, muy caro. No se puede ya hacerles frente a los gastos, el parque vuelve a ser bosque virgen poblado de lobos, y el castillo cae en ruinas, luego se convierte en fábrica de pólvora y finalmente se decide poner en venta la construcción. Como no se presenta ningún comprador, se organizan allí corridas de toros. Después de la Independencia, la Escuela Militar se instala en el castillo restaurado. En 1847 estalla la guerra entre los Estados Unidos de Norteamérica y México. Para lograr la conquista de la capital, los norteamericanos asaltan la escuela y, a su vez, van a gustar de las delicias de Chapultepec.

Después de tantos otros, Maximiliano se siente encantado de este lugar. Carlota también. "La vista escribe, es tan bella como la de Nápoles". Interiormente, el castillo será de nuevo recompuesto. Emplean allí a todo el cuerpo de oficios: arquitectos, carpinteros, pintores. Los soberanos hacen venir de Europa muebles antiguos y modernos, con frecuencia escogidos por la emperatriz Eugenia que se jacta de ser competente en materia de decoración; pianos de ébano con incrustaciones de oro, gabinetes de Boulle. La recámara de gala es magnífica: lecho y velador en madera negra taraceada de rojo, asientos cubiertos de sedería azul que hacen resaltar los dorados de las paredes y de los techos. Se cuelgan tapicerías en las grandes salas castellanas, se instalan salas de baños en mármol. Dondequiera, las arañas de cristal arrojan un resplandor maravilloso. Maximiliano se complace en crear este lujo en armonía con el marco grandioso. Un lujo que, ¡ay!, exige mucho dinero. Pronto se verá obligado a renunciar a ello.

Para unir a Chapultepec con la capital, se ha construido un largo boulevard, el Paseo del Emperador. Todas las mañanas parte Maximiliano "para su trabajo" en su carroza tirada por seis mulas blancas con campanillas tintineantes. Por la tarde, terminada la jornada, vuelve a bañarse en la piscina de doña María, y luego, muellemente balanceado en una hamaca, se abandona a sus ensueños mientras sigue con los ojos los incesantes juegos de los monos.

* * *

Maximiliano y Carlota forman aparentemente una pareja muy unida, una pareja a la que se admira. Ambos son jóvenes, hermosos, elegantes, inteligentes, llenos de ardor. Sin embargo, las personas más cercanas a ellos se admiran de que esta joven pareja haga obstinadamente cámara aparte, ya sea en Chapul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tepec, en la capital o en cualquier otra parte. Así, aquel día, 7 de junio de 1865, en Puebla, el emperador admira la magnífica recámara preparada para él y para la emperatriz en casa de un rico particular. Tan pronto como sale su huésped, ordena con tono irritado que se busque una habitación tan alejada de ésta cuanto sea posible y que se le ponga allí su catre de campaña que lo sigue en todos sus viajes. Entre los sirvientes, por otra parte, todos saben que las mujeres al servicio de Carlota se acuestan cerca de ella y los valets de Maximiliano en la recámara contigua a la suya. De hecho, se sabe que el emperador y la emperatriz casi no se ven fuera de las ceremonias oficiales y de las comidas. Hay entre ellos, evidentemente, algo que se ignora.

Lo que no se ignora son las escapadas galantes de Maximiliano. Son numerosas, y su valet de cámara podría decir mucho respecto de este capítulo. "Las damas mexicanas son las más hermosas que jamás he visto, incluso en Andalucía", declara de buena gana el emperador. Y estas hermosas mujeres se arrojan a sus pies. Se necesitaría mucha virtud para resistir tales asaltos... Sin embargo, en Chapultepec, nunca una mujer entra en sus apartamientos.

No sucede lo mismo en Cuernavaca, en el límite de las tierras cálidas. Situada a ochenta kilómetros de México, es un lugar ideal, de lujuriante vegetación, de clima siempre igual, fresco en tiempo de calor, suave en invierno, en donde Cortés había establecido sus cuarteles de verano. Para llegar a ese lugar se escala la cadena del Ajusco por un camino empedrado que data de la conquista española. Maximiliano lo descubre a principios de 1866, y desde entonces, frecuentemente, parte por la mañana a las tres, en su carroza tirada por seis mulas blancas, escoltado por un escuadrón de dragones, para llegar allá a las once.

En primer lugar, vive en una vieja casona austera escondida entre granados y magnolias gigantes. Se le ofrece luego el palacio de Cortés, un fuerte poco atractivo con sus ventanas estrechas y sus espesos muros de dos metros. Prefiere comprar la casa de un francés, Juan de la Borda, enriquecido en el siglo XVIII por la explotación de las minas de plata de Taxco que venía a descansar aquí. Cuando ve Maximiliano por primera vez la quinta y su marco de verdura, todo está abandonado. Pero se siente seducido por este conjunto de donde se desprende un encanto hechicero. Hace restaurar la construcción, decora el interior con tapicerías y telas de algodón estampadas; hace desbrozar los jardines y limpiar las fuentes.

De nuevo puede uno bañarse al claro de luna en el pequeño lago artificial donde el agua está siempre tibia.

Luego hace construir una pequeña quinta en Acapantzingo, en los límites de un arrabal sombreado en Cuernavaca, especie de pequeño Trianón, al que bautiza El Olvido. Aquí, en este chalet rodeado de espesos bosquecillos de laureles-rosas, de naranjos, de bananos, lejos de todo protocolo, se siente feliz paseando con sus cuatro perros habaneros y entregándose a sus estudios favoritos, botánica y entomología. Aquí se reciben pocas visitas y Carlota viene raramente. Maximiliano puede aislarse en su escritorio y, al mismo tiempo que bebe un poco demasiado vino del Rin, se abandona a sus ensoñaciones. Desde allí es de donde le escribe a unos de sus amigos vieneses: "...Un lugar idílico que sobrepasa en belleza a todo lo que había yo visto hasta el presente en la tierra. Imaginad un largo valle, bendecido por el cielo, extendido a vuestros pies como una copa dorada, rodeado de cadenas de montañas de audaces formas que se escalonan ante vuestra vista en una serie de tintes cada uno de ellos más bello que los demás y que van del rosa más puro al púrpura más oscuro; del violeta, a las gamas más osadas del azul; unas, desgarradas como las costas de Sicilia, en tanto que las otras verdean como en Suiza. Más allá de este magnífico paisaje, se perfilan en el azul del cielo las cumbres cubiertas de nieve de los gigantescos volcanes..."

Este país encantador, de dulce clima "como un mes de mayo en Italia" del principio al fin del año, ofrece en abundancia frutos deliciosos de los trópicos y desprende perfumes "que hechizan". "Vivimos en medio de un jardín... cuyas avenidas están bordeadas de rosales siempre en flor, prosigue Maximiliano. Innumerables fuentes refrescan la temperatura bajo las coronas sombreadas de los naranjos y de los mangos centenarios. En la terraza... cuelgan nuestras hamacas, y mientras los pájaros multicolores nos encantan con sus trinos, nos hundimos en los más dulces sueños..."

Estos sueños se tornan realidad con frecuencia, bajo la forma de hermosas damas. Bajo la ventana del emperador se escucha con frecuencia una voz joven y cálida que canta acompañándose del jarabe,* especie de mandolina de notas agudas:

Si yo fuera un ave hermosa
De colores mil pintada...

* *Sic* en el original. (N. del T.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aparece una joven india: tiene diecisiete años, brazos de ámbar, rostro puro, grandes ojos en almendra, brillantes trenzas negras. Es la hija del jardinero. "Una joven india inocente que me testimonia un afecto ingenuo que me es muy dulce. ¡Se está tan solo en la vida!", suspira Maximiliano. En esta ocasión, no es una aventura efímera. Es una relación. La muchacha va y viene como quiere. Hay en el muro del jardín una puerta estrecha, exactamente lo demasiado ancha para que se deslice por ella una persona. "Siempre estaba cerrada, pero esta puerta podría contaros muchas cosas curiosas sobre las personas que la usaban", le confía Grill, el valet de cámara, a Blasio, el secretario.

Cuando está en Chapultepec, Maximiliano se ausenta con frecuencia solo. Para ir a Cuernavaca. Y un día se sabe que la hija del jardinero será madre. Entonces, ¿los ruidos que corren acerca de la estirilidad de Maximiliano son, pues, falsos?

* * *

Carlota es una mujer frustrada, herida. Vivió su adolescencia en un clima de hierro y de hielo. Un padre que la adora pero a quien le repugna expresar su ternura; austera educación de princesa; gusto por lecturas serias; todo ha concurrido para hacer de ella una joven encerrada, concentrada, replegada en sí misma que se ha forjado una voluntad inflexible. Durante un momento se ha abierto: encontró a Maximiliano, estuvo enamorada de él. Y luego, al cabo de algunos meses, la ruptura, silenciosa pero total. Carlota no tiene indulgencia por las calaveradas de un esposo. No perdona. ¿Acaso esta decepción reforzó en ella la ambición atávica? Le falta amor. Cree ella que se desquitará ocupando un trono. "Una Lady Macbeth, menos el crimen", escribe un contemporáneo.

Muy pronto la privará Maximiliano del papel que empezó a desempeñar, ¡y con qué ardor! Ella se ocupa en cosas de asistencia y de enseñanza, por lo demás, con éxito, porque gracias a su impulso, los progresos son rápidos en estos dos dominios. Funda el *Colegio Carlota*, establece su programa y lo dota de quinientos mil francos.

Pero asiste rara vez al consejo de ministros. Cuando se presenta, debe abandonar la sala si Maximiliano le hace una seña. Para entrar a donde se halle el emperador, debe hacerse anunciar, a menos que él la haya "convidado". A un oficial superior que se queja de no haber podido obtener una audiencia con Maximiliano, le responde: "No tengo mejor suerte

que vos, y sin embargo, podéis creerlo, tengo algún derecho a ver que se abran ante mí las puertas del despacho del emperador".

Frustrada en su amor, frustrada en su ambición, Carlota lo es también en su deseo de maternidad. Sabe que Maximiliano se siente decepcionado de no tener un hijo. En sus cartas, Sofía le habla de Rodolfo y de Gisela, hijo e hija de Francisco José; de Otto y de Francisco Fernando, hijos del archiduque Carlos. La emperatriz se dirige a Nuestra Señora de Guadalupe, con la esperanza de que se le conceda esa petición. Cuando sabe del embarazo de la hija del jardinero de Cuernavaca, experimenta un choque. Así pues, ¿es ella la que es estéril? ¿Incapaz de darle un heredero al imperio?

Cuando Maximiliano, preocupado por el porvenir de su dinastía, le comunica su proyecto de adoptar a un descendiente del emperador Iturbide, es para ella la muerte de toda esperanza. Ya ha pensado en convertir a su hermano más joven, Luis Víctor, en príncipe heredero, pero éste rehusó. Entonces el padre Fischer, un sacerdote intrigante y de dudosa moralidad que ha tomado extraordinario ascendente sobre Maximiliano, le sopló aquella idea. El general Iturbide, uno de los autores de la liberación en 1821, se hizo coronar en 1822 emperador de México en la catedral de la capital con el nombre de Agustín I. Reinó un año, pues fue arrojado por una conspiración republicana. Pero su nombre conservó cierta popularidad y tiene descendientes. ¿Por qué no asociar a los dos imperios? Dos de los nietos de Iturbide se le ofrecen al emperador para que elija: uno de edad de dos años que se llama Agustín, como su abuelo, y el otro de quince años.

No le disgusta la idea a Maximiliano. Lo que le molesta, es proponérsela a Carlota. Sin embargo, se decide. Con esta perspectiva de "adopción" la emperatriz se siente irritada, y luego desgarrada. Durante dos días y dos noches lucha consigo misma. Luego, bruscamente, anuncia que quiere ir a casa de los Iturbide. Designa al más pequeño: es tan hermoso, fresco y rosado. "Tomad a éste", dice, aun cuando lo juzga "no muy bien educado".

Empiezan las discusiones. El emperador les propone a los padres de Agustín, Ángel Iturbide y Alicia Green, norteamericana, darle a su hijo el título de príncipe; de encargarse de su educación. Les pasará una renta a todos los miembros de la familia que se comprometan a salir de México y a no regresar a este país sin permiso del soberano. Todos, excepto Josefa, hija de Iturbide y tía de los dos jóvenes príncipes (pues el mayor deberá recibir el mismo título que su primo), la cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

será alojada en el palacio imperial en donde podrá vigilar a sus sobrinos.

Primero se rechaza con indignación la proposición. Luego, viene el tiempo de la reflexión. ¿Por qué no aceptar la fortuna que se ofrece, en vez de vivir bajo la amenaza de la pobreza y del destierro? Sin embargo, doña Alicia, madre de Agustín, mujer muy hermosa de veinticuatro años que no puede resolverse a separarse de su hijo, persiste en su rechazo. No obstante, terminará por ceder. El 15 de septiembre de 1865 se firma un acuerdo secreto entre los hijos de Agustín de Iturbide y Su Majestad Imperial. Se dijo que el emperador, queriendo honrar la memoria de Iturbide, se constituía en tutor de los príncipes; por otra parte, se arreglan las cuestiones materiales. Firman todos los Iturbide.

Agustín fue adoptado. Sus padres harán un viaje a Europa que durará muchos años. Se le educará como un Habsburgo, y para él la emperatriz se llamará "Mamá Carlota".

Maximiliano ordena que todos los papeles relativos al asunto Iturbide se depositen en una caja especial de los archivos secretos de Miramar. El señor Radonetz, prefecto del castillo y hombre de confianza, recibirá instrucciones para que, por orden del emperador, pueda hacer extractos de estos documentos o publicar algunas notas.

El objeto de esta adopción, afirma Carlota, no es asegurar un sucesor para el trono, sino un acto "de simple justicia de parte de Max, a fin de tomar bajo su protección a los descendientes de un emperador que no era de sangre real". ¿Rehúsa, en su orgullo herido, considerarse como definitivamente vencida, como incapaz de convertirse jamás en madre?

Ha cambiado mucho en unos cuantos meses. Se aísla. Triste y desalentada, se torna sombría y severa. En su boca se forma un pliegue de malhumor, su mirada se endurece, su expresión se hace más desdeñosa. Se hace más frecuente el gesto, notado con frecuencia por las mujeres que la rodean, de desgarrar con los dientes su pañuelo, lo que traiciona la tensión interior. Le toma odio a Cuernavaca y a ese pequeño chalet indio El Olvido, que ha hecho construir Maximiliano. Permanece sola en la capital, donde le gusta dar por las tardes largos paseos en piragua en los lagos. O si no, va a la pequeña capilla del barrio de San Cosme, junto al viejo tronco "del árbol de la noche triste" en donde antaño Cortés, arrojado de la capital, había llorado.

¿Qué diversión podría arrancar a la emperatriz de su tormento? Al tormento de una mujer frustrada en lo más íntimo de su ser, y asimismo en las aspiraciones de su inteligencia.

Acoge con alegría la idea de visitar Yucatán, una de las provincias más curiosas del imperio, casi únicamente poblada de indios, rica en monumentos mayas del pasado y de una vegetación lujuriante.

Primero, Maximiliano y Carlota debían ir allá juntos. Pero Bazaine ha logrado convencer al emperador de que su ausencia de la capital podría ser peligrosa desde el punto de vista político. Por otra parte, ¿por qué ir a Yucatán, provincia fiel al imperio en donde no hay juaristas? Ante estas razones, Maximiliano cede. Pero, como se puede decepcionar a una población leal que se regocija de la venida de los soberanos, decide que la emperatriz vaya sola.

Parte ella el 6 de noviembre acompañada de dos ministros, de los representantes de Bélgica y de España, del general Uraga, del consejero Eloin, de dos damas de honor, y protegida por una fuerte escolta de caballería. Es impracticable un viaje por vía terrestre. Van, pues, a Veracruz; Puebla y Orizaba le hacen a Carlota una recepción muy fría, muy diferente de la del año anterior. Los conservadores se han tornado hostiles al imperio. Pero en la revolucionaria Veracruz, recientemente tan poco acogedora, feliz sorpresa: ahora es indescriptible el entusiasmo. Los artesanos de la ciudad han tenido la idea de construir un carro de triunfo al que la emperatriz se ve obligada a subir. Los hombres tiran del carro, hasta el palacio. Tres días de fiestas, de iluminaciones. Carlota se siente conmovida por estas manifestaciones de amistad. Y el ministro belga declara: "Para pacificar, la presencia de Su Majestad vale por un ejército".

Finalmente, el 20 de noviembre, Carlota se embarca en el *Tabasco*, vapor mexicano al que acompaña la fragata austriaca *Dandolo*. La travesía es corta pero mala. "La más agitada que he hecho", dice la emperatriz. Se queda en el puente hasta en la noche, presa del mareo, y luego, "como un pájaro enfermo", debe pasar dos días en cama. Por lo demás, todo el mundo está en el mismo estado. Bajo el cielo negro como la tinta, el barco se balancea violentamente a causa de la agitación del mar, pero también por causa de su mala estructura.

Desde el momento en que pone el pie en tierra, el recibimiento le hace olvidar la terrible travesía. En Sisal lloran de alegría al verla. Una dama, designada como vocero, no llega a articular palabra por lo conmovida que se encuentra. Un sacerdote califica a la emperatriz en su discurso de "ángel de

paz que, habiendo atravesado el mar, llevaba en sus manos la prosperidad". Desde el momento en que Carlota entra en la casa donde vivirá, una muchedumbre trepa por las ventanas y se agarra de las verjas para mirarla. En Mérida, delirante entusiasmo. Está "cubierta enteramente de flores, de papelillos multicolores con poesías en su honor", e incluso se le arroja una paloma con un poema atado en la pata. Dondequiera guirnaldas, arcos de triunfo con flores, gritos de: "¡Viva el emperador! ¡Viva la protectora de Yucatán!" E incluso: "¡Viva el rey Leopoldo!" Ninguna palabra de México. "Todo es dinástico", observa Carlota satisfecha. En cada lugar del camino, durante muchos días se le aclamará. Se le llama con grandes gritos para que salga al balcón, y cuando aparece, la gente aúlla de alegría arrojando sus sombreros al aire.

Visita el hospital, las iglesias, las escuelas; preside banquetes donde los hombres son "vivos como andaluces, alegres con matices de galantería. Son monárquicos y aman la autoridad". Todo le encanta: la vista de las jóvenes indias con sus faldas amplias de encaje y sus velos transparentes, las bellas iglesias de piedras doradas, la pintoresca decoración de las calles, "de encantador efecto". Aquí, dice, "nada es americano... se tiene la impresión de la Edad Media".

Espíritu serio, preciso, no se contenta con admirar. Observa, quiere ver todo de cerca, y se hace instruir acerca del cultivo del algodón, del tabaco, sobre el estado de la justicia, sobre los problemas agrícolas y comerciales. Y sobre todos estos puntos le envía largas cartas llenas de detalles a Maximiliano.

Y sin embargo, al escribirle a su abuela, la reina María Amelia, deja traslucir la amagura que rechaza hasta el fondo de sí misma. "Si me véis ponerme más delante de lo que se tiene costumbre hacerlo, estad siempre persuadida que es por el deseo y por el bien de Max: no teniendo heredero ni otro príncipe, estoy provisionalmente obligada a desempeñar diferentes papeles..." ¡Nada de heredero! ¡Ésta es la preocupación lancinante! A veces deja escapar algunas palabras. "Las cosas están en manos de Dios. Si nos destina a hacer aquí algo que sea según su voluntad, le podrá dar a nuestra obra lo que sea necesario para su duración", le dijo un día a la condesa de Courcy.

* * *

A su regreso, Maximiliano vino a su encuentro y ambos se dirigen a Cuernavaca. Pasada la excitación del viaje, la

emperatriz, fatigada, sobretrabajada, cae muy pronto enferma. Jaquecas, malestares, vértigos, sueño intranquilo. Se cree envenenada y lo repite con insistencia. En torno de ella se murmura que debió beber toloache, esa planta tóxica que provoca desórdenes mentales cuando no mata en el acto. ¿No sería eso una venganza del jardinero? Maximiliano, cosa extraña, está también enfermo de una disentería que ya no se le curará. Recibe una carta anónima en la que se precisa que la emperatriz tomó, sin saberlo, un veneno.*

El 6 de enero, Maximiliano entra sollozando donde se halla la emperatriz. El correo norteamericano trajo la noticia de la muerte del rey Leopoldo. Carlota se siente trastornada. "¡Lloramos juntos! Todo el país toma parte en nuestro dolor..." Fue el 10 de diciembre cuando murió el rey. Carlota se acuerda de que aquel día se encontraba en Becal, en Campeche, hospedada en casa de un viejo cura que había adornado su casa con una banderola en donde se leía la inscripción: "¡Viva el rey Leopoldo y gloria al gran Monarca!" Poco después, pasando por Halacho, había sido recibida con entusiasmo por los indios a los gritos de "¡Viva el gran Leopoldo!" La habían conmovido estos homenajes espontáneos. Así, en el momento en que se aclamaba a Leopoldo, éste se hallaba en agonía. En el mar, en el momento en que regresaba de su viaje, se le había entregado una carta de aquel padre bienamado, una carta de aquella mano augusta y venerada, que le hablaba todavía de política con su lucidez acostumbrada. Así, en su lecho de muerte, les había escrito a sus hijos. "Lo que cuenta en América es el éxito. Todo el resto no es más que verborrea poética y despilfarro de dinero".

Los arcos de triunfo se remplazaron por colgaduras de duelo en las ventanas. Y Carlota recibirá los periódicos belgas encuadrados de negro, y cartas de sus parientes que le darán detalles de los últimos momentos del rey. Éste se había despedido de sus hijos, de sus nietos, de sus amigos. Había murmurado muchas veces un nombre: Carlota. El nombre de sus dos grandes amores, su primera mujer y su hija, confundidos en un mismo recuerdo.

Triste, agotada, Carlota es presa de una tensión nerviosa que acaba con su vitalidad. "Envejezco. No son los años los que me pesan, sino un no sé qué dentro de mí. Me atormenta la

* Más tarde, el abogado norteamericano Federico Hall, que participa en el proceso de Maximiliano, declara que el autor de esta carta anónima, una mujer, le confió a una persona que él conoce: "Oí decir cosas que me parecieron completamente fundadas afirmando que se le había dado un veneno a la emperatriz".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ansiedad..." ¿Piensa en estas palabras de Leopoldo: "En América lo que cuenta es el éxito?" ¿El éxito? ¿Empezará a dudar de él Carlota? Tiene demasiado orgullo para admitir la posibilidad de un fracaso. La expedición de México "es siempre lo que ha sido, escribe, una idea atrevida, difícil. ¿Pero dónde hay mérito sin riesgos? Fundó ella un imperio que es nada más una quimera..." En cuanto a ella, no es de las que quisieran embarcarse de nuevo "porque haya tres o cuatro nubes en el cielo, o cinco o seis escollos en la costa". Cualesquiera que sean los obstáculos, la vida en México es, afirma, "cien veces preferible a la de Miramar. Por mi parte, prefiero una posición que ofrece actividad y deberes e incluso dificultades, que contemplar el mar hasta la edad de setenta años. He aquí lo que he dejado; he aquí lo que he adquirido. Ahora, haced balance y no os admiréis de que ame a México".

¿No traiciona este lenguaje la tenacidad de su rencor respecto de Miramar, de Miramar tan íntimamente ligado a Maximiliano? ¿No explica por qué la mujer decepcionada se agarra a su trono, a aquel trono que siente ya que se tambalea?

XI

LA RUPTURA CON FRANCIA

En el verano de 1865, Maximiliano le escribió a su suegro: "No me hago ilusiones respecto de la destrucción del nuevo edificio en el que trabajamos si está expuesto a las tempestades y yo puedo perecer con él, pero nadie puede quitarme la conciencia de haber trabajado con abnegación por una idea sublime, y esto vale más y es más reconfortante que enmohecerse en la inacción en la vieja Europa".

Y Carlota, en enero, a Eugenia: "Durante los seis primeros meses todo el mundo halla encantador al gobierno; tocad cualquier cosa, poned la mano a la obra y se os maldice. Es la nada que no quiere ser destronada. Vuestra Majestad creería probablemente como yo que la nada es una sustancia manejable. Al contrario, en este país se choca contra ella a cada paso, y es granito, es más poderosa que el espíritu humano, y únicamente Dios podría doblarla. Ha sido menos difícil construir las pirámides de Egipto, de lo que sería vencer la nada mexicana..."

En estas líneas se trasluce el desencanto. Los ojos están ahora abiertos. Huyeron los sueños. De una parte y de la otra. Los soberanos son conscientes ahora de los obstáculos que tienen que vencer, y los mexicanos dudan de que Maximiliano sea capaz de establecer el orden. Durante el año que ha transcurrido se han promulgado muchos decretos, pero se tiene la impresión de que no se ha hecho nada práctico, serio, útil. Un periódico que es, sin embargo, partidario del imperio, la *Era Nueva*, "se pone a representarnos como a tontos, comprueba amargamente Carlota. Llama la atención sobre los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ansiedad..." ¿Piensa en estas palabras de Leopoldo: "En América lo que cuenta es el éxito?" ¿El éxito? ¿Empezará a dudar de él Carlota? Tiene demasiado orgullo para admitir la posibilidad de un fracaso. La expedición de México "es siempre lo que ha sido, escribe, una idea atrevida, difícil. ¿Pero dónde hay mérito sin riesgos? Fundó ella un imperio que es nada más una quimera..." En cuanto a ella, no es de las que quisieran embarcarse de nuevo "porque haya tres o cuatro nubes en el cielo, o cinco o seis escollos en la costa". Cualesquiera que sean los obstáculos, la vida en México es, afirma, "cien veces preferible a la de Miramar. Por mi parte, prefiero una posición que ofrece actividad y deberes e incluso dificultades, que contemplar el mar hasta la edad de setenta años. He aquí lo que he dejado; he aquí lo que he adquirido. Ahora, haced balance y no os admiréis de que ame a México".

¿No traiciona este lenguaje la tenacidad de su rencor respecto de Miramar, de Miramar tan íntimamente ligado a Maximiliano? ¿No explica por qué la mujer decepcionada se agarra a su trono, a aquel trono que siente ya que se tambalea?

XI

LA RUPTURA CON FRANCIA

En el verano de 1865, Maximiliano le escribió a su suegro: "No me hago ilusiones respecto de la destrucción del nuevo edificio en el que trabajamos si está expuesto a las tempestades y yo puedo perecer con él, pero nadie puede quitarme la conciencia de haber trabajado con abnegación por una idea sublime, y esto vale más y es más reconfortante que enmohecerse en la inacción en la vieja Europa".

Y Carlota, en enero, a Eugenia: "Durante los seis primeros meses todo el mundo halla encantador al gobierno; tocad cualquier cosa, poned la mano a la obra y se os maldice. Es la nada que no quiere ser destronada. Vuestra Majestad creería probablemente como yo que la nada es una sustancia manejable. Al contrario, en este país se choca contra ella a cada paso, y es granito, es más poderosa que el espíritu humano, y únicamente Dios podría doblarla. Ha sido menos difícil construir las pirámides de Egipto, de lo que sería vencer la nada mexicana..."

En estas líneas se trasluce el desencanto. Los ojos están ahora abiertos. Huyeron los sueños. De una parte y de la otra. Los soberanos son conscientes ahora de los obstáculos que tienen que vencer, y los mexicanos dudan de que Maximiliano sea capaz de establecer el orden. Durante el año que ha transcurrido se han promulgado muchos decretos, pero se tiene la impresión de que no se ha hecho nada práctico, serio, útil. Un periódico que es, sin embargo, partidario del imperio, la *Era Nueva*, "se pone a representarnos como a tontos, comprueba amargamente Carlota. Llama la atención sobre los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

errores antiguos y los cometidos". En efecto, esa hoja que dirige Masseras, publica un artículo muy duro, pero que refleja bien la opinión general. "De todos los problemas que se planteaban ante el gobierno el año pasado en esta fecha, apenas podría presentarse uno que no se presentara de nuevo hoy con sus complicaciones y sus incertidumbres. La organización administrativa, económica y judicial, la desaparición de los antiguos partidos, el despertar de la nación propiamente dicha, el olvido del pasado y la fe en el porvenir, son otros tantos hermosos sueños tan lejos de nosotros en octubre de 1865 como lo eran en 1864..."

Con la esperanza de menos. Porque, en fin, un año antes, gran parte del país, cansado, resignado, había aceptado la idea de que el nuevo régimen tendría éxito en imponer lo que todos deseaban: finanzas reorganizadas, la igualdad ante la ley y ante el impuesto, la justicia tornada realidad, la libertad instaurada en provecho de todos, la perspectiva del bienestar abierta a la inmensa mayoría, la seguridad garantizada. En suma, que podría crear un clima de paz favorable a las reformas necesarias y sacudir el torpor del desaliento.

La cuestión esencial de los bienes del clero había sido resuelta, pero solamente en principio. Los detentadores actuales deberán tener paciencia durante largo tiempo antes de obtener la regularización de sus títulos de propiedad. Están descontentos, pero en parte tranquilizados. Sólo que las relaciones con Roma quedaron envenenadas.

Sin duda, el ejército, la administración, las finanzas, han sido objeto de una abundante legislación. Con frecuencia demasiado utópica, como para la instrucción pública. Maximiliano quiere que la nación mexicana pueda alinearse entre las más avanzadas del mundo. Elaboró un programa que comprende lenguas clásicas, ciencias naturales, filosofía, educación física, que hace sonreir al ministro Siliceo: ésas son visiones del espíritu en un país como México.

Se ha constituido el cuerpo diplomático, se ha creado el Consejo de Estado, se han nombrado numerosas juntas. Se han tomado medidas para reglamentar el uso de las antiguas decoraciones, refundir la Orden de Guadalupe, instituir las órdenes del Águila Mexicana y de San Carlos, crear medallas del mérito civil y militar. Se escogió al personal de la corte. Están en proyecto tres o cuatro monumentos públicos, pronto será inaugurado un teatro nacional; se ha abierto un crédito de quinientos mil pesos fuertes para la construcción de un palacio destinado a los viejos soldados.



El emperador Maximiliano
Foto Instituto real del patrimonio artístico.
(Colecciones reales de Bélgica)



La emperatriz Carlota
Foto Instituto real del patrimonio artístico.
(Colecciones reales de Bélgica)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El emperador Francisco José y sus tres hermanos. En la extrema derecha el archiduque Maximiliano

(Colección Viollet)



Los hijos de Leopoldo I, por Charles Baugniet. A la extrema derecha, la princesa Carlota

(Biblioteca real de Bruselas) Foto A.C.L.

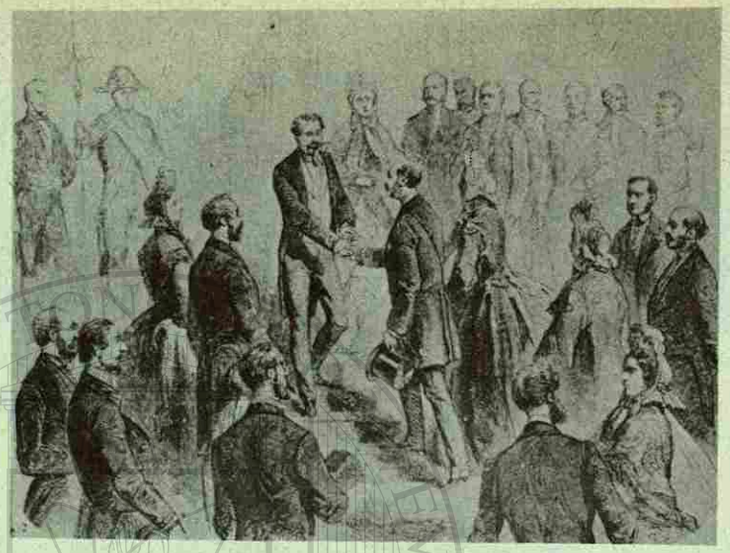
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Maximiliano y Carlota
Foto Instituto real del patrimonio artístico.
(Colecciones reales de Bélgica.)



El *Boudoir* de la emperatriz Carlota en Miramar
(Museo Storico del Castello di Miramar) Foto Multifoto de Trieste.

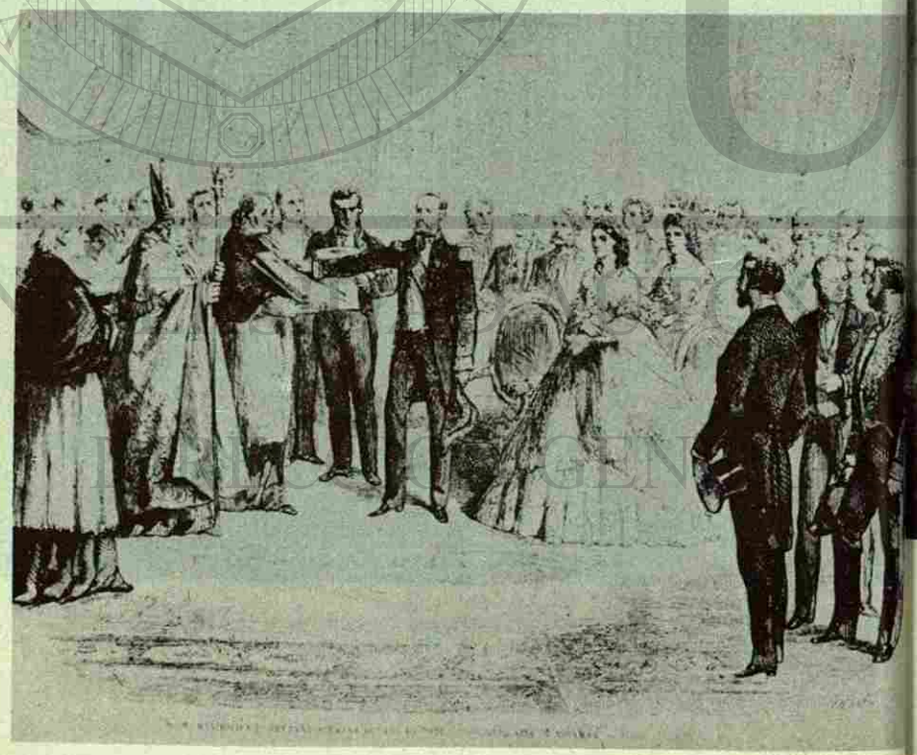


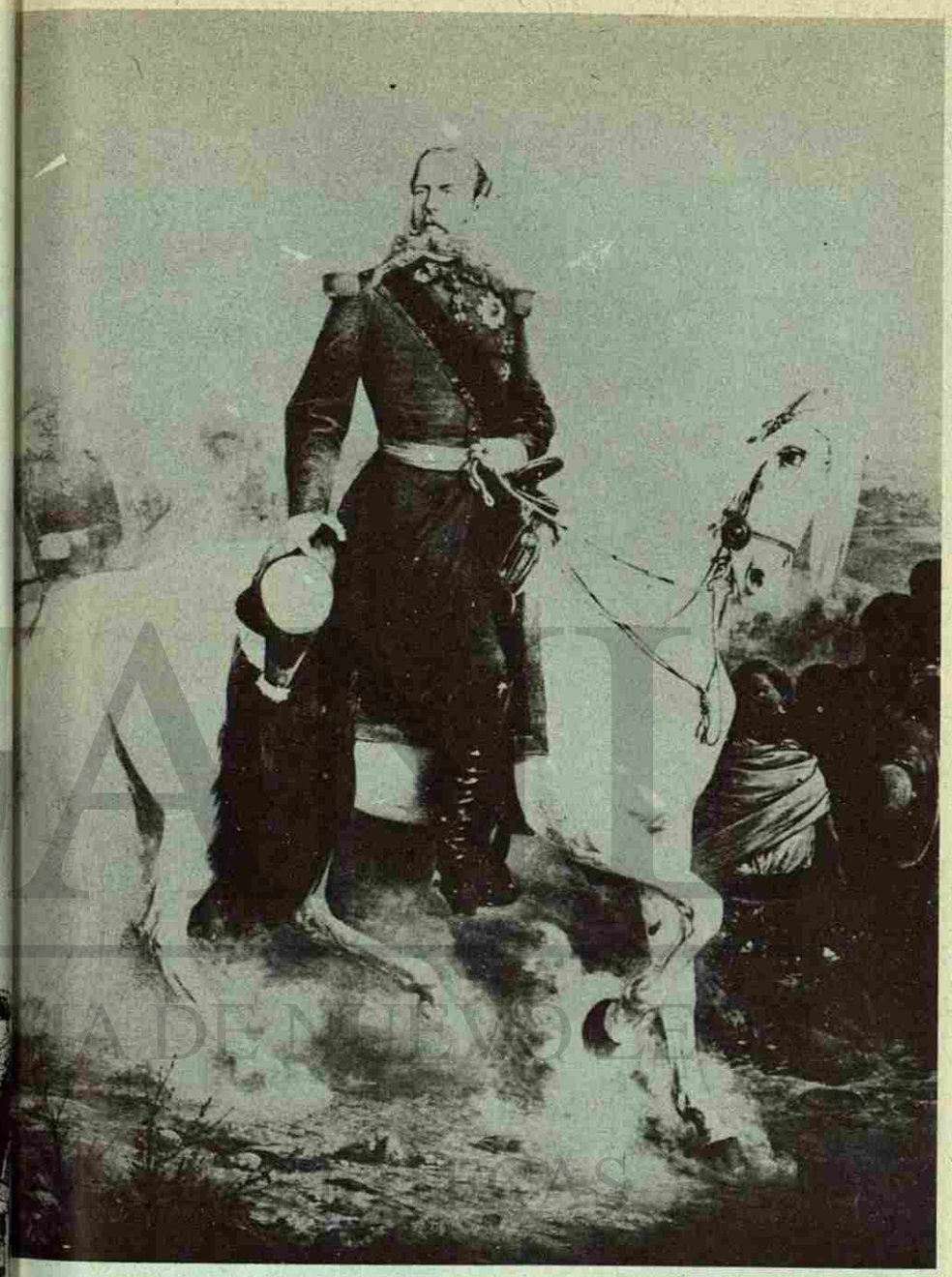
Recepción del archiduque Maximiliano y de la archiduquesa Carlota en las Tullerías

(Illustration, 1964)

Maximiliano presta juramento en Miramar

(Foto Giraudon)





El emperador Maximiliano a caballo, por Aubert.

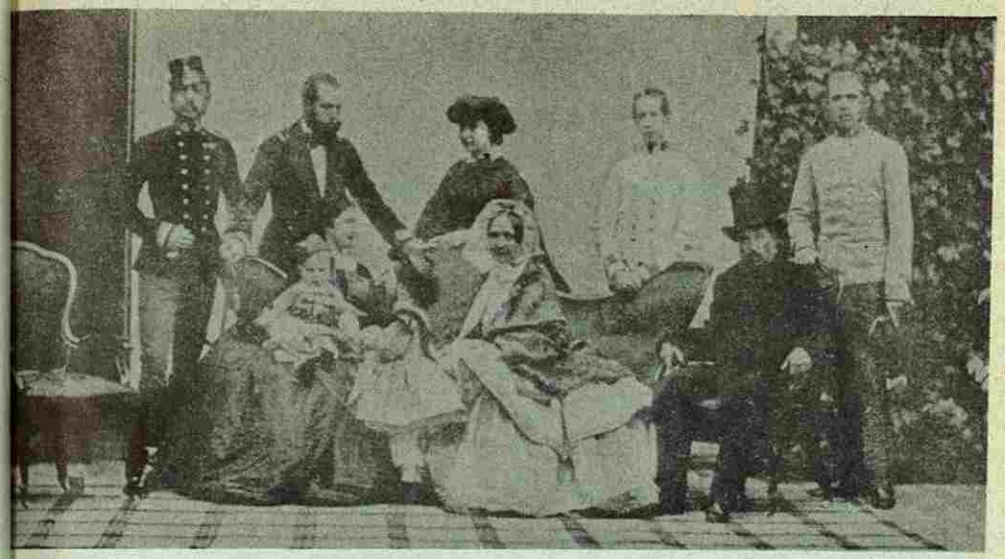
(Museo real del ejército en Bruselas)



Bazaine
(Colección Viollet)

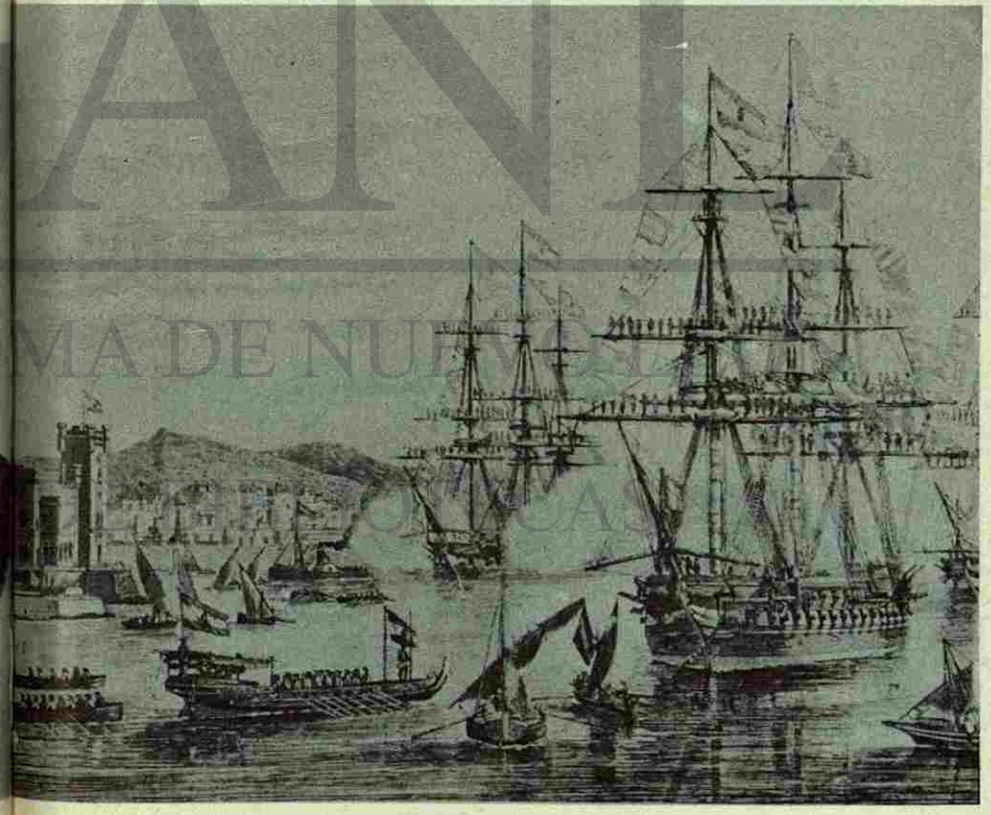


Juárez

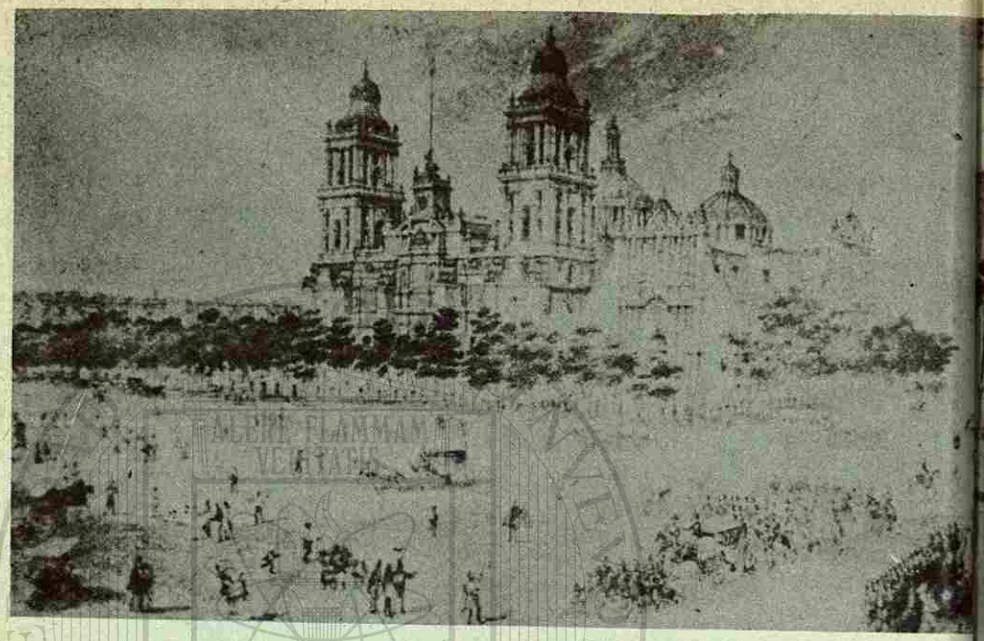


La familia imperial de Austria en 1864

Maximiliano se dirige a bordo de la *Thémis* anclada ante Miramar
(Illustration, 1964)

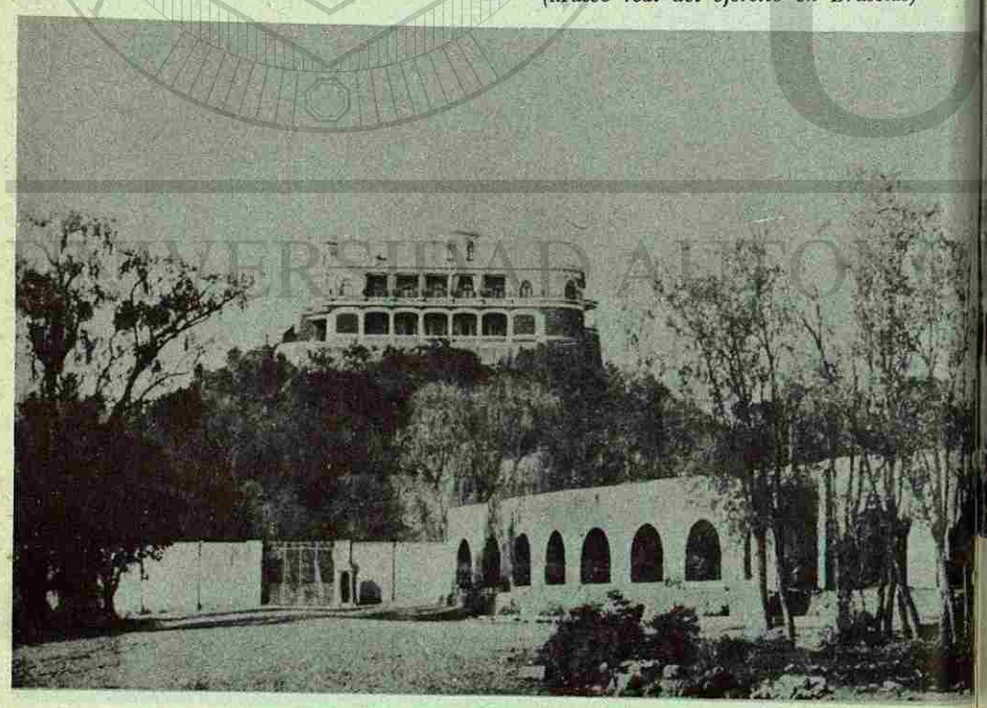


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Maximiliano pasando por la plaza mayor de México
(Museo real del ejército en Bruselas)

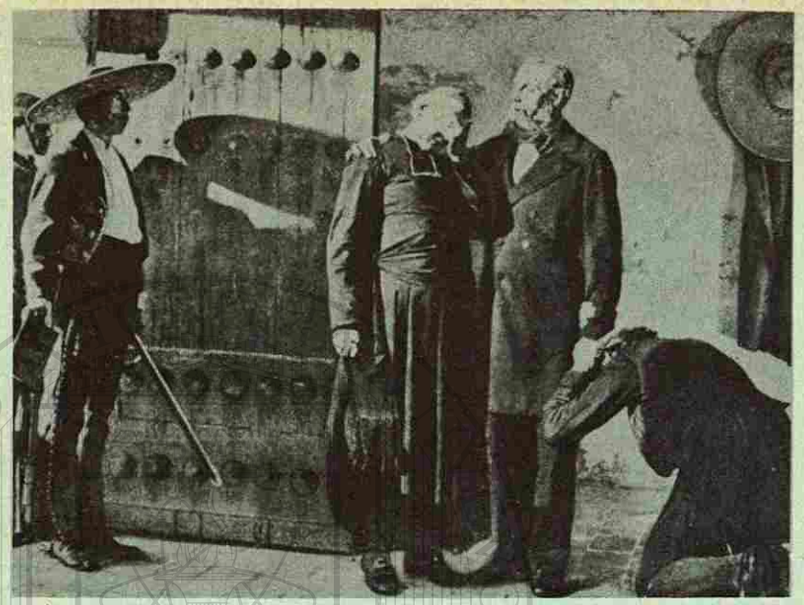
Castillo de Chapultepec
(Museo real del ejército en Bruselas)





El teatro Iturbide donde sesionó el tribunal que condenó a muerte a Maximiliano. Foto *Aubert*.
(Museo real del ejército en Bruselas)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El emperador Maximiliano antes de su ejecución, Por J. P. Laurens.
(Galería Trétiakoff en Moscú) Colección Viollet.

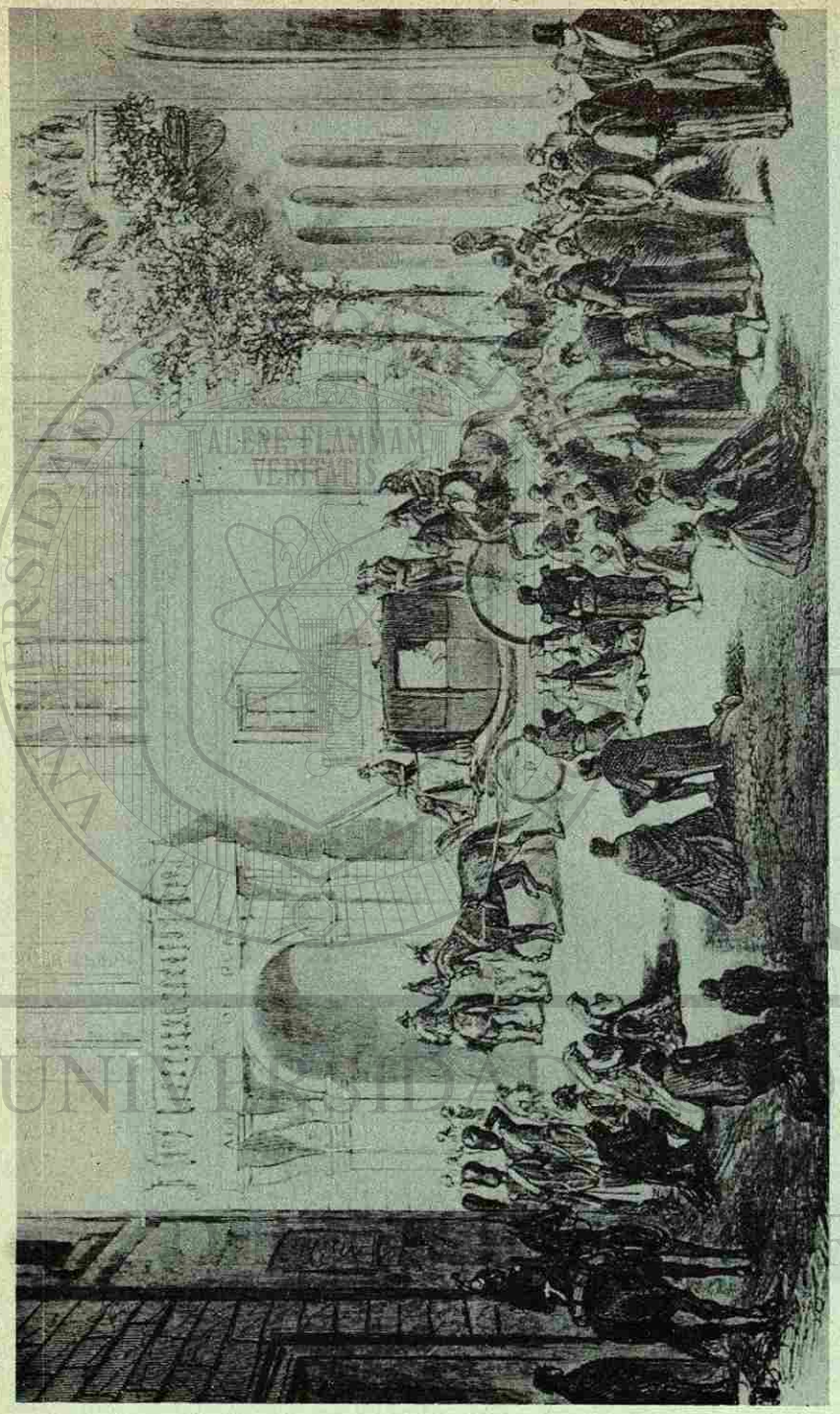


La ejecución del emperador Maximiliano, por Manet
(Museo de Mannheim) Foto Giraudon.



La emperatriz Carlota en 1866

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Padre Santo visita a la emperatriz Carlota
(Illustration, 1866)



La emperatriz Carlota un año antes de su muerte
(Illustration, 1927)



El castillo de Bouchout

(Foto A.C.L.)



Los funerales de la emperatriz Carlota

(Foto A.C.L.)

Por otra parte, Maximiliano, presa de una especie de delirio creador, funda una Academia de Ciencias; reúne la colección de retratos dispersada durante las revoluciones, de los antiguos soberanos de México, comprendidos en ella los virreyes españoles y los presidentes de la República; negocia para obtener de Viena los objetos que hubiesen pertenecido al imperio azteca que figuran en las colecciones imperiales; ofrece dos premios de cinco mil francos: uno por la mejor tragedia, y el otro por la mejor comedia que se presenten en seis meses. Y fomenta personalmente la pesca de perlas en California. Quiere intervenir en todos los dominios de la actividad.

Resultado: siete volúmenes de leyes y decretos, y el *Diario Oficial* lleno durante seis meses con la publicación de aquéllos.

Sin embargo, queda por hacer lo más importante. Lo más importante es suscitar el espíritu de empresa, hacer entrar a México en el circuito económico tomando en el interior medidas capaces de ponerlo en estado de producir, de hacerlo salir de su pasividad. Por este lado, nada se ha realizado. Así, el Banco del Estado, que hubiera podido, era favorable el momento, asociar los grandes establecimientos financieros europeos a su acción, se quedó en estado de proyecto. Y no se ha entendido tampoco la urgente necesidad de un conjunto de leyes que correspondan a las exigencias económicas.

El prefecto político de Michoacán, Antonio Moral, hombre rico y honorable que ejerce una gran influencia, en todo punto digna de estima, le indica francamente a Maximiliano los errores de su política. Ésta, dice, no ha alcanzado el elevado objetivo que se proponía Su Majestad. "Las poblaciones la han visto con desconfianza, y los revolucionarios con desdén. Su Majestad, el partido revolucionario desprecia las concesiones que considera como justas reparaciones; avanza hacia su objetivo, nada lo detiene y él triunfará. No que sea fuerte por las armas; su fuerza consiste en la debilidad del gobierno". Y Antonio Moral insiste en este punto: el gobierno no tiene "ideas fijas"; les falta coherencia a sus disposiciones, no concuerdan entre ellas mismas. En todo falta unidad de acción. "En una palabra, hay desacuerdo entre la inteligencia superior que dirige, la voluntad firme que decide y la mano vigorosa que ejecuta. La inevitable consecuencia es el caos, y tal es el estado del departamento de Michoacán..." El prefecto, valerosamente, proyectó la luz sobre el mal. No teme presentar su dimisión y exponer las razones de ello al emperador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Desde hace un año, Maximiliano acumula las pruebas de su incapacidad como soberano. Su bondad de alma y su afabilidad, se tornan en el dominio político en blandura, una blandura que engendra incoherencia y debilidad, una blandura por otra parte agravada por el clima deprimente, que mina las fuerzas y disuelve la voluntad.

Desprovisto de energía, de claridad de espíritu, de decisión, cualidades básicas del organizador, quiere sin embargo ordenarlo todo. Quiere que todo pase por sus manos. "Ahora que he terminado el laborioso trabajo de la legislación, anuncia en octubre de 1865, quiero ocuparme de gobernar". Muy pronto se da cuenta de que es más fácil legislar que gobernar, sobre todo cuando se tienen funcionarios "incapaces" como agentes de ejecución. "Incapaces" es la palabra que emplea. Nada han aprendido, dice, nada han visto, y quieren saberlo todo mejor que los demás. El emperador, ante las realidades, ve entonces la situación tal cual es... "O es preciso gobernar a México con mexicanos a la altura de sus compatriotas, ejercitándose en la paciencia y en la calma imperturbable, escogiendo a los mejores que se puedan encontrar; o es preciso gobernar a este país con instrumentos extranjeros". Pero en este último caso hay el peligro de herir la susceptibilidad nacional. Maximiliano se da cuenta al presente de que sus consejeros extranjeros, "los Eloin, los Scherzenlechner, etc.", lo han incitado a importar a México una legislación que es el fruto de una civilización de muchos siglos, lo que "los pobres mexicanos no pueden digerir". Es fuerza, pues, recurrir al primer medio. Pero se trata de "encontrar hombres activos y de buena voluntad que ayuden los esfuerzos de su soberano y que, gobernando, no se olviden de aprender..." "Busquemos como Diógenes", dice.

Pero ya por todas partes se repite que el imperio es un fracaso, pues no tiene el emperador las cualidades necesarias para dirigir un país como México. Los franceses ven bien que Maximiliano se sostiene gracias a ellos. El capitán d'Espeuilles juzga que "la falta capital es la de no haber tenido un puño suficientemente vigoroso, y la de no haber seguido una línea de conducta invariable. A un inmenso país sin leyes ni instituciones, era preciso llegar como a un país conquistado, decretar que cierta parte del territorio era bien del Estado, establecer un vasto estado de sitio, gobernar con voluntad inflexible,

y gran dureza para la resistencia. En vez de eso, Maximiliano se hizo mexicano, lo que no se le pedía. Ostentó públicamente ideas liberales que no se hallaban de ninguna manera en relación con las necesidades de un país tan poco avanzado y se rodeó de hombres que se le arrojaron a la cabeza y habían ya servido bajo todos los gobiernos". Hace notar que por doquiera aparecían los mismos síntomas, poca fe en el porvenir, profundo desaliento en el ejército y finalmente impopularidad creciente del emperador.

El mismo Eloin asegura: "El emperador hace buenos decretos, ordena cosas excelentes, pero no viene en seguida la ejecución. Estamos esperando la organización de los tribunales. Nuestros ministros persisten en conservar jueces militares que son de una inmoralidad escandalosa. Aquí no se tiene idea de lo que es la justicia. A veces me pregunto si la adhesión al imperio es algo serio, y si los que parecen servirnos no ocultan una segunda intención..."

La debilidad de Maximiliano alienta a sus adversarios. Con la esperanza, por lo demás siempre frustrada, de conciliarse a los liberales, da muestras de una clemencia "fuera de lugar", porque es en detrimento de los que lo sirven lealmente. Lo mismo respecto de los funcionarios que roban abiertamente al Estado. Navarro, presidente de la comisión encargada de la revisión de las ventas fraudulentas de bienes eclesiásticos, recibe jarros de vino para que declare valederas algunas de las adquisiciones ilícitas. En vez de exigir sanciones, el emperador deja hacer.

Este comportamiento es severamente juzgado en París e incluso en Bruselas. El general L'Hériller, que vio al rey Leopoldo poco antes de su muerte, y a Napoleón III, dice a su retorno a México que "ambos estuvieron de acuerdo en un mismo punto, a saber, que era absolutamente necesario que el emperador desplegara gran vigor en la represión del bandolerismo, que había ya pasado el tiempo de clemencia, que sería más prudente publicar menos decretos que fuesen vigorosamente ejecutados, que publicar una multitud de ellos que quedarían en letra muerta..."

Napoleón, en una conversación con Eloin, declara que todas las noticias que le llegan concuerdan en decir que al emperador le falta totalmente energía, que se contenta con redactar y publicar decretos sin darse cuenta de que no podrán llevarse a cabo. "Se pretende, añade, que impulsado por su necesidad de exhibirse, se lanza a utopías y que el que sale perdiendo por ello es el lado práctico". Y en una carta a Bazaine, escribe: "Hacedle entender al emperador que en las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

graves circunstancias en que podemos encontrarnos un día u otro, no se trata de mostrarse liberal y clemente, sino de mostrar energía, buen sentido, y darse a los únicos que pueden salvarlo..."

* * *

"Los únicos que pueden salvarlo", son los franceses. Desde el primer día sufrió impacientemente su presencia Maximiliano. No obstante, en apariencia, son buenas las relaciones entre los soberanos y Bazaine. El emperador le da las gracias al mariscal "por el alta y sabia dirección que les da a los asuntos", por los magníficos servicios que le presta al gobierno, y sobre todo "por haberle dado la paz y la libertad a México". Incluso le ofrece el título de duque de México, que Bazaine rehúsa. En cuanto a la emperatriz, juzga que si México ha sido sacado de la anarquía, le es deudor a Francia de ello. Es ella quien defenderá, y con mucho calor, la causa de Bazaine cerca de los soberanos franceses. El mariscal les había anunciado a los soberanos, bajo secreto, su deseo de casarse con una joven mexicana de diecisiete años, de quien se había enamorado como un subteniente. Pero esta alianza debe ser acogida favorablemente por Napoleón III. Carlota escribe, pues, a las Tullerías. "El mariscal es un hombre lleno de espíritu, esencialmente bueno, leal, consagrado al país, de vasta capacidad militar y tiene éxito en todo lo que emprende... Lo amamos y lo estimamos sinceramente..."

El emperador y la emperatriz son testigos de la boda. Se da una gran recepción después de la ceremonia, durante la cual la joven desposada y su madre están sentadas al lado de Carlota. Maximiliano le dio como dote a Josefa Peña y Barragán, el palacio de Buenavista, completamente amueblado, lo que les permite a los juaristas acusar al emperador de dilapidar los tesoros nacionales en provecho de los franceses, rumor al cual no dejan de hacerle eco los conservadores y el clero, desencadenados al presente contra el emperador.

Pero por la influencia de los antifranceses que lo rodean, y de Eloin en particular, las diferencias se agrian, y Maximiliano llegará por ello a un conflicto abierto con Bazaine. Se desata una campaña insidiosa contra el mariscal, sospechoso primero de ambiciones dictatoriales; más tarde se le hará responsable de la decisión tomada por Napoleón III de retirar sus tropas de México.

Sin cesar surgen choques. Contrariamente a los convenios de Miramar que le reconocían al comandante del cuerpo expedicionario francés el título y las funciones de comandante en jefe, Maximiliano les otorga a las legiones austriaca y belga una administración independiente, lo que trastorna la organización del ejército. Y descontento de Bazaine que ve allí un atentado contra sus prerrogativas.

El emperador, siempre inclinado a perdonar por temperamento, pero también con la esperanza de atraerse a los liberales —esperanza tenaz a la que nada desanima—, con frecuencia toma medidas que exasperan al mariscal. Sin preocuparse de las razones que dictan los juicios de los tribunales militares, interviene y los anula. Así, cuando indultó a un joven licenciado condenado a cinco años de cárcel por haber insultado al ejército francés durante el entierro, en Puebla, del coronel Tourre, un oficial que halló la muerte en un incendio al organizar el salvamento de los habitantes encerrados en las casas en llamas. Toda la población, espontáneamente, siguió al cortejo fúnebre. El gesto de Maximiliano es torpe. Y un día declarará Bazaine, furioso, "que está harto de sacrificar vidas francesas para permitirle a un archiduque jugar a la clemencia".

Desde fines de 1864, Carlota, al mismo tiempo que habla "de nuestro excelente mariscal", critica las operaciones militares. Sin atacar directamente a Bazaine, echa la culpa sobre los que lo rodean, en particular sobre el teniente coronel Boyer, jefe de su gabinete. Lo acusa, aun cuando no tenga "ningún hecho positivo que apoye su acusación", y le pide a Eugenia que guarde secreto. Nadie, salvo Napoleón, debe conocer estas gestiones. Pero finalmente exige el alejamiento de este oficial, "ya sea por una misión o una posición más elevada". El mariscal, cuyas cualidades enumera, no tiene, dice, sino una leve debilidad: "Es impresionable hasta un punto inaudito para un hombre de su temple". De allí el peligro de los que lo rodean, porque su jefe de gabinete es excesivamente tenaz, seco, cortante. Finalmente, es el único oficial francés cuyo rostro "no le agrada", tanto carácter de rigidez poco benévola y de acritud habitual tiene su expresión..."

Poco después, se queja. "Nos será muy difícil atravesar todas las primeras crisis vitales si el país ya no está ocupado como lo está ahora..." Le pide consejo a los generales Douay y L'Hériller. Luego, después de haber expuesto un plan eficaz de ocupación, designa al único jefe capaz de ejecutarlo: es el general Félix Douay. Haría maravillas, "voluntad firme y mano de hierro con justicia y rectitud", "hombre capaz, muy recto,

muy enérgico y que no parece tener ninguna pequeñez..." Insiste. Para ella, un "triunvirato" formado por los generales Douay, Brincourt y L'Hériller, tendría toda su confianza. "Con estos tres hombres, seríamos hábiles contra toda eventualidad de dentro y de fuera, y estoy segura que la amistad de Vuestras Majestades nos facilitará este resultado..."

Critica la manera de actuar de Bazaine. Los franceses salen victoriosos, sí, cuando encuentran al enemigo; pero aquí la guerra es una guerra de una especie particular; un ejército regular contra bandas sin cesar dispersadas y que se reforman sin cesar. No es suficientemente numeroso el ejército francés para ocupar todo el país; desde el momento en que abandona una ciudad o una aldea, lo remplaza una de esas bandas móviles que aterrorizan a los habitantes. En esas condiciones, dice Carlota, no se debería uno conformar "a antiguas ideas militares europeas", pero un ejército regular, ¿es capaz de adaptarse a esta clase de guerra? Bazaine, en todo caso, no parece capaz de hacerlo. Y las victorias francesas no les impiden a las bandas "circular como les viene en gana" e incluso "completamente en los alrededores de la capital".

En julio de 1865, Maximiliano, a su vez, acusa a Bazaine. No se queja de los franceses "a quienes México les debe tanto reconocimiento", sino "de algunos franceses que sirven mal a su emperador y al honor de su bandera... Hablo de esos altos funcionarios que gastan el dinero y la sangre de México inútilmente, que traman todas las intrigas para contrarrestar la formación de un ejército nacional, que licencian las tropas sin permiso de su soberano y contra los tratados más sagrados, que permiten y autorizan el robo y la confusión, que desmoralizan más y más todos los días a un hermoso y glorioso ejército, que huellan con los pies los principios de la civilización, la gloria de Napoleón y de sus banderas; hablo de esos jefes que me dejan en la ignorancia más completa de los hechos militares, que me hablan de victorias cuando hay derrotas, que sacrifican inútilmente a valientes tropas, que han colocado a mi imperio en una posición militar más triste de lo que era el año pasado, que le permiten a Juárez alistar un nuevo ejército..."

Esta requisitoria está dirigida contra Bazaine, aun cuando éste no sea nombrado. Están aquí enumeradas todas las quejas contra él. Maximiliano añade que hace "como si estuviera engañado" para salvar el porvenir. Pero no lo está. Su memoria, "desgraciadamente muy buena", le recuerda "todas las promesas y todas las mentiras que se le han hecho y dicho

desde hace catorce meses". De todas estas promesas ninguna se ha cumplido, y la situación militar se ha agravado. Lo sabe por los informes que le llegan, pero no son los del cuartel general. Sabe también que los informes del cuartel general, inexactos, son los mismos que le son dirigidos a Napoleón. "Se juega con dos emperadores, he aquí la situación".

El mariscal, que sabe estas críticas, se siente exasperado con ellas. Tanto más cuanto que está al corriente de las relaciones íntimas y confidenciales que existen entre los soberanos mexicanos y el general Douay. No ignora que Maximiliano repite las acusaciones que éste propaga en el ejército respecto de él. Y sabe, por el mariscal Randon, que Douay, habiendo ido a París, corrió el rumor de que éste podría muy bien remplazarlo en México. Rumor que, por otra parte, no se basa en nada.

De regreso, Douay le ha comunicado a Maximiliano impresiones muy recientes. Y no tiene reparos en culpar al mariscal, su jefe. Éste, dice, no quiere reconocer que se engañó desde el principio y que tomó un camino impropio. En el curso de esta conversación, el emperador habla francamente: "No tenemos secretos el uno para el otro". Se queja de Bazaine que siempre se ha opuesto, dice, a la organización del ejército nacional, y jamás ha querido darle a nadie para ponerlo en pie. Cuando pidió al general L'Hériller, el mariscal le dijo: "eso es peor que ahorcarse".

Douay aprovechó la ocasión para deslizar que Bazaine está en desacuerdo con la mayor parte de sus generales, lo que, "en Francia ha acabado por asombrar". Maximiliano le concede a Bazaine "una gran finura", pero un espíritu limitado, "casi italiano", y dos defectos, "la pereza y la falta de orden, que engendran los celos y el descontento contra los demás".

Evidentemente, desearía ver a Douay en el lugar de Bazaine. ¿Intriga Douay para obtener este lugar? "Si se me diese la sucesión del mariscal, escribe, la rehusaría". ¿Es esto completamente seguro? Mientras tanto, continúa denigrando al mariscal del ejército francés, de quien no quiere ser "ni engañado ni cómplice".

Según él, Bazaine vive de expedientes. "Fascina a Napoleón dirigiéndole informes mentirosos que redacta él mismo, por ejemplo, cuando afirma que las bandas están destruidas". Y lo asusta "explotando fuera de toda medida al fantasma americano". Bazaine es un gran hipócrita que trata sobre todo de enmascarar las maniobras que efectúa "para aumentar su fortuna personal". ¿Sus capacidades militares? Douay ha podido "penetrar la profunda inepcia que disimulan apariencias super-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficiales y una charla desvergonzada que engañan a bobos". Y se ha desembarazado de generales de valer como L'Hériller y Brincourt, porque "prefiere a notorias incapacidades".

Justamente de estos dos generales no cesa Carlota de cantar alabanzas. "Los mexicanos quieren mucho a L'Hériller y esto es decirlo todo". El general Brincourt "tiene capacidades militares fuera de lo común". En cuanto al general Douay, estadista y administrador tanto como militar, "el emperador y él se electrizan mutuamente y parecen dos amigos, casi dos hermanos".

A esta ofensiva, Eugenia responde con un elogio del mariscal. "Nuestro mejor soldado", dice. Y "con qué espíritu recto, con qué firmeza juzga los acontecimientos..." Carlota comprende que es inútil, por el momento, esperar el alejamiento de Bazaine. Por tanto, es fuerza soportarlo. Tanto más cuanto que Maximiliano, sabiendo muy bien que no puede pasarse sin el concurso de los franceses, le pidió a París una revisión de las cláusulas del tratado de Miramar relativas al retiro de las tropas francesas. ¿Qué podría hacer sin ellas, él, cuyo ejército está todavía lejos de ser organizado? También propone diferir la reducción del efectivo del cuerpo expedicionario, dejándole a Francia la carga de pagar los hombres y las costas. El gobierno francés se rehúsa.

La hostilidad de Maximiliano contra Bazaine estalla a la luz del día cuando un cierto coronel Dupin vuelve a México después de una estancia en Francia. Este antiguo alumno de la Escuela Politécnica nombrado coronel en 1860, es un motivo de vergüenza para el ejército francés. Después de veintiocho años de servicio, fue puesto en no actividad en 1862 por "cesantía", lo que, en lenguaje militar, equivale a antecedentes penales. Llegado a México a título civil y con sus propios medios, le fue confiada la contraguerrilla, pero muy pronto se le arroja de ese puesto y regresa a París.

Ha conquistado merecida reputación de estupro y de sangre. "Veré con placer que saquean vuestros bienes y vuestras fortunas", dice en sus proclamas a las ciudades que resquisa. Y jamás da cuartel.

Bazaine, para ser exactamente informado sobre la contraguerrilla, le había confiado al teniente coronel De Briche una misión confidencial de investigación sobre el lugar mismo. Dupin rehusó todo contacto y Briche tuvo que informarse del exterior. Las tropas, escribe, están compuestas de franceses liberados, de luisianeses que se han enrolado para no morir de hambre, de desertores españoles y de algunos mexicanos. Reconoce que la contraguerrilla es "útil, muy útil, incluso necesaria". Pero los hombres deberían ser "moralizados, disciplinados", tarea si no imposible, a lo menos muy difícil a causa de las costumbres contraídas y de la dificultad del reclutamiento. "Desgraciadamente no se puede disimular: la guerrilla y la contraguerrilla tienen muchos puntos de contacto, constata.* Este mando, cualquiera que sea la conducta del jefe, tiene siempre algo de odioso. Debería estar en manos de un hombre extraño a Francia, o a lo menos que no pertenezca a los altos grados del ejército y por consecuencia deberá estar bajo la vigilancia inmediata de los diferentes jefes militares, sin quitarle, no obstante, una cierta libertad de acción".

El ejército había esperado no volver a ver a Dupin, a quien desprecia y execra. Por su parte, Maximiliano, también él exasperado por su regreso, arroja la culpa sobre Bazaine. Pero no se queda en ese punto. En el curso de una ceremonia oficial, el 15 de enero de 1866, ante todo el cuerpo diplomático, en alta voz, le expresa su irritación al ministro de Francia, señor Dano, en términos muy vivos. El mariscal no puede aceptar "ese reproche inmerecido" hecho en público, y protesta. "Esa decisión fue tomada, dijo, por el ministro francés de la Guerra y pertenece al dominio de la disciplina del ejército francés. Las expresiones empleadas por el emperador son de tal naturaleza, que llevan a menoscabar la consideración que le es debida, y serán trasmitidas a quien en derecho corresponda". El gobierno francés aprueba esta actitud.

Maximiliano se queja de Bazaine, pero Bazaine se queja también de Maximiliano. Muchos informes le enseñan "la ingratitud del gobierno mexicano hacia Francia" que empieza a manifestarse claramente. "Si no se quiere todavía pronunciar la palabra *deslealtad*, es preciso reconocer que por una política desdichada estamos reducidos a un papel casi ridículo, el de consejeros inútiles". Bazaine ha podido comprobar las faltas, incluso las traiciones de la administración. Ha hecho poner ante los ojos del emperador las notas respecto de este asunto. En respuesta, una frase en el margen, siempre la misma: "Su Majestad se da por enterado de ello". Sin más.

* Será curioso comparar este texto con un telegrama de Juárez a Porfirio Díaz (2-3-1863): "...Del lado de Arroyo y de Tepejí, los guerrilleros... cometen excesos escandalosos y cometen demasiadas extorsiones en las aldeas. Estos malhechores nos desacreditan cada día y es preciso exterminarlos. Dad las órdenes conducentes, porque esas personas no deberán hacernos perder las simpatías de las poblaciones".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

El 30 de septiembre de 1865, Maximiliano recibe una noticia que ciertamente le hace augurar acerca del porvenir: don Benito Juárez abandonó el territorio mexicano, pasó la frontera de los Estados Unidos con dos de sus ministros y el presidente de la Suprema Corte. Esta noticia es falsa. Juárez se encuentra en Paso del Norte,* aldea fronteriza, pero se cuida mucho de pasar a territorio norteamericano. Un poco más tarde, en noviembre, invitado a una recepción en su honor por los oficiales de Fort Bliss muy cercano, responderá: "He resuelto no salir jamás de territorio mexicano mientras esté ocupado por las tropas de invasión". Sin embargo, Maximiliano, engañado por la información, piensa que ya no hay obstáculos: ahora el régimen imperial puede ser reconocido por todos como único gobierno legítimo. Le dirige un manifiesto a la nación. En primer lugar, se le rinde homenaje "al valor y a la constancia de don Benito Juárez", homenaje conforme con la naturaleza caballeresca de Maximiliano, pero también habilidad política, según cree, capaz de atraerle las simpatías de los que defendían la causa juarista. Hoy, esa causa está perdida. El gobierno, largo tiempo indulgente, multiplicó los actos de clemencia. Obtuvo así la adhesión "de los hombres honorables que se han agrupado en torno de su bandera y han aceptado los principios justos y liberales que guían su acción". Ya el desorden es mantenido por "jefes extraviados cuyas pasiones nada tienen de patriótico y por una soldadesca desenfrenada, triste y último vestigio de las guerras civiles". De ahora en adelante, la lucha se lleva a cabo entre las personas honorables y los bandoleros. "Pasó el tiempo de la indulgencia: serviría ya al despotismo de las bandas, a los que incendian las aldeas, a los que roban y asesinan a pacíficos ciudadanos, viejos desdichados y mujeres sin defensa. El gobierno, fuerte con su poder, será en adelante inflexible en el castigo..."

El 3 de octubre apareció un decreto según el cual todo individuo tomado con las armas en la mano o convencido de pertenecer a una banda armada, sería conducido ante una corte marcial y fusilado, sin ninguna especie de apelación o de gracia posible, en veinticuatro horas. Los que fuesen presos combatiendo, serían juzgados en el acto por el jefe de la tropa y ejecutados. Al mismo tiempo se les concedía amnistía completa a los que se sometiesen antes del 1 de diciembre. Todo

* Hoy Ciudad Juárez.

el ministerio refrendó este texto que, en el clima mexicano no tiene nada de extraordinario.

¿De quién emana el decreto? "Su Majestad se ha decidido al fin, por mis consejos, a dar una prueba de firmeza que ha causado muy buen efecto entre los conservadores", escribe Bazaine. No se le contó, ni sobre la forma ni sobre los artículos. El día 2 de octubre fue llamado a palacio y Maximiliano le leyó el texto y luego le rogó que asegurara su ejecución. Se limita a hacer notar una laguna: no se ha establecido la responsabilidad del propietario que dé asilo a las bandas, lo que contribuye a mantener la guerra. En su informe del 13 de octubre se muestra muy satisfecho porque "en adelante será el gobierno mexicano el que tendrá la responsabilidad de las medidas de represión, esas medidas de las que durante largo tiempo se nos ha dejado el lado odioso".

Les dirige a los oficiales una circular confidencial concerniente a la aplicación del decreto. Sus instrucciones son severas. Y tanto más cuanto que ha llegado a su conocimiento el ataque al ferrocarril entre México y Veracruz. Una banda se apoderó de un teniente del cuerpo de ingenieros, de una guardia de artillería y de siete hombres desarmados, a quienes se encontró al día siguiente horriblemente mutilados. Ordena: nada de prisioneros, puesto que los bandidos están fuera de la ley. Ante las atrocidades cometidas, es preciso "que nuestros soldados sepan muy bien que no deben rendirse a semejantes adversarios. Es una guerra a muerte, es una guerra sin cuartel que se emprende entre la barbarie y la civilización. Por ambos lados, es preciso matar o dejarse matar".

Muy pronto, Maximiliano, siempre incapaz de atenerse a una decisión tomada, atenúa el rigor del decreto. El coronel imperialista Méndez, después de capturar a trescientos hombres y a dos generales, Arteaga y Salazar, hace fusilar a estos últimos en el mismo lugar donde, cuatro meses antes, ellos mismos hicieron fusilar a un subprefecto y a un viejo oficial. El asunto, explotado por los juaristas, tiene una cierta resonancia. Romero informa de ello a los Estados Unidos de Norteamérica. Se propaga la carta de adiós de Salazar a su madre: "No llores; el crimen de tu hijo es haber defendido la causa sagrada de la independencia de su patria..." El general norteamericano Clay Crawfort, que manda en Texas, protesta contra la violación de los usos de la guerra por las tropas del "presunto emperador". "Dejar asesinar a los soldados de una república hermana con la cual mantenemos relaciones diplomáticas, y esto, a la vista y al lado de un ejército de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Estados Unidos, sería un mentís a todos los principios caros a los ciudadanos norteamericanos". Finalmente, doscientos belgas prisioneros de los juaristas, bien tratados, según dicen, le piden a Maximiliano en términos violentos que se castigue "el acto bárbaro de Méndez" y le dirigen una petición al parlamento belga: quieren volver a su patria, y no quieren servirle a un imperio en donde se permite llevar a cabo semejantes actos.

Asustado, Maximiliano decide que ya no se ejecutará ninguna sentencia dictada contra "personas honorables" sin pedirle su parecer. Ante los ojos de la opinión, se desautoriza a sí mismo, y el decreto es una medida torpe que se añade a tantas otras.

* * *

Sin embargo, Carlota piensa con aprensión el momento "en que los franceses ya no estén allí". Este momento se aproxima rápidamente. Desde el 27 de noviembre de 1865 el general L'Hériller vuelve de Europa y da a entender lo que sucede allá. En Bruselas, el señor Rogier, ministro de Asuntos extranjeros, se mostró opuesto a un nuevo envío de soldados belgas. Puso "mil objeciones". Las Cámaras serían hostiles a esa medida. Por otra parte, ¿quién pagaría esos gastos? En París "encontró dondequiera la idea bien determinada de no aumentar el cuerpo expedicionario". Una pequeña satisfacción: los contingentes que remplazarán a los que ya hayan cumplido su tiempo, sobrepasarán la cifra de estos últimos en dos mil hombres aproximadamente. Y se negociará con el Virrey de Egipto un reclutamiento de mil soldados negros que serán muy útiles en tierras cálidas. El ministro de Guerra, Randon, considera "con terror" la ocupación prolongada de México por los franceses. "¿Cómo saldremos de ello y en qué culminarán todos los sacrificios en hombres y en dinero que durante largo tiempo continúe haciendo Francia?"

¿Y el emperador Napoleón? Interrogó al general durante más de media hora. "Debo por la verdad declararle a Vuestra Majestad que el emperador me ha parecido muy preocupado respecto de la duración de nuestra ocupación y de los enormes sacrificios que trae consigo". En él como en Randon, "la idea dominante es la pronta reorganización del ejército mexicano, ejército sin el cual la solidez del trono del emperador Maximiliano y en consecuencia la pacificación de México le parece gravemente comprometida".

El rey de los belgas y el emperador de los franceses están de acuerdo en este punto: es preciso "forzosamente" que el emperador Maximiliano despliegue un gran rigor en la represión del bandolerismo. Ha pasado el tiempo de la clemencia.

Es claro que Napoleón intenta sobre todo retirar sus soldados. Ya el 14 de septiembre se lo previno a Maximiliano, aconsejándole que organizara un ejército con elementos austriacos: "Hecho esto, podría retirarse la máxima parte de nuestras tropas, lo que privaría a los norteamericanos del pretexto de sus reclamaciones. Esto volvería la guerra de México menos impopular en Francia. Finalmente, esto le daría a su gobierno una apariencia de estabilidad que contribuiría a afirmar la confianza en el porvenir". Le explica a Bazaine en cuatro cartas, del 29 de noviembre de 1865 al 16 de febrero de 1866, que el mariscal deberá poner todo su cuidado en organizar el ejército mexicano. Es preciso que Maximiliano entienda que Francia no puede permanecer indefinidamente en México, donde él no hace nada por sanear la situación. "Que entienda bien que será mucho más fácil abandonar un gobierno que nada ha hecho para poder vivir, que sostenerlo a pesar de él mismo..." La legión extranjera será elevada a quince mil hombres, pagados por Francia, hasta la evacuación completa. Las aduanas serán entregadas a las autoridades francesas; los bienes no vendidos del clero le serán entregados; la lista civil será reducida. Además, Napoleón considera la creación de un sistema federativo. Todo este programa debe ser puesto en pie rápidamente en un año o dieciocho meses. El emperador de los franceses quisiera dejar tras él en México algo duradero, y a Maximiliano "todas las oportunidades de mantenerse con sus propias fuerzas y de la legión extranjera". Si éste "no tiene la energía requerida para permanecer después de la partida de nuestras tropas", será preciso convocar una junta que proceda en corto plazo a la elección de un presidente de la República.

El 15 de enero, Napoleón le escribe personalmente a Maximiliano. Debiendo enfrentarse a los problemas que le plantea la cuestión mexicana, debió fijar definitivamente un término a la ocupación francesa. Y este término debe estar "lo más cercano posible", habiéndole sido impuesta esta medida "por la fuerza de las cosas". Ordena que sea llevada esta carta por el barón Saillard, encargado de informarle al emperador de México que debe prepararse para defenderse a sí mismo.

Maximiliano se encuentra en Cuernavaca en el momento de la llegada del representante de Napoleón III. Saboreando las delicias de este "valle encantado", lleno de pájaros, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

flores, de perfumes, donde puede hundirse en "dulces ensueños", casi no se preocupa, según parece, de las amenazas y de las recomendaciones que le llegan del otro lado del Atlántico. Le escribe a uno de sus amigos húngaros que ha "escogido muy bien su parte" y que no querría "por nada del mundo" renunciar a su situación actual para volver a la de antaño. "Lucho contra dificultades y obstáculos, pero me gusta la lucha y la vida en México, bien vale la pena de luchar. En este continente se cosecha según el trabajo. Una cosa que, a lo menos, no he conocido en Europa: el reconocimiento..." ¿Inconsciencia, ceguera o deseo de engañarse? Y pinta de él mismo un retrato, en aquel mes de febrero de 1866, que sorprendería mucho a los que lo rodean. "Vuestro archiduque más fuerte y más robusto que antaño... trabajando diez y doce horas diarias, preside el consejo de ministros, el consejo de Estado, la organización del ejército, las sesiones del clero... galopando en un caballo fogoso... y mi querida mitad, fresca y alegre..." ¡Y esto mientras que se halla agotado por la disentería, mientras que Carlota es presa de negra melancolía!

El mensaje de Napoleón III lo sorprende desagradablemente, y el mensajero es muy mal recibido. Maximiliano le concede dos breves conversaciones e incluso no lo presenta a la emperatriz. Herido, le responde a Napoleón con cierta altivez donde se trasluce una ironía despectiva: "Vuestra majestad se cree forzado por repentina presión a no poder observar los solemnes tratados que firmó conmigo hace dos años y me da parte de ello con una franqueza que no puede sino honrarlo... Os propongo, pues, con cordialidad igual a la vuestra, retirar inmediatamente vuestras tropas del continente americano. Por mi parte, guiado por el honor, intentaré arreglármelas con mis compatriotas de una manera leal y digna de un Habsburgo, y pongo mi alma y mi vida al servicio de la independencia de mi nueva patria". Lo que se sobrentiende es claro; Maximiliano puede pasarse sin el apoyo francés y así quedará asegurada la independencia total de México.

Sin embargo, está menos tranquilo de lo que parece. Envió a su confidente Eloin para que llevara su respuesta, encargándolo también de darle a conocer al emperador sus quejas contra Bazaine. En el momento de su audiencia, Eloin comprueba que Napoleón, "visiblemente molesto", intenta excusar a Maximiliano y excusarse a sí mismo. "Se ve que está irritado, dice. No le guardo rencor. Comprendo el efecto que debió producirle la lectura de mi carta..." Pero, añade, si no se puede "hacer todo lo que se quisiera, puede uno entenderse". Se trata

por el momento de calmar a la opinión, a las Cámaras y a los Estados Unidos. Podrían tomarse ciertas medidas a propósito del ejército. Pero sobre todo critica los métodos gubernamentales de Maximiliano. Eloin quiere defender a su señor. ¿No es "racional" elaborar los decretos en su conjunto a fin de tener bases sólidas, antes de entrar en el camino de las realizaciones prácticas? ¿La cuestión financiera? Sí; se ha perdido tiempo con los predecesores del señor Langlais. ¿Pero de quién es la culpa? Y si el ejército todavía no está en pie, ¿quién es el culpable? Eloin, en suma, acusa a los franceses y a Bazaine. Napoleón no pronuncia una sola palabra. Frunce las cejas y despide al belga sin darle la mano.

Tampoco tendrá éxito Eloin en Bruselas donde el nuevo rey, Leopoldo II, rehúsa verlo, porque no quiere arriesgarse a desagradar a la opinión y a las Cámaras, resueltamente hostiles a la empresa mexicana.

Maximiliano, sin embargo, se obstina en no ver la realidad. Se imagina que le sirve mal su embajador en París, Hidalgo, que no tuvo razón de hablar francamente: "No es preciso hacerse ilusiones, Sire, los amigos y enemigos de Napoleón desean todos el retorno del ejército francés". Para remplazarlo envía al general Almonte "antiguo y fiel amigo, todo lo que hay de óptimo en México". En esta ocasión, Maximiliano no se engaña: Almonte es la lealtad personificada. ¿Pero qué podrá hacer contra la voluntad bien determinada de Napoleón III que tiene tras de él a los ministros y a la opinión unánimes. El comandante Loysel, antiguo jefe de gabinete de Maximiliano, irá él también a pedir hombres y dinero. Obtendrá algunas concesiones relativas a la legión extranjera.

La situación se agrava. El tesoro mexicano está vacío. Langlais murió antes de haber podido llevar a cabo su programa financiero. Y la cuenta abierta a México por Francia "está y permanece cerrada", declara Fould el 16 de febrero. El 15 de marzo, el gobierno francés envía una advertencia severa: no habrá adelantos si México no pone de nuevo todos los despachos de las aduanas en manos de los agentes franceses que pondrán en la caja el producto para el gobierno mexicano; si no envía al tesoro francés cincuenta millones de francos en títulos de los empréstitos mexicanos; si no rembolsa algunos gastos de transporte y de requisiciones independientes del mantenimiento de las tropas.

Pero la incuria del gobierno y la apatía del emperador dejan que se estanquen las cosas. El informe establecido por el sucesor de Langlais, señor de Maintenant, no ha sido incluso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presentado a los ministros. Sin embargo, Maximiliano entiende finalmente que el tesoro público no puede ya subvenir a las necesidades de los servicios públicos —no está asegurada ya la soldada de las tropas, no está pagado el forraje de los caballos—, y se decide reunir una conferencia. Se reúne el 1 de mayo y él la preside. Están presentes los ministros de Finanzas, de Asuntos Extranjeros, de Guerra, el mariscal Bazaine, el señor Dano y el señor de Maintenant. Maximiliano resume la situación: "La bancarrota del tesoro o la esperanza de salvarlo". Se impone la necesidad de que Francia los ayude, porque si no es así la obra de la intervención estará comprometida. Por lo demás, éste es el deseo de Napoleón, afirma.

Finalmente, después de la discusión, Bazaine consiente en adelantar una suma de quinientos mil pesos fuertes por mes, hasta el momento en que el gobierno francés tome una decisión respecto de este asunto. Con este gesto, eligió ayudar al imperio mexicano. Tiene poder para actuar de esta manera: Napoleón lo ha dejado en libertad de consolidar o de abandonar a Maximiliano. Pero ésta es una medida provisional.

El 20 de mayo reciben a Almonte en las Tullerías. Le comunica al emperador los deseos de Maximiliano: prolongación de la ocupación francesa y ayuda financiera. La nota que envía el día 23 al ministro de Asuntos Extranjeros, suscita una respuesta que no se hace esperar. Respuesta neta e incluso brutal bajo la cortesía de las formas diplomáticas. Se admiran "de la persistencia de las ilusiones que presidieron la concepción de ese proyecto". Es imposible discutir las proposiciones traídas por el general Almonte. Francia cumplió los compromisos contraídos; México, no. Está, pues, autorizada a denunciar el convenio de Miramar. Tampoco ayuda militar o financiera. A menos que un nuevo convenio le entregue la mitad del producto de las aduanas para cubrir las deudas del pasado y las cargas del presente. En este caso, el mariscal Bazaine fijará, de acuerdo con el emperador Maximiliano, las medidas de evacuación de sus tropas en las condiciones más favorables para el mantenimiento del orden. Si no, el gobierno francés, considerándose liberado de todo compromiso, ordenará la repatriación del ejército teniendo en cuenta sus conveniencias militares y técnicas.

Para Maximiliano, es un golpe de maza. Se ve cara a cara ante la realidad: este rechazo le hace comprender la hostilidad de París. Y sin París, ¿qué hacer? No puede ocultar "su desaliento, su abatimiento", nota Blasió, el secretario. Su voluntad es más y más "vacilante".

Sin embargo, de lejos Eloin, que sin embargo debería saber a qué atenerse, reanima sus ilusiones. Existe la convicción, dice, "de que con una decena de miles de hombres consagrados, el imperio puede sostenerse definitivamente y, Dios mediante, ganar de nuevo pacíficamente todo el territorio". Cuando el emperador se encuentre solo, cuando los últimos soldados franceses se hayan retirado, ¿por qué no contar con los sentimientos de gratitud de los mexicanos? Libres de una ocupación que les pesa, descubriendo al fin el valor y la abnegación del príncipe que tanto sacrificó por ellos, "lo aclamarán de nuevo".

Maximiliano no pide más que escuchar este lenguaje, él, que, un mes más tarde, declararía tener un plan de campaña "para pacificar al país de manera pronta y definitiva". Lo que los franceses "no han podido o no han querido hacer", él lo intentará, él, con valor y persistencia, deplorando el tiempo precioso que se ha perdido tan inútilmente por causa de la inercia de Bazaine.

La ceguera del servidor es igual a la inconsciencia del amo.

* * *

¿Es irrevocable la decisión de Napoleón III? ¿Renunciará definitivamente a lo que Rohuer llamaba ayer "el gran pensamiento del reino"? Sí, porque ha perdido sus ilusiones. En primer lugar, las que tenía en Maximiliano. Se engañó acerca del carácter y las capacidades del archiduque que, en unos cuantos meses, ha acumulado las pruebas de su falta de energía, de su ausencia de espíritu político. Como le confió a sir Charles Wyke, "se colocó en una situación desagradable" y quiere salir de una situación difícil, tanto más cuanto que los acontecimientos lo obligan a ello.

En Francia la irritación crece de día en día. Ahora bien, si el emperador pudo él solo tomar la decisión de intervenir en México, no puede quedarse allí sin la aprobación del Cuerpo Legislativo. La oposición se expresa con violencia. "Habéis comprometido las finanzas de Francia, habéis hecho de la sangre de Francia un uso que deberá pesar sobre vuestras conciencias", exclama Jules Favre. Pero tan grande, aunque menos vehemente, es la resistencia de parte de la mayoría. Entre las dos hay una diferencia de tono y de intención. Cuando Berryer dice: "es pura locura querer fundar el equilibrio de nuestro presupuesto en la esperanza de rentas mexicanas", recoge numerosas señales de asentimiento y exclamaciones de "¡muy bien!", que parten del centro.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la prensa, son raros los periódicos que se atreven a excusar la expedición. "Falta menor", dice J. J. Weiss. Pero Forcade, en la *Revue des Deux mondes,* pregunta hasta cuándo persistirá "ese gigantesco atolondramiento". Allí están los moderados. Prévost-Paradol conduce la ofensiva en los *Débats* y la *Revue germanique*. "La única ventaja de la expedición, dice, es que forja la unión nacional. Ha sido condenada por juicio unánime". Desde 1863 ha denunciado las mentiras de la propaganda oficial, y puesto en guardia contra las reacciones americanas. El polemista bromea cuando Rouher declara: "Francia no retrocede jamás". "Como si el honor consistiera en jamás retirar el pie de un bache". Para él, "es preciso partir, y lo más pronto posible... Esta empresa nos conduce a un peligro considerable que ningún interés serio nos obligaba a desafiar..."

Le hacen eco Saint-Marc-Girardin, de los *Débats;* Ed. Schérer, del *Temps* y A. Peyrat del *Avenir National*. En el público, la baja de los fondos mexicanos —el empréstito emitido a trescientos cuarenta francos cae por debajo de tres centavos— inquieta a los tenedores, pequeños y grandes. En los campos, tan apegados sin embargo al emperador, esta guerra que se prolonga, esta guerra que no se comprende, de la que se perciben ecos aterradores a través de las cartas de los soldados del contingente, crea malestar.

Napoleón que "siente" muy bien la opinión, percibe este descontento. El 22 de enero de 1866, en la apertura de las Cámaras, habla claramente: "Así como expresaba el año pasado la esperanza de ello, nuestra expedición toca a su fin. Estoy en comunicación con el emperador Maximiliano para fijar la época del llamado de nuestras tropas". Esto es lo que debe calmar a la opinión.

Si el país es hostil a la aventura mexicana, los que rodean a Napoleón no lo son menos. Los ministros no lo ocultan. Randon juzga peligrosa esta expedición que no le ofrece ninguna ventaja a Francia; Drouyn de Lhuys teme a los Estados Unidos de Norteamérica y a las complicaciones europeas inminentes a las que Francia deberá hacer frente comprometida en el asunto de México. Se incuba el conflicto entre Austria y Prusia; Francia debería tener libres las manos el día en que estalle. Fould defiende las finanzas, muy molesto para explicar el déficit de cincuenta millones y se opone a todo nuevo gasto. Finalmente La Valette, ministro del Interior, reclama desde hace un año el llamado de las tropas. "Es mi deber decir que es indispensable".

"El corrillo de la emperatriz" se alineó al lado de los ministros. También Eugenia ha comprendido su error. Hidalgo no le merece ningún crédito. Ya no se le recibe, y sus cartas no llegan hasta el emperador cuando logran llegar a la antecámara de la emperatriz.

Napoleón, aunque quisiera, no puede resistir más la corriente antimexicana. Por otra parte, ve muchas cartas que provienen de distinguidos oficiales, incluso eminentes, cartas contradictorias, llenas de críticas, que testimonian la turbación del ejército y también la impotencia de Maximiliano. Es preciso terminar ese asunto con México.

* * *

Y tanto más aprisa cuanto que la situación en Europa es alarmante. El rey de Prusia, Guillermo I, quiere no sólo un ejército nacional, sino "una nación militar", y ha construido un arma eficaz que hizo sus pruebas en la reciente guerra de los ducados. Y Bismarck, que inauguró una política de fuerza, prepara al presente el conflicto con Austria que debe "ceder el lugar", dice brutalmente, es decir, ceder a Prusia la dominación de Alemania. Napoleón III no ignora lo que sucede. Todos los estadistas europeos están atentos a este conflicto inminente.

En estas condiciones, es preciso mostrarse prudente respecto de los Estados Unidos. Éstos ya han expresado en muchas ocasiones su descontento por la intervención francesa, y su negativa de aceptar el imperio de Maximiliano. Negativa dictada por intereses egoístas que hallan ventaja en la anarquía mexicana y en las concesiones arrancadas a Juárez a cambio de apoyo diplomático, intereses que se disimulan tras la adhesión, altamente proclamada, a una doctrina.

Con la victoria del Norte, la actitud de Washington se endurece. Seward reclama de manera más insistente el retiro de las tropas francesas. Drouyn de Lhuys trata de mantener su posición: México será evacuado desde el momento en que el establecimiento del orden esté asegurado. Si el gobierno de los Estados Unidos muestra "tolerancia" hacia el de Maximiliano, esta evacuación será apresurada. Pero Seward, redondamente, rehúsa toda tolerancia hacia "el poder que se apropió la forma imperial en la ciudad de México". Le envía a Bigelow, representante norteamericano en París, un despacho donde declara categóricamente imposible el reconocimiento de un go-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bierno monárquico en México. A instigación del presidente Johnson, se toman dos medidas: el general Logan, conocido por su hostilidad a la intervención francesa y por su adhesión apasionada a la doctrina de Monroe, es enviado como representante oficial de Washington cerca de Juárez. Por otra parte, el general Schofield irá a París para agravar la nerviosidad del gobierno francés. Todo esto señala una nueva era, observa Montholon, ministro de Francia en Washington. Seward, dice, alimenta una política de presión sobre París. Es verdad. A principios de diciembre, Seward, desayunando con los miembros de la comisión de Asuntos Extranjeros, del Congreso, declara: 'Podéis adoptar todas las resoluciones que queráis. Estoy preparado para todo". Lo que significa: Francia cederá. Al presente, ya está seguro de ello.

Drouyn de Lhuys le ha confiado a Bigelow que Napoleón hablaría acerca de México en la apertura del Cuerpo Legislativo "y que lo que diría, satisfaría a los Estados Unidos". En efecto, el emperador pronuncia palabras tranquilizadoras. Hace votos sinceros por la prosperidad de la gran república americana y por el mantenimiento de relaciones amistosas "pronto seculares" entre Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. La emoción causada por la presencia de nuestro ejército en el suelo mexicano, se calmará ante "la franqueza de nuestras declaraciones. El pueblo norteamericano comprenderá que nuestra expedición, a la cual lo convidamos, no era opuesta a sus intereses..."

Las notas, sin embargo, continúan sucediéndose, más y más apremiantes de parte de los Estados Unidos. En febrero, Drouyn de Lhuys le da a Montholon las fechas precisas para la evacuación: noviembre de 1866, abril de 1867, noviembre de 1867. Fechas que se insertan en el *Moniteur*.

Paralelamente a la acción diplomática, Washington provee a Juárez de refuerzos de toda índole. En noviembre de 1865 se abre un empréstito mexicano en las grandes ciudades norteamericanas. Hombres. víveres y municiones de guerra les son proporcionadas a las tropas juaristas por el ejército norteamericano del general Weitzell que manda en el Río Grande. Los cañoneros son norteamericanos y a los heridos se les atiende en el hospital de Brownsville. Esta ciudad es el cuartel general de los juaristas. Incluso se verá a oficiales y soldados norteamericanos en uniforme, tomar parte en un sangriento golpe de mano contra la ciudad mexicana de Bagdad.

El 31 de enero de 1866, Napoleón le escribe a Bazaine: "Las circunstancias, más fuertes que mi voluntad, me obligan

a evacuar México..." Las circunstancias, sí: el empuje de la opinión pública, el rechazo de las Cámaras, la crisis europea, la "jactancia" de los Estados Unidos, como dice Bazaine. Pero también, y probablemente sobre todo, el comportamiento de Maximiliano. No se puede, declara Napoleón, sostener a un gobierno a pesar de él mismo.

El general Jeaningros piensa lo mismo: "Toda la potencia de Francia no puede mantener la corona en la cabeza del emperador Maximiliano. Incluso si ella pudiese conservarle la cabeza sobre hombros", añade.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

CARLOTA INTERVIENE

Después de la nota del 31 de mayo que ha puesto fin brutalmente a sus esperanzas, Maximiliano se ve al borde del abismo. Le faltará el apoyo del ejército francés: mide repentinamente el valor de ese apoyo. A dondequiera que se vuelva, nada puede reconfortarlo, nada que pueda alentarlo. Las cajas del Estado están vacías y cesa el socorro francés. Langlais ha muerto; así pues, nada de esperanzas de restauración de las finanzas. Por el lado de Roma, ha sido decepcionado. Envió allá en misión especial a su confidente, el padre Fischer, aquel jesuita intrigante que ha tomado sobre él mucho ascendiente, personaje dudoso de costumbres disolutas que supo hacerle creer que tendría éxito en conducir bien las negociaciones. Mala elección: el jesuita envía noticias detalladas a propósito de los escándalos romanos, pero no obtiene nada del Papa ni de la Curia. Tampoco obtiene nada, por lo demás, Velázquez de León, jefe de la misión encargada de las gestiones oficiales. Descontento, Maximiliano acusa a la duplicidad eclesiástica y da una orden formal: que Velázquez de León le pida a la Curia una respuesta neta: ¿quiere, sí o no, un concordato? Este método no puede tener éxito en Roma y el diplomático se guarda mucho de emplearlo.

Por el lado de los Estados Unidos de Norteamérica, la misma decepción. Maximiliano ha intentado por todos los medios hacerse aceptar. Envió al señor Arroyo a Washington a fin de que le pidiese audiencia al presidente y defender ante él la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causa del imperio. Arroyo no fue recibido. En julio de 1865 el emperador intentó un nuevo esfuerzo. Uno de sus chambelanes, Degollado, hijo de un general republicano, vivió en los Estados Unidos en donde se casó con una joven norteamericana. Ésta, bonita, amable, ambiciosa, cree posible llevar al gobierno de los Estados Unidos a reconocer al nuevo régimen mexicano. Se decide que los Degollado irán a prepara el terreno de una manera semioficial. Llevan una carta personal del emperador de México al presidente de los Estados Unidos, y el señor Montholon, ministro de Francia, los apoya. Un fracaso más.

Por otra parte, la malevolencia norteamericana se manifiesta en toda ocasión. En el momento en que un contingente de soldados austriacos iba a embarcarse en Trieste, el ministro norteamericano en Viena había recibido orden de Seward de pedir sus pasaportes si el envío levaba ancla. Y, al mismo tiempo, el mismo Seward le declaraba a Romero que toda intervención de una potencia europea en los asuntos mexicanos sería considerada como un *casus belli*. Lo que le vedaba a Maximiliano toda ayuda exterior.

Otros gestos sintomáticos: en primavera, la señora Juárez fue festejada en los Estados Unidos de Norteamérica. El presidente Johnson dio una recepción en su honor y el general Grant un baile. Fue huésped de honor en el banquete ofrecido por Seward, banquete al que asistió el ministro de Francia.

En el interior, todo va de mal en peor. El norte del país está en plena revuelta, los caminos como el de México a Veracruz, seguros hasta ese momento, están invadidos de saqueadores, y dondequiera ganan terreno de nuevo los juaristas.

En dondequiera, pues, el fracaso, la derrota, el aislamiento. Y Maximiliano acusa a todo el mundo. Se le ha engañado. Vino como "gallina ciega". No ha habido jamás monarquía en México, sino virreyes de España que reinaron por el terror explotando al país. No hay tampoco mayoría católica, sino solamente un clero corrompido y ovejas ignorantes. Así como tampoco hay partido conservador sólido. Ha sido engañado por Francia y exhala su rencor en sus cartas a Gutiérrez. "El mariscal francés trabajó noche y día en mil intrigas, órdenes y contraórdenes para tornar imposible una buena y definitiva organización de nuestras bravas tropas... A la política francesa siempre le ha gustado que México sea débil en dos puntos esenciales para un país: el ejército y las finanzas".

* * *

¿Qué hará Maximiliano? Unos, como el francés Burnouf, ven en las circunstancias actuales una ocasión favorable para un golpe de Estado capaz de enderezar de nuevo la situación. "Hace falta una mano de hierro, y que vos sobre todo, Sire, le hagáis violencia a vuestro carácter y a ese amor de perdonar que os domina. Soy yo, Sire, un republicano demócrata, quien vengo a deciros con la mano en mi conciencia: Sed dictador como César o, mejor, como Napoleón I. Únicamente a este precio se logrará la salvación del imperio y de la nación mexicana..." Consejos que denotan una ignorancia completa del carácter de Maximiliano.

Un verdadero amigo del emperador, el capitán Léonce Detroyat, subsecretario de Estado en la Marina, ve las cosas muy de otra manera y con ojos más lúcidos. Según él, el velo ha caído; la política de Napoleón, dudosa desde hacía algún tiempo, se dibuja netamente ahora. Y es ineluctable la caída del imperio mexicano. Ya no es necesario soñar en las promesas de Miramar, ni creer en la amistad de un hermano soberano. ¿La lucha, la resistencia? Inútiles e incluso peligrosas. Que se dirija el emperador a los mexicanos, que les diga sencillamente por qué vino, sostenido por las promesas de Napoleón. No ha podido llevar a cabo la obra que había soñado, salvar al país de la anarquía. Puesto que el emperador de los franceses retira su apoyo, él, Maximiliano, no tiene otra cosa que hacer sino volverse a casa. "Sire, he hablado con todo mi corazón", concluye Detroyat.

Opina lo mismo el capitán Pierron, jefe del gabinete militar. Convencido de que el emperador no puede ya mantenerse sino mediante expedientes, juzga que vale más una abdicación que no parecerá impuesta por la fuerza.

Maximiliano comprende la sabiduría de estos consejos. Sin duda será penoso volver a una familia hostil, aceptar que se ha fracasado en toda la línea. ¿Y cuál será su situación en Austria? ¿Se le devolverá únicamente Miramar? Pero, ¿qué hacer? Sí; la abdicación es la única salida posible. Pero, entonces, interviene Carlota.

* * *

Desde hacía muchos meses no tomaba casi parte en la política, confinándose en las obras de beneficencia y de educa-

ción. Las infidelidades de Maximiliano, la muerte de su padre, la adopción del joven Iturbide, la han herido en lo más hondo de ella misma. Pero la idea de una abdicación la hace salir de su silencio. ¡Abdicar! Su naturaleza enérgica se rehúsa a ello. Para ella, que siempre tuvo una alta idea de los deberes y responsabilidades de un soberano, esto sería una cobardía. Apela al sentido del honor de Maximiliano, segura de hacer vibrar en él la cuerda sensible.

Frente a una situación angustiosa, propone un plan de acción. Es locura esperar en México las resoluciones del gobierno francés. Tratar con el comandante en jefe es peligroso; no se puede confiar en él. Intercambiar notas al través del océano, entraña dilaciones sin dar resultados. Queda un solo partido: ir a París, ver a Napoleón, exponerle la verdad que se le oculta. "Es imposible que nos abandone, que falte a su palabra". También verá al Papa. Obtendrá lo que se les ha negado a los otros, intermediarios insuficientes, hombres, dinero, apoyo de la Iglesia, lo que permitirá superar la crisis. Frente a frente del emperador francés, podrá darle explicaciones, formular las quejas contra Bazaine. ¿No dice Maximiliano que fuera de él, ella es la única que conoce "todos los rodeos y los secretos de su política?"

Maximiliano acepta la partida de Carlota, que será en Europa "su embajadora más segura y la más sagaz", como le escribe a su madre la archiduquesa Sofía. Durante este tiempo él viajará por el país. Puesto que Europa, temblorosa ante América, lo abandonó, redoblará la actividad para salvar a su nueva patria. La emperatriz no irá, le cueste lo que le cueste, ni a Viena ni a Bruselas, que han tenido una penosa actitud respecto de sus parientes en México.

Una vez decididas las cosas, el emperador, presa de las dudas, vuelve a poner todo a discusión. Vuelve a la idea de la abdicación. ¿Es razonable el proyecto de Carlota? Y sobre todo, ¿será coronado por el éxito? Maximiliano vacila indeciso, inclinándose ya de un lado, ya de otro. Pero Carlota, resuelta a partir, se encierra y redacta una memoria que le remite a su esposo. Acumuló argumentos, tomados de su propia familia: Carlos X y Luis Felipe "se perdieron" al abdicar. Abdicar, afirma ella, es pronunciar su propia condena, otorgarse un certificado de incapacidad; esto no es admisible sino de parte de ancianos o de débiles de espíritu; no es el acto de un príncipe de treinta y cuatro años, lleno de vida, con el porvenir ante él. Para ella, que se acuerda de ser la nieta de Luis XIV, "la soberanía es la propiedad más sagrada que pueda

haber en el mundo. No se abandona un trono como se sale de una asamblea escoltado por un cuerpo de policía... En la hora en que se hace uno cargo de los destinos de una nación, se hace esto con todos sus riesgos y peligros, y no os pertenece jamás el abandonarlo". Sólo puede abdicarse en ciertos casos: por ejemplo, si se cae en manos del enemigo, a fin de quitarles todo carácter legal a los actos que se le obliguen a uno a ejecutar. Pero en tanto que hay un emperador, hay un imperio, incluso si éste no mide más que seis pies de tierra. ¿La falta de dinero? ¿De crédito? Puede uno procurárselos luchando. "Lo esencial es vivir y no desesperar de sí mismo".

Carlota se levanta violentamente contra los consejos de Detroyat: "Decir que se tornó imposible una cosa que se ha emprendido y que se ha tenido por posible, he aquí lo que nadie creerá. Añadir que uno se retira porque se creía fundar la felicidad de una nación y que se ha dado cuenta de lo contrario, es infligirse un mentís cortante: es además una mentira si uno es la única tabla de salvación para esa nación".

En conclusión, el imperio es el único medio de salvar a México, y todo debe ser puesto en obra para salvarlo, "porque se ha comprometido uno a ello por juramento y ninguna imposibilidad os desliga de la palabra jurada". Finalmente, Carlota usa el argumento más capaz de convencer a Maximiliano: "No se abandona su puesto ante el enemigo. ¿Por qué abandonar una corona?... No se dice como en el casino que saltó la banca o, como en el teatro, que ha terminado la comedia y que se apagarán las luces. Todo esto no es digno de un príncipe de la casa de Habsburgo..."

Esta defensa apasionada trae consigo la decisión de Maximiliano. No objeta que su situación no es en nada comparable a la de Carlos X o a la de Luis Felipe. Experimentaba una voluntad más fuerte que la suya. Carlota irá, pues, "a llevar sus palabras más allá de los mares". Se dirigirá a París y Roma, las dos capitales de donde depende, en gran medida, la suerte de México.

Anota lo que le pedirá a Napoleón, o más bien, a exigir de él, porque en fin, piensa ella, no hace sino reclamar lo que se le debe. ¿Acaso el emperador de los franceses no se ha comprometido a pagar, hasta el año de 1867, veinte mil hombres de tropas mixtas? ¿Y los quinientos mil pesos fuertes mensuales recientemente acordados? Pedirá también que el ejército francés no sea llamado sino en bloque, y no antes de que el ejército nacional esté organizado. Finalmente, la partida de Bazaine, el nombramiento de Douay como coman-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dante en jefe y el remplazo del general Castagny por el general Brincourt.

Y lleva también un largo memorándum en el que Maximiliano enumera todas las acusaciones, todas las quejas contra Bazaine, verdadera requisitoria contra el mariscal, pero también contra el ejército francés y la administración francesa. Los fondos provenientes de dos empréstitos han sido disipados. ¿De quién es la culpa? Del comandante en jefe del ejército franco-mexicano que, "por su inacción de un año ha terminado por dejar que los disidentes se convirtieran en dueños de más de la mitad del país". Maximiliano olvida que ha pagado deudas personales, que ha vivido con una lista civil importante, que les ha pagado a funcionarios inútiles de papel puramente decorativo, sin contar las soldadas de las tropas belgas y austriacas. Le reprocha a Bazaine su "inacción". ¿Ignora, pués, la movilidad de los regimientos franceses ("mil ochocientas leguas en las suelas de los zapatos de nuestros soldados", como dice el general de Courcy) que, con efectivos modestos, han asegurado el orden en las dos terceras partes del país, orden que hubiera podido mantenerse si el gobierno imperial y sus agentes hubiesen sabido sacar provecho de sus victorias? Le reprocha, además, haberse quejado de los funcionarios mexicanos, cuando que él conoce mejor que nadie la incuria, la incapacidad, la dehonestidad de muchos de ellos. Le reprocha, finalmente, "no haber apresurado la organización de un ejército nacional, siendo el comandante en jefe el encargado de formarlo y estando investido de todos los poderes necesarios..." Pura mala fe, porque, ocho meses después de haber nombrado a Bazaine presidente de una comisión encargada de reorganizar el ejército, él, Maximiliano, disolvió esta comisión y relevó al mariscal de sus funciones.

Requisitoria injusta que se apoya en afirmaciones con frecuencia falsas, y que no tiene en cuenta los errores cometidos por el gobierno mexicano y por el emperador mismo. Y torpe, por añadidura. Maximiliano no ignora que Bazaine, en muchos casos, ha hecho ejecutar las órdenes dadas por Napoleón.

Carlota partirá, pues, provista de estos documentos y plenamente segura de los "derechos" de México. Y Maximiliano, tranquilizado de nuevo, espera mucho de su misión. Le escribe a su hermano Carlos Luis: "Carlota, con su indudable tacto, precisará en qué medida podemos todavía contar con la ayuda de la Europa vieja y podrida. Si el viejo continente nos abandona completamente por miedo a América del Norte como

ya lo ha hecho Austria, sabremos a lo menos claramente que deberemos ayudarnos a nosotros mismos".

* * *

En esta carta a Carlos Luis, Maximiliano asegura: "El viaje de Carlota es el sacrificio más duro que he hecho por mi patria". Y le confía a su madre: "Cuánto me ha costado separarme de ella, me es imposible decirlo. Saber que mi compañera, la estrella de mi vida, está tan lejos, esto es muy duro... Estos meses durante los cuales nos separará el océano, serán para mí la más dura prueba de mi vida. Pero es preciso saber hacer grandes sacrificios por un gran objetivo..."

Desde hace algunos meses, desde la noticia de la muerte de Leopoldo I, pérdida tan cruel para Carlota, Maximiliano la rodea de atenciones. Ambos dan la impresión de recién casados. ¿Ha perdonado Carlota? ¿Ha olvidado los sufrimientos que le han causado las infidelidades de su marido? ¿Han vuelto a tener relaciones conyugales interrumpidas casi por completo desde hacía tanto tiempo? Las señoras del Barrio y Pacheco murmuran que muy bien podría nacer un heredero. ¿No llevó Maximiliano a Carlota, tan deprimida por su duelo después del extenuante viaje a Yucatán, a la casita exigua cerca de Orizaba donde vivieron en la intimidad? Al regreso, Carlota parecía calmada, menos tensa, menos crispada.

La crisis política, cualquiera que sea, la aproximó a Maximiliano. Tomó de nuevo su lugar al lado de él a la hora del peligro. Más que nadie, ella sabe hasta qué punto es débil. Y mucho más en este momento en que lo agota la disentería. Ella, que no quiere renunciar a la corona, debe erguirse contra quienes dan consejos de abandono. Ciertamente, mide las dificultades de la situación, pero rehúsa creerlas insuperables. Antes de darse por vencido, hay que luchar con todas las fuerzas por conservar ese trono al que ella se aferra a pesar de las decepciones, a pesar de las pruebas. ¿Cómo aceptaría volver a Europa, humillada, vencida, ella, tan orgullosa, tan enérgica? Y además, ¿no ha llegado la hora de desempeñar ese papel político al que ella ha aspirado siempre? ¿De tomar los asuntos en sus manos? ¿De poner en pie al imperio? Y luego, si en lo más secreto de ella misma tiene alguna razón para creer que puede dar a luz un heredero, después de haber desesperado durante tanto tiempo de ser madre, ¿no es por ese niño por quien luchará, por ese niño que nacerá hijo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de emperador y convertirse en emperador él mismo si ella logra obtener los socorros capaces, cree ella, de salvar al régimen imperial?

Algunos, sin embargo, pretenden que la emperatriz aprovechó la ocasión para huir, para alejarse, a fin de estar ausente cuando dé a luz la hija del jardinero de Cuernavaca. La idea de ese nacimiento la obsesiona, agrava su estado de melancolía. Quiere escaparse, como un animal acosado.

* * *

El 6 de julio se canta un *Te Deum* en la catedral de México en honor del aniversario del emperador. Éste, enfermo, está ausente. Carlota asiste, sola, en gran atavío de gala. Permanece arrodillada durante largo tiempo con la cabeza entre las manos, durante más largo tiempo de lo que es de uso en una ceremonia oficial. Y todo el mundo lo nota.

Cuando las autoridades vienen a saludarla, ella responde simplemente: "Señores, me es agradable recibir vuestros votos en nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mía no tienen otro objetivo que vuestra felicidad". Ninguna palabra acerca de su partida.

Regresa inmediatamente a Chapultepec. Aquí ni banquete ni iluminaciones. Ningún signo de regocijo. Pero hay en el palacio una pesada atmósfera de angustia, una emoción difusa. Corre un rumor: la emperatriz partirá para Europa. Una de sus damas, de las más fieles, de las más íntimas, la señora Pacheco, solicita la autorización de abrazar a la emperatriz una vez terminado su servicio. Carlota la autoriza. Se observa que parece triste, menos altiva que de ordinario. La señora Pacheco estalla en lágrimas.

—¿Qué os sucede? —pregunta Carlota.

—¡Ah, Señora, me pregunto si no es la última vez que acompañamos a Vuestra Majestad!

A estas palabras, las otras damas estallan en sollozos. Con gran esfuerzo, según parece, la emperatriz se contiene. Abraza a todas las que la rodean, y luego entra rápidamente en su recámara. Pero todas vieron que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Al día siguiente, el *Diario Oficial* inserta una nota: la emperatriz se va a Europa "para tratar intereses de México y arreglar diversos asuntos internacionales. Esta misión, aceptada por nuestra soberana con verdadero patriotismo, es la mayor prueba de abnegación que puede darle el emperador a su nueva patria, tanto más cuanto que la emperatriz afrontará el peligro del *vómito negro* en la costa de Veracruz, peligrosa durante la estación de lluvias".

Y el 9 de julio, a las cuatro de la mañana, sale Carlota de la capital con Maximiliano que la acompaja hasta Ayotla, a veinte millas de la capital. Lleva la emperatriz consigo a algunos fieles que han dado pruebas de su adhesión: la señora Neri del Barrio, hija de Gutiérrez de Estrada, y su marido el chambelán, uno de los notables que en Miramar le ofrecieron la corona a Maximiliano; el conde Suárez del Valle, también él miembro de la delegación de Miramar, conservador probado; el ministro de Asuntos Extranjeros, Martín del Castillo; el conde de Bombelles, jefe de la guardia palatina, amigo de infancia del emperador; Jacob Kuacsevich, archivista y tesorero de Maximiliano, y su mujer, completamente consagrada a la emperatriz; el doctor Bohuslavek, médico personal de Carlota.

Por la tarde hacen alto en una hacienda en el camino de Puebla. Recibe a la emperatriz el cardenal-arzobispo. Se organizan fiestas en su honor, corrida de toros, banquete, fuegos de artificio. Parece alegre, llena de seguridad, absolutamente nada preocupada. Y llena de confianza en su misión. Habla de los proyectos por venir: el emperador se conciliará con don Benito Juárez; ya fueron elaboradas algunas reformas que se aplicarán el día en que Maximiliano sea el único amo y que ya no dependa del mariscal.

En la noche se produce un incidente. A media noche, poco después de haberse retirado a su recámara, la emperatriz llama a su doncella y da una orden. Que se prepare una carroza. Quiere ir a ver al señor Esteva, prefecto de la ciudad, a quien conoció durante su precedente viaje. Tratan de hacerla razonar. ¿Una visita a esa hora? Por otra parte, el señor Esteva ya no está aquí; está en Veracruz. Pero ella no quiere oir nada y es preciso ceder. La casa de Esteva está cerrada. Carlota hace que despierten al guardián. Entra, atraviesa las piezas vacías; en el comedor evoca el recuerdo de un banquete al cual asistió algunos meses antes. Luego vuelve a su casa, sin pronunciar palabra. Pero los que la rodean se admiran, asustados. ¿Cómo explicar esta extravagancia de la emperatriz?

El día 11 parte para Orizaba, y el 12 para Córdoba y Paso del Macho. Penoso viaje. La lluvia cae a torrentes y las veredas que sirven de caminos se tornan intransitables. "No tenéis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una idea de lo que son nuestros grandes caminos —le escribe Carlota a una de sus damas de honor—. El coche de mis gentileshombres se volcó dos veces y mi cochero asegura que gracias a la Virgen, al mío no le sucedió lo mismo..."

En los parajes acechan los guerrilleros. Éstos atacan el cortejo imperial a los gritos de: "¡Adiós, mamá Carlota!" Esta frase se ha convertido en el estribillo de los juaristas que se divierten en convertir en irrisión la esterilidad de Carlota. En estos últimos tiempos había resonado en sus oídos y no se sabía de dónde venía. Ella se siente exasperada por esta frase.

Carlota quiere continuar su camino a todo precio, a pie, a caballo. Responde a las objeciones con tono irritado porque se imagina que quieren retenerla, que quieren impedir que llegue a tiempo para tomar el paquebote que deberá llevarla a Europa. Finalmente, a la una de la mañana llega a Paso del Macho. Allí puede tomar el ferrocarril francés hasta Veracruz a donde llega a las dos de la tarde del viernes 13 de julio.

La reciben fríamente en esta ciudad que la aclamó tanto algunos meses antes cuando regresaba de Yucatán. Ahora la población permanece silenciosa, convencida de que la emperatriz va a buscar su seguridad más allá del océano, y que, sin tardanza, la seguirá el emperador. Ya no conocen a esos extranjeros.

El comandante Cloué conduce a Carlota al bote que la llevará a bordo del *Emperatriz Eugenia*. El trasatlántico francés espera desde hace muchas horas. De pronto, retrocede Carlota, con el rostro endurecido y la mirada fija. Rehúsa embarcar y hace que la conduzcan a casa del prefecto marítimo, general Tomás Marín. Que quite el pabellón francés de la chalupa y que lo haga remplazar por el pabellón mexicano. Si no, no pondrá el pie en esa embarcación. El prefecto, estupefacto por esta petición, trata de explicar que es imposible... Pero choca contra la oposición inquebrantable de Carlota. Entonces se resigna a darle parte del deseo de Su Majestad al comandante Cloué, que atiende el capricho de la emperatriz. Está pálido, molesto. Cloué, descontento, vacila. Finalmente ambos comprenden que más vale ceder, sin discutir, a lo que creen que es capricho de mujer, y evitar así una escena desagradable. Tanto más que la sirena del paquebote aúlla su impaciencia.

Los colores mexicanos remplazan, pues, a los colores franceses y el comandante vuelve de nuevo a buscar a Carlota, la cual lo sigue ahora sin dificultad. Le da las gracias por

su amabilidad y le anuncia que, dentro de tres meses, estará de regreso. Tan pronto como se halla a bordo, el *Emperatriz Eugenia* levanta el ancla. Son las seis de la tarde.

Carlota, con el aire sombrío, se encierra en su camarote. Pronto es presa del mareo, a pesar de que raramente padece de él. Aunque es cierto que el tiempo es malo. Serán muy duras las cuatro semanas de la travesía. El extremado calor en los camarotes, la trepidación de las máquinas y el movimiento de la hélice, le impiden dormir a la emperatriz. Sus compañeros de viaje la encuentran irritable, encerrada en sí misma, malhumorada.

Finalmente, el 8 de agosto, el *Emperatriz Eugenia* entra en el puerto de Saint-Nazaire.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

LA DERROTA DE CARLOTA

Desde el momento en que el paquebote se halla en el puerto, suben a bordo el general Almonte y su esposa, y asimismo, Mora, embajador de México en París, para saludar a la emperatriz. Por ellos tiene noticia del aplastamiento de Austria por Prusia en Sadowa, y experimenta por ello viva emoción. ¡Mal presagio, ese desastre de Austria! Su tarea, ya tan difícil, ¿no lo será más todavía? "Vengo a París, dice, a reclamar la ejecución del tratado de Miramar. Le traigo al emperador la corona de Maximiliano para que la asegure". Pero en la confusión de Europa, ¿cuánto pesará el destino de México?

En los muelles de Saint-Nazaire nada anuncia una recepción oficial. Ni prefecto, ni subprefecto. No hay banderas. Sin embargo, llega el alcalde de la aldea, ceñido con su banda y rodeado de su consejo. Todos un poco faltos de aliento porque nadie contaba con la llegada de la emperatriz de México. Había corrido ese rumor, pero el *Moniteur* lo había desmentido. Y de pronto se había propagado el rumor: la emperatriz iba a desembarcar. Se había buscado apresuradamente con qué empavesar. Pero nadie tenía una bandera mexicana. Uno de los habitantes recientemente llegado de Perú prestó un pabellón peruano que se desplegaría desde el momento en que la soberana pusiese pie en tierra.

El alcalde, un poco molesto, pronunció un pequeño discurso de bienvenida, cordial pero poco protocolario. Le propuso a la emperatriz que fuese a comer y a descansar con su séquito a uno de los dos hoteles que recientemente se habían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

construido y provistos de confort. Carlota se mostró más sensible a la falta de miramientos de las autoridades que a la bonhomía del magistrado municipal. Le dio brevemente las gracias a éste, pero sobre todo dice que se siente admirada por la ausencia del prefecto. ¿Cómo es eso de que no esté aquí para recibirla? "La tropa no nos ha presentado armas. ¿La corte de México recorrerá, pues, vuestra ciudad sin escolta? Os ordeno hacer que se nos conduzca de inmediato a la estación del ferrocarril. Quiero entrevistarme mañana mismo con el emperador".

Finalmente, encuentran un coche de alquiler que la conduce al hotel, y la corte se dirige a él a pie. Antes de subir al coche, dicta un telegrama a la dirección de Napoleón, que le entrega al alcalde con órdenes de remitirlo. "Llegué hoy a Saint-Nazaire, encargada por el emperador de informarle a Vuestra Majestad de diferentes asuntos que conciernen a México. Os ruego ofrecer mis saludos a la emperatriz y creer en el placer que tendré de ver de nuevo a Vuestras Majestades".

Al mismo tiempo envía otros dos telegramas, uno a su suegra, a Viena; el otro a su hermano, a Bruselas, anunciándoles que no podrá visitarlos por causa de la actitud tomada por sus gobiernos.

No obstante, los habitantes de Saint-Nazaire, agrupados a su paso, la aclaman cuando se dirige a la estación para tomar el tren de Nantes. Allí, en el muelle, la espera el prefecto de Loira Inferior que le entrega la respuesta telegrafiada de Napoleón. "Recibo en este momento en telegrama de V. M. He venido enfermo a Vichy y estoy obligado a guardar cama; no puedo acudir ante Vos. Si como supongo, V. M. va primero a Bélgica, me dará tiempo para aliviarme". Evidentemente. Napoleón quiere ganar tiempo, y no tienen ninguna gana de ver a la emperatriz de México. Ésta sabe leer entre líneas y comprende muy bien la maniobra. Furiosa, responde con un nuevo telegrama en donde anuncia su llegada inminente a París.

Pasa la noche en el hotel de Francia y al día siguiente por la mañana, toma de nuevo el tren. Los prefectos de los departamentos que atraviesa vienen a saludarla a su compartimiento, lo que la hace esperar un recibimiento oficial en París. Durante todo el viaje rumia con frecuencia su amargura sobre la falta de atenciones de que se le ha hecho objeto en el momento de su llegada. Luego, recae en el silencio. Permanece inmóvil, pero la tristeza de su rostro traiciona su emoción interior. La ven a veces cerrar los ojos, cambiar de color, palidecer, enrojecer.

En la estación de Montparnasse, a donde llega a las cuatro de la tarde, ningún representante del emperador, ningún servicio de orden, ninguna alfombra roja. Únicamente algunos mexicanos la esperan, prevenidos por Almonte: Gutiérrez y sus hijos; Durán, embajador de México en Londres; y Salvador Iturbide, primo del pequeño Agustín, joven de liceo, de figura expresiva, de aire resuelto. Es cruel la decepción de Carlota. Su dama de honor, la marquesa del Barrio, dirá más tarde que jamás olvidará la mirada desesperada de la emperatriz en aquellos momentos. Temblorosa, toma el brazo de Mora. "Prestadme vuestro coche para ir a un hotel, porque estoy fatigada", dice, y corre una lágrima por sus mejillas pálidas. Entonces, Mora le dice que apartó un departamento en el Grand Hôtel.

Hundida en un rincón del coche, permanece muda. Apenas llega, se presentan el general de Waubert de Genlis y el conde de Cossé-Brissac, gran chambelán. Se disculpan. Encargados por el emperador de recibir a la emperatriz, fueron, por error, a la estación de Orleáns. Que Su Majestad tenga a bien indicarles el día en que podrá recibir a la emperatriz Eugenia. Al día siguiente, propone Carlota. El general plantea una cuestión torpe. ¿Cuánto tiempo permanecerá Su Majestad en París? La emperatriz responde de manera muy vaga no teniendo en Europa "ni intereses de familia u otros que no estén ligados a otros intereses", piensa permanecer aquí.

Una vez que parten, ávida de soledad, se arroja en su lecho, pide té frío y agua de Colonia, y luego cierra su puerta. Que no entren en su habitación antes de mañana por la mañana. "Jamás he visto a S. M. en parecido estado desde la muerte de su padre, dice su doncella. Parece un cadáver, está fría como el hielo, pero no quiere que la cuiden".

Al día siguiente, la señora del Barrio la halla agotada. La afrenta recibida ayer la obsesiona y no cerró los ojos en toda la noche. Tiene una manera extraña de mirar al vacío, observa la dama de honor, inquieta. Sin embargo, Carlota se recobra. Habiendo sabido por su chambelán, el conde del Valle, que el conde de Bossé-Brissac vino a anunciar la visita de la emperatriz de los franceses para hoy a las dos de la tarde, pide que venga el general Frossard, el cual fue uno de los primeros en inscribirse en la lista de visitantes. Carlota se acuerda que participó en las discusiones de Miramar y desea conversar con él.

Viene, y ella le expone la situación actual de México. Si Francia lo abandona, este país estará destinado a la ruina, dice. Y le entrega al general la memoria donde Maximiliano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formuló sus acusaciones contra Bazaine y respondió a los reproches franceses. Si no pudo respetar todas las cláusulas del tratado de Miramar, es que Bazaine, por su manera de actuar, se lo impidió. El culpable es Bazaine, y él, Maximiliano, la víctima.

Frossard promete poner este documento en manos de Napoleón III.

* * *

A las dos, Eugenia llega al Grand Hôtel acompañada de la princesa d'Essling, gran dama de su casa, de las señoras De Montebello y Carette, damas de honor, del general De Waubert de Genlis y del conde De Cossé-Brissac. Al pie de la escalera se halla el séquito de Carlota. Ésta está arriba, teniendo a su lado a Castillo para afirmar su papel oficial de miembro del gobierno mexicano. Carlota desciende algunos escalones y las dos soberanas se abrazan. La emperatriz de los franceses se muestra un poco incómoda. Vino para ganar tiempo, para tratar de evitarle a Napoleón una entrevista que teme. Una vez a solas con la emperatriz de México en el salón a donde ésta la ha conducido, orienta la conversación hacia temas mundanos. Pero Carlota, febril, aborda lo que más le interesa: la situación en México. Le recuerda a Eugenia sus amistades mexicanas. Eugenia está conmovida y Carlota tiene la impresión de que, si no llora, las lágrimas sin embargo, "le fluyen del corazón". Pero la francesa trata de desviar la conversación. Se informa de la salud de Maximilaino, se interesa en la vida mundana. Recientemente, dice, la condesa Zichy le habló de las fiestas de la corte, de una danza nacional, "el jarabe". Obstinadamente, Carlota vuelve a las cuestiones políticas. No está terminada la obra de Francia en México, y Francia se debe a sí misma llevar a buen fin su grandiosa tarea. Eugenia, visiblemente, se guarda de responder. Carlota no obtendrá nada de ella. Entonces pregunta cuándo podrá devolver la visita que S. M. ha tenido a bien hacerle. Pasado mañana, propone Eugenia. "¿Podré ver al emperador?" Carlota planteó finalmente la cuestión.

Turbada, Eugenia vacila. "Luis está enfermo todavía", responde. Pero Carlota teme que Napoleón salga de París antes de que ella pueda encontrarse con él. Se le había dicho al emperador que debería ir al campo de Châlons. Ella insiste: ¿No podrá ir mañana a Saint-Cloud? Y luego, con un tono

donde aflora la amenaza, declara: "Cuento ciertamente con ver al emperador; de lo contrario, irrumpiré".

Estas palabras, tanto como la expresión de Carlota, tensa, excitada, impresionan a Eugenia. Acepta: que venga mañana la emperatriz, dice. Bien hubiera querido evitarle a Napoleón esta visita que presiente dramática. Sabe que Benedetti, ministro francés en Prusia, acaba de llegar a París con noticias inquietantes. Bismarck, que ha terminado con Austria, le responde con arrogancia a Francia que ya no tiene por qué tener miramientos. Si el gobierno francés no renuncia a sus exigencias, es decir, la cesión de la orilla izquierda del Rin en compensación de los agrandamientos de Prusia, habrá guerra, y esto no lo ha ocultado Bismarck. Reinan la inquietud y la nerviosidad en Saint-Cloud. Y la visita de Carlota hará aumentar la una y la otra. Lo sabe Eugenia. ¿Pero, qué hacer? Carlota es capaz de poner en ejecución su amenaza. Más vale prevenir el escándalo que produciría este estallido.

Después de recibir a la emperatriz de los franceses, Carlota recibe al barón Beyens, embajador de Bélgica en Francia. El diplomático se queda sorprendido del cambio físico de la emperatriz. Ese "rostro adelgazado, surcado de profundas huellas, esos rasgos acentuados", revelan punzantes preocupaciones. Se siente sorprendido también "de la impaciencia febril" con que Carlota espera la entrevista con Napoleón. Aún espera ella convencerlo. Y Beyens "no trata de disipar sus ilusiones".

El mismo día le escribe Carlota a Maximiliano para comunicarle sus impresiones después de su conversación con Eugenia: "Yo sé más sobre China que estas personas acerca de México, donde asumieron una de las más grandes empresas donde la bandera francesa se haya jamás comprometido". La emperatriz ya no es la misma, añade, ha perdido mucho de su juventud y de su energía. Es que "el trono de Francia hace envejecer pronto a los que lo ocupan".

Luego hace llamar a Castillo, con el cual revisa la memoria acerca de los asuntos mexicanos. Cuenta con discutirla punto por punto con Napoleón, cerca del cual se presentará como embajadora de Maximiliano que la encargó de "arreglar las cuestiones más vitales".

* * *

Para dirigirse a Saint-Cloud, se pone un vestido de seda negra, muy elegante, pero todavía ajado con los pliegues de la caja donde estuvo guardado durante la travesía y de donde

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se lo sacó apresuradamente. Y un sombrero blanco, a la última moda, que la señora del Barrio fue a buscar en la misma mañana a casa de una gran modista del *foubourg* Saint-Honoré, un sombrero que no le queda absolutamente. Sin embargo, conserva su porte "noble", su porte de emperatriz.

Así aparece ante los numerosos papanatas que se han reunido frente al hotel para "saludarla cortésmente" en el momento en que va a subir a una de las dos carrozas de corte, enganchadas a la Daumont, enviadas por el emperador. Ante esta joven de veintiséis años cuya expresión "revela grandes pesares y profundas inquietudes", como lo observó ayer madame Carette, ante esta joven de porte majestuoso, la multitud, conmovida, aplaude. Y las aclamaciones se repetirán durante todo el recorrido. Carlota se sorprende de este homenaje popular, pero está demasiado nerviosa para disfrutarlo.

Está agitada, unas veces pálida, otras encendida, aprieta convulsivamente el brazo de la señora Almonte sentada a su lado, arrugando su mantilla de encaje. No obstante, logra recobrar la calma, y al llegar a Saint-Cloud, viendo que la bandera mexicana flota sobre el castillo, saluda con gesto gracioso.

Al pie de la escalera está reunida la corte para recibir a la emperatriz de México, y rinde honores una sección de la guardia imperial. El pequeño príncipe, que tiene diez años, avanza hasta la carroza. Lleva al cuello el collar de la Águila Mexicana. Gentilmente le ofrece el brazo a Carlota para ayudarla a subir hasta el primer piso. Sobre los escalones, forman valla los cien guardias. Arriba espera Eugenia, la cual, inmediatamente, hace entrar a la visitante en el despacho de Napoleón en donde se encierran los tres. Y Carlota aborda el asunto crucial: "Sire, he venido para conversar con vos de un asunto que os pertenece".

Napoleón, visiblemente, está agotado, completamente destrozado, piensa Carlota. Le produce la impresión "de un hombre que se siente perdido, que no sabe qué hacer ni cómo actuar". Y no está desempeñando una comedia. No; "su actitud es natural y no contiene ni fingimiento ni disimulo". Le entrega la carta de Maximiliano y los documentos que trajo consigo. Él, con la mirada apagada, escucha a esta mujer tan joven cuya belleza parece marchita, y la cual, con vehemencia, fruncidas las cejas, le recuerda sus promesas, acusa a Bazaine, reclama dinero y soldados, lo conjura para que salve a México. Turbado, Napoleón no sabe qué decir. Carlota lo ve "llorar durante un momento". Luego, él se recupera. "No puede hacer nada", dice.

Carlota no se contenta con esta respuesta. ¿Cómo podría una nación tan poderosa como Francia, que goza de crédito ilimitado, que dispone de enormes capitales, tan poderosa con su ejército tantas veces victorioso, cómo podría renunciar a salvar sus intereses en México? ¿Y sustraerse a sus compromisos?

Habla desde hace una hora y media cuando, repentinamente, entra un criado que trae vasos y bebidas. En el vecino salón, las señoras de Las Marismas y Carette se esfuerzan en divertir a las damas mexicanas, "muy recelosas". Para abreviar "los momentos de la larga espera", les ofrecen a sus huéspedes refrescos porque el calor es aplastante. A esta hora, observa la señora del Barrio, la emperatriz tiene la costumbre de beber una naranjada. Creyendo obrar bien, madame Carette hace que lleven una bandeja con bebidas a Sus Majestades.

Sorprendida, Eugenia parece un poco molesta. Sin embargo, le ofrece un vaso de naranjada a Carlota, la cual lo rechaza. Ante la insistencia de la emperatriz, se deja al fin covencer, pero con alguna repugnancia, según parece. ¿Está descontenta por haber sido interrumpida en su alegato? Después de este incidente, retoma el hilo de su argumentación. Puesto que el emperador se atrincheraba detrás de sus ministros, ella los vería y sabría llevarlos a sus designios. Napoleón le promete examinar de nuevo la cuestión antes de darle una respuesta definitiva. Carlota se lleva este vislumbre de esperanza. Pero le es forzoso confesarse a sí misma que no ha obtenido nada de Napoleón...

Al salir del despacho del emperador, tiene los ojos rojos y el color más animado, nota el general Castelnau que está de servicio en el castillo ese día. Rehúsa la colación que le propone Eugenia. No; que traigan los caballos. Mientras tanto, recorre los salones, febril, enervada. Se deja caer en la carroza como una masa sobre los cojines, extenuada, rota de emoción y de fatiga. Se la ve al borde de las lágrimas.

Pero ella "cumplió conscientemente su deber", y cree que la situación "ha mejorado".

*
* *

Al día siguiente, Carlota tiene una conversación con Drouyn de Lhuys. Muy cortés, el ministro de Asuntos Extranjeros la escucha con mucha atención, y cree ella haberlo convencido. Ignora que si él no ha puesto ninguna objeción, es que al día siguiente pondrá su renuncia porque no está de acuerdo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con Napoleón acerca de la actitud que debe tomarse respecto de Prusia.

Aquiles Fould, ministro de Finanzas, es insensible a las perspectivas doradas que evoca la Emperatriz. Ésta hace valer las riquezas inmensas de México. Pero Fould sabe a qué atenerse respecto de ello. Le escribió a Napoleón: "Maximiliano se apoyó en los liberales que lo traicionaron, de suerte que se encuentra ahora colocado entre los dos partidos, sin apoyo, y no podrá sostenerse durante mucho tiempo... un socorro provisional de dinero no permitiría tampoco vencer las innumerables dificultades..." Según él, Maximiliano no tiene más salida que la abdicación. Le aconsejó al emperador que le quitara toda esperanza a Carlota. Así, todo lo que pudiera decirle ésta, no podría conmoverlo. Se zafa con una galantería: "Que Vuestra Majestad me permita retirarme porque terminaría por hacerme olvidar que, como ministro de Finanzas, no debo compartir su manera de ver respecto de la oportunidad de prolongar la expedición".

Si el mariscal Randon, ministro de Guerra, escucha a Carlota con simpatía, sin contradecirla, no lo hará sin embargo cambiar de opinión. ¿Cómo los ministros franceses, conscientes de sus responsabilidades, podrían acceder a sus demandas, cuando deploran los sacrificios ya hechos en vano? Pero todos experimentan piedad y admiración por esta joven tan valerosa. Parece "iluminada" y "cumple su misión tan ingrata con un talento cuya virilidad deslumbra a la corte y a los ministros", escribe Eloin a Maximiliano. Pero ve claramente cuando añade: "Sufren a pesar de ellos mismos la influencia de sus argumentos, y al terminar sus conversaciones con ella le dejan una esperanza que no están dispuestos a realizar..."

Los diplomáticos opinan lo mismo. Metternich, que conoce a maravilla los entretelones de la política francesa, pone en guardia a la emperatriz. "Me sentiré contento por ella si obtiene solamente un soldado, un *heller,* e incluso solamente un mes de retraso en la evacuación", le escribió algunas semanas antes a su ministro. Beyens no se siente mas optimista. "Es más que dudoso que obtenga cualquier cosa que sea, incluso una prolongación de un mes". Él también está al corriente de la situación. "El emperador está impaciente por desembarazarse de este asunto... Es completamente inverosímil que quiera modificar por nada del mundo sus resoluciones..." En cuanto a Bigelow, representante de los Estados Unidos de Norteamérica, declara muy en alto que no se preocupa ni durante un solo momento por este viaje, porque

el emperador no osaría faltar a su palabra. Desde la llegada de Carlota, envió a su secretario de legación al ministerio de Asuntos Extranjeros. "¿Es verdad que la política imperial debe sufrir algún cambio?" Drouyn de Lhuys lo tranquilizó: "Nuestros proyectos no han sufrido ni sufrirán ninguna desviación. Naturalmente, recibimos con cortesía y cordialidad a la emperatriz, pero el plan fijado por el gobierno del emperador, será ejecutado como se ha dicho".

En la corte están convencidos de que la emperatriz de México chocará contra una negativa. Mérimée, que ve claro juzga que esta "mujer inteligente y voluntariosa" que ha venido para pedir dinero y tropas, no obtendrá nada. Añade: "No me sorprendería si Maximiliano abdicase dentro de algunos meses. Después vendrá la república, o más bien, la anarquía, seguida a poco, según creo, por la *Lynch Law* de los yanquis y, finalmente, por la colonización anglosajona".

* * *

El 13 de agosto, Carlota vuelve a Saint-Cloud, sola con el ministro Castillo, ya no en visita oficial, sino para una discusión de negocios con Eugenia y los ministros. Pero antes, ve al emperador durante unos momentos. Le trajo a Napoleón extractos de sus cartas "para abochornarlo" y le pone ante los ojos las promesas hechas los días 18 y 28 de marzo de 1864. "...Podéis estar seguros de que no os faltará jamás mi apoyo... en el cumplimiento de vuestra tarea...". Promesas escritas por su propia mano. El emperador está muy conmovido. "Lloraba más la segunda vez que la precedente", le contará ella a Maximiliano.

La escena es penosa y la emperatriz se lleva consigo a Carlota fuera del gabinete del emperador. La lleva a su departamento particular para la conferencia con Fould y Randon. Inmediatamente se abordan los grandes problemas. La joven soberana expone la cuestión financiera. Sí, las finanzas mexicanas están arruinadas. ¿Causas? Falta de organización como consecuencia de la insuficiencia de los primeros peritos franceses, y luego por la muerte de Langlais. Pero también la guerra civil que desorganizó la administración, que hizo pasar a manos de los disidentes muchas oficinas de las aduanas, lo que ha exigido un costoso aparato militar. En cuanto a los empréstitos, ella trae cifras: de los quinientos dieciséis millones de francos nominales, el gobierno mexicano no recibió sino ciento veintiséis millones para hacerles frente a los ciento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cincuenta millones de gastos del ejército. ¿Qué sucedió con la diferencia?

Eugenia y Randon enmudecen. Fould trata de defenderse y de dar explicaciones, y luego contraataca. El descrédito de México es tal, que ha sido necesario distribuir millones entre los bancos y la prensa. Y hubiera sido preciso destinar todo el dinero a los gastos de la guerra, reservando para tiempos mejores "la fundación de academias y de teatros". Habla de engaños y de ingratitud.

Muy excitada, Carlota estalla en reproches. El ministro francés le ha procurado fondos a México, sin duda, pero en condiciones tales que deberían infaliblemente llevar al joven imperio a la bancarrota. Se ha usado una gran parte de ese dinero para rembolsar los gastos de la expedición. Gastos excesivos. Acusa a Bazaine, a sus gastos personales, a sus operaciones demasiado costosas, al contrabando que se lleva a cabo al amparo del ejército y que priva de recursos al tesoro mexicano. Maximiliano la ha comprometido a servirse "de los documentos terribles" que ha traído y no dejará de hacerlo. "Para ocultar esas faltas o esas torpezas, se ataca al emperador, se le aplasta. Ha sido, dicen, versátil, incapaz, le falta resolución. ¿Pero, cómo hubiese podido restablecer las finanzas cuando el país, surcado por las guerrillas, está reducido a la más extrema miseria?" El ejército francés, demasiado poco numeroso, y el ejército indígena, siempre presto para la defección, no le permitían mostrarse enérgico. "Si se hubiese conspirado en París la caída del imperio, no se hubiese actuado de otra manera. Desde el principio se le impuso un tratado inicuo. No darle a Maximiliano el dinero necesario, es condenarlo a la impotencia, es condenarlo al déficit perpetuo, es decir, a la agonía".

En el paroxismo de la exasperación, Carlota no guarda la menor consideración. Fould replica impugnando las cifras y acusando a los que rodean al emperador Maximiliano. Eugenia, con los nervios tensos hasta el extremo, se pone a sollozar. Randon interviene. ¿Si pasaran a la cuestión militar?

Nuevamente Carlota critica a Bazaine que no ha hecho nada para organizar el ejército mexicano. El emperador debió tomar las cosas en sus manos: el ejército estará formado por veinte mil hombres "doce batallones de infantería, seis regimientos de caballería y una legión extranjera de quince mil hombres reclutados entre los franceses, belgas y austriacos; además, ocho batallones de cazadores de México, indígenas y franceses. O sea por todo cuarenta y tres mil hombres. Pero por falta de los recursos indispensables, este

esfuerzo será inútil, porque actualmente la situación militar es desesperada. El imperio ya no es más que el camino de Veracruz a San Luis Potosí, pasando por la capital. Así están las cosas por culpa de Bazaine, quien, después de un año, dejó a las tropas en la inacción. Actualmente ha empezado a efectuar la concentración con miras al retiro, y el enemigo ocupa todos los lugares a medida que son abandonados por los franceses.

Carlota litiga con más pasión que habilidad. Este cuadro tan sombrío hace reforzar en el espíritu de los ministros la idea de que es necesario terminar con México. Cuando a la mañana siguiente el consejo se reúne bajo la presidencia de Eugenia, Fould y Randon, apoyados por Drouyn de Lhuys, se pronuncian contra las medidas reclamadas por Carlota; las órdenes ya dadas serán confirmadas. El ministro de Guerra le escribe a Bazaine "aprobándolo mucho". A pesar de todo su respeto por Carlota, impugna las cifras que ella ha mencionado. ¿Diez millones para la operación de Oaxaca? Después del examen, el gasto se ha visto reducido a novecientos mil francos. Y así todo lo demás. El gobierno mexicano ha contado demasiado con el apoyo indefinido de Francia, con su tesoro, con su ejército. El emperador Napoleón hizo todo lo que era "humanamente posible para consolidar el imperio mexicano". Éste no quiso comprender que debía "prepararse para resolver él mismo sus asuntos, para asegurar su crédito, para organizar su ejército".

Randon admira la "magnitud" de los sentimientos de la emperatriz de México, no menos que "la resolución que la hizo venir a Europa para sostener la gran causa a la que se ha consagrado". Pero "no ha sido posible cambiar nada de las decisiones recientemente tomadas y de las que empezarán a recibir un principio de ejecución". Será él quien le dará a conocer a Carlota el resultado del consejo.

A pesar de todo, ella tiene aún esperanzas. Ciertamente, está inquieta, pero no quiere admitir el fracaso. Hay todavía interés, le dice a Maximiliano, aun cuando, "en las altas regiones" son grandes la mala voluntad y la falta de valor. Y luego, Napoleón ha bajado mucho física e intelectualmente; lo sabe por Metternich. En cuanto a la emperatriz, incapaz de gobernar, "no puede oponerse a los ministros y causa más perjuicios de los servicios que presta". Pero no hay que perder el valor. "Aún no jugamos todas las cartas con el emperador Napoleón. He estado dos veces con él. En la última ocasión le llevé los extractos de sus promesas para que los rumie en su soledad..." Parece que quiere de nuevo intentar en-

ternecer a Napoleón. Como lo dirá a Rohuer, no trata con el gobierno francés, sino con el emperador solamente. "No recibo respuestas sino del propio emperador, al cual le dirigí las peticiones".

Busca apoyos en todos lados. Ve a Germiny, presidente de la comisión financiera franco-mexicana, que consiente en pagar los sueldos que se les deben a los diplomáticos mexicanos. Obliga a Castillo a declararse enfermo para evitar toda comunicación que, pasando por él, tomaría un carácter oficial. Discute con Corta, con Rouher, que han venido a verla. "Fulmina", "arranca máscaras", sin descortesía, dice ingenuamente, añadiendo al mismo tiempo que "seguramente nunca les había sucedido nada tan desagradable desde que existen". Todo esto le da la satisfacción "de haber destruido todos sus falsos raciocinios" y con ello haber alcanzado "un triunfo moral para Maximiliano". No suelta presa, decidida, al contrario, "a estudiar más todavía la situación".

* * *

A las preocupaciones de la política, se añade un disgusto de orden íntimo. Doña Alicia, madre de Agustín, está en París y solicita una conversación con la emperatriz. Ésta la recibe fríamente sin incluso invitarla a sentarse. Pero la americana, poco acostumbrada al protocolo, toma lugar en el sofá cerca de Carlota.

—Habéis cambiado mucho desde que os vi —observa ésta.

Diez meses de sufrimiento moral marcan los rasgos, responde Alicia, quien añade que S. M. tampoco es la misma que cuando llegó a México. Luego, renueva su súplica a propósito de su hijo.

—Os he hecho un gran honor concediéndoos esta audiencia —corta Carlota—. No hagáis que me arrepienta de ello. He querido daros seguridades de que vuestro hijo va bien y cada día hace progresos de inteligencia... Lo trato con la mayor dulzura y lo sostengo con mi bolsa personal.

Alicia responde que lo único que pide es sostenerlo ella misma.

—Si os lo devolvemos, os será preciso rembolsarnos el dinero que el emperador le dio a vuestra familia.

Ese dinero representa la deuda de la nación mexicana hacia Iturbide, observa Alicia y no es una liberalidad del emperador pero si éste pone eso como condición para devolver a Agustín, se le rembolsará esa suma. Se ha aconsejado con abogados competentes, añade, y su reclamación es completamente legítima porque no ha renunciado a la posesión de su hijo.

—¿Abogados extranjeros, sin duda? —objeta Carlota.

—No; mexicanos.

—¿Habéis recibido esos consejos antes de darnos a vuestro hijo?

—No; cuando volví de Puebla a la capital.

De Puebla, a donde Maximiliano la había hecho llevar. Y recuerda con cuánta doblez, con cuánta crueldad, se la expulsó de la capital. El emperador tuvo razón en proceder de esa manera, responde la emperatriz, y Alicia no tuvo razón al dirigirse al mariscal Bazaine más bien que al emperador cuando regresó.

—Yo ignoraba el malentendido que existe entre el emperador y el mariscal.

—No hay ningún malentendido —corta Carlota—. Pero este asunto no tenía que ver nada con el mariscal. Os habéis conducido siempre de un modo hostil respecto de nosotros... No testimoniáis ninguna gratitud al emperador por haber hecho príncipes a vuestro hijo y a vuestro sobrino.

—Mi esposo y sus hermanos son hijos de un emperador legítimo, y si no usan su título de príncipes, es que no se preocupan de ello.

Entonces declara la emperatriz:

—¿Qué ventaja es para nosotros vuestro hijo? El emperador y yo somos jóvenes; podemos tener hijos nuestros.

—Así lo deseo de todo corazón —replica Alicia— si esto puede devolverme al mío.

—Pero vos tendréis otros hijos.

—No sé nada de ello. Estoy segura de éste y lo quiero.

—¿Cuánto tiempo consentís en dejárnoslo?

—Ni una hora más de lo que esté obligada.

Doña Alicia obtiene una promesa: la emperatriz le escribirá al emperador respecto de este asunto. Y un consejo:

—Escribidle vos también.

—Ya lo hice con mucha frecuencia sin recibir jamás respuesta.

—Volved a empezar y escribid cortésmente.

Y Carlota la despide.

* * *

Napoleón, obligado por la insistencia de Carlota, se decide ir a verla. El 18 de agosto le pregunta, por carta, a qué hora tendrá a bien recibirlo al día siguiente. Está nervioso, "irritable

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contra todos", se queja Eugenia, deprimida por los recientes acontecimientos; pero el emperador, según parece, está decidido a terminar con el asunto de México. Para esto, viendo que no puede sustraerse, se resigna a una intervención personal. El día 19, a las cuatro de la tarde, se presenta en el Grand Hôtel.

En primer lugar, trata Carlota de conmoverlo. También sugiere soluciones. ¿Por qué no convocar al Cuerpo Legislativo y proponerle que otorgue por grupos mensuales los noventa millones necesarios para salvar a México? ¿Rehusaría? Entonces el emperador podría disolver las Cámaras y lanzar un llamado a Francia. Seguramente lo seguirían. Por otra parte, ¿no tendría Francia necesidad de un aliado en el Nuevo Mundo, capaz de equilibrar las fuerzas, un aliado que sería un cliente de la industria francesa? Napoleón intenta responder, decir que no tiene que esperar nada. En vano. Ella lo interrumpe, esforzándose en eludir el rechazo que ya siente inminente. No obstante, logra colocar una palabra: la emperatriz no debe hacerse ninguna ilusión.

—¡Pues bien, abdicaremos! —exclama ella.

—¡Abdicad! —responde Napoleón cogiendo la oportunidad al vuelo.

Entonces, Carlota, exasperada, le arroja a la cara:

—Esta empresa le concierne todo a Vuestra Majestad y tampoco Vuestra Majestad debe hacerse ninguna ilusión sobre este punto.

Napoleón se levanta, se inclina ante ella y sale sin pronunciar palabra.

Dos días más tarde, le confirmará su decisión irrevocable. "Ni un hombre, ni un escudo más". Ella vacila bajo el golpe. Se perciben las repercusiones del choque recibido, en la carta que le escribe al día siguiente a Maximiliano. "Él (Napoleón) tiene el infierno dentro de él mismo, y yo no. Puede cometer una mala acción preparada desde hace mucho tiempo, no por cobardía, ni falta de valor ni por cualquier motivo que sea, sino porque es el principio del Mal en el mundo y quiere apartar al Bien a fin de que la humanidad no vea que su obra es mala y que la adora... Puedes estar seguro de ello: para mí, es el diablo en persona. En el momento de nuestra última entrevista, ayer, tenía una expresión que hacía que los cabellos se os pusieran de punta en la cabeza; estaba horrible, era la expresión de su alma; todo lo demás, no es sino apariencia..."

Se desborda el odio de Carlota: "Desde el principio hasta el fin, nunca te amó, porque ni ama ni puede amar; te fascinó como la serpiente; sus lágrimas eran mentirosas como sus palabras, y todos sus actos, engaño. Desde su último no, y creyéndote arruinado, se siente encantado... He visto el fondo sutil de su ser en muchas ocasiones y todavía me estremezco, porque jamás ha visto el mundo cosa igual ni la verá jamás; pero su reino toca a su fin y entonces podremos respirar de nuevo. Probablemente me encuentres exagerada, pero esto me hace pensar completamente en el Apocalípsis, y esa Babilonia le sienta bien; probablemente más de un incrédulo llegará a creer en Dios, si viese al diablo tan cerca..." ¿Son ésos recuerdos de infancia que resurgen? Leopoldo poseía copias del Apocalípsis de San Juan, de Alberto Duerro, que antaño habían impresionado mucho a la niña.

Apremia a Maximiliano: "Debes escapar lo más rápidamente posible de sus garras... librarte de la influencia directa de ese infierno... Desembarázate de los agentes de finanzas o domínalos, y que las cosas militares no tengan nada que ver con los franceses; de otra manera, estarás perdido..." Ni durante un momento piensa ella en la abdicación. "Creo que debes sostenerte tanto tiempo como sea posible, porque, una vez desaparecido el infierno, sería interés de Francia y de Europa entera crear un gran imperio en México y esto es lo que podremos hacer. La vida es repugnante y sofocante en el viejo mundo..."

Nuevamente surge el odio contra Napoleón. "...Hace propaganda en todos los países y se ríe de sus víctimas. Puede desafiársele desde el otro lado del mar... No puedes vivir en el mismo continente que él, pues te reduciría a cenizas... No podrías vivir en Europa al mismo tiempo que él, y del Cabo del Norte al Cabo Matapán, el aire está saturado de él... Mi viaje fue para él el golpe más violento que ha recibido en mucho tiempo, y dondequiera muchas personas se interesan en mí..."

Esta carta, evidentemente, indica una perturbación mental. Por otra parte, desde hacía algunos días las personas que la rodeaban notaban lo encendido de su semblante, el resplandor duro de sus ojos brillantes. Gesticula dirigiéndose a veces a algún ser invisible, y a veces dice palabras incoherentes. Su médico, Bohuslavek, empieza a temer alguna cosa más grave que un agotamiento nervioso debido a las emociones y a la falta de sueño. Sin que ella se dé cuenta, la hace tomar calmantes. Y le aconseja que repose, que pase una temporada en el castillo de Miramar.

Antes de dejar París, Carlota le escribe a su amiga, madame de Grunne, en términos completamente razonables. "Rogad por mí y por México. Dejé allá cosas perfectamente suscep-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tibles de arreglarse. Pero algunas altas voluntades de este lado del Atlántico lo han decidido de otra manera, y probablemente sufrirán el contragolpe de ellas. En cualquier caso, cumplo con mi deber, el emperador permanecerá fiel al suyo, y Dios nos protegerá o nos hará conocer su voluntad".

Fould se engañó completamente cuando creyó que la emperatriz Carlota llegaría a hacerle tomar al emperador la única decisión posible: la abdicación. Ella fracasó y lo sabe, puesto que poco después (el 4 de septiembre de 1866) le enviará un cable a Maximiliano, por medio de la línea trasatlántica recientemente puesta en servicio: "Todo es inútil", que no deja ninguna esperanza. Y, sin embargo, lejos de tener la idea de abdicar, forja planes para lo porvenir.

XIV

MAXIMILIANO CAMBIA DE RUMBO

NAPOLEÓN CUENTA con Bazaine para "desembarazar" a Francia del asunto mexicano. "Es preciso terminar con eso de una manera o de otra", le dijo. No obstante, Maximiliano cree todavía poder contar con Francia. El viaje de Carlota tiene justamente como objetivo hacer que Napoleón vuelva sobre sus decisiones. Pero si Francia concede los subsidios que implora México, es precio acercarse al ejército francés. Ahora bien, el 1 de julio, Maximiliano, pretextando su estado de salud, se rehusó a recibir al mariscal que partía para el Norte, en donde el general Mejía acababa de sufrir un grave fracaso. Piensa entonces ofrecerles a dos oficiales franceses, el general Osmont y el intendente general Friant, las carteras de Guerra y la de las Finanzas, creyendo que así forzaría la mano del gobierno francés. Por otra parte, le escribe una carta amistosa a Bazaine (mientras que Carlota lleva contra él una verdadera requisitoria), informándolo de estos nombramientos y rogándole que tenga a bien poner estos dos oficiales a su disposición.

Como Bazaine no responde, Maximiliano lo coloca frente al hecho consumado. Osmont y Friant están nombrados. El emperador Napoleón, dice, le ha escrito en muchas ocasiones que tenga cerca de sí a funcionarios cuyo concurso le sería útil, es decir, "que le serían útiles para la obra que hemos emprendido en común". No hay, pues, allí nada que no sea completamente normal.

Los dos oficiales designados, siendo al mismo tiempo ministros, permanecerán por otra parte a la cabeza de sus respec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tibles de arreglarse. Pero algunas altas voluntades de este lado del Atlántico lo han decidido de otra manera, y probablemente sufrirán el contragolpe de ellas. En cualquier caso, cumplo con mi deber, el emperador permanecerá fiel al suyo, y Dios nos protegerá o nos hará conocer su voluntad".

Fould se engañó completamente cuando creyó que la emperatriz Carlota llegaría a hacerle tomar al emperador la única decisión posible: la abdicación. Ella fracasó y lo sabe, puesto que poco después (el 4 de septiembre de 1866) le enviará un cable a Maximiliano, por medio de la línea trasatlántica recientemente puesta en servicio: "Todo es inútil", que no deja ninguna esperanza. Y, sin embargo, lejos de tener la idea de abdicar, forja planes para lo porvenir.

XIV

MAXIMILIANO CAMBIA DE RUMBO

NAPOLEÓN CUENTA con Bazaine para "desembarazar" a Francia del asunto mexicano. "Es preciso terminar con eso de una manera o de otra", le dijo. No obstante, Maximiliano cree todavía poder contar con Francia. El viaje de Carlota tiene justamente como objetivo hacer que Napoleón vuelva sobre sus decisiones. Pero si Francia concede los subsidios que implora México, es precio acercarse al ejército francés. Ahora bien, el 1 de julio, Maximiliano, pretextando su estado de salud, se rehusó a recibir al mariscal que partía para el Norte, en donde el general Mejía acababa de sufrir un grave fracaso. Piensa entonces ofrecerles a dos oficiales franceses, el general Osmont y el intendente general Friant, las carteras de Guerra y la de las Finanzas, creyendo que así forzaría la mano del gobierno francés. Por otra parte, le escribe una carta amistosa a Bazaine (mientras que Carlota lleva contra él una verdadera requisitoria), informándolo de estos nombramientos y rogándole que tenga a bien poner estos dos oficiales a su disposición.

Como Bazaine no responde, Maximiliano lo coloca frente al hecho consumado. Osmont y Friant están nombrados. El emperador Napoleón, dice, le ha escrito en muchas ocasiones que tenga cerca de sí a funcionarios cuyo concurso le sería útil, es decir, "que le serían útiles para la obra que hemos emprendido en común". No hay, pues, allí nada que no sea completamente normal.

Los dos oficiales designados, siendo al mismo tiempo ministros, permanecerán por otra parte a la cabeza de sus respec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tivos servicios en el cuerpo expedicionario. Y, sin esperar la aprobación de Bazaine, el emperador firma, el 27 de julio, los decretos de nombramiento. "Estas medidas, en armonía con la misión de la emperatriz, demostrarán que el gobierno camina de acuerdo con sus gloriosos aliados, y que hace todos los esfuerzos que la nación tiene el derecho de exigir para activar la pacificación del país...", explica.

Luego le avisa a Bazaine que ha decretado el estado de sitio en cuatro de los departamentos más agitados, y que muchos de sus ministros lo empujan a extender esta medida a todo el imperio. Así, el poder sería puesto en manos de los comandantes superiores militares "que se escogerían, dondequiera que esto fuese posible, entre los oficiales franceess. Que el mariscal, de ahora en adelante, designe a éstos". El objetivo es visible: cuando los franceses tengan las responsabilidades, estarán completamente obligados a actuar. Finalmente, acepta el convenio propuesto por la nota del 31 de mayo.

Bazaine no se deja engañar. Ve claro en el juego de Maximiliano. "No sé el resultado que tendrá la misión de S. M. la emperatriz Carlota, pero sé que está íntimamente ligada a las combinaciones que han llamado al general Osmont y al intendente Friant a los asuntos —le escribe a Randon—. Sé que el emperador ha declarado que se arrojaba en brazos de Francia porque se veía forzado a ello, y creo tener mucha razón al ver en esta nueva política una maniobra para arrastrar a Francia, a pesar de ella, a reconstituir el papel de la intervención, o incluso, para suscitarle molestias".

En otro informe, insiste. El emperador, tanto como aquellos que son hostiles a la política francesa, sin tener en cuenta el tiempo perdido, se complacerá en repetir que los funcionarios franceses, puestos entre la espada y la pared, no han tenido mejor éxito que los mexicanos. "No se dejará de hacer recaer sobre el nombre francés lo odioso de las medidas extremas a las que se nos ha forzosamente conducido para prolongar la agonía de una situación imposible".

Perspicaz, Bazaine comprende muy bien por qué Maximiliano quiere "arrojarse en nuestros brazos". Este "retorno a los franceses" es un cálculo político. Cuando el gobierno establezca un nuevo impuesto de quince por ciento sobre los bienes amortizados, será Friant quien aparecerá como el autor de esta medida impopular, puesto que él es el ministro de Finanzas.

Cuando tiene noticia del nombramiento de Friant y de Osmont, Napoleón que, él también, discierne los móviles de

Maximiliano, acaba con los proyectos de éste. El *Moniteur* publica una nota muy seca. Los deberes militares de estos dos oficiales son incompatibles con las responsabilidades de sus nuevas funciones que, por lo demás, no han sido autorizados a aceptar. Y, por su parte, el ministro de Guerra le avisa al mariscal que el emperador "desaprueba formalmente la intromisión del general Osmont y del intendente Friant en los asuntos de México en calidad de ministros".

Siempre con la esperanza de complacer a Francia, Maximiliano inaugura una nueva política interior. Habiendo fracasado con los liberales, apela a los conservadores y le encarga a Lares, "ciegamente partidario de monseñor Labastida", que forme el ministerio. Gutiérrez, siempre prolijo, lo ha alentado por este camino; le había escrito el 27 de julio una carta de cuarenta y cinco páginas; la salvación, según él, es volver a los que lo han llamado al trono. No sólo es preciso constituir un gabinete conservador, sino además, y sobre todo, inspirarse en principios conservadores. Y alentado también por Almonte, quien, desde París, le asegura a Maximiliano que Francia, incluso cuando se retire, no abandonará a México. Se adelanta hasta afirmar que hará una declaración prohibiéndoles a las otras potencias mezclarse en los asuntos mexicanos.

Maximiliano cedió a estos consejos. En adelante se procederá enérgicamente en el interior usando de gran severidad con los enemigos del orden. Y se actuará de acuerdo con Francia. Por ello es por lo que fueron llamados Osmont y Friant. Por ello es por lo que aceptó (30 de julio) que Francia reciba la mitad de las entradas de las aduanas.

Sin embargo, Bazaine pone en ejecución las órdenes de evacuación recibidas de París. Las tropas francesas se retiran del Norte. Los juaristas se aprovechan de ello para ocupar el puerto de Tampico y proclamarse victoriosos. Entonces Maximiliano acusa a Bazaine de inercia. Como el mariscal no responde, se indigna. Lo que le permite a Bazaine redargüir que hubiera podido explicar sus movimientos si S. M. se hubiese dignado recibirlo antes de su partida.

Al presente, el Norte ya está perdido para el imperio. Los juaristas avanzan, y asimismo los filibusteros norteamericanos que acudieron de California y de Texas, alentados por las autoridades militares yanquis. Poco a poco el círculo se estrecha en torno a la capital todavía protegida por las tropas francesas. Maximiliano, en las últimas, buscando desesperadamente un medio de apegarse a Francia, le ofrece a Napoleón la posibilidad de colonizar seis millones de acres en el istmo de Tehuantepec.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por cuarenta millones le dará preferencia a los franceses aun cuando los norteamericanos reclaman esta concesión, pues ya tienen, concedida por Juárez, la concesión de un canal y de una línea de ferrocarril en esta región.

Pero el gobierno de Napoleón III piensa ya en el rembolso de sus créditos. Germiny le reclama a Maximiliano en persona veinte millones de francos para el pago de las rentas vencidas de la deuda mexicana. ¿Cómo pagar? El emperador tiene que responder que está en la imposibilidad de pagar.

* * *

En Europa, Austria perdió la batalla de Sadowa. Maximiliano recibe la noticia el 8 de agosto. Y su embajador en Viena le pinta el pánico que se apoderó de la capital; al paso de Francisco José, el pueblo silencioso había gritado repentinamente: "¡Viva Maximiliano!" Por su parte, Eloin le escribió que había tenido una conversación con De Pont, "completamente desmoralizado". Todo el mundo, añade, lamenta que "nuestro Maximiliano" esté tan lejos.

Maximiliano se siente violentamente conmovido. Hace poco, antes de abandonar Miramar, predijo que Austria sufriría crueles pruebas dentro de poco. Pero ésta, sin embargo, lo sorprende. "Veía ciertamente venir la catástrofe porque desde hacía mucho tiempo yo estaba entre bastidores. Pero no creí que el drama se desarrollaría tan pronto. Esperaba los resultados, porque conocía muy bien las causas. Sin embargo, había esperado un poco más de compostura y un poco más de capacidad".

Esta derrota de Austria suscita remolinos en la legión austriaca: el general conde de Thun que la manda, presenta su dimisión, seguido de su estado mayor. Tal hecho recae sobre Maximiliano. La prensa propaga rumores alarmantes acerca del viaje de la emperatriz. Se sabe que envió un mensaje cifrado. Pero el silencio acerca de este punto hace augurar que el contenido de este despacho no es tranquilizador. Se pretende que el general Uraga, un nuevo adicto, fue enviado por el emperador con la misión de impedirle a la emperatriz que regresara. Sin conocer exactamente el objeto de esta misión, Bazaine se hace eco de los rumores que corren. "Se cuenta que la emperatriz le tiene apego a su corona y que su retorno a México podría quizá dañar ciertas aspiraciones que este soberano puede tener respecto de Europa. Oficiales colocados

cerca de él tratarían, se dice, de persuadirlo de que sus verdaderos intereses están en Austria, más bien que en México, y se han conferido dos o tres misiones secretas para saber probablemente a qué atenerse respecto de este asunto". El mariscal, a quien no le falta sutileza, adivina la atracción que ejercen sobre Maximiliano los acontecimientos europeos, y las esperanzas que pueden hacer nacer en el espíritu de un príncipe que, en el fondo, no ha renunciado a los derechos de su nacimiento. El canciller Beust dirá más tarde: "Se ha calumniado quizá al archiduque Maximiliano atribuyéndole miras ambiciosas que estaban lejos de su pensamiento. Lo que es cierto es que, entre los que lo rodeaban, había peligrosos consejeros (no recordaré sino un nombre belga muy conocido), y que se hablaba hasta en los círculos más elevados de un papel eventual que podría desempeñar en Austria... Palabras imprudentes que quizá el archiduque había pronunciado, no permanecieron secretas..." Esos "quizá", escritos por tal pluma, son significativos.

* * *

El nuevo gabinete, netamente reaccionario, se esforzará "con el mayor esmero" en restablecer el buen entendimiento entre la Iglesia y el Estado por medio de un concordato con la Santa Sede. Ésa es la cuestión capital. Está resuelto a arreglar las dificultades lo mejor posible para los intereses del clero.

Bazaine juzga urgente "desprender la acción a Francia de toda participación en esta nueva evolución". Y sin esperar la orden de Napoleón, invita a Osmont y a Friant a retirarse de las funciones que ocupan desde hace dos meses. Éstos dan evasivas. Maximiliano insiste en conservarlos. Protesta ante el mariscal que el nuevo ministerio no es el principio de una era de reacción incompatible con la presencia de dos generales franceses, "porque está muy sastifecho de los servicios prestados por éstos". El uno ha habido conciliarse las simpatías del ejército mexicano; el otro ha elaborado decretos capaces de aumentar los recursos del Estado, pero únicamente él puede ponerlos por obra. "Si, pues, es cierto que la alianza entre mi gobierno y el gobierno francés debe ser tomada como una realidad como me complace creerlo, deseo que estos oficiales permanezcan en su puesto..." La carta está fechada el 16 de septiembre de 1866, y Maximiliano, ciego, voluntaria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente o no, a las realidades, persiste en aferrarse a sus "gloriosos aliados".

Pero el mariscal no lo entiende así. Está completamente dispuesto, dice, a dejarle el concurso de "esos dos señores" al emperador, si quieren renunciar a sus funciones en el ejército francés. Osmont y Friant comprenden. Presentan su renuncia como ministros.

A pesar de la situación crítica en que se debate, Maximiliano celebra con resplandor la fiesta de la Independencia y aprovecha la ocasión para declarar que un Habsburgo no abandona su puesto en momentos de peligro. Por otra parte, no parece desesperar del porvenir. En el fondo, espera todavía que Napoleón sabrá acordarse "de los sagrados deberes del tratado", y que, en su alma enferma, se despertará el recuerdo de la palabra dada. En cuanto a él, seguirá "con lógica y consecuencia" el camino que le trazan "sus altos deberes y su propia dignidad". Tiene confianza en el nuevo gobierno cuyos miembros le dan "el apoyo más franco y más caluroso". Negocia con el obispo "de manera conciliadora", y soporta "con paciencia las intrigas malvadas" del mariscal. Esboza planes para el futuro. Volviendo a una de sus ideas favoritas, sacar a la raza india, "tan interesante", del estado de rebajamiento en que la mantienen los grandes propietarios, hace que le escriban un informe sobre esa cuestión.

E incluso piensa desempeñar un papel militar. La victoria marítima de Lissa, en la que los austriacos triunfaron de los italianos, resucitó en él sus recuerdos de marino, el recuerdo de "sus bravos oficiales, de sus queridos marineros, de Dalmacia y de Istria, del magnífico mar Adriático: ¡cuánto ha sido su dolor al pensar que no se le permitió llevar a bordo del barco que ostentaba su nombre a la joven bandera de la marina", de aquella marina, su orgullo, formada con tanto amor, que salvó el honor de Austria.

En este momento recibe una carta del comandante de la legión belga (19 de septiembre). El emperador —dice Van der Smissen—, debería ponerse a la cabeza de una división y conducir en persona el combate contra los juaristas y los filibusteros norteamericanos. Una victoria haría que se le adhiriese todo el país. Su gobierno quedaría reforzado con ello. La idea cae en terreno favorable. Irrealizable por el momento, germinará en el espíritu de Maximiliano. Tanto más cuanto que la situación militar decae de día en día. En un combate encarnizado, los belgas son obligados a retroceder después de padecer grandes pérdidas. En estos momentos todo fracaso es funesto para la causa imperial. Se fueron los franceses y se sabe que no regresarán. Lo que alienta a los rancheros a pasarse del lado de Juárez que parece ser ahora el más fuerte. Destruyen puentes y obstruyen los caminos.

Maximiliano sigue aferrándose a sus ilusiones. El 24 de septiembre le envía un telegrama a la emperatriz: es necesario asustar a los franceses; decirles que sus nacionales estarán en peligro por una evacuación demasiado rápida del cuerpo expedicionario. Es preciso convencer a Napoleón de que la opinión de la capital sigue siendo muy favorable al régimen imperial. Pero también hay que advertirle que el emperador no puede responder de las operaciones militares.

* * *

1 de octubre: Maximiliano recibe un correo de Europa. Una carta de Carlota fechada el 22 de agosto, una larga carta un tanto extravagante, en la que, sin embargo, son claras las primeras palabras: "No he obtenido nada". Una carta que confirma el telegrama del 4 de septiembre. Hay también un despacho de Carlota que anuncia su partida para Roma y su esperanza de tomar de nuevo el barco el 15 de octubre para volver a México. Hay también un pliego de Napoleón que contiene el rechazo brutal que ya se le había opuesto a Carlota: ni un hombre, ni un escudo. Si Maximiliano cree poder permanecer en México con el único apoyo de su ejército, las tropas francesas permanecerán, como se convino, hasta 1867. Si decide abdicar, que se aproveche de la presencia de los franceses para publicar un manifiesto exponiendo las razones de su decisión y para convocar una asamblea nacional encargada de designar a un gobierno.

Al presente, ya Maximiliano mide su derrota. Consulta con sus amigos. Y en primer lugar, le consulta a Fisher que sigue ejerciendo sobre él imperiosa influencia y que ha obtenido no se sabe cómo, un lugar eminente en el palacio. Muy impresionable, y debilitado además físicamente, Maximiliano sufre el ascendiente de este hombre de alta talla, de color bermejo, de perpetuo buen humor, que tiene el don de crear en torno suyo una impresión reconfortante. Este malvado sacerdote, capaz de todas las infamias, órgano del Partido Conservador, reina verdaderamente en la capital, porque, afirma, el emperador le ha "rogado encarecidamente que tome en sus manos la dirección de los asuntos de Estado".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se aprovecha de ello para interceptar correspondencias y hacer la ley. Actualmente, según piensa él, Maximiliano no debe intentar retener al ejército francés, sino tratar de obtener que el gobierno mexicano conserve el material de guerra. Le dirige un memorándum a Bazaine: se reunirá un congreso nacional para decidir del régimen mexicano y se les pedirá a los republicanos que depongan las armas mientras se espera que los diputados se pronuncien.

No opina lo mismo Herzfel, antiguo oficial de marina, el cual, habiendo servido antaño bajo las órdenes de Maximiliano, sigue siéndole muy adicto. Espíritu serio, ve las cosas bajo su verdadera luz. Cuando el emperador discute con él la carta de Napoleón, le aconseja la abdicación. Para él, es el único partido razonable.

Pero a Maximiliano le repugna la idea de "volver a Europa en los furgones del ejército francés". Le conviene más la solución propuesta por Fischer. Madura una proclama: se someterá a la elección de una asamblea nacional que esperará en Orizaba. Le escribe esto a Carlota (5 de octubre). "Si la nación se decide por el imperio, volveremos a la capital como una fuerza libre y legítima y nos consagraremos para siempre a este país. Si la nación se decide por otra forma gubernamental, nos retiraremos dignamente, con la conciencia limpia y con la persuasión de haber cumplido honradamente con nuestro deber. Por otra parte, Dios decidirá y yo me someto lleno de confianza a su voluntad. Espero que dentro de pocas semanas podré estrecharte contra mi corazón a ti, felicidad de mi vida..." Irá a encontrar a Carlota el 15 de octubre a Veracruz.

Carlota, Fischer y los consejeros más escuchados, opinan que hay que resistir. Maximiliano no abdicará. Tanto menos cuanto que una noticia imprevista le hace esperar que Napoleón ya no tiene sin duda entera confianza en Bazaine, puesto que envía a su ayuda de campo, general Castelnau, a la capital. Probablemente ha comprendido finalmente que él, Maximiliano, tenía razón. ¿Quién sabe si este recién llegado no le traerá apoyo?

Ignora que Castelnau tiene instrucciones precisas: vigilar por la ejecución de las órdenes de Napoleón y confirmarle a Maximiliano la negativa de toda ayuda. Debe esforzarse en primer lugar en hacerle comprender al emperador que más vale abdicar, y luego preparar la formación de un gobierno mexicano más favorable a los intereses franceses. Finalmente, debe hacer saber que si Napoleón III falta a su promesa, llamando a sus tropas en la primavera de 1867, en tanto que había prometido dejarlas hasta noviembre, es que así lo exige la situación europea. Prusia y Rusia, aliadas, disponen de un millón y medio de hombres. Francia tiene necesidad de su ejército.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

CARLOTA VENCIDA POR SEGUNDA VEZ

La emperatriz salió de París el 23 de agosto. Napoleón puso un tren especial a su disposición. Y en Mâcon, donde se detienen por la noche, el prefecto y el general comandante de la plaza, están allí para recibirla. Un cordón de tropas, con música a la cabeza, rodean su carroza, y la multitud la aclama cuando pasa. ¡Qué contraste con su llegada quince días antes! Carlota, herida moralmente, desprecia esos homenajes. Todo eso le parece "oficial y despreciable".

Atraviesa la Saboya, pasa por el Monte Cenis, franquea la frontera italiana. ¡Por fin! Ya está fuera de ese país "cuya atmósfera *él* emponzoña con su maldad". En Turín la rodean de atenciones. Conversa con las autoridades de la ciudad. Se le cuentan las dificultades del joven reino de Italia, dificultades financieras sobre todo. Y reconoce ella allí "la mano del devastador del mundo... Las paredes de Florencia pueden relatar tantas cosas acerca de eso como las de la capital mexicana..."

En Milán, en donde se le recibe oficialmente, se siente rodeada de simpatía, porque la población se acuerda de ella y de Maximiliano. Muerta de fatiga y de emociones, decide ir a reposar durante algunos días a la Villa d'Este. Vuelven los recuerdos. Recuerdo de una felicidad sin nubes. "Habíamos pasado aquí los mejores años de nuestra vida..." Era al principio de su matrimonio. Nada ensombrecía entonces el deslumbramiento de su joven amor. Adoraba a Max, lo amaba. Ambos tenían grandes esperanzas... Le escribe a Max: "...Pienso en ti sin cesar. Todo respira aquí tu recuerdo. Tengo ante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mis ojos a tu lago de Como, que amabas tanto, con su calma azul. Nada ha cambiado, pero tú estás lejos, lejos, del otro lado del océano, y ya han pasado más de diez años. Y sin embargo me parece que fue ayer, y esta naturaleza me habla de una serena felicidad, no de dificultades ni de decepciones. Surgen de nuevo todos los nombres, todos los acontecimientos, de los rincones largo tiempo no utilizados de mi cerebro, y vivo de nuevo en nuestra Lombardía como si nunca la hubiésemos abandonado; vivo de nuevo en dos días aquellos dos años que nos fueron tan queridos..."

Por la mañana oyó la misa que se celebró sobre la tumba de San Carlos y visitó la catedral que muy pronto se llenó de gente, "no por curiosidad, sino por agradecido afecto". En su recámara, ¿no encontró acaso, al llegar, "colocado allí enteramente a propósito", el retrato de Maximiliano con estas palabras: *gouvernatore generale del Regno lombardo-veneto*?

Ha hallado sosiego en la contemplación de la naturaleza. "Hay claro de luna y cantamos. Es de una belleza inexpresable". Sus nervios fatigados en exceso, se distienden. Está tranquila. Desgraciadamente, no puede retrasarse aquí. Es preciso partir.

En Desenzano la reciben en la estación garibaldinos con camisas rojas. Al lado de los colores italianos, flotan las banderas mexicanas. Se siente muy orgullosa de este testimonio de respeto que le rinde "la revolución europea a la joven monarquía americana". En todas esas regiones se subraya que las aclamaciones son para la antigua virreina de Italia y no para la cuñada de Francisco José.

La "vieja y la joven Europa" rivalizan en atenciones hacia ella. Austria e Italia le rinden todos los honores. Del otro lado del lago de Garde, los cañones apuntados hacen fuego para saludar, en tanto que las bandas tocan el himno nacional austriaco. Y el rey Víctor Manuel viene a verla a Padua. Se muestra "excesivamente cordial". Es "un hombre de corazón –dice Carlota–. Lo tengo por uno de los mejores soberanos que hay en Europa porque siente amor por su pueblo..." Está maravillada de este reino de Italia que se forma "de una manera prodigiosa". Y hace esta reflexión: "Lo que admira, es la revolución que se torna en un espíritu nacional nuevo y poderoso". Ella que conoció la Lombardía en rebelión contra Austria, observa: "Nada ya de rostros contraídos y crispados; todo es naturalmente amable..." Se sintió conmovida por la exclamación de un oficial garibaldino, el general Hany, nacido en Viena y desertor austriaco, quien, en el curso de

la conversación, exclamó: "¡Oh, sí, el emperador Maximiliano arrastraría a toda Europa con él!"

De Venecia pasa la emperatriz a Trieste, en donde la flota austriaca está anclada. La manda Tegetthoff, el amigo de Maximiliano, que fue su ayuda de campo cuando su viaje a Brasil en 1860. Acaba de ganar la batalla naval de Lissa y Carlota quiere ir a felicitarlo. A pesar de una lluvia torrencial, va a bordo del barco almirante, aclamada por la tripulación que guarda el recuerdo del archiduque.

Y, serena de nuevo, llega Carlota a Miramar. Afirma que "lo aprecia en su justo valor por primera vez". Recorre todas las habitaciones del castillo y nota los cambios. En el comedor, Jilek rodeó de espinas la corona imperial. En el parque todo está transformado: el pabellón de hiedra se ha convertido en "una maravilla del mundo". Las palmeras en abanico, los sauces llorones, los cedros están "maravillosamente altos". Todos los mexicanos están boquiabiertos de admiración.

Pero nuevamente viene la política a agitarla. Recibe un carta de Maximiliano fechada el 17 de agosto donde le da buenas y malas noticias. Las buenas, es la formación del nuevo ministerio con Osmont y Friant. Las malas, el asesinato del prefecto de Tampico y la evacuación de muchas ciudades del Norte. La situación militar es detestable. Pero lo que a la emperatriz saca de quicio, es que Maximiliano, al mismo tiempo que le anuncia que la convención que le cede a Francia la mitad del producto de las aduanas, ha sido aceptada, le ruega avisar de ello, por los medios establecidos, inmediatamente, a Napoleón III.

Hace un borrador de carta. Después de darle las gracias a Napoleón III por el tren especial que puso a su disposición, le informa del despacho de Maximiliano. "No deseará Su Majestad que su país se aproveche de los nuevos sacrificios que acabamos de tomar sobre nosotros, sin asegurarle al nuestro el beneficio que tiene el derecho de esperar gracias a su política tan leal frente a vuestro gobierno..." Finalmente, no le envía más que esta carta. Tampoco le enviará a Almonte, como había querido hacerlo, algunos números de *L'Estafette* (29 de julio) para que se distribuyeran entre los políticos franceses, Rouher, Fould Persigny y entre los oficiales superiores, esos números que contienen un artículo sobre el programa del nuevo ministerio resuelto a una estrecha alianza con Francia. Carlota ha vacilado mucho, pero decididamente, no; no puede resolverse a exponerse a un nuevo rechazo. La humillación infligida por Napoleón III, escuece mucho todavía. Ese correo no partirá.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los siguientes días, le escribe largamente a Maximiliano. El 9 de septiembre, cuando desfila ante Miramar la escuadra victoriosa en el mismo orden que en Lissa, con Tegetthoff a la cabeza, a bordo del *Archiduque Fernando Maximiliano,* será esto, dice ella, "el último saludo de la marina. Ésta ha lanzado el primer resplandor sobre tu potencia naciente, sobre tu independencia tan caramente comprada, salvo la costa que amabas tanto..." Al presente, su papel ha terminado. Pero el honor de la casa de Austria "ha atravesado el Atlántico. Baja aquí con el sol, para remontarse allá. *Plus ultra* era el grito de tus antepasados. Carlos V mostró el camino. Tú lo has seguido. No lo lamentes. Dios estaba tras él".

En su pluma, estas líneas no tienen nada de sorprendente. Pero en el mismo día redacta una larga disertación política donde aparecen extravagantes ideas. "Considera el abandono de la tutela directa de Francia como una gran dicha, tan grande que puede suplir a la falta de ayuda material y de dinero". Como quiera que sea, México sigue siendo aliado de Francia, y "mientras más mal se porta el gobierno francés, más importante será la participación de la nación francesa, porque el comercio tiene el más grande interés en el éxito de la empresa". ¿Los Estados Unidos de Norteamérica? Reconocerán a Maximiliano desde el momento que sepan que es independiente, porque la doctrina de Monroe "no objeta nada contra los imperios". "Es preciso que te quedes —afirma—. El partido liberal se te unirá en conjunto". Y entonces los Estados Unidos y Europa ya no tendrán razón de desconfiar de una monarquía fundada sobre la voluntad de un pueblo. "Si la abandonas, la nación mexicana cesará de existir; no podrá ya conservar su independencia. Juárez no fue el campeón de la causa nacional sino hasta tu llegada, y desde ese momento eres tú el representante de la independencia y de la autonomía de todos los mexicanos... Para ti la bandera; tú eres la nación. *El soberano,* como decía Juárez".

Y Carlota se lanza a una especie de ensoñación fantástica alimentada por las más locas ilusiones. "Tan pronto como esté resuelta la tarea de unir a los mexicanos sobre esta base (monárquica), todo está resuelto, porque puede obtenerse dinero dondequiera; no son necesarias muchas tropas una vez terminada la rebelión; y tú estás allí, frente al mundo, apoyado en tu pueblo... Si todo esto tiene éxito, como debe tenerlo, la emigración de América y de Europa afluirá por aquí, y tienes el más bello imperio del mundo, porque México debe heredar y heredará la situación poderosa de Francia en gran medida..."

Sigue un extraordinario cuadro de acontecimientos futuros: "En Europa, las convulsiones continuarán durante años. Austria perderá todos sus Estados. Las dinastías de Prusia y Portugal robarán países. Ninguno de esos imperios, Alemania y Constantinopla, Italia, España, será lo que será México, si tú solo trabajas allí, porque todo lo que molesta al amigo (Napoleón), te ayudará. Ha terminado su misión en América. Fundó un imperio, está a punto de derribar el poder temporal del Papa, e instala un emperador en Constantinopla. Entonces se detendrá y tú serás su heredero en los dos hemisferios..."

En estos momentos, el conde de Flandes, hermano de Carlota, cree probable que su hermana no volverá a México y que su marido pronto se reunirá con ella en Europa. En general, eso es lo que se cree. Pero Carlota no piensa de ninguna manera en renunciar al trono. Madame d'Hulst, su vieja amiga, ¿aludió a esta eventualidad? "Allá, le responde Carlota, tenemos un imperio bañado por los dos océanos, y una tarea que cumplir, que es meritoria, ¿y no estáis contenta? Decidme, condesa, ¿qué es necesario hacer para tener vuestra aprobación?"

Unos días más tarde, el 13 de septiembre, al escribirle a Maximiliano, le declara que "las cosas van muy bien". Sabiendo que Castelnau partió para México llevando una carta personal de Napoleón III para Maximiliano, "presume" que esa carta hace referencia "a la situación actual de Venecia". Es, dice, "lo que Eloin te ha hecho entrever con tanta frecuencia..." ¿Se trata de la creación de un Estado independiente en Venecia bajo la soberanía de Maximiliano? A cambio de su mediación después de Sadowa, Francisco José le entregó a Napoleón III Venecia para hacer retrocesión de ella a Italia y tocante a esto se firmará un tratado el 3 de octubre. Pero Carlota cree que eso "sería negocio para Napoleón si, abandonando a México, Maximiliano viniese a reinar en Venecia, porque Italia y Austria se debilitarían con ello". No quiere oir hablar de semejante proyecto. "La tierra que domina ambos océanos, dice, podría difícilmente ser cambiada por una ciudad pantanosa y una población devorada por el impuesto que se eleva apenas a dos millones, imagen de la miseria en la rica Italia y la Europa decaída..." No, es necesario no aceptar semejante cambio a ningún precio. "Estamos al presente en nuestro continente tan lleno de juventud y de porvenir, que no necesitamos más que civilización y hombres Permanecemos en una altura desconocida del mundo. Al contrario, en Europa todo parece como un juego de niños. Se comprende su pequeñez y su debilidad después de haber estado allá..."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eloin que, en aquellos momentos, ve a la emperatriz en medio de sus flores, en aquel jardín encantador de Miramar, afirma que brilla con todo el resplandor de una salud perfecta. Blasio, sin embargo, es un poco menos optimista. Cuando Carlota lo recibe de luto riguroso, y su rostro, dice, testimonia un sufrimiento "intenso". Tiene una sonrisa en los labios, ¡pero tan melancólica! Lo que no le impide hacerle severos reproches al secretario de Maximiliano. ¿Por qué llega tan tarde? Desde que se supo que había desembarcado en Saint-Nazaire, se ha vivido aquí en la más grande impaciencia. Debió haber comprendido esa inquietud y no haber perdido ni un minuto. Blasio responde que ha obedecido punto por punto las órdenes del emperador y ha venido lo más rápidamente posible a ponerse a las órdenes de S. M. ¿Está completamente seguro, interroga Carlota, que nadie ha tocado los pilegos que trajo consigo, mientras atravesaba Francia? Sí, está seguro, porque esos documentos, colocados en una cartera cuya llave siempre trae consigo, nunca se han separado de él. Por lo demás, la emperatriz puede comprobar que los sellos están intactos. Todos los papeles están ciertamente allí. Carlota se muestra desconfiada: "No dudo de vos, pero venís de América, sois ingenuo y no sospecháis de nadie. No sería así si conocieseis las intrigas de las cortes europeas. Siempre tengo miedo de Napoleón, que es nuestro enemigo mortal". Desde su conversación con el emperador de los franceses, ve dondequiera lazos tendidos por él.

Blasio se admira de esa desconfianza, de esa nerviosidad. Pero Kuacsevich y el doctor Bohuslavek, ambos del círculo íntimo de Carlota, le cuentan que desde su visita a Saint-Cloud, todo el mundo es sospechoso ante los ojos de la emperatriz. Seguramente está en la pendiente de la locura. Desde su retorno a Miramar, toma sola sus comidas en su departamento, servida por su doncella vienesa, Mathilde Doblinger. De tiempo en tiempo invita a la señora del Barrio. El séquito toma sus alimentos en el magnífico comedor cuyas ventanas dominan el mar.

* * *

El 16 de septiembre, día aniversario de la Independencia Mexicana, la emperatriz preside la ceremonia que tiene lugar en honor de aquélla. El castiilo está empavesado: la bandera mexicana ondea al lado de los estandartes de Bélgica y de Austria. Se celebra una misa solemne en la capilla; los jardines, donde se organizan festejos, están abiertos al público. Tocan alegremente las orquestas militares. Por la tarde aclaman dondequiera a Carlota, en tanto que pasea a sus invitados al través del castillo y del parque. Entre los invitados se ve al embajador de México en Viena, don Gregorio Barandiarán, y sobre todo a su esposa, una peruana de resplandeciente belleza. Durante la comida, la emperatriz, con diadema en la cabeza, parece menos triste. Sus ojos brillan con desacostumbrado fulgor, e incluso sonríe. Después de la comida charla amablemente con sus huéspedes durante una hora en la gran sala de baile donde, dos años antes, la delegación mexicana vino a ofrecerle el trono a Maximiliano.

Al día siguiente llaman a Blasio para que acuda ante ella. Le anuncia que la acompañará a Roma. Tendrá él oportunidad de conocer esta ciudad y podrá, allá, hacerle algunos servicios. El viaje se hará por tierra. El cólera hace estragos en Trieste y no quiere sufrir una cuarentena en Venecia. Pasarán, pues, por Mantua. Blasio partirá delante con Kuacsevich para preparar las etapas.

* * *

La cuestión religiosa preocupa a Carlota. Sabe que es preciso llegar a un acuerdo con Roma. Desde hace muchos meses, los enviados de Maximiliano se esfuerzan en alcanzar este objetivo. Pero la diplomacia romana da evasivas. Juzgando que Velázquez de León, el diplomático mexicano, no llega a nada preciso, la emperatriz le escribió, en junio último, al ministro de Bélgica en Roma, señor Carolus. Que trate de que le indiquen las concesiones que exige la Iglesia para conceder un concordato. La respuesta que recibe en Miramar apenas si es alentadora. Carolus dio los pasos indicados. Le fue concedida audiencia y le leyó al Padre Santo muchos pasajes de las cartas de S. M. El Papa le dijo, casi textualmente: "Querido ministro, estoy animado de las mejores disposiciones hacia la emperatriz a quien quiero y respeto mucho. Desgraciadamente, no ha podido prevenir ella algunas medidas que colocan a la Santa Sede en el más grande embarazo; con la mejor voluntad posible, no puedo en este momento poner en el papel las causas del disentimiento que existe entre Roma y México porque no conozco las instrucciones que el señor Velázquez de León recibirá probablemente dentro de algunos días". Si esas instrucciones "significan un poco de ayuda para él", añadió el Papa, hará todo lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esté en su mano para concluir un arreglo. Pero también dio a entender que le había sido dado un consejo: antes de firmar un concordato, más valdría esperar "a que el imperio mexicano esté enteramente consolidado".

Poco satisfecha con estas reticencias. Carlota decidió ir ella misma a defender la causa a Roma. Le parece favorable el momento, puesto que Maximiliano llamó a los conservadores al poder. Sin embargo, tiene conciencia de la dificultad de la tarea y de la responsabilidad que asume. Si fracasa en Roma como fracasó en París, estará perdida toda esperanza para México. Sin embargo, confía. ¿Acaso el Padre Santo no la bendijo en 1864? ¿No alentó paternalmente a Maximiliano y a ella?

Se puso en camino el 18 de septiembre: el ferrocarril a Marburgo, un tren especial hasta Villach, la diligencia hasta Brixen. Aquí, de pronto, declara que quiere regresar a Miramar. Demasiado fatigada por el penoso viaje en una región montañosa, se siente enferma, dice. Habla de un veneno. Sobre todo, que vigilen sus alimentos, recomienda. Luego, bruscamente, cambia de opinión. Irá hasta Roma.

Un poco más lejos, en Botzen, sus perturbaciones son evidentes. Carlota se imagina que ve a Paulino Lamadrid, comandante de la guardia municipal de la capital mexicana, disfrazado, tocando el órgano de Barbaria. Ve también en torno suyo espías a sueldo de Napoleón, traidores que quieren apoderarse de su persona o tratan de envenenarla. Vuelve la obsesión. Pero se disipa el acceso y le dice al conde del Valle: "He estado enferma y si esto me vuelve otra vez, decidme *Botzen* para hacerme volver en mí misma". Llegan a Mantua. Las tropas austriacas que están todavía en la ciudad, alineadas desde la Puerta del Norte hasta el Hôtel de la Fenice, le rinden honores. Ciento un cañonazos anuncian la entrada de la emperatriz de México. Los oficiales acuden a saludarla, y asimismo las autoridades. Desde su balcón asiste a un desfile militar. Se elevan hasta ella las aclamaciones. Austriacos e italianos rivalizan en entusiasmo. Por la noche, en su honor, se ilumina toda la ciudad.

El 25 de septiembre, partida para Roma en tren especial. En el primer vagón tomó asiento la emperatriz con la señora Del Barrio y el ministro Castillo. El séquito, los criados y los equipajes ocupan los otros cinco carros. Atraviesan el Po, luego descienden a Reggio en donde los notables que reciben a Carlota la escoltan hasta el palacio del *cavaliere* Ferrari-Corbelli, rico italiano que hizo preparar un gran desayuno en su honor.

En todas partes siente la amistad en el curso de este viaje. En las estaciones pequeñas donde el tren no se detiene, la gente viene a verla pasar y le gritan su bienvenida. En Bolonia la reciben los soldados italianos, los famosos *bersaglieri,* que le hacen valla a ambos lados de la calle que conduce de la estación al hotel Britannica. Esta acogida la conmueve, pero está fatigada, muy fatigada, y todas estas ceremonias son otras tantas pruebas para sus nervios tensos, para su espíritu sobrexitado.

Por la mañana toma de nuevo el tren que, a lo largo de la costa adriática, la conduce a Ancona en donde la esperan los miembros de la embajada mexicana en Roma: Velázquez de León, el amigo fiel, uno de los primeros partidarios de Maximiliano, escogido por éste para discutir con el Papa los problemas eclesiásticos, porque es tan buen diplomático como ferviente católico; el obispo Ramírez y don Felipe Degollado. Se encuentra allí también una delegación del gobierno pontificio para recibir a la soberana en los Estados del Papa.

Después de la partida de Ancona, manda decirle a Velázquez de León que vaya a su vagón en donde está sola con la señora Del Barrio. Y le pide que le exponga el estado de los asuntos en Roma. La conversación dura dos horas. Se muestra completamente lúcida, sensata, y le promete al diplomático actuar según sus directivas. En sus palabras y en sus gestos no hay la menor huella de disturbio mental.

En una de las paradas pide que venga Blasio. Cuando éste llega, la emperatriz habla con animación, muy agitada, según parece. Presenta a Blasio con el embajador como correo enviado de México con las cartas y la cifra del emperador Maximiliano. Velázquez de León que ya tuvo, en Ancona, una larga conversación con el joven, lo interroga, como lo hizo Carlota en Miramar y en los mismos términos. ¿No ha cometido imprudencias en lo tocante a las cartas? ¿No ha tenido conversaciones o relaciones con personas sospechosas? Más tarde le dirá a Blasio que si lo interrogó de esta manera fue por darle gusto a la emperatriz, la cual, desde su entrevista con Napoleón III, veía acechanzas dondequiera. Les hubiera sido muy fácil a los espías del emperador de los franceses cometer las acciones que ella les suponía, le había declarado ella al embajador.

La ciudad de Roma organizó en Foligno una gran comida en honor de Carlota. Pero no pudo asistir a ella, presa repentinamente de convulsiones nerviosas y de palpitaciones del corazón. Se excusó, pretextando una indisposición y permaneció en el vagón con la señora Del Barrio. Por la noche, a las once, el tren llega a Roma. Está muy oscuro, llueve a cántaros,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero la estación está empavesada, brillantemente iluminada, y una multitud inmensa espera. Se ve aparecer una mujer vestida de negro, muy pálida, visiblemente agotada... Cae una impresión de tristeza sobre todas aquellas personas que vinieron a aplaudir.

Al descender del tren, la emperatriz fue recibida por una delegación de cardenales, enviados por el Papa, por el cuerpo diplomático y por numerosas personalidades pertenecientes a la aristocracia romana. La guardia pontificia y una escolta de coraceros la acompañan, al fulgor de las antorchas, hasta el Albergo di Roma, frente a la iglesia de San Carlos.

Todo el primer piso del hotel fue apartado para ella y para su séquito. Carlota dispone de un gran salón cuyos balcones dominan el Corso, y de una recámara. En las dos piezas contigas, se hospedan la señora Del Barrio y Matilde. Castillo, el conde Del Valle y Del Barrio, habitan en el ala derecha; los Kuacsevich, el doctor Bohuslavek y Blasio, en el ala izquierda. A las puertas del hotel se hallan una guardia de honor, soldados pontificios y soldados franceses. El cambio de guardia se hace con música. Gran atracción para los papanatas que se amontonan en el Corso con la esperanza de ver a la emperatriz. Y los trajes de los criados mexicanos causan admiración entre los romanos.

Después de una noche de reposo, Carlota se siente más animada. Quiere descubrir Roma mientras espera la audiencia que le solicitó ai Sumo Pontífice. Por la mañana, acompañada de la señora Del Barrio, visita iglesias y se pasea por las calles.

Por la tarde recibe al cardenal Antonelli que viene a darle la bienvenida de parte del Padre Santo. Llega con lujoso séquito. De alta estatura, aspecto agradable, mirada viva y penetrante, y voz sonora de inflexiones acariciadoras. Vestido con sotana púrpura y capa del mismo color, pasa majestuoso, bendiciendo a la multitud reunida ante el hotel. Después del Papa, es el más alto personaje eclesiástico de Roma y se sabe que es muy poderoso. Carlota lo espera en lo alto de la escalera. Ambos permanecen a solas durante una hora. Conversación poco alentadora porque, una vez alejado el cardenal, Carlota, que parece muy abatida, se retira a su recámara.

Sin embargo, después de la comida, quiere subir al Pincio donde, a cada paso, se encuentran los bustos de los grandes hombres de Italia, y desde donde se descubre un magnífico panorama. Roma entera se ofrece a la vista.

El Papa ha hecho saber por carta que recibiría "a la princesa Carlota" y a su séquito el 27 de septiembre a las

once de la mañana. Ese día, la emperatriz, vestida de negro, se pone un sombrero en la cabeza. La condesa Del Barrio observa que es de rigor la mantilla. "Olvidáis que los emperadores fijan la etiqueta y que la etiqueta no los gobierna", responde Carlota con altivez. Llega el séquito pontificio. La carroza de la emperatriz, de cuatro caballos y criados con librea de gala, es escoltada por guardias nobles a caballo. Se produce un incidente en el momento de partir. Carlota pretende que la escarapela del cochero no está bien colocada y, con tono vehemente, reprende al hombre. Luego se decide a subir a la carroza y la señora Del Barrio se sienta cerca de ella.

En el Vaticano, los guardias suizos hacen valla en la gran escalera y en las galerías que conducen hasta el gran salón que precede a la sala del trono. Magnífica visión la de esos uniformes rayados de vivos colores diseñados por Miguel Ángel. Y curioso contraste con aquellos dignatarios de palacio vestidos de terciopelo negro, calzón corto, chaqué, capa corta y gorguera de encaje como en tiempos de Felipe II.

La emperatriz, con el conde Del Valle, gran chambelán, a su lado, es introducida con su séquito en la Sala del Trono, suntuosa con sus paredes incrustadas de mármol, decoradas de frescos magníficos que evocan los más gloriosos acontecimientos de la historia de los Papas. Al fondo, un trono dorado, cubierto con un paño rojo, que ostenta las armas pontificias. Allí se encuentra, sentado, el Sumo Pontífice con sotana blanca, capa blanca sobre los hombros, encuadrado por dos guardias suizos. A derecha e izquierda, grupos de cardenales y obispos, los altos dignatarios de la Iglesia.

Carlota avanza. Conforme se acerca, el Papa, un gran anciano de setenta y cuatro años, corpulento, de aire afable, de mirada viva, se levanta. Ante él se arrodilla la emperatriz para besar la zapatilla del Padre Santo. Pero éste la detiene. Tiende su mano derecha a fin de que bese el anillo de San Pedro, y luego la invita a sentarse cerca de él. Desfila todo el séquito de la emperatriz y ella le presenta a cada una de las personas. El Papa les da a todos su bendición con voz dulce y armoniosa que causa impresión.

Terminó la recepción oficial. Carlota permanece sola con el Padre Santo. Permanece "más de una hora y cuarto con Su Santidad, lo que es una audiencia de longitud extraordinaria", observa el embajador de Bélgica. Durante este tiempo, los que la acompañan visitan la capilla Sixtina y la Paulina, las cámaras de Rafael, las galerías llenas de tesoros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de arte. Pero todos están ansiosos. Finalmente, se les previene que la emperatriz los espera para partir.

Muchos prelados acompañan a Carlota a su carroza. Tiene ella una mirada errante, un aire sombrío. Al llegar al hotel, y mientras que todos acechan sus palabras, su expresión, esperando algunas palabras, ella se inclina y con tono breve, ordena: "Podéis retiraros". Pide que le sirvan en su departamento. Desayunará sola, prohibiendo que se le hable.*

Por la tarde llama al conde Del Valle. Que se las arregle con las autoridades militares para que se retiren los soldados y la música. En adelante se rehúsa a que le rindan honores. Luego hace venir a Velázquez de León a quien le cuenta en detalle su entrevista con Pío IX. Por la tarde, durante la comida, hace que coloquen a Castillo a su derecha, lugar que le corresponde a Velázquez de León, quien hace observar esto. Sin embargo, no insiste, porque S. M. muestra aire irritado. A los postres, exige que todos los comensales se sirvan sorbetes antes que ella. Lo mismo sucede con el café. Luego, después de afirmar que la cafetera tiene un agujero, hace que se la lleven.

Al día siguiente, otro incidente. Manda buscar a Velázquez de León. Éste, levemente enfermo, está acostado. Insiste ella tres veces. ¿No puede venir? Que lo traigan en su lecho. Como eso es imposible, inquiere la naturaleza de su indisposición. Ella parece tener la convicción, dice él, de que "había sido yo envenenado la víspera en su mesa".

Por la tarde recibe a personajes de nota y a diplomaticos. Entre éstos, al señor Carolus, ministro de Bélgica. A éste le dice que tiene por qué estar ella satisfecha del conjunto de su conversación con el Padre Santo, la que le ha permitido esperar un buen resultado en un tiempo más o menos alejado. "El Papa invocó una circunstancia que retrasará la solución: decidió someter a la consideración de los obispos mexicanos el proyecto de concordato casi ya fijado. Podrán tenerse sus respuestas antes de dos o tres meses". "Esto hará sin duda

* En un informe a su ministro, el señor Rogier, ministro de Bélgica en Roma, escribe: "La primera causa de esta exaltación son las preocupaciones y las ilusiones perdidas, pensamientos que S. M. se ha esforzado en disimular ante todos y ha guardado para sí misma. Desde su llegada a Europa no ha dicho nada la emperatriz, no le ha comunicado nada a nadie, incluso a Castillo su ministro, de todo lo que ha acontecido en París y aquí, nada de los despachos enviados a México o recibidos del emperador Maximiliano. No puedo dejar de creer que la comunicación de sus tristes pensamientos a una persona amiga y adicta a ella, hubiera aliviado a S. M. y prevenido esta desgracia". (2 de octubre de 1866—confidencial.)

muy difícil la firma del tratado", concluye el diplomático. Comprendió que el Papa se había mostrado evasivo y no se había comprometido a nada.

Pío IX fue a devolver la visita de la emperatriz el 29 de septiembre, rodeado de sus cardenales y de su guardia. Carlota lo recibió en el salón y conversa a solas con él. Luego se llama al séquito para que reciba la bendición pontificia. Y de nuevo Carlota se encierra. Durante la comida no quiere comer ninguna otra cosa excepto naranjas y nueces después de haberlas examinado cuidadosamente para asegurarse de que la cáscara de ambas frutas están intactas. Y rechaza toda bebida.

*
* *

El 30 de septiembre, a las ocho de la mañana, Carlota hace que despierten a la señora Del Barrio. Vestida enteramente de negro, con capa de terciopelo y un sombrerito cuyos lazos están anudados bajo el mentón, la emperatriz tiene aire hosco, los ojos hundidos, las mejillas arreboladas. Evidentemente tiene calentura. Una vez que llega la dama de honor, ambas suben a un *fiacre*. La emperatriz hace que las conduzcan a la fuente de Trevi. Con gran estupefacción de parte de su acompañante, desciende del vehículo, se arroja en tierra y, con sus dos manos, saca el agua clara que lame a lengüetadas golosamente. Calmada su sed, vuelve a subir al *fiacre* y lanza una orden: al Vaticano. Una vez allí, despide al coche, sube la escalera y pide ver al Papa. Los guardias, sorprendidos, vacilantes, pero asustados por su aspecto, van sin embargo a prevenir al Padre Santo.

Se le recibe inmediatamente. El pontífice acaba de decir su misa y se le ha servido un pequeño desayuno. Carlota entra bruscamente y se arroja a sus pies, con las lágrimas escurriéndole por las mejillas. Le suplica que haga detener a los miembros de su casa. Todos, desde los criados hasta los ministros, son agentes de Napoleón enviados para matarla. Implora asilo y protección porque el Vaticano es el único lugar donde se siente segura. De rodillas, sacudida por los sollozos, declara que no se pondrá en pie antes de haber obtenido la promesa del Santo Padre.

Dulcemente, éste trata de calmarla. En vano. Ella repite, presa de una sobrexcitación aguda, que nadie la forzará a salir del Vaticano. Si es preciso pasará la noche en los corredores. Luego, viendo en la bandeja una taza de chocolate medio llena, mete en ella los dedos, se los lleva a la boca,

y exclama: "A lo menos, esto no está envenenado. Todo lo que se me da de comer es veneno. Me estoy muriendo de hambre". Entonces Pío IX agita su campanilla. Pedirá, dice, otra taza. ¿Querrá la emperatriz aceptarla? "No, no, aúlla ella; si saben que es para mí, la envenenarán. Quisiera mejor la de Vuestra Santidad".

Luego, muy razonablemente, se pone a hablar de los asuntos de México. Sin embargo, en muchas ocasiones, plantea una pregunta: ¿Se sirve el Padre Santo de algún contraveneno? ¿Tiene? "Sí, el rosario y la oración", responde el Papa.

El Padre Santo, inquieto, escribe apresuradamente una nota y hace que se la lleven al cardenal Antonelli. Le ruega a éste que traiga algunos médicos, que prevenga a los miembros del séquito acusados por la emperatriz de querer envenenarla, a fin de que cambien de hotel y que ella no los vea ya por el momento; en fin, que le avise al conde de Flandes que se encuentra viajando por Italia.

Velázquez de León esperó a Carlota hasta las tres de la mañana. A las cinco y media recibe un recado del cardenal Antonelli, quien lo apremia para que vaya inmediatamente al Vaticano. Va allá de inmediato en la carroza del cónsul, el cual, desde las once horas, está también a disposición de S. M. El cardenal lo pone al corriente de la situación. Está muy turbado porque la emperatriz declaró que no regresaría al hotel si el conde Del Valle y el doctor Bohuslavek están allí. Cuando preguntó si S. M. lo autorizaba para que viniese al señor Velázquez de León, ella respondió: "Sí, podéis escribirle, pero no confío en nadie, excepto en Su Santidad".

Carlota le suplicó al coronel Bossi, que manda a la gendarmería pontificia, que haga detener al conde Del Valle, al doctor Bohuslavek y a madame Kuacsevich, cuyos nombres ha escrito en un papel, y que no la deje sola. Luego, calmada, visita la biblioteca donde se le mostró un precioso manuscrito iluminado. Lo miró, lo admiró. Luego se paseó en los jardines. Cuando vio un chorro de agua, se lanzó a beber de él, con las manos tendidas.

Se le sirvió un desayuno a mediodía. Están presentes el cardenal Antonelli y el coronel Bossi. Consiente ella en comer a condición de que sea en el plato de la señora Del Barrio. Después de haber reposado un poco, decide ir a pasear por la ciudad; camina un poco a pie, le da vuelta a la estatua de Marco Aurelio, compra un vaso de limonada a un *limonaro* ambulante y vuelve tranquilamente al Vaticano.

Velázquez de León se encuentra allí. Ella le anuncia que dormirá en ese lugar; tanto miedo tiene de las personas que

la rodean. Todos son unos asesinos. Él la tranquiliza: ya se han ido todos aquellos a quienes teme; así pues, puede con toda seguridad volver al hotel. Logra convencerla. Pero en el momento de entrar en su recámara, la emperatriz nota que las llaves no están en la puerta. Se las había llevado el médico, previendo que quizá podría haber necesidad de encerrar a la emperatriz porque teme una crisis violenta.

Al ver esto, ella vuelve directamente al Vaticano. Permanecerá en los corredores, aúlla, pero pasará la noche en el palacio, único lugar del mundo donde está segura. El Papa envió a su médico personal y al doctor del hospital San Giacomo para que hablasen con el doctor Bohuslavek. Los tres comprueban un trastorno cerebral. El único modo de calmar un poco a la emperatriz, es dejarla en el Vaticano y evitar que vea a los que son objeto de sus sospechas.

Pero pasar la noche en el Vaticano, plantea un problema. Jamás una mujer ha pasado la noche en esos lugares. Todo el mundo está preocupado. Y tanto más cuanto que la emperatriz llora y grita. El Papa, muy conmovido, ordena que se lleven a la biblioteca dos lechos de bronce, grandes candelabros de plata y objetos para el aseo personal de plata sobredorada.

Carlota, agotada, se duerme. Sin embargo, casi no dormirá. Durante toda la noche, su dama de honor la oye caminar y pronunciar frases incoherenes. Sin embargo, en la mañana dormita. Despertándose de pronto, exclama: "¿Dónde estoy? ¿A dónde me llevaron esos miserables?" La señora Del Barrio hace todo lo que puede por calmarla. Que no tema nada. Está en casa del Padre Santo, que la protege. Entonces Carlota expresa el deseo de oir misa en la capilla privada del Papa. Pero éste hace que le digan que, por hallarse muy fatigado, no puede salir de su recámara.

La emperatriz, obsesionada por la idea de la muerte, se pone a escribir cartas. A Maximiliano: "Mi tesoro bienamado, me despido de ti. El Señor me llama a su lado. Te doy las gracias por la felicidad que me diste. Que Dios te bendiga y te haga obtener la paz eterna. Tu fiel Carlota". Luego redacta sus últimas voluntades: no se expondrá su cuerpo, no se le hará la autopsia, se le enterrará en la iglesia de San Pedro, sencillamente, y lo más cerca posible de la tumba del Apóstol; se le entregarán a Maximiliano sus alhajas y su fortuna.

Finalmente, solicita del Sumo Pontífice "en el umbral de la muerte, la bendición apostólica".

Al presente, está tranquila. Dos médicos, vestidos con ropa de chambelanes pontificios a fin de no asustarla, se presentan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para decirle que el Padre Santo espera verla de nuevo en el momento en que se sienta mejor y que la esperan los vehículos para conducirla de nuevo a su casa. Ante esta idea, protesta. No quiere regresar al hotel. Permanecerá aquí durante todo el tiempo que sea peligroso para ella salir del Vaticano; que le digan eso a Su Santidad.

Ante su obstinación, el cardenal Antonelli con los médicos y la señora Del Barrio imaginan un medio de hacerla salir. Se le envía un mensaje a la superiora de un convento vecino. Ésta vendrá a convidar a la emperatriz para que visite el orfanato. Primero, Carlota se rehúsa netamente. La madre superiora desempeña bien su papel. Ha oído hablar, dice, de los miserables que quieren causarle daño a la vida de S. M. Pero nada tendrá que temer de ellos en el convento donde los niños estarán muy contentos de recibirla.

Finalmente acepta Carlota a condición de que las dos religiosas se coloquen ante los cristales de las portezuelas del vehículo. A pesar de eso, durante el trayecto esconde el rostro en su pañuelo, y no cesa de preguntar si hay personas que la miran o que siguen a su séquito.

Una vez en el orfanato, se muestra completamente lúcida, les habla amablemente a los niños reunidos para saludarla. Le enseñan la casa y dice frases muy razonables. Llegan a las cocinas. La religiosa cocinera, creyendo interesar a la visitante, le ofrece para que pruebe el guisado que se servirá en la próxima comida. De pronto, Carlota rechaza el plato y la cuchara. Crispa su rostro una expresión de terror. "¿Véis el veneno?, le dice a la superiora señalando una mancha minúscula. Se han olvidado de limpiar la cuchara". Cae de rodillas y le da gracias al cielo por haberle salvado la vida. Luego, viendo una marmita sobre la lumbre, y antes de que pudieran prever su gesto, hunde la mano dentro de ella y saca de allí un trozo de carne que devora. "A esto, dice, no han podido envenenarlo, y tengo hambre". Pero le duele la quemadura. Las hermanas quieren vendarle la mano. Grita y luego se desvanece. Se aprovechan de ello para llevarla a su carroza y conducirla de nuevo al hotel. Sin embargo, vuelve en sí. ¿A dónde la llevan?, pregunta. Se le responde que al Vaticano. Logra levantar uno de los visillos bajados y se da cuenta de que la engañan. "¡Socorro!, grita. ¡Deteneos! Quieren matarme". Bruscamente calmada, le ordena al comandante de la escolta de dragones pontificios que se detenga ante una fuente. Una vez ahí, vacía varias veces el cubilete para beber, que está atado a la fuente.

En el hotel baja del coche cerrado, no sin forcejear. Sube la escalera entre la señora Del Barrio y Matilde. Luego, despidiendo a la dama de honor, se encierra en su recámara con su doncella. Pronto envía a ésta a buscar a madame Kuacsevich quien, apenas frente a la emperatriz, recibe brutalmente estas palabras en plena cara: "Jamás hubiera creído que una persona como vos que me conoce desde hace tantos años, a quien he colmado de beneficios, a quien le he dado mi afecto y otorgado mi confianza, pudiese venderse a los agentes de Napoleón para envenenarme". Madame Kaucsevich protesta, llora, se arroja a los pies de la soberana, la cual, enajenada, nada oye. "Salid, madame, y decid a vuestros cómplices que su complot está descubierto, que sé quiénes son los traidores. decidle al conde Del Valle, a vuestro marido, al doctor Bohuslavek que huyan si no quieren ser arrojados a la prisión. Y vos misma huid. No quiero escuchar vuestro nombre".

* * *

Se reunieron Castillo, Del Valle, Del Barrio, Degollado y el obispo Ramírez para examinar lo que convendría hacer. Ya no cabe duda: la emperatriz ha perdido la razón. En primer lugar, se le evitará todo encuentro con los que ella cree sospechosos. Y se le avisará al emperador. Esta última misión le toca al doctor Bohuslavek. Irá a México por la vía más rápida, es decir, por Nueva York, a fin de darle al emperador todos los detalles acerca de la enfermedad de la emperatriz. Finalmente, esperando las decisiones de Maximiliano, se le rogará al rey Leopoldo que tome las medidas necesarias.

Leopoldo responde que su hermano Felipe estará en Roma el 7 de octubre. Conducirá a Carlota a Miramar en donde los especialistas a quienes se ha llamado indicarán el tratamiento que deberá seguirse.

Durante este tiempo, Carlota permanece encerrada en sus habitaciones con Matilde Doblinger por toda compañía. Se rehúsa a comer lo que no preparen ante sus ojos. La doncella que tuvo que conseguir un braserillo de carbón y cocina en la recámara de la emperatriz, probando ostensiblemente todos los platos. Para mayor seguridad, Carlota quiso tener allí un gato, el que también debe probarlo todo. Matilde compra pollos vivos que debe matar en presencia de su ama. Ésta no quiere ni pan ni frutas. Un día le pide al comandante Dati, chambelán del Papa adicto a su persona que le consiga castañas asadas con su cáscara. Las devora, en cuanto a bebidas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no quiere sino agua de las fuentes públicas a las que va acompañada de Matilde. Por la noche se rehúsa a desvestirse y a acostarse. Se pasea, muy agitada, a lo largo y a lo ancho, con pasos bruscos. Únicamente por la mañana consiente en reposar un poco, sentada en una silla.

El 7 de octubre pregunta por Blasio. ¿Está todavía en Roma? ¿Dónde? Que lo llamen. Recibe al joven secretario vestida de luto, arreglada con cuidado, porque no descuida su aspecto exterior. "Dulce y triste", quiere dictarle decretos a Blasio, que destituyen de sus funciones y de sus títulos, cargos y honores al conde Del Valle, a Del Barrio, al doctor Bohuslavek, a Kuacsevich, y a don Martín Castillo. A todos los acusa de haber conspirado contra la vida de su soberana. Blasio escribe —no puedo hacer otra cosa que obedecer— al mismo tiempo que observa a Carlota a hurtadillas. "Iba y venía por la habitación, tranquila en apariencia. De tiempo en tiempo levantaba yo los ojos para mirar su fisonomía. ¡Cuán cambiada estaba, Dios mío, en tan poco tiempo, por tantas emociones y sufrimientos! Su rostro estaba cansado y delgado, sus pómulos salientes y rojos; sus pupilas dilatadas brillaban con extraordinario resplandor, y cuando sus miradas no se detenían fijamente en un punto determinado, erraban, inciertas y hurañas, como si buscaran figuras ausentes o parajes lejanos..."

Antes de despedir a Blasio, le pide que envíe a Castillo a fin de que refrende los decretos que acaba de firmar. ¡Castillo, a quien ha destituido! Desconcertado, Blasio responde que el ministro no está en el hotel, que probablemente ya no está en Roma. "Poco importa, responde ella con tono firme. Buscadlo hasta que lo encontréis y traedlo lo más pronto posible". Con lágrimas en los ojos, el joven solicita el favor de besar la mano de la emperatriz. Se lleva consigo la visión de una recámara "de lecho suntuoso cubierto con un gran pabellón de seda", una recámara con sillones de brocado, donde, sobre el tocador, se halla un *nécessaire* de plata; y cerca del braserillo de Matilde, una mesa y sobre ella una cesta con huevos, y al pie de ella están atados los pollos vivos.

* * *

Se hace el vacío en derredor de Carlota. Los corredores del hotel están desiertos porque los criados han recibido orden de no mostrarse, por temor de exasperar a la emperatriz. Y todo el séquito se esconde. Excepto la señora Del Barrio.

Cuando la enferma no es presa de su idea fija de envenenamiento, parece completamente razonable y nadie supondría que padece alienación mental, afirma Velázquez de León que sostiene muchas conversaciones con ella. A él jamás le habla de venenos y siempre lo recibe de manera amistosa.

Su hermano deberá llegar el 7 de octubre. Aquella tarde está muy tranquila. Platicó durante dos horas con Bombelles que se encuentra en Roma desde la víspera, recordando a México, el recibimiento simpático de Roma, algunos recuerdos de su travesía y el recuerdo de don Jesús Terán que acaba de morir en París. En la noche se dirige a la estación. Desde que abraza a Felipe le recomienda que desconfíe de los alimentos del hotel. Excepto eso, razona de un modo muy sensato.

Al día siguiente por la mañana le ruega a su hermano que le compre un corazón de plata en el que se grabarán estas palabras: "A la santísima María, en agradecimiento por haberle salvado la vida el 28 de septiembre de 1866. Carlota, emperatriz de México". Hará que pongan este exvoto en la iglesia de San Carlos. En el desayuno, a cada plato, previene a Felipe: "Cuidado, la dosis es fuerte, no comas". Señala los objetos envenenados. Así, una navaja que tiene huellas de tinta seca está, según ella, cubierta de estricnina. Hace observaciones que testimonian su obsesión. "Ningún gran personaje muere de muerte natural: la reina Luisa en 1850, Palmerston, el príncipe Alberto, todos han sido envenenados". Pero durante la tarde, durante un paseo con la condesa de Flandes, se muestra alegre, perfectamente lúcida, e incluso admira a Felipe por el conocimiento que tiene de las cosas de Roma.

El día siguiente es más agitado. Carlota fue en visita de despedida a ver al rey y a la reina de Nápoles que quieren tranquilizarla: no tiene nada que temer, le dicen, de los alimentos que se le sirven. Ambos harían bien, replica ella, en cuidarse de no ser envenenados. Por la noche no quiere acostarse; dormita en un sillón o habla sin descanso de América, de los palacios que se construyen en México, de las costumbres del Nuevo Mundo.

El conde de Flandes es de opinión que hay que partir lo más pronto posible. Los médicos están de acuerdo: el *sirocco* sobrexcita los nervios de la emperatriz; debe salir de Roma. Felipe le pide a su hermana su parecer acerca de la idea de conducirla a Miramar. Allí podrá ella esperar el resultado de las negociaciones en curso con el Padre Santo. Éste, unos días antes, devolvió el proyecto de concordato entregado por Carlota cuando su primera audiencia, con una frase amable y su bendición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La emperatriz acepta y parte con su hermano el 9 de octubre. Únicamente Velázquez de León la acompaña a la estación, habiendo prohibido los médicos de cualquiera otra persona del séquito. ¿Por qué no ha venido ninguno de sus oficiales?, pregunta, admirada. Pero se contenta con una respuesta muy vaga. Felipe le ofrece el brazo y sube al vagón. Y detrás de ellos, el ministro de Bélgica y su esposa, el encargado de asuntos austriacos y los secretarios. El viaje transcurre sin incidentes.

En Miramar, el doctor Riedel, de Viena, reputado alienista, ve inmediatamente a la emperatriz. Prescribe reposo, aislamiento. Pero Carlota, en sus momentos de lucidez, se preocupa por los asuntos de México. Quiere dirigirse a Viena y a Bruselas para entablar nuevas negociaciones en favor de Maximiliano. Y luego, partirá de nuevo para México a bordo de un navío austriaco y pasará por Nueva York y Washington, visita que, sin tener nada oficial, hará buen efecto, según cree ella. También intenta burlarse de la vigilancia. La hallan de nuevo en el parque sin capa ni sombrero. Durante las comidas se informa de su marido. ¿Por qué no está en la mesa con ella? Sin embargo, más calmada, admite que está enferma y que debe cuidarse.

Siempre "perseguida por la idea fija de que quieren envenenarla", escribe el conde de Flandes (14 de octubre), acusa a Napoleón y a sus espías, pero también a su hermano e incluso a su marido, todos los cuales, dice, atentan contra su vida. "El motivo del envenenamiento y el promotor varían. Hoy es el emperador quien echa mano de este medio para deshacerse de una esposa que no le da un heredero", anota Eloin. Sin embargo, los doctores Julek y Riedel logran quitarle de la mente que Maximiliano quiere matarla. Convencida al fin, se arroja al cuello de Jilek, sollozando de alegría, aliviada de una pesadilla.

Los médicos se esfuerzan en asegurarle a la enferma un género de vida que le permita desviar su atención a todas las causas que hayan provocado la excitación cerebral. El 4 de noviembre Carlota parece completamente bien. Es día de su cumpleaños y recibe un telegrama de Maximiliano que es para ella una alegría. Recibe amablemente a sus visitantes, la princesa Auersperg, Bombelles. Responde con alegría las cartas y despachos de felicitación enviados por la familia imperial. Pero por la tarde todo cambia. Los músicos que vinieron a petición suya, le parecen asesinos.

La recaída es grave. Ahora, de nuevo, todos los que ven a Carlota "están pagados para apoderarse de ella". Se rehúsa

a beber agua. ¿No le ha contado Maximiliano que habían intentado en Orizaba envenenarlo con un vaso de agua? Torturada por el miedo, injuria a Jilek. Los médicos, por otra parte, no se sorprenden. La mejoría no podía continuar de un modo tan rápido.

No puede resistir ninguna actividad seguida. Leer, tocar el piano, pintar, todo la fatiga sin interesarla. Únicamente la política despierta todavía su interés; pero la interpreta según el Apocalípsis de San Juan visto por Alberto Durero. Maximiliano es, a sus ojos, "dueño de la tierra y soberano del universo". Estas ideas parecen serle sugeridas, dirá Felipe, perspicaz, "por su excesivo deseo de ser la soberana de no importa qué y no importa dónde, que la empujó al asunto mexicano" (9 de julio de 1867).

E incluso ya no experimenta aquella necesidad de escribir, hasta hace poco tan imperiosa en ella. Le causa placer recibir cartas, pero tiene "el espíritu demasiado fatigado" para contestarlas.

Riedel ordena entonces "alejar de ella a todo individuo, toda conversación, que pueda llevar de nuevo a su espíritu enfermo hacia sus ideas fijas". Establece un empleo de su tiempo: levantarse a las siete y acostarse a las nueve. Baños tibios prolongados. Comidas con el menú que indique la emperatriz. Alimentos sanos pero no demasiado abundantes a fin de que la enferma, teniendo hambre, no los rechace. Paseos en el parque, a veces en barca. Juegos de cartas.

Carlota se halla aislada en el pabellón del parque, en aquel *Gartenhaus* en donde a Max le gustaba retirarse para soñar, en donde se había encerrado, presa de una crisis de desesperación, después de haber aceptado el trono mexicano. Las ventanas tienen persianas; la puerta principal está condenada.

Se pasa días y semanas sin ninguna perturbación, pero "subsisten las ideas fijas y reaparecen en el momento menos pensado", escribe la princesa Clementina de Orleáns. Y Felipe cree que "la curación, si se produce, todavía está muy lejos".

Lejos de los suyos, fuera del mundo, Carlota parece resignada. "Si permanecemos calmada, dócil y sumisamente, es que comprendemos que hay una regla, una voluntad impuesta. Aun cuando estemos libres, uno se siente prisionera", le dice a Eloin. ¡Prisionera! Y definitivamente vencida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

¿ABDICARÁ MAXIMILIANO?

Octubre de 1866: Maximiliano está enfermo, debilitado por uno de aquellos accesos de calentura intermitente que lo atormentan desde hace muchos meses y por una disentería tenaz, agotadora; además tiene el estómago destrozado y padece de una enfermedad crónica de la garganta. No obstante, a pesar de las preocupaciones, de los males físicos, no ha perdido aún toda esperanza. A principios del mes, la legación mexicana de París recibió de él un telegrama anunciando el buen entendimiento que reina en México entre todas las clases y la organización completa del nuevo gabinete.

El día 18 recibe dos despachos. Despachos que pretende Herzfeld tener mucha dificultad en descifrar. Maximiliano lo apremia: "Exijo la verdad; estoy preparado para lo peor". Es fuerza hablar. Desde Roma, Castillo da parte de la enfermedad de la emperatriz. "Una grave congestión cerebral". Y Bombelles, desde Miramar, hace saber que la emperatriz llegó, que ha habido consultas de médicos, que llegó de Viena el doctor Riedel. Maximiliano queda solo durante un momento para leer y releer esos textos. Luego llama a su médico, el doctor Basch. Con los ojos llenos de lágrimas, le pregunta:

—¿Conocéis al doctor Riedel?

—¿Riedel? —responde Basch admirado—. Es el director de la casa de alienados de Viena. Uno de los especialistas en enfermedades mentales.

¿Carlota, demente? Maximiliano se siente abrumado. Carlota, su más seguro apoyo. ¿Qué hará sin ella, sin su energía? Por la noche, midiendo a grandes pasos lo largo y lo ancho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la terraza del palacio, interroga al médico: según él, ¿no sería mejor que él, Maximiliano, saliera de México? Basch aprueba calurosamente esta idea. Pero, vuelve a decir Maximiliano, ¿se creerá que vuelvo a Europa solamente por causa de la enfermedad de la emperatriz? ¿Y qué dirán Herzfeld y Fischer? Herzfeld seguramente pensará como yo, afirma Basch. En cuanto a Fischer, "es un sacerdote, y a pesar de la honorabilidad que yo le suponga, colocará siempre los intereses de su casta por encima de los intereses de Vuestra Majestad", añade.

Vacilante como siempre, el emperador hace venir a Herzfeld y a Bilimek, el sabio, mucho más preocupado por la botánica y la entomología que por la política. Ambos comparten la opinión de Basch. Maximiliano decide salir de la capital y dirigirse a Chapultepec en donde se encerrará para escaparse de los que lo criticarán. Desde allí partirá el 21 de octubre para Orizaba. Orden del médico, dirá Basch. El emperador tiene necesidad de cambiar de aires, de estar en calma. En cuanto a Herzfeld, que tome las medidas necesarias.

Éste, sin pérdida de tiempo, previene al comandante de la corbeta austriaca *Dandolo* que se mantenga listo para aparejar. Pero como este oficial está a las órdenes de Francisco José que puede oponerse al retorno a Europa de su hermano, Herzfeld cree prudente apelar al conde Rességuier, amigo personal del emperador, recomendándole el secreto: ¿le será posible hallar un barco de vela que pueda transportar a catorce personas, Maximiliano, su séquito y los más preciosos objetos?

Desde el momento en que Fischer sabe las noticias, encabeza a la oposición, encabeza a todos los políticos que tienen interés en que se mantenga el imperio, y se presenta en Chapultepec. Pero Maximiliano se rehúsa a recibirlo. Se rehúsa también a ver a Lares, el primer ministro, que le trae la renuncia colectiva del gabinete. Sabiendo esto, Fischer va a donde se hallan los ministros y sin preámbulos les demuestra el error que han cometido. ¿Quieren impedir la abdicación? Ahora bien, oponiéndose a la partida del emperador, aumentan la desconfianza de éste. Que lo dejen partir para Orizaba. Habrá tiempo para discutir, para hacerlo que vuelva sobre su decisión.

Cuando le remitieron la renuncia del gabinete, Maximiliano, en el estado de debilidad y de confusión en que se halla, no reaccionó. Incapaz de encontrar otra solución, recurrió a Bazaine por medio de Herzfeld. El mariscal juzgó que, en las actuales circunstancias, y para evitar temibles complicaciones, valía más esforzarse en mantener el *statu quo*. Prometió que se tomarían medidas para que el gabinete permaneciese en su puesto. El emperador podía partir "con absoluta seguridad". E hizo venir a Lares para mostrarle los peligros de una crisis ministerial.

Bajo estas presiones, cedieron los ministros. Uno de ellos, Arroyo, volvió la misma tarde a Chapultepec, encargado por sus colegas de hacerle saber al emperador que durante su ausencia asegurarían la regencia.

Antes de partir, Maximiliano quiere arreglar muchos asuntos. En primer lugar, el de los Iturbide. Doña Alicia y su esposo, Ángel, ambos inquietos por el giro de los acontecimientos, reclaman que se les entregue a su hijo. Hasta el momento actual, sus cartas y sus gestiones han quedado sin respuesta. ¡Ahora, qué importa! Maximiliano ya no tiene necesidad de un heredero, puesto que deja el trono. Hará que vuelva el pequeño Agustín con su madre, e incluso promete recomendar a la familia Iturbide con el gobierno que remplace al suyo.

Y toma disposiciones que conciernen a sus propiedades personales: la de El Olvido le será entregada al coronel Rodríguez, su ayuda de campo, y la cuadra a los oficiales de ordenanza. Pierron, su jefe de gabinete, se ocupará de Cuernavaca.

Sin embargo, ha empezado a propagarse el rumor de que el emperador invocará el pretexto de la enfermedad de Carlota para salir de la capital y preparar su retorno a Europa. Se murmura que el *Dandolo* está listo para hacerse a la mar, y que se ha transportado a él la colección de objetos de arte reunida por Maximiliano, ciento once cajas, al decir del cónsul norteamericano. Pero el gobierno desmiente esos rumores por medio de las columnas del *Diario Oficial del Imperio*. El emperador irá a Orizaba, sí, para descansar por orden de los médicos. Y también porque, más cerca de Veracruz, tendrá rápidamente noticias de la emperatriz. No es, por otra parte, la primera vez que se ausenta de la capital. Nada ha cambiado. Los ministros resolverán los asuntos acostumbrados y le transmitirán las cuestiones importantes.

El 21 de octubre, a las cuatro de la mañana, Maximiliano parte para Orizaba sin pasar por la capital, con una escolta de soldados franceses y de húsares austriacos. La partida fue apresurada, temiendo el emperador encontrarse en la capital cuando Castelnau llegara a ella. Convencido de que el emisario de Napoleón III le trae a Bazaine su orden de partida, prefiere no ver ni a uno ni a otro. En el camino de Orizaba, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ayotla, el cortejo imperial se cruza con el general Castelnau que va rumbo a la capital. Éste solicita una audiencia del emperador, el cual se rehúsa a recibirlo. ¿Para qué una conversación, ya inútil, puesto que abdica? Está ávido de reposo, de olvido.

En la hacienda de Zoquiapan en donde se hace alto, dicta una carta para Bazaine que manifiesta su estado de espíritu. Tiene un tema de preocupación: "descargarse de la responsabilidad que le toca". Indica sus voluntades: no más intervención de las cortes marciales en los delitos políticos; abolición de la ley del 3 de octubre; suspensión de las persecuciones políticas y de "toda especie de hostilidades". Que el mariscal se ponga de acuerdo con los ministros para tomar las medidas necesarias "sin que las intenciones expresadas en el primer párrafo de la carta se divulguen por poco que sea". Estas intenciones son "depositar mañana en manos de Bazaine los documentos necesarios para ponerle término a la situación violenta en que me encuentro, no sólo yo, sino también todo México".

* * *

Sin embargo, Fischer vigila. Partió en vanguardia a Orizaba. Conociendo bien a Maximiliano, sabe cómo actuar sobre él atacándolo por su punto débil, es decir, probándole que todavía es muy popular. Fischer, que se las ha arreglado para que el viaje dure mucho, organiza una manifestación de entusiasmo. Poco antes de la llegada a Orizaba, informan al emperador que se le recibirá calurosamente. Ha conservado muchos amigos en esta ciudad, se le dice. Sabiendo esto, le da orden a la escolta francesa que lo ha protegido de que permanezca en la retaguardia. No deben ver franceses en derredor de él. Entrará a caballo, seguido solamente de las personas más cercanas a él.

Se siente reconfortado con las aclamaciones que lo reciben. Y Fischer, que tiene sus propias ideas, lo instala en la propiedad de un cierto señor Bringas, clerical intransigente, "viejo pirata enriquecido por el contrabando y la filibustería", al decir de los franceses a quienes odia, porque pusieron fin a sus fructuosas actividades. En Jalapilla la estancia es deliciosa y Maximiliano experimenta una impresión de seguridad y de tranquilidad. Da paseos en coche en el curso de los cuales las personas lo saludan cortésmente. Con Basch y Bilimek, sale a caza de insectos y de mariposas. Su salud mejora

gracias al aire puro y a la calma. La fastuosa hospitalidad de Bringas le impide sentir que está secuestrado.

Fischer maniobra. Le es preciso desembarazarse de Herzfeld que no cesa de empujar a Maximiliano para que salga de México lo más pronto posible. Esta influencia es peligrosa. Hábilmente, Fischer muestra que la partida es una huida, idea insoportable para el emperador. Y le aconseja a éste enviar a Herzfeld a Europa para "preparar los caminos del regreso", y luego se las arregla para impedir toda entrevista entre el soberano y su amigo. Herzfeld embarca sin sospechar que le debe su desgracia y su partida al jesuita. Desde la Habana, siempre preocupado por la seguridad de Maximiliano, conjura a Fischer para que salve a éste. "Cada hora de retraso se convierte en un peligro terrible... Partid, partid de ese país que dentro de unas semanas será teatro de la más sangrienta de las guerras civiles... Por todos lados se aproxima la desgracia..." Fischer triunfa. Ya no hay nadie que contrarreste su acción. El 30 de octubre, el emperador le manifiesta su favor nombrándolo adjunto al primer chambelán, y encargándolo de arreglar sus asuntos personales, lo que aumenta todavía más su autoridad.

Llega entonces de Europa una carta que provocará gran turbación en el espíritu de Maximiliano. Eloin escribe que de ahora en adelante, "sin pudor", el gobierno francés ha arrojado la máscara: prueba de ello son el artículo que desautoriza la entrada en el ministerio de Osmont y de Friant y la misión del general Castelnau, hombre de confianza de Napoleón III. Evidentemente, buscan una solución. Pero para justificar su actitud, Napoleón quisiera que la abdicación del emperador de México precediese al retorno del ejército. Así le sería posible proceder sólo a la reorganización de un orden de cosas favorable a sus intereses. "Tengo la íntima convicción de que Vuestra Majestad no querrá darle esta satisfacción a una política que debe responder tarde o temprano de lo odioso de sus actos y de las consecuencias fatales que serán su consecuencia..." Y Eloin se apoya en argumentos a los que Maximiliano será particularmente sensible. "El abandono de la partida antes del retorno del ejército francés sería interpretado como un acto de debilidad, y el emperador, al tener su mandato por voto popular, al pueblo mexicano será al que deberá apelar nuevamente, al pueblo mexicano desembarazado de la presión de una intervención extranjera, y será a él a quien será preciso pedirle el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y crecer. En caso de que el pueblo respondiese con la negativa, S. M. podría volver a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Europa con su prestigio intacto". Eloin insiste en esta cuestión del prestigio. En efecto, el emperador puede estar llamado para desempeñar un gran papel en Europa. Austria, descontenta, reclama la abdicación de Francisco José, desalentado. "Las simpatías por V. M. se comunican ostensiblemente a todo el territorio del imperio. En Venecia, todo un partido quiere aclamar a su antiguo gobernador..." Así, pueden surgir "acontecimientos importantes", y muy bien podrían pensar en Maximiliano. ¡Qué perspectivas se abren en estas líneas! Si Francisco José Abdica, ¿quién sería regente durante la minoría de Rodolfo, quién, si no Maximiliano, el más popular de los archiduques? Después de la lectura de esta carta, Maximiliano murmura como para sí mismo: "¿Regresaré probablemente pronto a Europa?" Sí, pero es preciso actuar, y sobre todo, renunciar a esa partida inmediata que les haría tan bien el juego a los franceses, como dice Eloin.

* * *

Todo el mundo espera la noticia de la abdicación. Los franceses están convencidos de que Maximiliano partirá antes que ellos. Y Veracruz, la ciudad republicana, se prepara a empavesar, para festejar la partida del emperador. Entró un navío norteamericano en el puerto, el *Susquehannah,* que trae a un ministro, el cual esperará en el lugar mismo para presentarse al nuevo gobierno. A bordo se encuentra también el general Sherman que inspecciona los lugares con ojo avizor. "Todo indica la intención de los franceses de retirarse, y la del emperador que los precederá, porque la fragata austriaca *Dandolo* está lista..." Sabe que ya fueron embarcados los papeles y las colecciones de Maximiliano. Cuando un oficial de la marina francesa se presenta en el barco norteamericano, le asegura al general que, si hubiese llegado ocho días más tarde, Maximiliano ya iría navegando hacia Europa. Ya sería tiempo, porque los espíritus están irritados, el malestar es general, los partidos se agitan, las fidelidades vacilan, y son muchos los que, tomando sus precauciones, hacen doble juego.

Pero el 31 de octubre Bazaine recibió una carta de Maximiliano a propósito del cuerpo de los voluntarios austriacos y belgas, cuya primera frase lo ha intrigado. "En las difíciles circunstancias en que me encuentro, y que, si las negociaciones que acabo de entablar no llegan a feliz resultado, me forzaran a entregar el poder que la nación me ha confiado..." ¿Qué significan estas palabras? Bazaine, que conoce al emperador, olfatea la verdad. "...Aunque todas las apariencias hagan presentir una decisión definitiva de S. M. nada indica de manera absoluta que el emperador deba partir próximamente" (9 de noviembre). Ignora todo lo que pudo influir en el ánimo de Maximiliano, pero la cosa es evidente: éste ha cambiado de opinión.

En Jalapilla todo concurre a pesar sobre su voluntad vacilante y el doctor Basch observa este cambio en su actitud. El ministro inglés, sir Peter Campbell-Scarlett, vuelto de Londres, viene en visita a Orizaba donde permanece durante dos semanas. Ve mucho al emperador y conversa con frecuencia con el padre Fischer. Sus consejos, le dice a Maximiliano que tiene gran confianza en su juicio, "son puramente amistosos, porque la reina le ha recomendado mucho que no se mezcle en ese asunto. Pero, a título privado, se admira de la decisión de abdicar. Si se apelara al país, nada indica que el pueblo no escogería conservar el imperio. A condición de que los franceses se vayan, por supuesto. Después de su partida, una gran parte preferirá adherirse a la bandera imperial para salvar a México, antes que volver a caer en la guerra civil y sus consecuencias". No; el emperador no debe marcharse antes que la asamblea se haya pronunciado.

Se presentan delegaciones en Orizaba, las cuales traen peticiones suplicándole a Maximiliano que se quede. Y, supremo refuerzo, los generales Márquez y Miramón, enviados a Europa en el momento en que Maximiliano intentaba complacer a los liberales, llamados por los conservadores vienen a ofrecer sus servicios. Ambos, hombres conocidos, son muy populares entre los indios; uno, Márquez, astuto, artero, cruel; el otro, Miramón, fogoso, orgulloso, lleno de ambición. Ambos hacen vibrar en Maximiliano la cuerda sensible: ¿Puede un descendiente de Carlos V dejarse expulsar de México por un teniente de Bonaparte? Aluden a componendas secretas entre París y Washington para la elección de una personalidad mexicana capaz de ocupar el lugar del emperador. La llegada de Castelnau, dicen, debe tener por objeto precipitar la partida de Maximiliano.

El 8 de noviembre, una carta de Pierron turba mucho a Maximiliano. El embajador de Austria recibió orden de declarar oficialmente que su gobierno no autorizaría a Maximiliano a dirigirse a Miramar ni tampoco a ningún otro lugar del territorio austriaco. Al día siguiente, una nueva carta rectificando la precedente: el gobierno austriaco le prohibiría a Maximiliano la entrada en el país si hacía publicar por sus agentes diplomáticos, como emperador de México, una circular

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reclamando su derecho de sucesión en Austria. ¿En qué se basan esas cartas? En simples rumores, sin duda. Como quiera que sea, Fischer se sirve de ellas diestramente para prolongar este periodo de vacilación que sirve a sus propósitos. Cada día que pasa, es un día ganado.

No obstante, Maximiliano continúa escribiendo mensajes de adiós. "En el momento de separarme de nuestra querida patria..." que por lo demás no serán enviadas. E incluso en un telegrama a su madre le anuncia que se embarca para Europa. Se ocupa de la disolución de la corte; le dirige, para que se lo trasmita al mariscal, un despacho cifrado a Pierron en el que le da a conocer sus voluntades en lo tocante al cuerpo austro-belga y las deudas de la lista civil. Se preocupa porque aquellos que lo siguieron no sean abandonados, y le ruega a Bazaine que intervenga para que "el gobierno que se establecerá aquí después de su partida" mantenga los compromisos que se ha echado a cuestas.

Esta carta tiene el aspecto de un testamento. ¿Es éste el último acto? En esta ocasión, Bazaine ya no lo duda. Y para terminar con todo, redacta, de acuerdo con Castelnau y Dano, una nota que satisface todos los deseos del emperador. Pero este rápido consentimiento produce un efecto contrario al que esperan de él los signatarios. El 18 de noviembre, Bazaine recibe de Maximiliano un despacho "urgente y confidencial", en el que, al mismo tiempo que le da las gracias por el arreglo de los asuntos que le tocan de cerca, añade: "Pero queda aún por arreglar el definitivo, un gobierno estable para la protección de los imperialistas comprometidos". E invita al mariscal a que venga a verlo. Bazaine se abstiene: teme una trampa.

*
* *

Todavía está indeciso el emperador. Descontento por la negativa de Bazaine, aleja a los franceses de su alrededor. Y el padre Fischer alienta este estado de ánimo; le pone ante los ojos la correspondencia que mantiene con sir Peter Campbell-Scarlett; contiene extractos de los periódicos norteamericanos que acusan a Francia de proyectar una cesión de territorios mexicanos a los Estados Unidos de Norteamérica a cambio del reconocimiento de los créditos franceses por el gobierno de Juárez.

En una carta privada, el comandante Karl Krieckl de la legión austriaca, describe con lúcida pluma la situación que priva en ese mes de noviembre de 1866: "El emperador está

en Orizaba rodeado de aventureros y de caballeros de industria. Se halla ahora completamente en manos del partido clerical, y los generales Miramón y Márquez, que pertenecen a este partido, lo halagan con falsas esperanzas. El emperador vacila respecto de lo que debe hacer. Malquistado con los franceses, quiere un día volver a la capital a pesar de ellos; al día siguiente, quiere embarcarse. Todo esto aumenta todavía más la confusión. Según mi opinión, lo mejor que pudiera él hacer, sería partir. La caída del imperio puede ciertamente retrasarse, pero no impedirse, porque el emperador se ha malquistado con todos los partidos".

Maximiliano no logra encontrar los términos de su abdicación. Los modifica sin cesar. Incapaz de tomar él mismo una resolución, recurre al consejo de los demás. Convoca a los ministros y al consejo a Orizaba para el 25 de noviembre, y entonces se decidirá respecto de la conducta que haya que seguir. Los conservadores que lo rodean, han logrado sus fines.

Unos días antes de la apertura de la conferencia, recibe al doctor Bohuslavek, el cual, habiendo llegado de Roma, le da todos los detalles acerca del estado de Carlota. Maximiliano se siente profundamente afectado con ello. El padre Fischer le recomienda a Blasio, que se presentó poco después, que no haga ninguna alusión a la demencia de la emperatriz a menos que el mismo emperador aborde ese asunto. Cuando Blasio ve a Maximiliano, éste le plantea mil preguntas acerca de su viaje, pero no dice palabra sobre Carlota. De allí a poco, sabrá —dice—, si permanece en México o si regresa a Europa. El secretario nota hasta qué punto las emociones y los recientes acontecimientos han marcado su rostro y alterado su humor. Nada ya de bromas. Y su cabeza, hasta hace poco de porte tan noble, está "curvada como bajo el peso de preocupaciones y penas".

El 25 de noviembre empiezan los trabajos de la conferencia. Vinieron dieciocho consejeros, entre ellos cuatro ministros. El emperador, vestido de gris muy sencillamente y sin la menor condecoración, pronuncia de pie un discurso muy breve. No quiere, declara, tomar una decisión definitiva sin haberla deliberado con sus consejeros fuera de toda ingerencia francesa. Después de haber saludado a cada uno de los asistentes, se retira y se va a caza de mariposas con Basch y Bilimek, en tanto que los demás discuten su suerte con animación.

En la votación, ocho se pronuncian por la abdicación y diez por el mantenimiento del imperio (entre éstos últimos, cuatro votos son de ministros). Pero para sostener el imperio, se necesita dinero. ¿Dispone el gobierno de recursos suficientes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para sostener, él solo, la lucha sin ayuda extranjera? Nueve opinan que sí, y nueve opinan que no. Como Lares, por ser presidente, tiene doble voto, y ha votado por el sí, gana este partido. Se les informa a los opositores que es posible obtener quince millones de pesos y formar un ejército de treinta mil hombres, de los cuales dieciocho mil están ya bajo las armas.

Algunos de los miembros del Consejo se obstinan: es preciso exponerle francamente la solución al emperador y hacerle comprender que la única solución es abdicar. Es inconveniente comprometerlo más porque no hay salida para él, repiten don Luis Robles Pezuela, don Juan de Dios Peza, y don Francisco Somera. Se pasan por alto sus objeciones.

Y el 28 de noviembre, ante las conclusiones de sus consejeros, Maximiliano decide permanecer en México. Recibió una carta de Gutiérrez que reforzó su determinación. A pesar de los rumores que corren, escribe el viejo partidario, se sabe bien que el emperador, fiel a las tradiciones de los Habsburgo, no piensa en abandonar su puesto a la hora del peligro. Un soberano debe consagrarse al Estado y a la patria. "¿Qué general abandonaría su mando en el momento de librar una batalla, por alguna razón personal, por grave que pueda ser? La emperatriz sacrificó su salud, y hubiese sacrificado su vida, y todo el mundo la admiraba. Aclamarían al emperador si mostrara el mismo valor, el mismo amor por el sacrificio. Podría salir victorioso, y la emperatriz, curada, podría volver cerca de él. Si fracasaba, tendría a lo menos el sentimiento de haber empleado todos los medios humanos y de haber mantenido su honor y el de su familia". Maximiliano no resistía este lenguaje.

Conserva, por otra parte, algunas ilusiones. Una vez partidos los franceses, la situación puede volverse en su favor. ¿No dijo él mismo hace poco?: "Sé que la presencia de los franceses es un obstáculo que les impide a los mexicanos manifestar su afecto por mí; es necesario tener paciencia". Y luego, abdicar el poder en manos de extranjeros, sería una traición. Ningún Habsburgo actuaría de esa manera.

Con su propia mano estipula "las condiciones con las que permanece". Arreglos para romper los lazos con los franceses, negociaciones con Estados Unidos, medios para procurarse dinero, organización del ejército, anulación de la Ley del 3 de octubre, mantenimiento de la corte marcial sólo para bandidos y ya no para los crímenes políticos. Tales son los puntos principales de su programa de acción. Luego piensa en los términos de la proclama que le dirigirá a su pueblo. Muchas veces corrige el texto de ella. Con gran estupor de sus consejeros, anuncia en este manifiesto la convocación de un congreso. Les prohíbe a aquellos que modifiquen una sola palabra. Si el congreso se pronuncia contra el imperio, le declara a Blasio, volverá de inmediato a Europa.

* * *

En el puerto de Veracruz, la fragata norteamericana espera el anuncio del retorno de Juárez a México. Bazaine no se ha sorprendido por la llegada de este navío de guerra, porque el almirante Didelot, comandante de las fuerzas francesas del Atlántico, lo puso sobre aviso de la misión de Sherman. Por otra parte, Marcus Ottenbourg, encargado del consulado norteamericano en la capital mexicana, vino para informarse cerca de él para saber cómo, llegado el caso, recibiría a los norteamericanos si éstos se presentaban en la capital. De la manera más cordial, respondió, y con todos los honores militares debidos al general Sherman. Incluso se le concederá el honor de pasarles revista a las tropas francesas. Pero Sherman hace saber que no se dirigirá a la capital mexicana sino por invitación expresa del mariscal Bazaine, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario. Invitación que, por evidentes razones, el mariscal no puede hacer.

A pesar de todo, se propaga el rumor de que se han emprendido conferencias franco-norteamericanas. Incluso se habla de un "tratado". Sí y no. Hay un acuerdo de principio entre París y Washington a propósito del retiro de las tropas francesas de México. Pero, en cuanto al régimen futuro de este país, los dos gabinetes tienen opiniones divergentes. El gobierno norteamericano sabe que Napoleón III, preocupado por organizar la sucesión de Maximiliano, hizo entablar negociaciones con el general Ortega, defensor de Puebla. Ahora bien, los Estados Unidos de Norteamérica quiere conservar a Juárez a quien no han cesado de aprovisionar de armas y hombres, y maniobran para que se le adhieran todos los jefes opuestos al imperio. Seward le ha dado instrucciones a Lewis Campbell, el nuevo cónsul, para contrarrestar la acción de los franceses y para prohibir que se reconozca, en cualquier caso que sea, al "príncipe Maximiliano"; para dirigirle todos los comunicados al presidente Juárez; para prohibir toda estipulación con los comandantes franceses y con todo partido que tuviese tendencias a oponerse a la administración de Juárez. Sin embargo, Campbell está autorizado a "conferenciar" con los demás

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partidos o agentes, si fuese necesaria una conversación excepcional.

Washington declara también: "Es posible que se lleven a cabo algunos movimientos de fuerzas norteamericanas de tierra o de mar sin intervenir en los límites de la jurisdicción de México, ni violar las leyes de la neutralidad, sino únicamente para favorecer la restauración de la ley, del orden y del gobierno republicano del país". Es decir, del régimen aprobado por Estados Unidos.

Pero, por el momento, la misión de Campbell permanecerá en letra muerta. El 1 de diciembre, Maximiliano lanza una proclama a su pueblo y, al día siguiente, el *Susquehannah* leva anclas. El emperador no abdica.

* * *

"Mexicanos:

"Circunstancias de gran importancia relativas al bienestar de nuestra patria, que han adquirido gran fuerza por causas de desgracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que deberíamos devolver el poder que nos habíais confiado".

"Pero los ministros y el Consejo de Estado juzgaron que el emperador debería conservar el poder. Creímos que debíamos acceder a sus instancias, anunciándoles al mismo tiempo nuestra intención de reunir un congreso nacional sobre las bases más amplias y más liberales, en el que todos los partidos tendrán acceso. Este congreso determinará si el imperio debe subsistir..."

En este caso, será él quien promulgue "las leyes vitales para la consolidación de las instituciones políticas del país". Actualmente, se ocupan en proponerle al emperador las medidas oportunas y dar los pasos necesarios para que todos los partidos se presten a un arreglo sobre esta base. "Mientras tanto, mexicanos, contando con todos vosotros, sin exclusión de ningún color político, nos esforzamos en proseguir con valor y constancia la obra de regeneración que vosotras le habéis confiado a vuestro compatriota,

Maximiliano".

Esta proclama, obra personal de Maximiliano, que no tiene en cuenta absolutamente las realidades mexicanas, admira un poco a los que lo rodean, pero el hecho es incontestable: se

queda, y los conservadores no piden nada más. Al presente, está en sus manos.

En cuanto al emperador, está en paz consigo mismo. "Mi posición es la de un centinela que, fiel a su reglamento, permanece de facción hasta que lo releven de manera legal". Permanece un tanto en Orizaba cuyo clima le sienta bien, y se pondrá en camino para la capital el 12 de diciembre. La partida es triste. Maximiliano, muy emotivo, está abrumado de presentimientos, de temores, de ansiedad. Aquí, descansó verdaderamente. ¿Qué le reserva el porvenir? Durante el viaje, en Perote, en San Agustín del Palmar, se le recibe con entusiasmo en las haciendas, pero también con sorpresa, porque todo el mundo creía que había embarcado para Europa. Las personas sensatas hacen malos augurios acerca de este cambio y dicen abiertamente que su presencia reanimará la guerra, una guerra más sangrienta que nunca. Consideran con inquietud —porque inspira simpatía— a este desdichado Habsburgo, presa y víctima de los conservadores. En la carroza rodeada de soldados donde se halla el emperador, Blasio tiene la impresión de que todos están prisioneros, y lo obsesiona un recuerdo que no logra arrojar de su mente: el de Luis XVI regresando de Varennes.

En Europa creían en el retorno de Maximiliano, y Bombelles se dirigió a Gibraltar para recibirlo. El conde de Flandes dio un suspiro de alivio. "He aquí, pues, el final de esta deplorable aventura que hubiera valido infinitamente más no haber intentado". Pero a fines de diciembre, habiendo sabido la nueva decisión de su cuñado, le escribió tristemente a su tío, el duque de Nemours: "Parece que Max, en vez de volver a Europa, intentará la fortuna imperial con sus propios medios. Creo que su caída será más violenta de lo que hubiese sido, si se hubiese marchado ahora".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

EL CAMINO DE QUERÉTARO

El obispo de Puebla puso su encantadora casa de campo de Xonaca a disposición del emperador, el cual se instala en ella durante quince días. Maximiliano pasará la mayor parte de su tiempo en herborizar, ejercitar al tiro con pistola en los jardines, para mayor provecho de su salud. No lo verán casi en la ciudad; únicamente dos o tres veces. Pero se invita a algunos notables a que lo visiten.

Le llegan noticias que juzga alentadoras. Pierron le hace saber "que el mariscal se muestra muy interesado por todo lo que concierne al imperio", y que, probablemente, puede todavía esperarse algo por ese lado. ¿No declaró el mariscal ante Pierron que si S. M. conservaba las riendas del gobierno, las tropas francesas podrían quedarse en México hasta noviembre de 1867? Por otra parte, Márquez telegrafía que los mexicanos se irritan por las intervenciones de Dano y de Castelnau que empujan a la abdicación, mientras que el trono de Maximiliano "está sostenido y defendido por todas las clases de la sociedad mexicana". Finalmente, el conde Ressé-guier, desde Nueva York, pretende que el retorno de Maximiliano a la capital causaría buena impresión en los Estados Unidos de Norteamérica, y que después de la partida de los franceses se produciría una revirada en favor del imperio. Maximiliano les da crédito a estas noticias demasiado optimistas. Alentado de esta manera y maniobrado por el padre Fischer que no lo abandona ya, persiste en su resolución.

Se decide a recibir a Castelnau y a Dano que solicitaron una audiencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Los franceses están profundamente divididos. Bazaine, Castelnau y Dano desconfían los unos de los otros. Castelnau sospecha que Bazaine intenta contemporizar para evitar la abdicación de Maximiliano. En apoyo de sus suposiciones, invoca el testimonio de tres cartas, de las que dos provienen de personalidades mexicanas, el arzobispo de la capital y el subsecretario de Estado, Ramón Tavera, y la tercera del coronel austriaco Kodolich. Todas contienen en términos más o menos explícitos la indicación de que Bazaine sostiene la política de Maximiliano y de que se ha comprometido a mantener las tropas francesas en México en caso de que el soberano no abdique. Kodolich lo afirma rotundamente. En cuanto a Tavera, escribe que Bazaine afirmó: "...La política adoptada en último término por S. M. es la mejor y hubiera debido ser seguida en primer lugar". Cree, con el partido conservador, que el emperador "podría hacerle bien al país, que esperaba su retorno a la capital, y que, por su parte, él estaba dispuesto a apoyarlo, conformándose como siempre a las órdenes de su soberano". Y el obispo de México: "El señor Lares me ha informado que el mariscal Bazaine deseaba el retorno del emperador, y que el emperador Napoleón deseaba la misma cosa".

Para comprometer formalmente a Bazaine, y para obligarlo, sin que lo pareciese, a una declaración que contradiría las palabras que se ponen en su boca, Castelnau juzga hábil invitarlo con el ministro Dano para redactar, juntos, una nota que firmarán los tres y que le será trasmitida a Napoleón III. En esta nota declaran "que después de haber examinado en todos sus aspectos la cuestión mexicana", la abdicación del emperador es "a sus ojos, la única solución posible" para salvaguardar todos los intereses que están de por medio, y principalmente los intereses franceses (8 de diciembre de 1866).

Bazaine firma, pero, en el fondo, es menos absoluto que los otros dos, sin duda porque conocen mejor la situación. Lo que quiere, y así lo señalan sus informes al ministro de Guerra, es no estorbar la nueva experiencia intentada por Maximiliano. "Haríamos muy mal en suscitarle dificultades al poder que hemos contribuido para elevar". Puesto que el emperador ha decidido mantenerse con sus propios recursos, "ha terminado nuestro papel; ya no nos queda sino retirarnos lo más prontamente posible. Estaré listo para embarcar todas las tropas posibles a principios de febrero". Para él, el interés francés es sostener a Maximiliano porque "cualquier otro gobierno

que el gobierno imperial" le rehusará "sistemáticamente" a Francia garantizarle sus derechos y reclamaciones. Finalmente, el 28 de diciembre expresa claramente su pensamiento y su actitud. "Consideré y considero todavía nuestro interés, durante nuestra presencia en México, de sostener el imperio, en tanto que crea poder vivir por sus propios medios".

Dano, por su parte, que mantiene correspondencia con Montholon, representante de Francia en Washington, deja que el mariscal ignore todas las discusiones mantenidas entre el gobierno francés y el norteamericano. Bazaine, sabrá, por casualidad, la existencia de esas negociaciones, por uno de sus oficiales de ordenanza casado con una norteamericana.

* * *

Desde el momento en que se firmó la nota del 8 de diciembre, Castelnau y Dano tratan de ver a Maximiliano para intentar un último esfuerzo en favor de la abdicación, poniéndole ante los ojos ese documento. Pero allí está el padre Fischer, y Maximiliano obedece sus consignas. El emperador recibe a Castelnau, pero solo. En el curso de la conversación habla de su mala salud y, con este pretexto, se rehúsa a abordar los asuntos importantes. A las preguntas de Castelnau responderá, dice, esa misma tarde por medio del padre Fischer que está al corriente de todo.

El jesuita va a visitar a Castelnau y echa mano de todos sus recursos de seducción, que es grande. Halaga al general. "El emperador, a quien habéis complacido, no quiere entenderse sino con vos porque vos representáis personalmente a vuestro emperador. Con vos podrá él tratar de soberano a soberano. No quiere tratar con Dano, inflexible, antipático. Para tener éxito, es preciso suplantarlo y negociar vos mismo". Sin embargo, Castelnau desconfía. ¿En cuánto tiempo, pregunta, puede esperar una respuesta definitiva? En un mes, responde Fischer que quiere ganar tiempo.

Habiendo puesto al corriente Castelnau a Dano, deciden ambos solicitar oficialmente una audiencia. Y Maximiliano los recibe el 22 de diciembre. Exponen la situación sin disimular sus peligros y su gravedad, y luego le entregan al emperador la nota del 8 de diciembre.

Maximiliano mira el papel y se informa de la fecha. ¿El 8 de diciembre? "¡Oh!, dice; yo tengo otra comunicación más reciente. He aquí un despacho telegráfico que recibí ayer en la tarde, del mariscal. Me dice que después de madura

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reflexión, está convencido de que la única solución posible es la de sostenerme en el poder. Me compromete a persistir y a impulsar vigorosamente la guerra armando sólidamente a Márquez, a Miramón y a Mejía. E incluso me propone armas y me asegura su apoyo hasta el último momento de la ocupación".

Y les muestra el papel a sus interlocutores estupefactos, sin por otra parte dejarlos que lo lean. Castelnau recobra primero la palabra: "Sire, dice, le dejo al mariscal la responsabilidad de su cambio de opinión. En cuanto a mí, encargado por el emperador Napoleón III de la misión de hacer que las tropas se rembarquen, la llevaré a cabo sin evasivas y sin debilidades. Por otra parte, he recibido confirmación de las órdenes que me fueron dadas a la partida". Y saca un despacho fechado en Compiègne el 13 de diciembre. "Evacuación deberá quedar terminada en marzo. Repatriad a la legión extranjera y a todos los franceses, soldados u otros, que deseen volver, así como a las legiones austriaca y belga si lo piden. Los transportes partirán de aquí a fines de diciembre".

Maximiliano permanece inquebrantable. No abdicará. Indica su plan de acción para lo porvenir, sus ideas, su esperanza, enumera sus quejas contra Bazaine a quien acusa de ser versátil, ávido, ambicioso, que aspira al gobierno de México. Él ha tomado partido: esperará la decisión del Congreso. Si no le es favorable, se retirará y, convertido en simple particular, consagrará su tiempo a escribir la historia de su reinado. Tiene todos los materiales a mano para darle sorpresas a muchos personajes que, probablemente, no se las esperan.

Castelnau y Dano no pueden hacer otra cosa más que enmudecer y volverse a la capital, descontentos de Maximiliano y resentidos contra Bazaine.

* * *

Maximiliano deberá entrar de nuevo en su capital. Sale de Puebla el 3 de enero de 1867, escoltado por húsares austriacos y gendarmes mexicanos. Pernoctan en San Martín, a donde vino a su encuentro el general Márquez con mil hombres. Durante el camino, en Buenavista, la princesa de Salm-Salm lo ve pasar en su carroza tirada por cuatro mulas blancas, con el padre Fischer a su lado. El emperador tiene el aspecto de un hombre a quien conducen al cadalso, observa el coronel que manda el cuerpo belga. En cuanto al doctor Basch, tiene la impresión de que una "mano amistosa e invisible parece retener a Maximiliano e impedirle ir hacia su destino, porque el emperador viaja lentamente con paradas frecuentes". Poco antes de la capital, numerosos séquitos de personajes en el candelero llegan a aclamar al soberano, pero, nota Blasio, no ponen en ello el corazón. Se siente que la confianza ha desaparecido.

El emperador no quiso habitar en Chapultepec, obsesionado por demasiados recuerdos amargos, ni el palacio de la capital que nunca le ha gustado. Eligió permanecer en la hacienda de La Teja, cercana a la capital, simple casa sin lujos que pertenece a un suizo inmigrado. Allí lo esperan los ministros, los consejeros y los altos dignatarios. Sus ayudas de campo se le unieron en Mexicaltzingo.

Apenas llegado, surge un acontecimiento de mal augurio. Durante la comida llega un despacho firmado por el coronel Lamadrid; trae la indicación de "muy urgente". Anuncia que Cuernavaca, a pesar de la resistencia de los imperialistas, acaba de ser tomada y entrada a saco por los juaristas que saquearon la residencia imperial. El coronel pide autorización para dirigirse allá de inmediato con su regimiento para arrojar a los liberales.

Al día siguiente, un nuevo despacho: Lamadrid reconquistó la ciudad. Pero después de haber perseguido al enemigo durante ocho kilómetros, fue muerto, al regreso, en una emboscada cuando regresaba en su agotado caballo. Maximiliano tiene lágrimas en los ojos. La pérdida de ese joven oficial de treinta y cinco años, lleno de fuego que siempre le fue adicto, le es muy penosa.

Sin tardanza, Maximiliano hace llamar a Bazaine a quien recibe con cordialidad. Ya no hay esperanza, declara el mariscal, habiendo dado orden Napoleón de repatriar a las tropas. Y el emperador no debería esperar hasta el último momento para retirarse. Maximiliano le asegura que no se hace ilusiones; los conservadores lo engañaron, y no será posible reunir un congreso. Pero no quiere que parezca como que arroja las armas y huye. También esperará para marcharse hasta tener la certeza de que su programa no podrá ser puesto en ejecución. Ahora le confía a Bazaine sus quejas contra Castelnau y Dano. Su insistencia está fuera de lugar, y su rigidez hiere. Amistosamente y aparentando haber olvidado sus rencores, expresados con tanta violencia tan frecuentemente, se desahoga con Bazaine que conoce así las acusaciones de Castelnau.

El mariscal se queja con Randon de esas acusaciones. Jamás ha intentado pensar en las decisiones de Maximiliano por maniobras secretas, pero, en conversaciones particulares, ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dicho frecuentemente que el soberano debería dar muestras de energía y apoyarse en el partido que lo llamó al trono. Refuta las tres cartas acusadoras escritas por Castelnau aportando rectificaciones. Niel, el nuevo ministro de Guerra, le responde "que termine tranquilamente su obra repatriando completamente a las fuerzas armadas que ha mandado con tanto acierto".

No obstante, tironean de Maximiliano de una parte y de otra. Algunos amigos suyos lo apremian para que regrese a Europa y le confía a Basch que cuenta con quedarse todavía algunos meses en México. "¿Será malo esto para mi salud?" pregunta. "No para vuestra salud, responde el médico, pero será a riesgo de vuestra vida".

Siempre indeciso, invita al mariscal y a algunos personajes importantes para que vengan al palacio imperial el 14 de enero de 1867, deseando "escuchar confidencial y amistosamente su opinión en un asunto de grave importancia". Bazaine va allá. Encuentra a treinta personas, ministros consejeros de Estado, generales, obispos. Pero no está allí el emperador. Bazaine está irritado. ¿Se retirará? No. Preparó una exposición de la situación y le da lectura. Desde el punto de vista militar: las fuerzas imperialistas son insuficientes para permitirle al gobierno desempeñarse en su plenitud. Sus operaciones serán combates parciales que mantendrán la guerra civil. Desde el punto de vista financiero: no pudiendo ser el país regularmente administrado, no puede proporcionarle al gobierno los medios necesarios. Será fuerza recurrir al empréstito, lo que aumentará el descontento de las poblaciones. Desde el punto de vista político: es dudoso que un llamado al pueblo le sea favorable al régimen actual. Es posible que el pueblo se eluda. "En resumen, creo —declara Bazaine— que S. M. no puede continuar gobernando al país en condiciones normales y honorables para su soberanía sin descender al rango de jefe de partido, y que es preferible, para su salvaguardia, que le haga entrega del gobierno a la nación".

Con estas palabras, se marcha, y al día siguiente le envía una copia de este documento al emperador. "Es ésta la sincera expresión de su manera de ver", le escribe.

Los ministros de Maximiliano contestan las declaraciones de Bazaine. Afirman que están listos los veinticinco mil hombres y los ocho millones de pesos fuertes prometidos. Y luego, "si faltan soldados, que se les reclute por la fuerza. Si falta dinero, que se lo cojan donde lo haya". De treinta y tres personas presentes, dieciseite, y entre ellas Fischer, se pronuncian por el mantenimiento del imperio, así pues, por la lucha.

Ocho, entre ellos monseñor Labastida, arzobispo de México, se abstienen. Los demás votan contra esta política.

Márquez pretende que si la situación militar se ha agravado, es por causa de la fluctuación creada por la noticia de la abdicación. Recibe al comandante de la plaza de la capital, donde empleará los grandes medios: se decretará una contribución de seiscientos mil pesos fuertes. Irán a la cárcel los que están obligados a ella hasta que hayan dado su contribución. Se pone en vigor la leva (o reclutamiento forzoso). Se enrolarán así ocho mil hombres que serán encerrados en las casernas y en los conventos.

En el fondo, Maximiliano, fiel a sus ideas liberales, no puede aprobar estos métodos. No existe ninguna confianza entre él y los conservadores que saben bien que no es de los suyos, pero, enganchados juntos, es preciso ciertamente soportarse. En su fuero interno, ¿está verdaderamente el emperador decidido a permanecer en su puesto? A principios de enero, habiéndole pedido Bazaine el navío *Dandolo* para repatriar a las tropas austriacas, respondió: "Estando ese barco dedicado exclusivamente a mi persona, no es posible darle otro destino". ¿No es esto decir que quiere conservarlo a su disposición?

* * *

En la capital, la atmósfera se torna más y más pesada. Una especie de zozobra inquieta reina en todos los medios. Son muchos los que se preparan para partir. Se sabe que es inminente la partida de los franceses y se temen disturbios. Quienes han tenido relaciones con ellos, personas del mundo o comerciantes, prefieren irse. También los extranjeros. Una compañía de ópera guarda sus equipajes apresuradamente. Y Josefa Iturbide, que ha permanecido en palacio hasta estos momentos, piensa irse a Europa.

Desde que Bazaine se pronunció abiertamente contra la política de los conservadores, éstos, por todos los medios, hacen surgir incidentes entre el ejército francés y las autoridades mexicanas a fin de que queden rotos todos los lazos entre Maximiliano y Francia. Los periódicos publican artículos insultantes para los franceses. *La Patria* ataca violentamente al ejército francés y Bazaine exige el arresto del autor y del gerente y asimismo la suspensión del periódico. Rechazo del ministro del Interior, quien arguye que la autoridad militar francesa ya no tiene ningún derecho en territorio mexicano puesto que el fin de la intervención ha sido oficialmente anun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciado. Que el mariscal trasmita sus reclamaciones por la vía diplomática.

Otro incidente: Márquez hace arrestar a un antiguo ministro de Juárez, don Pedro Garay, portador de un salvoconducto francés. Al rehusarse a ponerlo en libertad, el comandante francés de la plaza de la capital hace arrestar al general Ugarte, director de policía. Finalmente, los dos prisioneros son libertados al mismo tiempo.

El 25 de enero, el presidente del Consejo de Ministros, Lares, le dirige a Bazaine una carta ofensiva. El mariscal replica dirigiéndose directamente al emperador. "La inconveniencia de este lenguaje no se le pasará por alto a Vuestra Majestad... Creo que todavía puedo hacerle un servicio al emperador intentando ilustrarlo sobre las tendencias y las pérfidas insinuaciones de una facción que reúne pocas simpatías, y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener, o de la confianza que han sabido inspirar, para prepararle a Vuestra Majestad una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía, de humillaciones sin número..." Y le informa a Maximiliano que no quiere tener ya en el porvenir ninguna relación directa con la administración que dirige Lares.

En la misma noche, Bazaine recibe un pliego del palacio imperial. "Su Majestad me ordena devolverle a Vuestra Excelencia la carta adjunta, ya que no puede permitir que habléis de sus ministros en los términos que empleáis en ella. A menos que Vuestra Excelencia no juzgue oportuno dar una satisfacción respecto de esos términos, Su Majestad me ordena hacerle saber a Vuestra Excelencia que, en esas condiciones, no quiere en lo sucesivo tener ninguna relación directa con Vuestra Excelencia. Firmado, "Fischer".

La ruptura está consumada.

* * *

El 31 de enero, Maximiliano sale de La Teja para regresar al palacio de la capital. Razón oficial: el emperador debe estar en el lugar de los hechos para arreglar las cuestiones que exigen una solución inmediata. Razón secreta: la policía descubrió en los jardines de la hacienda a dos hombres que se quieren hacer pasar por ladrones, pero a quienes se supone que son agentes juaristas designados para matar o para secuestrar a Maximiliano.

Como quiera que sea, los acontecimientos son demasiado graves como para que el emperador no esté en la capital. Los franceses deberán salir de México el 5 de febrero. El 3 puede leerse en las paredes de la ciudad una proclama en la que Bazaine expresa sus votos por "la felicidad de la caballerosa nación mexicana"; en la que afirma que Francia no ha tenido ningún otro objetivo que establecer la paz interior y que jamás entró en sus intenciones "imponerle una forma cualquiera de gobierno contraria a sus sentimientos".

En una mañana clara, las tropas francesas, en uniforme de gala, se hallan reunidas en el Paseo. Desfilarán al través de las calles, con música a la cabeza y banderas desplegadas. Adelante, precedidos de espahís, cabalgan el mariscal Bazaine y el general Castelnau, lado a lado. La multitud mira sin manifestar sus sentimientos. Ni hostilidad ni alegría aparentes. Más bien una especie de inquietud inexpresada, nota Blasio. Ansiedad del mañana. ¿Qué sucederá, ahora que el ejército francés ya no está allí, con el trono de Maximiliano? Ciertamente, son pocos los que todavía creen en el imperio, pero, ¿por quién será remplazado?

Ese día están cerradas las ventanas del palacio imperial y los centinelas están colocados en el interior. Los balcones están vacíos. "Esa gran masa muda da la impresión de aislamiento", observa un espectador. Desde el tejado, tras una balaustrada, el emperador, envuelto en una gran capa gris, y disimulando su rostro con un gran sombrero, sigue con la mirada el desfile. No ha tenido lugar ningún adiós oficial entre Bazaine y él. Cuando desaparecen los últimos soldados, se vuelve hacia los que lo rodean. "Finalmente, ya estamos libres", dice.

* * *

Poco después del día de Año Nuevo, la archiduquesa Sofía le escribió a su hijo. Le da noticias de Carlota, la cual le envió "una carta tan hermosa, llena de afecto, y completamente razonable". Le cuenta la fiesta de Navidad, la reunión de la familia alegrada por cuatro presencias infantiles, los hijos y la hija de los hermanos de Maximiliano. Un hecho menudo la ha conmovido hasta las lágrimas: "Durante el desayuno, y después, se puso a sonar la música de su reloj de Olmütz, y tuve la impresión de que nos enviabas de lejos tu saludo al círculo de nuestra familia". Crueldad inconsciente esta evocación de una intimidad alegre, ante este hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre aislado, sin niños, que se debate en las peores dificultades. Sofía aborda en seguida el gran problema. "No puedo más que aprobar tu decisión de permanecer en México... porque así evitaste la apariencia de haber sido forzado a partir, cosa a la que tú jamás te hubieses decidido *de facto*... Y ahora que tanto cariño, simpatía, aprobación y quizá también un poco de miedo por la anarquía que seguiría a tu partida, te retuvieron en tu país, no puedo más que alegrarme de ello y desear de todo corazón que los ricos del país hagan posible que perseveres en la tarea. Los periódicos del día dicen que Campbell y Sherman, enviados por los Estados Unidos de Norteamérica, no han hallado en México las grandes simpatías por Juárez que esperaban, sino que al contrario, muchos partidos se combatían mutuamente. Aquí muchos se interesan en tu posición, que has sabido mantener tan bien a pesar de todos los obstáculos".

Y Sofía se sintió muy orgullosa cuando el príncipe Gustavo de Sajonia-Weimar declaró: "Debo decirle a Vuestra Alteza que hallo admirable al emperador Maximiliano, y que estoy también persuadido de que podrá sostenerse en México. He apostado una gruesa suma a que estará todavía allí en el mes de mayo..." Ante tales palabras, concluye la archiduquesa: "Debo desear que permanezcas en México durante tan largo tiempo como sea posible y que puedas hacerlo con honor..."

El mismo día, del joven hermano de Maximiliano, Carlos Luis: "Hiciste bien en dejarte persuadir de permanecer allá, a pesar de los dolores enormes que se abruman. Quédate y persevera también durante tan largo tiempo como sea posible en tu posición".

Sofía, sin embargo, vio a Herzfeld, conversó con él y éste pudo describirle la situación en toda su realidad. Debe conocer también la correspondencia del barón Lago, embajador de Austria en México, que no pinta un cuadro idílico de lo que sucede en México, él, que se esfuerza en impedirles a sus compatriotas que entren en el ejército nacional mexicano después de la disolución del cuerpo austro-belga. Sin duda prefiere creer lo que el mismo Maximiliano escribe. Ignora que, deliberadamente, él deforma la verdad.

* * *

Una vez partidos los franceses, el general Márquez hace publicar en la capital una proclama notable por su brevedad y cargada de amenazas. "Acabo de tomar el mando de esta

ciudad; como me conocéis, creo inútil deciros más". Fortifica la capital en prevención de una defensa eventual, y cada mañana, el emperador, a caballo, visita los trabajos.

Con su división, Miramón abrió la campaña contra los juaristas. Los principios son brillantes. El 29 de enero, gran victoria: toma Zacatecas, de donde huye Juárez. Por poco lo cogen preso, a él y a sus ministros. Cuestión de caballos: los caballos agotados de Miramón no pudieron alcanzar a los jinetes en fuga.

Los periódicos de la capital anunciaron y celebran a porfía este triunfo que, según ellos, augura bien de la campaña emprendida por los imperialistas. Ya Maximiliano se cree dueño de la situación. Le da sus instrucciones al general "para en caso de que éste lograra apoderarse de don Benito Juárez, de don Sebastián Lerdo de Tejada, de don José María Iglesias, de don Luis García y del general Negrete". Se les juzgará en consejo de guerra "conforme a la ley del 4 de octubre último, actualmente en vigor. Pero la sentencia no será ejecutada antes de haber recibido nuestra aprobación". Recomienda darles a los prisioneros un trato conforme a lo que exige la humanidad, sin descuidar por esto todas las precauciones necesarias para impedir una evasión.

Pero muy pronto la victoria cambia de campo. Seis días más tarde, Miramón es batido en San Jacinto por el general Escobedo. El desastre es completo: le toman veintidós cañones —toda su artillería—, se apodera el enemigo de veinticinco mil pesos fuertes, son hechos prisioneros quinientos hombres, entre ellos cien franceses que son ejecutados en el acto, porque los consideran como filibusteros. El hermano de Miramón, gravemente herido, con los dos pies rotos, es arrastrado sobre una silla y fusilado a la luz de unas velas. Orden de Juárez: una guerra sin cuartel.

Sabiendo esta derrota, Maximiliano comprueba que sus generales, lo mismo que su gobierno, no sostienen lo que prometieron. Nada de dinero, un ejército vencido, anarquía dondequiera, luchas sangrientas. En estas condiciones, ¿cómo reunir un congreso nacional? Es la pregunta que el emperador le plantea a Lares. Éste convoca el consejo de ministros. Ya no es cosa de mantener al régimen, sino de salvaguardar los intereses de los conservadores, de obtener una amnistía general para los partidarios del imperio. ¿Cómo? Por un entendimiento directo con Juárez. Para esto, es preciso que Maximiliano represente todavía una apariencia de fuerza con la que Juárez consentiría en discutir. Es preciso reunir, en una ciudad fiel, a generales y tropas nacionales y tomar el mando. Es preciso,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

finalmente, arrancar de la capital al emperador, pues allí quedan todavía muchos europeos que lo apremian a que se vaya, y rodearlo únicamente de mexicanos.

El 10 de febrero, Maximiliano hace llamar a Blasio: "Tomo el mando del ejército y nadie sabe a qué peligros estaré expuesto, le dice. Vos no sois soldado y no estáis obligado a seguirme". El secretario suplica que lo lleve y Maximiliano acepta, pero, sobre todo, que guarde el secreto.

Antes de partir el emperador organiza al gobierno. A Lares, la dirección de los asuntos políticos. El general Tavera mandará la plaza de la capital en donde quedan cinco mil hombres. Y Márquez se convierte en jefe del estado mayor de Maximiliano. Éste le escribe a su embajador en París, Almonte, para ordenarle que vaya a Londres. Misión importante, porque ahora Inglaterra da pruebas de gran amabilidad respecto de México, y es preciso intentar aprovecharse de ello. Los otros ministros que se hallan en Europa no deberán ni atravesar territorio francés, ni tomar un barco francés. Maximiliano fulmina el entredicho contra Francia.

¿Espera un milagro de última hora? ¿Espera llegar a ese entendimiento con Juárez que tanto ha buscado? Pero también, ¿no está acorralado hacia esta conducta?

Sin embargo, Bazaine, habiendo sabido el revés del ejército mexicano, intenta un último gesto para salvar al emperador. "Puedo todavía tenderle la mano a S. M. para ayudarlo a retirarse". Este telegrama está dirigido desde Acutzingo al general Castagny, encargado de la retaguardia, para que lo haga llegar a Dano, que ha permanecido en la capital.

Dano recibirá este mensaje el 16 de febrero. Le responde a Bazaine: "El joven emperador está menos que nunca dispuesto a aceptar ese ofrecimiento. Siento vivamente que se haya decidido a intentar aventuras. Se sentiría muy molesto si le sucediera alguna desgracia. Pero nadie podría retenerlo, y nosotros menos que nadie".

El día 13 de febrero, a las seis de la mañana, Maximiliano tomó el camino de Querétaro.

XVIII

EN QUERÉTARO

El día 13 de febrero, a las seis de la mañana, el emperador desciende por la escalera de honor del palacio imperial. En el gran patio lo esperan los que lo acompañarán: el general Márquez, el ministro de Justicia, Manuel García Aguirre, el doctor Basch, Blasio, ayudas de campo, algunos sirvientes.

Hay también allí oficiales austriacos. Desde que aparece Maximiliano, lo rodean, suplicándole que tenga a bien permitirles acompañarlo. Vinieron a este país, no por amor a México, sino únicamente por servirlo a él, su soberano. Si no siguieron a los franceses, es que quieren salvar a su emperador o morir con él. Maximiliano permanece inflexible. Les explica sus razones. Por vez primera se pone a la cabeza del ejército y no debe tener consigo más que mexicanos a fin de probar su confianza en ellos. Nada lo hará cambiar de opinión sobre este punto. Más tarde, ya se verá. Cuando se emprenda la campaña les hará un llamado a sus austriacos, a quienes les da las gracias por su abnegación y de los cuales aprecia el valor.

Abandona el palacio a las siete horas. Habiéndose guardado en secreto la partida, pocas personas ven el cortejo sin sospechar lo que sucede. La población sabrá la noticia más tarde. Al norte de la ciudad están las tropas listas para partir: dos mil hombres del regimiento de lanceros de la emperatriz que manda el coronel Miguel López, la guardia municipal a caballo y el regimiento de infantería de Joaquín Rodríguez; disponen de dieciocho cañones.

A unas doce millas, primer encuentro con las guerrillas que atacan la vanguardia. El emperador toma parte en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escaramuza. Silban las balas en torno suyo y, a sus pies, cae un soldado herido a quien cura el doctor Basch. Al cabo de algunas horas, el enemigo se retira hacia Cuautitlán, de donde lo desalojan los jinetes imperiales. Antes de entrar en la ciudad traen a un prisionero descubierto por una de las mujeres que siguen a la tropa en un foso lleno de agua donde se había hundido hasta el cuello. Se sabe por él que los atacantes, trescientos hombres, están montados y bien equipados. A pesar de las protestas de Márquez, que quiere ejecutar al prisionero, Maximiliano ordena que sea incorporado a la caballería.

En la ciudad, en la plaza de armas, se ofrece a los ojos de los imperialistas un horrible espectáculo: uno de los suyos, colgado por los pies a un árbol, ha sido despedazado a hachazos.

Sin embargo, en el curso de la comida, el emperador habla mucho y se muestra lleno de ánimo. La acción y el peligro lo han sacado de sus sombríos pensamientos. Le da broma a Blasio por la bravura que ha demostrado en su bautismo de fuego, bravura debida sin duda a los efectos del champaña ofrecido por el cura de la etapa precedente.

Al final de la comida llega el general Vidaurri, hombre de alta estatura, que tiene más el aspecto de un juez que de un soldado. Como profesa ideas liberales, es mal visto por los conservadores, y su adhesión al imperio le vale la enemistad de los juaristas. Maximiliano siente simpatía por él y espera que algunos elementos liberales seguirán su ejemplo.

Algunos húsares austriacos que quisieron seguir al emperador a pesar de él mismo, acompañan a Vidaurri. Y también el príncipe de Salm-Salm. oficial prusiano a quien Maximiliano conoció antaño. Cubierto de deudas, dejó Europa y tomó parte en la guerra de Secesión. Llegado desde hacía poco a México (1866), se topó con un recibimiento glacial y no ha podido hacerse admitir en la sociedad, aun cuando exhibió cartas de presentación de los embajadores prusianos, austriacos y franceses destacados en Washington. Al cabo de seis meses y de muchos esfuerzos, obtuvo el grado de coronel en el cuerpo auxiliar del general Neigre, en donde, por lo demás, se le mantiene aparte. Luego se adhirió al comandante del cuerpo belga, general Van der Smissen, cuyo favor ha logrado conquistar. Después de la partida de los franceses y de los belgas, intentó unirse a las fuerzas imperiales y se hizo admitir en el estado mayor del general Vidaurri. En el curso de su vida aventurera, se casó en los Estados Unidos de Norteamérica con una hermosa joven de origen francés, Agnès Leclerq, artista ecuestre y tan intrépida como él.

Hasta estos momentos lo ha seguido por dondequiera, incluso en los combates, y la buena sociedad la trata de soldadera. Se había convertido en figura familiar en la legión belga "centauro hembra", con su pequeño perro Jimmy en la silla de montar, visión refulgente bajo el sol tropical, vestida con su amazona gris plata. Ahora, por primera vez, su marido le exigió que permaneciese en Tacubaya. En vano echó pestes, gritó, lloró; él se mantuvo firme en su negativa. Ella tuvo que someterse.

Después de la comida, Maximiliano conversa largamente con Márquez y Vidaurri. Al día siguiente, jornada calmada. Se mantiene a caballo al lado de la columna. A veces se lanza al galope hacia adelante, y luego lo ven regresar lentamente. En cada etapa, si no encuentran albergue donde pueda reposar y comer, se instala bajo un árbol. Se le sirven sus alimentos y se tiende sobre las cobijas.

Cerca de San Francisco, una advertencia enviada a Márquez, hace saber que una tropa de seiscientos hombres prepara una emboscada en un lugar encajonado por donde deben pasar las columnas imperiales. Se envían adelante tiradores. Abren fuego sobre los juaristas que, protegidos por los árboles, rocían de balas a los imperialistas. Maximiliano, rodeado de su estado mayor, sigue de cerca a los batidores... Pero el camino está obstruido por un carro volcado. Los liberales, viendo al carro tirado por doce mulas y creyendo que conducía al emperador, abrieron fuego y las bestias enloquecidas se espantaron. Imposible avanzar antes que el terreno sea despejado. Mientras tanto, el emperador y sus compañeros se colocan bajo un árbol, blanco perfecto para el enemigo. Vidaurri le suplica a Maximiliano ponerse al abrigo tras una altura. "¿Queréis que abandone mi primera oportunidad de combate? No; está muy bien exponerme un poco". Detrás de la columna suena una explosión. Maximiliano da media vuelta y al galope se abalanza en dirección del estruendo. Es Márquez que ha hecho entrar en acción un cañón de montaña. Se necesitan tres horas para salir del desfiladero. Algunas guerrillas continúan su acoso, pero finalmente se dispersan los jinetes.

Llegan a Arroyo Zarco. Se había preparado, para los juaristas, una excelente comida. Los imperialistas le hacen completo honor. Al día siguiente, en La Soledad, reciben al emperador con ovaciones populares. El 17 de febrero, en San Juan del Río, en donde sus tropas se detienen después de una marcha forzada de sesenta millas, Maximiliano lanza una orden

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del día que será ampliamente distribuida. Anuncia que ha tomado el mando del ejército nacional. "Había deseado yo ardientemente desde hace mucho tiempo este día. Me retenían obstáculos ajenos a mi voluntad. Ahora, libre de todos los compromisos, puedo seguir solamente mis sentimientos de buen y fiel patriota". El deber de los ciudadanos, dice, es combatir por los dos principios sagrados del país, la independencia y el orden interior. "Ahora, libre nuestra acción de toda influencia y de toda presión extraña, queremos mantener en alto el honor de nuestra bandera". El emperador espera que el ejército dará ejemplo de obediencia y disciplina. "No creo necesario hablar de valor y de orgullo, porque esto es patrimonio de nuestro país". Nombró "al valiente general Márquez jefe de estado mayor, y le dio el mando de los cuerpos de ejércitos al general Miramón y al "intrépido general Mejía", y espera la llegada del "valeroso general Méndez".

Pasan la noche del 18 de febrero en Colorado, pequeña aldea a seis millas de Querétaro. El 19, a las nueve de la mañana, primera vista de Querétaro en su valle, pintoresca vieja ciudad colonial española a la que rodea una corona de colinas. Al este se contempla, en la altura del cerro de la Cruz que domina a los demás, el convento de la Cruz, especie de ciudadela rodeada de casas rechonchas como fortalezas. Numerosos campanarios se elevan a los cielos. Querétaro es una ciudadela de catolicismo donde el emperador es todavía muy popular. La elección es buena, desde el punto de vista político. Execrable, desde el punto de vista militar, porque difícilmente puede defenderse la plaza si no se dispone de efectivos importantes.

Para preparar la entrada se hace alto a una milla aproximadamente de la ciudad. Los soldados se esfuerzan en parecer presentables. El emperador, dejando su capa gris y su sombrero blanco, se viste un uniforme de general, pone en su cuello el gran cordón del Águila Azteca y cambia de montura. Descienden lentamente la montaña. A las once y media están a las puertas de la ciudad en donde esperan los generales Miramón y Mejía con su estado mayor. Al entrar en la ciudad, el caballo del emperador tropieza. Salm-Salm ve en ello un mal presagio, pero son pocos los que dan cuenta del incidente.

Recibimiento triunfal en todo el trayecto hasta el casino español en donde se instalará el emperador. Las calles, llenas de entusiasta multitud, aclaman al soberano con gritos de "¡Viva Maximiliano! ¡Viva la Independencia!" En todas las

puertas, en todos los balcones, colgaduras y banderas. Desde las ventanas, las mujeres arrojan flores.

En el gran salón del casino, el prefecto general Escobar, los funcionarios civiles y militares, reciben calurosamente al emperador, y todos, tras él, se dirigen a la catedral en donde se cantará un *Te Deum*. Luego, nueva recepción en el casino, en donde Escobar y Miramón dicen discursos que son aplaudidos con frenesí: "la posteridad le dará a V. M. el título de Grande".

Siempre sensible a las ovaciones populares, Maximiliano cree en ellas todavía. "La alegría, le escribe a Lares, era franca, no comedia". Se sintió conmovido con el desfile de las tropas y el canto del *Te Deum* por millares de voces. "El recibimiento que me hizo la población ha sido el más amable y lleno de entusiasmo. Lo mismo puede decirse de la recepción que se me hizo de parte de las tropas que están llenas de valor, de abnegación, y decididas a combatir por nuestros sagrados principios", le dice a Eloin. Su alegría, sin embargo, no es completa: falta dinero para pagarles a los soldados.

Agotado por tantas fatigas y emociones, no puede asistir al banquete preparado en su honor. En el curso de esta comida, los generales hacen brindis. Márquez, en el suyo, alude irónicamente a la temeridad juvenil de Miramón que acaba de sufrir una amarga derrota. Pálido como un muerto por la afrenta, Miramón se domina y levanta su vaso, por el ejército. La rivalidad entre los jefes mexicanos nunca deja pasar ocasión de manifestarse.

Al día siguiente, Méndez llega con su columna de cuatro mil hombres bien equipados, "los más fieles y los más aguerridos". El emperador los recibe fuera de la ciudad, les pasa revista, distribuye condecoraciones entre los oficiales y los soldados que obtuvieron recientemente un brillante éxito en La Quemada.

* * *

Desde su llegada, se ocupa Maximiliano en preparar la defensa de Querétaro, porque el enemigo avanza a grandes pasos. Dispone de alrededor de diez mil hombres en ese lugar, más los siete u ocho mil que están en México y en Puebla. Los juaristas tienen cuarenta y un mil. El ejército tiene buenos elementos. Lo que inquieta al emperador es la división entre los generales. Para tratar de atenuar sus efectos, tomó el mando supremo y le asignó a cada uno una tarea precisa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Márquez, jefe del estado mayor, aventurero de apariencia distinguida, es intrigante, astuto, cruel. "El tigre de Tacubaya": éste es su sobrenombre, porque se recuerda que en el curso de la guerra civil que precedió a la llegada de Maximiliano, hizo asesinar, después de un encuentro, a los estudiantes de medicina que habían llegado de la capital para curar a los heridos. Sin gran valor militar, está en guerra abierta contra Miramón.

Se le dio a Miramón el mando de la infantería. De ascendencia bearnesa y antiguo presidente de la República, no tiene real talento militar, a pesar de su reputación de hombre de gran valor. No puede admitir servir a las órdenes de Márquez, el cual le debe su grado de general.

Méndez, que manda la reserva, es enemigo de Miramón a quien acusa de burlarse del imperio y de no preocuparse sino de sus propias ambiciones. Es indio puro, muy bravo, enérgico, con frecuencia cruel, pero decente y sencillo.

Indio puro también, el general Mejía, jefe de caballería, hombre valeroso que conoce su oficio. Muy querido por sus compatriotas, ejerce sobre ellos gran influencia. Desde hace veinticinco años es fiel al Partido Conservador.

Maximiliano tiene cerca de él a un oficial de confianza, forma parte de sus más allegados desde su arribo a México, el coronel Miguel López, hombre bien parecido, de elegancia muy europea y jinete notable, pero de antecedentes dudosos.

Frente a los imperialistas, tres columnas con un total de veintisiete mil hombres, que llegan de puntos diferentes, convergen sobre Querétaro, a las órdenes del jefe del ejército republicano, general Escobedo. Este oficial de fortuna, antiguo contratista de transportes, vio en la carrera de las armas, en la que ha tenido éxito, un medio de alcanzar su objetivo secreto: la presidencia de la República. Es hombre de cuarenta años, severo, pero no cruel. En las situaciones difíciles le falta energía. Pero ha recibido órdenes estrictas en lo tocante a los partidarios del imperio y las llevará a cabo, por rigurosas que sean.

* * *

El 1 de marzo Maximiliano convoca un consejo de guerra para examinar el problema militar y financiero. Miramón y Márquez, de opiniones opuestas, se enfrentan. Uno propone un ataque rápido y enérgico antes de que los juaristas se hayan reunido. El otro juzga que es temerario salir de Querétaro

con tropas poco entrenadas. Más vale dejar que se concentre el ejército enemigo, caer sobre él con fuerzas sólidas y aniquilarlo "de un golpe". Prevalece esta opinión, porque Márquez ejerce fuerte autoridad sobre Maximiliano, siempre inclinado a escuchar a sus enemigos.

Pero, en el fondo, el deseo secreto del emperador son las negociaciones con Juárez que podrían culminar en una reconciliación sin intervención militar. Tiene siempre en la mente la idea del congreso. También ha enviado a Burnouf con Porfirio Díaz, el más brillante de los jefes liberales, quien, en ese momento, marcha sobre Puebla. Envió también a un agente, Antonio García, encargado de entrar en relación con Juárez, pero éste, resuelto a resolver la cuestión por medio de las armas, hace que se prolonguen las cosas.

La situación se torna más y más amenazante. Falta el dinero, a pesar de los mensajes apremiantes que envía a la capital el emperador. De los cuarenta y siete mil pesos fuertes que le fueron remitidos para gastos de su casa, no guardó más que diez mil. El resto, destinado a las tropas, pronto se agotará. Pero a pesar de sus reiterados llamamientos, nada llega, y se ve obligado a recaudar en la ciudad un préstamo forzoso de cincuenta mil pesos fuertes. Préstamo pronto cubierto por los habitantes, todos imperialistas convencidos, sin que hubiese necesidad de obligarlos. El general Vidaurri es designado ministro de finanzas, puesto capital, porque es preciso vigilar el empleo de cada peso. Cumple a maravilla. Juiciosa decisión: pone a medio sueldo a los oficiales, pero les da su paga completa a los soldados.

Cada día se reúnen los generales. Maximiliano, muy activo, visita las casernas y los hospitales. Siempre humano, vigila por que los heridos, sean de un campo o de otro, reciban los mismos cuidados. Visita en sus celdas a los liberales que están mortalmente heridos. Muchos de éstos pertenecen a viejas familias mexicanas. A algunos, como Castañeda, ayuda de campo de Escobedo, les envía al doctor Basch. Oficiales juaristas, temiendo ser fusilados, hostigan a Blasio a preguntas: ¿sabe lo que el emperador hará con ellos? El secretario los tranquiliza. Ninguno será fusilado. El emperador no quiere sangre. Nada de represalias por los correos que son fusilados cuando los liberales logran apoderarse de ellos.

En Querétaro, Maximiliano es popular. La tropa le es adicta y tiene confianza en él. Y a los civiles les gusta este emperador que se pasea a pie en las calles, con simple traje gris, mezclándose con la gente, pidiéndole lumbre a uno o a otro, porque fuma sin descanso. A veces se le ve a caballo, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traje nacional o en sencillo uniforme azul. Se sabe que cada mañana examina su correo que contiene numerosas peticiones de asistencia, las que generalmente son satisfechas.

Lleva una vida muy sencilla. Se levanta a las cinco, dicta sus cartas a Blasio, recibe visitas. En la comida siempre tiene algunos invitados. A las nueve se retira después de jugar un partido de billar. Por la noche reúne en su mesa a todos los antiguos lugartenientes presentes en la ciudad: algunos, como el coronel Rodríguez y el comandante Ontiveros, se cuentan entre los fieles de la primera hora: entre los que trajeron de Miramar la respuesta de Maximiliano aceptando el trono mexicano. Pueden evocar viejos recuerdos: las esperanzas del pasado. Se habla del presente, todavía prometedor a pesar de todo, aun cuando el imperio esté actualmente reducido. Únicamente las ciudades de Querétaro, México, Puebla Orizaba y Veracruz están todavía en manos de los imperialistas. Todo el resto del territorio fue ocupado conforme se efectuaba la evacuación francesa.

Se trata de defender Querétaro, corazón de la resistencia, a la que el enemigo amenaza por todas partes. Ya se reunieron Escobedo y Corona. El 6 de marzo empieza el asedio de la ciudad.

* * *

Aquel día, a las cuatro de la mañana, Maximiliano con su estado mayor salió de la plaza. Cuando llegan al pie del cerro de las Campanas, una de las colinas altas, despunta el día. La niebla es tan espesa que no se ve a dos metros de distancia. Pero los primeros rayos del sol la disiparán, y pueden entonces distinguir a las tropas imperiales en orden de batalla. A lo lejos, otra línea de soldados cuyas bayonetas brillan al sol. Son los republicanos. Maximiliano y su séquito pasan al galope ante sus hombres. Suenan los clarines y se oyen gritos entusiastas de "¡Viva el emperador!" La moral es excelente. Miramón arde por atacar de inmediato. Pero Márquez se opone: más vale permanecer a la defensiva, esperar a pie firme al enemigo, como ha sido decidido. Así, todos permanecen inmóviles, y cuando llega el crepúsculo, las tropas entran de nuevo en la ciudad. El emperador instala su cuartel general en el cerro de las Campanas. Él y sus generales se acuestan a la intemperie en lechos improvisados.

Al día siguiente por la mañana llega Blasio y comprueba que se están construyendo trincheras y parapetos. Los soldados

desmontan el terreno. La gente que vive por allí los ayuda a poner en posición los cañones. Maximiliano invita a su secretario a seguirlo. "Venid a mi oficina". Descienden por el lado norte de la colina por un sendero estrecho para llegar a una especie de caverna cavada en la roca, disimulada con arbustos. Dentro, un banco de césped.

—¿Qué os parece? —dice Maximiliano—. Aquí nadie nos molestará. Únicamente Basch y Severo (un criado) conocen este lugar que descubrí ayer por la tarde.

Blasio lee el correo y anota, en el margen, las instrucciones del emperador. Ningún ruido, excepto los gorjeos de las aves, y, de tiempo en tiempo, un disparo de fusil. A las diez, Severo trae el pequeño desayuno: pavo asado, carne fría, huevos, queso, pan y una botella de vino.

—Desayuno sencillo —observa Maximiliano— pero en la guerra como en la guerra.

Blasio extiende el mantel sobre el césped y ambos desayunan con buen apetito. Terminado el desayuno, el emperador se tiende sobre una manta que trae su valet de cámara y vigila el campo enemigo que se extiende todo ante la vista.

Hay calma hasta el 12 de marzo. En ciertas etapas se efectúan salidas: Méndez con el regimiento de la emperatriz; Miramón que trae importante botín, sesenta bueyes, cien cabras y gran cantidad de trigo. A veces, treinta o cuarenta jinetes van a desafiar a los liberales. La batería del cerro de las Campanas ensaya sus cañones. A lo lejos caen algunos caballos y sus jinetes. Después de dos o tres cañonazos la caballería se retira dejando los cadáveres tras ella.

El 10 por la mañana, los imperialistas pudieron durante tres horas seguir el espectáculo del ejército juarista al que se le pasaba revista. Por momentos se escuchaba, traído por el viento, el ruido de los clarines, como un desafío. Y el 11 los liberales hicieron estallar el acueducto que surte de agua a Querétaro. Desde lo alto de la colina se ven los surtidores de agua que inundan la llanura.

Los generales, temiendo un próximo ataque de los juaristas, le ruegan al emperador que no se exponga y que entre de nuevo en la ciudad. Maximiliano se niega terminantemente: su lugar está donde haya más peligro. Sin embargo, la calma se prolonga. Los liberales cambian de posiciones. Y los imperialistas deciden transferir su cuartel general al convento de la Cruz, maciza construcción cuyos muros tienen el espesor de una fortaleza.

Maximiliano ocupa una celda, dividida en dos partes, someramente amueblada. En un lado, una mesa y dos sillas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el catre de campaña de hierro que sigue a dondequiera al soberano; una puerta se abre al corredor; otra da acceso, por un estrecho pasaje, a otra celda que el emperador le designa a Blasio. Éste amontona allí conservas, provisiones, vino, destinadas a la mesa imperial. Cuida también una pequeña petaca que contiene las cruces y las medallas traídas por Maximiliano. Los sirvientes, el doctor Basch, el general Castillo y sus oficiales se reparten las demás celdas.

Todas las ventanas tienen vista a un vasto patio plantado de árboles en donde acampan algunas unidades de un batallón. Los hombres descansan allí durante el día. En todo el convento hay un constante vaivén de soldados. Se escuchan los gritos de "alerta", repetidos sin cesar por los centinelas, y el chasquido de las armas cuando se cambia la guardia.

Desde lo alto de las torres y de los techos se ve muy distintamente la mayor parte del campo adversario. Las banderas juaristas flotan dondequiera en lo alto de las colinas que rodean la ciudad y, por la noche, las fogatas que se encienden testimonian que el enemigo sigue allí.

Se instalaron en la Cruz el 13 de marzo. El 13, mal día para el emperador, nota Blasio.

* * *

Por causa de las divisiones entre los generales, por causa también de las lentitudes administrativas debidas a Maximiliano, el cual, por escrúpulo, ha querido pagar al contado todos los gastos para mostrar bien la diferencia entre los procedimientos de los imperialistas y los de los juaristas, se ha perdido mucho tiempo. Un tiempo precioso. El emperador tiene excelentes tropas, "las mejores que México haya tenido jamás", afirma el coronel Becker, antiguo jefe de estado mayor de Márquez. Hay ocho mil hombres y cuarenta piezas de artillería. El éxito hubiera sido asegurado, si el esfuerzo se hubiera llevado primero contra una y luego contra la otra de las dos columnas enemigas compuestas de elementos mediocres. Los imperialistas han recibido informes detallados y exactos sobre el movimiento convergente del enemigo. No obstante, han permanecido en la inacción. Y a partir del 4 de marzo, "era muy arriesgado todo movimiento ofensivo. El 6, era imposible". Se ha dejado escapar la ocasión favorable, y ahora Querétaro está sitiado. Cosa grave, las barricadas no están terminadas, los recursos de la ciudad son restringidos. Se espera, de un momento a otro, el ataque.

Se produce el 14 a las nueve y media de la mañana. Aun cuando se había previsto, un punto importante, delante del cementerio de la Cruz, no fue ocupado. Gracias a esta negligencia, el enemigo se apodera de esa posición desde donde puede rociar con sus piezas a las tropas imperialistas que están en el convento. Éstas responden, pero son grandes sus pérdidas. Se abalanzan contra la posición que toman de nuevo. Pero los juaristas, rodeando el convento, aparecen con dos batallones en la entrada de una calleja que entra en la Cruz. Márquez se arroja contra ellos con su estado mayor, cincuenta hombres y un cañón. Aquéllos retroceden, pero para reaparecer en otro punto de donde son rechazados por Mejía y sus jinetes.

A la una y media de la tarde, el asunto ha terminado. Entre los prisioneros se encuentra un capitán norteamericano. El enemigo perdió tres mil hombres, entre ellos muchos desertores. Se ofrece la excelente ocasión de atacar al enemigo el 15, al alba. Los imperialistas no la aprovechan. El 15 y el 16 se pasan en discusiones entre los generales. Miramón recibe órdenes de tomar la ofensiva el 17, pero a las seis y media de la mañana no están listas las tropas. Como ya es de día, llega una contraorden. El día 20, la misma falta. El emperador, que quisiera efectuar otra salida, le da órdenes a Miramón, pero el consejo de guerra se opone. "En todo y por todo, falta completa de mando supremo y rivalidad entre Márquez, Miramón y Méndez".

Maximiliano decide enviar a Miramón a la capital para traer hombres y dinero. Pero, finalmente, es Márquez el que parte. Llegó a convencer al emperador de que Miramón, demasiado joven (tiene treinta y seis años), demasiado temerario, no tendrá éxito. Luego hace que se le otorguen poderes muy extensos. Con él traerá al general Vidaurri que tomará el lugar de Lares, porque persuadió a Maximiliano de que sus ministros eran "viejas" incapaces de actuar. Recibió el título de lugarteniente general del imperio y la misión de formar un nuevo gabinete cuyo presidente deberá ser un general. Toma todas sus precauciones. Previendo que el emperador podría ser muerto o hecho prisionero, porque no teme exponerse, Márquez lo hizo firmar un papel: en uno u otro caso, Lares, Lacunza y él mismo quedan nombrados como regentes con misión de convocar una constituyente.

Hace poco corría el rumor en la capital de que Márquez, enviado a Constantinopla por el emperador que temía su ambición, intentaba volver a México para desarrollar allí su política personal. Su actitud en las actuales circunstancias

confirmaba ese rumor. Parece que actúa en el sentido de su interés propio mucho más que en interés del imperio.

El emperador le entregó muchas cartas de las que una va dirigida a Fischer. Éste fue apartado en el momento de la partida de la capital, al descubrir Maximiliano algunas intrigas del personaje, y sus costumbres disolutas. No obstante, ahora lo llama. Fischer deberá volver con Márquez, pero antes le remitirá la fortuna privada del emperador al embajador de Austria o de Inglaterra. No traerá consigo sino los libros, la lista de las distinciones y... el vino de Borgoña.

Márquez deberá estar de regreso lo más pronto posible, el 6 de abril a más tardar, con el regimiento de húsares húngaros, la gendarmería, la artillería y las piezas de sitio, la infantería y un millón de pesos fuertes.

Parte en la noche del 22 al 23 de marzo, llevando consigo mil doscientos de los mejores jinetes del ejército y atraviesa sin obstáculos las líneas enemigas. Lo cual es demasiado sospechoso. ¿Empezó ya a traicionar?

Para cubrir esta partida mantenida en secreto, Miramón ataca al alba San Juanito y Jaoal con dos mil hombres, sorprende a los liberales y regresa con veinte carros cargados de alimentos, ciento sesenta bueyes, más de dos mil cabras y carneros. Furioso, el enemigo replica violentamente: los cañones disparan cuatrocientos cañonazos cada hora.

El 30 de marzo tiene lugar una gran ceremonia en la Plaza de la Cruz en donde oficiales y soldados reunidos esperan al emperador que les impondrá la Cruz del Valor Militar. Toca la música y sus aires se mezclan con el estruendo del cañón. Cuando se termina de distribuir las condecoraciones, Miramón avanza y prende en el pecho del emperador la medalla que éste les acaba de imponer a los soldados. Maximiliano está muy conmovido. Las tropas aplauden ruidosamente: saben que Maximiliano no teme mezclarse en la lucha. Los días de calma se le ve pasearse tranquilamente en la plaza, dictando cartas a Blasio sin preocuparse de los vigilantes enemigos que, con sus gemelos, lo reconocen y desencadenan sobre él el fuego de la artillería.

* * *

Sin embargo, la situación se agrava en Querétaro. Disminuyen las municiones. Para tener obuses, se funden las campanas de las iglesias, y se hacen balas con el techo de plomo del teatro. Los víveres, harina, maíz, se agotan. Maximiliano

recibe una ración de pan fabricado por religiosas con la harina de las hostias. Comen caballos, mulas. Una noche, un ordenanza trae a la mesa imperial, de parte de Miramón, un soberbio paté del que todo el mundo come. Entonces el general declara: "Cuando quieran otros, será fácil; hay muchos gatos en mi sector".

La moral se resiente de las privaciones. Algunos oficiales, entre ellos un general, le dirigieron una petición a Mejía para que se emprendan discusiones con vistas a una rendición. Se les arresta, pero, ¿no será contagioso ese movimiento? Ahora es casi imposible tener comunicaciones con el exterior. Casi todos los correos son interceptados por los liberales, quienes los cuelgan en los postes poniéndoles encima letreros con enormes letras: "correo del emperador". Y se hace difícil encontrar hombres audaces para arriesgarse hasta la capital.

Maximiliano, sin embargo, persiste en esperar ayuda. Espera a Márquez. Pero pasa el 6 de abril y Márquez continúa ausente. Se multiplican las querellas entre los generales. Méndez y Miramón están en guerra abierta, acusándose el uno al otro de traicionar al emperador. El príncipe de Salm-Salm, convertido en íntimo de Maximiliano, le presenta a éste el plan que propone Méndez: arrestar a Miramón, confiarle a Méndez y a Mejía la misión de perforar las líneas juaristas y conducir al emperador a las montañas de la Sierra Gorda en donde estará libre. Si permanecen en Querétaro, será el desastre. Todos serán fusilados. Pero Maximiliano no quiere oir hablar de lo que llama fuga. Sin embargo, inquieto por ver que no regresa Márquez, decide enviar a la capital a Salm-Salm con plenos poderes, entre ellos el de arrestar a Márquez, si es necesario. Pero el 17 de abril, no logra salir del tornillo que aprieta a Querétaro. Después de dos horas de combates y de esfuerzos infructuosos, debe renunciar.

Márquez ciertamente llegó a la capital, pero habiendo sabido que Porfirio Díaz había obtenido una gran victoria en Puebla, se dirigió allá con las tropas extranjeras que habían permanecido en la capital. Y Díaz lo aplastó. El rumor de esta derrota llegó a oídos de Maximiliano que se guardó para sí la noticia. Ese mismo día, el 22 de abril, se presenta un emisario de los liberales. Que se rinda la plaza y se dejará salir al emperador con los honores de guerra. Miramón rechaza ese ofrecimiento; Maximiliano se niega a abandonar su ejército, un ejército fiel, muy adicto a su persona.

Para romper el cerco de los sitiadores, para salir del lazo, se decide un gran ataque. Tiene lugar el 27 de abril. Su objetivo: el Cimatorio, posición que, al sur de la ciudad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

domina el campo. A las cuatro de la mañana Miramón se lanza con mil jinetes, dos mil infantes, tres baterías de artillería de campo. Sostienen su flanco izquierdo las tropas del general Castillo.

Bajo su empuje, los sitiadores se baten en retirada en desorden. El emperador toma parte en las operaciones exponiéndose sin cesar a los peligros. Los imperialistas toman banderas, cañones; hacen prisioneros. El entusiasmo de los soldados está al máximo. Maximiliano podrá escapar. Ya los caballos están ensillados y algunos equipajes preparados. Pero Miramón no aprovecha la victoria para acabar de forzar las líneas. ¡Hermosa oportunidad perdida! Los liberales capturados afirman que la confusión era tal, que hubiera podido salir de Querétaro ese día todo el ejército imperial.

Miramón cree suficiente haber probado que era posible romper las líneas enemigas. Pero cuando intenta una segunda salida, los liberales se han repuesto, y en esta ocasión, son éstos los que lo fuerzan a retirarse. Maximiliano empieza a perder la confianza que tenía en él. ¿No será Méndez el que tiene razón al afirmar que estos combates son inútiles? Valdría más una acción que traería una decisión definitiva. Sin embargo, se continúan las pequeñas operaciones dispersas.

Se ensombrece el humor de Maximiliano. Ya nadie cree en la ayuda de Márquez, y él menos que los demás. Pero, impasible, espera los acontecimientos. En los hospitales, los heridos, los enfermos, carecen de alimentos y de medicinas. Los muertos aumentan día a día en la ciudad en donde las privaciones son más y más severas. El agua está escasa. En el ejército empiezan las deserciones: quince o veinte hombres se pasan cada día al enemigo. Ya no se paga la soldada.

La situación es desesperada y Maximiliano lo comprende. Recorre las líneas, va a los puestos avanzados, sorprende a los hombres en las trincheras y a toda hora de la noche. Permanece en los lugares más expuestos. "El enemigo no tiene suficientes balas para mí y mi estado mayor, porque nos convertimos en blanco humano", escribe. Visiblemente, busca la muerte. ¿Siente en torno suyo a la traición que ronda? El 24 de abril, en los momentos de un ataque al que responden furiosamente los liberales, sube a una torre del convento con Salm-Salm y Miramón. Un obús explota a tres pasos de ellos, cubriéndolos de trozos de piedras, de escombros y de mortero.

Mayo empieza mal. En el curso de una salida matan al coronel Joaquín Rodríguez. Rodríguez, amigo de la primera hora que fue hecho oficial en Miramar, que perteneció a la casa del emperador, comandante de la guardia municipal.

Tenía veintiséis años, cabellos rubios, ojos claros; era valiente, entusiasta, lleno de esperanzas. Traen su cadáver atravesado en una silla. El emperador está muy conmovido. Él encabezará el cortejo fúnebre.

Para reanimar la moral desfalleciente después de los fracasos sucesivos, se hace correr el rumor de que llegó un sargento a Querétaro, que trae despachos donde se anuncia que Márquez acude con refuerzos. Se precisa el número de regimientos, el nombre de los oficiales. Las pocas campanas que quedan se echan a vuelo y suenan los clarines en las casernas. Pero la gente permanece incrédula.

El 13 de mayo anuncia el emperador que el general Mejía lanzará un llamado a la población para reclutar voluntarios que vigilarán las trincheras mientras que la tropa hará una salida para romper el cerco. Se construyen puentes de madera que permitirán franquear los atrincheramientos de los liberales. Pero sólo se presentan doscientos hombres.

El día 14 se reúne un consejo de guerra bajo la presidencia del emperador. Están presentes, Miramón, Mejía, Castillo, Méndez y el coronel López. Es preciso actuar y se decide un ataque para el día 14 a las cuatro de la mañana. Un ataque general a fin de forzar las líneas. Si el enemigo no resiste, se le perseguirá. Si resiste, se abrirá a todo precio un paso para evacuar la ciudad y terminar con el sitio. ¿A dónde se dirigirán? Imposible volver a la capital. Única solución: irse a las montañas a unas cuantas leguas de Querétaro. En esa región el pueblo es completamente adicto a Mejía; así pues, será posible esperar. Se dan las órdenes y las tropas se mantienen listas. "El emperador no sólo tiene esperanza, sino que tiene la certeza de que al ponerse el día estaremos fuera de Querétaro", anota Blasio.

Por la tarde Maximiliano hace distribuir cinco mil pesos fuertes a los jinetes de la guardia municipal. Es lo que queda de la contribución forzosa pagada por los habitantes de Querétaro. Le da instrucicones a Blasio. Éste conserva en depósito un poco de oro y de plata y es preciso evitar que el metal caiga en manos de los juaristas. El secretario deberá repartir el oro entre él mismo, el emperador, el doctor Basch, el príncipe de Salm-Salm y Pradillo. La plata se repartirá asimismo entre los sirvientes. Cada uno toma su parte que meten en cinturones con bolsillos.

Por la noche, hacia las diez, el coronel López viene a reclamar. ¿Por qué no recibió él también piezas de oro? Porque no figuraba en la lista remitida por el emperador, res-

ponde Blasio, quien, para calmarlo, propone entregarle cien pesos plata, que es todo lo que queda. López, furioso, se los embolsa. Se sabe que siempre anda escaso de dinero.

*
* *

En la noche del 14 al 15, tanto en un campo como en el otro, reina un silencio de muerte. Ni un grito. Ni un disparo. Sin embargo, hay consejo en la celda imperial donde se determinan las últimas disposiciones. A las once, el coronel López se presenta ante el emperador que ahora se halla solo. Viene del campo enemigo donde ha tenido una conversación con Escobedo. Maximiliano le entrega la medalla del Mérito Militar durante el curso de esta conversación frente a frente. En el momento en que sale López, el emperador da una contraorden: el ataque se aplaza. Blasio la oye de su misma boca. En la plaza de la Cruz, el capitán Schmidt, antiguo sargento mayor del 1º de Zuavos, y hoy a las órdenes del general Méndez, encuentra a López. "Podéis dormir tranquilo, anuncia el coronel, y decidle al general que la salida no tendrá lugar hoy, que se ha transferido para mañana".

A la una de la mañana Maximiliano se acostó sin poder conciliar el sueño. Efecto de la mala alimentación y del tiempo húmedo, la disentería reaparece. Está agitado, febril, presa de dolores intestinales. Hace llamar al doctor Basch, quien, después de administrarle un calmante, permanece cerca de él. Termina por dormirse.

Hacia las cuatro, Blasio oye pasos precipitados en el corredor. Bruscamente se abre su puerta y alguien grita: "Apresuráos a despertar al emperador. La Cruz está en manos del enemigo. Los liberales rodean el convento". El secretario salta de la cama, enciende una bujía y reconoce al teniente coronel Jablonski.* Corre a donde se halla el emperador. En los corredores ve en la puerta de cada celda soldados que llevan el uniforme de los liberales. El emperador duerme. Por orden de Blasio, Severo lo despierta. Maximiliano se viste lentamente. No quiere creer lo que le dice su valet de cámara, pero Jablonski entra y le suplica que se apresure. Blasio se fue a prevenir a Castillo. Jablonski se dirige a advertirles a Salm-Salm y a Basch. Maximiliano hace llamar a este último. "¿Qué sucede?", pregunta el médico. "No es nada, responde el emperador. El enemigo penetró en los jardines. Tomad vuestras pistolas y seguidme".

* Se sabrá más tarde que estaba de acuerdo con López.

Maximiliano, muy pálido pero muy calmado, sacó su espada. Rodeado de Salm-Salm, de Castillo, de Blasio, y seguido de sus criados, desciende la escalera llena de soldados liberales. Está oscuro y la confusión es tal que no lo reconocen. En la puerta que da a la calle, una sola linterna esparce débil luz. Viendo a ese grupo sombrío, un centinela grita: "¡Atrás!" Pero un oficial del ejército liberal, el coronel Rincón Gallardo, de piel blanca y largos bigotes rubios, interviene. "Tienen permiso de pasar; son civiles". Seguramente reconoció al emperador. ¿Lo salvará? ¿Le dará una oportunidad de escapar? Tienen esa impresión los compañeros de Maximiliano. En todo caso, rechaza la responsabilidad de arrestarlo.

El emperador les manda decir a Miramón y a Mejía que se le reúnan en el cerro de las Campanas. Después se pone en marcha con sus amigos. Avanzan en la oscuridad en dirección de la plaza de la Cruz. Pradillo corre adelante porque, en la caballeriza de la posada que da a la plaza, están el caballo del emperador y el suyo. Ensilla a las dos bestias y vuelve ante el grupo.

—Sire, aquí está vuestra montura —dice.

—Ni el general Castillo ni los demás tienen —responde Maximiliano—. Iremos todos a pie.

Oficiales y soldados se unen a la pequeña tropa. De pronto, Maximiliano oye tras él el galope de un caballo. Se detiene. Es López.

—Sire, todo está perdido. El enemigo está en la Cruz y ocupará sin tardar toda la ciudad. Tengo un lugar seguro para ocultar a Vuestra Majestad.

—¿Ocultarme? ¡Jamás! —exclama Maximiliano—. Vamos al cerro de las Campanas. Probablemente encontraremos allí a una parte de nuestros hombres.

Continúa su camino. En vez de seguirlo, López vuelve la rienda y parte de nuevo en dirección de la Cruz. Blasio se pregunta por qué. Ignora que el coronel está guiando a los republicanos hacia los puntos importantes de la plaza que van a ocupar.

Empieza a despuntar el día. El emperador llega al cerro de las Campanas. Desde el momento que lo ven, los liberales abren fuego y caen obuses en derredor de él. Sus sirvientes se le han reunido con caballos. Luego llega el regimiento de la emperatriz que manda el coronel González; el capitán

Schmidt; el conde Pachta con un pelotón de caballería; finalmente el general Mejía con algunos de sus lugartenientes. Alrededor de trescientos hombres sobre los cuales se encarniza el fuego del enemigo. Maximiliano se informa de Miramón. Acaba de ser herido, responde uno de los oficiales, mientras intentaba alcanzar al emperador.

Desde lo alto de la colina, Maximiliano y sus fieles pueden ver millares de sitiadores cuyo círculo se cierra sobre ellos. A lo lejos, los gritos de los soldados llenan las calles de Querétaro. El eco trae algunas palabras de la canción "Mamá Carlota" que ridiculiza a Carlota. Maximiliano tiene lágrimas en los ojos.

Y luego, repentinamente, un ruido jubiloso de campanas. ¡La victoria de Juárez! El emperador se vuelve hacia Salm:

—Ahora, la bala libertadora —le dice, pero Salm se niega a matarlo.

Interroga a Mejía: ¿pueden intentar un paso para llegar a la sierra? El general examina la línea enemiga.

—Sire, salir es imposible, pero si lo ordenáis, marcharemos. No temo a la muerte.

Maximiliano le entrega a Blasio un portafolio que contiene sus papeles más preciosos, para que los queme. Lo que aquél hace bajo la tienda del coronel Gayón en donde encontraron una vela. Luego, de nuevo, propone forzar un paso.

—Si no podemos escapar, podemos a lo menos morir tratando de hacerlo.

Los generales se niegan.

—No hay otra salida que rendirse —dicen.

Entonces Maximiliano se dirige a los oficiales franceses presentes:

—Gracias, señores; veo con placer que entre vosotros hay nobles corazones, porque, en los últimos momentos, no me habéis abandonado y me habéis permanecido fieles. Había jurado nunca capitular, pero ahora me veo forzado a ello a fin de poder salvaros.

Luego le ordena a Mejía que envíe un parlamentario. Designan a Pradillo y a otro oficial. Ambos descienden hacia la ciudad llevando una bandera blanca improvisada. La artillería cesa de tirar. Muy pronto, se presenta un destacamento de oficiales liberales. Se escuchan unos cuantos disparos en la ciudad. Maximiliano, apoyado en su espada, espera, inmóvil. El general Corona se aproxima a él. "Vuestra Majestad es mi prisionero".

* * *

¿Traicionó López a Maximiliano? ¿A Maximiliano, padrino de su hijo, que lo ha colmado de favores?

En ambos campos se le considera como un traidor. Los oficiales liberales dicen abiertamente que fueron guiados por él en las calles de la Cruz. "De hombres como él se sirve uno cuando hay necesidad. Después, se les arroja afuera con un puntapié". Le cuentan al capitán Schmidt y a sus compañeros de cautiverio que desde hace quince días López estaba en correspondencia con el general Escobedo. Éste, en muchas ocasiones, había recibido de Benito Juárez la orden de salir de Querétaro. Si no había obedecido es que estaba en tratos con López para comprar la plaza.

Cuando López trate de hacerse admitir en el ejército liberal, no encontrará sino desprecio. El coronel Rincón Gallardo, de quien solicita apoyo, le contesta:

—Coronel López, si os recomiendo para un puesto, será para un puesto en un árbol con una cuerda al cuello.

Del lado imperialista se juzgó con frecuencia extraña la actitud de López. El subteniente de artillería, Albert Hans, que mandaba una pieza en el interior del cementerio de la Cruz, se admiró de las órdenes dadas por el coronel López de que cambiaran la dirección del cañón. Inmediatamente después llegaron batallones liberales que hicieron prisioneros a los oficiales presentes. Fue López también quien colocó soldados liberales en las trincheras de la Cruz y hasta en la plaza San Francisco. ¿Y por qué no siguió a Maximiliano hasta el cerro de las Campanas? ¿Y por qué no fue tomado prisionero como los demás oficiales de Maximiliano? A la luz de los acontecimientos, ¿no son significativos estos hechos? Es evidente la culpabilidad de López.

Pero más tarde se pondrá en duda. Siempre movido por sentimientos humanitarios, Maximiliano, comprobando la imposibilidad de continuar una resistencia sin esperanza, ¿no intentó poner fin a los sufrimientos y sacrificios de la población y del ejército? ¿No encargó a López de entablar tratos con los liberales? En un informe oficial (8 de julio de 1887) el general Escobedo afirmará: "López no traicionó a Maximiliano de Austria; no abandonó su puesto de combate". Y el padre Soria, confesor de Maximiliano, dirá: "El coronel López no hizo sino lo que se le ordenó". Finalmente, Emile Ollivier escribirá que "la leyenda de la traición de López", está defi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nitivamente destruida. "Sólo que no pienso que sea necesario sustituirla con la de la traición de Maximiliano hacia sus generales. La misión de que fue encargado López, era de un príncipe humano, pero débil, que no sabía imponer su voluntad. Maximiliano no traicionó a nadie: impidió un espantoso holocausto inútil".*

Queda un hecho turbador: López, durante la invasión norteamericana de 1847, traicionó a su patria.

* El señor González Montesinos, profesor honorario de la Facultad de Letras de la capital de la República Mexicana, nieto del coronel José Montesinos (republicano), primo-nieto del coronel Mariano Miramón (hermano del general ejecutado con el emperador), sobrino segundo del general Santiago Montesinos (imperialista), ha estudiado largamente la historia del imperio y su opinión es autoridad en la materia. Para él, la traición de López es indudable. No cree en un plan preparado entre López y Maximiliano. Tiene la convicción de que éste había tomado el partido de morir y que tenía prisa por terminar con todo. (Comunicación del señor Jean Castaingt.)

XIX

"ESO ES TODO" *

Cuando el general, cortésmente, lo calificó de Majestad, Maximiliano observó "que ya no era emperador, dado que había abdicado de este título en la capital, ante su Consejo de Gobierno". Expresó luego el deseo de ver al general Escobedo. Avisado éste, llegó poco después rodeado de numerosos oficiales. Maximiliano dio unos pasos hacia adelante, lo saluda y saca su espada que entrega a su adversario. Visiblemente molesto, Escobedo la toma y la entrega a uno de sus acompañantes, el teniente coronel Platón Sánchez. Luego, como el emperador le expresara su deseo de tener una conversación particular con él, le propone ir a una tienda levantada no lejos de allí. Frente a frente, ambos hombres permanecen silenciosos. Finalmente, Maximiliano se decide a hablar.

Declara haber enviado su abdicación en marzo, refrendada por un ministro, al presidente del Consejo de Estado, José Lacunza, a fin de que fuese publicada si era hecho prisionero. Una copia de esta pieza se encuentra entre los papeles que se le han tomado en la Cruz. Desea que no se derrame más sangre. ¿Se le permitirá dirigirse bajo escolta a un puerto desde donde pueda embarcarse para Europa, dando su palabra de que nunca regresará a México? Si no, que sea él la única víctima. Pide que se trate bien a su séquito, porque, dice: "esas personas me sirvieron con lealtad en los peligros

* El 31 de enero de 1864, al escribirle a su abuela la reina Amelia, que la disuadía de aceptar el trono de México, Carlota, hablando de Max, decía "Busca en qué estar *ocupado;* eso es todo".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nitivamente destruida. "Sólo que no pienso que sea necesario sustituirla con la de la traición de Maximiliano hacia sus generales. La misión de que fue encargado López, era de un príncipe humano, pero débil, que no sabía imponer su voluntad. Maximiliano no traicionó a nadie: impidió un espantoso holocausto inútil".*

Queda un hecho turbador: López, durante la invasión norteamericana de 1847, traicionó a su patria.

* El señor González Montesinos, profesor honorario de la Facultad de Letras de la capital de la República Mexicana, nieto del coronel José Montesinos (republicano), primo-nieto del coronel Mariano Miramón (hermano del general ejecutado con el emperador), sobrino segundo del general Santiago Montesinos (imperialista), ha estudiado largamente la historia del imperio y su opinión es autoridad en la materia. Para él, la traición de López es indudable. No cree en un plan preparado entre López y Maximiliano. Tiene la convicción de que éste había tomado el partido de morir y que tenía prisa por terminar con todo. (Comunicación del señor Jean Castaingt.)

XIX

"ESO ES TODO" *

Cuando el general, cortésmente, lo calificó de Majestad, Maximiliano observó "que ya no era emperador, dado que había abdicado de este título en la capital, ante su Consejo de Gobierno". Expresó luego el deseo de ver al general Escobedo. Avisado éste, llegó poco después rodeado de numerosos oficiales. Maximiliano dio unos pasos hacia adelante, lo saluda y saca su espada que entrega a su adversario. Visiblemente molesto, Escobedo la toma y la entrega a uno de sus acompañantes, el teniente coronel Platón Sánchez. Luego, como el emperador le expresara su deseo de tener una conversación particular con él, le propone ir a una tienda levantada no lejos de allí. Frente a frente, ambos hombres permanecen silenciosos. Finalmente, Maximiliano se decide a hablar.

Declara haber enviado su abdicación en marzo, refrendada por un ministro, al presidente del Consejo de Estado, José Lacunza, a fin de que fuese publicada si era hecho prisionero. Una copia de esta pieza se encuentra entre los papeles que se le han tomado en la Cruz. Desea que no se derrame más sangre. ¿Se le permitirá dirigirse bajo escolta a un puerto desde donde pueda embarcarse para Europa, dando su palabra de que nunca regresará a México? Si no, que sea él la única víctima. Pide que se trate bien a su séquito, porque, dice: "esas personas me sirvieron con lealtad en los peligros

* El 31 de enero de 1864, al escribirle a su abuela la reina Amelia, que la disuadía de aceptar el trono de México, Carlota, hablando de Max, decía "Busca en qué estar *ocupado;* eso es todo".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y la inestabilidad de mi situación". Escobedo le responde que no puede comprometerse a nada; le trasmitirá a su gobierno los deseos del emperador. En tanto que se toma una decisión los prisioneros serán tratados según las leyes de la guerra.

Por telegrama, Escobedo le anuncia su victoria a Juárez que se encuentra entonces en San Luis Potosí. Unos días más tarde, el 21 de mayo, el ministro de Guerra envía sus instrucciones. Instrucciones muy severas respecto de Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía. Invocan la ley del 25 de enero de 1862 "que define los crímenes contra la Independencia y la seguridad de la nación, contra el derecho de gentes, contra los derechos individuales, la paz pública y el orden". El ministro recuerda todos los actos de Maximiliano que, según los términos de esta ley, transforma en crímenes. Añade que el artículo veintiocho que estipula el castigo, puede ser infligido con la simple comprobación de la identidad de los culpables cuando son sorprendidos en flagrante delito o en un encuentro de guerra. "Como en el caso presente se hallan las dos circunstancias a la vez, la notoriedad de los hechos bastaría para darnos el derecho de actuar según estas disposiciones legislativas..." Pero el gobierno, prefiriendo recurrir a la justicia, decreta que el proceso de Maximiliano será llevado a cabo conforme a los artículos seis y once de la ley del 25 de enero de 1862. "La ley mortuoria", como la han bautizado los mexicanos.

* * *

Se fijó un decreto en las calles de Querétaro el día 16 por la mañana: Todos los oficiales imperiales deberán rendirse dentro de las veinticuatro horas. Si no, se les fusilará en el acto. Se rindieron.

En la plaza de la Cruz el general Echegaray recibe a los prisioneros que vienen de todas partes. A los oficiales se les desmonta y deben rendir sus armas que depositan en el suelo. Se encierra a seiscientos en la iglesia. En otra parte ponen en la cárcel a Mejía, Castillo y Salm-Salm.

A petición suya, Maximiliano fue traído a la Cruz, a donde se le condujo por caminos apartados. Tan pronto como hubo llegado, Escobedo lo invitó a que señalara a las personas de su séquito que le pidieron estar en derredor de él. Pradillo, Salm-Salm, el coronel Guzmán, Blasio y el doctor Basch —respondió—. Cuando llegó a este último, Maximiliano lo abrazó llorando. Hay un momento de desfallecimiento ante el pensamiento del desastre. A los demás los acoge con triste sonrisa: "Me siento feliz de que todo haya sucedido sin derramamiento de sangre. Vale más así".

Físicamente, está agotado. Las crisis de disentería le provocan crueles dolores intestinales. Pero casi no puede descansar, porque numerosos oficiales liberales vienen a visitarlo. Los soldados se amontonan a sus puertas para observarlo; centenares de miradas caen sobre él. Basch, inquieto, solicita una consulta del médico en jefe del ejército juarista, el doctor Riva de Neira. Éste cree conveniente un cambio de prisión y se lo hace saber a Escobedo. El 17 de mayo cambian a Maximiliano al convento de las Teresitas del que se expulsó a las religiosas para trasformarlo en prisión. Lo acompañan el general Echegaray con su ayuda de campo y el doctor Basch, y lo escolta un pelotón de caballería. El grupo avanza por calles desiertas. Las ventanas están cerradas. La ciudad parece estar de luto.

A la entrada del convento espera el séquito del emperador bajo la guardia de los soldados, y desde el momento en que lo ven, todo el mundo se descubre. "Ni un solo monarca de la tierra puede jactarse de tener una corte como ésta", dice.

Se destinan dos piezas vacías para los cautivos. Dan a un amplio patio en donde crecen algunos árboles. Aquí hay más aire que en la Cruz, y creen que el emperador debería sentirse bien con el cambio. Ocupa una de las piezas con Basch y sus dos fieles sirvientes, Grill y Severo. La otra está ocupada por Castillo, Guzmán, Salm-Salm, Pradillo y Blasio que se proveen de colchones de fibra. Maximiliano manda comprar cobertores para que puedan protegerse de las noches frías.

Los prisioneros deberán comprar muebles y alimentos con sus propios medios. Maximiliano, Pradillo y Blasio, que no han sido registrados, pudieron guardar su oro, lo que les permite subvenir a sus primeras necesidades. Muy pronto se manifiestan en la ciudad numerosas simpatías en su favor. Reciben todo lo que necesitan. Las damas (que salen vestidas de negro desde la derrota del emperador), envían ropa. Maximiliano dice riendo que jamás ha tenido tanta. Las mujeres del mercado los proveen de frutas y legumbres. El rico propietario de una fábrica de algodón, don Carlos Rubio, cuida de que al emperador no le falte nada.

Incidentes más o menos dramáticos rompen la monotonía del cautiverio. Se le traen a Maximiliano las dos petacas que habían desaparecido de su celda en la Cruz; contienen vestidos y libros, entre estos últimos la *Historia Universal*, de César Cantú, que vuelve a ver con alegría. Un día convocan a Salm-

Salm y a Basch. ¿Se les fusilará? Sus compañeros están ansiosos. Pero, no; vuelven poco después. Se trata solamente de verificar su identidad.

Una visita conmovedora: la de Méndez, ya condenado a muerte. Presentó una petición: ver a Maximiliano antes de morir. Se le concedió. Cuenta que lo descubrieron el 19 de mayo. Habiéndose disgustado con un sastre que lo había insultado, este hombre lo entregó a los liberales. Pero, bien escondido, esperaba escaparse de éstos. En efecto, aquéllos estaban por abandonar su búsqueda cuando en cierto lugar el suelo cedió bajo sus pies. Y apareció Méndez con el fusil en la mano. Ejecución dentro de las cuarenta y ocho horas. "Vos estáis en la vanguardia, general; nosotros os seguiremos pronto", le dice el emperador. Unos momentos después, Méndez es fusilado por la espalda. Tocado por cuatro balas, no ha muerto. Se levanta, se vuelve y suplica que lo acaben de matar. Se acerca un cabo y le salta la tapa de los sesos. No podía esperar ninguna clemencia, ya que había hecho ejecutar a los generales juaristas Arteaga y Salazar.

Ese mismo día, Escobedo, acompañado del general Díaz de León y del coronel Villanueva, va a donde se encuentra Maximiliano. Todo el séquito está angustiado. ¿Le van a anunciar al emperador que seguirá la misma suerte de Méndez? Una hora de espera y los oficiales se van. Simple visita de cortesía.

Por la noche los gritos de los centinelas les impiden dormir a los prisioneros del convento de las Teresitas. ¿Qué sucede? Ha corrido el rumor de que el general Olvera marcha sobre Querétaro para libertar al emperador. Inquietos, los liberales reforzaron la guarnición y multiplicaron el número de las atalayas. Las tropas están muy agitadas.

El 20 de mayo, otro acontecimiento: la llegada de la princesa de Salm-Salm que obtuvo del general Escobedo autorización para entrar en el convento de las Teresitas. Ante su marido, sucio, sin afeitar, se pone a llorar por no desmayarse. Salm le cuenta que el emperador, enfermo, está en cama, pero que desea verla. Y ella se dirige a donde está el emperador. Por primera vez ve a Maximiliano, quien la recibe con "extrema bondad". Él le besa la mano y se la estrecha entre las suyas, y le manifiesta todo el placer que experimenta al conocerla. La interroga. ¿Qué se dice en la capital? ¿Qué piensan de Márquez? Agnès le cuenta también lo que vio y escuchó en San Luis Potosí, de donde viene, porque debió ir allá para solicitarle a don Benito Juárez permiso para venir a Querétaro. Cuando se retira, después de esta larga conversación, piensa

en los medios para lograr salvar al emperador y a sus compañeros.

Al día siguiente, nueva inquietud para el séquito de Maximiliano. El coronel Palacios, ayuda de campo de Escobedo, se presenta con órdenes de llevar al emperador ante el comandante en jefe. A pesar de su extrema debilidad, el prisionero se levanta. Cuando sale de su celda acompañado de Palacios, del coronel Villanueva, del príncipe y de la princesa de Salm-Salm, todos los oficiales cautivos se ponen de pie ante su puerta para saludarlo. Les responde con su amabilidad habitual. Tres horas de espera y, a las ocho de la noche, el vehículo los trae de nuevo. Sus compañeros no esperaban verlo regresar. Todos lo rodean, ávidos de noticias. Escobedo, dice, se mostró muy amable. Salm-Salm da detalles: el emperador propuso que enviaría órdenes para que Veracruz y la capital se rindiesen a los liberales, a fin de detener lo más pronto posible el derramamiento de sangre. Pidió que se le condujese a Veracruz para embarcarse, después de dar su palabra de honor de jamás intervenir en los asuntos mexicanos; insistió también en que se perdonase a todos los imperialistas. Se tiene la impresión de que el gobierno liberal está dispuesto a aceptar estas proposiciones. El coronel Villanueva, que ya no deja a Agnès de Salm-Salm, dijo que las órdenes relativas a los prisioneros llegarían de San Luis dentro de algunos días.

* * *

El 22 de mayo por la tarde, Maximiliano, Salm-Salm, Basch, Blasio y los generales son cambiados al convento de los Capuchinos donde manda un oficial enemigo encarnizado del emperador. Pasan la primera noche en las criptas húmedas, sombrías, lúgubres. Las paredes están cubiertas de inscripciones: los nombres de los monjes que están enterrados allí. Los prisioneros duermen en el mismo suelo entre las tumbas.

Al día siguiente les dan celdas en el primer piso, que se abre hacia un vasto patio en donde crecen naranjos. La del emperador, sin puerta ni ventana, tiene dieciséis pies cuadrados. El suelo está embaldosado. Por todo mobiliario, un catre de campaña y arriba de él se colgó un crucifijo, unas cuantas sillas y, mala señal, una mesita de caoba con dos candeleros de plata: es el mobiliario de los condenados a muerte. Miramón y Mejía ocupan una celda vecina. Las puertas permanecen abiertas. Ante cada una de ellas, un centinela.

Maximiliano se pasea a veces en el patio acompañado de Blasio. Hace proyectos para el porvenir. Cree que el gobierno de don Benito le permitirá regresar a Europa. "Vendréis conmigo, le dice a su secretario; en primer lugar a Londres. Permaneceremos allí durante un año. Haré que me lleven mis papeles de Miramar y escribiremos la historia de mi reinado. Iremos después a Nápoles, alquilaremos una casa en uno de esos magníficos barrios que rodean la ciudad desde donde se tiene vista al paisaje y hacia el mar. A bordo de mi yate *Ondina* haremos pequeños viajes a las islas de Grecia, a Atenas en la costa turca, con Basch, el viejo Bilimek y cuatro criados. Más tarde, pasaré el resto de mis días en medio del Adriático en mi isla de Lacrona. Cuando el tiempo haya calmado las pasiones políticas y extinguido los odios de partido, si queréis venir a México, os daré suficiente dinero para casaros y vivir con vuestra familia. Si preferís permanecer en Europa, os hallaré un buen puesto en alguna legación".

Maximiliano tiene de nuevo esperanzas. Y vuelve a aquella idea que lo obsesiona desde que aceptó el trono de México: entenderse directamente con Juárez. El 26 de mayo, le escribe: "Señor presidente, deseo conversar con usted a propósito de algunos asuntos graves y muy importantes para el país. Lo amáis demasiado para rehusarme la entrevista que os pido. Estoy pronto para ponerme en camino, a despecho de los sufrimientos que me causan mis enfermedades..." Pero Juárez responde por medio del ministro de Guerra que tal conversación es imposible, por causa de la distancia y de los aplazamientos perentorios del juicio.

De hecho ya le ha ordenado a un consejo de guerra que empiece la instrucción del proceso contra Maximiliano, Miramón y Mejía. Un procurador, el joven coronel Manuel Aspiroz, va el 25 de mayo a la prisión. Durante muchas horas se somete al emperador a un verdadero interrogatorio. Pero, excepto las preguntas relativas a su identidad, Maximiliano se rehúsa a responder, arguyendo que todas las demás son de orden político y que no puede reconocer la competencia de un tribunal militar para juzgar sus actos en ese dominio. El procurador insiste: si continúa en su negativa, se considerará que admite como justificadas las acusaciones formuladas contra él. La amenaza no conmueve a Maximiliano, el cual permanece silencioso.

Llamó en su ayuda a los ministros extranjeros. Seguramente Europa intentará salvarlo. ¿Cómo podría permanecer indiferente a su suerte? Y los diplomáticos también acudirán en su ayuda.

Agnès de Salm-Salm, por su parte, prepara un plan de evasión. Ha hecho amigos entre los liberales, muy sensibles a los encantos de esta hermosa joven de cabello pardorrojizo, uno de cuyos largos bucles cae sobre su hombro izquierdo. El coronel Villanueva le ha confiado un secreto. "El asunto llega a su desenlace y nada podrá salvar al emperador sino la fuga". Agnès reflexiona que ante todo hay que ganar tiempo. ¿Quién ira a implorarle a Juárez para que conceda un aplazamiento? Ella. Pero necesita el permiso del emperador. Pasada la medianoche se presenta en los Capuchinos, obtiene autorización del oficial de guardia para ver a Maximiliano y despierta a Salm, quien la conduce hasta él. Discuten. El mismo coronel Villanueva escribe la petición para Juárez, el emperador la firma y le recomienda a la princesa que no entregue ese pliego sino a don Benito en persona. A la una de la mañana Agnès va a casa de Escobedo porque quiere que éste le dé una carta para el presidente y animales de tiro para hacer el viaje. A las cinco de la mañana se pone en camino y, dos días después, por la tarde, llega a San Luis. Tiene constantemente ante sus ojos "el melancólico rostro del augusto mártir de Querétaro" y su mirada de gratitud. Sin perder un minuto —pues los minutos son preciosos—, se precipita a ver al presidente. Está en consejo de ministros. Imposible molestarlo. ¿Puede dejar el mensaje? Se le entregará a don Benito. No. No puede entregárselo sino al presidente en persona. Finalmente, Juárez le manda decir que la recibirá al día siguiente en la mañana a las nueve.

Lee la carta que trae Agnès y objeta que la fecha del proceso es fijada por la ley; lamenta no poder cambiarla. Entonces ella, con todo su corazón, aboga por la causa de Maximiliano. ¿Qué opinará el mundo civilizado si el gobierno mexicano actúa con ese apresuramiento cruel? Es cosa "bárbara" fusilar a un prisionero sin incluso darle tiempo para asegurar su defensa. Por otra parte, Maximiliano no debería ser "tratado como un traidor", puesto que ha venido "con toda buena intención con la convicción de que había sido electo y llamado por el pueblo mexicano".

Juárez escucha. Entonces ella le suplica que no le responda de inmediato. Ella vendrá esa tarde a escuchar su respuesta. Cuando regresa a las cinco de la tarde, se le notifica que fue concedido el aplazamiento. Se telegrafiará la orden a Querétaro. Emprende la princesa el regreso en esa misma noche negra, bajo torrentes de agua que apagan las antorchas. En algunos lugares es preciso caminar a pie en el camino hundido cuyas piedras desgarran sus pequeñas zapatillas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin incluso tomar tiempo para cambiarse, con el rostro sucio, tembloroso de fatiga, corre, tan pronto como llega, a los Capuchinos. Maximiliano tiene visitas. En el momento en que la ve, se acerca a ella y le pregunta en un murmullo: "¿Qué dijo Juárez?" "Concedió el aplazamiento", responde ella en el mismo tono. Se siente "muy feliz y muy orgullosa de ella misma".

Es preciso ahora aprovechar ese aplazamiento. Salm logra convencer al emperador, en primer lugar "horrorizado", de la idea de "fugarse". Siempre indeciso, se interroga. ¿Es digno de él recurrir a tal medio? ¿Y no será inmediatamente reconocido por esa larga barba rubia que únicamente él lleva en México? ¿Sacrificarla? Jamás. No obstante, consiente en ponerse anteojos. A instancias de Salm, terminar por aceptar la idea de la fuga. A condición, sin embargo, de que Mejía y Miramón se salven con él.

Salm tiene su plan. Una vez fuera del convento, se dirigirán a Sierra Gorda, donde Mejía es amo absoluto. Allí se refugiarán hasta que puedan partir para Veracruz. Para salir, se reclutarán algunos hombres. Después de las once de la noche ya no hay patrullas en las calles. Se aprovecharán de eso. Salm hizo que le compraran caballos y pistolas. Y para todo ese asunto ha hablado con un oficial liberal de origen italiano, llamado Borgo. Muchos hombres han sido comprados. Se tomaron todas las medidas para la noche del 2 al 3 de junio.

En el último momento, Maximiliano declara que es imposible partir esa noche. Es preciso aplazarlo, dejarlo para otro día. Un despacho acaba de anunciar la próxima llegada de los ministros extranjeros. En el fondo de él mismo, tiene la convicción de que éstos le salvarán la vida. "¿Qué dirían si no me encontrarán?", le objeta a Salm. "Estarían encantados de saber que estáis en cualquier otra parte", le responde el príncipe. Pero en vano éste se esfuerza, acumula argumentos. Maximiliano se empecina. No quiere oir nada.

*
* *

Llamó en su ayuda a los ministros extranjeros. El de Bélgica, Hoorickx, sale de la capital disfrazado y, en tres días y tres noches, cubre las sesenta leguas que separan a Querétaro de la capital. El 5 de junio se le autoriza a entrar en la celda donde Maximiliano está acostado, vigilado por soldados. El diplomático se siente trastornado a la vista de aquel enfermo presa de "una disentería de sangre" y de una enfermedad

del hígado que "agotan sus fuerzas y parecen querer luchar contra los hombres para llevarse de la tierra esa existencia sagrada tan serena y tan calmada en su desdicha". Lo acoge calurosamente el emperador. Ambos hablan "como antaño en el palacio de la capital". Maximiliano, triste pero sin amargura, suspira en muchas ocasiones. "Fui traicionado, engañado y robado por todo el mundo, y finalmente me vendieron por once reales". Pero con una sonrisa, añade: "Todo está perdido, excepto el honor". Habla mucho de Europa. Y también de su familia, de su madre, de la emperatriz. "No me atrevo a escribirles por temor de causarles una pena a esos dos seres tan queridos que a mí nunca me causaron ninguna, y además sería cruel mantenerlas en la perplejidad. Por otra parte, mi confesor les escribió para prepararlas..."

Habla francamente y toma con frecuencia la mano del diplomático entre las suyas. Hoorickx, conmovido, y sabiendo que le han quitado a su médico, le propone espontáneamente compartir su cautiverio para cuidarlo. No, le responde Maximiliano dándole las gracias, porque hay cierta seguridad de que le devolverán al doctor Basch, y el ministro belga podrá hacerle más servicios fuera.

Llega también el barón Magnus, embajador de Prusia; los representantes de Austria y de Italia, Lago y Curtopassi; el cónsul de Francia, Forest, a falta del ministro Dano que no pudo venir. Pero éste le dio a su colega belga, Hoorickx, gran cantidad de cartas dirigidas a los liberales a quienes les prestó servicios durante la intervención, incluso algunos de ellos le deben la vida y cuenta mucho con su ayuda. Los diplomáticos conferencian entre ellos para examinar los medios de hacer que liberten al emperador. Ni unos ni otros se imaginan que Maximiliano, hermano del emperador de Austria, pueda ser ejecutado. Esos republicanos de América no se atreverán a desafiar así a Europa, creen ellos. El barón Magnus, que considera destinada al fracaso toda tentativa de evasión —esos coroneles a quienes se quiere corromper, ¿no estarán haciendo un doble juego?—, decide intervenir con Juárez y tratar directamente con él. Una visita a Escobedo le hace comprender que el título de embajador de Prusia no cuenta mucho aquí. ¿Prusia? El general ignora a ese país que no reconoce al gobierno de don Benito. Para él "el señor Magnus es un amigo de Maximiliano". Pero por lo demás, podrá ir a San Luis Potosí a ver al presidente.

Los abogados de Maximiliano están en esos momentos en Querétaro. Los cuatro de opiniones republicanas, fueron designados por el mismo emperador. Rafael Martínez de la Torre,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eulalio Ortega, Jesús María Váquez y Mariano Riva Palacio, padre de un oficial enemigo encarnizado del imperio. Casi no tienen esperanzas. Harán todo lo que esté en sus manos, pero la ley del 25 de enero es formal. Además, los odios están exacerbados por tres años de lucha y se han acumulado los rencores. No obstante, toman a pecho su tarea y, muy vinculados a Juárez, cuentan con la clemencia de éste. Dos de ellos parten para San Luis Potosí.

En la celda del prisionero imperial se suceden las visitas, diplomáticos, juaristas, amigos. Se discuten proyectos de evasión, se juega al dominó y Maximiliano estudia con Salm-Salm algunas promociones para la corte, porque, a pesar de la amenaza que prende sobre su cabeza, se deja llevar a veces a esbozar planes para el porvenir; a veces también a recordar el pasado como aquel día, en que, ante Salm-Salm, habla del pacto de renuncia que Francisco José lo obligó a firmar. Aquel pacto que él jamás aceptó.

Pero también, cuando está solo, lee una de las obras de historia que le fueron devueltas. La vida de Carlos I de Inglaterra.

* * *

A uno de sus visitantes, el abogado norteamericano Frederic Hall, Maximiliano le dice, al evocar los acontecimientos de su reinado: "Quiero deciros todo a fin de que el mundo conozca la verdad". Y afirma que si vino a México, fue porque tenía la convicción de que la voluntad del pueblo lo llamaba a eso. Por lo demás, había especificado en 1863 que no aceptaría la corona sino con esa condición. Cuando se dirigieron a México y en el momento de su llegada, le dijo a la emperatriz: "La diputación seguramente estaba en lo cierto al decirnos que la mayor parte de los mexicanos deseaba nuestra venida". En efecto, dice, "jamás había yo visto en Europa que a un soberano se le recibiera con tanto entusiasmo". Y Hall se siente impresionado por su acento de sinceridad.

¿El asunto del decreto del 3 de octubre? He aquí la verdad: Bazaine, en el Consejo, presionó al gabinete para que tomara medidas rigurosas a fin de reducir la disidencia. El emperador se oponía a ese decreto. "No quería yo firmarlo. Pero todos los ministros me apremiaban y como creía que Juárez había salido del país, terminé por ceder". Hall le pregunta si ha firmado una sola condena de muerte por crimen político. "Jamás", le responde. Incluso había ordenado que el telégrafo

funcionara día y noche. Tenía que comunicársele de inmediato, a cualquier hora que fuese, los despachos que anunciaran capturas de prisioneros, a fin de que él pudiese enviar las órdenes impidiendo las ejecuciones. Tenía el corazón demasiado sensible, y la emperatriz le había reprochado no saber castigar cuando la justicia lo exigía. "Creo, escribe Hall, que nunca he encontrado en mi vida a un hombre tan enemigo de la crueldad. Respecto de esto, tenía sentimientos tan bondadosos como los de una mujer. Y, sin embargo, en el combate era tan valiente como César, como lo pueden testimoniar todos los que lo vieron..."

El norteamericano le hace observar al emperador que el Tratado de Miramar lo ha colocado en una situación difícil: le otorgaba al comandante en jefe francés todo el poder sobre las operaciones militares, en tanto que al soberano se le tenía como responsable de los actos del ejército. "Sí, lo sé bien, respondió Maximiliano, y casi siento vergüenza por ello; pero si me sometí a las cláusulas de ese tratado, fue porque pensé que sería ésa la mejor actitud para el bien del país". Para él, lo que que está por encima de todo, es el bien del país. Quisiera ver a México, tan rico en recursos de toda índole, avanzar rápidamente en el camino del progreso. Ningún odio existe en él contra Juárez: "Creo que es un hombre de bien". Y jamás pronunció contra él una palabra dura o perversa.

Cuando llega el momento de hablar del proceso que va a empezar, Hall deja entrever la posibilidad de que el gobierno lleve el asunto ante el Congreso: "Si esto puede ser así, no temo nada, declara Maximiliano. En ese caso me defenderé yo mismo, sin abogados". Y con una pequeña sonrisa dirigida a su interlocutor: "Probablemente tendré necesidad de un jurista para que explique algún punto de la ley, pero yo me encargaré del alegato". Cuando Hall le llama la atención sobre algunos artículos de la Constitución mexicana que podrían estar a su favor, los subraya con un trazo de lápiz rojo, los lee lentamente y se excita. Nadie se los ha señalado hasta estos momentos. Manda buscar al señor Vázquez, uno de sus abogados, y en el momento en que llega, le comunica lo que le dijo el hombre de leyes norteamericano respecto de la anticonstitucionalidad de algunas leyes. El señor Hall tiene razón, responde Vázquez, pero como el gobierno actúa en algunos sentidos contra la Constitución, no puede saberse qué postura tomará a propósito de estas cuestiones. Los defensores de Maximiliano han decidido, por otra parte, atacar las leyes considerándolas contrarias a la Constitución, de acuerdo y sin saberlo, con Hall.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Éste, en el curso de una conversación, plantea una pregunta: ¿hubiera logrado el emperador escaparse de Querétaro si no hubiese sido traicionado por López? Sí —afirma Maximiliano que parece no abrigar ninguna duda tocante a eso—. La princesa de Salm, que está presente, se dirige a Hall: "¿Creeréis que Su Majestad, hace algunos días, habiendo sabido que un hombre seguía a López con intención de matarlo, mandó prevenir a este último para que tuviera cuidado?"

—¿En verdad hizo eso Vuestra Majestad? —preguntó el norteamericano.

—Sí —dijo Maximiliano sonriendo y sonrojándose.

La evasión preocupa al emperador. Si se presentara la ocasión, ¿podría aprovecharse de ella con sus generales Miramón y Mejía, sin incurrir en censura? Ciertamente que sí, le responde Hall. "No creo que la corte marcial os haga justicia; la ley está en vuestro favor y muy claramente, pero según las conversaciones que he tenido sobre algunos puntos con los agentes del gobierno, estoy seguro que se ha resuelto condenaros". Maximiliano hubiese preferido, en vez de la evasión, un proceso leal ante el Congreso. Pero sabiendo bien que querían su cabeza, no tendría escrúpulos en salvarla por cualquier medio que fuese. "Nunca di mi palabra de no fugarme. He puesto mucho cuidado en esto". Siempre "muy cuidadoso de su honor", nunca hubiese consentido, en ningún caso, traicionar su promesa.

El día 7 de junio, Escobedo anuncia que deberán salir al día siguiente de la ciudad todos los extranjeros. A Hall le impresiona esta medida. El emperador, desolado, le ruega intentar una gestión ante Escobedo. Que haga valer su calidad de consejero de la defensa, que solicite autorización para estar a su lado durante el proceso. La respuesta del general es seca, categórica: "No se admite a los extranjeros en nuestras cortes de justicia".

Hall se despide de Maximiliano. "Jamás, escribe, olvidaré este adiós".

* * *

Agnès de Salm-Salm lo mueve todo para salvar al emperador. Fue para ella un golpe terrible, lo mismo que para su marido, la decisión del 2 de junio. ¡Tantos esfuerzos inútiles! Y luego, el asunto se ha divulgado. Nacen recelos. Doblan la guardia. Únicamente permanecen en los Capuchinos Maximiliano, Miramón y Mejía. Los demás prisioneros

fueron trasladados a otro edificio. Acampa en la calle un batallón, precisamente frente al convento. Y por la noche entra un oficial en la celda del emperador, con una vela en la mano, para asegurarse de que en efecto sigue allí.

A Salm se le advirtió sin consideraciones que se sabía el papel que había desempeñado en el asunto. Si empieza de nuevo, será ejecutado en el acto. Le quitaron el cuchillo e incluso el tenedor. Pero si está reducido a la impotencia, Agnès tiene todavía algunos triunfos en su juego. Logró seducir al coronel Villanueva a quien le prometió cien mil dólares. Falta conquistar a Palacios, sin el cual no podrá hacerse nada, pues está al mando de la guardia de Maximiliano. Es un indio de apariencia adusta a quien un estrabismo pronunciado le da un aspecto feroz. Según Villanueva, pedirá la misma suma. La princesa conoce también el poder de sus encantos. Está en todo el resplandor de sus veintitrés años. Y sus ojos claros y luminosos y su expresión atrevida, su color deslumbrante, producen gran efecto en los hombres.

El 13 de junio, día de apertura del proceso, viene a ver al emperador al que le expone su plan. El coronel prometió hacerlo salir y entregarlo a un grupo de hombres que lo escoltará hasta Sierra Gorda y desde allí a la costa. Se necesita dinero para comprar a Palacios. Maximiliano ya no tiene casi nada de dinero. Sabe que Blasio y Basch, por no haber sido registrados, pudieron guardar el oro que se les confió. Se lo manda pedir con Grill. Luego consiente en firmar dos letras de cambio por cien mil dólares cada una sobre el tesoro de la familia imperial de Viena. Pero los mexicanos exigieron que fuesen avaladas por los embajadores europeos.

Cuando Maximiliano se las entrega a Agnès, no llevan más que su firma. Los embajadores, temiendo comprometer a sus gobiernos, negaron su garantía. Magnus, ministro de Prusia, considera esta historia como una locura. Y Lago, el de Austria, que siempre le fue hostil al emperador, teme ser fusilado si alguna vez caen estos documentos en manos de los liberales. "Sería una pérdida muy pequeña", comenta Maximiliano desdeñoso y decepcionado. Ahora comprende el peligro. Sabe que su vida está en juego. ¡Estaba dispuesto a intentar la evasión, y los representantes de Europa, en el último momento, le fallan!

Sin embargo, Agnès no pierde el ánimo. Se quedará en los Capuchinos hasta las ocho y le pedirá al coronel Palacios que la acompañe a su casa. Y empleará los grandes medios. Todo va bien. Galantemente, Palacios acepta escoltarla e incluso entrar en su casa. Es verdad que ella está encantadora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su vestido de satín azul con un escote que permite adivinar el nacimiento del seno. Su cabellera admirable flota sobre sus espaldas, cubierta con un velo de muselina. Dirige la conversación hacia Maximiliano, tantea el terreno. El coronel reconoce que al principio no estimaba casi al emperador, pero en los últimos tiempos, viéndolo tan noble en la adversidad, experimenta gran simpatía hacia él. ¿No es ése el minuto favorable para abordar el tema? La princesa le confía a Palacios que tiene un proyecto de extrema importancia para todos, que quiere comunicarle. Pero necesita su palabra de honor de que nada revelará a ninguna persona de lo que va a decirle, incluso si rechaza lo que le propondrá.

Entonces, le comunica el plan de evasión. ¿Lo que le pide al coronel? Volverse de espaldas durante seis minutos. Eso es todo. Es pobre a pesar de su inmenso talento; tiene a su cargo una esposa y un hijo. Por eso es por lo que ella le ofrece esos cien mil dólares. Él toma la letra de cambio y la examina. Es un indio poco culto. No puede creer que ese pedazo de papel representa una fortuna y se lo devuelve a Agnès. Según su opinión, dice, lo mejor para México sería dejar que Maximiliano huyera. Pero el asunto es importante. Necesita reflexionar durante la noche. Como tiene aspecto de que duda, Agnès, bruscamente, plantea una pregunta: ¿no es suficiente esa suma? Él murmura algunas palabras, turbado: su honor, su familia... Entonces la joven se juega el todo por el todo en un último esfuerzo por vencer la resistencia. "Y bien, coronel, aquí estoy; soy suya". Se arranca el corpiño, desnuda sus senos. ¡Qué tentación aquella carne deslumbrante!

Temiendo sin duda ceder, Palacios se precipita a la puerta. Pero Agnès la había cerrado con llave. Él grita: "¡Si no abre usted, salto por la ventana!"

La princesa tiene que obedecer. El coronel se va. Al día siguiente, Escobedo llama a Agnès y, cortés pero sarcástico, observa que no parece sentarle bien el aire de Querétaro. A pesar de sus protestas, le comunica su decisión: está listo un vehículo que la llevará bajo escolta a San Luis. No quiere verla más en Querétaro. Lo sabe todo: a pesar de sus bondades hacia ella, trató de seducir a sus oficiales. Ella en vano suplica; él no quiere escuchar nada. Intenta que se demore la partida. Pero finalmente tiene que someterse. Más tarde dirá el general que hubiese preferido combatir a un batallón de imperialistas, antes que enfrentarse a la princesa de Salm, presa de la cólera.

Pero ella todavía no dice su última palabra.

* * *

El 13 de junio por la mañana se abre el proceso del emperador y de sus generales. Se efectúa en el teatro Iturbide empavesado de banderas, adornado de guirnaldas como para una representación de gala. Los jueces están en el escenario. A la izquierda, taburetes para los acusados y sus defensores. A la derecha, el procurador, coronel Aspiroz. La sala, de ciento quince asientos, está llena.

El presidente del tribunal es el teniente coronel Platón Sánchez. Tiene como adjuntos a los comandantes José V. Ramírez y Emilio Laguero, a los capitanes Ignacio Jurado, Juan Ruida y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán, todos ellos jóvenes oficiales subalternos, y algunos de ellos iletrados, incapaces —afirma el jurista norteamericano Frederic Hall— de comprender e interpretar las disposiciones legislativas invocadas para el juicio. Aspiroz, el procurador, es el único que posee algunas nociones jurídicas. Hall, que mantuvo relaciones con los liberales, se dio cuenta de que muchos de ellos se hubieran "alegrado" por un veredicto de clemencia. Pero también había un núcleo de fanáticos: los que reclamaban no sólo la cabeza de Maximiliano, sino también la de todos los imperialistas. Como aquel oficial del estado mayor de Escobedo que gritaba en el comedor del hotel donde tomaba sus alimentos que el cadáver del emperador debería ser cortado en pedazos y éstos deberían repartirse entre todas las aldeas de México.* Por su parte, Porfirio Díaz le previene a don Benito que no será posible responder del ejército que sitia a la capital, si al emperador se le indulta. En cuanto a Escobedo, como él designó a los miembros del Consejo de Guerra —el presidente y su ayuda de campo—, sabe de antemano cuál será la decisión que tomarán. El proceso será un espectáculo popular capaz de impresionar a los espíritus, pero de ninguna manera un acto de justicia.

A las 9 introducen a los generales Miramón y Mejía, los cuales se sientan al lado de sus abogados. Maximiliano se negó a venir. Se niega a comparecer en este escenario, ante este tribunal, ante esta multitud curiosa. Si quieren condenarlo, dice, poco importa que esté presente o ausente. Invoca su estado de salud y finalmente aceptan esta excusa: el comisario

* "Hacè veinte años podía verse todavía en una casa particular un frasco que contenía un trozo de carne de Maximiliano y de Miramón, así como el corazón de Mejía" *(El Liberal,* México, D. F., 6 de octubre de 1914).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del gobierno se dirige a la cárcel y el doctor Basch proporciona un certificado médico.

El procurador lee el acta de acusación: trece cargos. Maximiliano ha sido el agente de la intervención francesa, aceptó la corona ofrecida por una minoría anticonstitucional, usurpó la soberanía, cometió violencias contra las vidas y los intereses de los mexicanos, declaró la guerra a la República, les permitió a aventureros de otras nacionalidades engancharse en las filas de su ejército, cometió homicidios por medio del bárbaro "decreto negro", declaró que el presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano para establecerse en los Estados Unidos de Norteamérica, prolongó la guerra civil después de la partida de los franceses, rehusó abdicar antes de que se le obligara a ello, exigió que se le tratara como a monarca legítimo, no quiso reconocer la competencia de la corte pretendiendo que ésta representaba a un partido terrorista y no constitucional, y finalmente elevó esta protesta por voz de sus abogados.

Toman la palabra los defensores de Maximiliano, Ortega y Vázquez. Son juristas reconocidos como eminentes en todo el país. Prepararon con todo cuidado su argumentación que descansa en una base jurídica incontestable: la ley del 25 de enero de 1862 no es aplicable en este caso porque es anticonstitucional ya que fue dictada por el presidente Juárez en una fecha en que, según la Constitución mexicana, ya no poseía él el poder legislativo. Reducen a nada la mayor parte de las acusaciones formuladas contra Maximiliano. ¿La intervención francesa? Empezó dos años antes de la llegada del emperador. Éste no ha "usurpado" la soberanía, puesto que vino por el llamado de un partido monárquico legalmente constituido, y puesto que al desembarcar en Veracruz no encontró ninguna resistencia. ¿Su negativa a abdicar? Dos veces propuso una tregua para que el pueblo manifestase su voluntad mediante el voto. Si la guerra civil se ha prolongado, es por culpa de don Benito Juárez. En cuanto al "decreto negro", es menos severo que la mayor parte de los edictos lanzados por los liberales. Y, por lo que toca a la competencia de la corte, ninguna legislación del mundo le prohíbe a un acusado formular objeciones que juzga valederas legalmente.

Punto importante: la Constitución mexicana, en este caso, exigía como jueces, bien al Congreso, o bien a un tribunal civil. Se alude al caso de Jefferson Davis, presidente de los Estados confederados, que sin embargo no había sido reconocido por ninguna potencia extranjera, y que fue juzgado con todas las reglas. El vencedor no puede convertirse en juez

del vencido. Los abogados, en conclusión, conjuran a los miembros del consejo "en nombre de la civilización y de la historia, a salvaguardar el buen nombre del país ante los ojos de las generaciones futuras, que aplaudirían el coronamiento de la más grande victoria con el mayor de los perdones". Con esta palabra de perdón, termina el alegato.

Aspiroz, el procurador, no trata de refutar los argumentos de Ortega y de Vázquez. Se contenta con negar los que atañen a la anticonstitucionalidad y a la incompetencia. A los ojos del gobierno, desde la partida de los franceses, los imperialistas son rebeldes, y ya no beligerantes. No les concede ninguna importancia a las objeciones que conciernen a la forma del proceso, porque por el momento está suspendida la Constitución. Se hubiera podido, su hubiesen querido, ejecutar a Maximiliano y a sus partidarios en el momento de ser capturados.

Como es tarde, el presidente transfiere la continuación de los debates para el día siguiente, 14 de junio. Ese día no está presente ninguno de los acusados. El procurador pronuncia una requisitoria de tal violencia, que el veredicto ya no ofrece casi ninguna duda. Respondiendo al reproche de no haber aportado ni hechos ni pruebas, declara que los hechos son de notoriedad pública, que los acusados han sido cogidos con las armas en la mano, y que sus crímenes no tienen ninguna necesidad de ser probados ni atestiguados.

Los abogados replican y subrayan que ese lenguaje no tiene ningún valor jurídico. Los miembros del consejo, después de haberlos escuchado, se retiran a deliberar. Nueve horas de discusión. Todos están de acuerdo en el hecho de que Maximiliano es culpable, pero no sobre la pena que deberá aplicarse. A las once de la noche, deciden ponerla a votación. Tres votan por la muerte y tres por el destierro perpetuo. Determina el veredicto el presidente, pues tiene doble voto. Se pronuncia la pena capital.

Cuando el consejo entra de nuevo en sesión, el secretario, lentamente, lee la sentencia: "Fernando Maximiliano, convicto de los crímenes especificados en los párrafos 1, 3, 4 y 5 del artículo 1, 5 del artículo 2, 10 del artículo 3, de la ley del 25 de enero de 1862, contra la nación, el derecho de gentes, el orden y la paz pública; los acusados Miguel Miramón y Tomás Mejía, culpables de los crímenes especificados en los párrafos 2, 3, 4, 5 del artículo 1 y 5 del artículo 2 de la misma ley, contra la nación y el derecho de gentes, con la circunstancia de haber sido los tres sorprendidos en flagrante delito en una acción de guerra, el 15 del mes de mayo último,

en esta misma plaza, caso previsto por el artículo 28 de la susodicha ley;

En consecuencia y conforme a los términos expresados de ley susodicha, el consejo condena a los susodichos culpables a la pena de muerte".

Juárez obtiene la victoria. Una victoria política.

El 16 de junio al mediodía, Aspiroz, a quien acompañan el coronel Palacios y un pelotón de soldados, va a leerles el veredicto a los condenados, en su celda. Maximiliano permanece impasible. "Estoy pronto", dice simplemente. Luego, sabiendo que la ejecución deberá tener lugar a las tres de la tarde, mira su reloj y se vuelve hacia Basch que está cerca de él. "Tenemos todavía tres horas y podemos terminarlo todo".

* * *

De todos lados asedian a Juárez con súplicas. Los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre se dirigieron a San Luis Potosí para defender ante él la causa de Maximiliano, en tanto que sus colegas la defienden ante el Consejo de Guerra, todos con el mismo ardor, los unos usando de todos sus recursos de su ciencia jurídica; los otros, de su influencia de amigos del presidente. Estos últimos logran, no sin trabajos, ver a Juárez porque chocan contra el ministro Lerdo de Tejada, verdadero cerbero que teme un gesto de clemencia (de parte de don Benito). Para Lerdo de Tejada "los pueblos débiles no tienen el derecho de ser generosos", y Maximiliano debe morir. El interés nacional lo exige: "La guerra civil puede y debe terminar con la conciliación de los partidos, dice, pero es esencial, para llegar a este resultado, que el gobierno se deshaga de los elementos de probables disturbios". Con su amigo Iglesias que comparte sus ideas, monta severa guardia alrededor de don Benito.

A los abogados les responderá el presidente que la ley y la sentencia son inexorables y que la seguridad pública así lo exige. La muerte de Maximiliano y de sus partidarios será la redención de los otros extraviados. Actúa, dice, por necesidad, y no hay en su voz ni odio ni rencor.

El barón Magnus, en su carácter de diplomático, intenta él también conmover a don Benito. Le asegura que el rey de Prusia garantizará con las otras potencias europeas la independencia de México, si consiente en la partida de Maximiliano. "Hice –dirá luego– todo lo que era humanamente posible en San Luis Potosí para salvar aquella existencia sagrada. Hablé en nombre de nuestros colegas. Todo fue en vano".

Finalmente, el asedio de las mujeres. Doscientos habitantes de San Luis Potosí vienen a presentarle (a don Benito) una petición. Y la joven esposa de Miramón se presenta con sus dos hijitos el menor de los cuales tiene dos meses; vencida por el dolor y la emoción, se desmaya y es preciso llevársela. Finalmente, Agnès de Salm-Salm, que pudo obtener una entrevista, se arroja a los pies de don Benito, sollozando, y le ofrece su vida a cambio de la del emperador. Por un momento, siente que él se conmueve. ¿Le arrancará la gracia? No; Lerdo de Tejada, inquieto, abre la puerta y lanza estas palabras: "Ahora o nunca, señor presidente". Juárez se recobra: "Me siento desolado, señora, al veros de rodillas delante de mí. Pero si todos los reyes y las reinas de Europa estuviesen en vuestro lugar, no podría sin embargo perdonarle la vida. No soy yo quien se la quita, sino mi pueblo y la ley, y si yo no cumpliera con su voluntad, el pueblo tomaría su vida y la mía".

Y durante tres días se encierra, negándose a ver a quienquiera que sea. Permanecerá sordo a todos los llamados, de cualquier parte que lleguen. Incluso a los de Víctor Hugo y de Garibaldi, sus grandes admiradores, que tienen confianza en su generosidad.

En cuanto a los Estados Unidos de Norteamérica, sabe bien que dejarán que las cosas sigan su marcha. Unas semanas antes, Romero, representante de su gobierno ante Washington, tuvo una conversación con Seward a propósito de la suerte eventual de Maximiliano. Si éste, dijo Romero, es autorizado para que vuelva a Europa, será "una amenaza permanente para la paz de México. Persistirá en hacerse llamar emperador de México, y todos los mexicanos descontentos mantedrán con él activa correspondencia y podrán, incluso, incitarlo a regresar más tarde, como antaño se hizo con Iturbide... Por otra parte, si Maximiliano, beneficiándose con el perdón, regresa entre los suyos, nadie en Europa pondrá esta magnanimidad en nuestro crédito... Sino que, al contrario, se dirá que si hemos actuado de esta manera es por temor a la opinión pública europea, y porque no nos atrevimos a tratar duramente a *nuestro soberano*. No quiero decir que Maximiliano deba ser necesariamente fusilado; quiero decir que, antes de dejarlo partir, es preciso privarlo de todo medio de agitar a México en lo porvenir. Los Estados Unidos de Norteamérica son un gran país y un Estado perfectamente organizado; pueden permitirse un comportamiento que, en México, sería imprudente".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto a Inglaterra, Bélgica, Francia, Austria, le dirigen un llamado apremiante a Washington para que intervenga en favor de Maximiliano; Seward le ordena al ministro de los Estados Unidos de Norteamérica en México interceder ante las autoridades juaristas. Pero este singular ministro que vive en Nueva Orleáns porque pensó que era incómodo vivir en un país en guerra, da evasivas, envía telegrama tras telegrama a su gobierno para obtener, dice, precisiones, invoca razones de salud para no obedecer las órdenes recibidas y, finalmente, renuncia, después de encargarle a su sucesor, John White, que cumpla la misión que él no ha cumplido. Le remitió a éste una nota para el ministro de Asuntos Extranjeros de Juárez: "Mi gobierno me da instrucciones para que le haga conocer al presidente Juárez su deseo de que, si el príncipe Maximiliano y sus partidarios son hechos prisioneros, se les dé el trato humano que las naciones civilizadas les dan a los prisioneros de guerra". Evidentemente, los Estados Unidos de Norteamérica no intentan pesar en la decisión de Juárez.

El presidente se contenta con conceder un aplazamiento de tres días. El 18 de junio los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre les telegrafiarán a sus colegas Ortega y Vázquez: "Amigos, todo ha sido en vano; lo lamentamos de todo corazón y le pedimos al señor Magnus que le presente a nuestro defendido nuestro sentimiento de profunda pena".

El presidente le envía un despacho a Escobedo para que aplace la ejecución hasta el día 19.

Así los condenados "tendrán tiempo para arreglar sus asuntos terrenales".

* * *

Maximiliano ya tiene arreglados los suyos. El 14 de junio las dirigió a los diplomáticos llegados de la capital para verlo y a quienes se les acaba de intimar que salgan de Querétaro en dos horas, una carta dándoles las gracias por su abnegación, por medio del barón de Lago. Le hace a éste algunas recomendaciones: "Servíos hacer todos los esfuerzos posibles para salvar a los soldados y oficiales austriacos que se hallan todavía en la capital y mandarlos a Europa". Luego da instrucciones respecto al "codicilo" que le envió al ministro de Austria. En un postscriptum del día 15 añade: "Acabo de saber que mi pobre esposa ha sido relevada de sus sufrimientos. Esta noticia, tanto como rompe mi corazón, es por otra

parte, en el momento actual, de un consuelo inaudito para mí. No tengo ya más que un deseo sobre la tierra: que mi cuerpo sea enterrado al lado de mi pobre esposa, de lo cual os encargo, mi querido barón, como representante de Austria. Pueden ser cumplidos todos los puntos del codicilo, porque habiendo muerto la emperatriz antes que yo, soy el heredero de una parte de su fortuna, y puedo contar con la seguridad de que mis herederos naturales ejecutarán mis últimas voluntades con placer... Que cuiden a los fieles que me rodearon y a los que rodearon a la emperatriz como nosotros mismos los hubiéramos cuidado..."

El 15, habiendo sabido el veredicto, manda llamar a Blasio, el cual llega pronto escoltado por ocho soldados. Encuentra al emperador vestido completamente de negro; su mirada tranquila y su expresión amable son las mismas que en los días de su esplendor. Sin embargo, ensombrece su rostro un velo de melancolía. "He sabido, dice, que la pobre Carlota ha muerto y, por ese motivo, voy al sepulcro más tranquilamente. Era mi último bien terrenal, y ella, al presente, se halla en el cielo". Se pasa la mano por la barba apartándola de su rostro, signo en él de una gran tensión interior. Dicta sus cartas de despedida: a la princesa Iturbide, a cuatro de sus ministros que huyeron al extranjero, y finalmente a don Carlos Rubio que lo rodeó de tanta solicitud desde su encarcelamiento: "Sin dinero, me dirijo a vos con toda confianza para obtener la suma necesaria para la realización de mi último deseo. Os será rembolsada por mis parientes de Europa designados como mis herederos. Deseando que mi cuerpo sea llevado a Europa cerca de la emperatriz, le he confiado esta tarea a mi médico, el doctor Basch. Le daréis la suma necesaria para el embalsamiento, le transporte y el retorno de mis criados a Europa. Os doy las gracias de antemano por este favor que os deberé, y os digo adiós deseándoos felicidad..."

Blasio no puede contener las lágrimas. Tampoco Grill que permanece cerca de su señor. "¿Por qué lloráis?, pregunta Maximiliano. Todos somos mortales y llegó mi hora. No penséis en ello, en momentos en que tengo necesidad de todo mi valor, pudiendo privarme de él vuestros gemidos".

Luego, al cabo de un momento: "No os mandé llamar para escribir esas cartas que hubiera podido dictarle al doctor Basch, le dice a su secretario, sino para deciros adiós y para recomendaros, si salís vivo de aquí, que vayáis a Viena y que os presentéis a mi familia a quien le he hablado de vos en el codicilo de mi testamento". Blasio permanece con Maximiliano hasta el momento en que un ayuda de campo de Escobedo llega

para ordenarle que se vaya. El emperador lo estrecha sobre su pecho. "Sentí una lágrima en mi mano. Incapaz de reprimir mis sollozos, me apresuré a salir, a atravesar los patios y los corredores llenos de una multitud de soldados, sin oir ni ver ninguna otra cosa que la infinita aflicción del adiós. Al llegar a mi celda me arrojé en el lecho llorando como un niño".

Maximiliano piensa en todo y en todos. Le escribió al capitán Pierron: "En mi última hora, pienso en vuestra buena amistad... Quiero daros las gracias por vuestra franqueza, por vuestra adhesión, por vuestra abnegación". Y a Bombelles, el amigo de siempre: "Mi corazón siente la necesidad de expresaros una vez más mediante estas cuantas líneas trazadas apresuradamente, mi gratitud más sincera... Decidles a mis fieles amigos que... siempre, fiel al honor, nunca he actuado sino según mi deber y mi conciencia... mi bravo ejército me prestó fielmente su ayuda. Sin provisiones y sin armas suficientes, mantuvo una plaza abierta contra un enemigo siete veces más numeroso que él durante el largo lapso de setenta y dos días..."

Le envió un mensaje a Escobedo a propósito de su ejecución: que se tenga a bien escoger buenos tiradores para que le acierten directamente en el corazón, "porque no sería conveniente para un emperador que se retuerza en el suelo en las convulsiones de la muerte". Y pide ser ejecutado al mismo tiempo que Miramón y Mejía. Le envía a Basch su anillo y lo encarga que le cuente el sitio y sus últimas horas de vida a la archiduquesa Sofía. "Decidle a mi madre que cumplí con mi deber de soldado y que muero como buen cristiano". En unión de sus dos generales, comulga de manos del padre Soria. Cuando regresa Basch al cabo de dos horas para que firme las cartas, le dice: "Puedo aseguraros que morir es una cosa mucho más fácil de lo que yo me había imaginado. Estoy enteramente dispuesto".

Poco después, el oficial que deberá mandar el pelotón de ejecución entra y, estallando en sollozos, le suplica a Maximiliano que lo perdone. "Sois soldado, joven —responde el condenado—, y debéis cumplir con vuestro deber".

Se encuentran ahora con el emperador los abogados Vázquez y Ortega esperando la hora fatídica. Maximiliano charla con ellos, muy calmado, pero se acaricia la barba. Suenan las tres en el reloj del convento. Luego, las cuatro. Llega entonces el coronel Palacios, con un telegrama en la mano. ¿El indulto? No; sólo la orden de aplazar la ejecución por tres días. "¡Qué desgracia —exclama el emperador—, porque ya

he terminado con la vida! Cualquier cosa que suceda ahora, ya no pertenezco a este mundo".

* * *

Sin embargo, todo el mundo piensa que a este telegrama le seguirá otro, que el gobierno se ha suavizado ante tantas súplicas, y que indultará a los tres condenados. Los abogados han vuelto a tener esperanzas. Les telegrafían a sus colegas: "Cuando llegó la orden de suspensión, ya los tres acusados se habían confesado y comulgado. Ya, pues, estaban muertos moralmente en esa hora en que esperaban que viniesen a buscarlos para ejecutarlos. Sería horrible matarlos por segunda vez el miércoles, siendo que por primera vez la sufrieron hoy".

El barón Magnus le envía un despacho a Juárez. "Os conjuro, en nombre de la humanidad y en nombre del cielo, que déis orden para que no se atente contra sus vidas. Una vez más, y con toda conciencia, os aseguro que mi soberano, Su Majestad el rey de Prusia, y todos los monarcas de Europa parientes del príncipe prisionero por los lazos de la sangre, a saber, su hermano, el emperador de Austria, su prima, la reina de Inglaterra, su cuñado, el rey de los belgas y su prima, la reina de España, así como los reyes de Italia y de Suecia, se pondrán fácilmente de acuerdo para garantizarle a Su Excelencia don Benito Juárez, que jamás ninguno de los prisioneros pondrá de nuevo los pies en suelo mexicano".

¿Cree Maximiliano que don Benito se dejará conmover? El 17 de junio le escribe al barón del Lago: "He terminado con el mundo. Mis últimos deseos tienen que ver con mis despojos mortales que pronto quedarán libres de sus sufrimientos..." Le ha dado instrucciones, dice, al doctor Basch, el cual, junto con sus dos criados, Grill y Tudos, hará que lleven su cuerpo a Veracruz para ponerlo a bordo de uno de los barcos austriacos. Nada de ceremonias. "Esperé la muerte con calma y quiero tener también calma en mi túmulo... Quiero que se me entierre al lado de mi pobre esposa..." Le ruega a Lago cuide de que la señora Miramón, viuda de su fiel compañero de armas, sea embarcada en uno de los navíos austriacos. Tiene empeño en ello, tanto más cuanto que le ha encargado que se marche a Viena cerca de su madre.

Algunas nuevas cartas: acciones de gracias a sus defensores y a los oficiales, todavía prisioneros, que sirvieron bajo sus órdenes. Luego quiere enviarle un recuerdo al doctor Jilek. Pero no tiene nada. Sin embargo, sí: un tomo suelto de la

Historia Universal, de César Cantú, el tomo V, traducido al español, que leyó durante su cautiverio, y en el que puso señales en las páginas consagradas a Carlos Quinto, el gran antepasado, a Lutero, a Camoëns cuyos poemas le gustan tanto, a don Carlos, prisionero, hijo de Felipe II, y a la San Bartolomé. En el reverso de la página de la guarda, escribió algunas palabras: *Meinen Freunden Dr. Jilek—Maximilian. Queretaro gefangniss die Capuchinas, 17 juin 1867".**

Intentará un último esfuerzo para salvar a sus compañeros y redacta un telegrama para Juárez que le entrega a Escobedo: "Deseo que se les conceda el indulto a los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía que han sufrido todas las angustias de la muerte, y deseo, como lo dije cuando fui hecho prisionero, ser la única víctima".

Una vez más —y será la última—, redacta una carta destinada a Juárez, carta fechada el 19 de junio porque no deberá enviarse sino después de la ejecución. "A punto de sufrir la muerte por haber intentado, con nuevas instituciones, ponerle fin a la guerra sangrienta que desde hacía tantos años asuela a este desdichado país, daré mi vida con gusto si este sacrificio puede contribuir a la paz y a la prosperidad de mi nueva patria. Profundamente convencido de que nada no puede cimentarse en un campo regado de sangre y sacudido por las más violentas agitaciones, os conjuro de la manera más solemne con la sinceridad que comporta el momento al cual he llegado, que mi sangre sea la última que se vierta. Consagráos a llevar adelante el noble objetivo que os habéis propuesto, y la perseverancia que habéis puesto en defender la causa que acabáis de hacer triunfar, preseverancia que reconocí en vos incluso en la prosperidad. Reconciliad los partidos y dadle, por medio de sólidos principios, una paz duradera a este país..."

Hoy como ayer, Maximiliano no logrará entablar el diálogo tan deseado con don Benito Juárez, el cual permanece mudo. Y también inflexible. Su ministro Lerdo de Tejada opone un *no* categórico a todas las súplicas, a todos los telegramas. Cuando, en la noche del 18 al 19 de junio, Riva Palacio y Martínez de la Torre, habiendo logrado obtener una nueva audiencia con el presidente, le piden gracia en nombre de la humanidad y del honor del país, Juárez, en tono calmado, responde que importa ante todo asegurar la salvación de la República. Quizá se halle la explicación de su actitud en estas

* "A mi amigo el doctor Jilek—Maximiliano. Querétaro, cárcel de las Capuchinas, 17 de junio de 1867". (N. del T.)

líneas trazadas por su mano en un pedazo de cartulina que se encontrará en el libro de Lerminier, *Histoire des législations comparées,* que leía en los momentos en que la muerte iba a eliminarlo: "Cuando la sociedad está amenazada por la guerra, la dictadura... es una necesidad como remedio práctico para la salvación de las instituciones, de la libertad y de la paz". La dictadura con todo lo que encierra de brutal y de inflexible.

La ejecución tendrá lugar el 19 de junio. Esos tres días de aplazamiento serán una tortura inútil, y la más cruel de todas: la tortura de la esperanza. Y Maximiliano tuvo tiempo de saber que Carlota no ha muerto: fue desmentida aquella noticia. Le escribe a Radonetz, prefecto del castillo de Miramar, para rogarle que permanezca cerca de su esposa, y que le testimonie la misma abnegación que a él mismo. Ignorará que su hermano el emperador de Austria ha decidido, por consejo del canciller Beust, restituirle sus derechos de agnado de la casa de Austria y a la dignidad imperial, lo que constituiría una garantía seria para el gobierno mexicano. El telegrama que le envió Francisco José por medio de su ministro en Washington, llegará demasiado tarde.*

El día 18 de junio, a las cinco horas, le traen un despacho: la negativa de la gracia pedida para Miramón y Mejía. Los tres condenados saben que serán fusilados juntos. Escobedo le ofreció a Mejía, el cual antaño le había salvado la vida, sustraerlo a la ejecución. ¿Y Maximiliano y Miramón?, preguntó Mejía. Para ellos, imposible, responde Escobedo. "Entonces, que me fusilen con el emperador". Maximiliano y sus generales se arreglan acerca de la manera como se colocarán ante el pelotón. El emperador estará en el centro "Con vuestra aprobación, don Tomás —le dice a Mejía— le daremos a Miramón el lugar de honor, a mi derecha". Mejía piensa durante un momento. Es un indio de gran valor, excelente jefe militar, pero ingenuo.

—Muy bien, Vuestra Majestad. Será como lo decís, pero ved lo que pienso: el Salvador murió entre dos ladrones, y se dice que el que estaba a su derecha se arrepentía, pero no el otro. No soy ladrón, Vuestra Majestad, y además me arrepiento porque me siento desolado por todos los pecados

* En su despacho del 20 de junio anunciando la decisión de Francisco José, el ministro belga en Viena, añade: "No se disimulan al mismo tiempo las dificultades a las que dará necesariamente lugar el retorno a Europa del infortunado soberano de México si escapa a la venganza de sus adversarios victoriosos" (De Jonghe a Ch. Rogier). ¿Ya no ha pensado más de una vez Maximiliano en esas "dificultades", y no habrán influido en su conducta?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que haya cometido. Pero si estoy a la izquierda de Vuestra Majestad, comprenderéis que...

—¡Qué tontito sois, don Tomás! —responde Maximiliano pasando su brazo con afectuoso gesto por las espaldas del pequeño indio—. ¿Qué importancia tiene el lugar que tendremos? Partiremos por el mismo camino. Bueno; entonces vos estaréis en el centro, y yo seré el ladrón no arrepentido porque verdaderamente creo ser el más grande pecador de los tres. Había pensado que me gustaría morir sostenido por los dos hombres a quienes más les debo. a quien quiero más, mis dos partidarios más abnegados.

El rudo rostro del indio se ilumina con estas palabras:

—No, Vuestra Majestad. Yo me colocaré a vuestra izquierda. Es un honor morir con vos, afrontar con vos las cinco balas. Probablemente se me permita entrar en el cielo detrás de vos, delante de Miramón. Él y yo, pues, estaremos iguales.

Maximiliano se acostó a las ocho horas. Durante una hora lee la *Imitación de Cristo,* que le prestó el padre Soria. Ya está durmiendo cuando Escobedo entra en su celda para despedirse de él. Se le despierta y platica durante unos momentos con el general a quien le regala su retrato firmado.

Hacia las once horas, el emperador duerme.

* * *

A las tres horas y media se levanta, se viste de traje negro, el Toisón de Oro al cuello, sombrero de anchas alas, y luego recibe a su confesor. A las cinco, el padre Soria dice una misa rezada en la celda sobre un altar improvisado en un nicho. En el momento de la consagración, los tres condenados se arrodillan. El sacerdote los bendice.

Desayunan juntos. Se les trajo café, pan, pollo y media botella de vino rojo. Terminado el desayuno, Maximiliano se quita su anillo que Basch le había devuelto y se lo entrega de nuevo al médico renovándole las instrucciones respecto de él. Se quita luego un escapulario que trae puesto y se lo pone en la bolsa a Basch. "Se lo daréis a mi madre".

Suena la media para las seis y aparece el coronel Palacios con el pelotón de ejecución. Con paso firme, el emperador sale de su celda. Sus criados se aprietan contra él llorando y besándole las manos. "Veamos, tranquilizaos, les dice. Véis bien que yo estoy tranquilo. Es la voluntad de Dios que muera, y no podemos hacer nada contra ella". Al pasar ante las celdas de los generales: "¿Estáis listos, señores? Yo ya estoy".

Miramón está tan elegante y sonriente como siempre. Mejía, enfermo, apenas puede sostenerse de pie. Maximiliano los abraza a ambos. "Muy pronto nos encontraremos en un mundo mejor". Los tres descienden la escalera. En el umbral, viendo los primeros rayos de sol, Maximiliano exclama: "¡Qué hermoso día! ¡Siempre deseé morir en un día como éste!"

Los condenados suben cada uno en un coche; Maximiliano, rodeado de jinetes, con el padre Soria, seguidos de otras tropas y del pelotón. Se dirigen al cerro de las Campanas, al lugar donde Maximiliano se rindió. Allí será ejecutado. En el recorrido las ventanas permanecen cerradas en señal de duelo. Los transeúntes van vestidos de negro. Hombres y mujeres lloran sin esconderse. Desde los techos parten injurias e incluso algunos proyectiles contra los soldados. La emoción es grande cuando ven a la joven esposa de Mejía que sigue al lúgubre cortejo, con un niño de pecho al seno, y gritando: "¡Gracia! ¡Gracia!"

Al pie del cerro, bajan los condenados. El padre Soria está a punto de desmayarse. Maximiliano le da a oler un frasco de sales que le dio Agnès de Salm. Mira en torno suyo y ve a Tudos, su cocinero magiar, que ha seguido a su amo, murmurando en húngaro: "¡Dios mío, nunca pensé que sucedería esto!" Grill también está allí. Pero Basch, en el último momento, no tuvo valor para venir.

Con la cabeza levantada y teniendo a Miramón a su lado, el emperador sube hasta la cumbre de la colina. Mejía se arrastra, casi lo llevan en peso. Oyó los gritos de su esposa, la vio tratando de agarrarse al coche y, empujada por una bayoneta, caer al suelo.

Cuatro mil hombres están agrupados en la cumbre de la colina, al mando del general Díaz de León. Están colocados en tres lados de un cuadrado. El cuarto lado es un muro de adobe poco elevado contra el cual colocan a los condenados, Maximiliano entre los dos generales. Se vuelve hacia Miramón: "General, un valiente debe ser honrado por su soberado incluso en el momento de la muerte. Permitid que os ceda el lugar de honor". Lo hace colocarse en medio, y luego, volviéndose a Mejía: "General, lo que no es recompensado en la tierra, lo será ciertamente en el cielo".

Avanza un oficial y lee en voz alta una orden: quienquiera que tratase de ayudar a uno de los condenados, será ejecutado en el acto. Han tomado posición los soldados: quince hombres en total, cuatro por cada prisionero y tres de reserva. Maximiliano se acerca a los que están frente a él, les estrecha la mano y le da a cada uno una pieza de oro: "Muchachos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dice, apuntad aquí", y muestra el lugar del corazón. Teme ser herido en la cabeza y dejar un cadáver desfigurado. Volviendo a su lugar se quita el sombrero, se limpia la frente con un pañuelo y le entrega el uno y el otro a Tudos: "Entregádselos a mi madre y decidle que mis últimos pensamientos son para ella", murmura en húngaro, y abraza al criado que, con voz estrangulada, grita: "¡Viva el emperador! Adiós".

Maximiliano arroja una mirada en torno suyo y con voz firme, en español, dice: "Perdono a todos, y que todos me perdonen. Que mi sangre pronta a correr, sea derramada por el bien del país. ¡Viva México! ¡Viva la Independencia!"

Miramón saca un papel de su bolsa. Completamente calmado, protesta "en el momento de comparecer ante Dios" contra la acusación de haber traicionado a su patria. "Muero inocente de este crimen. Perdono a mis acusadores de la misma manera que le ruego a Dios que me perdone, y espero que mis compatriotas me harán justicia y apartarán esa mancha ignominiosa de la cabeza de mis hijos. ¡Viva México! ¡Viva el emperador!

Con voz débil, Mejía le hace eco a estas últimas palabras. Los tres hombres se enfrentan a sus verdugos. Maximiliano, con su gesto habitual, separa su barba y luego se cruza de brazos. Miramón se señala el pecho. Mejía tiene los dedos crispados sobre un crucifijo.

Tras el muro, tras un matorral, de cactos, se esconden curiosos, partidarios de Juárez; pero también amigos de Maximiliano, como Tudos, el húngaro; como Grill, el valet de cámara; como Aubert, el fotógrafo parisiense que toma fotos* y, apresuradamente, dibuja la escena.

Una orden rápida. Se levantan los fusiles. Una palabra, y los tres cuerpos caen.

Disipado el humo, se ve al emperador con el rostro en tierra. Se oye una débil exclamación: "¡Hombre!". El oficial se precipita; con el sable, le da vuelta a Maximiliano y, sin una palabra, indica el lugar del corazón. Un suboficial, el sargento Manuel de la Rosa, sobreviviente de Puebla, le da el tiro de gracia. Tira a quemarropa, lo que inflama la tela del chaleco. Entonces, Tudos se arroja sobre su amo para extinguir el fuego.

Miramón está muerto. Se necesitan dos balas para acabar con Mejía. Son las siete de la mañana. Las campanas de la ciudad repican. En la prisión de los Capuchinos, donde, desde la mañana, reinan el silencio, se acechan todos los ruidos. De

* Se encuentran en el museo real del ejército en Bruselas.

pronto, se dejan oir redobles de tambor y trompetas. Entran de nuevo los *Supremos Poderes*. Los prisioneros se precipitan sobre el oficial que ven. "Todo ha terminado".

* * *

¿Es el drama de Querétaro un drama masónico, la culminación de una rivalidad entre logias mexicanas y europeas? Perteneciendo Juárez y sus amigos a una logia nacionalista, ¿decidieron desligarse de las tutelas escocesa y yorkina mediante una sangrienta acción estrepitosa? Así lo afirma un rumor persistente, e incluso algunos pretendieron que, bajo la presidencia de don Benito, se pronunció un juicio masónico contra Maximiliano.

Desde fines del siglo XVIII la francmasonería se introdujo en México y, en 1806, se formaron las primeras logias según el rito escocés, como las de Charleston. Se hace sentir ya su influencia en el movimiento de Independencia de 1810. Pero se desgarran entre sí los ritos escocés y yorkino, y se crea un rito nacional. Cuando acontece la intervención francesa, las logias mexicanas de este rito trabajan en la clandestinidad reuniendo fondos e informes en provecho de las guerrillas. Sin embargo, existe una logia de rito escocés, la *Unión Fraterna*, fundada en 1859, compuesta, sobre todo, por extranjeros, norteamericanos, ingleses, españoles que preside un alemán naturalizado norteamericano Lohse. De opiniones republicanas, este último mantiene amistosas relaciones con las logias mexicanas del rito nacional.

Un portugués, Cunha Reis, iniciado en Nueva York y miembro de esta logia, partidario de la emancipación mexicana en materia masónica, obtuvo del Supremo Consejo de Charleston autorización para establecer en México un Supremo Consejo de rito escocés. Lohse aceptó esta idea. Los efectivos de la logia se reparten en tres talleres: la *Unión Fraterna*, en donde se efectúan en español los trabajos; los *Émulos de Hiram*, donde se efectúan en francés; e *Intrach* donde se emplea el alemán. Así se constituyó la Gran Logia del Valle de México, instalada por Cunha Reis el 2 de diciembre de 1865.

Cunha Reis afirma que Maximiliano fue elevado en Europa al decimoctavo grado. ¿Por qué no ofrecerle elevarlo al grado 33 y convertirlo en el Gran Maestro del nuevo Supremo Consejo? Este ofrecimiento nada tiene de extraordinario, porque muchos soberanos tienen o han tenido ese título. Por otra

parte, son conocidas las simpatías del emperador por la orden. ¿No tiene por consejero íntimo a un masón, el hermano Eloin? En 1866 hubo elecciones. Entre los nuevos elegidos figuraron el doctor Semeleder (médico y representante de Maximiliano) que recibió el título de Gran Protector de la Orden, y Rudolfh Gunner (amigo y chambelán de Maximiliano), el de Maestro de Ceremonias.

Poco después, Lohse fue invitado a dirigirse a palacio y el emperador le preguntó hasta qué punto podría en el porvenir contar con la influencia masónica para apoyar el imperio. Lohse, el republicano, le respondió muy severamente. En cuanto al título que le propone, Maximiliano se excusó de no poder aceptarlo. No, dice, por causa de prejuicios contra la orden, pues él nunca ha hecho un misterio de sus sentimientos liberales ni de su alejamiento del Partido Conservador que está bajo la férula del clero. Pero no le parece oportuno el momento. Sin mantener acritud por su franqueza con Lohse, y para testimoniarle su benevolencia, le hace llegar a éste al día siguiente una suma considerable, mil pesos, destinada a las obras de caridad de la logia. Poco después, renovará este gesto.

Lohse será convidado a la corte, e incluso se le hará caballero de la Orden de Guadalupe, orden católica por excelencia, él, protestante y Gran Maestre de la Masonería. Pero dirá más tarde un historiador,* éste es uno de los rasgos característicos de Maximiliano "deseoso de complacer a todo el mundo y de conciliar lo inconciliable..."

Del lado contrario, Juárez, Escobedo, Platón Sánchez, Riva Palacio, Iglesias, Lerdo de Tejada, todos masones, quieren una masonería nacionalista, independiente de los ritos extranjeros. Cuando muera Juárez en 1872, correrá el rumor con insistencia de que fue víctima de una venganza masónica. Persistirá durante largo tiempo.**

* El doctor Chism.

** Lo desmienten en la actualidad dos testimonios: el del sobrino político de don Benito, señor Eugene Klerian, custodio de los recuerdos del presidente, entre ellos, de su gran cordón, insignia de su grado en la masonería. Juárez, dice, murió ciertamente de una angina de pecho, de la que padecía desde la muerte de su esposa. Y el del historiador Ralph Roeder, autor de una obra magistral, fruto de diecisiete años de investigaciones y estudios, *Juárez y su México*, obra que es autoridad. Para él, no subsiste ninguna duda acerca de las circunstancias de la muerte de don Benito Juárez, quien murió de *angina pectoris*. Si hay algún misterio, dice, tendrá referencia con la desaparición, extraña, brutal, de su hijo, Benito Juárez Maza, gobernador del Estado de Oaxaca, que ocurrió el 20 de abril de 1912 en la residencia misma del gobierno. ¿Fue una lejana consecuencia de la ejecución de Querétaro? El asunto no ha sido dilucidado. (Comunicación del señor J. Castaingt según una entrevista reciente con los señores Klerian y Roeder.)

"¿Quién es el responsable de la muerte de Maximiliano?" Plantea la pregunta un periódico norteamericano, el *New York Herald*, el 2 de julio de 1867. Napoleón III y Bazaine, el embajador Scarlett que le impidió al emperador irse en un momento propicio, el general Márquez que lo comprometió a dirigirse a Querétaro, López que lo traicionó. Sí. Pero el gobierno de Washington, ¿no es culpable también él? Si hubiese habido un ministro norteamericano, como debía haberlo, en San Luis Potosí, y si el Departamento de Estado no hubiese tolerado la anarquía que reinaba en la legación de los Estados Unidos en México, la sangre de Maximiliano no hubiera corrido.

La acusación queda justificada por la actitud del secretario de Estado. A los llamamientos de las potencias europeas, Seward no respoidió jamás con un gesto eficaz. Se contentó con algunas gestiones oficiales sin alcance. No quiere molestar a Juárez cuya acción apoya secretamente. Finge no tomar en serio la ansiedad de Europa a propósito de Maximiliano. ¿No le declaraba el 17 de junio al barón de Wydenbrück, ministro de Austria en Washington que lo apremiaba a intervenir: "Su vida está tan segura como la mía o la vuestra"?

Cuando diecisiete meses después de la ejecución de Querétaro, Seward irá en visita oficial a la capital mexicana, solemnemente recibido por Benito Juárez, presidente de la República, pronunciará palabras reveladoras. Celebra dondequiera la "creación de una política de alianza mutua, de alianza moral que tiene como objetivo impedir en todo el continente americano toda agresión exterior". Querétaro fue "escenario de aquellos considerables acontecimientos que pusieron fin al último asalto lanzado para establecer el dominio monárquico europeo en el continente americano".

Como lo diría el general Sheridan, el gobierno de Washington a través de Seward que, con la "paciencia de Job", dirigió una "política lenta y tortuosa" para llegar a sus fines.

Secretamente sostenido por los Estados Unidos de Norteamérica, Juárez le dio una lección a Europa. En adelante, se respetará la doctrina de Monroe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

El 1 de julio de 1867, el *Indépendance Belge* publicó un despacho anunciando que el emperador Maximiliano "había sido fusilado el 19 de junio. El hecho había sido puesto en conocimiento del emperador de Austria por su ministro en Washington y por el capitán del *Elisabeth,* navío austriaco anclado en Veracruz". Pero el emperador Francisco José que acaba de ceñirse la corona de Hungría en Budapest, se encuentra en camino de Viena y le llegará el telegrama en una estación intermedia.

Aquel día se desarrollaba una gran ceremonia en París para la entrega de premios de la Exposición Universal, aquella exposición que maravilló a Europa. El conde de Flandes, a título de presidente de la sección belga, debe asistir a la distribución de las recompensas. Pero en la mañana, por un mensaje de su hermano, el rey Leopoldo II, supo la noticia, e hizo saber que ni él ni su esposa irían al Campo de Marte. Inmediatamente pidió una audiencia de despedida a la emperatriz. Ésta, contrariamente a todo protocolo, se presenta ante la joven pareja desde el momento en que es introducida. Está agitada, nerviosa, inquieta. "Vestís de negro. Yo no —dice—. No, no es posibe. No quiero creer en una desgracia tan espantosa".

Los Metternich, que nada saben todavía, se dirigen a la exposición. Día brillante como ninguno. Las damas con gran escote, con vestidos multicolores de tul, brillan de diamantes. La emperatriz está deslumbradora, pero Napoleón parece "sombrío y pensativo", observa la princesa Julia Bonaparte. Durante un solo momento se iluminará su rostro: cuando su hijo le presente el premio "que se le otorga al emperador por su proyecto de habitaciones para obreros".

En el curso de la tarde, se le dice una palabra al emperador: es la confirmación del trágico mensaje. Se inclina hacia Eugenia, la cual discretamente hace prevenir a los Metternich. Éstos se van. Los soberanos no dejan que se muestre su emoción. Pero ya de regreso en las Tullerías, la emperatriz se hunde. Y Napoleón, presa de una crisis de lágrimas, se ve obligado a ponerse en cama. Richard de Metternich, que lo ve poco después, escribe en su informe a Viena: "No puede uno menos que sentirse conmovido al ver al emperador tan desesperado por haber contribuido a tan horrible desenlace, al comprometer a Maximiliano para que aceptara la corona de espinas".

Cuando se disipan las últimas dudas, los periódicos comentan el drama. En Inglaterra, el *Globe* escribe que si, "razones de Estado le impiden al emperador de Austria quejarse con Napoleón", el pueblo austriaco, que no tiene los mismos motivos para enmudecer, habla "con una amargura de la que no puede uno formarse idea". En cuanto al *Times,* no teme afirmar que "la muerte del archiduque es una mancha en el honor francés".

En París, dos curiosos testimonios provienen de periodistas de la oposición. El de Henry Rochefort: "La responsabilidad de la ejecución de Maximiliano recaerá en Juárez. A su enemigo se le convierte en mártir. Maximiliano indultado, hubiera sido una figura pequeña. Su muerte lo engrandecerá. La aventura terminó de la manera más digna". Y Alphonse Duchesne, en el *Figaro,* le rinde implícitamente homenaje a lo que un ministro llamaba hace poco "el gran pensamiento del reino", mediante estas líneas: "Si es cierta (la ejecución), es una gran desgracia para la República Mexicana. Al matar a Maximiliano, los mexicanos, en vez de afirmar su independencia, habrán apresurado su pérdida y habrán acudido en ayuda de la política de absorción de los Estados Unidos".

Es cierto que en los Estados Unidos de Norteamérica todo un partido exulta y usa de un lenguaje insultante para Europa. Los gobernantes norteamericanos, so capa de un gran principio, la doctrina de Monroe, han sabido manejar con precaución sus intereses. A pesar de la promesa hecha a los gobiernos europeos de intervenir, Washington se guardó muy bien de actuar cuando la menor gestión de su parte hubiera salvado la vida de Maximiliano. En los medios alejados de las combinaciones políticas, se conmueven sin embargo por la tragedia mexicana. En los pensonados de muchachas, se representará durante largo tiempo una pieza teatral: *Poor Carlota,* que hace correr muchas lágrimas.*

En una carta a lord Salisbury, la reina de Holanda, que conoce a su Europa principesca, escribe: "Maximiliano pensaba llevar a cabo una misión civilizadora, pero no estaba casi hecho para eso. Le hubiera sido necesaria la voluntad de permanecer allá costara lo que costara, de trabajar allá duro, y cualidades de energía y abnegación; en tanto que él era un pródigo, un hombre de placer, imbuido de aquel liberalismo tonto que es incapaz de resistir en la prueba. ¡Pobre muchacho y pobre madre! Era su orgullo".

* Testimonio de Howard C. Rice, bibliotecario de Princeton, que le oyó a su abuela evocar con emoción este recuerdo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

EL RETORNO DEL EMPERADOR DE MÉXICO

Los médicos del ejército juarista comprobaron la muerte de Maximiliano y de sus compañeros. Los cadáveres, envueltos en sábanas de lienzo burdo, fueron puestos en ataúdes que ya estaban preparados en el lugar del suplicio. El del emperador era demasiado pequeño; sobresalen los pies. El coronel Palacios, a la cabeza de sus hombres, lleva al convento de las Capuchinas el cuerpo del fusilado. Los despojos de Miramón y de Mejía han sido entregados a sus respectivas familias, de acuerdo con las órdenes de Juárez.

En las calles de Querétaro, las personas, silenciosas, miran pasar el fúnebre cortejo. Un oficial ve a una mujer que llora. Se dirige hacia ella, pistola en mano.

—¿Por qué esas lágrimas?

—Por mi emperador —responde ella.

Él la agarra por el brazo, pero, en menos tiempo de lo que dura un relámpago, ella saca un cuchillo, hiere al hombre y logra escapar. Otras mujeres, llorosas como ella, son detenidas.

En el convento, colocan el cadáver sobre una mesa en la capilla. Palacios manda buscar a Basch, a los oficiales de Maximiliano y a sus seguidores. "He aquí la obra de Francia", dice. Luego dirigiéndose al médico le dice que el embalsamiento lo harán dos de sus colegas mexicanos. Podrá, si quiere, asistir a la operación.

El cuerpo tiene cuatro heridas en el pecho: tres en el lado izquierdo y una en el derecho. La primera bala pegó en la cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al terminar el día llegan Riva de Neyra, médico jefe del ejército juarista, y Licea. Se ponen al trabajo, fumando y riendo. Licea hunde un cuchillo en el cadáver. "¡Que voluptuosidad —exclama— lavarme las manos en la sangre de un monarca!" Palacios, presente en la operación, da muestras de una ferocidad mayor todavía. Señalando las dos cubetas que contienen los intestinos, dice: "Deberían dárselos a los perros". Luego los vuelca sobre el cuerpo. "Querías una corona. Aquí tienes una que debería agradarte". El corazón permanecerá durante todo el día sobre un banco.*

Al cabo de una semana, termina el embalsamiento. Se procede a vestirlo; pantalón negro, botas militares, larga levita azul con botones dorados que Maximiliano usaba lo más frecuentemente, cerrada hasta el cuello, corbata, y guantes de cabritilla negra. Se hubieran necesitado ojos azules para las órbitas vacías. Pero en vano los buscaron entre las estatuas de los santos. Todos éstos tienen una mirada sombría. También tomaron los ojos negros de una Virgen de la catedral. Como a los liberales no les preocupa cortar mechones de pelo de la cabeza y de la barba, el cadáver no tiene casi parecido con Maximiliano.

Lo colocan en un ataúd de madera de cedro, más decente que el primero. Un cristal, encima, permite ver la cabeza que reposa en un cojín de terciopelo negro bordado de oro, ofrecido por las religiosas carmelitas. Lo cubre un lienzo de terciopelo negro bordado de oro, regalo de las damas de la ciudad. Lo depositan en una de las iglesias de Querétaro a la vista de todo el mundo y luego lo llevan en seguida a casa del gobernador de la ciudad encargado de asegurar su conservación.

Desde el 19 de junio por la noche, el barón Lago, en nombre del gobierno austriaco, telegrafió para que se le entreguen los despojos de Maximiliano. Juárez se negó brutalmente. "Motivos graves se oponen a que os sea concedido el derecho de disponer del cuerpo de Maximiliano".

El 29 de junio, otra gestión: el barón Magnus, que está de regreso en San Luis Potosí, recuerda el deseo de Maximiliano de ser llevado a Austria después de su muerte. El ataúd, dice, será transportado sin ninguna ceremonia. La misma respuesta. "...Por diversos motivos, el gobierno de la República

* Probablemente fue en esos momentos cuando fue recogido por el fotógrafo Aubert que lo puso en un frasco con alcohol de 90 grados cerrado con tapón esmerilado. Cuando murió, su sobrino encontrará el frasco con un certificado del doctor Licea que atestigua que aquél es ciertamente el corazón de Maximiliano; y además otros recuerdos: algunos cabellos de su barba, fotografías tomadas en Querétaro, croquis de la ejecución.

no cree poder permitir el retorno a Europa de los restos del archiduque".

El 27 de julio, tercera petición. En esta ocasión del doctor Basch. "Considero como un deber sagrado cumplir con el último deseo expresado por mi señor... Jamás en ninguna época ningún gobierno ha rehusado entregar el cuerpo a los parientes que lo reclamaban..." No, declara el ministro, esa petición no puede ser concedida "por diversos motivos".

Durante ese tiempo se descompone el cadáver de Maximiliano, por haber sido defectuoso el embalsamiento. El cristal estaba roto; el paño mortuorio lleno de tierra y manchado. Nadie le prestaba ya atención a aquel ataúd relegado en un rincón, en el entresuelo de la residencia del prefecto. Pero el 25 de agosto entra en el puerto de Veracruz la fragata austriaca *Novara,* y es ahora el almirante Tegetthoff quien se dirige a Juárez en nombre de la familia imperial. El almirante Tegetthoff, el célebre marino austriaco, vencedor de Lissa. Se dirige el 3 de septiembre a casa del ministro Lerdo de Tejada, acompañado por los abogados del emperador, Martínez de la Torre y Riva Palacio.

—¿En calidad de qué venís? —le pregunta el ministro.

—Creí que el gobierno mexicano preferiría que no viniese yo en misión oficial, sino sólo como embajador de la familia invocando la humanidad, la piedad. Vengo de parte de la archiduquesa Sofía.

Juárez empieza a comprender que no puede ya persistir en su actitud de negativa sin incurrir en la censura del mundo civilizado. E invoca un pretexto que justifique la actitud que se ha guardado hasta el presente. Ni Basch, ni los diplomáticos le han traído, dice, en apoyo de sus peticiones, una pieza oficial que provenga del gobierno austriaco o de los parientes de Maximiliano. El almirante no puede presentar, tampoco él, ningún documento escrito. Cuando pueda mostrar uno, se satisfará su petición.

Gracias a esta demora, podrán poner más presentables los despojos de Maximiliano. Desde Querétaro se le conduce a la capital de la República y se los deposita en la capilla del hospital de San Andrés. Por estar muy avanzada la descomposición, el gobierno ordena que vuelva a procederse el embalsamiento, y para ello designa a tres médicos: Agustín Andrade, Rafael Ramiro Montario y Felipe Buenrostro. Cuando abren el ataúd, el olor es insoportable y se comprueba que el rostro está muy hundido. Se decide entonces emplear un procedimiento por desecación parecido al de los antiguos egipcios. Sumergen al cadáver en un baño de arsénico y luego lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuelgan con cuerdas del techo de la capilla a fin de que puedan escurrirse los agentes líquidos de la putrefacción. Permanecerá así muchos días durante los cuales a nadie se le permitirá verlo. Cuando terminan la operación, se procede a vestir el cadáver. Visten de nuevo el cuerpo con un traje negro.

Juárez va a visitar a su adversario. Quiere juzgar por sí mismo la manera como se ha efectuado el nuevo embalsamiento. Viene una noche acompañado de su médico, don Ignacio Alvarado, que sostiene una lámpara encendida. Con las manos tras la espalda, mira fijamente al emperador a quien ha vencido. En voz alta observa que aquel hombre tiene las piernas demasiado largas para su torso y su amplia frente, agrandada por la calvicie, produce una falsa impresión de inteligencia superior. Luego, señalando con un movimiento de cabeza el cadáver: "Ya no hiede".

Maximiliano fue colocado en un nuevo ataúd de madera de granadilla, un ataúd barnizado y esculpido que costó sesenta y cinco dólares. Ahora ya se le puede entregar a la famila sin incurrir en el reproche de bárbaros.

El 4 de noviembre llega un mensaje del canciller De Beust, el cual, después de una alusión discreta a "la prematura muerte" de Maximiliano, expresa el deseo que tiene la familia imperial de ver "reposar sus restos en la bóveda que cubre las cenizas de los príncipes que pertenecen a la casa de Austria". Juárez da entonces su autorización para que se entregue inmediatamente el ataúd al representante de Austria. Y el 12 de noviembre, a las cinco de la mañana, dos coches escoltados por trescientos hombres, se detienen ante el hospital de San Andrés.* El conde Tegetthoff, hermano del almirante, los ayudas de campo Von Goal y Hennebig y el doctor Basch rodean el féretro y luego toman con él el camino de Veracruz. Allí, el 25 de noviembre, el almirante recibe el cuerpo que pasará la noche en la iglesia parroquial. Al día siguiente por la mañana, a las seis, se le iza a bordo de la fragata *Novara* y se le coloca en una capilla improvisada. En el mismo navío van los prisioneros belgas y austriacos cuya libertad obtuvo el almirante.

* Se celebró un servicio fúnebre en la iglesia de San Andrés en el primer aniversario de la ejecución del emperador. Un jesuita italiano, el padre Cazalieri, al hacer el panegírico de las víctimas, atacó violentamente al Partido Republicano y al gobierno. Unos días después, Juárez, conversando con Baz, gobernador de la capital, le preguntó: "No conoce usted a un señor Baz, que pueda demoler esa capilla?—Sí lo conozco, le hablaré de ello", respondió Baz. Poco después la capilla fue destruida.

Levan anclas el día 4 de diciembre. Maximiliano se va en su viejo barco almirante que, tres años antes, lo trajo a México.

* * *

En el salón de la fragata, con negras colgaduras, descansa el ataúd. Alrededor de él, arden cirios colocados en seis grandes candeleros de plata. Única nota de color: las banderas austriaca y mexicana. Se levanta allí un altar rematado por un crucifijo. Vigilan un centinela y el fiel Tudos.

En Trieste esperan la llegada de la *Novara*.

El 16 de enero el carro fúnebre destinado a recibir el ataúd para transportarlo hasta la estación, se dirige al muelle San Carlo en donde está reunida una silenciosa multitud. De catorce pies de alto y enteramente cubierto de paño negro, lleva cuatro cojines de terciopelo donde pueden verse la corona imperial, dos coronas principescas, y las insignias de las cuatro órdenes de las que Maximiliano era gran cruz: el Toisón de Oro y San Esteban, Guadalupe y el Águila Mexicana. Los seis caballos que tiran del carro son conducidos cada uno de ellos por un postillón.

A las nueve y media, una galera con colgaduras negras se dirige hacia la *Novara*. El ataúd, cubierto con las banderas austriaca y mexicana, se trasborda a ella. La rodea una guardia de honor seguida de una procesión de barcos.

En el muelle esperan los archiduques Carlos Luis y Luis Víctor los despojos de su hermano. Colocan a éste en el carro que se sacude con el estruendo de las salvas disparadas por los fuertes y los navíos.

Avanza a través de las calles empavesadas con banderas enlutadas de crespones, precedido por destacamentos de tres regimientos de línea y de artillería de marina. Luego viene el clero, el cabildo municipal, los archiduques, el almirante Tegetthoff, el cuerpo de los oficiales, las corporaciones de Trieste, la marina mercante. Una detención en la iglesia para la bendición del cuerpo, y luego el lento cortejo se dirige hacia la estación.

En tren especial el cuerpo parte para Viena. Nieva tan copiosamente, que el tren se retrasa en la garganta de Semmering. Llegará a Viena a la noche siguiente. Espera una multitud que seguirá al carro fúnebre hasta la Hofburg. Una compañía de húsares de la guardia imperial lleva antorchas cuyo resplandor se refleja en las brillantes armas y en las plumas que se mueven. La nieve continúa cayendo y llega el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ataúd, completamente blanco, al palacio donde Sofía, rodeada de sus hijos, está dispuesta a recibir a Max.

Viendo al través del pequeño cristal el pálido rostro de su favorito, se arroja llorando sobre el ataúd. No se oye nada más que sus gemidos que desgarran el silencio.

A medianoche levantan el catafalco, rodeado de doscientos cirios, en la capilla imperial, cerca del altar. La archiduquesa quiere velar con la guardia de honor. Se ha preparado un lecho para ella en caso de que se desmaye. Sofía permanecerá cerca de su hijo hasta el alba.

Durante la mañana viene a desfilar una multitud que pertenece a todas las clases sociales, para rendirle un último homenaje a este príncipe tan popular. El 20 de enero, a las tres, se transporta el ataúd a la iglesia de los Capuchinos para la misa solemne de réquiem que precederá a la entrada en la cripta, última morada de los Habsburgo. Funerales oficiales a los que asisten los embajadores de las potencias extranjeras, todos, excepto uno, el de los Estados Unidos de Norteamérica, que quieren ignorar a Maximiliano emperador de México tanto en la muerte como durante su vida. Están representados la reina Victoria, el emperador Napoleón III y el rey de Prusia. Este último fue el único que intentó salvar a Maximiliano.

Se encuentran allí algunas de las personas íntimas del emperador, Bombelles, Eloin, Basch y Blasio, que obtuvo permiso para salir de México. Únicamente otros dos mexicanos están presentes: Don Gregorio Barandiarán, ministro de México en Viena, y un secretario, don Ángel Núñez. Blasio observa amargamente: "Todos los notables de la corte imperial, ministros, consejeros, altos funcionarios, están en Europa pues huyeron de la república. Pero ninguno de aquéllos a quienes Maximiliano les prodigó honores y fortuna, está presente".

Finalmente, desciende Maximiliano a la cripta donde se le coloca en un sarcófago de mármol que un funcionario de la corte encierra con una llave de oro. Su madre coloca encima un ramo de flores en forma de abanico, de flores rojas y blancas que el emperador había enviado al principio de su reinado. Fue un regalo de los indios de Xocotitlán, aquellos indios que antaño lo aclamaron tanto. Un trozo de papiro unido a las flores tiene escritas unas líneas en azteca: "Vos, muy honorable emperador nuestro, mirad a vuestros humildes hijos, a estos indios que han venido a saludaros. Este homenaje os manifestará que vuestra llegada regocija a nuestros corazones, porque ven en esto una luz que disipa las tinieblas sobre nuestro México ensombrecido. Dios os ha enviado y es Él quien os da vuestro poder sobre nosotros. Aquí están estas

flores... Con ellas, los hijos de Xocotitlán señalan que os reconocen como padre..."

En el sarcófago vecino al de Maximiliano, reposa Franz, duque de Reichstadt, Napoleón II. El destino tiene estas reconciliaciones.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* En diciembre de 1940 las cenizas de Aguilucho fueron llevadas a París. Pero su corazón encerrado en una urna de plata permaneció en Viena en la cripta de los Capuchinos.

XXI

"TODAVÍA VIVE LA LOCA"

En Miramar, Carlota ya no habla de Maximiliano. Parece vivir en otro mundo. Habiendo oído hablar de aquella exposición de París que produce tanto ruido en Europa y a donde van todos los soberanos, dijo: "Yo estoy fuera de contacto con todo eso. Miramar con su completa paz tiene algo bueno: es muy hermoso y es delicioso escuchar el canto de los pájaros".

La emperatriz está "abandonada de todos los suyos", dirá su hermano Leopoldo. Y prisionera. "En el calabozo", afirma Jules Devaux, ministro belga de asuntos extranjeros. Ni Sofía ni Isabel la quieren. A los ojos de la familia imperial, ella es la responsable del drama mexicano. "Pobre Carlota; consintió en irse allá lejos", suspirará mucho más tarde el archiduque Carlos Luis.

Carlota está tranquila; a veces de buen humor. Pinta y se pasea todos los días en el parque en compañía de su médico. Excepto a éste, no ve a nadie. Es cierto "que le tiene miedo a todo el mundo", y se muestra nerviosa después de haber visto a alguien. Sigue siendo presa de la idea del envenenamiento y del temor de que se quiere privarla de su libertad. Últimamente, una notabilidad en medicina que fue llamada para que viera a S. M., declaró a ésta perfectamente bien, excepto de la cabeza..." *

* Según una carta de madame Kuacsevich al mariscal Bazaine —28 de junio de 1867—, comunicada por el capitán Jean Castaingt.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre las crisis, la lucidez es completa. Se ocupa en pintar abanicos, lo que la divierte. Y en hacer tapicería: borda una casulla que se usará el día de Pentecostés, "rezando porque el Espíritu Santo siga iluminándola y fortificándola con sus dones". Lee mucho y, según su costumbre, obras muy serias. "Se hunde en la historia antigua, pues no sabe mucho hacia qué lado se dirige en este momento la historia moderna"; la *Historia Santa* de Duruy le interesa vivamente. "Os la recomiendo como quintaesencia de la Biblia", le dice a su antigua amiga la condesa de Grünne "a quien siempre tiene en su corazón", "es, como quien dice, su comentario; empecé su *Historia Griega* igualmente bien escrita" (2 de marzo de 1867).

Mantiene correspondencia con sus amigas y su familia belga a quien no olvida. Y piensa en el próximo matrimonio de su hermano Felipe, su predilecto, con la princesa Hohenzollern a quien "ya estima"; y en la belleza de Estefanía, hija de Leopoldo II. Le envía a la mayor de sus sobrinas, Luisa "algunas cosillas por su cumpleaños". Le ruega a la condesa de Grünne que le dé noticias de todo aquello que ella "estima" en su patria común (2 de marzo de 1867).

A veces se informa de lo que sucede en México. Se le responde que allá continúa la guerra, y que no debe esperar antes de mucho tiempo noticias del emperador. No piensa ella en escribirle a éste.

Estalla el drama de Querétaro. ¿Será necesario hablarle de él a la emperatriz? Los médicos le prohíben "temiendo la sacudida que pudiera producirle, y temiendo también que al anunciarle el terrible fin de Maximiliano, quisiera escaparse para ir a remplazarlo allá", explica el príncipe de Joinville a madame d'Hulst el 12 de julio de 1867. Esta reacción hubiera estado muy conforme con su carácter, del que la ambición y la energía son los rasgos dominantes. Y los que la cuidan no se engañan en esto.

* * *

La familia de Bélgica reclamará a Carlota, ahora viuda. "No hay que dudar de ello", dijo la reina María Enriqueta. Se reúne un consejo de familia y el rey admitió que se hiciese volver a Carlota. Habsburgo por nacimiento, la reina sabe hasta qué punto puede llevar la dureza de corazón la familia imperial. Ella, que siguió el doloroso calvario de esta joven que vino a Europa para suplicarles a Napoleón III y al Papa, porque se han mantenido al corriente de las gestiones de la

emperatriz, sufre al verla aislada, secuestrada, enferma. Y decidió cuidarla ella misma.

En derredor de Carlota, no hay nadie que pueda darle "un poco de cariño real y proporcionarle los cuidados del corazón que deberían hacerle bien en su abandono". Su doncella, la abnegada Matilde Doblinger, murió de manera "misteriosa". Ninguna dama vive ya en el castillo. Los Del Barrio dejaron Miramar para ir a establecerse en Viena donde "se vive mejor". El general Uraga que se hace mantener con el dinero de la emperatriz, vive en un hotel en Trieste. Cerca de Carlota, sólo un personaje de dudosa abnegación, el conde de Bombelles, completamente adicto a los Habsburgo.

Están en juego intereses de dinero. La dote de Carlota, el testamento de Maximiliano, son otras tantas cuestiones espinosas que serán acremente discutidas. El barón Goffinet, ayuda de campo del rey de los belgas, está encargado de las negociaciones con Francisco José y sus consejeros. Finalmente llegan, no sin trabajos, a un acuerdo. Leopoldo II tendrá la tutela de su hermana y se encargará de su mantenimiento. En cambio, renuncia, en nombre de Carlota, a todos los derechos estipulados en su contrato de matrimonio. Una partida de la fortuna personal de la emperatriz se remitirá a los fondos de los Habsburgo y la isla de Lacrona al intendente de la lista civil imperial.

La reina María Enriqueta parte para Viena acompañada de un especialista de enfermedades mentales, el doctor Bulkens, director de la casa de salud de Gheel; del barón Goffinet, de la condesa María d'Yve de Bavay, antaño dama de honor de la princesa Carlota, dama del palacio en 1857 en el momento del matrimonio, y ahora dama de honor de la reina.

Francisco José viene amablemente a esperar en la estación a la soberana belga, y le hace el honor de alojarla en los apartamientos de María Teresa. El 14 de julio María Enriqueta se dirige a Miramar, en donde halla ciertas dificultades para que le abran las puertas. Los guardianes son más bien carceleros. Finalmente, el doctor Jilek la introduce en el pabellón, y cierra la puerta tras ella. En el momento en que atraviesa la antecámara, viene Carlota a arrojarse en sus brazos, apretándola contra su pecho, abrazándola. Hace que la reina se siente al lado de ella y toma su mano entre las suyas "acariciándosela durante todo el tiempo".

María Enriqueta "la hace reir en mucha ocasiones" y se dice para sí misma que será preciso creer que Carlota está loca, puesto que lo atestigua el conde de Flandes y lo afirman tres médicos, pero que la emperatriz "no da la menor prueba

de ello". Durante "cinco cuartos de hora" habla del modo más razonable, y con emoción de la muerte de Leopoldo I, de su madre. Desde que evoca al pasado y a Bélgica, se disipa la expresión de melancolía de su rostro. Pero al final, suspira: "Me encierro porque así lo quiere Max y debo esperarlo aquí. Está bloqueado allá, y no podemos tener noticias".

Carlota aceptó inmediatamente el ofrecimiento de la reina de llevarla a Bélgica. Como las conversaciones en curso aún no se han terminado, es preciso esperar. "De qué cerco bárbaro e impío ha sido necesario arrancar a esta pobre Carlota", escribirá María Enriqueta indignada... "Pienso que no existe en la historia el ejemplo de una joven tan abandonada como lo estaba la desdichada emperatriz". Es preciso luchar contra la familia, pero también contra quienes han estado encargados de vigilarla. Éstos, descontentos al ver que les quitan un trabajo muy reposado y bien remunerado, hacen la comedia de la abnegación, sobre todo Bombelles, el cual usa de toda su influencia para impedir la partida. Sin embargo, triunfan de todos los obstáculos la energía, la obstinación y la habilidad de la reina y del barón Goffinet.

El 29 de julio, María Enriqueta va a buscar a su cuñada. El archiduque Carlos Luis llegó a Miramar para presentar los adioses de la familia austriaca. En el último momento, Goffinet descubre a Bombelles escondido en una alacena: quiere intentar una vez más retener a la emperatriz. Pero frustan todas las astucias y María Enriqueta puede finalmente llevar a Carlota a Trieste, en donde un tren especial espera desde hace diez días.

* * *

El viaje transcurre sin incidentes. Carlota entra de nuevo en el palacio de Laeken. Partió de allí diez años antes en todo el resplandor de su juventud y de su felicidad. Regresa "en un estado espantoso, dice Leopoldo, sin tener más que la piel y los huesos". Y Jules Devaux: "¡Pobre emperatriz! ¡Qué ruina! Un gran fantasma, pálido, delgado, sin frescura, belleza ni expresión, como un pobre ser a quien se hubiera golpeado hasta el extremo y que todo teme y, encima de todo esto, destellos de inteligencia por momentos como en los mejores días..."

Desde el momento en que queda instalada en el castillo de Tervueren, Carlota parece calmarse, retomar su vida. María Enriqueta se ocupa de ella con la solicitud de una madre,

sale con ella en tílburi, la pasea a través de los campos, le prodiga afectuosos cuidados. "Se diría que la reina pasó toda su vida al lado de alienados, tanto es lo que la reina sabe de tratar a la enferma", escribe el vizconde de Convay. La enferma se siente "cautivada por la reina, que es la única que obtiene de ella cuanto quiere".

María Enriqueta está feliz: "Nuestra querida hija, pues la considero ahora como mi hija, va tan bien como es posible, gracias a Dios. Pasa tranquila las noches, tiene buen apetito, y salimos dos veces al día. Los progresos son tan evidentes desde nuestra llegada, que me hacen concebir grandes esperanzas, y si continuamos así, creo que la curación no podrá tardar" (20 de agosto). Y el 4 de septiembre escribe Leopoldo: "En general, su razón es perfecta, se sintieron admirados por ello mis tíos, que la visitaron".

Los progresos son verdaderos. Las "tres cuartas partes del tiempo", la emperatriz habla y actúa como todo el mundo. Pero en ciertos momentos, "divaga y su pobre razón la abandona. Entonces se siente dominada por algunos temores, entre otros, el de ser conducida de nuevo a la antigua residencia que acaba de dejar". ¿Qué tortura pudo haber sufrido en Miramar para que ese recuerdo la aterrorice? Vivía allá "en perpetuas angustias", dice Leopoldo.

En ese mes de agosto de 1867, ignora el fin de Maximiliano. En torno de ella nadie viste de luto y se le ocultan cuidadosamente los periódicos. Por otra parte, ella no dice ni una palabra acerca de su esposo. Lo cual inquieta a la reina que trata de prepararla para la dolorosa noticia. "Le repetimos sin cesar que, a menos que le haya ocurrido una desgracia, su largo silencio sería inexplicable". Pero Carlota permanece muda. ¿Dudará de la verdad?

Pero será preciso ciertamente revelarle la verdad. Llegarán a Europa los restos mortales de Maximiliano, y muy pronto ya no será posible callarse. Llevan de nuevo a la emperatriz a Laeken. El cardenal Deschamps, antaño religioso redentorista, ahora arzobispo de Malinas, que fue director de conciencia de Carlota cuando ésta era niña, que la preparó para su primera comunión, y que ejerció sobre ella gran influencia moral, le dirá que Maximiliano, fusilado por órdenes de Juárez, tuvo un final admirable. El día 13 de enero, el señor Hoorickx, encargado de asuntos en México que acaba de llegar a Bruselas, le narra los últimos días de Maximiliano. Pálido, con el rostro adelgazado por las calenturas, vestido de negro, conmovido por su penosa misión, lo recibe en el salón del piso bajo, la emperatriz, en presencia de la reina. "Por muy dolo-

rosas que sean las noticias que traéis, creed, señor que os estaré siempre reconocida por vuestra abnegación con el emperador", le dice Carlota tendiéndole la mano.

Entonces Hoorickx empieza su narración: recuerda al imperio, reducido a la capital, rodeada por los republicanos; al emperador que toma la decisión de abdicar y luego su cambio respecto de aquella decisión por influencia de Lares; el emperador, prisionero en su palacio y su correo interceptado; luego su partida para Querétaro en donde se encuentran los nueve mil hombres del ejército nacional que tienen por todo uniforme una cinta blanca donde está escrito el nombre de su lugar de origen, y por municiones una correa con cartuchos; un ejército cuyo tesoro de guerra no pasa de doscientos cincuenta mil francos. Recuerda la actividad de Maximiliano en Querétaro: la presidencia de los consejos militares, la visita de las casernas y de los hospitales, las revistas, y cuenta la popularidad de que gozaba entre las tropas. Recuerda los veintidós combates librados contra cuarenta mil juaristas en el curso de un sitio de setenta y dos días, el hambre de los hombres, porque ya no hay qué comer sino frijoles y caballo; la resistencia que, pese a todo, hubiera durante todavía más tiempo si López no hubiese introducido al enemigo en la plaza.

Hoorickx enmudece. Reina el silencio. Finalmente, con voz apenas perceptible, Carlota murmura: "¿Y luego?" El diplomático cuenta cómo, disfrazado, salió de la capital con Magnus y Forest, y cómo pudo, el 5 de junio, entrar en el convento de las Capuchinas. Describe la pequeña celda donde el emperador se acostó, agotado por la enfermedad del hígado y la disentería, pero tranquilo e incluso sereno. "Mi memoria, dice, conservará eternamente la impresión que experimenté viendo la tranquilidad y resignación de Su Majestad que conversó conmigo como antaño en el palacio de México". La primera conversación duró dos horas. "Fui traicionado, engañado y robado por todo el mundo, me repitió el emperador en muchas ocasiones con tono lleno de tristeza, y finalmente me vendieron por once reales".

El emperador habla de Europa, de su madre, de la emperatriz, de su amistad con toda la familia real de Bélgica, particularmente con el conde de Flandes. "Siempre amé mucho a Felipe, era un amigo íntimo para mí. Le repetiréis estas palabras, ¿verdad?" Hoorickx repite todas las palabras de Maximiliano y pinta de nuevo los esfuerzos que se hicieron para salvar la vida del emperador; los correos enviados a los generales liberales a quienes se juzga capaces de escuchar la voz de la humanidad; la abnegación de los abogados. Y luego

pronuncia las terribles palabras: "El emperador murió con el valor de un hombre y la dignidad de un príncipe".

Bruscamente se levanta la emperatriz, abre la puerta y se lanza al parque, exhalando gritos de dolor...

Durante largo tiempo llorará en brazos de la reina. Sus primeras palabras: "¡Ah! ¡Si pudiera hacer la paz con el cielo y confesarme!", revelan un cambio completo interior: desde hace meses abandonó toda práctica religiosa y se alejó de los sacramentos.* No obstante, en la noche hace que llamen a María Enriqueta. Le falta el valor y no irá a confesarse. "Pero gracias a Dios, logré calmarla rezando un poco con ella y todo transcurrió en calma esa mañana", escribe la reina (14 de enero de 1868).

* * *

El choque fue violento, pero amortiguado por el pensamiento de que Maximiliano tuvo "un fin bello y digno", según las palabras del cardenal Deschamps. ¿Será saludable? La reina tiene "muchas esperanzas" y cree que "va hacia una curación completa". Carlota está tranquila, tan tranquila que permanece en Laeken. Evitan, sin embargo, hablar de los próximos funerales.

Carlota le escribe a su antigua amiga la condesa de Hulst, el 28 de enero, una carta completamente normal. "El lenguaje de vuestro afecto maternal, ha sido dulce para mí en medio de mi profundo dolor. Como decís, únicamente Dios tiene consuelos para tales pérdidas que rompen en un día la felicidad de toda la vida..." Y afluyen los recuerdos: "Cuando me traslado con el pensamiento a aquella noche que precedió a mi matrimonio y que pasé con vos, cuán lejos estaba yo de prever que todas esas alegrías deberían ser tan cortas y esa

* Este alejamiento de los sacramentos en un periodo de disturbio mental, ¿no revelará que en Carlota la religión era más una actitud que una fe profunda? ¿No había heredado "volterianismo" de Leopoldo I? A este propósito existe un curioso testimonio, el de un religioso que, habiendo terminado sus estudios en Roma y llegado a México para ordenarse de sacerdote, le pidió audiencia a la emperatriz. Le recordó a ésta que le había sido presentado en Roma. Cuando la emperatriz supo que había trabajado en Alost y en Namur, la conversación se orientó hacia Bélgica. Luego, bruscamente, se puso en pie la soberana e invitó al sacerdote a seguirla. En su biblioteca privada le mostró con orgullo colecciones completas en muchas lenguas de las obras de Voltaire. El visitante juzgó "fuera de lugar" esta manera de publicar su gusto por Voltaire. *(Reminiscencias,* doctor Gregorio Eulogio Gillow, Los Ángeles, 1920).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

unión rota tan pronto..." Pero se somete: "Dios sabe lo que hace. Sin duda le pareció que mi bienamado emperador ya había merecido la eternidad y quiso que no esperara más la recompensa. Ciertamente es imposible ver un fin más bello y más cristiano que hubiese tenido, incluso si se nos permite hacer esta comparación, tanta relación con el sacrificio que se efectuó en el Calvario. Si los hombres trataron así al Hijo de Dios, cómo admirarse de que no hayan perdonado tampoco al hijo de los reyes cuyo solo crimen también había sido el de hacer el bien y entregarse a la salvación de los demás..."

Ni una línea, ni una palabra en esta carta que descubra la menor perturbación. Todo lo que expresa rima bien con el carácter de Carlota, aquel carácter donde el orgullo está encima de los demás sentimientos. ¿Está verdaderamente en camino de curarse? Puede creerse. Después de los funerales de Maximiliano, manda hacer una fotografía del emperador en uniforme de marino, de pie en la proa de un barco, con un bandera en el brazo, navegando en un mar agitado. Esta fotografía que simboliza el naufragio del imperio mexicano, la envía firmada por ella con estas palabras en el reverso: "Rogad por el reposo del alma de Su Majestad Fernando Maximiliano José, emperador de México, nacido en Schoenbrunn el 6 de julio de 1832 y muerto en Querétaro el 19 de junio de 1867". Y unos versículos de la Biblia, en latín y en español que ella misma ha escogido. En la de Hidalgo: "El buen pastor da espontáneamente la vida por sus ovejas" (San Juan, X). Y: "La memoria del justo vivirá eternamente; no temerá las palabras malvadas de los hombres" (Salmos III, v. 6).

Le envía a la mariscala Bazaine "una medallita de la Santísima Virgen para su ahijado que deberá llevarla consigo en recuerdo de su madrina. Fue bendecida por el Padre Santo".* En las cartas que les escribe a quienes le han expresado sus condolencias, nada que no sea normal. "Es imposible que todos los corazones no se sientan conmovidos, y más aún los que estuvieron cerca de él, por el noble y heroico fin del emperador, único por su abnegación como por la grandeza del sacrificio y el espíritu con el cual fue consumado" (A Hidalgo—14 de mayo de 1868).

Aparte de algunos momentos muy raros "durante los que las ideas se enturbian", observa la condesa de Grünne, el estado mental parece haber vuelto a ser sano. Ciertamente, no hay que "tocar ciertos puntos que irritan a la emperatriz",

* Carta de la emperatriz al mariscal Bazaine —18 de junio de 1868—, amablemente comunicada por el señor capitán Jean Castaingt.

pero no se encuentran en ella "las características de otros alienados". No, sino "más bien extravagancias, manías y una sobrexcitación que indican una inteligencia cuyas fuerzas han sido sobrepasadas y que tiene necesidad de calma para recobrarse".

Físicamente, Carlota ha vuelto a ser lo que era. "No podéis figuraros qué bella está en este momento. No creo haberla visto antes tan bella", escribía la reina desde el mes de enero de 1868. Blasio, que había solicitado una audiencia sin haber podido obtenerla —pues temen los médicos que la presencia del secretario de Maximiliano provoque una crisis—, se dirige a Laeken, resuelto a ver a la emperatriz. Desde la reja ve a tres damas vestidas de luto que se pasean bajo los árboles. Reconoce la graciosa silueta de Carlota, y se lleva el recuerdo de un hermoso rostro triste, de dos grandes ojos negros muy bellos, que parecen todavía más grandes, todavía más bellos, "ojos que se fijan a lo lejos como para interrogar al destino". Incluso los niños son sensibles a la belleza de la emperatriz. Su joven sobrina, Estefanía, dirá que está "fascinada" por aquel rostro de color del alabastro, con largas pestañas negras que les dan sombra a los grandes ojos en forma de almendra y coronado de una masa de cabellos negros.

* *
* *

En el mes de junio es el aniversario de la muerte de Maximiliano. ¿Es el contragolpe lo que provoca en Carlota síntomas alarmantes? A partir de esa fecha, "se produjo una gran agitación... cada día hacía temer una crisis", dice madame De Grünne. Y luego, en julio, vuelve la calma. Pero "el estado moral" parece haberse agravado. "Los caprichos extravagantes y las manías aumentan, y pierdo la esperanza de ver que retorne a un género regular de vida, dedicada al bien, como lo hacía presagiar la mejora que siguió al anuncio de sus desdichas", escribe el 7 de agosto. Sin embargo, "todavía se pasan con ella horas encantadoras". Horas durante las que ella recuerda los días de su infancia que son "los puntos luminosos de su vida"; horas en las que habla de sus hermanos, de los tres hijos de Leopoldo, "muy gentiles", del palacio "que brillaba de dorados" en donde se instalaron Felipe y su familia; de los arreglos del palacio de Laeken que han modernizado.

Más tarde, en noviembre, el día de difuntos, Carlota escribe como una mujer entristecida, pero ninguna palabra indica la falla de su razón. "En cuanto a mí, como vos decís, ya no

existe ningún aniversario feliz, excepto, quizá, el que se me deseó hace todavía dos años por el cable trasatlántico, por aquél a quien había consagrado yo mi vida. Vivo cada día en mi soledad, leyendo mucho, bordando, escribiendo, paseándome alrededor del parque..."

La reina colocó cerca de ella a dos damas a quienes Carlota juzga "muy bien", *madame* Moreau y *mademoiselle* de Bassompierre, que asegura descender del famoso mariscal. María Enriqueta sigue ocupándose de su cuñada, pero está preocupada: su hijo, el pequeño príncipe Baudoin, está enfermo. Se inquieta, aun cuando se espera que curará. Sin embargo, arregla para Carlota "un salón encantador con un gusto perfecto", en los antiguos salones de Leopoldo y de Felipe. Y la emperatriz se siente "muy conmovida por su tierna solicitud".

El pequeño príncipe, hijo único de Leopoldo y de María Enriqueta, no se curará. Murió a la edad de diez años en abril de 1869. La familia real se siente trastornada, y la reina, ya sacudida por pesares íntimos, desgarrada por este duelo, se amuralla en su pesar y se hiela en su desesperación. Su rostro se marchita, se endurece, deja a sus hijas con las gobernantas y Carlota casi ya no la verá.

Por otra parte, el estado de ésta se agrava desde fines de 1868, y la desaparición del heredero, nuevo choque doloroso, provoca encontrados sentimientos en ella. Cuando Julia Doyen, que la vigila día y noche, quiere ir a ver desfilar el largo cortejo de los funerales del duque de Brabante, ella la regaña. "No va uno a mirar cosas tan tristes". Se ha vuelto imposible que siga viviendo en Laeken, y la conducen a Tervueren. Desde su llegada, van allá sus hermanos: se niega a recibirlos a ellos o a otras personas.

Un año después, madame de Hulst comprueba: "Es un caso desesperado. La desdichada princesa quedará privada de la razón. Cosa admirable, no se altera su salud, y está mucho mejor y más bella de lo que estaba antes de sus desdichas..."

Durante diez años los periodos de lucidez son muy frecuentes. Carlota escribe todavía cartas sensatas.* Pero su comportamiento se vuelve más y más extraño. Pasa noches enteras cerca de su ventana, con la mirada perdida; habla, ríe y discute consigo misma, y también llora. Durante el día le gusta permanecer en su recámara en donde ha reunido los objetos más

* ¿Es la autora de una carta dirigida en 1870 a la duquesa de Aosta, cuyo marido ha sido sondeado para la corona de España, y a quien ella disuade de aceptar un trono extranjero? Carta reproducida en los recuerdos de John Bigelow, diplomático norteamericano.

heteróclitos: un vestido de boda cuelga a lo largo del muro bajo un dios azteca emplumado; un ramillete de flores marchitas, armas antiguas, y en un rincón, un maniquí de tamaño natural de Maximiliano, adornado con una barba rubia. Pasa horas conversando con él.

La vida transcurre así hasta que un día, el 3 de marzo de 1879, a las cinco de la mañana, se declara un incendio en el castillo. Por las ventanas del apartamiento de madame Moreau, cerca de la lencería, escapan humo y llamas. Despiertan a mademoiselle Doyen, y el doctor Hart se dirige hacia la emperatriz, cuyo apartamiento está situado al lado opuesto de donde se declaró el incendio. Carlota se niega a levantarse. El médico la obliga a que se levante y, después de echarle una capa sobre los hombros, la arrastra hacia fuera. Ella se vuelve, mira las llamas que lamen los muros. "Algo muy grave, muy grave, dice, pero es muy hermoso". El doctor la lleva al pabellón donde él vive, en el parque. Desde allí ya no se ve nada, y entonces Carlota insiste en que la lleven de nuevo a su apartamiento.

La reina llega unas horas después. Ordena que suba su cuñada en el tílburi que conduce ella misma. La enferma obedece, a condición "de que la reina ría hasta Laeken". María Enriqueta lo promete. ¿Es el resultado de esta emoción? Se produce una mejoría. El doctor de Smet que la cuida aquí, se esfuerza en que viva de nuevo una vida más activa. Recibe a su familia; leen para ella, y ella escucha; se sienta al piano, se viste, se pasea en el parque, consiente en tomar los alimentos con las personas de su casa.

Pero ya nadie cree en una curación posible.

*
* *

Es necesario hallar para ella una nueva residencia. El rey compra el castillo de Bouchout, verdadera fortaleza del siglo XIII, de macizas torres. Pero frente a él hay un pequeño lago donde nadan cisnes, lo que atenúa la severidad del conjunto.

Carlota entra el 5 de abril de 1879 en esta residencia preparada para ella. La propiedad está bien cerrada y bien guardada. Se colocan en torno de ella trampas para lobos y guardias armados vigilan. La castellana no franqueará jamás los límites del parque. Los criados tienen una consigna formal: "Hemos recibido prohibición absoluta de proporcionar el menor informe, les responden a los curiosos. Algunos de ellos, por lo demás, nunca ven a la emperatriz y no pueden acercarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al castillo. Muy pronto se cierne sobre Bouchout una especie de misterio. Corren rumores: "Carlota, se dice, está secuestrada por Leopoldo para que no reclame sus derechos sobre la herencia paterna. Y probablemente no está tan loca como se quiere hacer creer".

Aparte de las personas que la rodean —tres damas que se relevan cada ocho días—, y de los miembros de su familia, el rey, la reina, los príncipes y las princesas que, de tiempo en tiempo, vienen a verla, Carlota ya no recibe. Tiene todavía momentos de lucidez que le permiten hablar y distraerse como una persona sana de la mente, y tiene conciencia de los acontecimientos que desolaron su vida. Pero cuando la persiguen recuerdos demasiado crueles, entonces estallan crisis terribles durante las cuales golpea a los que están cerca de ella, rompe todo lo que cae en sus manos, destroza libros y desgarra los cuadros. Cosa curiosa, jamás toca los objetos ni las fotografías que recuerdan a Maximiliano.

Ha conservado su porte altivo y, siempre elegante, se cambia de ropa en la tarde. "Quiero estar hermosa para cuando regrese Su Majestad. Dadme mi encaje de Brujas, mis malinas..." son sus vestidos de otros tiempos, guarnecidos de abullonados, de nudos, de flores, de cintas, porque rechaza las nuevas modas.

Siempre es consciente de lo que fue. "Cuando reinaba, no tenía que hacer sino levantar el dedo para que viniese la doncella", dice un día que la criada tardó en venir. Y cuando su médico observa, cuando ella se encoleriza: "Señora, de todas las emperatrices que he conocido, sois la única que se porta así", ella se calma inmediatamente.

Tiene gestos extraños: el primer día de cada mes nunca falla en dirigirse al borde de los fosos del castillo donde está amarrada una barca. Y pone el pie en la embarcación. ¿Es una oscura reminiscencia de la partida de México, tan ardientemente deseada antaño? Conserva una cierta noción de los aniversarios. El 4 de noviembre de 1912, día de su santo, exclama: "¡Y Max no está aquí!"

A los largos silencios siguen discusiones animadas con interlocutores imaginarios, en las que pasa como antaño del francés al alemán, al inglés, al español, al italiano. Cuando viene el príncipe Louis de Ligne, administrador de sus bienes, cada semestre para rendirle cuentas, hace que lo introduzcan en el gran salón donde está preparado un sillón para él. Están alineadas una veintena de sillas. Entonces aparece la emperatriz en gran atavío, saluda a cada una de aquéllas con alguna frase mundana, y luego conduce al príncipe a un pequeño

escritorio, y allí se sumerge en el examen de los números que aquél le presenta y que ella entiende muy bien.

Cuando habla de Maximiliano, lo que raramente sucede, lo llama "dueño de la tierra, soberano del universo". Sucede a veces que le escribe: "Yo soy quien debo ser culpada por todo, mi querido bienamado. Pero ahora soy feliz; has triunfado. Formas parte de la victoria de Dios sobre el mal... Tus miradas están sobre mí dondequiera que yo esté, y oigo dondequiera tu voz". Y se sienta al piano para tocar el himno mexicano. A veces resume su vida de una manera conmovedora: "Señor, os dijeron que teníais un esposo, un esposo emperador o rey. Un gran matrimonio, y después, la locura..."

Tiene conciencia de su estado: "No pongáis atención si desvariamos... Todavía vive la loca... Estáis en casa de una loca..." Los que la rodean cogen al vuelo algunas frases que denotan en ella la persistencia de recuerdos profundos: "No, señor, aun cuando me presentárais el reino de Sajonia..." ¿No es esto una reminiscencia del tiempo en que se le ofrecían coronas a la joven pareja? "Blücher llega a tiempo para salvar la situación, pero en México, nada, nada... ¡Si Napoleón lo hubiera ayudado!" Palabras que prueban hasta qué grado se sintió herida por sus desesperadas tentativas. Y esta exposición de cólera: "¡Los Habsburgo! ¡Ah! ¡Canallas! ¡Miserables!" ¿No es ésta la inolvidable tortura de los días sombríos de Miramar que revive en ella? Finalmente, esta frase, quizá reveladora: "La locura provino de los acontecimientos".*

* * *

Carlota vivirá durante cincuenta años en esta noche cruzada de relámpagos. Ignorará los duelos de su familia, los dramas de la casa de Austria, el trastorno de Europa.

Ignora la muerte de María Enriqueta y el escándalo del matrimonio morganático de Leopoldo con la baronesa Vaughan; Ignora lo de Sarajevo. Sin embargo, cuando en 1899 su sobrina Estefanía, viuda de Rodolfo, vino a verla, la reconoció muy bien. "Vienes de Austria, querida niña. ¿Cómo está tu suegro, el emperador?" Se levanta y lleva a la joven hacia el retrato de cuerpo entero de Maximiliano ante el cual hace una reve-

* ¿No es ésta, acaso, la conclusión del doctor Pierre Loo en el estudio que le consagró a la demencia de la emperatriz? "Ciclotímica, hipersensible, Carlota, en la vertiente patológica, estaba inclinada a la sicosis intermitente. Los acontecimientos fueron la causa que la desencadenó".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rencia. "Y al otro, lo mataron", exclama. "Algo punzante", dice Estefanía.

Durante la guerra de 1914-1918, Bouchout es un islote preservado en la Bélgica martirizada. En las verjas las autoridades alemanas hicieron fijar un letrero: "En este castillo vive Su Majestad la emperatriz de México, cuñada de nuestro venerado aliado el emperador de Austria". Los soldados reciben órdenes de no perturbar en nada esta mansión. En el vasto dominio, todo está en calma. Pero a lo lejos se escucha el estruendo de los cañones. ¿Tiene Carlota una oscura idea de lo que le ocultan? Se le oye refunfuñar: "¡Se ve rojo! ¡Piensan que algo sucede porque no están alegres. La frontera está negra, muy negra... no es preciso devolver los prisioneros".

Ignorará la muerte de Francisco José y la de Carlos, en Madera, y el hundimiento del imperio de los Habsburgo. Sabe, sin embargo, que el hijo de Felipe, Alberto, se ha convertido en rey de los belgas. "Pensar que tengo un sobrino tan joven que ocupa ya un trono y que se llama rey", dice. Sin embargo, cuando después viene el rey Alberto a verla con su mujer, la reina Isabel, ella repite: "Hemos tenido visita de los Flandes".

Pero en vano tratan de ocultarle la desaparición de aquellos a quienes conoce; le informa de ello alguna palabra cogida al vuelo, y siente rondar la muerte. Un día exclama: "Yo también moriré; *Miserere mei, Deus*". Y en otra ocasión: "Será una catástrofe que no ocurrirá de repente, sino que llegará poco a poco". Le dice al barón Goffinet, gran maestre de su casa: "Quiero ir a Laeken. Se sube, se sube, se sube, y desaparece uno tras las torres". Prueba de que tiene muy presente en su memoria la disposición de la cripta real en la iglesia de Laeken, donde, en su adolescencia, iba con tanta frecuencia a orar en la tumba de su madre.

En 1926 tiene ochenta y seis años. Es una anciana de buena salud, pero que lleva una vida vegetativa. Casi ya no sale de su recámara, salvo para dar un paseo en coche en el parque, cuando hace buen tiempo. La oscuridad mental es casi completa. Y las cataratas le impiden ahora bordar. Sin embargo, todavía juega a la baraja y a veces se sienta al piano.

El 15 de enero de 1927 es presa de una indisposición súbita. Se comprueba una parálisis parcial del lado izquierdo. La respiración se hace más difícil en los siguientes días. El martes viene el rey a su cabecera con la reina y los príncipes Leopoldo y Carlos. Muere el miércoles en la mañana, a las siete, sin sufrimientos. El cura de Bouchout, residente del castillo, está cerca de ella. Carlota murmura: "Recordadle al

universo al hermoso extranjero de cabellos rubios. Dios quiera que se nos recuerde con tristeza, pero sin odio".

Ahora reposa, al fin liberada en su cama estrecha de encina esculpida, con un baldaquino azul cielo encima. La cubre un vestido rosa y en su cabeza tiene un gorro de encaje. Sobre la almohada guarnecida de finos encajes de México, se destaca, muy tranquilo, el pálido rostro de rasgos bien cincelados. En la recámara se ven retratos de Leopoldo I, y de las dos primeras reinas de los belgas, Luisa y María Enriqueta. Sobre la chimenea, al lado de un busto de la Virgen, un reloj de oro, regalo de las damas de México.

El 22 de enero, día de los funerales, nieva con gruesos copos, como el día de los funerales de Maximiliano. Hace frío; el cielo está negro. Llegan el rey y sus hijos, en uniforme militar. Los clarines suenan en los campos. Luego un reloj de sonido agrio se pone a tañer en la torre de las almenas. El cortejo se pone en camino, pasa las verjas de la mansión ante las cuales se agrupan los lugareños que se inclinan, con la cabeza descubierta. A la cabeza, un escuadrón de lanceros con su bandera y, tras el carro fúnebre, doce granaderos de alta estatura. Siguen los coches de la corte.

A las once horas y veinte minutos, el ataúd de la emperatriz entre en la iglesia de Laeken, llevado a hombros de seis soldados, antiguos legionarios belgas, sobrevivientes de la expedición a México. Está presente toda la familia real, el rey, la reina, los príncipes, las princesas. Todo el cuerpo diplomático, todas las personalidades del reino.

A la derecha del coro se abre la entrada de la cripta. Allí encontrará de nuevo Carlota a los suyos. Jamás se reunirá son Maximiliano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPÍLOGO EN FORMA DE INTERROGACIÓN

¿Tuvieron descendientes Maximiliano y Carlota?

Existen presunciones, con frecuencia turbadoras, pero ninguna prueba perentoria.

Así es como persiste cierto rumor que asocia a los soberanos de México, a un ilustre general francés. Rumor que descansa en un hecho: el 23 de enero de 1867, el doctor Luis Laussedat declaró en el Palacio Municipal de Bruselas el nacimiento de un niño que había nacido dos días antes. Padre y madre desconocidos. Nombre: Máximo. Domicilio: 59 boulevard de Waterloo, en Bruselas. La inscripción en el registro lleva el número cuatrocientos diez. Esta singular acta de nacimiento es la del general W...* ¿Quién es el doctor Laussedat? Un francés, refugiado político en Bélgica después del golpe de Estado de 1851. Hombre de valor, se forjó allí una buena posición, pero no es menos cierto que depende del gobierno belga y que tiene interés en hacer lo que se le mande.

Atiende al niño hasta la edad de seis años un aya "ruda y de espíritu estrecho", dirá él más tarde. Luego, conducido a Francia, se le puso en el colegio de los maristas, en Cannes. Un señor, David Cohen, agente de los asuntos del rey de los belgas, Leopoldo II, se ocupa de él. Máximo, en este tiempo se apellida "De Nimal": es el apellido de la segunda esposa de Cohen. Será pensionista en el liceo de Vanves, luego en Luis el Grande y en Enrique IV. Los gastos de sus estudios

* Las autoras se refirieron al general Maxime Weygand, recientemente fallecido. (N. del T.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

serán pagados por la corte de Bélgica. Jamás recibe visitas. Cada semana se le entrega la modesta cantidad de dos francos.

En abril de 1885 solicita del ministro de Guerra autorización de presentarse en la escuela especial militar de Saint-Cyr, en donde entra en octubre, como extranjero. El 18 de octubre de 1888 es reconocido por Francisco José Weygand, contador de Marsella y apoderado de David Cohen. El 3 de diciembre por decreto presidencial, fue nombrado subteniente. El novel oficial francés hará célebre el oscuro nombre que en adelante será el suyo.

¿Quién era este niño sin familia? Se le da libre curso a las imaginaciones desde entonces. Hijo de Maximiliano y de Carlota, dicen unos. La emperatriz estaba encinta cuando salió de México, se afirma. Y para añadirle algo más a lo maravilloso de la historia, se supone que Maximiliano era hijo del Aguilucho, aun cuando el talento militar se explica muy naturalmente por una filiación napoleónica. Esta tesis descansa frágiles suposiciones: ¿fue Reichstadt amante de Sofía? ¿Reanudaron Maximiliano y Carlota en 1866 las relaciones conyugales interrumpidas durante largo tiempo?

El niño habría nacido en Miramar durante el periodo en que Carlota, de retorno en Europa, fue secuestrada, y en donde únicamente son admitidos cerca de ella a su médico, al limosnero del castillo y a Bombelles, hombre absolutamente adicto a Francisco José. Éste, muy preocupado de verse estorbado por un hijo de Maximiliano y una madre loca, lo habría encargado de llevar inmediatamente al recién nacido a Bruselas, habiendo la familia belga consentido en recibirlo: oficialmente, nacerá en Bélgica. En su declaración, el doctor Laussedat especifica que el nacimiento ocurrió dos días antes.

En México, esta versión llegada de Francia, encontró a muchos escépticos. Circula otra que cuenta con partidarios. Este niño sería el hijo de Carlota y de un mexicano. ¿Fruto de una relación amorosa? No. A pesar de las infidelidades de Maximiliano, nada autoriza a creer esta versión. Blasio ha hecho notar que la emperatriz tenía una sonrisa de infinita tristeza cuando se abordaba en la mesa el tema de las aventuras galantes. Nadie, por otra parte, ha hecho nunca alusión a una debilidad de ella. En cambio, un rumor persistente dice que pudo tomar un brebaje, el *toloache*, extracto de una planta silvestre llamada *estramonio* cuyos efectos alucinadores se conocen: llegan hasta la aniquilación de la voluntad durante seis a ocho horas. La joven, pues, pudo muy bien ser víctima de una violación sin darse cuenta de la identidad del hombre. Según el doctor Jesús Romero, historiador de valor (muerto en 1950), el coronel López, de quien Carlota habría rechazado homenajes demasiado apremiantes, era muy capaz de haberla hecho tomar la peligrosa bebida. Otros, sin meter a López en el asunto, admiten como posible que Carlota pudo beber el toloache en el curso de su viaje a Yucatán, porque tenía muchos enemigos entre los grandes propietarios que le reprochaban sostener una política contraria a sus intereses. Le pedirían a hechiceros yucatecos que le administraran "la infusión negra" y que aplicaran contra ella prácticas mágicas, entre otras la de la famosa *muñeca de espinas*.

Es reveladora una frase de la condesa de Reinach-Foussemagne, biógrafa muy documentada de la emperatriz, que ha visto papeles que nadie después de ella ha podido ver: "Llego aquí a un punto que las correspondencias que tengo en mis manos abordan por alusiones, con reticencias y reservas que hacen muy delicada la interpretación", escribe al abordar el tema de las conversaciones emprendidas entre la corte de Bélgica y Francisco José para obtener el retorno de Carlota con su familia. Y, recordando el desamparo de la joven secuestrada en Miramar: "Los pocos recuerdos que he podido recoger al respecto, dejan ciertamente entrever que debió acontecer allí un drama doméstico, tal y como hay muchos ejemplos de ellos en la historia contemporánea de la casa de Austria. ¿Quería hacérsele expiar a la viuda de Maximiliano aquella popularidad de su marido, cuyos testimonios habían conmovido tan fuertemente e indispuesto al emperador Francisco José? ¿Se mezclarían en esta consideración vulgares cuestiones de interés material, o acaso no hay que ver allí simplemente más que una aridez, una dureza despiadada de corazón? Es difícil responder a estas preguntas..."

Verdaderamente difícil, en efecto.

Según recientes investigaciones, podría ser, por otra parte, que el niño nacido el 23 de enero de 1867 en Bruselas, fuese, no hijo de Carlota, sino de Leopoldo II y de una dama de la corte de origen húngaro.

*
* *

Del dominio público fue que Maximiliano tuvo, de su relación con la hija del jardinero de Acapantzingo, un hijo que nació el 30 de agosto de 1866. La madre, Concepción Sedano y Leguizano, hija de un español y de una criolla, no sobrevivió casi al emperador quien no la abandonó, ya que incluso, según parece, había tomado medidas para que el niño

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuese enviado a Europa. La señora Esta O. de Dávila, autora de una obra sobre Cuernavaca,* efectuó una investigación en el mismo lugar acerca de este punto: dos personas de edad avanzada se acordaban muy bien de la pareja imperial, y algunas personas de edad mediana les habían oído a sus padres contar la historia de Concepción.

Un joven llamado Sedano de Leguizano, llegado sin recursos a París, se hizo primero hospedar por dos ricas mexicanas muy caritativas, las señoritas Bringas, que vivían en la avenida Marceau en un hotel que era un verdadero museo del segundo imperio mexicano y subvencionaban a artistas y estudiantes. Sedano fingía aires de gran señor, usaba barba negra y se complacía en que lo trataran de "bastardo del emperador". Tenía una reputación deplorable: cubierto de deudas, vivía de expedientes para salir de apuros. Después de estar empleado con un comerciante en el barrio Poissonnière, se estableció por cuenta propia y fracasó. Fue representante de comercio, fundó una sociedad *L'excursion annuelle de propagande et d'agrément au Mexique*, y entró en el consulado de Nicaragua.

En 1914 se encontraba sin recursos en Barcelona. Allí trabó relaciones con los servicios secretos del espionaje alemán que buscaba agentes para operar en Francia. Vuelto a París en 1915, envió informes de orden militar. Fue uno de los primeros en usar tinta invisible y se contentaba con poner en el correo hojas de papel en apariencia blancas. Interceptadas por el control postal, y pareciendo sospechosas estas cartas, se le hizo vigilar. Se descubrió todo y Sedano fue arrestado.

Condenado a muerte, fue ejecutado en Vincennes el 10 de octubre de 1917. El oficial leyó la sentencia: "Sedano y Leguizano, hijo del emperador Maximiliano de México, será fusilado como traidor". Escuchó, impasible, y luego, rehusándose a que le vendaran los ojos, se enfrentó al pelotón con aire altivo, llevando hasta el final el parecido con Maximiliano. ¿Era verdaderamente hijo de Maximiliano? El comandante Massard lo afirma.** El señor Ibarra de Anda, actualmente jefe adjunto del Departamento de Archivos en el Ministerio de Asuntos Extranjeros, se inclina a compartir esta opinión.

Testimonio contrario: el general Fernando González de Arteaga, antiguo gobernador del Estado de México, antiguo jefe de la Casa Militar de Porfirio Díaz con quien se fue

* *Paradis in Mexico, Morelos and its capital Cuernavaca* (México, D F., 1937).

** *Les espions à Paris*, Paris, 1923.

al destierro, e hijo del general González, antiguo presidente de la República Mexicana que se fue a vivir a París, estaba convencido de que Sedano, para obtener subsidios de los mexicanos acaudalados, explotaba su parecido, por otra parte, aproximado, con el emperador, parecido que consistía sobre todo en la manera de peinarse su barba negra. Nunca se arriesgó a presentarse ante el general, el cual había prevenido a sus dos hijos contra la impostura. Uno de éstos, don Manuel (enganchado voluntario en 1914 en la Legión Extranjera donde se distinguió: cuatro menciones, y convertido recientemente en oficial de la Legión de Honor), es quien proporciona esta opinión de su padre.*

* * *

En el cementerio de Gagny (S. y M.) puede verse una tumba de granito de Bretaña (N° 279) que lleva esta inscripción: "Don Simoni *(supuesto tal)*, hijo único de Maximiliano de Habsburgo Lorena, emperador de México, y de la princesa Carlota de Bélgica, emperatriz de México, bisnieta (sic) del rey Luis Felipe. Muerto en Gagny, 1886-1930".

El acta de deceso menciona que este Don Simoni nació el 15 de diciembre de 1866 en París (12ª zona), de Juan Tomás Don Simoni y de Paulina Bonneau des Roches.

En el país todavía recuerdan a Don Simoni que vivía en una hermosa casa que muestran al visitante. Se conoce a las dos mujeres, Clémence Paillard y Valentine Rolland, ama de llaves y secretaria, que dieron parte de las honras fúnebres celebradas el 4 de enero de 1930 en la iglesia Saint-Germain de Gagny: "Recordad en vuestras oraciones a Don Simoni (supuesto tal), hijo únicc de Maximiliano de Habsburgo Lorena, emperador de México, y de la princesa Carlota de Bélgica, emperatriz de México, que murió a la edad de setenta y tres años".

Este personaje dejó el recuerdo de un hombre que gastaba mucho y, como se ignoraban sus medios de vida, se murmuraba que se dedicaba a la trata de blancas.*

Según un testimonio publicado por el intermediario de los investigadores y de los curiosos (1930), Don Simoni "tuvo algunos altercados con el Estado Mayor francés y las cortes

* Comunicación del capitán Jean Castaingt.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Justicia; en 1915 fue acusado de inteligencia con el enemigo, después de haber mantenido relaciones epistolares con el periodista Judet. Arrestado y encarcelado durante ocho meses, recibió el beneficio de misteriosas protecciones y fue puesto en libertad con un "no ha lugar".

Otro testimonio (misma fuente): "En muchas ocasiones oí hablar de Don Simoni en 1916 a una persona de mi íntima amistad y que trabajaba en el *Deuxième Bureau* del Ministerio de la Guerra. Ese individuo estaba detenido en París, en los Inválidos, según creo. Su personalidad había producido una fuerte impresión en mi interlocutor. Daba muestra de las más vivas cualidades de inteligencia y de imaginación y, hasta donde recuerdo, pretendía ser autor de descubrimientos de los cuales muchos se experimentaron, y que debían según él, proporcionar grandes servicios para la defensa nacional. No sé si fue juzgado".

* * *

El 28 de agosto de 1933, *Le Bien Public* de Bruselas relataba que la prensa mundial publicaba el descubrimiento hecho por un barco francés, de los restos del vapor mexicano *Mérida*, que se había hundido en el Cabo Virginia en los Estados Unidos de Norteamérica, y que reposaba a sesenta metros de profundidad. El *Mérida* quizá contenía una fortuna en alhajas y objetos de arte que habían pertenecido al emperador Maximiliano. Esta fortuna, requisada por el gobierno mexicano después de lo de Querétaro, había sido declarada depósito inalienable. Habiendo el gobierno austriaco reclamado en 1911 que el tesoro fuese depositado en bancos europeos, dicho tesoro había sido cargado en el *Mérida* con destino a Austria. Todo fue embarcado, excepto dos gigantescas jarras de malaquita depositadas en el museo de México. El barco se había perdido con todos sus tesoros y todos los intentos de ponerlo a flote habían sido vanos.

Sabiendo esta noticia, un tal Brightwell, comerciante en pescado en Islington (Inglaterra), pretendiéndose hijo de Maximiliano, le había hecho saber al capitán del *Salvor*, navío que había partido para intentar recuperar el tesoro del *Mérida*, que reivindicaría la herencia de su padre por medio de la justicia. Se llama, dice, Rodolphe Franz Maximilien de Habsbourg, y nació en el Vaticano de la emperatriz Carlota. Lo trajeron a Inglaterra donde lo depositaron en las gradas de una iglesia católica. Hasta los veinte años, nadie había sabido.

Fue el archiduque Jean Salvator (Jean Orth) quien le reveló el secreto de su nacimiento. Desde entonces recibe una renta anual de doscientas libras que le pagan de la cuenta personal de Leopoldo II. Habiéndosele suprimido esta renta en 1915, había comprado un comercio de pescado.

Los jueces ingleses desecharon su petición.

* * *

De todos estos rumores, de estas leyendas, de estos hechos, ¿se sacará algún día la verdad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE

EL CASO DE LA EMPERATRIZ CARLOTA

Se admite, desde Krestchmer que cada individuó normal lleva en sí mismo aptitudes particulares, rasgos de carácter o de personalidad que forman una constitución.

Hay, entre otras, la constitución ciclotímica, la constitución paranoica, la constitución esquizoide y la constitución perversa.

Pero en la eventualidad de que el sujeto normal se convierta en enfermo mental, la enfermedad mental será función de la constitución que lleva en él.

La constitución ciclotímica se convertirá, en la vertiente patológica, en sicosis intermitente, llamada igualmente locura de doble forma o sicosis de doble forma.

La constitución paranoica predispondrá a los delirios de persecución de mecanismos interpretativos.

La constitución esquizoide dará la esquizofrenia, etcétera.

En el sujeto normal de constitución ciclotímica, según los periodos se ven aspectos diferentes de la personalidad que afectan al humor, a la actividad, a la aptitud intelectual.

El ciclotímico evoluciona según una curva sinusoide más o menos acentuada en los sujetos normales, y mucho más acentuada en el curso de una sicosis y según la intensidad de ésta.

El sujeto que tiene una constitución ciclotímica pasará por periodos de optimismo y de euforia durante los cuales la actividad, la soltura y el rendimiento intelectual estarán aumentados... En otros periodos, al contrario, manifestará tendencias a la tristeza, al pesimismo, y su actividad y rendimiento intelectual se reducirán.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas fases pueden ser continuas, pero con mayor frecuencia se alternan: fases de excitación, fases normales o intervalos lúcidos, fases de depresión.

En la sicosis intermitente, expresión patológica de la constitución ciclotímica, podrá haber fases de excitación llamadas maniacas: profusión de ideas que se entremezclan, que cabalgan las unas sobre las otras y se tornan incoherentes; hiperactividad, empresas disparatadas, iniciativas extravagantes, optimismo, viajes, jovialidad y euforia que se expresan a veces con cantos y baile, y que proporcionan, por ausencia de todo control, la imagen popular de la locura.

El raudal de palabras y la abundancia de ideas que el juicio no controla, arrastran, como un río, de pronto crecido, temas delirantes de contenido místico, o de persecución, o de poder... de los que algunos podrán servir de núcleo para un delirio secundario.

Pero en la fase depresiva habrá inercia, incuria, pesimismo, desesperación con ideas de indignidad, de culpabilidad, de autoacusación o incluso de suicidio.

La constitución paranoica está formada de actitud reservada, de una cierta rigidez de pensamientos. Esos sujetos son orgullosos, no rectifican casi nada sus juicios, les falta tolerancia, flexibilidad, se adaptan mal a la vida social que exige tantas concesiones. Con frecuencia son desconfiados y, por el hecho de sus exigencias, de un trato difícil.

Poco aptos para transigir, viviendo en el absoluto e hipermorales, son probablemente la semilla de los héroes y de los santos. Con mayor frecuencia pueden ser hombres de mal genio y a veces pleitistas.

Si enferman de la mente, presentan delirios de persecución que reposan en falsas interpretaciones, que les hacen darle al comportamiento más anodino de otro, un sentido personal y hostil.

El esquizoide es un soñador, ya que su contacto con lo real es mínimo y vive en las nubes.

Probablemente serán poetas, pero en el plano patológico se convertirán en esquizofrénicos.

Todo individuo tiene su constitución propia más o menos marcada.

Se encontrará a veces una mezcla de dos constituciones, dibujándose la una en filigrana al través de la otra (en Carlota).

Estas constituciones se manifiestan a veces precozmente desde la juventud, a veces solamente en la edad madura, o bien se revelan con ocasión de algún acontecimiento perturbador.

Según los informes que poseemos, actos, propósitos mantenidos, humor, que podríamos desear que estuviesen más precisados (pues no precisa nada la fórmula "su razón se ensombreció"), parece que Carlota poseía buen equilibrio en su infancia.

Durante una tosferina grave y complicada sacudida por la tos, agotada por el insomnio, "mostraba sin embargo mucha paciencia y era muy razonable" (carta de la reina Luisa).

Sensible, alegre, dulce, turbulenta y expansiva según su madre, se convirtió después de la muerte de ésta en una adolescente pensativa, seria, de espíritu apesadumbrado "y con frecuencia de mal humor".

Podemos retener ya la extrema sensibilidad frente a los acontecimientos y una tendencia ciclotímica que anuncia su manera futura de reaccionar:

Accesos de desaliento durante los cuales no tiene deseos de rezar, en los que se encuentra ya un poco de autoacusación, de ideas vagas de culpabilidad:

"seguramente mi espíritu está muy mal formado",
"caigo tan fácilmente",
"no puedo vencer mi pereza",
"fatiga de no hacer nada",
"es como una calentura",
"se apodera de mí un delirio",
y "cuando ya pasó, no sé cómo pudo venir".

La ciclotimia se expresa aquí en una fase depresiva que será seguida de otra formada de optimismo, de satisfacción, de bienestar intelectual.

En esta personalidad pueden subrayarse rasgos de la constitución paranoica: hipersensible, tendencia a juzgar al prójimo con malevolencia; no modifica una primera impresión desfavorable; espera de los demás, más de lo que pueden dar.

Y ese largo desacuerdo con su marido de que hablan las personas que la rodearon, está también en la estructura paranoica, poco indulgente y poco tolerante que no puede ni olvidar ni perdonar.

La obstinación o ineptitud para revisar un juicio, es la consecuencia de la rigidez de pensamiento paranoico que aparece un poco en sus cartas, donde, contra la opinión de los suyos, mantiene su punto de vista respecto de la empresa de Maximiliano para la conquista de México. "No seré yo de aquellos que quisieran embarcarse de nuevo porque hay tres o cuatro nubes en el aire, o cinco o seis escollos en la costa".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de la negativa de Napoleón III: "El dinero lo conseguiremos con crédito, el crédito se obtiene con el éxito, y el éxito se obtiene luchando".

Y el elemento pasional es culminación frecuente de los paranoicos:

"No debe jugarse con las naciones porque Dios las venga".

Parte el 9 de julio de 1866 de la capital mexicana para una suprema gestión ante Napoleón.

Esta obstinación se sostendrá, incluso, después de los primeros fracasos con Napoleón, y no cederá sino con la primera flexión mental con la que parece que se inaugura la sicosis intermitente a la que la predisponía su constitución ciclotímica.

¡Y qué determinación!

"¡Cuento ciertamente con ver al emperador, dice, si no, irrumpiré!"

El estado pasional trae consigo perturbaciones del juicio, clásicos en el paranoico más inteligente. Contra toda verosimilitud, espera todavía tener éxito.

"Manifiestan interés por nuestra causa".

"Todavía no jugamos todas nuestras cartas".

Carlota ya no es objetiva. Acusa a la incapacidad de Napoleón: "Se ha hecho viejo", y ya exterioriza su agresividad en su carta incoherente.

Es "una mujer inteligente y voluntariosa", dice Merimée de la emperatriz de México.

Después de haber sabido la irrevocable decisión de Napoleón, Carlota que no podía primero concebir la realidad, ahora no puede tolerarla, y su carta testimonia una perturbación mental.

La interpretación delirante es una manera de no aceptar la realidad —"Es la lucha del bien contra el mal"—, de no aceptar la derrota. "Hice que cayera su máscara, lo sacudí rudamente".

La carta de Carlota tiene un tono pasional, esténico con temas místicos, de persecución; la negativa a admitir el fracaso ("este régimen llega a su fin"), la incoherencia de los propósitos.

Es la fase de excitación de la sicosis intermitente a la que predisponía a Carlota su constitución ciclotímica, y de la que ya había habido un preludio en la crisis depresiva de su juventud.

La sicosis intermitente evoluciona en fases de excitación o de agitación que se alternan con fases de depresión.

Entre estas fases es clásico encontrar intervalos lúcidos, más y más reducidos por otra parte en su frecuencia y duración,

mientras prosigue la sicosis. Las fases de excitación pueden ser de diferente intensidad: bien una simple hiperactividad con humor variable donde predomina el optimismo, o bien a veces verdaderos periodos de agitación acompañados de ideas de persecución, de ideas místicas, de grandeza, de poder, etcétera.

Asimismo, las fases depresivas pueden ir acompañadas de una simple reducción de la actividad con pesimismo, o a veces de inercia completa con incluso rechazo de los alimentos, desesperación e ideas de suicidio.

Es clásico ver que las emociones, las decepciones, los duelos, desencadenan accesos depresivos, pero con frecuencia y paradójicamente provocan al contrario accesos de excitación en los que se hallan agitación, jovialidad, optimismo, mezclados con temas místicos, de persecución, eróticos a veces, como si la sicosis fuese una compensación artificial, una trasposición, cuando la realidad se torna inaceptable.

Ciclotímica e hipersensible, Carlota, en la vertiente patológica, estaba inclinada hacia la sicosis intermitente. Los acontecimientos fueron las causas que la desencadenaron.

Por lo demás, la constitución paranoica predispone al delirio de persecución, y es frecuente que, en función de estas predisposiciones, los enfermos, en el curso de una sicosis intermitente, retienen particularmente los temas de persecución para organizar un delirio *secundario* de persecución.

Es secundario porque a decir verdad está condicionado por la sicosis intermitente y evoluciona como ésta, atenuado a veces, con más relieve en otras épocas, como si resurgiese episódicamente.

A la larga las diversas sicosis: sicosis intermitente y asimismo los delirios, alteran el fondo mental y culminan progresivamente en lo que se llama demencia.

Demencia no es sinónimo de locura, como se cree, sino que expresa la alteración progresiva y definitiva de las facultades intelectuales y de la afectividad.

En esta deterioración, los que primero se alteran son el juicio y la memoria, y su reflejo serán las perturbaciones del comportamiento.

Según su causa, se distinguen muchas clases de demencia:

Demencia senil debida a la edad;

Demencia epiléptica;

Demencia sifilítica;

Demencia vesánica, siendo ésta el déficit (la demencia) consecutivo a la evolución de una larga sicosis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La emperatriz Carlota culminó, pues, en la demencia vesánica después de su sicosis intermitente con delirio secundario de persecución.

* * *

Por causa de ciertas sospechas concernientes a Maximiliano, hubiéramos podido esperar ver quizá en la emperatriz Carlota una manifestación mental en relación con la sífilis; pero la demencia sifilítica tiene características particulares tanto en sus aspectos como en su evolución. Ningún elemento en Carlota permite invocarla.

* * *

En resumen, Carlota presentaba desde su infancia una constitución ciclotímica, la cual predispone en la vertiente patológica a la sicosis intermitente. Un primer acceso de depresión en su juventud, anunciaba esta sicosis intermitente. Un segundo acceso se adivina en su carta incoherente después de su entrevista con Napoleón III.

La evolución de los disturbios síquicos correspondientes a las manifestaciones episódicas unas veces depresivas, otras a base de excitación de la sicosis intermitente.

En virtud de elementos constitucionales de tipo paranoico, es normal que la emperatriz Carlota hubiese retenido de preferencia las ideas de persecución, que acarrean entre otras a la sicosis intermitente para organizar un delirio de persecución de mecanismo interpretativo (delirio secundario).

Por consiguiente, la sicosis maniaco-depresiva* manifestada anteriormente en forma de ideas de persecución, debía traer consigo una perturbación definitiva del fondo mental que realiza la demencia, la que, dado su origen (sicosis), debe entrar en el grupo de las demencias vesánicas según la clasificación tradicional.

Doctor Pierre Loo,
médico de los hospitales psiquiátricos.

* Sicosis maniaco-depresiva es sinónimo de sicosis intermitente o de locura de doble forma.

FUENTES

Archivos Nacionales.
Archivos del Quai D'Orsay.
Archivos del Servicio Histórico del Ejército.
Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros (Bruselas).
Archivos Generales de la Nación (México, D. F.).
Archivos de la Biblioteca Nacional de México.
Archivos de la Embajada de México en París.
Archivos del Mariscal Bazaine.
Archivos particulares (Francia y México).

Principales obras consultadas:

Arce (David N.): *Desventura y pasión de Carlota* (México, D. F., 1963).
Arellano (Ramírez de): *Les dernières heures d'un empire* (París, 1868).
Arrangoiz (Fco. de P.): *Apuntes para la Historia del Segundo Imperio* (Madrid, 1869).
Bagger (Eugen): *François-Joseph emperor of Austria* (Nueva York, 1927).
Balair (Pietro Monsignor): *Storia della Chiesa cattolica del anno 1846 sino ai giorni nostri* (Torino, 1882).
Balbontín (Manuel Cor.): *Memorias* (México, 1958).
Barail (General del): *Mes souvenirs* (París, 1896).
Barbier (J. B.): *Outrances sur le Second Empire* (París, 1956).
Basch (Dr.): *Maximilien au Mexique* (París, 1889).
Bessières (A.): *Le Mexique martyr* (París, 1928).
Beust (Comte de): *Mémoires* (París, 1888).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La emperatriz Carlota culminó, pues, en la demencia vesánica después de su sicosis intermitente con delirio secundario de persecución.

* * *

Por causa de ciertas sospechas concernientes a Maximiliano, hubiéramos podido esperar ver quizá en la emperatriz Carlota una manifestación mental en relación con la sífilis; pero la demencia sifilítica tiene características particulares tanto en sus aspectos como en su evolución. Ningún elemento en Carlota permite invocarla.

* * *

En resumen, Carlota presentaba desde su infancia una constitución ciclotímica, la cual predispone en la vertiente patológica a la sicosis intermitente. Un primer acceso de depresión en su juventud, anunciaba esta sicosis intermitente. Un segundo acceso se adivina en su carta incoherente después de su entrevista con Napoleón III.

La evolución de los disturbios síquicos correspondientes a las manifestaciones episódicas unas veces depresivas, otras a base de excitación de la sicosis intermitente.

En virtud de elementos constitucionales de tipo paranoico, es normal que la emperatriz Carlota hubiese retenido de preferencia las ideas de persecución, que acarrean entre otras a la sicosis intermitente para organizar un delirio de persecución de mecanismo interpretativo (delirio secundario).

Por consiguiente, la sicosis maniaco-depresiva* manifestada anteriormente en forma de ideas de persecución, debía traer consigo una perturbación definitiva del fondo mental que realiza la demencia, la que, dado su origen (sicosis), debe entrar en el grupo de las demencias vesánicas según la clasificación tradicional.

Doctor Pierre Loo,
médico de los hospitales psiquiátricos.

* Sicosis maniaco-depresiva es sinónimo de sicosis intermitente o de locura de doble forma.

FUENTES

Archivos Nacionales.
Archivos del Quai D'Orsay.
Archivos del Servicio Histórico del Ejército.
Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros (Bruselas).
Archivos Generales de la Nación (México, D. F.).
Archivos de la Biblioteca Nacional de México.
Archivos de la Embajada de México en París.
Archivos del Mariscal Bazaine.
Archivos particulares (Francia y México).

Principales obras consultadas:

Arce (David N.): *Desventura y pasión de Carlota* (México, D. F., 1963).
Arellano (Ramírez de): *Les dernières heures d'un empire* (París, 1868).
Arrangoiz (Fco. de P.): *Apuntes para la Historia del Segundo Imperio* (Madrid, 1869).
Bagger (Eugen): *François-Joseph emperor of Austria* (Nueva York, 1927).
Balair (Pietro Monsignor): *Storia della Chiesa cattolica del anno 1846 sino ai giorni nostri* (Torino, 1882).
Balbontín (Manuel Cor.): *Memorias* (México, 1958).
Barail (General del): *Mes souvenirs* (París, 1896).
Barbier (J. B.): *Outrances sur le Second Empire* (París, 1956).
Basch (Dr.): *Maximilien au Mexique* (París, 1889).
Bessières (A.): *Le Mexique martyr* (París, 1928).
Beust (Comte de): *Mémoires* (París, 1888).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BEYENS (Barón): *Le Second Empire vu par un diplomate belge* (París, 1928).

BIART (L.): *Le Mexique d'hier et d'aujourd'hui* (París, 1865).

BIBESCO (Príncipe): *Au Mexique* (París, 1887).

BIGELOW (John): *Retrospections of an active life* (Londres, 1910).

BLAIR (Niles): *Passengers to Mexico* (Nueva York. 1943).

BLANCHOT (Coronel): *L'intervention française au Mexique* (París, 1911).

BLASIO (José Luis): *Maximilian emperor of Mexico* (Yale University press, 1934).

BROGLIE (Duc A. de): *Le Corps législatif, le Mexique et la Prusse* (París, 1867).

BUFFIN (Barón C.): *La tragédie mexicaine* (Bruselas, 1925).

BURGHCLERE (Lady): *A great Lady's friendships* (Londres, 1933).

CANTÚ (César): *L'Archiduc Maximilien empereur du Mexique* (París, 1880).

CASTAÑEDA BATRES (O.): *Francisco Zarco ante la Intervención francesa y el Imperio* (México, 1958).

CASTAING (Capitán Jean) y PENETTE (G.): *Opérations militaires de Légion étrangère au Mexique* 1862-67 (México, 1962).

CHISM (Richard E.): *Contribution to Mexican Masonic history* (Nueva York, 1880).

CHYNOWETH (H.): *The fall of Maximilien* (Londres, 1827).

CORBIN (Diana F. Maury): *A life of Mathew Fontaine Maury* (Londres, 1888).

CORTI (Egon César conde de): *Maximilien et Charlotte du Mexique* (París, 1927).

COWLEY (Lord): *The Paris embassy during the Second Empire* (Londres, 1928).

CUEVAS (J. de J., S. I.): *El Imperio* (México, 1864).

DARTOIS D'HUART (R.): *Maximilien d'Austriche* (París, 1956).

DAWON (D.): *L'intervention française au Mexique* (París, 1868), *La cour de Rome et l'empire de Maximilien* (París, 1867).

DOMENECH (E.): *Histoire du Mexique* (París, 1868).

ERNST (O.): *François-Joseph intime* (París, 1928).

EVANS (A. S.): *Our sister Republic* (México, 1870).

FAUCHER DE SAINT-MAURICE: *Notes pour servir à l'histoire de l'empereur Maximilien* (Quebec, 1889).

FERRO (Euphemia von): *L'archiduc Maximilien poète et écrivain* (Lausanne, 1910).

FLEURY (Conde): *Souvenirs* (París, 1897).

FREDDY (G.): *Léopold II intime* (París, 1905).

GARCÍA GUTIÉRREZ (Jesús): *La Iglesia mexicana en el segundo Imperio* México, 1956).

GASPARINI (Lina): *Massimiliano d'Austria governatore del Lombardo Veneto nei suoi ricordi* (Roma, Nueva antología, 1935).

GAULOT (P.): *L'expédition du Mexique* (París, 1906).

GOFFIN (R.): *Charlotte, l'impératrice fantôme* (París, 1937).

GORCE (Pierre de la): *Histoire du Second Empire.*

GREGOROVIUS (F.): *Roman Journals* (Londres, 1909).

GRIBBLE (F.): *Life of the emperor François Joseph* (Londres, 1914).

GUERIOT (P.): *Napoleón III* (París, 1934).

GUTIÉRREZ DE ESTRADA (José María): *Le Mexique et l'archiduc Maximilien d'Austriche* (París, 1862).

HALL (F.): *Mexico under Maximilian* (Nueva York, 1868).

HANS (A.): *Queretaro* (París, 1869).

HARDING (Bertita): *Maximilien d'Autriche* (París, 1935).

HÉRICAULT (Ch d'): *Le siége de Queretaro* (París, 1868).
Histoire des derniers mois de l'empire mexicain (París, 1869).

HIDALGO Y ESNAURRIZAR (J. M.): *Un hombre del mundo escribe sus impresiones* (México, 1960).

HUBNER (Conde A. de): *Neuf ans de souvenirs d'un ambassadeur* (París, 1904).

HYDE (H. M.): *The Mexican empire* (Londres, 1946).

IBARRA DE ANDA: *Maximiliano y Carlota* (México, 1944).

IDEVILLE (d'): *Journal d'un diplomate* (París, 1875).

ISLAS GARCÍA (Luis): *Miramón, caballero del infortunio* (México, 1954).

JUNCO (Alfonso): *La Traición de Querétaro* (México, 1960).

KENDALL: *Mexico under Maximilian* (Londres, 1871).

KERATRY (Conde de): *L'élévation et la chute de l'empereur Maximilien* (París, 1867).

KOLLONITZ (Condesa P.): *The court of Mexico* (Londres, 1868).

LA PORTE: *Maximilien archiduc d'Autriche, empereur du Mexique* (París, 1866-73).

LANUSSE (Monseñor Jean): *Le drame de Queretaro* (MSS).

LARISCH (Condesa): *Le secrets d'une maison royale* (París, 1936).

LAURENT (Capitán P.) *La guerre du Mexique* (París, 1867).

LAUGHTON (J. K.): *Studies in naval history* (Londres, 1887).

LA BARREYRIE (F. de): *Révélations sur l'intervention française au Mexique* (París, 1868).

LEFÈVRE (E.): *Histoire de l'intervention française au Mexique* (París 1878).

LEÓN TORAL (Gl. Jesús de): *Historia militar de la intervención francesa* (México, 1962).

LERDO DE TEJADA (Sebastián): *Memorias inéditas* (México, 1958).

LICHTERWELDE (Conde L. de): *Léopold II* (París, 1935).

LOIZILLON (Teniente Coronel): *Lettres sur l'expédition du Mexique* (París, 1890).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LONYAY (Princesa): *I was to be empress* (Londres, 1937).
LÓPEZ (Miguel): *La prise de Queretaro. Miguel López à ses concitoyens et au monde* (México, 1867).
LOTHROP MOTLEY (John): *Correspondance* (Nueva York, 1889).
LUSSAN (Coronel): *Souvenirs du Mexique* (París, 1908).
MALO (José Ramón): *Diario de sucesos notables* (México, 1948).
MALORTIE (Barón Karl von): *Here, there and everywhere* (Londres, 1895).
MARES (J. F.): *Juárez y la Intervención* (México, 1962).
MARROQUI (José María): *La ciudad de México* (México, 1900).
MARSHALL ANDERSON (W.): *An American in Maximiliano's Mexico* San Marino, Ca., 1934).
MARTÍNEZ DE LA TORRE (R.): *Le livre rouge* (México, 1871).
MARX (A.): *Révélations sur le vie intime de Maximilien* (París, 1867).
MATEOS (José María): *Historia de la masonería en México* (México, 1884).
MAXIMILIEN: *Souvenirs de ma vie* (París, 1868).
MESSERVY (G. P.): *The quick step of an emperor Maximilian of Mexico* (Londres, 1921).
MOLLOY (F.): *The romance of royalty* (Londres, 1904).
NASSAU SENIOR (W.): *Conversations* (II) (Londres, 1878).
NAVARRETE (F.): *La Masonería en la Historia de México* (México, 1957).
NIOX (General): *L'expédition du Mexique* (París, 1874).
OLLIVIER (Emile): *L'Empire libéral* (París, 1895).
Papiers de la famille impériale.
PERKINS (Dexter): *Hands off. A history of the Monroe doctrine* (Boston, 1941).
RANDON (Mariscal): *Mémoires* (París).
RADZIWILL (Princesa Cat.): *The Austrian court from within* (Londres, 1916).
REDLICH (J.): *François-Joseph* (Londres, 1929).
RECOULY (R.): *François-Joseph* (París, 1938).
REINACH-FOUSSEMAGNE (Condesa H. de): *Charlotte de Belgique, impératrice du Mexique* (París, 1925).
RIVERA (Agustín): *Confirmación de la visita de Juárez al cadáver de Maximiliano* (México, 1912).
ROEDER (Ralph): *Juárez y su México* (México, 1952).
RUBY (General) y REGNAULT (General): *Bazaine* (París, 1960).
SALM-SALM (Princesa Agnes): *Ten years of my life* (Londres, 1876).
SCHEFFER (Christian): *La grande pensée de Napoleón III* (París, 1939).
SCHRYMAKERS (Cap. A. de): *L'établissement et la chute de l'empire du Mexique* (Bruselas, 1885).

SEPTIÉN Y LLATA (J. A.): *Maximiliano Emperador de México no fue traidor* (México, 1907).
SIERRA (Justo): *Juárez, son oeuvre et son temps* (México, 1922).
STEVENSON (Sara Yorke): *Maximilian in Mexico* (Nueva York, 1899).
TAYLOR (J. M.): *Maximilian and Carlota* (Nueva York, 1894).
TERÁN (Jesús): *La misión confidencial de don Jesús Terán en Europa, 1836-66* (México, 1943).
TERRELL (A. Watkins): *From Texas to Mexico* (Dallas, 1933).
VACARESCO (H.): *Memorial sur un mode mineur* (París, 1946).
VICTORIA (Reina): *Correspondence* (Londres, 1908).
VIGIL (J. M.): *México a través de los siglos* (T. II 1839-67) (México 1885).
WECKMANN (Luis): *Las Relaciones franco-mexicanas* (México, 1962).
ZAMACOIS (Niceto de): *Historia general de México* (México, 1875).
Revistas y periódicos franceses, alemanes, ingleses, americanos, belgas, mexicanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTA EDICIÓN DE 2,000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 12 DE ENERO DE 1967 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL DIANA, S. A. TLACOQUEMÉCATL Y ROBERTO GAYOL. MÉXICO, D. F.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS